

E M I L I O V A Ñ S S E

OMER EMETH

**ESTUDIOS CRITICOS  
DE LITERATURA  
CHILENA**

Homenaje de la Biblioteca Nacional  
al autor en el Centenario de  
su nacimiento.  
(1861-1961)

EDICIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

© EMILIO VAISSE

1961

Propiedad N.º 7953

N.º 3023

Impreso en los talleres de  
la Editorial Nascimento, S. A.  
Santiago de Chile, 1961.

— Arturo Prat 1428 —

## RECUERDOS DE OMER EMETH

### *Alone*

Durante cierto tiempo estuve porfiando con Omer Emeth para conseguir que escribiera sus memorias. Le alegaba el papel tan importante que había desempeñado en nuestra literatura, los datos de primer orden que podría aportar a su desarrollo histórico en un lapso considerable y, también, el interés de este género, documento fidedigno por un lado y, por otro, relato novelesco, efusión poética, disquisición filosófica, psicológica y hasta pedagógica, todo bebido en la fuente original, inédita, puesto que nadie puede conocer mejor al autor de las memorias que el propio memorialista, y las noticias que él proporciona sobre sus experiencias son únicas.

Estando en París el año 1930, don Emilio pareció convenirse, aceptó la idea y hasta comenzó a ponerla en práctica.

Habitaba por entonces en Bagneux, un barrio de París, y con fecha 2 de noviembre de ese año me escribe:

"Querido amigo, su carta de 1.º de octubre está en mis manos y aprovecho de la tranquilidad de este día para contestársela punto por punto. No temo visitas, aunque sea día domingo, porque, desde esta mañana, ruge (no exagero) un temporal de viento y lluvia como yo no había visto desde que estoy en Francia.

Tanto mejor: así, en compañía de Ud., gozaré del encanto propio de un temporal, conforme el "suavi, mari magno" del poeta antiguo".

La mejor de las cartas de don Emilio, la más noticiosa y larga, la más reveladora y expresiva, la debo, pues, a la prisión que le impuso un temporal de otoño. Es un plan o esbozo de memorias personales con multitud de datos que, en parte, suplen la ausencia de esa obra total. ¿Cómo no pensar que si esa agradable prisión se hubiera prolongado tendríamos la obra completa y acabada, para deleite y enseñanza nuestra?

De acuerdo con sus costumbres, que eran el orden personificado, señala don Emilio con números los diversos párrafos de su contestación y dedica el primero a una consulta económica, no desprovista de interés en la actualidad. Le había preguntado, por encargo de un amigo, si sería posible vivir en París por entonces con la suma de dos mil quinientos pesos al mes. Don Emilio halla algo estrecha la cantidad; pero "si la persona que hace de Ministro de Hacienda sabe su oficio, habrá con qué vivir modestamente nada más". Agrega que él vive modestísimamente con algo parecido, pero eso se debe a la habilidad y "dévouement" (no me atrevo a decir "devoción") de mi "gouvernante". Para vivir con verdadera comodidad son necesarios, a juicio mío, 4.000 pesos mensuales".

Tenemos ya aquí un motivo de reflexiones. El año 1930, Omer Emeth había cumplido los setenta. Después de una existencia entera consagrada al trabajo intelectual, reconocido como un maestro de las letras nacionales, llegado a la más alta situación dentro de su carrera, siempre sujeto a una sobriedad estricta, don Emilio conseguía apenas contar lo necesario para subsistir del modo más modesto, digamos un mínimun, lo que ahora se denomina "salario vital".

No lo decimos en son de reproche a nadie. Cada cual elige la carrera que conviene a sus aspiraciones y si las del intelectual, en Chile, son de lucro, sólo cabe observar que se ha equivocado.

No es ésa la puerta a la que debe llamar; allí no se encuentra lo que anda buscando. Por lo tanto, sus quejas carecerán de fundamento.

Sin embargo... en otra carta veremos analizada, desde otro punto de vista, el mismo asunto, es decir, la cuestión económica.

Pasamos al segundo punto de la carta.

Trata de sus memorias.

“Esta vez, mi querido amigo —dice—, me doy por vencido y convencido. Aquello es, en efecto, hacedero, aunque deba yo fiarme únicamente de mi memoria. No he tomado apuntes ex profeso en ninguna época de mi vida y algunas páginas que sobre eso escribí, ahora veinte años, las quemé en un acceso de neurastenia, hace cosa de cuatro o cinco años. Tampoco he conservado cartas. Cuando estuve a punto de partir, quemé, sin leerlo ni revisarlo, todo papel escrito mío y ajeno. Durante varios días el segundo patio de mi casa se pareció a un quemadero de la Santa Inquisición. Con esto calculará Ud. mi pobreza documental”.

Conociendo la vida entregada al ejercicio de las letras y el ministerio de la crítica militante que Omer Emeth desempeñaba desde veinte años antes de ese “acceso de neurastenia” cabe preguntarse hasta qué punto influyeron los autores nacionales en semejante estado de ánimo y calcular por ahí la deuda que tienen contraída con el insigne crítico. Pero la quemazón de los papeles nos reduce a simples conjeturas y nunca sabremos qué cantidad de tristeza fue necesaria para encender esa fogata.

“Cuanto a fechas —continúa— estoy mejor provisto, porque conservo la documentación que me fue exigida cuando se trató de jubilar. Mero esqueleto cronológico. Pero aquello podrá servir de base. Para todo lo demás, habré de girar letras sobre mi memoria.

¿Habrá allí fondos suficientes para cubrir los giros? Eso veremos. Pero si debo inventar, confieso a Ud. mi total repugnan-

cia. Escribiré, pues, pero si veo que la imaginación me lleva haré una nueva quemazón y ¡adiós! Lo que me da un poco de confianza es el hecho de que mi memoria es buena en todo lo que atañe a paisajes y personajes. Puedo haber olvidado (y así sucede en muchos casos) el nombre de éstos y de aquéllos, pero su imagen queda tan viva hoy como pudo estarlo ahora treinta años. Lo malo es que nunca, fuera de simples conversaciones, he intentado traducir literariamente aquella clase de recuerdos. Aquí, en París, tropiezo con tipos que se parecen en lo exterior y hasta en la expresión a otros que he conocido en Chile. Aquello me basta para poner en movimiento y acción el cinema interior. Pero lo malo es que, a veces, debo contentarme con decir: ese tipo yo lo he visto. Pero, ¡el nombre, el nombre! Este me falla”.

Pese al escepticismo de que hacía alarde, don Emilio respetaba no solamente los dogmas religiosos sino algunos más que él mismo se había impuesto y que en vano traté de discutirle. Entre ellos, ese supersticioso amor a una verdad que nunca se sabe a punto fijo en dónde se encuentra. La idea de conceder un poco a la fantasía hablando de sí mismo le repugnaba; parecíale un atentado contra el séptimo mandamiento y un desacato a sus lectores. Yo le alegaba el título de las memorias de Goethe “Realidad y Poesía” y el hecho de que es psicológicamente imposible hablar de sí mismo juzgándose tal como uno es o como los demás creen que es, sin agregarle cierta aureola, aunque sea la de la santa humildad. Acaso en él influía, al mismo tiempo, la convicción de que las memorias personales pierden su gusto, el gusto de escribirlas y el gusto de leerlas, si no se dice en ellas todo, integralmente, sin omisión alguna, en especial aquello que menos deseamos decir, lo que levantaría más protestas, en suma, las que se llaman indiscreciones. Por abundar de ellas en grado máximo han conseguido la fama de que disfrutaban así las memorias del duque de Saint-Simon, que fue algo así como el gran espía de su siglo, el delator de la Corte de Versalles, y el cele-

bérrimo Pepys, todavía más indiscreto, cuya franqueza toca los linderos del cinismo y los traspasa.

Otro escrúpulo de diversa índole intervenía como obstáculo y es el que en seguida veremos, expresado por él con la ironía que en ciertos momentos le era habitual.

"Para la parte de mi vida en el lapso 1906 (desde mi entrada a "El Mercurio" hasta hoy), estoy mejor provisto gracias a la colección casi completa de mis artículos hecha por una buena señora. Recorriendo ese fárrago, recordaré muchos casos y muchas gentes. Por lo demás mi memoria tiene algo fotográfico. Con paciencia, las viejas imágenes borradas pueden revivificarse. Lo intentaré. Dedicaré a esta tarea las mañanas que, por el frío de París, paso cada vez más largas en mi cama. Fáltame ciertamente, el aparato que, en Santiago, me servía de escritorio. ¿No lo recuerda Ud.? Pero me adaptaré al caso. Una vez el original escrito al lápiz, mi "gouvernante" me lo copiará a máquina, espaciando cuanto sea posible las líneas. Así podré añadir lo que surja nuevamente del fondo de la memoria. ¿Qué saldrá de ésta una vez revuelta? No vaya a ser como esas lagunas tan tranquilas y puras en el espejo de su superficie, de las cuales salen, cuando se las revuelve, zapatos viejos, perros muertos y toda suerte de horrores. ¡Eso veremos y Dios dirá!"

Siempre con vistas a ese proyecto de memorias que nunca llegó a escribir, traza en otra carta una especie de panorama rápido de su vida y hace un balance íntimo.

Se pregunta:

"¿Estoy feliz? —Y continúa—. Este es problema sin solución para los hombres que, como yo, han vivido y observado mucho en sí propios y en otros. (Hablo de vida intelectual, por cierto). En otros tiempos, entre 1890 y 1900 (o sea, desde los 30 a los 40 de edad), yo me sentía feliz cuando, en Pirque, podía ir de caza con mi perro y gastar el "trop plein" de mis fuerzas recorriendo llanos y quebradas en busca de perdices. Más tarde la felicidad fue otra: de cuerpo ya algo pesado me invitaba a la in-

movilidad. Fue la época de la lectura desenfrenada. Esa también era felicidad, pero no tan plena como la anterior. En seguida vinieron los veinticinco años de "El Mercurio", de los cuales se puede decir que fueron "bona, mixta malis". Pero eso fue también felicidad, aunque inferior a las dos primeras. Ahora lo que me queda de ella es poquísimo, pero basta para que me sienta feliz. Aunque enfermo y en demolición, como todos los hombres de mi edad, no me siento desdichado. Fáltame un mundo de cosas: Chile, es decir, mis amigos, y el valor para gastar lo que me queda de fuerzas. El régimen a que el doctor me tiene sometido es causa de la pérdida del valor o al menos su disminución. Privación del café, del vino, del tabaco, del queso fermentado, de la carne roja, etc., etc.

Esto disminuye mis energías en un 70 por ciento y me tendría anonadado si yo fuera estricto observador de semejante regla. A veces proclamo mi independencia y rompo el ayuno. Al fin y a la postre, vivir muriendo para no morir, para alargar (y eso ¿quién sabe?) una vida sin grande utilidad no me parece digno de un hombre como yo que está convencido de la absoluta relatividad de todo (al menos, del 99 y medio por ciento de las cosas humanas). En suma, no puedo quejarme de mi suerte: puedo todavía leer y escribir, converso de cuando en cuando con hombres inteligentes, visito museos, oigo (a lo lejos) buena música en algunas iglesias (¡ah; el órgano en Saint Eustache o en Nuestra Señora!), me paseo en los alrededores de París. Y la vida pasa. No me siento desgraciado".

Puede advertirse en esta exposición de preferencias el sitio que la actividad física ocupaba en la vida de Omer Emeth. Era, sin lugar a dudas, el primero. Este hombre que, acaso, las nuevas generaciones se inclinen a imaginar como un ser consumido por la lectura, pálido habitante de la ciudad de los libros, asceta de la cultura intelectual y que tuvo en su tiempo justificado renombre como el más completo de los humanistas, poseedor de ocho o nueve idiomas y de una erudición universal, lin-

dante en lo fantástico, en realidad estaba hecho materialmente para otra clase de luchas. Su aspecto lo decía: macizo de miembros, de movimientos ágiles, resueltos, tenía al andar un modo que ya en el Seminario le reprochaban como poco eclesiástico y al que su energía le daba, según su propia expresión, cierto "dandinement" belicoso, como si llevara la espada al cinto.

¿Cómo se torció su vocación y, en vez de la carrera de las armas, siguió la de la Iglesia?

Es uno de los muchos interrogantes que deberán quedar suspendidos.

Pasada la edad de los treinta y los cuarenta años, el exceso de su vitalidad disminuye y comienza entonces la época de la lectura desenfrenada. También él la bendice, aunque no tanto como la otra. Sería error, sin embargo, considerarla un simple sucedáneo: Don Emilio llevaba en la sangre la pasión de leer, la tuvo desde el colegio, donde a escondidas de sus maestros, metido en un pajar, a la escasa luz que penetraba "par une petite lucarne", se devoró, fascinado, la obra de Hipólito Taine, un ateo calculen Uds., un materialista de los más prohibidos. Más tarde, cura párroco en pleno desierto, en San Pedro de Atacama, rodeado de indios, para no enloquecer de inactividad se entregó a esa obra ciclópea, que no terminaría nunca, que probablemente emprendió sin ánimo de terminarla, sólo para gastar el "trop plein" de su energía cerebral, el diccionario greco-hebreo que permitiría traducir exactamente la palabra evangélica.

Por lo demás, había que verlo, sea en su gabinete de trabajo, sea en el Averiguador Universal, entre libros de consulta, compendios, antologías, enciclopedias, cómo le brillaban los ojos cuando se le preguntaba, por ejemplo, el origen de un vocablo, e iba de un volumen a otro, buscando, olfateando, haciendo conjeturas, con el entusiasmo de un verdadero cazador. No era solamente la cacería de perdices la que le interesaba: otras tenían también el don de electrizarlo.

Pero este sabio, este sacerdote sumergido en el ministerio de

las letras, guardaba un fondo de sencillez, a ratos campesina, a ratos infantil, que solía resultar conmovedora. Un pasaje de las cartas que he citado alude al escritorio portátil que usaba en Santiago y que le haría falta en París. Era un tablero lo bastante ancho para soportar cómodamente un atril, varios volúmenes y el papel necesario. Este tablero descansaba por medio de pies laterales sobre ruedas que permitían, igual que las mesas para enfermos en las clínicas, correrlo de los pies a la cabecera, cuando no le convenía a su dueño abandonar la cama. Pues bien, el artefacto nada liviano, don Emilio se jactaba de haberlo fabricado él con sus propias manos, trabajando como un buen carpintero y no estaba menos orgulloso de su éxito que, pongamos por caso, de su estudio sobre el Padre Lacunza y el Milenarismo en Chile, problema que tanto le preocupó.

Otro rasgo de su naturaleza simple y encantadora era el amor que profesaba a los perros. Siempre tenía alguno que acompañaba su vida doméstica y en una de las cartas que conservamos, escrita desde París, nos habla de "Kim", así bautizado en homenaje a Rudyard Kipling. Había recibido la noticia de la muerte de "Djinn" que le transmitimos por encargo de su dueña, a quien esta desgracia traía acongojada.

"Sobre este triste acontecimiento —nos dice— mi Kim escribió ayer una carta de pésame a la señorita Lolo. Ud. sin duda la verá. Kim es ahora, merced a un veterinario inteligente, un maravilloso perrito que excita la admiración y la envidia de cuantos lo ven. Es un encanto. En este momento está durmiendo en un sillón de mi escritorio. Parece un enorme copo de nieve sobre un fondo rojo. Si no tuviera tantos motivos para acordarme de Chile, él me bastaría. El se acuerda también. Prueba de ello: basta nombrarle una gatita que yo tenía en casa. Inmediatamente se levanta y la busca por todas partes. Entiendo que, no encontrándola, se entristece. Sube de nuevo al sillón y se deja caer descorazonado".

Habría todo un capítulo de biografía íntima que escribir

sobre ese amor del gran crítico a los perros en general y al suyo en particular; allí se revela un aspecto desconocido de su carácter, el fondo de ternura que escondían sus artículos que aparece, en su correspondencia íntima, con un matiz de irónica melancolía.

Recordamos una ocasión en que su conducta con el perro pudo servir de índice para calcular cómo lo agitaban ciertas cuestiones político-religiosas. Hablaba don Emilio de "La Acción Francesa" por la que sentía verdadera pasión, al mismo tiempo que su mano derecha iba y venía sobre el lomo del falderillo, acariciándolo maquinalmente. Mientras se trató de Daudet y Maurras como escritores todo marchó a buen compás; pero poco a poco el asunto fue encrespándose con el conflicto que ya se divisaba entre el diario monarquista y la Santa Sede y, al tocarse la posibilidad de una condenación pontificia, las caricias adquirieron tan violento ritmo que el animalillo espantado le saltó de las rodillas.

Una de las últimas cartas de don Emilio, escrita desde París, ya en vísperas de regresar a Santiago, aborda esa clase de problemas.

El motivo determinante de su viaje arranca de la crisis económica que, allá por el año 29, azotó a Estados Unidos, infundiendo terror a sus amigos y prematuras esperanzas a sus enemigos. Don Emilio recibía hospitalidad del Marqués de Cuevas en un pabellón de su residencia de Saint-Germain-en-Laye y no quiso pesar más sobre las finanzas de su generoso protector a quien juzgaba amenazado.

Contesta en aquella epístola otra que le había dirigido yo donde mezclaba, no recuerdo cómo ni por qué, el problema del libre albedrío y del determinismo y la cuestión político-social de actualidad.

Don Emilio replica, según su costumbre, separando los temas por medio de números. En el número 4 me dice:

"Me habla Ud. de determinismo... Sobre esto le diré que estamos Ud. y yo más de acuerdo que lo que Ud. piensa. En un

tiempo yo creía en la libertad como en algo que no admite dudas ni límite alguno. Era entonces muy niño. Guiábame por tesis metafísico-teológicas que poco tienen que ver con la experiencia. Viviendo, sufriendo, tropezando y viendo tropezar y sufrir en torno mío, he adoptado otros puntos de vista. Creo que somos libres o, cuando menos, que yo soy libre cuanto puede serlo un individuo que viaja en un tren. Una vez embarcado, no le queda más libertad que la de esperar la próxima estación o tirarse por la ventana. Dentro del carro puede pensar, amar, odiar, etc. Puede elegir, optar, etc., pero siempre el tren le lleva.

En la palabra "tren" cabe un mundo de cosas, un enorme determinismo. Basta advertir que ni fuimos libres al entrar, puesto que en él nos metieron, ni somos libres en lo de salir. Nuestra libertad se reduce, en suma, a poca cosa, pero esa poca cosa podemos aprovecharla, al menos, en el fuero interno y en ciertos momentos de paz intelectual. Agregaré que los hombres capaces de aprovecharla son poquísimos. ¡Ojalá Ud. y yo seamos del corto número de los elegidos! La masa humana es llevada del determinismo a cada momento. Por esto creo yo ahora, más que nunca antes, en la Bondad Divina. No se concibe implacable severidad para con tanto ser esclavizado por la vida. Aplico en este caso un verso de cierto salmo que dice: "Homines et jumenta salvabis Domine". A unos, los menos, el señor los salvará porque son hombres y a los demás por jumentos. Y, ¿qué otra cosa son? En la estación de Santiago, cuando yo veía llegar carros cargados de bueyes, siempre me volvía a la memoria el verso del Salmo. Ya lo ve Ud., pues, querido amigo: soy tan optimista como Ud. pero confieso que la política del "chien crevé" me desagrada. Hago cuanto puedo para no practicarla y procuro en lo posible afeársela a los que la practican. No creo mucho en la eficacia de mi propaganda, pero sigo y seguiré afeándola. Puede que para alguno sirva".

Este optimismo conformista de don Emilio solía experimentar descensos de un pesimismo amargo, sobre todo cuando, por

aquella época, recibía en París noticias de Chile. Y se le encontrará justificado si se piensa que entre esas noticias, cuando la revolución de Grove y Dávila, pudo leer en todos los diarios que un Ministro de Estado chileno, por no saber firmar, estampaba en los decretos su impresión digital.

La crisis económica lo preocupaba igualmente.

"A este propósito le contaré —dice una de sus cartas— que ayer tuve una larga conversación con un judío francés riquísimo, muy inteligente y que tiene grandes intereses en Chile. Suponiendo que por esto mismo estaría informado de lo que sucede en Santiago, le pregunté por su parecer. Me dijo: No hay por qué asustarse. La crisis agrícola pasará. Dios mismo ya ha tomado cartas en el asunto. ¿No ve Ud. cómo llueve y graniza en todas partes? Habrá escasez de trigo. Por consiguiente, los hacendados podrán sacar la tripa de mal año. La crisis del cobre pasará.

¿No ve Ud. que la guerra amenaza por todas partes? El cobre se venderá: Igual remedio para la crisis del salitre. Además —agregó— el arreglo del salitre hecho en Chile basta por sí solo para remediarla. Entonces no tema. ¡Quiera Dios que ese hijo de Israel sea profeta como sus antepasados! A pesar de mi hábito escéptico, esas palabras me tonificaron".

En su continua batalla contra el pesimismo invasor que por todos lados lo asaltaba, no perdía don Emilio pretextos para reanimarse y anunciar victorias. En una de sus cartas nos agradece la mención que hicimos de él a propósito de la prometida restauración del latín durante el Ministerio de Pablo Ramírez.

"No sé si en algo he contribuido a la "revolución de Pablo Ramírez (llamémosla así) —nos escribe— que ha restituido al latín (y también al griego, aunque en menor grado) la importancia educacional que nunca debieron perder. En todo caso, he hecho lo posible. Puede que, con el tiempo, cuando haya profesores y cuando se vea que aquello abre ciertas carreras, puede —digo— que el latín resucite entre nosotros. Lo malo es que —cuando aquello suceda— yo estaré conversando en latín con los antepasa-

dos en esas praderas de asfodelos donde pasean ellos sus eternos ocios de jubilados o difuntos (que son una misma cosa). Sería curioso saber en qué cerebro brotó primeramente el odio al latín. Tengo motivos para creer que aquello empezó a fines del siglo XVII y que cuando estalló la "querelle des anciens et des modernes" —Fenelon versus Lamothe— ya había en Francia adversarios del latín. Aquello pasó a ser moda filosófica, hoy diríamos radical, y se prolongó hasta el primer cuarto del siglo XIX. He leído yo en un libro del Conde Begouen este hecho: en los alrededores de 1820-1825, la Gran Logia Masónica de París mandó una circular a todas las logias haciéndoles presente que para cercenarle su influjo al catolicismo, convenía abogar por la supresión del latín... Esa circular debió llegar, con el atraso conveniente, a la América del Sur. De ahí, sin duda, la supresión solicitada desde el principio de la Independencia y detenida por influjo de don Andrés, como Ud. oportunamente lo recuerda. Lo más fuerte de su artículo es lo que cita de Remy de Gourmont. ¡En verdad, lucido estará el mundo cuando sólo los clérigos sean capaces de deletrear los documentos fundamentales de la civilización europea! Esas consideraciones quedarán ancladas en algunos cerebros... y algún día empezarán a moverse... excepto que la ola de necedad de que hablaba no ha mucho M. Souday en "Le Temps" sea de ésas que nunca mueren en playa alguna. Yo no estoy muy tranquilo por ese lado, se lo confieso. Pero no quiero ser pesimista".

La misma repetición de este propósito indica la dificultad de mantenerlo con que se estrellaba. Un día la cuestión económica, otro la cuestión política, más tarde la cuestión social, por último, más grave que todas, dada su investidura, la cuestión eclesiástica, le planteaban problemas que su cerebro lúcido y lógico no podía esquivar ni resolver.

Sobre todo le ponía perplejo la evolución de la Iglesia, de una parte de la Iglesia, al menos, hacia la izquierda socialista y comunizante.

Eso no lo podía entender.

“El clero —nos escribe— no es ni sombra de lo que era cuarenta años atrás. Antes era demófilo, ahora es demócrata. En estos precisos momentos, en el departamento del norte, fomenta, en unión con los comunistas, una huelga enorme contra los patrones de esa región, los cuales ya tenían organizados los Seguros Sociales en provecho de todos. Habían instituido un “premio de fidelidad” para los obreros que seguían trabajando en la misma fábrica. Año tras año el premio aumentaba. Merced a ello, no había huelgas. Y además, los seguros funcionaban admirablemente, sin intervención del Estado. Ahora, con la nueva ley de Seguros Sociales, todas las instituciones de seguros anteriores quedaron supresas. Y, ¿sabe Ud. en qué se funda el clero para combatir- las? Se funda en que el “premio de fidelidad” es atentatorio para la dignidad y la libertad del obrero. Esos patrones están en una situación ridícula, pero trágica: premian una virtud cristiana y los intérpretes oficiales del cristianismo les salen observando que ese premio constituye un atentado a la dignidad humana. El gran doctor en esta materia es el Cardenal Obispo de Lille, recién creado por el Papa para premiar su democratismo. ¿Entiende Ud.? . . . Lo que yo entiendo es que con eso quieren adquirir influjo político haciéndole la corte al populacho e imitando a los politicastros profesionales, explotadores del pueblo. La conclusión será que mañana esos Padres de la Iglesia nos enseñarán el colectivismo, forma decente del comunismo. Pero no advierten que si el colectivismo es una forma católica de la sociedad, la Iglesia, que combatió durante casi cien años el socialismo (acuérdese Ud. de Saint-Simon, Lamennais y otros), ha faltado a sus deberes de madre y maestra por casi un siglo. Es un dilema . . .”

Algo debo de haberle contestado yo en defensa de la Santa Madre Iglesia y alabanza de su larga vida probada a través de la historia; porque en otra carta, insiste don Emilio de esta manera:

“Mi querido amigo, siento no opinar como Ud. Los errores

político-religiosos en que han incurrido aquellos jefes han sido numerosos y graves, especialmente desde el siglo XVI. Ejemplo: el caso del luteranismo en Alemania y del anglicanismo en Inglaterra. La famosa agudeza de la no menos famosa diplomacia pontifical no sirvió. Acuérdense de la frase de León X a propósito de Lutero: Pelea de frailes. Y ¿en el siglo XVIII? ¿Ganó algo la Iglesia con la supresión de la Compañía de Jesús? En el siglo XIX ¿qué ganó Pío IX con su intransigencia para con Italia? Sobre esto el actual Pontífice debe tener opiniones interesantes después del tratado con Mussolini y de la conversión de "Roma" en "Ciudad del Vaticano", una ciudad de dos o tres cuadras cuadradas. Ud. cree que el mundo va hacia el socialismo y yo también creo que eso no se evitará si todas las instituciones se dejan, por convicción o cálculo, seducir por aquel absurdo sistema que da al punto de vista material el predominio absoluto sobre el espiritual. Y además ¿a quién se le ocurre que el socialismo no deba necesariamente chocar con el catolicismo? Dos autoridades no pueden coexistir. El uno eliminará al otro y, dado el actual estado del catolicismo, no creo que yo sea capaz políticamente de domeñar, bautizar (es decir, suprimir) el socialismo. Lo que se conseguirá con concesiones doctrinales y morales será vivir o más bien "vivoter" un tiempo más. Bonito resultado. Los obispos en tiempos de las invasiones bárbaras salvaron al Occidente. Hoy se preparan a entregárselo a Moscú con bendiciones especiales e indulgencia plenaria. Esto, mi querido amigo, me amarga la vida y no sólo la actual sino también la pasada. Si la política religiosa de hoy es la verdadera, fuimos engañados nosotros cuando jóvenes, puesto que entonces se nos enseñó que catolicismo y socialismo eran incompatibles. Verdad ayer y error hoy. Eso, querido amigo, no es para mis tragaderas".

Entre las incertidumbres y tribulaciones de todo orden que lo asaltaban, nunca perdió Omer Emeth su confianza en la Bondad Divina.

Vimos cómo, a despecho de la lógica —esa lógica que cons-

tituía su gran pasión—, apela a ella en presencia de los males que pueblan el universo. En otra carta, donde formula consideraciones sobre el dolor y la muerte, recordamos una frase que pinta, a la vez, su fe, su humildad de espíritu y una especie de ternura del corazón. Después de enumerar los riesgos que entrevé en el horizonte y que amenazan su vida, el inevitable debilitamiento producido por la edad, las enfermedades que avanzan y cada vez hallan menos resistencia, la angustia de que el régimen liberal sea derribado por el comunismo y la posibilidad de que toda sombra de dignidad e independencia personales —sea barrida del mundo moderno— concluye con una expresión conmovedora. Dice que no le queda sino “ponerse redondito como un polluelo en la mano de Dios clemente y misericordioso”.

He ahí, en verdad, la última conclusión a que había llegado su filosofía.

Pensamos que no fue defraudado.

Y nos parece un signo de esa Divina Bondad en que confiaba don Emilio el que no alcanzara a ver los gérmenes que infestaban la Iglesia de Francia, crecer y desarrollarse en la de Chile y la demagogia política prosperar de tal modo entre los políticos que, ante unas elecciones, por unos cuantos votos más no vacilaron los ultracatólicos en darles la mano a los anticatólicos, ateos, perseguidores de la Iglesia, enemigos de Cristo.

Ese es un espectáculo que a aquel hombre amante de nuestro país no hubiera podido soportar y por eso consideramos un favor particular de la Providencia el que le fuera evitado.

## DON EMILIO VAISSE EN LA EVOLUCION DE LAS LETRAS CHILENAS

*Eduardo Moore Montero*

### I

Don Emilio Vaïsse es el caso del hombre llegado de otro continente, con otro idioma y cultura distinta, y que en un trasplante físico y espiritual se radica desde su juventud en Chile, terminando por dedicarle a esta patria y a su lengua de adopción, los desvelos de una callada vida interior y los destellos de una mente en constante laboriosidad. Se transformó en uno de los nuestros, pasando a integrar por derecho propio la producción intelectual de este apartado rincón del mundo.

Su cultura se asentaba en sólidas bases greco-latinas y sus incursiones en estudios teológicos y filosóficos le prestaban solidez y armazón a sus argumentaciones que solían coronarse con el airoso adorno de originales y elegantes sentencias. En sus juicios había claridad, y hasta ensayaba en ellos un estilo tajante, coloreado del fundamental buen sentido de los hombres que, escapados de laboratorios y bibliotecas, han afrontado largamente las contingencias y rudezas de la vida cotidiana.

Don Emilio había recorrido y habitado desiertos, serranías y

aldeas, pueblos y ciudades. Las realidades del mundo circundante no lo sorprendían ni ofuscaban, ni nublaban sus ojos cendales de vaga ensoñación o de éxtasis místicos. Así era la apariencia, y así trabajaba su mente cuando inclinado sobre las cuartillas su pluma se movía en torno a lo que fue el vicio de su vida: el análisis de las lecturas sin términos. Porque eso fue su existencia, la que conocimos algunos y que él no podía sustraer a la curiosidad de nadie: un voltear de páginas de folletos y libros con isócrona liviandad. Y algo más: lucubración incansable en torno al contenido de esas páginas. La otra vida, la soterrada, la que tras los cristales de sus gafas solía chispear un instante apenas y detener en un punto la intimidad de una charla terminaba recogiendo siempre hacia la interna clausura.

Supimos lo que él pensaba de los ajenos sueños de poetas y novelistas; y admirábamos su lógica implacable cuando fijaba linderos en su campo de beligerancia ideológica que alguien o algo pretendía amargar. Pero, ¿cómo escudriñar el secreto mundo interior, de una tan rica personalidad, que él tuvo el pudor de no exhibir jamás?

Yo lo frecuenté de muchacho siendo alumno del Instituto Nacional. En compañía de Enrique Laval, hijo del director de la Biblioteca, instalada en el viejo edificio de Compañía con Bandera, recorríamos las salas oscuras, de pisos ondulantes y donde se podía aspirar el aroma del invierno y un poco el aliento de los libros hacinados hasta la cumbrera de los tijerales. En la semi-obscuridad, y en los lentos crepúsculos, nos encaramábamos como grumetes de barcas veleras hasta lo alto de estantes que crujían en sus viejas maderas, y así saltando de escalerilla a escalerilla y aventurándonos por estrechas pasarelas, lográbamos la conquista ansiada: una novela de d'Annunzio o de Barrés, o alguno de esos monólogos de Jerónimo Coignard que nos hacían dudar de todo, y creer sólo en su creador, el infalible Anatole. Enrique Laval se inquietaba cuando sentíamos resonar cercanos los reposados trancos de don Ramón, su padre. Pero el bonda-

doso guardián del tesoro sonreía apenas, benévolo siempre, y se limitaba a fijarnos fechas de devolución. Ya hombre maduro, y seguramente debilitada la memoria, yo he solido olvidar las devoluciones de un libro ajeno, pero en ese entonces tamaño percance no me sucedió jamás.

En una encrucijada de ese laberinto encantado, y adosada contra un muro esquinero hasta donde alcanzaba el ancho raudal de luz de la ventana que daba a la plazuela reservada a la estatua de don Andrés Bello, estaba la mesa de trabajo de don Emilio. Lo saludábamos; si estaba de buen humor se ponía de pie ágilmente y estiraba los brazos y las piernas entumecidas con movimientos de un soldado que abandona por un instante la trinchera.

“¿Qué lee la juventud?”, preguntaba burlón y desconfiado.

D’Annunzio lo hacía fruncir el ceño. Pero hojeando unas páginas de Barrés le brillaban los ojos tras los cristales de sus anteojos. Era muy hondamente francés, y conocía y amaba la historia de su patria. Las frases de Barrés cantaban al oído de su alma un renacer de glorias olvidadas.

En cierta medida y circunstancias, en don Emilio se repetía para Chile, el caso distante de Bello, Sazie, Gay, Blest, Domeyko y Philippi; y el más cercano de Lenz, Steffen, Johow, Schneider, Hanssen, Obrecht y tantos más que aportaron las renovadas disciplinas espirituales, los hábitos y métodos de trabajo y el contenido mismo de la cultura de la vieja Europa. Algunos de estos hombres de selección llegaron a nuestras playas sin intenciones de permanencia indefinida en este extremo del mundo. Pero los conquistó eso que flota en el aire de esta angosta patria. Quizás lo retuvo la sensación, continua y casi física de libertad. Un clima que no extremaba sus cambios y que se transformaba en una atracción para el espíritu mismo porque hacía fácil la tarea intelectual. La estabilidad política y la paz social completaban un ambiente de seguridad para la vida del hombre empeñado en faenas del espíritu. Terminaron radicándose para siempre, y no

faltó una mujer hermosa que fundó con ellos un hogar, completando así el círculo de un bienestar más profundo.

Los retuvo también el íntimo convencimiento de la útil y profunda influencia que ellos representaban en el desenvolvimiento de estas naciones jóvenes que parecían titubeantes e inexpertas en sus avances por los campos de la ciencia, de la filosofía, de la literatura y del arte.

## II

Por los años ochenta y tantos, cuando don Emilio Vaïsse llegó a Chile, un grupo de hombres cultos, con variadas preocupaciones e inquietudes, ejercían una beneficiosa tutela orientadora sobre el gusto literario de la época. Participaban en la política, la diplomacia o la judicatura, y promovían la creación literaria con juicios estimulantes o censuras que podían ir de una objetiva y mesurada discreción hasta el ataque apasionado y militante.

Seguramente no eran críticos en el sentido profesional y con la responsabilidad técnica impuesta por nuestro gran recordado, pero sí buenos lectores, con avidez de belleza y deseos fuertes de adelantar una literatura que empezaba a desarrollarse como producto de la importante polémica de 1842, y entre las discrepancias políticas y sociales de la época.

Don Emilio Vaïsse llegó a un ambiente donde había tradición de lectura y vocación por divulgarla y extenderla. Sus antecesores en el oficio fueron, principalmente, lectores atentos y escritores cuidadosos. ¡Y cómo cuesta leer con una actitud afectiva y estética al mismo tiempo, y cuán riesgoso traducirla en juicio! Los hombres que iniciaron la crónica o el comentario de los libros participaban de un mundo criollo denso y agitado, en el cual casi todos tenían una responsabilidad activa, un partido o una trinchera. Pero en ese oleaje de un vivir comprometido, sobrenadaba todo aquello que era comprensión y amor por los productos del espíritu.

Los críticos de entonces ejercían un intuitivo magisterio, que con Omer Emeth, se convirtió en una cátedra semanal, transformándose así en uno de los grandes educadores nacionales, como lo define acertadamente Alone.

Perdonadme que use la memoria del que hoy tan justamente recordamos, para asociar ligeramente su nombre a los que antes y después de él profesaron en tan difícil vocación. La duda queda al margen cuando opinamos sobre el lugar principalísimo que Omer Emeth ocupa en la literatura chilena; pero ese lugar tan importante nos obliga también a fijar las etapas que prepararon su advenimiento.

Don Emilio Vaïsse es un punto crucial entre dos generaciones de lectores: los que aprovecharon de sus antecesores y coetáneos y los que hoy gozan de su magistral influencia. Me refiero intencionalmente a lectores y no a escritores, porque para mí, que he vivido lo mejor de la existencia atraído por el encanto de los libros, la crítica es un género eminentemente literario, creador de estímulos profundos y capaz de darle a la obra el movimiento y la luz que la realza. Es es juego estético de las ideas que conduce a la emoción intelectual.

Hemos llegado a un capítulo aparte en que debemos recordar a grandes rasgos el esfuerzo de los antecesores de don Emilio durante un siglo de nuestra vida nacional. Iremos alzando nombres que nos parecían ya olvidados y procurando fijar la huella de una labor intermitente pero eficaz de esos compatriotas, lectores y estudiosos incansables, que procuraron ordenar sus impresiones y concretar sus juicios en un loable afán de hacer más ancho y luminoso el ambiente intelectual.

Habrá que comenzar siempre con el nombre del "maestro" don José Victorino Lastarria. Se destacó en su tiempo como un hombre de cultura excepcional, capaz de manejar ideas generales y de transmitir lo que se pensaba en el Viejo Mundo. Temperamento impetuoso y combativo, traspasado de un alto concepto de sí mismo, sus juicios eran firmes y definidos, y hasta hoy día sus

errores nos parecen acentuados por una extraña elegancia y un empaque que no fue igualado por otros. Amaba las letras, y ejerció su magisterio con rara dignidad. Contagió a sus contemporáneos más selectos con su fervor, y su discurso inaugural en la Sociedad Literaria, invitando a la lectura de los modernos autores franceses, produjo frutos que los años pudieron valorizar.

El grupo que se reunió alrededor de "La Estrella de Chile", bajo la rectora autoridad de don Carlos Walker Martínez, produjo dos lectores aplicados y de escogida sensibilidad: Enrique del Solar, el poeta, y Rómulo Mandiola, de perspicaz observación y múltiples inquietudes. Los escritos de este último nos revelan un espíritu ansioso de cultura y que aparece por momentos descontrolarse en su afán de producir, estudiar e interpretar. Angustia y riqueza temperamental parecen marcar sus tareas de escritor. Nos dejó críticas, ensayos filosóficos y completas genealogías. Conoció el teatro como muy pocos de sus contemporáneos. Su estilo es castizo y severo a la vez, pero una honda melancolía que desborda de su existencia misma, lo va empapando todo en sus escritos.

Don Rafael Egaña hizo profesión del periodismo, entendiéndolo en él la crítica episódica y brillante.

Ahora nos detenemos un instante frente a la severa capilla donde oficia don Pedro Nolasco Cruz. No se puede cruzar indiferente frente a ella sin observar con respeto lo que en su interior se labora. Ahí está instalado un hombre profundamente honrado, que lee y estudia a conciencia y va expresando siempre su íntima verdad. Una verdad de contornos lisos y duros, sin reflejos pero que la vemos verticalmente enclavada como útil lindero o monolito de referencia. En la perspectiva de su época sirve como pirámide orientadora y es provechoso siempre no perderla de vista.

Joaquín Díaz Garcés, reanimador de nuestro periodismo y creador de muchos de sus modernos aspectos, instaura el comentario ocasional traspasado de gracia criolla y de espontanei-

dad. Sus críticas de arte nacional y extranjero fueron bien aprovechadas por lectores que lo seguían fieles y por escritores jóvenes en cuya obra se hizo patente su influencia.

Todos los hombres que he nombrado hicieron en su oportunidad crítica literaria, pero ninguno fue crítico profesional, e incluso, los tratadistas se refieren a ellos como cultivadores de otras ramas de la actividad intelectual. Aparecían muy comprometidos en la literatura misma, y ellos eran parte de la creación de la época; estaban haciendo las letras de Chile antes que el comentario de ellas. No olvidemos que el publicista fue un hombre muy importante en la segunda mitad del siglo XIX, se hizo cargo de producir la toma de conciencia de la nacionalidad. Y actuó siempre en las actividades más altas y esenciales de un país que se formaba y de una raza que se iba definiendo.

A la llegada del sacerdote don Emilio Vaïsse el campo estaba propicio para fijar líneas firmes en la creación estética e iniciar serias investigaciones de nuestro patrimonio literario que se iba acrecentando lentamente.

Nuestro personaje llega a Chile en el primer año de la Presidencia Balmaceda. En esa época se funda el Instituto Pedagógico y comienzan a ocupar sus cátedras esos sabios alemanes que recordábamos en un comienzo de nuestro discurso. Poco después arriba a nuestras playas un joven casi desconocido que muy pronto revolucionaría la poesía de habla castellana: Rubén Darío. Junto a él brilla y se extingue, pero dejando un recuerdo y una influencia inolvidables, Pedro Balmaceda Toro, que en cortos años logró divulgar la nueva literatura francesa y refinar nuestro ambiente literario.

Eran años de violentos cambios políticos y de profunda renovación intelectual. Todo estaba maduro para que la crítica literaria se instalara con títulos propios como un oficio o una profesión peculiar. Pasaron todavía algunos años y sólo en 1906 aparece en "El Mercurio", bajo el pseudónimo de Omer Emeth (yo soy el que dice la verdad), y presentándose a sus lectores con

un estudio intitulado "La autoeducación. Aprendizaje de una lengua viva sin profesor, gramática ni diccionario". En el último día de ese año publica un cuento: "El derrotero del Cenizal".

Más adelante su cátedra se desarrolló semanalmente en el mismo diario, ejerciendo de árbitro en el mundo literario chileno por casi veinte años.

Ahí su opinión revistió caracteres profesionales y tuvo la responsabilidad de su firma, que se colocaba como conclusión definitiva de un comentario donde se agotaban las posibilidades de lectura. Hizo primar su educación positivista y su serenidad clásica, apartando todo cuanto le parecía inauténtico o buscaba la modernidad por la exhibición. Pero sus singulares características y la exquisitez europea que le era consubstancial no le impidieron percibir los atributos de la chilenidad, y se convirtió en un motor enérgico de algunos escritores y una manera de ver nuestra tierra, que conocemos como criollista y criollismo, respectivamente.

En la sensibilidad autóctona existen valores estéticos que deben desenraizarse sin alterar la naturaleza primitiva y pura. He ahí, donde reside una laboriosa función de escritor.

Era tan clara su visión del mundo y de los hombres que nunca se obscureció su mente por un clasicismo estéril o una extranjería del gusto. Por armónica inversión, su bagaje inmenso le sirvió para descubrir qué valía y cómo debía desarrollarse ese valor en el medio nacional. Cuán justa idea de lo universal y qué buena generalización de humanidad.

Pero su hacer crítico hizo que toda una generación cambiara sus metas de lectura y la estimación de los textos. Y en ese cambio lo acompañó un grupo de escritores y críticos coetáneos o posteriores. Si no todos participaron de sus puntos de vista, por lo menos le fueron leales en la dedicación profesional y la seriedad del trabajo.

Señalemos a la cabeza de ellos, porque así le corresponde también cronológicamente, a Eleodoro Astorquiza Líbano. Pudo

ser el gran crítico chileno de toda una época. Pero algo indefinido detuvo o ahogó esa bella posibilidad. Sólo se produjo en obras esporádicas y espaciadas, que parecían ir confirmando la madurez e incisiva profundidad de sus juicios. Era un hombre alto, ligeramente obeso, desgarbado. Rehuía honores y formalismos sociales. En su semblante ancho, inexpresivo, había, cuando hablaba, un "tic" inesperado que encendía una chispa de incontenible malicia en sus pupilas oscuras. Parecía ignorar el mundo que lo rodeaba, pero tenía fuentes de información tan exclusivas y casi indefinidas que le imprimían a sus opiniones un sello de personalísima diferenciación. Original en sus movimientos, gestos y hábitos cotidianos; huía de todo exhibicionismo y siendo espiritualmente elegante y refinado, descubría en su trato la sosegada bonhomía de un burgués provinciano. Comenzó escribiendo en "La Unión" de Concepción, ciudad apacible entonces, con escasas actividades intelectuales y donde él logró formar un pequeño grupo que se reunía semanalmente a comentar lecturas comunes. Así nació su único libro, editado pulcramente, y que contenía estudios sobre la moderna literatura francesa de aquellos días. Brunetiere, Lemaitre, Bourget, Rod, Barrés, France, La Princesa de Noilles y hasta Verlaine, figuras cumbres que lanzaban sus reflejos hasta estas playas lejanas.

Astorquiza admiraba a don Emilio, y, sin pretenderlo, logró superarlo en la originalidad, hondura y agudeza de sus ensayos críticos. Pero le faltó la continuidad, la elaboración paciente, el sistema de trabajo largamente sostenido y hasta la metódica ordenación de algunas ideas. Era escéptico, calladamente risueño e internamente sarcástico. No era cruel con el prójimo, sino frente a los delitos contra la estética o contra el sentido común. Castigaba a sus propios juicios y hasta su vida misma con un autoanálisis implacable.

Yo lo frecuenté en mis años juveniles al término de las humanidades. Era un amigo de mis padres, y su discurrir, sus inter-

mitentes divagaciones dejaron en mi ánimo una huella que perdura y contribuyeron a la formación de mi gusto literario. Rehuía los temas puramente librescos y prefería contar anécdotas de sus años de reclusión en Linares, donde desempeñaba un cargo abogadil y había ingresado a una Academia de historiadores locales entregados a las más increíbles investigaciones: fijar el sitio preciso de un olvidado hecho de armas y otras cosas que le producían la alegría de lo absurdo. El estudio del ser humano lo entretenía y despertaba su aparente impasibilidad. El trabajo metódico no lo esclavizaba, y prefería charlar, fumar y reír silenciosamente, con entrecortados estertores nerviosos que subrayaban sus juicios de una reticente picardía. Cada día escribía menos, y un día me aseguró: "Mire, compañero, es que yo le tengo terror a mi fama; todos esperan algo tremendo de mi pluma". Y esto lo declaraba después de unos artículos suyos que publicó el "Ilustrado" y de los cuales salieron maltrechas algunas reputaciones literarias sólidamente establecidas.

Señalemos ahora los nombres que figuran en ese grupo que se fue integrando en los años en que don Emilio Vaïsse asentaba su definitivo prestigio y su influencia. Domingo Melfi, Eduardo del Solar Correa, Torres Rioseco, Ricardo Latcham, Raúl Silva Castro, Hernán del Solar, Manuel Vega, y otros que involuntariamente olvidamos pudieron trabajar en un terreno desbrozado y abierto, donde ejercieron no sólo ya la crítica, sino todo un magisterio sistemático con importantes y serios estudios. Porque Omer Emeth había contribuido también al nacimiento entre nosotros de ese nuevo género literario: el ensayo.

Y no podremos terminar estas páginas de recordación de una gran figura de nuestra vida intelectual del último medio siglo sin subrayar esa obra básica que nos dejara don Emilio Vaïsse, como fruto, el más importante quizás de su laboriosa existencia entre nosotros, la crónica literaria de "El Mercurio". Esas columnas semanales infaltables constituyen casi una institución,

mantienen vivo el gusto por la lectura y representan los beneficios de una rectoría espiritual permanente. Ella está entregada desde hace años a uno de los más distinguidos escritores de Chile y de Hispanoamérica: Hernán Díaz Arrieta. Pero de "Alone" tendremos que hablar más largamente cuando consagremos una velada a recordar una fecha en la que él será una figura central: de cuerpo vivo y de espíritu parlante. Así lo esperamos.

## MANUEL MAGALLANES MOURE

### «LA JORNADA» (\*)

Hablando del gremio de los poetas llámólos cierto autor romano «*genus irritabile*»... Y lo son, en verdad. Pero si aquel crítico hubiese vivido el suficiente número de siglos y conocido los poetas de esta tierra, tengo por averiguado que el epíteto en «*irritabile*» se hubiese transformado en «*admirabile*». Y «admirable» es, en efecto, ese simpático gremio de los amigos y amantes de las Musas.

¿No han de serlo por ventura aquellos jóvenes que en medio del practicismo industrial que todo lo invade e inspira, se atreven aún a cincelar esas hermosas «inutilidades» que se llaman versos?

¿No han de serlo aquellos poetas que, persuadidos de la esterilidad financiera de su trabajo, gastan en él sus mejores esfuerzos y ponen en sus versos su inteligencia, su alma, su corazón y todo su ser?

De hoy más declaro que, para mí, el final del clásico exámetro latino nada dirá de irritabilidad, sino que, en virtud de una licencia que me tomo, rezará:

... *genus admirabile vatum*. El autor de «*La Jornada*» es, entre los muchos poetas de estos últimos tiempos, uno de los que, con mayor derecho, pueden gloriarse de pertenecer a aquel «*genus*».

(\*) Versos por Manuel Magallanes Moure.

Si no aborreciere yo el vocablo «congénere» aplicado a hombres y, en especial, a poetas, dijera aquí que M. Magallanes Moure ocupa entre los suyos un puesto especial.

No le haré la injuria de compararle con el «vulgum pecus» de los rimadores, pues ni aún la manía de la clasificación «a outrance» puede legitimar ciertas comparaciones.

Bastará para mi intento poner «*la Jornada*» al lado de otra «jornada» poética de la cual hablé no ha mucho en este diario.

La del señor Carlos Mondaca, o sea, su obra intitulada «*Por los Caminos*» es, entre todo lo publicado últimamente, la única con que pueda compararse la del señor Magallanes.

Al leer ambas obras, se siente uno apartado de la vulgaridad seudopoética, de la poesía de organillo o de álbum, del «postalismo», en una palabra.

Ni en «*Por los Caminos*» ni en «*La Jornada*» hay clisés ni sombra o dejo de esas fórmulas que, al menos para mí, saben a aceite de ricino y convierten en tormento la lectura de ciertos libros de versos.

Con Mondaca y con Magallanes me hallo en presencia de hombres sinceros y no de simples «juglares» atacados de logorrea. Si hablan y versifican, es porque ambos tienen algo que decirme y porque ese algo vale la pena de ser dicho.

El primero es un poeta «subjetivo», perdóneseme el vocablo, ya que no hay otro que traduzca con igual exactitud mi idea. Mondaca ve al mundo, no en el «objeto», sino en el «sujeto», es decir, en su alma misma y allí el mundo toma el color y la curva del espejo vivo que lo refleja.

Magallanes Moure es «objetivo». En su obra, las imágenes son los objetos mismos con sus colores y perfumes, con su movimiento y su vida. No hay deformación ni transformación: el poeta no refleja sino que va hacia la realidad y, por decirlo así, la roba y sin más trámites la engasta en sus versos.

Me será muy fácil dar a entender en qué consiste la «objetividad» de M. Magallanes.

Tomemos como primer ejemplo la «*Tempestad*», que es uno de los mejores trozos del admirable poema intitulado «*Maese Salomón*».

Dice el poeta:

«La brisa se hizo viento  
y el viento fue soplando cada vez más violento.  
Danzaban los ramajes revueltos, sacudidos;  
oscilaban los troncos exhalando gemidos;  
doblábanse los tiernos árboles hasta el suelo  
y proyectando sombras enormes por el cielo  
galopaban las nubes, como una gran manada  
que atropelladamente corriera, fustigada  
por el látigo de oro del rayo.»

«Graves, lentas  
cayeron las primeras gotas y las sedientas  
hojas las absorbieron rápidamente; luego,  
tras un cálido instante de profundo sosiego,  
rodó el ronco rugido del trueno, abrió su ancha  
flor de luz el relámpago, y como una avalancha  
que se resuelve en hilos de sonoro cristal,  
sobre el Bosque su manto líquido y musical  
tendió la lluvia» (p. 195-196).

¿No es cierto que aquella descripción es de lo más «objetivo», de lo más real y gráfico que se haya escrito o «pintado» en Chile?

Es el colmo del arte el hacer que los defectos mismos de técnica se tornen cualidades, como aquí sucede con ciertos cortes y saltos, por ejemplo:

«Cayeron las primeras gotas y las *sedientas*  
*hojas* las absorbieron...»

O como:

«rodó el ronco rugido del trueno, abrió su *ancha flor de luz el relámpago...*»

No sé si me engaño, pero el segundo verso, cortado así, me parece traducir mejor el fenómeno eléctrico.

M. Magallanes Moure es poeta y pintor y su paleta tiene colores no sólo para la aurora (p. 84) o el mar (p. 153, 155, 169 170), sino también para cuadros «vivos», como el de los «*Gatos Viejos*» y la *Caravana*.

«Perezosos, dormilones  
aman la blandura grata  
de los tibios almohadones  
y desdeñan a la rata  
que rasguña en los rincones.  
«Ya se estiran soñolientos  
e hincan sus uñas sin filo  
en los bordados asientos;  
ya se acurrucan y el hilo  
siguen de sus pensamientos».

Sentados frente a la hoguera y, al parecer, ajenos a todo lo que no sea el dulce far niente.

«Sus entrecerradas  
pupilas observan con  
fijeza las endiabladas  
piruetas que en el fogón  
hacen las llamas doradas» (p. 59, 69).

Más conciso es el cuadro de la *Caravana*.

«.....te fuiste antaño  
al país luminoso, al país extraño,  
hacia el cual ha siglos camina, camina con los ojos puestos  
en la luz divina del Arte —la noble, la gran caravana que  
va a la conquista de la luz lejana» (p. 43).

Más corto aún, pero no menos hermoso es el cuadro que en un marco de sólo dos versos nos pinta el poeta:

«..... en disperso  
tropol vuelan las garzas, como un verso  
que se desconcertara de repente».

(p. 17).

«Hallazgo» como este o, si se prefiere, pinceladas así abundan en *La Jornada* y honran tanto al poeta como al pintor. Quisiera llamar la atención de mis lectores sobre la joya de este libro que es el poema simbólico intitulado *Maese Salomón* (p. 175, 202).

Es la historia de un mono sabio que, después de lucir en el Teatro Olimpia de París

«Una chistera de ocho reflejos, una  
regia capa española de color de aceituna,  
zapatos charolados, elástico junquillo,  
monóculo, cadena, y prendedor y anillo»,

huye de la civilización y vuelve a la selva que le vio nacer.

Asómbranse sus congéneres o colegas en animalidad:

«Todo lo que la selva contiene de animado  
se puso en marcha. Todo, desde el más ponderado  
de sus habitantes, hasta el más miserable.  
Desde el viejo Elefante de porte inmensurable

hasta el Pulgón minúsculo; desde la gran serpiente Pitón, hasta el Gusano; desde el Leon insolente de aterradoras fauces hasta el Pájaro Mosca que parece una joya con alas: desde la hosca Hiena deforme, hasta la vivaracha Ardilla.

Todo aquel gran torrente de vida por la orilla del alegre arroyuelo siguió tras Salomón, a quien tamaña escolta metía en aprensión» (p. 184).

Conviértese el asombro en odio —naturalmente.

«¡Que muera! ¡Sí! ¡Que muera!»  
gritó:..... la selva entera».

La animalidad, reunida en asamblea «nacional», rechaza a ese hermano pródigo en quien descubre rastros imperdonables de civilización y humanidad.

Muere el desdichado:

«Un oso que hacía su nocturna excursión tropezó en el cadáver del pobre Salomón.

—¡Un hombre!— gritó el oso, y a su voz acudieron todos los de la selva. Se acercaron, olieron, sacaron aquel rígido cuerpo de la enramada y en medio de la noche rodó una carcajada formidable, estruendosa, que retumbó en el seno del bosque con el ronco rumor de un largo trueno».

Aquella parábola irónica es, en mi concepto, una sátira del anarquismo de levita y . . . monóculo. . .

Por ahí, como es sabido, andan anarquistas elegantes y doctrinarios, luciendo como «*Maese Salomón*» chisteras de ocho reflejos y maldiciendo del lujo cruel y de la civilización opresora.

Mientras pasean su anarquismo por salones elegantes... y cantinas o clubes todo les sonríe; pero si, por desgracia o por lógica, quieren alguna vez pasar de la teoría y palabrería civilizada a la práctica real de la Selva, ésta los desconoce y rechaza. Peor aún, si esos Maeses Salomón no toman pronto las de Villadiego, m talos la Selva popular, si no a cuchillo, al menos a fuerza de insultos y denuestos.

Mi viejo amigo el redactor de la Sección de Preguntas y Respuestas de «Zig-Zag» acaba de comunicarme una pregunta digna de escribirse en el margen de este poema:

Preguntan «*Varios Ripiadores*» de Taltal: «*Don X. X.* (aquí un nombre y apellido muy conocidos en Chile), *jefe del partido X* (trátase aquí de un partido que no es anarquista, pero que, sin trabajo, podrá serlo), * es hombre de pala y chuzo como nosotros?*» (Taltal, oficina Ballena, 18 de nov. de 1910).

He ahí la clave, en ocho palabras bien contadas. Maese Salomón no es «hombre de pala y chuzo». En balde luce chistera y monóculo; en balde perora en la Selva democrática. Los habitantes del bosque desconfían de la civilización en sus ex colegas.

Atrapados en las «*monstruosas (?) redes de la civilización*» los «Maeses Salomón» del socialismo burgués llevan sobre su cuerpo y hasta sobre el alma prendas que, al fin, les atraen los «mueras» de la Selva. Esto explica, entre otras cosas, el éxito del sindicalismo revolucionario, cuyos jefes, dejando el «monóculo» a los Salomones del doctrinarismo socialista, saben manejar pala y chuzo y, por tanto, son mirados como hermanos, no como renegados, por la Selva entera.

Me he alargado mucho en este comentario. Haga cada cual el suyo y si el mío anduviere fuera de camino, no re nemos.

A la verdad, si no se trata aquí de anarquistas o socialistas, no s  qu n pueda ser aquel infeliz Maese Salomón, cuyo éxito en el Teatro Olimpia se asemeja tanto al de varios «con genes» suyos en el teatro de la política...

4 de diciembre de 1910.

## ¿QUE ES AMOR? (\*)

Por más que así parezca indicarlo el título, no es este libro un tratado de filosofía ni pretende en él su distinguido autor resolver el problema que tiene atareados a los filósofos desde los tiempos de Platón.

No: no quiere el señor Magallanes definir al amor, aunque, si no me engaño, procura darnos los elementos de una definición.

Con todo, para hallar la respuesta que nos pide el título, no nos bastará permanecer absortos en contemplación como el rapazuelo cuya presencia simbólica en la cubierta del libro es un enigma añadido a otro enigma,

Ahí está el pobrecito con su carcaj en el suelo y contemplando su obra, o sea, dos sangrientos corazones caídos y enredados en zarzas a orillas de una laguna negra en demasía...

No lo imitemos y en vez de quedarnos como él a la intemperie, penetremos en el libro.

Allí el señor Magallanes Moure describe cuatro casos patológicos.

Su descripción es sobria, tranquila, minuciosa, sin romanticismo (es decir, sin declamación ni tempestades de gritos o lágrimas) y, a la vez, sin grosero realismo, lo cual no significa sino realidad.

Al leerlas, parecemos presenciar las cuatro tragedias... pues tragedias son ya que, con excepción tal vez del primer cuento, los otros tres realizan la fórmula del poeta romano:

..... *medio de fonte leporum surgit amari aliqunt...*

brota, al fin, de entre tanta gracia, una amargura, un dolor tanto más patético cuanto más incurable.

De aquellos cuatro cuentos puede inferirse que la respuesta del señor Magallanes a la pregunta del título sería esta: el amor es un fenómeno siempre inevitable aunque a veces previsto, y

(\*) Cuentos por Manuel Magallanes Moure.

en cuyo origen, desarrollo y efectos no tienen ni «El» ni «Ella» la menor responsabilidad.

Toda la culpa, si culpa hay, es de... La Vida.

He ahí la filosofía de este libro: filosofía, en verdad, muy elemental y por demás simplificadora.

No es este su único defecto. A tan excesivo «simplismo», agréguese la añejez ya que la tesis de la irresponsabilidad del amor, esbozada por Rousseau y desarrollada por Jorge Sand y los románticos del pasado siglo, es, a todas luces, un vejestorio.

Convendría innovar. Hoy por hoy la noción de la responsabilidad moral está, por decirlo así, remozando en las escuelas de filosofía. Reeditando las gastadas teorías del Determinismo romántico, expónense, pues, los novelistas a ser catalogados entre los fósiles.

### «LA CASA JUNTO AL MAR» (\*)

Lector amigo, cuando te digan que en Chile abundan los poetas tanto como la langosta en la República Argentina, no lo creas...

Es una exageración insoportable. Debémosla, en parte, a los versificadores que se dan (y consiguen a veces que se les tome) por poetas. Pero el más culpable en este asunto, es don Pantaleón Escanilla O., viticultor de Lllallauquén. A él principalmente, a la draconiana ley de residencia propuesta por él, dé bese la común creencia en el excesivo número de los poetas.

Si, en efecto, no nos amenazasen verdaderas «mangas» de poetas, ¿habría aquel pacífico viticultor pensado en desterrarlos de Chile o en hacerles intolerables, a fuerza de impuestos, la residencia en este país?

Así discurren las gentes, pero con escasa razón. Discurren

---

(\*) Versos por Manuel Magallanes Moure.

ran mejor si, en vez de hablar de poetas, hablasen de versificadores, verseros y versaineros.<sup>1)</sup>

Estos, sí, que abundan y son algo como el «pediculus vestimenti» de la poesía... (no lo digo de todos, pero de muchos).

Ellos son los que contaminan al país y causan en muchísimos cerebros jóvenes, un «tifo exantemático», cuya etiología, sintomatología y terapéutica merecen ser estudiadas por especialistas en enfermedades mentales (1).

Pero por numerosos y virulentos que sean, no logran los versificadores ahogar a los poetas de verdad, y de éstos siempre queda alguno para consolarnos...

Pocos son, lector amigo; pero si te dicen que en Chile no hay ninguno, no lo creas.

Allá, en una «Casa junto al mar», encontrarás un poeta verdadero.

Y esa casa no es, como la de tanto versificador pretencioso, una «torre de marfil», o el encierro de una vanidad eternamente ocupada en sí misma.

Es una casa hospitalaria, no sólo para la luz y la brisa, sino para las ideas.

Y el poeta que ha hecho en ella su nido y la celebra en versos hermosísimos, no la transforma en cueva.

Todo allí es luz. Hablando al «maestro constructor», dice el poeta:

—*Las ventanas*

*Perdóname, maestro constructor, olvidaba...*

*¿Creíste que eran muchas? Pienso que no son tantas*

*Como las que debiera poseer esta casa.*

*Si antes amé la sombra, hoy la luz me hace falta.*

*Quiero que el primer rayo del sol entre en mi estancia*

(1) «Tifo» es vocablo de origen griego, que significa *soplo*, vapor, humo, estupor. «*Exantema*, griego igualmente, significa «eflorescencia», erupción. ¡En cuanto libros de versos, no se encuentran «exantemas»!...

*Y que se extinga en ella su última mirada.  
En la sombra, maestro, germinó mi desgracia:  
Puede ser que a la luz de mi ventura renazca,  
¿A qué ir tras la sombra? Llegaré sin buscarla.  
Llegará con la tarde y ascenderá, pausada...  
Y al fin, vendrá esa noche que no tiene mañana.*

Esa luz penetra no sólo en la casa junto al mar, sino también en los versos del poeta.

Nada hay en ellos de esas nubes espesas, que oscurecen la atmósfera de muchos libros de versos, nubes que serían tolerables si alguna vez prometiesen relámpagos y truenos, pero que suelen resolverse en vulgar llovizna sentimental, prosaica y fría,

La poesía del señor Magallanes Moure es toda luz y como entre la luz y lo malsano hay incompatibilidad perfecta, en su libro nada hay de impuro.

El amor que allí canta el poeta es digno de una casa con muchas ventanas...

Es místico en su expresión, como puede verse en el poemita intitulado *Sentir*:

*¿Creer? ¿Pensar? Ya no. Sólo sentirte.  
Sentirte en mí, sentirme en ti, eso es todo.  
Ser como el aire que tu boca bebe,  
como la luz que bebes con tus ojos,  
como el agua que bebes con tus labios;  
entrar, entrar en ti, hasta lo más hondo,  
y al fin dejar de ser y ser tú misma!  
Ni pensar, ni creer. Sentir. Eso es todo.*

En estos versos óyese un eco de la eterna fórmula del amor místico: *Ego in te, et tu in me*, aspiración suprema de los poetas y de los santos.

Lector amigo, ya lo ves: hay un poeta verdadero en «La Casa junto al Mar...»

27 de enero de 1919.

### «FLORILEGIO» (\*)

Cuentan que San Agustín, pensando en convertirse, pero cargado aún de cadenas, se desesperaba de su cobardía.

Un día, empero, recorriendo en su memoria los ejemplos de conversión que otros habían dado, se avergonzó y al fin exclamó: ¿Por qué no podré yo lo que aquéllos y aquéllas pudieron? *Cur non potero quod isti et istae?* Y se convirtió...

No sé si los editores santiaguinos están pensando en salir del pecaminoso estado de inacción en que vienen, cual más cual menos, viviendo con grave perjuicio de sus almas y de las letras. Pero me daría yo por muy feliz si, alegándoles hoy el ejemplo del señor J. García Monge, les indujese a exclamar: ¿Por qué no hemos de poder aquí, en Santiago, lo que puede un editor en San José de Costa Rica?

En aquella dichosa ciudad el editor edita: no es, como aquí, un mero nombre. Y ¿qué edita?

Eso es lo que merece despertar nuestra curiosidad.

El señor García Monge, al fundar *El Convivio*, trata de presentarnos, según reza su programa, «escrituras cortas y completas —consideradas como egregias en su género— de los buenos escritores de todas las naciones y épocas; en cuadernos portátiles, y recomendables también por el esmero de la impresión».

¡Hermoso programa! No edita propiamente, sino que reedita, pero no admite en su «Convivio» sino a gentes ya probadas y aprobadas, selectas.

---

(\*) Poesías de Manuel Magallanes Moure. Selección del autor. Prólogo de Pedro Prado.

Prueba de ello, este volumen, pero, antes de hablar del presente, hablemos del futuro.

Entre los «Convivios Próximos» que luego saldrán de las prensas costarricenses, hallo a *Hesíodo* («Los Trabajos y los Días»), a *Sófocles* («Antígona»), a *Luciano* («Anacarsi, o De los Gimnasio») a *Platón* («Ion»). Y aquí me detengo para dar al señor García Monge mis más sinceros parabienes por el buen gusto y la justicia que le guían.

Primero, la justicia. Esta le obligaba a publicar algo de Platón porque no se concibe un «Convivio» sin este convidado, sin el autor del inmortal «Banquete» o «Simposición», modelo supremo de filosófica belleza.

Luego, el buen gusto: entre todas las tragedias de Sófocles, el señor García Monge elige a «Antígona» en quien, además del amor fraterno, encarnóse en la idea del Derecho, de un Derecho superior a todas las imposiciones y caprichos de las muchedumbres (1).

Igual gusto y justicia descúbrense en las demás elecciones de autores antiguos y modernos. En el «Convivio» leeremos, en efecto a *Cicerón* («De la vejez»), a *Omar-al-Khayyam* («Rubayat»), a *Kalidasa* («Salkuntata») y a *Raimundo Lulio* («Libro del Amigo y del Amado»).

No sé si los viejos agradecerán mucho la reedición del librito de Cicerón sobre *La vejez*. Lo leí hace poco y confieso que no saqué de él ningún consuelo. Pero puede ser que otros, más fáciles de convencer, reciban como plata de buena ley lo que a mí me pareció moneda feble, mero papel «inconvertible». En todo caso los jóvenes lo leerán con una sonrisa... y se proveerán ahí de argumentos para consolar a los viejos... Hay casos que piden consuelo.

---

(1) Ignoro cuál sea la traducción preferida del señor García Monge. Pero, si estas líneas caen oportunamente en sus manos, me tomaré la licencia de señalarle la del señor Juan Salas Errázuriz, cuya superioridad está fuera de duda.

¿Y el *Rubayat*?... Más vale no insistir en este himno al vino escrito por un mahometano, es decir, por un hombre sometido a la «ley seca», a la más seca de las leyes... ¿No teme el editor costarricense una excomunión norteamericana?...

Pero volvamos al presente volumen y tomémosle el peso.

Desde luego conste que el distinguido poeta chileno invitado por el señor García Monge a su «Convivio» está muy bien acompañado. ¿Quién no le envidiará? Pero ¿quién, habiéndole leído y conociendo la calidad de su alma y de su arte, no le hallará justamente premiado?

En estas crónicas he tributado a la poesía del señor Magallanes Moure los aplausos que ella me merece y esto, no una vez, sino varias, es decir, cada vez que un nuevo libro de este poeta ha salido a luz desde 1907.

No repetiré, pues, lo ya dicho, y me concretaré <sup>con</sup> a hacer mía una opinión expresada por Isaías Gamboa en 1903: «La poesía de Magallanes Moure es insinuante y seductora; uno la gusta y la ve. Es para ser leída mentalmente, como se contempla en silencio un paisaje. Produce un acallado deleite, no el entusiasmo vibrante y arrebatador. Magallanes Moure huye del efecto lírico y externo y hace que todo el encanto se desprenda del asunto mismo, que él sabe mostrar desde su punto de vista de poeta y pintor.» (2)

Esta obra viene precedida de un prólogo en que el señor Pedro Prado esboza rápidamente el retrato de Magallanes Moure. Es retrato de un poeta por un poeta, de un pintor por un pintor y de un amigo por un amigo: tres condiciones de un retrato excelente, puesto que en lo de ver a los hombres tal como verdaderamente son por dentro y fuera, nadie supera al

(2) En este *Florilegio*, cuya selección es obra del mismo señor Magallanes Moure, publíquense poesías sacadas de «Facetas», «Matices» y «La Jornada». El mayor número pertenece a esta última obra. Pero, al final, publíquense ocho poesías que aún no han sido coleccionadas en libro y que, por consiguiente, son menos conocidas que las demás.

amigo que es a la vez poeta y pintor. Estas páginas sinceras y sentidas honran tanto a Pedro Prado como a M. Magallanes Moure.

No resisto a la tentación de copiar aquí y comentar algunos renglones del prólogo.

Primero, el retrato: «Manuel Magallanes Moure, un hombre más bien alto que mediano, siempre vestido de negro; con su enorme y combada frente plácida y, hasta ayer, poseedor de una grande y serena barba negra; con sus largos silencios, su bondadosa atención, la fugaz chispa de ironía de sus ojos pardos y pequeños, su reír callado, sus frases vagas y breves, siempre envueltas en humo de cigarros, deja una impresión confusa de quietud o de misantropía. Tarde, sólo al conocerlo íntimamente, sabes que todo aquello es dolor callado. Es ese sufrimiento hondo y constante de los grandes y limpios espíritus amorosos»,

El retrato es de una verdad «criante», que grita, como dicen en Francia. M. Magallanes Moure está ahí vivo.

Y ahora el comentario. P. Prado menciona la «grande y serena barba negra» de que, en tiempos no muy lejanos, M. Magallanes Moure era el dichoso y envidiado poseedor: una barba de cheik árabe, digna de figurar en los maravillosos cuadros africanos de Fromentin. Cuando vi al poeta transformado en afeitado yankee, protesté *in petto* de tan desastroso «roce»... pero, ahora, leyendo las líneas con que P. Prado da la última pincelada al retrato de M. Magallanes Moure, protesto aun más que entonces. Para el «dolor que quiere callar», no hay mejor silenciera que una tupida barba de «cheik» que es como una prisión. ¿No cuadra esta conclusión con lo que nos enseñó, hace poco, el inolvidable profesor Dumas sobre la expresión de las emociones?

17 de octubre de 1922

## RAFAEL MALUENDA

## «LOS CIEGOS (\*)»

¿Quién no es supersticioso? ¿Quién de cuando en cuando no obedece a «ideas-fuerzas», cuyo origen y fundamento se ignoran; pero cuya fuerza, aunque disputada y resistida, se impone despóticamente hasta al espíritu más libre y desprecupado?

Conocí (en una época que no indicaré porque no quiero designar la persona aludida), conocí un político francamente racionalista, hombre de bien e inteligente, en cuyo cerebro, libre al parecer de toda creencia, anidaba una curiosísima superstición.

¡Creía aquel hombre en la virtud de las herraduras!... Herraduras viejas tenía colocadas con disimulo en diversas partes de su casa: en el comedor, para defensa de su digestión; en el dormitorio, para protección de su sueño; en el escritorio, para fuente de inspiración. Según decía, cierto despiadado ironista, que por ahí solía merodear, «sólo le faltaba andar... herrado».

Pues bien, mis supersticiones no son de aquella índole, pero he de confesar que, cada año, el día 1.º de enero despierta en mí cierta antigua «idea-fuerza», según la cual aquel día imprime carácter y fija rumbo al resto del año.

No averiguaré si hay o no algún átomo de verdad en aquella creencia popular. ¿Con qué objeto haría la crítica de una opinión que «se non e vera, e ben trobata», y sólo puede encaminarnos hacia el bien?

Imitaré, pues, a los pragmatistas en este caso, y de aquella creencia deduciré que me conviene dedicar el primer lunes

---

(\*) Colección de cuentos, por R. Maluenda. 5 de enero de 1914.

de 1914, no a un libro vulgar, como son tantos, sino a un libro raro, artístico y, en opinión de todos, hermoso.

Así tomaré un seguro contra la invasión de la vulgaridad para el resto del año y, siendo indisputable la excelencia del libro, gozaré (placer rarísimo), alabando lo que todos mis colegas en crítica y todos mis lectores alaban de consuno.

Por esta razón he reservado para hoy la colección de cuentos a la cual el señor Maluenda ha puesto por título «*Los Ciegos*».

Podría alabarla sin dar más explicación que ésta: «*Los Ciegos*» me agradan.

Y si quisiera contentarme con razones «subjetivas», de esas que nadie puede desbaratar, sin quitarme la libertad de sentir y opinar a mi modo y a mi gusto, añadiría que me agradan estos cuentos porque son humanos, sencillamente humanos, y me inclinan a simpatizar con lo que más simpatía merece en el mundo: con el pobre que lucha por su vida y sufre por ella.

Razones sentimentales son éstas, dirá algún Kant de menor . . . Kantía. Ya lo sé; per también sé que son esas las razones «directoras y gobernadoras» del mundo. Kant lo sabía y lo dijo, y sobre ellas reedificó lo que su «Razón Teórica» echara abajo.

Pero no nos apartemos de «*Los Ciegos*».

Para alabarlos tengo motivos que creo fundados en realidades demostrables.

Es el primero que todo el libro procede, sin duda alguna, de observaciones directas, las cuales, concentradas como por un lente, iluminan a . . . «*Los ciegos*».

Como otros (y seguramente mejor que otros), pudo el señor Maluenda pedir prestados a autores franceses y españoles sus personajes, sus paisajes, y hasta sus sentimientos. (1). Con

---

(1) Pudo asimismo crear personajes y pintar escenas fuera del tiempo y del espacio, es decir, personajes sin raza, ni patria y escenas tan aplicables a la China o al Congo, como a Chile.

Así hacen algunos.

chilenizarlos «por encimita», con rebautizarlos en bautisterio de tinta, escribiría cuentos no malos, agradables quizás, y, en todo caso, no inferiores a los más.

Empero, su sistema es otro. Sin desconocer en su obra el influjo europeo (influjo que se ve en todo, absolutamente en todo lo que se escribe en América latina o no latina), advierto que el señor Maluenda sabe observar a Chile con ojos educados a la europea.

Nadie me negará que los tres ciegos del primer cuento, el Pedro Jesús y el «Ruma», del tercero; los bandidos de «La Casería» y «El», no sean chilenos.

El alma estoica de esos hombres, el alma buena, amante y pasiva de las dos Rositas (la del primer cuento y la del último), son de esta tierra. ¿Quién no lo ve?

No digo que todo Chile, ni siquiera que las principales variedades de campesinos chilenos estén pintados en «Los Ciegos».

Pero en nueve cuadros tenemos nueve trozos de realidad chilena observada, no en libros, sino en la naturaleza misma, y la pintura de aquellos trozos es «objetiva».

En ella no aparece, ni por un instante, el autor. ¿Quién leyendo «Los Ciegos» se acuerda de él?

Poco conozco al señor Maluenda; pero hay tal o cual rasgo de su carácter, tal o cual «intonación», que pudo, como sucede con otros autores, dejar rastros en el libro.

Estos no los veo... Sólo veo al «objeto», a la realidad, la cual absorbe en tal grado mi atención, que sólo de ella me acuerdo mientras leo.

¿No hay, entonces, invención? ¿Son estos cuentos, pura y simple fotografía?

Supongamos que así sea, ¿acaso el fotografiar con esa maestría está al alcance de cualquier hijo de vecino? Haga la prueba el lector y verá...

Pero, no es así. La invención en «Los Ciegos» ha consis-

tido en descubrir tipos y paisajes, en situar con propiedad los primeros en los segundos, en combinar las escenas y en armonizar los sentimientos en tal forma que la pintura de tipos «ordinarios» de países conocidos y de sentimientos populares o, si se quiere, vulgares, den al lector la impresión viva y a veces «punzante» de la realidad chilena.

Si en esto no hay invención, tampoco la hubo en los cuadros de la escuela holandesa, o en los de Courbet y de sus discípulos.

El estilo, en las partes en que hablan gentes del pueblo, no me parece siempre tan gráficamente fiel como creo podría serlo; pero es bastante popular para no quitarle al lector la sensación de naturalidad que experimenta en el resto del libro.

En todo caso nada hay allí de «appreté»: en «Los Ciegos» no se percibe olor a artificios literarios.

La adecuación entre el estilo y la realidad es la más perfecta que puede verse, hoy en día, en libros chilenos escritos por contemporáneos del señor Maluenda.

Y lo curioso, lo instructivo es que, sin lirismo, sin romanticismo, sin retórica, la que menor, el cuentista logra adueñarse del lector, evocando visiones que le enternecen o espantan porque le ponen en contacto con la verdad humana, porque lo inmergen, si así puede decirse, en la realidad viva, dolorosa, espantable.

No quiero citar trozos: todo lo «citable», no cabría en tres columnas, y me quitaría el poco espacio que me queda. Pero léase, entre otras páginas, la escena de los ciegos que huyen bajo la tormenta (pág. 44 y sig.), la «Cacería» (pág. 189 y sig.), o la vuelta de Eloísa al hogar (pág. 72).

A todo lo dicho, es menester agregar que así como no interviene en este libro la personalidad del autor, en lo referente al estilo, tampoco se traslucen sus ideas y opiniones acerca de los problemas morales, o sea, acerca de los casos de conciencia, que están envueltos en cada uno de sus cuentos.

Para con la realidad que pinta, es tan indiferente en apariencia como un espejo para con la persona que en él se mira.

Digo en apariencia porque, de veras, no se puede escribir un cuento como «Los Ciegos» o «De otro Tiempo» sin haber sufrido hondamente, sin haber protestado contra la crueldad de la vida.

Pero aquí la apariencia nos basta. ¿Qué haríamos con las lágrimas del autor si, al brotar, viniesen a mezclarse con su tinta?

Decía Horacio:

*Así si quieres*

*Que mis lágrimas corran; derramarlas*

*Debes primero tú; de esta manera*

*Podrán enternecerme «tús» desgracias...*

Dicho fue esto no para cuentistas, sino para los oradores, los cuales, sin embargo, al llorar si tasa ni cuenta, se exponen a alegrar a sus oyentes.

Aquí, sin enternecerse, consigue el señor Maluenda conmovernos hasta en lo más íntimo del alma.

Pero preciso es poner fin a esta exposición.

En otra ocasión, hablando de «Escenas de la Vida Campesina» del mismo autor, asocié el nombre de éste con el de Maupassant. Dedújose de allí, con gran escándalo de algunos, y hasta (¡Dios le perdone!) del mismo autor de aquellas «Escenas», que en mi mente hay ecuación entre Maluenda y Maupassant.

No, no hay ecuación, pero *si parva licet componere magnis*, hay, en mi sentir, motivos muy fundados (y muy honrosos) para acordarse del insuperable cuentista francés mientras se lee a Maluenda,

Si éste pone en práctica (como en realidad lo hace tal vez sin quererlo), las reglas que Maupassant dictó en su prefacio

de «*Pierre et Jean*», ¿será ridículo asociar su nombre con el de su maestro?

Pues bien, lo que yo alabo en Maluenda es, precisamente, parte de lo que Brunetière admiraba en Maupassant.

Léase a Abel Hermant y se verá que, según este crítico, nadie mejor que Brunetière supo apreciar a Maupassant (2).

5 de enero de 1914.

### «LA SEÑORITA ANA» (\*)

Es una antigua costumbre mía exponer en brevísimo resumen los hechos principales que forman la trama de las novelas. Sé que, al hacerlo, complazco a mis lectores, de por sí curiosos, y que los habilito, en cierto grado, para apreciar el alcance e interés de la obra.

Pero no siempre es oportuno ni fácil semejante resumen. Hay casos en que, sea por la sencillez misma de la trama, sea por la anormalidad de los personajes, una novela no es «resumible», o, resumiéndola, se le causa un daño irreparable.

En «*La Señorita Ana*», actúan cinco personajes principales y tres de ellos resultan, a mi juicio, tan extraordinarios que creo imposible exponer su historia, sin copiar páginas enteras de la novela.

Desde luego, presentaremos el matrimonio Saavedra-Pino, o sea, un hogar en que dos «*intelectuales*» intentan vivir felices sin lograrlo.

Ambos cónyuges son profesores: ella, la señora Elvira Pino de Saavedra, desempeña la cátedra de «*filosofía y moral*» en el Liceo de Niñas; él, don Tomás Saavedra, enseña literatura en alguna escuela mixta, no claramente designada en la novela.

---

(\*) Novela de Rafael Maluenda.

(2) Véanse *Essais de Critique*, por Abel Hermant, 1913. Artículo sobre Maupassant, págs. 365 y sig.

No tienen hijos. Así se explican muchas rarezas de su vida . . .

La primera, en mi concepto, es la desmedida importancia que la señora Elvira atribuye a lo intelectual, y la segunda, el ideal de feminismo que ella se ha formado.

El intelectualismo llevado a tales extremos, se vuelve fácilmente «masculinidad» y, a poco andar, degenera en intolerable pedantería.

En casa de doña Elvira, el salón era una sala de clases o conferencias. «Según fuera la calidad mental de las visitas, resultaba el tono y el asunto de las conversaciones. Noches enteras se había resignado Bruce (1) a escuchar discusiones sobre asuntos de enseñanza, en otras el arte y la filosofía hacían el gasto. Pero ninguna charla interesó tanto a Juan Bautista Bruce, como aquellas en que el amor y la naturaleza de las relaciones que deben existir entre los sexos formaban tema inagotable. Eran conversaciones originales, intercambio de ideas superiores, confidencias teñidas por extraña sinceridad. Durante las noches en que faltaban las personas que ellos sabían de espíritu tímido, desaparecía de la conversación todo espíritu de galantería, toda delicadeza, más bien dicho, «toda mentira convencional». Se les hacía desaparecer por pueriles e inútiles. La perfección en el decir, las abstracciones, las generalizaciones suplían la envoltura y el disimulo que la gente burguesa pone en su habla al tratar esos asuntos que se estiman como «delicados» (p. 98-99).

Curioso hogar, ¿no es verdad? Pero, ¿qué opinión le merecen a Bruce esas libertades o licencias, en el pensar y en el decir?

Bruce no es ningún gazmoño. Artista, abogado, futuro diplomático, «hombre de mundo», Bruce, al fin, empieza a bostezar. «Todo aquello, dice el novelista, concluyó por no interesar al abogado, como dejan de interesar al turista las desnude-

---

(1) Más adelante intimaremos con Bruce. Baste decir por ahora, que es comensal de la casa, y peculiar amigo del marido.

ces de una playa veraniega una semana después de su arribo. En el saloncito del matrimonio Saavedra-Pino discurría siempre la misma gente y eran idénticos sus afanes».

Bruce experimentó la verdad del conocido verso: *L'ennui naquit un jour de l'uniformité*.

Pero, preguntará el lector, ¿es verosímil tan intensa, extensa y prolongada pedantería?

El novelista parece haberse percatado de esta objeción.

¿Cómo no han de reinar, en aquel saloncito, el desenfreno del pensamiento y de la palabra y, a la vez, la pedantería, cuando la dueña de casa profesa un feminismo (mejor digamos «un masculinismo») ilimitado?

Para doña Elvira «la independencia espiritual» es el sumo bien.— «Parece, explícale la docta maestra al escéptico señor Bruce, parece que esa independencia es patrimonio de algunas razas. Ya ve usted: entre los norteamericanos la mujer no se diferencia del hombre en las libertades de que goza, ni en las prerrogativas que se le otorgan, ni... Apenas se diferencian en el sexo —osó afirmar (la señora) en su entusiasmo del momento— y ello proviene de que allí los hombres consideran muy elevadamente a la mujer...» (p. 19). Tan «elevadamente» que la pierden de vista...

Con ideas y ambiciones como éstas, todo es posible, todo es verosímil, todo, hasta lo más absurdo y principalmente lo más absurdo.

Así no admiro que, en ese hogar sin hijos, cada cual goce plena libertad. Por un lado el marido puede cortejar a la alumna preferida de su mujer, en presencia de ésta y la mujer, a su vez, dispensa con franqueza al ingeniero Armando Demarchi atenciones verdaderamente nimias en el sentido propio de esta palabra.

«Una y otro —mujer y marido— actuaban con tranquila independencia, absolutamente «liberalizados». Y durante las

veladas en casa de sus amigos, Bruce acopiaba datos y observaciones» (p. 94-95).

Lo mismo estamos ahora haciendo nosotros y lo visto hasta el presente nos habilita para comprender que, a pesar de tan completa «liberalización», la paz no reine siempre en ese hogar donde, so capa de intelectualismo, se violan las más claras y tiránicas leyes de la naturaleza humana.

¿Pueden dos intelectuales —marido y mujer— vivir en perfecta armonía?

Presentado en forma tan general, este problema no admite solución práctica. Pero si le estudiamos en el caso Saavedra-Pino, la solución, mejor digamos, la respuesta negativa se impone.

El marido es un literato y, como muchos colegas suyos, no es modelo de actividad literaria. «¿Qué hacía Tomás Saavedra en el orden de las ideas? Nada, nada que le impusiera recogimiento y meditación. Profesar cotidianamente su cátedra de literatura, opinar en reuniones de amigos y vivir. Eso, sí; ¡vivir! Pero, ¿obra? Ninguna», (pág 45).

Con la señora Pino de Saavedra (cuya opinión sobre su marido acabamos de transcribir) el asunto cambia.

Al ver a don Tomás tan despreocupado de pensar, escribir y publicar, ella «sentía dentro de sí, como una gota de ácido que fuera corroyendo la pasada admiración intelectual que había sido la base fundamental del amor que le uniera a su Tomy... Antojábasele, el sentirse humillada en sus justas ambiciones de mujer intelectual. Y al par que sus trabajos literarios y el homenaje de los extraños robustecían en ella el convencimiento que tenía del propio mérito, sentía empequeñecerse la figura de su marido, hacerse débil aquel su primitivo ascendiente moral y menos dignas de admiración las facultades mentales que, en otro tiempo, la cautivaran tan poderosamente» (p. 44-45),

El caso es grave y hasta lo creo incurable. Dos intelectuales de esa índole no pueden vivir en armonía porque, si don Tomás

no publica nada, doña Elvira lo menosprecia y, si algo publica don Tomás, la envidia roerá a doña Elvira. Palo porque bogas, palo por que no bogas.

Literatos amigos míos, no os caséis con literatas, y viceversa. Esta es la lección que nos da «La Señorita Ana».

Pero, ¿cómo es esto? ¿Nada se nos dice de la señorita Ana? ¡Nada! El que quiera conocerla leerá la novela del señor Maluenda y me agradecerá el silencio que observo acerca de esta hermosa, misteriosa y desdichada joven.

Pero no terminaré esta crónica sin copiar aquí una respuesta de la docta señora Elvira, profesora de filosofía y de moral. Esta respuesta vale un curso de filosofía, aunque no de moral.

Bruce se ha enamorado de Ana en casa de la señora Elvira, de quien aquella joven es colega y amiga íntima.

Ana es una personita muy misteriosa, un enigma vivo. Bruce, no pudiendo descifrarlo, interroga a doña Elvira y ésta, sin grandes preámbulos, le dice más o menos: Usted no ha tenido éxito con Ana, pero la culpa no es de ella. «Los leguleyos usan una fórmula que puede ser para usted una lección: *Venga en forma y se proveerá*, dicen. No será como usted ha pretendido, como a su turno pretende Ana ser conquistada. Pero yo estoy en antecedentes para afirmarle que puede usted insistir... si así lo desea. Busque no más, busque el *modus operandi*: ahí está el secreto de los éxitos. Y no hay por qué creer que sea Ud. de menos ingenio que otros —concluyó acentuando la risa burlesca de sus labios.

Bruce declara que con esto la señora Elvira le ha dado «una formidable lección de psicología». Pero insiste. Quiere conocer la opinión de doña Elvira sobre la señorita Ana Dey.

—¿La tomará usted en cuenta, acaso?

—¿Puede usted dudar?

—Bueno, entonces... ¿Ha leído a Prevost?

—Sí.

—Pues bien, Ana Dey es una demi-vierge», (p. 156).

Ante esta definición (de que Bruce sacó provecho poco después) quedome yo meditabundo. Pienso: ¿así serán las amistades femeninas?

Doña Elvira lo sabe todo acerca de la «semi- virginidad» de Ana, y sin embargo, recibe a esta niña todos los días en su casa.

Pero no es esto lo peor. No guarda para sí aquel secreto, sino que lo comunica a Bruce... por sí acaso... y todo con una sonrisa...

Esta sonrisa tiene algún parentesco con el beso de Judas. ¡Cuán digna de confianza es a veces la amistad que una mujer profesa a otra mujer!... Verdad que, en esto, como decía La Fontaine, *il est des hommes qui sont femmes...* (Hay hombres que son mujeres).

## FRAY MELCHOR MARTINEZ

### LEYENDO A FRAY MELCHOR MARTINEZ

Cuando resolví estudiar de veras la historia de este país recuerdo que estuve en peligro de sucumbir a una tentación verdaderamente anticientífica.

¿Empezaré con Pedro de Valdivia o con los libertadores de Chile, con la Patria Vieja o con la Patria Nueva?

Ese era, para mí, el problema. Al llegar a Chile, diome un amigo, para orientarme en la historia del país que iba a ser mi segunda patria, un texto clásico de historia americana que bien pudo, por su aridez, su superficialidad y su total carencia de equidad, alejarme para siempre de tan interesante como necesario estudio. De su lectura sólo quedaban en mi memoria tres o cuatro fechas, media docena de nombres célebres y el recuerdo de algunas batallas. Nociones sobre el desarrollo intelectual, moral, económico y político de Chile, ninguna. Ese libro era más estéril que el desierto de Sahara.

Sobre Chile colonial, sobre lo que yo llamo «la Patria Vieja», germen de la Nueva, no había allí sino frases tan altisonantes como huecas acerca de la tiranía española, del servilismo criollo y del obscurantismo clerical, tres pestes que, según el autor, habían assolado este país durante los tres primeros siglos de su existencia.

¿Valdrá la pena dedicar mucho tiempo a esa edad de hierro?... ¿No será más provechoso estudiar a «Chile nuevo» desde 1810 y dejar que los muertos del coloniaje entierren sus muertos?

Así pensaba yo mientras la tentación me estaba llevando hacia lo más fácil, lo más actual y lo más nuevo.

Por dicha prevaleció en mí el instinto lógico y ahora celebro haber empezado por la Patria Vieja, pues, sin el conocimiento de ésta, la Patria Nueva es absolutamente inexplicable.

Muchos errores históricos, muchos prejuicios, declamaciones e injusticias nacen de la ignorancia del pasado.

Quisiera hoy estudiar, valiéndome del P. Martínez, un caso especial en que esa ignorancia brilla más que en ningún otro.

Es noción corriente y vulgar que el clero de Chile, en 1810, estuvo en gran mayoría opuesto a la independización de este país. Sobre esto, ciertos espíritus faltos de «educación» histórica, hacen comentarios erróneos e injustos que pueden condensarse en esta frase: El clero de 1810 era antipatriota.

Vamos a examinar el caso para ver si los clérigos y frailes que presenciaron el primer dieciocho de septiembre merecen tan grave calificativo.

Desde luego, rige en crítica histórica una regla que obliga al historiador a vivir mentalmente en el mismo ambiente en que vivieron los personajes cuyas acciones se trata de juzgar.

La primera cuestión que se le presenta es ésta: ¿Cómo los juzgaron sus contemporáneos?

En el caso que nos ocupa, trátase de saber qué impresión

hizo, en 1810, la oposición más o menos general y abierta del clero.

Podría fácilmente resolverse el problema sin examinar con detención los documentos históricos de aquella época.

Bastaría, en efecto, recordar cuál era entonces la opinión dominante en este país acerca de los deberes del hombre para con su soberano y sus representantes o ministros.

Compendiábanse estos deberes en la breve fórmula del cuarto mandamiento de la ley de Dios.

Para los chilenos de 1810 (como para los que, aún hoy, aceptan esa ley), el Jefe del Estado era el representante de la autoridad divina en la tierra y se le debía, por consiguiente, no tan sólo obediencia, sino respeto y amor. El rey era en 1810 lo que es hoy, desde el punto de vista católico, el Presidente de la República: el *Padre de todos*.

(Y dicho sea de paso, ese concepto religioso de la autoridad suprema tiene una nobleza y eficacia social que ninguna otra teoría política puede igualar).

Conocida esa regla y sabiéndose que el clero tenía por misión inculcarla a todos los chilenos, es fácil comprender que la mayoría de los eclesiásticos mirara con suspicacia y aun reprobara todo intento de sublevación.

Pero si vamos a los hechos, nos explicamos mucho mejor aún esta oposición.

Preciso es confesar que en los días anteriores a la proclamación de la independencia corrieron en Santiago noticias capaces de indignar, no digo a un clérigo, sino al católico más indiferente.

Entre otras pruebas que hallo en el libro de fray Melchor, puede citarse la que resulta de una circular oficial dirigida el 17 de septiembre de 1810 (fíjese el lector en la fecha), a los conventos de monjas de Santiago.

En ella dice el Conde de la Conquista: «El Gobierno está íntimamente convencido que los ignorantes y sediciosos se han

insinuado de algunos días a esta parte en el corazón de VV. RR. persuadiéndoles que *los vecinos nobles de esta capital intentaban alterar la vida religiosa de los monasterios, confiscar sus bienes y propiedades, y, finalmente, (nótese bien este inciso); cometer otros excesos dignos de las más severas animadvertiones*...

En seguida reprocha el Conde a las monjas el no haber dado cuenta a la Capitanía General de aquellas amenazas, a lo cual contesta la madre priora de las Monjas Rosas: «Esta comunidad dista mucho de creer (*aunque se le protestara con la mayor seguridad de datos*), que verificado el caso... llegaría al doloroso punto de la alteración de la vida monástica, confiscación de propiedades y perpetración de sacrílegos excesos que el vulgo, siempre dispuesto a la credulidad, y sin meditación únicamente podría atribuir a la nobleza chilena...»

He ahí dos documentos bastante elocuentes.

Con perdón sea dicho de la reverenda madre priora, es claro que los monasterios, en vísperas del primer dieciocho, temblaron de miedo.

¿Quién no ve que, en esa revolución como en todas las conocidas, no podían faltar forajidos para prever y quizás preparar, con bastante anticipación, el pillaje de los monasterios?

¿Cómo evitarían de caer en aquella tentación, o al menos de pensar en ella, ciertos hombres antirreligiosos, aleccionados por el ejemplo de la Francia Revolucionaria y sabedores de la facilidad e impunidad con que en tiempos de revolución se cometen los mayores desmanes? Y, aunque no tuviesen presente en la memoria aquel ejemplo, ¿no les bastaba acaso la lectura de Raynal, cuyo libro fue, si así puede decirse, el breviario revolucionario por excelencia?

Es para mí evidente que, durante la incubación del movimiento libertador, se expresaron ideas y se forjaron proyectos anticristianos, los cuales bastaron para crear en el clero una decidida antipatía.

Agréguese a esto que la opinión distaba mucho de ser tan

unánime en favor de la Revolución como fácilmente lo creen hoy en día los que no han estudiado los trascendentales acontecimientos de 1810.

Un testigo presencial de los hechos, el ya citado P. Melchor Martínez (1), hombre de un criterio bastante sereno y muy ilustrado, dice: « Instalada la junta del día 18 representaba la ciudad de Santiago el cuadro más extraño que puede delinearse: porque los semblantes y ánimos de sus habitantes representaban las diferentes figuras de alegría y tristeza tan al vivo que componían una rara contraposición de sombra y colores, de oscuros y claros, resultando de todo una terrible escena. Los autores y partidarios del nuevo Gobierno alegres y triunfantes celebraban y aplaudían su reciente victoria con músicas, iluminaciones, parabienes y todo género de gratulación. *Estos eran pocos comparados con la parte sana y sensata: no excedían de la quinta parte de la población; pero eran de los más insultantes, atrevidos, y de clase nada despreciable en su mayor parte: había muchos vecinos nobles...* »

Entre los santiaguinos fieles al Rey, cuenta el P. Martínez la Real Audiencia, « mucha parte de la principal nobleza patricia; el clero secular y regular en proporción de cuatro contra uno... ».

Con esto y lo anterior explícanse de sobra la antipatía de la mayoría del clero y muchos chilenos de la más alta categoría social.

Pero lo que mejor aún la explica es la teología de la fracción revolucionaria tal como viene expresada en sermones pronunciados en septiembre de 1810 y 1811 por los PP. Tadeo Silva y F. Torres, ambos dominicos.

Largo y tedioso sería examinar aquí esas piezas oratorias,

---

(1) El P. Fray Melchor Martínez escribió por orden del Rey de España una *Memoria Histórica sobre la Revolución de Chile* desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814, la cual fue publicada en Valparaíso en marzo de 1848. La lectura de ese libro es sumamente provechosa.

pero, preciso es confesar que el del P. Torres parece inspirarse directamente en la obra impía de Raynal.

«Abrió (este padre, dice Fray Melchor) sus dolorosos labios proponiendo por tema el cántico que la hermana de Moisés compuso para dar gracias a Dios por la libertad del pueblo israelita de la tiranía de Egipto y del Faraón: en igual caso explicó que se hallaba Chile, libre de la tiranía y esclavitud de los Reyes y nación española, y que por tanto debía usar del mismo cántico de alabanza... *Se explayó difusamente sobre la injusticia y crueldad de la conquista* de estos países (he ahí a Raynal), *el ningún* derecho con que los españoles poseían las Américas».

Lo más curioso es la reflexión con que termina el P. Martínez su compendio del sermón de Fray Tadeo Silva: «El Gobierno escogía *para estas farsas* los sujetos más a propósito, y les mandaba trajesen anticipadamente las arengas que habían de publicar en el púlpito, y *lo regular era darles los papeles compuestos por los más libertinos y facciosos* que se deleitaban en hacer servir a nuestra santa religión de lazo y de piedra de escándalo a los sencillos».

Ya se ve: sólo un hombre sin imaginación histórica puede calificar de crimen lo que, para esos clérigos, era sencillamente el cumplimiento de un deber.

Y si se añade que muchos de los sostenedores de la independencia, o como se los llamaba entonces, de los «facciosos», eran más o menos «libertinos» (es decir, descreídos), se entiende sin dificultad que muchos católicos mirasen de reojo la obra libertadora.

Al fin y al cabo, es preciso comprender que la Iglesia Católica no puede ser revolucionaria, ya que parte muy principal de su misión consiste en inculcar a la humanidad la disciplina social, el respeto a la autoridad en el hogar y en la sociedad, sin el cual son imposibles el orden, el progreso, la civilización y el bienestar humano.

*Por instinto* (si tal palabra es de uso lícito en este caso),

todo clérigo digno de ese nombre y consciente de su misión, predica la obediencia y el respeto a la suprema autoridad.

Guizot, aunque protestante, dijo, hace cerca de tres cuartos de siglo, que «la Iglesia católica es la más alta escuela de respeto que haya existido jamás en el mundo.»

Debo confesarlo: un clérigo revolucionario hace, para mí, la misma figura que un Cristo con un par de pistolas... y los frailes con sable no merecen admiración ni simpatía.

No es extraño, pues, que para los eclesiásticos de 1810, concedores de sus deberes, y sabedores de lo que poco antes acababa de suceder en Francia, tuviera la palabra «Revolución» un sentido verdaderamente ominoso.

Tampoco es extraño que, una vez establecido el nuevo orden político, se sometieran todos a él, más por la razón que por la fuerza.

En virtud de los principios de la teología y del derecho cristiano, tal era su deber y es una de las más señaladas bendiciones de la divina Providencia la fácil y pronta unanimidad con que el clero de este país aceptó su nueva condición política.

Débase tanta dicha a que triunfaron en Chile la libertad y el espíritu cristiano al mismo tiempo.

Los «libertinos» no lograron, como en otros países, infectar la masa de la nación.

A esto puede agradecer Chile la unidad moral de que ha disfrutado en el primer siglo de su independencia, unidad de que están privadas y de cuya falta padecen más o menos cruelmente todas las naciones del viejo continente y, en especial, España y Francia.

18 de septiembre de 1911

## JOSE TORIBIO MEDINA

## «EL DESCUBRIMIENTO DEL OCEANO PACIFICO»

(VASCO NÚÑEZ DE BALBOA, HERNANDO DE MAGALLANES  
Y SUS COMPAÑEROS) (\*)

¿Quién no conoce a Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico, y padre, en consecuencia, de todas las patrias que se han fundado a orillas y en las islas de aquel mar?

Pero descontando el infinito número de los que sólo saben el nombre del descubridor y la fecha del descubrimiento, resulta que la sabiduría de los demás se reduce a escuetas nociones sacadas de algún manual clásico de historia americana o cuando mucho del magnífico «ensayo» de Quintana en la «*Vida de Españoles Célebres*»...

¿Quién lee a Fernández de Oviedo o al P. Casas?

Fuera de los muy curiosos (que son pocos) y de los profesores de historia o de literatura, nadie.

Y cuidado, que sin leer a aquellos viejos historiadores, nadie, antes de publicado el libro del señor Medina, podía formarse idea cabal de Núñez de Balboa.

Hay en él un «hombre», un jefe militar y un descubridor; y para conocer a fondo aquellos tres elementos de su personalidad sería menester engolfarse en investigaciones infinitas, buscar hechos característicos, fijar cronologías y situar a Núñez de Balboa no sólo en el tiempo y en el espacio sino también (y con mucha exactitud) en el ambiente o medio que formaron en torno de él sus amigos y sus enemigos.

Con dificultad conseguiríase esto, si, en hora oportuna, no viciésemos a socorrernos un historiador profesional y, descubrien-

(\*) Por J. T. Medina (tomo I. Núñez de Balboa).

do, aclarando, fijando y sistematizando los hechos, no pusiese a nuestro alcance la clave del problema.

He ahí, precisamente, lo que el señor Medina acaba de hacer con su libro sobre *El Descubrimiento del Océano Pacífico*.

Merced a él ya tiene Vasco Núñez de Balboa una historia, mejor diremos, un monumento digno de su hazaña.

A nadie (entre los que de cerca conocen las obras del señor Medina) sorprenderé si dijere que ésta, como las que la precedieron, es fruto de larga y minuciosa labor.

Fuera de leer, comparar y criticar a sus predecesores (a Oviedo, Las Casas, Mártir de Anglería, López de Gomara, Herrera, etc.), el señor Medina ha recorrido todos los archivos españoles.

Y según lo revelan las innumerables notas en que, al pie de las páginas, expone el fruto de sus cazas de documentos inéditos, tan cuidadoso fue el experto investigador que, a no ser en algún archivo de Flandes, poco o nada cazarán los que en adelante recorran los mismos campos.

Cuanto al protagonista de esta historia, diré en pocas palabras toda la admiración que en mí despierta la imagen de su persona evocada por el señor Medina.

Véole, por primera vez, en postura algo desmedrada, cuando nos lo presenta el historiador embarcado «de guerra» en una carabela del bachiller Enciso.

«Entre los que se embarcaron en Santo Domingo en las naves de Enciso, se contaba Vasco Núñez de Balboa, vecino que era entonces del último pueblo hacia el occidente, fundado en la Española llamado Salvatierra de la Sabana, donde tenía indios de repartimiento, porque se hallaba por entonces en extremo endeudado».

Huía, pues, Balboa de sus acreedores, acción poco heroica que nos le haría mirar con cierta desconfianza, si no añadiese el historiador algo que nos mueve a indulgencia.

«Había logrado, dice el señor Medina, subir a bordo sin saberlo Enciso, burlando la vigilancia de las autoridades, merced a la industria de un su amigo, llamado Bartolomé Hurtado, que le escondió entre los pliegues de la vela de una de las naves. *Llegaba a bordo sin más patrimonio que su espada y sin más compañero que su perro*» (pág. 35).

Sobre lo cual digo que no puede ser malo un hombre fiel a su perro en tan duro trance. . . y de esto no me obligarán a decirme cien acreedores impagos por más que pregonen lo contrario. . .

Y si más tarde leo en el libro de López de Gomara que «Balboa era a lo que dicen, rufián o esgrimidor» (o sea, como hoy diríamos, *matón*), no lo creeré y si fuere preciso, demostraré que al traducir «*digladiator*» (así lo llama en latín Mártir de Anglería) por «*rufián*» manifiéstase Gomara pésimo traductor. . .

Por lo demás, quien está en la verdad es el P. Las Casas. Según él, al embarcarse nuestro héroe, contaba «hasta treinta y cinco o pocos más años, era bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre muy entendido y para sufrir mucho trabajo».

Así lo veo y así fue: con aquel perro y aquella espada, buen mozo y valiente, «hombre de hierro» al fin, ¿qué no podía esperarse de él?

Claro era que, antes de mucho, Vasco Núñez, aunque embarcado en forma tan ilegal, había de ser el capitán de aquella expedición.

No contaré las aventuras que acreditaron su perspicacia y su valor y le encaminaron hacia el mando.

Pueden (y hasta deben) los curiosos leerlas en los capítulos III, IV y V del señor Medina.

Una vez depuesto el bachiller Enciso (a pesar de la regla *cedant arma togae*), da muestras nuestro héroe de lo que será cuando, en 1513, emprenda la expedición descubridora que le ha de inmortalizar.

«Núñez de Balboa cuidó de no incurrir en los defectos que se notaban en sus antecesores en el Gobierno, quienes, confiados de su puesto, que les parecía era sólo para mandar, se valían de subordinados para aquellos actos en que hubiera sido menester de sus personas (1).

Maltrataban, además, a sus soldados y de cuanto se lograba en las entradas (expediciones en territorio enemigo) no les daban participación alguna: causas todas de grandes desabrimientos y de que sirviesen de mala voluntad. Núñez de Balboa, por el contrario, lejos de rehusarse a los trabajos, era el primero que de día y de noche salía a recorrer las vecindades del pueblo y se hallaba en cuantas entradas se hacían a la tierra, como se decía entonces; no le arredraban ni los muchos ríos que por aquellos sitios era necesario vadear ni las ciénagas y anegadizos que por todas partes se extendían en esas regiones; de los mantenimientos y del oro, que se lograba obtener de los indios, con todos sus compañeros y subordinados los repartía. No se daba un momento de reposo, desvelado siempre en cómo «se podía valer y dar buen recabdo y poner a mí —dice él— y esta poca gente que Dios aquí nos echó en cobro».

«Principalmente, he procurado —añadía— por doquiera que he andado, que los indios de esta tierra sean muy bien tratados, no consintiendo hacerles mal ninguno, tratándoles mucha verdad, dándoles muchas cosas de las de Castilla, por atraerlos a nuestra amistad».

Justo y generoso, así con los indios como con los españoles, modelo de activa vigilancia y de inquebrantable energía; tal era el jefe que pronto había de abrir a los españoles la puerta de un nuevo mundo.

El 25 de septiembre de 1513, a las 10 de la mañana, «yendo por un monte raso arriba, los guías dijeron a Balboa que desde

---

(1) Costumbre que aún hoy se conserva cuidadosamente y razón por la cual fracasan tantas empresas en guerra y en paz. Esta nota, tal vez innecesaria, es añadida por mí al texto del señor Medina.

la cumbre se podía divisar el mar; ordenó entonces a sus compañeros que se detuvieran y adelantándose solo llegó a lo alto y pudo desde allí, contemplar el primero al mar, que se extendía a lo lejos hasta perderse sus aguas en el horizonte. «Postrándose en tierra, hincado de rodillas y alzando al cielo las manos, saludó al Mar Austral y dio infinitas gracias a Dios y a todos los santos del cielo que le habían guardado la palma de una empresa tan grande a él, que no era hombre de gran ingenio ni de letras ni de nobleza. Hechas las oraciones sagradas a su modo de soldado, llamó a sus camaradas y señalando con la mano derecha, les hizo ver el deseado mar» (págs. 87-88).

Entre «los caballeros e hidalgos y hombres de bien» nombrados en el acta redactada allí por el escribano inmediatamente después del descubrimiento, figura al lado de Vasco Núñez (y el primero entre los seglares) un hombre ante quien, sin sospecharlo él, abríase el camino de la inmortalidad.

«Primeramente, dice el notario, el señor Vasco Núñez, y fue el que primero de todos vido aquella mar e la enseñó a los infrascriptos:

Andrés de Vega, clérigo;

*Francisco Pizarro...*»

Parece que el haberse hallado en aquella hora al lado de Vasco y el figurar en pos de él en tan gloriosa lista bastará para crear eternos lazos de amistad entre Pizarro y el descubridor del Mar del Sur.

Mas, por desdicha, los hombres de aquella época, superiores en energía y heroísmo a los de hoy día, no entendían como nosotros los deberes del corazón. Eran «nietzscheanos *avant la lettre...*» y ponían por obra con perfección el lema de los «superhombres»: «Seamos duros...»

Así, en 1518, cuando ya la envidia le ha suscitado, en Pedrarias Dávila, un mortal enemigo, vemos nuevamente a Vasco junto con Pizarro, mas no en calidad de jefe ni de amigo.

Llamado por Pedrarias obedece nuestro héroe al mandato de su superior.

Ya en el camino topa con Francisco Pizarro, que va al mando de soldados escogidos entre los más audaces y esforzados que contaba Pedrarias.

Tomado preso, conténtase Vasco con decir a su aprehensor: «¿qué es esto, Francisco Pizarro?...»

«—¡No solíades vos así salirme a rescibir!...»

Léanse en el libro del señor Medina (págs. 243 y siguientes) los pormenores del proceso a que fue sometido Vasco Núñez por su enemigo y se verá una de las mayores infamias cometidas en América.

Acusado de traición al rey, cuando sólo había pecado de obediente en exceso, paga allí Vasco Núñez las costas de su gloria.

Sentenciado a muerte por el infame viejo Pedrarias, va al patíbulo el descubridor del Mar del Sur. Y oye al pregonero gritando: «Esta es la justicia que manda hacer el rey, nuestro señor, y Pedrarias, su lugarteniente, en su nombre, a este hombre, por traidor y usurpador de las tierras sujetas a su Real Corona...»

Lo cual oído por Vasco, levantó éste los ojos y dijo: «Es mentira y falsedad que se me levanta, y para el caso en que voy nunca por el pensamiento me pasó tal cosa ni pensé que de mí tal se imaginara, antes fue siempre mi deseo servir al rey como fiel vasallo y aumentalle sus señorías con todo mi poder y fuerzas».

No le aprovechó su afirmación, dice el señor Medina, y así «*le cortaron la cabeza sobre un repostero harto viejo...*»

Y el colmo del horror fue que, según lo cuenta Oviedo, «desde una casa que estaba diez o doce pasos de donde degollaban (a Vasco y a sus cuatro compañeros Valderrábano, Boteillo, Muñoz y Argüello) como carnero uno a par de otro, *estaba Pedrarias mirándoles por entre las cañas de la pared de la casa o buhío...*»

Es para mí un desengaño el hallar a Francisco Pizarro entre los sayones de semejante tirano. Mas no pasarán muchos años sin que, con él, se cumpla en Lima la ley de la retribución. Pizarro, traidor a la amistad de su jefe, será traicionado a su vez y morirá asesinado.

¿Qué fin tendrían los que mancharon sus manos en la sangre de Vasco?

Garabito, el que, comprado por Pedrarias, consintió en calumniar a su jefe y amigo, murió en un juego de cañas.

«El e otros se disfrazaron e vistieron como moros, e él y otros de a caballo arremetieron para donde estaban ciertas mujeres españolas mirando la fiesta: e como llegó cerca de ellas, dixo: «Señoras, tornaos moras» e otros desatinos. E loando la secta de Mahoma, cayó súbitamente muerto, que no habló más palabra» (Oviedo, citado, página 294-295).

Cuanto a Pedrarias Dávila, siento declarar que vivió largos años después de su crimen y que éste no le impidió ser gobernador de Nicaragua donde murió, al parecer, tranquilamente, en 1531 (pág. 283).

No se hizo justicia, y a mi ver, esta es, para los reyes de España y sus ministros, una mancha imborrable.

¡Desdichados conquistadores! ¡El que no muere pobre y olvidado, como Colón o Cortés, muere degollado como Vasco Núñez, sin que nadie, entre los poderosos que más se aprovechan de sus hazañas, vuelva por su fama!...

Hoy semejante injusticia sería imposible y, si se empecinasen en ella sus autores o cómplices, no faltaría quien, investigando y manifestando la verdad, vengase a la víctima como espléndidamente venga a Vasco Núñez el historiador chileno cuya obra estamos estudiando.

Sólo un reproche haré al señor Medina, y es que en el índice alfabético de personas, tan útil para «releer» este libro e investigar en él, figuran sin pormenores los nombres de Vasco Núñez y de Pedrarias.

No basta, en mi opinión, decir, por ejemplo, «DÁVILA PEDRARIAS, *passim*», porque, si tengo interés en descubrir rápidamente un dato relativo a cierto período de la vida de Pedrarias, estoy obligado a engolfarme en largas investigaciones.

¿No convendría más, en semejantes índices, apuntar brevemente los principales hechos relativos a los personajes (por ejemplo, el nombramiento de Pedrarias, su llegada a América, su muerte, etc.), indicando las páginas en que vienen historiados?

Esto, por cierto, se haría solamente con los personajes de primera magnitud. Cuanto a los demás, el índice con meros nombres y páginas sería suficiente.

29 de junio de 1914.

## NOTICIAS BIOBIBLIOGRAFICAS DE LOS JESUITAS EXPULSOS DE AMERICA EN 1767

En opinión del vulgo, o aún de muchos que se darían por ofendidos si en el vulgo se viesan inclusos, no hay obra más enfadosa y estéril que la del bibliógrafo.

Pasar días, semanas, meses y hasta años buscando un mal librejo y, después de tan larga caza, apuntar tres o cuatro líneas en un catálogo: he ahí la tarea a que los bibliógrafos dedican su vida.

¡Serán ociosos! ¿Qué provecho sacan ellos (y sacaremos nosotros) de tan *nimia* dedicación a pequeñeces?

En cuanto a los bibliógrafos, podemos desechar todo cuidado: son felices. El hallazgo de un libro desconocido, la determinación de un nombre de autor, de una fecha o lugar de publicación, la comparación de varias ediciones de un mismo libro: he ahí, para ellos, tres inagotables fuentes de felicidad.

Bien saben que el público no aprecia su trabajo. Consuélanse, empero, pensando que si ellos interrumpiesen su tarea, los investigadores en los más diversos campos de la ciencia veríanse

obligados a «bibliografiar» cada cual por su cuenta en el rincón que cultivan.

¿Es posible hoy en día, estudiar un punto cualquiera en ciencias físicas y químicas, en historia natural, en medicina, en filología y lingüística, en historia y geografía, sin antes poseer la bibliografía de aquel punto?

Es menester, ante todo, saber quiénes lo han estudiado, qué método han seguido en su estudio y a qué conclusiones han llegado.

Sin este conocimiento previo, expónese el investigador a descubrir nuevamente la América, lo cual, para él, puede ser muy grato, mas no lo será tanto para el público que se imponga de su estupendo descubrimiento.

Nos asombramos a veces ante las interminables listas de libros citados en ciertas obras de ciencia pura o de erudición histórica. ¿Es posible, preguntamos, que un autor haya, no digamos leído, sino descubierto la existencia y paradero de tanto libro, folleto, revista y diario como cita en su obra?

Pues el misterio no es difícil de aclarar.

Tan formidables enumeraciones de libros son hechas con ayuda de vecinos. En Francia, en Inglaterra, en Italia, pero sobre todo en Alemania, existen colecciones de listas donde todo lo que dice relación a un punto científico o histórico, por insignificante que sea, se halla registrado. Allí es donde el autor, cuya erudición bibliográfica nos deja mudos de espanto, ha encontrado la seña de los libros que cita, y hasta de los más insignificantes artículos de revista relativos al asunto de que trata en su obra.

Si esos colosos de erudición salen con lucimiento de sus empresas y hasta nos deslumbran, a los bibliógrafos se lo deben, aunque a veces... no confiesen su deuda. He ahí los proveedores y a menudo los guías, sin los cuales tendrían ellos que malgastar en largas y tediosas investigaciones preliminares un

tiempo precioso, sin contar que más de una vez se extraviarían en la selva oscura de los libros.

Y puesto que estas reflexiones me son sugeridas por la nueva obra del señor Medina, preguntaré: ¿Es posible, hoy en día, estudiar historia americana sin tener a cada momento al alcance de la mano las admirables bibliografías publicadas por él?

Ahí están su *Biblioteca Hispano-Americana*, su *Biblioteca Hispano-Chilena*, su *Imprenta en América*, obras sin iguales en este continente.

Cuando los historiadores se resuelvan a prescindir de las amplificaciones oratorias y a investigar en conformidad con los métodos históricos modernos, ¿podrán dar un paso sin valerse de aquellos libros donde están señalados con asombrosa minuciosidad hasta los más mínimos rastros de la vida intelectual hispanoamericana anterior a la revolución de la Independencia?

Tomemos por ejemplo este libro. Mucho se ha escrito sobre la pérdida que representó para la América la expulsión de los jesuitas.

Pero ¿puede calculársela exactamente sin tomar en cuenta la actividad literaria que los expulsos desplegaron en el destierro?

Fácil es, en Chile, conjeturar las ventajas que, para este país, hubieran resultado de la continua presencia en él de hombres como los padres Molina, Lacunza, Febrés y Havestadt.

Sin ánimo de ofender a nadie y pidiendo que se tome en cuenta la diferencia de ambiente intelectual y de medios de estudio, preguntaré: desde 1767, fecha de la expulsión de los jesuitas, ¿ha producido Chile naturalistas, lingüistas y teólogos que sobrepujen en mucho a los cuatro nombrados?

Con éstos se gradúa la pérdida y se mide el vacío que dejaron en pos de sí aquellos sabios.

Se me objetará tal vez que, permaneciendo en Chile, no habrían alcanzado tanto desarrollo intelectual como en el destierro.

Pero contestaré que, dotados de penetrante inteligencia y de espíritu observador y, teniendo a mano la (para entonces) magnífica biblioteca cuyos restos, admirablemente conservados, son hoy parte muy principal de la Biblioteca Nacional de Chile, era imposible que la atrofia los consumiese en esta tierra.

No puedo imaginarme un padre Lacunza vegetando o durmiendo intelectualmente, ni un padre Molina dejando de observar con sus ojos averiguadores la naturaleza chilena.

Con todo, la inicua expulsión que los desterró de su patria (o, por lo que toca a Havestadt y Febrés, los alejó del campo apostólico por ellos escogido), hubo de ser como un latigazo que despertó en ellos energías desconocidas y hasta ideas nuevas.

Es probable, por ejemplo, que, sin la indignación y el desengaño nacidos de la enorme e inaudita injusticia de que fueron víctimas, no habría Lacunza escrito ciertos capítulos de su obra ni Febrés habría criticado la política pontifical y real como lo hizo en las dos curiosísimas «*Memorias Católicas*» que cita el señor Medina.

Hasta dónde llegaría Febrés en aquellas críticas, puede calcularse recordando que el Papa Pío VI, en el *motu proprio* en que las condena después de «examinarlas *por Nos mismo* con todo cuidado», dice: «A tal grado llega la temeridad y malicia de este autor, que frecuentemente se atreve a decir, ya que los Pontífices romanos, abusando de su oficio apostólico, cual feudatario que rinde vasallaje a su señor, condescendieron ciegamente y sin razón con la voluntad ajena: ya que, usando de una vergonzosa simulación, aprobaron y protegieron, a un mismo tiempo, lo que en público manifestaban reprobar y destruir, y otras veces que los reyes piadosísimos, siguiendo el dictamen de sus impíos consejeros, sólo se complacieron en usar de la crueldad y del despotismo: otras que los muy respetables cardenales de la Iglesia Romana fueron cómplices de fraudes y delitos: y, finalmente, otras, que nuestros ministros y los de los enunciados reyes, llevados sólo de la propia utilidad y ocupados en satis-

facer sus pasiones, se conjuraron contra el bien público de la cristianidad y la sacrificaron traidoramente, como si para ello estuviesen sobornados; y que después, algunos de éstos, estimulados de los remordimientos de su propia conciencia, no habían tenido ningún reparo en confesarlo abiertamente...» (p. 108-109),

¡Terrible página histórica, si se la lee derechamente!

Esto decía Febrés; esto mismo pensaban, no sin algunos visos de razón, sus compañeros Lacunza, Fuenzalida y Valdívieso.

Defensores de la Iglesia, los expulsos conocieron el cruel desengaño del valiente soldado cuyo batallón es despedido y disuelto en lo más recio de la guerra, y el del francotirador entregado al enemigo por aquellos mismos a quienes defendía arriesgando la vida.

Ahí está el padre Fuenzalida, otro expulso santiaguino, que no me dejará mentir.

Su historia es muy honrosa y muy triste. A fuerza de méritos llega a obtener una cátedra de teología moral en el Seminario, y el puesto de teólogo del cardenal de Imola, el futuro Pío VII. Toda su ambición tiénela puesta Fuenzalida en defender la Iglesia atacada por los jansenistas ítalo-austríacos, que predominan en el norte de la península. Publica libro tras libro contra aquellos solapados herejes, y en su «*Análisis del Concilio Diocesano de Pistoia*» refuta sus doctrinas.

Algún peligro correrían los enemigos del jansenismo, puesto que el padre Luengo, en su «*Diario*», citado por el señor Medina, dice, a propósito de la publicación hecha por Fuenzalida: «Esta publicidad sólo puede tener el inconveniente de que los jansenistas, que se van multiplicando mucho, y haciendo muy poderosos en Italia, y que son muy capaces de los atentados más horribles, viéndose tratados por este español y presentados a los ojos del pueblo como unos hombres mentirosos, calumniadores, hipócritas, enemigos de la religión y de la Santa Se-

de, de mala y pestífera doctrina y herejes manifiestos y declarados, atentasen contra su persona» (p. 126).

Pues bien, aquella publicidad no tuvo «el inconveniente» que el padre Luengo temía; en cambio, tuvo otro mucho más doloroso para el padre Fuenzalida.

¡El libro de éste fue puesto en el Índice de los prohibidos en 1797!...

Como el religioso autor se quejase de semejante acuerdo fuéle respondido, según él mismo lo refiere en carta a un amigo, que «no se había condenado por nada que contuviese contra la fe y buenas costumbres, sino *ne irritarentur crabrones* (1), y que se quitase a los jansenistas italianos todo pretexto para realizar el cisma con que amenazaban a la Iglesia, si se proseguía en descubrir y anatematizar por autoridad privada sus cánones y decretos del Conciliábulo o nuevo Latrocinio de Pistoya».

Así, para no alborotar el cotarro jansenista, se imponía silencio al jesuita... con razón los pistoyanos, cantaron el *Te Deum*...

«¡Triste consuelo, proseguía nuestro buen chileno, triste consuelo para quien sólo vive para defender la Iglesia, y sabe, por mil experiencias de lo pasado, que, cuanto sea contemporizar con los de la secta, es darles alas y apoyo para que al fin se salgan con la suya! Al tiempo con ella, y quiera Dios que ya no sea demasiado tarde, cuando se piense de veras en poner remedio a tantos peligros...» (p. 127).

Basta esta carta para explicar el pesimismo con que los discípulos de Lacunza miraban el porvenir.

El fin del mundo había de parecerles muy cercano, puesto que creían ver a la Iglesia capitulando ante sus enemigos.

¡Y qué no vieron!... Lacunza murió en 1801 y Fuenzalida en 1803; vivieron, pues, lo bastante para presenciar la toma de Roma por los ejércitos revolucionarios franceses y al mismo

(1) Esta frase latina significa: «para que no se enojasen los zánganos, o sea, los alborotadores.

Pío VI caminando a Francia, donde a poco andar lo esperaba la muerte en el cautiverio.

«*Et nunc intelligite*», dirían nuestros expulsos «y ahora entended...».

En verdad, todas las apariencias eran para afianzarlos en su pesimismo.

¿Quién diría que se engañaban, siquiera al pronosticar la retribución que España, antes de mucho, había de recibir por el despotismo de que les hizo víctimas?

Ya en 1780, esto es, 20 años antes del primer grito de independencia latinoamericana, anunciaba el padre Febrés la próxima revolución.

Hablando al rey de España, decíale: «A la vista de este terrible espectáculo (la sublevación de Tupac-Amaru), al cual de seguro no resistirá vuestro corazón piadoso, añadid, monarca suavísimo, el otro funestísimo de la presente guerra (2), con el proditorio fin, o mejor dicho, con el certísimo peligro de la independencia de vuestra América por el ejemplo y escándalo dados con la de las Colonias Inglesas, y por tantas otras razones expuestas en su lugar, y vos veréis claro que los que os engañan con esta pérdida, que ha de venir presto o más tarde, o ya con el comercio libre de América para todas las naciones, que ha de venir antes, tratan de propósito de arrancar la joya más preciosa de vuestra corona y de hacer odioso y execrable a la nación española vuestro nombre. *Tal es el fruto del destierro y destrucción de la Compañía, al cual anhelaban sus demoleedores porque prevéían imposible hacer surgir tantos proyectos traidores y empresas escandalosas mientras vieran a vuestro lado confesores, maestros y predicadores jesuitas*» (p. 104).

Es tarea vana la de formar hipótesis acerca de lo que pudo ser, mas no fue. Empero, ¿se pecaría contra la lógica, suponiendo que, si los jesuitas hubiesen permanecido en América, este con-

(2) Alude el padre Febrés a la guerra de la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica (1776- 783).

tinente no se habría sublevado o que la revolución, tomando otros rumbos, habría parado en una independencia análoga a la que hoy florece en el *Dominion* del Canadá o en el *Commonwealth* de Australia, con doble provecho para aquellas libres colonias y para la madre patria?

Sea de ello lo que fuere, es menester confesar que al padre Febrés no le faltaba olfato. . .

Demos que se equivocara en lo del remedio: esto no obstante, justo es reconocer que, con veinte años de anticipación, profetizó el mal y esbozó con alguna precisión lo que los médicos llamarían su etiología.

Los 77 jesuitas expulsos, cuyas numerosas obras figuran en esta bibliografía, no igualan todos a Febrés, Molina y Lacunza.

Pero ninguno hay que no honre a la tierra americana.

Casi todas las naciones de este continente tienen representantes en la bibliografía del señor Medina; pero las más favorecidas, las que dieron el mayor número de autores (y los más eminentes), son Chile y México.

Entre los mexicanos, sobresalen dos poetas fecundísimos, los PP. Abad y Alegre; dos naturalistas, historiadores y geógrafos de México, los PP. Castro y Clavijero; un matemático, el P. Márquez; un filósofo, el P. Guevara Bazoazabal y dos teólogos, los PP. Iturriaga y Vallarta.

De este último cuéntase que, por su invencible dialéctica, mereció se dijese de él: «¡Quien sabe responder a los argumentos del P. Vallarta, tiene mucho adelantado para responder a los que el diablo podrá ponerle en el Tribunal del Juicio!» . . .

De menos brillo, pero de más solidez y, si se me permite el vocablo, de mayor «practicidad», son, en conjunto, los ocho chilenos: PP. Arechavala, Bachiller, Boza Solís, Fernández de Valdivieso, Fuenzalida, Lacunza, Larraín y Cerda, Molina y Cepeda.

El más feliz, después de muerto, fue Molina, pues resucitó en bronce bajo los árboles de la Alameda, aunque su estatua, digámoslo de paso, no sea digna de Praxiteles.

Cuanto al padre Lacunza, la fatalidad le persigue sin tregua. Prometióle el Consejo de Instrucción Pública un busto, pero el más original de los autores chilenos está esperando desde el 11 de agosto de 1884—(¡30 años!...) que se cumpla aquella promesa.

Mientras tanto, en el índice de este libro, verdadero modelo de bibliografía, el único nombre que no figura es el del P. Manuel de Lacunza y Montero...

Y ahora atrévase alguien a decir que no hay hombres «fatales» en el mundo!...

21 de junio de 1915.

### «ARAUCÓ DOMADO DE PEDRO DE OÑA» (\*)

Podríamos, no sin alguna ventaja, aplicar a *Arauco Domado*, la cómoda distinción escolástica de la Materia y la Forma.

Desde luego, llamaríamos materia lo editado, y forma la edición, o sea, la presentación editorial de aquello.

Y si no nos contentásemos con esta primera distinción, podríamos agregar en seguida otra, la cual ofrecería a nuestro estudio la materia poética de *Arauco Domado* y la forma peculiar (o sea, el estilo) con que Pedro de Oña supo revestirla.

Tema vastísimo y fecundo en enseñanza. Por desgracia, ni el tiempo ni el espacio me permiten desarrollarlo como quisiera yo y como él merece.

\* \* \*

Primera distinción: lo editado y la edición.

Conviene acerca de esto, apresurarse a declarar que, sea cual fuere el valor intrínseco de lo editado, la edición es digna

(\*) Edición crítica de la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española, anotada por J. T. Medina.

de la Academia Chilena y del docto académico que, por encargo de aquélla, la tomó a su cargo.

«Deseosa la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española, de divulgar las obras de los autores nacionales de cierta notoriedad, ajustándose con ello al programa de trabajo que se trazó en sus Estatutos, en sesión de 15 de junio del año próximo pasado, acordó iniciar esa labor con la publicación de las obras de Pedro de Oña, nuestro primer poeta —el primero por la época en que floreció y por la riqueza y abundancia de su numen—, designando al efecto a don Julió Vicuña Cifuentes, para la de *El Vasauro*, hasta ahora inédito; a don Manuel Antonio Román para la de *El Ignacio de Cantabria*; a don Francisco Concha Castillo para la de las poesías sueltas, y a nosotros para la del *Arauco Domado*» (p. V).

¿Cómo ha cumplido aquel honroso encargo el editor de este poema?

Para contestar, basta tener presente que el señor J. T. Medina, editor de innumerables documentos antiguos, estaba mejor que nadie preparado para dar una magnífica edición del Arauco.

¿Quién con más abundante y segura erudición que el biógrafo, editor y comentador de don Alonso de Ercilla, podía editar y comentar a Pedro de Oña, sucesor inmediato, si así puede decirse, e imitador de aquél?

Sobrábale para ello su hondo y minucioso conocimiento, no sólo de la lengua poética ercillana y del clasicismo contemporáneo de Pedro de Oña, sino también de la primitiva historia chilena, cuyos más oscuros rincones, tanto en la biografía de los conquistadores como en la antropología de los conquistados, para él no tienen secretos.

Así, armado, no es extraño que el señor Medina haya dado a luz una edición correctísima, elegante y erudita, superior en

todo a las tres, que desde la primera (Lima, 1596), se han publicado antes de ésta (1).

Al revés de lo que acontece en otras obras de la misma época, no se tropieza en ésta con enigmas lingüísticos inexplicables. Tan pronto como se presenta un vocablo nuevo (es decir, no registrado en el Diccionario de la R. A.), o una acepción nueva, el señor Medina ofrece explicaciones oportunas y así suprime todo tropezadero.

«Es digno de observarse, dice el señor Medina, el empleo que hace (P. de Oña), de algunas palabras indígenas que con buen acuerdo ingirió en sus estrofas, no «para cometer barbarismo», según lo advierte en el prólogo al lector, «sino porque siendo tan propia de ellos la materia, me pareció congruencia que en esto también le correspondiese la forma» (p. VIII).

«Con todo agrega, el docto editor, el empleo de tales voces resulta de importancia muy secundaria comparado con el que hizo de alguna de nuestra lengua, ya en acepciones no registradas, como sucede, entre otras, que en su lugar se verán, con *mélode, sobrejejo, tríbulo, véntola*; ya, lo que es mucho más interesante aún, con otras nuevas, algunas de las cuales ciertamente dignas de que sean admitidas en el léxico. Tales son *alacranar, antegénito, astería, astrologar; cegarrega, de coplada, cortadora, culebrezno, deshechar, embanderar, empacarse, empihuelar, encolmado, espumazón, estalaje, filicida, génito, insólido, jacobico, jacobino, lutoso, mádido, mariscoso, obstupecer, plácito, regal, septar, rivulo, suicidio, tábido, tépido y tresno*». (p VIII-IX).

---

(1) La segunda edición se publicó en Madrid, en 1605, por Juan de la Cuesta, el mismo año (y por la misma imprenta) que *El Quijote*; la tercera es la de don Juan María Gutiérrez (Valparaíso 1849), y la tercera la que fue publicada, bajo la dirección de don Cayetano Rosell, en la *Biblioteca de Autores Españoles* de Ribadeneira. Con la de 1917 son, pues, cinco las ediciones de *Arauco Domado*.

Leyendo esta lista de vocablos calcularán los estudiosos el provecho lingüístico que puede sacarse de *Arauco Domado* (2).

- \* \* \*

La segunda distinción anunciada arriba nos obligaría, a examinar el poema de Oña tanto en su materia poética como en su forma: tarea larga, complicada y, lo que es más grave, innecesaria puesto que ha sido repetidas veces y magistralmente ejecutada.

El más antiguo de los fallos que yo conozco sobre esta materia es el del doctor Adolfo Valderrama quien, en 1866, declaraba que «Oña tiene una gran habilidad para versificar y en muchas ocasiones un raro talento para hacer metáforas graciosas, para tocar el corazón de sus lectores con la ternura y delicadeza de sus versos».

Al puerto jacobino dan de mano.  
Temiendo que si legan a su estancia  
Y dan entrada al ocio y fácil vida  
Será dificultosa la salida... (p. 117).

El puerto *jacobino* a que alude Oña, es Valparaíso, puerto de Santiago. En cuanto a *sucidio*, el asunto no me parece tan claro como podría creerse. Pedro de Oña (Canto XV) dice:

¡Qué Descuidado vive y qué seguro  
Un ánimo inocente y desculpado!  
Desnudo por las calles anda armado,  
Y sólo en campo raso tiene muro;  
Más, al revés, el infido y perjuro  
¡Qué lleno de *sucidio* y qué azorado!  
¡Apenas una espada resplandece  
Cuando tenerla encima le parece!...

(2) En aquella lista *jacobino* equivale a *español*.

En el apóstol *Jacobo* (Santiago), personificábase España.

—*Jacobino* significa *Santiaguino*.

— Es claro, como lo dice el señor Medina, que aquí *sucidio* significa «inquietud, sobresalto, desasiego». Pero ¿de dónde viene tan raro vocablo, ya empleado por Ercilla? Baldomero Rivedó, citado por el señor Medina, le atribuye origen parecido al del francés *souci*. El señor don Manuel Antonio Román en «Rev. sta Católica», 1917, núm. 385, p. 304-305, lo declara equivalente a *subsidio* (así lo escribe Ercilla), y dice que es síncope popular de éste. «Como los subsidios pecuniarios que imponía el Rey de España a sus colonias de América eran duros de pagar, y siempre todo tributo o contribución es molesto y causa inquietud y cuidado al que lo ha de pagar, de aquí la palabra *subsidio*, por metonimia, tomando la causa por el efecto, vino a significar este mismo cuidado e inquietud, aflicción, angustia, zozobra hormiguillo, escarabajo, quebradero de cabeza; es la misma razón que obró en el s. *pensión* para la acepción figurada que tiene. Muy ingeniosa es esta explicación; pero lo es demasiado para ofrecer plena seguridad. Cuanto a *souci*, conviene advertir que su formación no se parece en nada a la de *sucidio*. El vocablo francés viene del verbo *soucier*, el cual, a su vez, es el latín *sollicitare* transformado en *solcider*, *solcier* y *soucier*.

Para explicar la forma *sucidio*, podríamos quizás acudir al latín *succidere*, «cortar por debajo».

En 1878 el señor Medina dedicaba a Oña en su *Historia de la Literatura Colonial de Chile* un minucioso estudio crítico cuya conclusión puede buscarse en el prefacio de la presente edición del *Arauco Domado*. En frase que hemos copiado ya al principio de este artículo, dice el señor Medina que «Pedro de Oña es nuestro primer poeta —el primero por la época en que floreció, y por la riqueza y abundancia de su numen».

Más elogioso aún, si cabe, es el fallo del señor Amunátegui Solar. En su *Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena* («Rev. Chil. de Hist. y Geogr». 1913, t. VII, p. 116) declárase que «Pedro de Oña sobrepuja a su rival (es decir, a Ercilla) en la facilidad y elegancia de las estrofas que se leen de ordinario con mayor agrado que las de Ercilla... Tenía (Pedro de Oña) el estro de un verdadero poeta. No merece el desdén con que algunos críticos lo juzgan».

¿Quiénes son estos críticos?

No pretendo conocer todos los autores que han escrito

sobre P. de Oña; pero mucho me engaño si entre los desdeñosos no han de contarse los señores Menéndez y Pelayo y P. N. Cruz.

Cierto es que, a primera vista, el fallo del crítico chileno es severísimo y que el del español es muy benigno.

Dice el señor P. N. Cruz en sus *Pláticas Literarias* (1886): «El *Arauco* me ha dejado bien triste idea del numen de don Pedro de Oña, y creo que no yerro al decir que este autor era hombre de mucha facilidad para versificar; pero absolutamente falto de inspiración, buen gusto y dominio del idioma. Ni siquiera es versificador correcto. Más se cuida del verso y de la estrofa que del lenguaje, y si las palabras propias y convenientes o la construcción gramatical la embarazan, inventa otras a su modo. Tiene aquella candidez admirable de los poetas más vulgares: si quiere parecer terrible, hace truenos en hojas de latón, y el mismo se asusta del resultado. . . »

En cambio, don Marcelino Menéndez y Pelayo, después de declarar que «Oña copiaba servilmente a Ercilla. . . » expresa su opinión en una frase que puede pasar por modelo de prudencia.

«No se crea por eso (por lo de la imitación ercillana) que la obra del imitador sea despreciable, ni que le faltasen condiciones propias para brillar con honra entre los poetas de segundo orden». (*Antología*, t. IV, p. XXII).

¿Qué quiere con esto decir el señor Menéndez y Pelayo?

En mi opinión dice diplomáticamente lo que el señor Cruz proclama con franqueza: «este autor era hombre de mucha facilidad para versificar. . . » (3).

Y como es imposible que un autor inteligente produzca más de cincuenta mil versos sin dar una que otra vez en el clavo, quiero decir, sin que alguna vez le visite una inspiración verdadera aunque casual y breve, explícense fácilmente las alabanzas que Pedro de Oña mereció de los eminentes autores arriba citados.

---

(3) El doctor Valderrama dice lo mismo que el señor Cruz.

Cada una de ellas viene muy sólidamente fundada en un trozo poético digno de un autor de segundo orden. Y adviértase que P. de Oña no era mero poeta idílico. Hay en los cantos XI y XII versos dignos de un pintor de batallas.

En comprobación de este aserto copiaré aquí dos octavas guerreras que no hallo citadas en los libros de los críticos: trátase en ellas de un combate entre indios y españoles en una ciénaga: (Canto XI):

## I

*Abajo, arriba y dentro del pantano  
 Revuelto ya también, andaba todo,  
 Sin límites, sin término, sin modo.  
 Dañándose a pie quedo y mano a mano  
 Con todo lo que hallan a la mano,  
 A palo, a hierro, a puño, a diente, a lodo,  
 Después que rompen, baten, muerden, ciegan,  
 Con agua de la ciénaga se riegan.*

## II

*Cuál tumba, cuál impele, cuál arroja,  
 Cuál entra, cuál se hunde, cuál atasca,  
 Cuál sale, cuál se impide, cuál se enfrasca,  
 Cuál, traba, cuál aprieta, cuál afloja;  
 Quién con su propia sangre se remoja  
 Y helados cuajarones de ella masca:  
 Quién traga espeso lodo, quién la muerte  
 Que sobre todos es el trago fuerte.*

Este y otros trozos que se podrían citar, demuestran que, en Oña, había materia prima para un verdadero poeta. Con razón dice Menéndez y Pelayo: «Hay en el Arauco Domado mu-

cho desembarazo y juvenil frescura, gran desenfado narrativo, facilidad abandonada y algo pueril que delata los pocos años de su autor, lozanía intemperante que se acomoda mejor con lo ameno y florido que con lo heroico».

Pero ¿de qué provecho serían tantas dotes y aptitudes cuando, como en el caso de *Arauco Domado*, se trataba de adular sin tasa ni medida al Marqués de Cañete y a su familia; cuando, además, según refiere Santiago de Tesillo, el desdichado Oña, verdadero forzado de la rima, ejecutaba a toda prisa su poema «con apremio y tarea de veinte octavas al día?...»

Así se explica la terrible pesadez del *Arauco Domado*.

Hay en el desierto de Atacama un trecho llamado muy acertadamente «Llano de la Paciencia». Al que de arriba lo mira, promete ser corto; pero entrad en él a las nueve de la mañana y las doce os hallarán bregando para salir de aquel purgatorio. Es llano, como lo indica su nombre, pero es más lato y largo que llano. Allí, fuera de las tostadas piedrecillas del camino, nada hay que distraiga la mente. El silencio, el calor, la luz brutal del medio día, todo se junta para desesperaros. La única palabra que brota de los labios en tales andanzas es: ¿Hasta cuándo?

Si no fuese por los tres o cuatro oasis y las florecillas de que han hecho mención los críticos citados arriba, diríamos francamente que *Arauco Domado* con sus 16,000 versos es el «Llano de la Paciencia... literaria».

Y no se me reproche esta opinión, pues podría fundarla en observaciones hechas por el doctor Valderrama y por D. M. Menéndez Pelayo.

Dice el primero: «El poema entero (*Arauco Domado*) es hasta insulso; en ocasiones es incomprendible como Oña, que hace tan bellas estrofas, puede cometer faltas de verdad como las que se encuentran en su libro. Las arengas de los indios son completamente falsas...»

A la falsedad de las arengas corresponde, según Menéndez y Pelayo, la falsedad de las descripciones.

Abundan allí, según Oña, fresnos, jazmines, azucenas, lirios, vides trepadoras, gamos, jabalíes y venados, etc. etc., fauna y flora que jamás fueron vistas en el valle de Elicura. Pero en el *Arauco* de Oña falta la *araucaria*. . . nada hay que corresponda al escenario araucano, a la raza y a la época.

«Quizá, dice Menéndez y Pelayo, no pueda presentarse otro ejemplo igual de la tiranía ejercida por los libros y de la general ausencia del sentimiento de la naturaleza hasta tiempos muy recientes».

Mucho podríamos decir sobre este punto. Convendría quizás volver sobre una paradoja que lanzamos en años pasados diciendo que mientras hay poetas chilenos que celebran al ruiseñor, cuya voz jamás oyeron, otros logran vivir al pie de la cordillera, a orillas del Pacífico o en medio de los bosques y lagos del sur, sin ver ni lagos ni bosques, ni mar, ni cordillera. . . chilenos.

Así como Oña, escriben tiranizados por los libros, y su Chile no es Chile: es un mero recuerdo libresco.

11 de noviembre de 1917.

## EL DISFRAZADO AUTOR DEL «QUIJOTE» IMPRESO EN TARRAGONA FUE FRAY ALONSO FERNANDEZ (\*)

En 1613, ocho años después de publicada la primera parte del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, Cervantes dio a luz sus *Novelas Ejemplares* y cayó en el error de anunciar en el prólogo de éstas, que antes de mucho publicaría la segunda parte de su grande obra.

En mala hora ocurriósele al genial escritor dar tan innecesario aviso a sus enemigos.

(\*) Estudio crítico por J. T. Medina. Con una carta-prólogo de D. Julio Vicuña Cifuentes.

Uno de éstos (no sabemos si en su propio y exclusivo nombre o alquilándose para instrumento de ajenas venganzas), encargóse de robar a Cervantes la gloria y el provecho pecuniario que debía reportarle la anunciada publicación. Y así, en 1614, llegó a manos del anciano y pobre escritor un libro en cuya portada leíase lo siguiente: *Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas. Al Alcalde, Regidores y hidalgos de la noble villa de Arganmasilla, patria feliz del hidalgo Cavallero don Quixote de la Mancha. Con licencia. En Tarragona, en casa de Felipe Roberto, Año de 1614.*

Con esto, caía Cervantes, por segunda vez, en manos de los piratas y luego, recorriendo aquella novela, vio que el corsario de Tordesillas no era menos bárbaro que los berberiscos.

Aquello equivalía, cuando menos en la intención, a arruinar a Cervantes, puesto que anticipándose a dar al público curioso la continuación de la novela, el pirata dejaría a éste satisfecho y sin interés por la segunda parte que el autor prometía. Y aunque así no pensara el público, era verosímil, dice con razón el señor Julio Vicuña Cifuentes, que pensaría así el editor, que no querría exponerse a perder su dinero sacando a luz la obra de Cervantes, que se pudriría inédita, por no tener el desvalido ingenio cómo imprimiría a su costa (p. XI).

Pero, si la perspectiva de no poder, por falta de editor, publicar la segunda parte de su obra maestra hubo de amargarle en extremo la vida, en cambio bastóle a Cervantes una superficial comparación de su propia novela con la del pirata para quitarle todo cuidado acerca del fallo que el Tiempo, único crítico definitivo e infalible, habría de pronunciar sobre ambas.

¡Qué diferencia, en efecto, entre ellas! ¡Y cuán sin fondo (si se me permite este pleonasma) es el abismo que las separa!

Por esto Cervantes, aunque herido por la malevolencia

del falsificador, no se digna nombrarlo. Al quejarse del robo, no se enoja como era de esperarse.

En la posada donde encuentra a dos caballeros empeñados en leer a Avellaneda, Don Quijote (es decir, Cervantes) se contenta con llamar calumniador al falsario tordesillesco. ¿No es, por ventura, una calumnia, y muy grave, propalar que Don Quijote, modelo de amantes delicados y fieles, olvidando a la sin par Dulcinea ha entregado su corazón a una inmundicia? . . . ¿No merece tal calificativo esa pretendida dama de sus nuevos pensamientos, esa «reina Cenobia» que el de Tordesillas ha ido a buscar entre los desperdicios de las mancebías toledanas?

En la obra de Avellaneda, Don Quijote, el ingenioso y noble caballero de Cervantes, es un mero loco que perpetuamente oscila entre la estupidez y el furor.

Sancho, a su vez, pierde toda gracia, es sencillamente un bruto y a lo largo de la obra falsificada vemos al caballero y al escudero, deshonorados y «despersonalizados» (si tal puede decirse) caminando con dos vagamundos, soldado el uno, ermitaño el otro, muy dignos ambos de su padre y tan reveladores como el nuevo Don Quijote y el nuevo Sancho de la baja espiritual de quien les dio el ser.

En un bosque encuentran a una mujer atada a un árbol. Es una ex vendedora de mondongos, horrible arpía, en cuyo rostro brillan vestigios de un pasado no limpio. De ella, de esa «Bárbara la de la cuchillada», enamórase don Quijote y desde entonces aquella inmundicia (no hallo nombre más decente para definirla) es la reina Cenobia y ocupa en el corazón del caballero el sitio de la sana y lozana labradora del Toboso. Allí todo es grosero cuando no inmundo y aquello que por rara ventura, no merece uno u otro de estos calificativos, a duras penas pasa de vulgar.

De loco sutil y vivo Don Quijote se vuelve necio y majadero. Su conversación, antes tan noble de forma y tan rica de sustan-

cia, irónica muchas veces y siempre ingeniosa, es ahora puro baturrillo y galimatías doble cuando no triple.

¡Qué cansancio! Cuando Avellaneda encierra a Don Quijote en la Casa del Nuncio (que es la loquería de Toledo), respiramos!... Al fin, pensamos, aquí se quedará para siempre el desdichado y se acabarán las necedades que Avellaneda le cuelga. . .

Pero no. Avellaneda es incansable e implacable. Queriendo sin duda dejar con esto en su novela una «*pierre d'attente*» para futuras construcciones, saca del asilo a Don Quijote y al terminar su «Segundo Tomo», lo larga una vez más en el mundo. ¡El desdichado caballero de la Triste Figura sale esta vez, no con su fiel Sancho, sino con una muchacha disfrazada de escudero! . . .

Gracias a Dios clemente y misericordioso «brocéose» allí la veta tordesillesca. El tercer tomo que aquella indecente salida parecía prometer, no se publicó y así fue este el último vejamen que Don Quijote hubo de padecer a manos del enemigo de Cervantes.

Convendría, antes de ir más lejos, aquilatar el mérito literario de la falsificación que estamos estudiando. Pero la falta de espacio y de tiempo nos obliga a postergar tan interesante tarea crítica. Baste por ahora decir con Menéndez y Pelayo, que sin merecer todos los elogios que le tributaron Lesage, Montiano y Germond de Lavigne, encuéntrase «en la ingeniosa fábula de Avellaneda condiciones muy estimables que le dan un buen lugar entre las novelas de segundo orden que en tan gran copia produjo el siglo XVII».

Con todo, si, entre los admiradores de Avellaneda, no encontrásemos a Lesage, eximio juez en asuntos de literatura novelésca, nos inclinaríamos tal vez a tildar de excesivamente bondadosa la opinión del insigne crítico español. Es mucho favor, en efecto, el conceder a un autor tan grosero y vulgar como era Avellaneda un sitio tan alto en la literatura española.

Sea de esto lo que fuere, tócanos ahora estudiar el problema de la identificación del pirata.

\* \* \*

Muchos han intentado quitarle la máscara con que se cubre. Se ha creído descubrir bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda a Lope de Vega, a Tirso de Molina, a Alarcón y a otros autores menos ilustres.

El docto historiador y crítico francés señor Paul Groussac creyó, a su vez, haber logrado identificar a Avellaneda con Mateo Luján de Sayavedra, hombre avezado en semejantes falsificaciones literarias.

Pero todo fue en vano. De tantos ensayos y esfuerzos ninguno, por muy ingenioso que fuese, nos dio la clave del enigma.

Viendo que esas hipótesis se destruían mutuamente, pensó el señor J. T. Medina que el fracaso de sus predecesores no era razón para que un investigador, rico en erudición, agudez y paciencia, deseara de alcanzar mejor éxito.

Desdeñando, pues, los antiguos derroteros, buscó el señor Medina un camino nuevo, no hollado por nadie.

El punto de partida de su sistema (idea nueva, ingeniosa y a la vez sencilla, como son todas las ideas verdaderamente fecundas) fue este: ¿Quién sabe si «Alonso Fernández» no es, al fin y a la postre, el verdadero nombre y apellido del pirata?

Para creerlo así no le faltaron al señor Medina buenas razones.

Desde luego, si no me engaño, ocurriósele pensar que en España (es decir, en un país donde hay Fernández y Alonsos por miles y, como quien dice, para empedrar calles), el llamarse Alonso Fernández vale tanto como llamarse Nadie.

Tomar semejante nombre es, como agudamente observa el señor Julio Vicuña Cifuentes, imitar a los niños que juegan al escondite, los cuales desdeñan buscar en los refugios fáciles al que se oculta. Este, muchas veces, prefiere el escondite más

cercano a otros más remotos, porque «sospecha que será aquel el último que visiten sus perseguidores» (p. XVII).

Por otra parte, un Alonso Fernández real y verdadero se convertía en mito con sólo agregar Avellaneda a Fernández. Sin más trabajo, su nombre auténtico mudábase en el seudónimo más perfecto, es decir, más indescifrable.

Hasta aquí vamos bien. Donde tropezaremos con dificultades, será cuando busquemos entre los contemporáneos de Cervantes a un autor capaz de escribir la obra del seudo Avellaneda.

Obsérvanse en ésta peculiaridades muy notables. La que, entre todas, llama la atención del lector en el propio prólogo (o sea, en el umbral mismo de la novela tordesillesca), es la pedantería escolástico-teológica del autor.

Ejemplo: la frase en que Avellaneda, después de reprochar Cervantes su envidia, da la siguiente definición de ese vicio: «Santo Tomás, en la segunda *Secundae, quaestione* 36, enseña que la envidia es tristeza del bien y aumento ajeno, doctrina que la tomó de San Juan Damasceno. A este vicio da por hijos San Gregorio, en el libro 31, cap. 31 de la Exposición moral... etc.»

(Corto aquí la larga frase de Avellaneda, porque temo, con su pesadez, molestar al lector. Pero no la dejaré sin advertir que tres o cuatro líneas más abajo, Avellaneda agregando una cita latina sacada de San Pablo, cuida de hacer constar que aquella frase es sacada de I Corint. 13).

Es esto revelador en extremo y si a las citas del prólogo se añaden las numerosas frases de igual índole sacadas de la novena y disentidas en las páginas 17-37 de la presente disertación, resulta casi imposible no dar asenso a la inducción que el señor Medina funda en ellas, a saber, que el autor del «Segundo tomo» del Quijote fue un sacerdote muy aficionado, como los teólogos españoles del siglo XVII, a lucir su erudición escolástica, patristica, clásica, etc., a tiempo y a destiempo.

Pero no puede el señor Medina detenerse aquí. Tócale ahora

averiguar si, por ventura, aquel teólogo no es miembro de una orden religiosa.

Porque lo primero, la cita de Santo Tomás copiada arriba, induce a preguntar: ¿No sería Avellaneda religioso dominico?

Por sí sola, la cita no basta para autorizar una respuesta afirmativa; pero si vemos a Avellaneda empeñado en manifestar a cada paso, con o sin oportunidad, su fervorosa devoción al Santo Rosario; si se nos revela gran conocedor de los usos y costumbres dominicanas, fuerza es llegar a la conclusión siguiente: Avellaneda pertenecía a la orden de Santo Domingo.

En verdad, los rastros dominicanos descubiertos por el señor Medina son muy decidores. Difícil será a quien los analice desechar la conclusión que acabamos de enunciar.

Por fin (y esta es la meta) queda por resolver el problema siguiente: En 1614, ¿existía en la orden de predicadores un religioso llamado Alonso Fernández a quien podamos lógicamente atribuir la paternidad del *Segundo tomo* del Quijote?

Pues bien: el señor Medina ha descubierto, en aquella orden y en la fecha indicada, a un fray Alonso Fernández, cuya larga bibliografía puede leerse en las págs. 117-140 de este libro.

No puedo, por falta de espacio, dar aquí un análisis de la ingeniosa demostración merced a la cual el señor J. T. Medina nos lleva a aceptar como altamente probable la identificación del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda con el historiador, analista y hagiógrafo dominicano fray Alonso Fernández.

Esto es menester estudiarlo en la obra misma del señor Medina y se verá que es difícil lucir mayor lógica, agudez y erudición. El precepto de Cristo «Colligite fragmenta ne percant» es practicado allí con una perfección a la cual todo hombre versado en trabajos de análoga índole sabrá tributar los aplausos que merece.

Para mí, empero, hay en esta identificación un punto oscuro y es éste:

¿A qué motivos obedeció el religioso pirata? ¿Por qué odia-

ba fray Alonso a Cervantes? Y si no obró a impulsos de un odio personal, ¿de quién o de quiénes fue instrumento y portavoz? (1).

Con todo, esta oscuridad que no he logrado disipar no quita al libro del señor Medina un ápice de su valor. Es mucho, es enorme, a mi ver, el haber acumulado presunciones que, si no nos obligan a admitir la evidencia de la identificación propuesta por él, nos inducen a atribuirle francamente un alto grado de probabilidad.

Sobre esto, creo que el fallo del señor Julio Vicuña Cifuentes será unánimemente acatado por todos los expertos en crítica histórica. En la carta-prólogo de esta obra, dice el docto académico: «Cuando la base de la presunción es fuerte, ésta constituye una solución provisoria, que es lo más a que puede aspirarse, según mi criterio, en asuntos tan oscuros como éste, sujetos, por su misma dudosa naturaleza, a continuas revisiones. Puede suceder que la solución provisoria, con el concurso de nuevos datos que la corroboren, pase a ser definitiva, o que descubrimientos posteriores la rectifiquen; pero mientras esto no suceda,

---

(1) Fray Alonso Fernández, como lo demuestra el señor Medina, residió en los conventos dominicanos de Madrid y Toledo y su estada en aquellas ciudades coincidió exactamente con la presencia de Lope de Vega en los mismos sitios. Así se explica lógicamente que fray Alonso (alias Avellaneda) haya conocido y tratado a Lope y que se manifieste repetidas veces en el *Segundo Tomo* del Quijote apasionado amigo y admirador del gran dramaturgo. Explícate asimismo que para dar a éste una fehaciente prueba de su afecto, haya fray Alonso caído en la tentación de castigar a Cervantes, enemigo de su amigo. Todo esto (caso de ser cierto como mucho lo temo) honraría poco a fray Alonso, y menos, muchísimo menos, a «frey» Félix Lope de Vega Carpio.

P. D.—Ocurríame que algún lector de Avellaneda me tildará de injusto. Si tal sucede, diré que quien escarnece a Don Quijote, como lo hizo elseudolicienciado de Tordesillas, es mi enemigo personal. Al mismo Cervantes cuéstame a veces perdonarle sus ironías y, si se las perdono, es por el mucho ingenio que gasta en ellas y porque, al fin, ama a Don Quijote. No así Avellaneda. Y si este fue religioso peor que peor... No digo más, porque el enojo es mal consejero.

como solución provisoria quedará, porque, si no tiene todos los caracteres de la prueba plena, ventaja, empero, en valor probatorio, a todas las que le han precedido, lo que no es poco».

A tan autorizada opinión séame lícito añadir, de mi cosecha, que el alcanzar semejante resultado en América (es decir, lejos de los archivos españoles y sin ninguno de los indispensables elementos que tanto abundan en la península) constituye, a mi humilde juicio, una hazaña muy honrosa para el señor Medina, hazaña cuyo valor los eruditos de España sabrán, mejor que nadie, justipreciar.

1.º de julio de 1918.

### «LA LITERATURA FEMENINA EN CHILE» (\*)

No sé si me equivoco, pero creo que, antes de elegir el título que acabo de transcribir, el señor J. Toribio Medina hubo de resolver el siguiente problema: ¿existe una literatura chilena?

Problema difícil, porque, como todos los problemas que más apasionan a los hombres, es principalmente verbal y patriótico.

Para resolverlo, saigamos de Chile y de los tiempos en que vivimos. Transportémonos, por ejemplo, a Alejandría de Egipto, a Antioquía y a Constantinopla en la época de San Atanasio y de San Juan Crisóstomo. Florece ahí la literatura: abundan los poetas, los oradores, los filósofos y los sofistas. ¿Diremos que hay una literatura egipcia, antioquena, constantinopolitana?

Este es el problema. Los historiadores de las antiguas literaturas lo han resuelto incluyendo la producción literaria de aquellas ciudades en la literatura griega. ¿Por qué? Porque poetas, filósofos y oradores de Constantinopla, Antioquía y Alejandría, escribían en lengua griega.

(\*) Notas bibliográficas y en parte críticas, por J. T. Medina.

Sí, pues, en Chile, la lengua de los literatos es castellana, la analogía (es decir, la lógica) nos obliga a incluir en la literatura castellana toda la producción literaria chilena. No hay, pues, hablando propiamente, literatura chilena.

Pero hay literatura en Chile y parte de ella es femenina, como lo demuestra esta obra.

Los filósofos modernos hablan de «juicios de cantidad» y «juicios de calidad». El señor Medina nos ofrece en su nuevo libro materia abundante para formularios de una y otra índole.

*Cantidad*: desde 1543, fecha de la fundación de Santiago, hasta mediados de 1923, se han publicado en letras de molde 642 obras cuyo conjunto constituye la literatura femenina en Chile. ¡Qué «parvedad»! dirá alguien, aquello no equivale a dos obras por año, puesto que de 1543 a 1923 van transcurridos 380 años.

Pero el pesimista se asombrará mucho más si le decimos que, de esas 642 obras, sólo una pertenece a la época colonial y es la «*Relación de la inundación que hizo el Río Mapocho de la ciudad de Santiago de Chile, en el Monasterio de Carmelitas, Titular de San Rafael, el día 16 de julio de 1783. . .*» (1).

Después de publicado este poema, reina un silencio de más de medio siglo (2).

Pero al cabo de 54 años de sequía absoluta vemos florecer repentinamente (1837) la poesía en el «Homenaje de gratitud a la memoria del benemérito Ministro don Diego Portales». Chile tiene en doña Mercedes Marín su primera poetisa.

Desde entonces, merced a doña Mercedes y a algunas ému-

---

(1) Publicóse en Lima en 10 páginas en 4.º a dos columnas. Se reimprimió en Santiago en 1862 y en 1877. De ahí los tres números que ocupa en esta bibliografía.

(2) En 1820 salen impresos en hojas sueltas unos versos intitulados *Despedida de las Chilenas al Ejército Libertador del Perú*. Los trozos que de esas composiciones cita el señor Medina me dejan perplejo. Esas «chilenas» dejan ver bigotes de granadero a través de sus versos. . . .

las de ella, la lira no calla. Al principio largos silencios: de 1837 a 1848, nada; de 1849 a 1855, nada; pero en 1855, 1857 y 1858, la señora Marín del Solar publica sus cortos poemas *La Caridad*, *Canto a la Patria* y *Canto Fúnebre a la memoria del ciudadano José Romero*. Nuevos silencios de 1858 a 1867, de 1868 a 1874, de 1875 a 1880, de 1881 a 1886-1887... La lira se está enmoheciendo en esas largas siestas periódicas... Pero, mientras tanto, la semilla germina calladamente. Aún cuatro años de espera y veremos el campo cubrirse de flores...

De 1891 a 1901 aparecen obras de Mercedes Belzú de Dorado, Rosa Araneda, Victoria Sainte-Marie, Sara María García de Arias, Graciela Sotomayor, Nicolasa Montt de Marambio, Laura Bustos y Cristina Otaegui.

Ya está el terreno despejado y, además, sembrado. Pasado el primer susto, el público se acostumbra a ver a señoras y niñas lanzarse a la palestra poética. El nuevo decenio (1901-1911), pero, sobre todo, el de 1911 a 1921 constituyen un crescendo cuyo ritmo y vigor pueden calcularse por los siguientes datos:

1891-1901 .....	13 obras
1901-1911 .....	9 »
1911-1921 .....	22 »

El «momentum» o ímpetu de la producción se apreciará exactamente si advertimos que, en 1822, se publicaron 9 obras poéticas femeninas y que, en lo que va del presente año, tenemos ya 5. Y *last but not least*, téngase muy presente que ese florecimiento ha coincidido con el alza enorme de los precios de todo lo que dice relación con la imprenta. Si el costo de publicación fuese hoy lo que era en 1914, sabe Dios qué aludes de versos femeninos tendríamos cada año... No hay bien que por mal no venga...

Podríamos contentarnos con este cuadro y tendríamos elementos suficientes para demostrar que la producción litera-

ria (cuantitativamente, a lo menos) está progresando en Chile. Pero conviene que no nos contentemos con versos: la prosa es la vida y viceversa. . .

Tomemos, por ejemplo, la novela. En este ramo de la literatura femenina la señora Rosario Orrego de Uribe desempeña, como la señora Mercedes Marín de Solar, el papel de iniciadora. La primera novela chilena, *Alberto el Jugador*, obra de doña Rosario, se publica en 1861 y es la única durante 17 años. En 1878 doña Pilar Velásquez Miranda, en 1891 doña Clementina de Ochoa y en 1892 la señora Celeste L. de Cruz Coke interrumpen el silencio y desde entonces hasta 1916 es raro el año que no produzca una novela femenina.

Pero desde 1916 hasta 1923 la evolución y el crecimiento se aceleran:

1916 de . . . . .	6 novelas
1917 de . . . . .	5 »
1918 de . . . . .	6 »
1919 de . . . . .	2 »
1920 de . . . . .	2 »
1921 de . . . . .	1 »
1922 de . . . . .	3 »
1923 de . . . . .	1 »

Se me objetará que este cuadro no está en armonía con el anterior; pero contestaré que, en la novela, la crisis económico-tipográfica ha sido más desastrosa que en poesía. Cuesta mucho más imprimir una novela que una «plaquette» de versos, y si nos dedicásemos a contar el número de páginas «efectivas», las novelas, aunque inferiores en número a los libros de versos, los sobrepujarían en volumen y magnitud (3).

(3) Por lo demás consta que la producción novelesca femenina está aumentando año tras año. Compruébase esto por los varios certámenes de novelas y cuentos que se han llevado a cabo en estos últimos años. En el de novelas de «El Mercurio» las obras femeninas fueron muchas.

Antes de salir del campo propiamente literario, conviene agregar que poetisas y novelistas empiezan a cultivar la literatura dramática.

Antes de 1917, sólo figura en las bibliografías un juguete cómico en dos actos. *María Cenicienta*, por doña Amelia Solar de Claro. Hoy ya cuenta el señor Medina 11 autoras entre las cuales merecen especial mención doña Deyanira Urzúa de Calvo y las señoritas Elvira Santa Cruz y Marcelle Auclair.

El periodismo femenino, que podía abrir un vasto campo para la producción literaria, parece concretarse a la sociología o más exactamente a aquella parte de la sociología que se relaciona con la familia y el feminismo. Así lo indican los títulos de esas publicaciones periódicas: *Evolución y Acción Femenina*.

De índole análoga a la del periodismo son las conferencias femeninas que empezaron en 1914 con la disertación de doña Amanda Labarca Hubertson sobre «Actividades femeninas en los Estados Unidos» y terminaron con la conferencia de la señora Martina Barros de Orrego sobre la cuestión Shakespeare-Bacon (4). Sólo tres se han publicado de las muchas que fueron dadas por señoras en sus diversos centros sociales.

\* \* \*

Lo expuesto hasta aquí nos permite medir con alguna exactitud el volumen, si tal puede decirse, de la producción literaria femenina y señalar como en un mapa las áreas en que ella está desarrollándose con preferencia. Podemos además fijar las fechas en que esos desarrollos sucesivos han adquirido la fuerza que hoy manifiestan...

El verdadero estallido de la actividad literaria femenina, tal y como la observamos en 1923, tuvo lugar en los alrededores

---

(4) Conviene señalar la conferencia de la doctora doña Ernestina Pérez (1920) sobre el alcoholismo.

de 1913. Los «campos de elección» fueron, al principio, la poesía y la novela. Ahora vislúmbrase que el teatro, con su más ruidosa, más directa y más productiva publicidad, atraerá a poetisas y novelistas.

Ha corrido paralela a la producción literaria propiamente dicha la actividad «traductora».

Esta puede dividirse en cuatro secciones: religión, educación, sociología y literatura. Prescindiré de las tres primeras, no porque, a mi juicio, no merezcan atención, sino porque el espacio va haciéndose muy estrecho. La sección de traducciones literarias es más instructiva que aquéllas. Desde luego consta, por la bibliografía del señor Medina, que la lengua francesa es preferida por las traductoras. De mis apuntes resulta el siguiente cuadro:

Obras francesas traducidas.....	46
Obras inglesas traducidas .....	16
Obras italianas traducidas .....	2
Obras alemanas traducidas.....	1

Pero más instructivo, más revelador aún es el cuadro de los autores franceses traducidos. Lamartine, Guizot, Dumas hijo y un grupo que apuntaremos más abajo, son los tres únicos de cierta magnitud literaria. En seguida vienen autores de segundo y tercer orden: E. Sonvetre, Jules Mary, R. Montlaur y, por fin, «los ignorados y olvidados»: Enrique Guenot, Raúl de Croy, Gransant, Nanine Sauvestre, cuya vida y milagros están sepultados en los diccionarios de biografía y bibliografía, sin esperanza de resurrección...

La única elección que revele gusto personal es la de cierta obra colectiva que tuvo gran fama en su tiempo, fama merecida aunque hoy muy borrada. Aludo a «La Cruz de Berny», novela cuyos autores fueron Madame de Girardin, Teófilo Gautier, Julio Sandeau y Julio Méry. Tradújola para el diario «La Tarde» y con el seudónimo de Sarah Sarov la señora Rosa Varas H.

Pero basta ya de literatura propiamente dicha: hablemos ahora de literatura en sentido lato, es decir, de pedagogía, jurisprudencia, medicina, dentística y farmacia.

Por un «gráfico» hecho sobre los datos del presente libro, verá el lector que, de estos ramos técnicos, los dos más lozanos son el pedagógico y el farmacéutico. Si no yerro en mis cálculos, la pedagogía ha dado origen a 72 publicaciones y la farmacia a 196. La dentística se acerca a la primera: solas la poesía, las novelas y las traducciones la sobrepujan.

Al contemplar mi gráfico (5), no resisto a la tentación de declarar que celebro y aplaudo los siguientes hechos comprobados por la estadística: 1. Superioridad «numérica» de la farmacia sobre todo lo demás; 2. De la pedagogía, sobre la medicina, dentística y jurisprudencia, por una parte, y sobre la literatura pura, por la otra. Al fin y a la postre, ello prueba que en la mujer chilena, el buen sentido y el instinto femenino guardan la necesaria primacía.

*Primum vivere*, decían los antiguos...

Carezco de derecho para hablar en nombre de las mujeres chilenas. Si lo tuviere, diría que el señor J. Toribio Medina les ha levantado un monumento literario digno de ellas y que merece no sólo su gratitud, sino también su admiración. Atrévome a agregar que ninguna de ellas, por minuciosa y aplicada que sea, era capaz de buscar, hallar y combinar los innumerables datos de esta bibliografía. Obra de paciencia, de criterio y de amor. De ella brota con luz radiante una prueba indiscutible del progreso chileno y, especialmente, del progreso femenino en este país. En menos de un siglo, de doña Mercedes Marín de Solar, iniciadora en poesía, de doña Rosario Orrego de Uribe, iniciadora de la novela, hasta hoy —hasta Gabriela Mistral—, el árbol

---

(5) Este gráfico ha sido improvisado. Los especialistas se servirán disculpar sus imperfecciones. Así como está da una idea de la importancia relativa de la producción literaria femenina

literario crece, extiende sus ramas y florece con una lozanía y un esplendor que muchos países americanos envidiarán. Del señor José Toribio Medina es la gloria de haber puesto esta verdad en plena y definitiva evidencia.

Agregaré, a fuer de bibliógrafo profesional, que este libro es un modelo del género, no sólo por la exactitud, minuciosidad y riqueza de datos, sino también por la perfección del índice alfabético de nombres con que termina. Este índice será agradecido por todos los hombres estudiosos.

6 de agosto de 1923.

## CUADRO SINTETICO DE MEDIO SIGLO DE LABOR INTELLECTUAL

### I. INTRODUCCIÓN

Desde el punto de vista del tiempo, la labor que voy a describir abarca exactamente medio siglo. Inicióse en 1873 con un ensayo de crítica literaria sobre la famosa novela «María» de Jorge Isaacs (1) y prosigue, incansable, en 1923, con un volumen en cuarto sobre *La literatura Femenina en Chile*. Pero desde el punto de vista del espacio que ocupa, es aún más prodigiosa.

El señor Medina —según dijo en frase gráfica Mr. R. Barnett, director del *British Museum*— «ha tomado un continente entero como provincia suya», y no se ha contentado con mirar ese continente desde lejos, en mapas y libros, sino que lo ha recorrido palmo a palmo, visitando sus monumentos, sus bibliotecas, sus archivos y sus sabios. No hay país americano que no haya sido estudiado por él *in situ* y esto, para los que

---

(1) CHIAPPA. Epítome, núm. 1: «MARIA. Apuntes para un juicio crítico».

saben cuántos sacrificios imponía en años no muy lejanos un viaje por América latina, es toda una hazaña.

Agréguese que, para conocer a fondo el pasado de su «provincia», hubo de recorrer otro continente, el de Europa, que conserva en sus archivos los más valiosos documentos de la historia americana.

Allí en Simancas, en Sevilla, en el Escorial, en Alcalá, en Madrid, en Londres y, por decirlo todo brevemente, en las principales bibliotecas del Viejo Mundo, cosechó la riquísima documentación que diez lustros de labor continua no han podido agotar (2).

Pero si después del campo material, consideramos el histórico, vemos que, al encerrarse en el espacio comprendido entre 1492 y 1817, el señor Medina ha escogido el terreno más quebrado, más enmarañado y más peligroso de la historia: espacio vastísimo en que, antes de él, abundaban, como en el mapa del Africa de ahora, 50 años las «tierras incógnitas» y los puntos interrogativos.

Ese terreno ha sido escudriñado por él en todas sus secciones y hasta en los vericuetos más recónditos: historia del descubrimiento, historia de la imprenta, historia de la Inquisición, historia literaria, geografía, etnografía, numismática y todo cuando puede, directa o indirectamente, así en lo pequeño como en lo grande, disipar las tinieblas que envuelven el génesis y desarrollo de la América hispana y, en especial, del pueblo chileno.

No es esto todo: para el señor Medina la Independencia de este continente no significa odio ni desprecio hacia España. Si América es la «dama de sus pensamientos», España es su madre. Hacia ella, hacia su literatura y su historia vuélvense sus miradas y le vemos sin asombro alguno en íntima y sabrosa conversación con el *Quijote* y hasta con la *Tía Fingida*. Para él

---

(2) En su biblioteca el señor Medina posee 300 tomos de copias de documentos históricos aún no publicados.

la literatura española antigua y moderna no tiene secretos o si los tiene, él intenta arrancárselos. Prueba de ello, no sólo los dos estudios a que acabo de aludir (3), sino también su eruditísimo comentario histórico y crítico de *La Araucana*.

En suma, sus obras miradas en conjunto asombran tanto por su portentoso volumen como por su prodigiosa variedad.

Los escépticos objetarán quizá que en estos asuntos rige la ley formulada por los Romanos: *non numerantur, sed ponderantur*, «no es el número, es el peso el que importa».

De mí sé decir que el número, en llegando a estas alturas, por sí solo me infunde respeto, porque es sinónimo de amor y sacrificio. Aquellos que, por haber escrito media docena de artículos de diario en otros tantos años o un folleto de 50 páginas en toda su vida, se estiman autores y periodistas, ¿sabrán por ventura qué cosa sea trabajar? Apréndanlo del señor Medina y descúbranse ante esa pirámide de libros cuyo peso y valor histórico es unánimemente reconocido por los sabios de América y Europa.

Esto se verá más adelante; pero no proseguiré en este trabajo, sin antes confesar el miedo que me invade.

Miedo triple y que nace, primero de la magnitud y variedad de la obra; segundo, de la estrechez del espacio en que es menester encerrarme y encerrarla y, tercero (como en las postdadas femeninas, viene aquí lo principal y lo peor...), de mi incompetencia.

Seré franco: no me avergüenzo de ésta como debiera y, aunque la excusa carezca de valor, por lo gastada, agregaré que somos muchos, muchísimos, los que adolecemos de esta enfermedad...

El señor Medina no puede ser juzgado con verdadera autoridad sino por sus iguales o, cuando menos, por aquellos que,

---

(3) Además: 1.ª «*La novela de la Tía Fingida con anotaciones a su texto y un estudio crítico acerca de quién fue su autor* (1919) y 2.ª «*El Disfrazado autor del Quijote impreso en Tarragona*» (1918).

como él, han consagrado una vida entera a la investigación histórica. ¿Cuántos son? Si prescindimos de los meros aficionados, declaro no conocer sino al Ilustrísimo y Reverendísimo señor Errázuriz y a mi docto colega y amigo don Tomás Thayer Ojeda. Ellos, sí, saben qué cosa sea investigar y escribir historias y precisamente porque lo saben, nadie más paladinamente que ellos reconocen y ensalzan el singular mérito del señor Medina.

Para analizar y apreciar en su exacto valor las obras que tengo entre manos, necesitaríanse meses y volúmenes. Dos años serían pocos y según mis cálculos, quinientas páginas no bastarían. Careciendo de éstas y de aquéllos, haré lo que el brujo de las *Mil y Una Noches*: encerraré al gigante en el diminuto frasco de fierro de este artículo (4).

## II. CUADRO SINTÉTICO

Para que el cuadro de la actividad intelectual del señor Medina resulte claro, completo y convincente, es menester clasificar en forma lógica la materia que vamos a sintetizar.

Ante todo recordemos que aquella actividad está decididamente orientada hacia la historia americana y, con especial preferencia, hacia la historia de Chile. Adviértese esto a primera vista con sólo recorrer la bibliografía de nuestro autor. Basta un breve esfuerzo de atención para ver que esas innumerables producciones escalonadas a lo largo de medio siglo, se polarizan, por decirlo así, en torno de un punto central: la América, y,

---

(4) Adviértase que según don Víctor M. Chiappa en «*Noticias acerca de la vida y obras de don José Toribio Medina, 1907*», el número de las obras de nuestro autor ascendía a 96 en la fecha indicada; que, según el «*Epítome de las publicaciones de D. José Toribio Medina, 1914*», en esta fecha, el número había crecido hasta llegar a 226 y, por fin que, según apuntes del que esto escribe, hoy, a mediados de 1923, hay que añadir 38 obras más publicadas en el lapso de 1914-1923. Total: 264 obras y además, en prensa, el tomo XLV de la Colección de Historiadores de Chile.

dentro de ésta, Chile, y que, sea cual sea su índole, cada una de ellas ha sido escrita para revelarnos un aspecto peculiar, un hombre, una familia, una institución, una obra americana o chilena. En las listas de los bibliógrafos parecen ellos obrar en orden disperso y hasta confuso: pero en la mente creadora de que proceden, hay un rumbo fijo, un plan de trabajo, un programa y un método inflexible. Quisiera yo esbozarlos aquí brevemente — o imitarlos — en este trabajo.

Creo que no hay extravagancia alguna en asemejar al historiador de una nación con el constructor de un vasto edificio y que así como el constructor, antes de emprender la obra magna concebida en su mente, busca un terreno apropiado para ella y una cantera que le proporcione sólidos materiales, del mismo modo el historiador escoge en el vasto tiempo y en el espacio inmenso un terreno propio, un país y una época peculiar, y luego dedícase a descubrir en las canteras o fuentes de la historia, es decir, en bibliotecas y archivos, los documentos que, escogidos, labrados y dispuestos por él, constituirán las piedras de su edificio histórico.

Ya conocemos el terreno elegido por nuestro historiador, pero nos falta ver como lo ha estudiado en su geografía, en su etnografía y en su lingüística.

Las canteras también son conocidas. Las hemos enumerado: llámense archivos, bibliotecas y museos, librerías y anticuarios. De ahí ha sacado el señor Medina una enorme mole de documentos inéditos, de libros raros, de medallas y monedas que clasificaremos en Documentos, Libros, Medallas y Monedas.

En ese terreno, veremos que nuestro arquitecto ha edificado un magnífico palacio que dividiremos en cuatro cuerpos de edificio: Individuos, Familias, Instituciones, Obras.

Y, por fin, puesto que el arquitecto necesita descansar, y que esto para un espíritu vivo y curioso consiste en mudar de actividad por un rato, veremos cuán pocas y breves han sido

las «infidelidades» de que se ha hecho reo el señor Medina para con su amada, es decir, para con la Historia.

Serán, pues, cuatro las principales divisiones de esta segunda parte: El Terreno, las Fuentes, el Edificio, los Ocios de un sabio.

### III. EL TERRENO HISTÓRICO

En historia la base de todo es la geografía. Sin el exacto conocimiento de ésta, el historiador viaja en las nubes y edifica en el aire. Sabiéndolo, el señor Medina se dedicó, desde el principio de su carrera de investigador, a juntar datos geográficos acerca de Chile y la América y le vemos publicar en 1880 su «*Geografía antigua de Chile*». Pasan nueve años y sale a luz su *Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena, o sea, de una colección de los títulos de los mapas, planos y vistas relativos a Chile, arreglados cronológicamente* (5).

En pos de la tierra viene lógicamente la raza que en ella nace y vive y a ella se amolda. De ahí *Los Aborígenes de Chile* (Santiago, 1882), «libro que, según don Domingo Amunátegui Solar, mereció aplausos de jueces tan competentes como Barros Arana y Vicuña Mackenna, y que ha sido juzgado por el Dr. Lenz con estas expresivas palabras: «inagotable tesoro de noticias sobre los araucanos de los siglos pasados» (6).

Complétase este estudio con las siguientes publicaciones (7) sobre prehistoria chilena y americana: «*Los Conchales de las*

(5) Esta obra de 118 y 254 páginas viene con «una introducción histórica acerca de la geografía y cartografía del país». El mismo año (1889) publicó en 254 págs. un «*Catálogo de la colección de mapas, planos y vistas de la biblioteca de J. T. Medina*».

(6) D. Amunátegui Solar. «Discurso en *Rev. Chil. de H. y G.* 1914, t. IX, p. 65. A las obras de geografía y etnografía arriba citadas conviene agregar un artículo de revista intitulado *Chile: Sus aborígenes y origen de su nombre* (*Chiappa*, Epítome, num. 18) y artículos sobre una excursión y una visita judicial a Tarapacá (*Chiappa*, núm. 19 y 20).

(7) Datos bibliogr. en *Chiappa*. Op. cit. núm. 89, 133, 173 y 189.

*Cruces*», nuevos materiales para el estudio del hombre prehistórico en Chile» (1898);—«*La Momia de Chuquicamata*» (1901);—«*Los restos indígenas de Pichilemu*» (1908);—«*Las monedas usadas por los indios de América*» al tiempo de su descubrimiento según los antiguos documentos y cronistas españoles» (1910).

Esta última obra sirve de puente entre la geografía y etnografía de Chile y las del continente americano que tanto deben al señor Medina, aunque más no sea por la publicación de la *Descripción de las Indias Occidentales de Martín Fernández de Enciso* (8) y por sus obras capitales sobre Vasco Núñez de Balboa, Magallanes, Ercilla y otros descubridores, conquistadores o viajeros que figurarán con más propiedad en otra sección de esta reseña. Baste por ahora decir que en todas y cada una de estas obras, el señor Medina no deja sin solución o aclaración oportuna ninguno de los problemas geográficos o etnográficos que encuentra en su camino.

No soiamente la geografía y la etnografía, sino que también la lingüística americanas agradecen al señor Medina la reedición de obras en lengua araucana (*Chiappa*, núm. 80, 85); *allentiac*, ibid. 62; *guatemalteca*, 163 y *milcayac*, publicada esta última en 1918.

#### IV. LAS FUENTES

Desarrollando nuestra metáfora, hallamos a nuestro arquitecto empeñado en la tarea de buscar y extraer los materiales con que construirá el palacio histórico de sus ensueños.

Tarea no simplemente magna, sino inmensa; tarea ímproba, aunque grata y que sólo el apasionado amor a la verdad, a la patria y a la raza pudo emprender, proseguir y llevar a término.

Ya la conocemos por de fuera esa tarea, mas ello no basta; es menester además conocerla por dentro y mirar al operario

---

(8) *Chiappa*. Op. cit. núm. 81.

en la cantera, *dum fervet opus*, mientras, en todo el hervor del trabajo, lucha contra los obstáculos que a cada instante le cierran el paso.

Pero demos sobre esto la palabra al propio señor Medina.

Hablando de la historia antigua de Chile dice: «La documentación que de todo esto se conocía distaba mucho de ser abundante: era necesario ocurrir a las fuentes en que comprobar asertos, so pena de continuar edificando sin base e incurriendo en omisiones lamentables. El examen de los archivos españoles pronto me convenció de que urgía arancarles los secretos que encerraban y que, dejado cualquier egoísmo aparte, el público entero gozase de los hallazgos realizados. La tarea era larga y dispendiosa, más propia de una nación que de un particular; pero todo lo sacrifiqué a la que desde entonces fue una aspiración ardiente de mi vida. Hubo que comenzar por aprender paleografía, que no se enseña en nuestros liceos; examinar millares de legajos para seleccionar lo que valiera la pena de copiarse, y obrado esto, después de una labor de años, quedaba aún lo menos difícil, el de darla a luz. ¡Y cuán pocos fueron los que se penetraron de la importancia que esto tenía!» (9).

Pero ¿cuál fue el resultado de aquellos largos años consumidos en el afán de escudriñar legajos y copiar mamotretos? Ese resultado se llama, primeramente, *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818. Colectados y publicados por J. T. Medina*. Santiago, Imprenta Ercilla, 1888.

Fuera del estrecho círculo de los estudiosos ¿quién conoce la magnitud de esta colección y mide exactamente su alcance?

Sepamos, primero, que la *Colección de Documentos inéditos* (cuya publicación se ha interrumpido por carencia no tanto de fondos como de ideas... fiscales) consta de 30 volúmenes y que, como lo hemos apuntado en la introducción, el señor Me-

---

(9) *Rev. Chil. de H. y G.* 1914, tomo IX, p. 48.

dina tiene listos para la imprenta 300 tomos de copias manuscritas.

Y luego veamos si tan monumental publicación es obra de mero lujo o de verdadero provecho científico.

Se me dirá que en mi calidad de ratón de bibliotecas soy juez parcial en el asunto y hasta habrá quien me diga con Molière: «Vous êtes orfevre, Monsieur Josse».

No me inmutaré por ello, pero dejaré que hable en mi lugar un sabio cuyo autoridad nadie se atreverá a desconocer.

La cuestión es ésta: ¿sirve o no sirve la enorme «Colección de Documentos inéditos»?

El Ilustrísimo y Reverendísimo señor Errázuriz contesta: «Los documentos publicados por nuestro amigo don José Toribio Medina nos han suministrado los materiales de los seis volúmenes que con éste (*Pedro de Villagra*) dedicamos a la conquista de Chile» (10).

He ahí una respuesta breve y contundente que por sí sola lo resuelve todo. Para tomarle todo el peso basta colocar, por un lado, las historias de la Conquista escritas antes de publicada la *Colección de Documentos* y, por otro lado, los seis volúmenes del señor Errázuriz. Quien compara verá que, en las páginas de éstos, la epopeya de la conquista adquiere un vigor, un realismo y un alcance que escasamente tenía en aquéllas. La vida en el pasado es hecha, como la vida en el presente, de pormenores y minucias al parecer insignificantes, pero que, concentrados como rayos de luz por el lente del investigador, resucitan los personajes y los hechos, y los hacen desfilar redivivos, como por procedimiento cinematográfico, en la pantalla de la historia.

Quejarse de la minuciosidad de los historiadores chilenos, de su invencible tendencia a alargar, alargar, alargar, de su horror por la concisión y los cuadros sintéticos equivale a quejarse

---

(10) *Crescente Errázuriz*. «*Pedro de Villagra*» Introducción, p. III y sig.

de que una cinta de biógrafo sea kilométrica y conste de millares de fotografías consecutivas. . .

En un discurso ya citado, el señor don Domingo Amunátegui Solar recoge la queja u objeción que acabo de recordar. Dice: «Este distinguido compatriota nuestro (el señor Medina) no teme que lo tachen de demasiado minucioso, ni que le enrosquen como un delito el de que, si hubiera de seguirse su ejemplo, una colonia secundaria durante la dominación española tendría historias más largas que la de Roma de Mommsen, más largas que la de Grecia por Curtius o por Grote» (11).

¡Valiente razón! El «objetador» no para mientes en dos hechos: primero, en que ni los romanos ni los griegos han dejado bibliotecas ni archivos y esto, por la razón fundamental, de que carecían de papel. Supongamos que éste exista desde el siglo IV antes de Cristo y calcularemos el posible tamaño de las historias griegas y romanas que los Grote y los Mommsen, hartos de documentos oficiales y de toda suerte de mamotretos, escribirían hoy en día. Si, faltando archivos y bibliotecas antiguas, escriben tan largo, ¡a qué desafortada «largueza» no se entregarían ellos pudiendo disponer de un Simancas ateniense o para Roma, de colecciones como las de Sevilla! Con sólo pensarlo pónenseme los pelos de punta. . .

El otro hecho es que los historiadores de este país aman a su patria con amor apasionado. Son chilenos y en esta calidad, únicos y soberanos jueces de la extensión que deben dar a la historia antigua de Chile.

La historia de Chile es, en la época de la conquista, por mucho tiempo más, una sin igual epopeya. «¿Qué pueblo —pregunta el señor Errázuriz— puede gloriarse como el nuestro de tener por fundadores a hombres capaces de resistir tamaños peligros y superar necesidades, obstáculos y dolores que habrían aniquilado cien veces a los más fuertes y denodados? En verdad cada uno de

---

(11) *Rev. Chil. de H. y G.* 1914, t. IX, p. 52.

esos ciento cincuenta hombres (compañeros de Pedro de Valdivia) merece el dictado de héroe: sin flaquear, soportándolo todo, combatiendo constantemente contra toda esperanza y siempre de pies y siempre vencedores. Y para que nada falte de grande, mandados por Pedro de Valdivia y contando entre sus capitanes a tres de los gobernadores que en Chile iban a suceder dignamente al glorioso conquistador y fundador del reino: Francisco de Villagra, Pedro de Villagra y Rodrigo de Quiroga, estaban entre esos hombres, soportando con ellos toda clase de privaciones, expuestos a unos mismos peligros y dando iguales ejemplos de disciplina, sumisión y vigorosa energía. Ellos con don García de Mendoza ofrecen al mundo un ejemplo tal vez nunca igualado en conquista alguna: no se vieron en Chile los robos, las depredaciones, las revueltas, los asesinatos, el desgobernio y los desórdenes de todo género que por desgracia parecen inherentes a las conquistas de países salvajes o semisalvajes, cuando los conquistadores han abandonado hogar y familia y patria en busca de aventuras que divisan coronadas por la posesión de soñadas riquezas. En Chile, merced a aquellos gobernadores, dignos de mandar a sus heroicos soldados, reinó desde el principio al fin de la conquista el orden y la más severa administración. Cada uno de los pormenores que se recogen de aquella época realmente legendaria, puede considerarse como amada reliquia... » (12).

Estas reliquias, ¿qué relicario las pone al alcance de los historiadores? La *Colección de documentos inéditos* del señor Medina. De ella el señor Errázuriz y don Tomás Thayer Ojeda han sacado la materia prima de esos libros históricos que ponen a nuestra vista los esplendorosos cuadros de la conquista, los retratos y hasta las miniaturas de los conquistadores. Puede el señor Medina acoger con sonrisa irónica las críticas de aquellos que en España o en Chile le hacen responsable de la prolijidad

(12) En *Pedro de Villagra*, p. VII-VIII.

de los historiadores chilenos. Mientras se llamen éstos Errázuriz o Thayer Ojeda, le bendeciremos por la heroica labor, merced a la cual podemos leer, en las obras de éstos, el minucioso relato de tantas hazañas. Si, por ventura, otros sacaren de esa colección y de las demás obras del señor Medina, materia para libros, tan largos como insulsos, la culpa no sería de él, sino de esos alquimistas que transmutan en plomo todo lo que tocan y hasta el mismo oro.

Pero salgamos de los archivos, dejemos los documentos inéditos y penetremos en las bibliotecas de donde el señor Medina ha sacado los elementos de otra hermosa colección, digna de ponerse en paralelo con la que acabamos de ensalzar.

Aludo a la *Colección de Historiadores de Chile*, de la cual ya se habían publicado once tomos cuando el señor Medina la tomó a su cargo. A él débese la publicación de la *Histórica Relación del Reino de Chile* por el jesuita Alonso de Ovalle (t. XII y XIII); la *Historia Geográfica, Natural y Civil...* por el jesuita Felipe Gómez de Vidaurre (t. XIV y XV); *El Desengaño y Reparación de la guerra de Chile* por Alonso González de Nájera (t. XVI); las *Actas del Cabildo de Santiago* (t. XVII a XXI, XXIV y XXV, XXVIII, XXX a XLIII); la *Historia de Chile* por don José Pérez García (t. XXII y XXIII); la *Historia de Chile* por el P. Miguel de Olivares (t. XXVI); *Relaciones de Chile sacadas de los antiguos cronistas de Indias y otros autores* (t. XXVII, XXIX).

Son, pues, 31 gruesos volúmenes (13) cuyo conjunto inspirará siempre respeto a aquellos que reparen en las dificultades propias de semejante tarea. Tratábase, en efecto, no simplemente, de enviar a la imprenta un libro que el tipógrafo reproduciría, sino de prologarlo previamente, agregarle notas, descifrarlo y copiarlo en muchos casos (por ejemplo, en el de las Ac-

---

(13) Datos bibliográficos sobre esta col. en *Chiappa*, op. cit., núm. 34 a 39, 43 a 45, 88, 110 a 116, 128 a 131, 140-141, 158-159, 167 a 169, 181-182, 184, 192, 196, 208, 214, 216, 222. El tomo XLIV está en prensa.

tas del Cabildo) y *last but not least*, corregir las pruebas. Tarea tanto más ímproba cuanto que, en éste como en sus demás trabajos, el señor Medina ha carecido de auxiliares. Digámoslo de una vez y para el resto de esta reseña: no se ha ayudado al señor Medina como él y su obra lo merecían. En otros países los investigadores de su índole van siempre rodeados de un batallón de cooperadores que trabajan bajo su mando, cual las abejas de Virgilio: *sic vos, non vobis*. . . Así, por ejemplo, a Bancroft le dieron 17 auxiliares y ahora mismo vemos que a Mr. Moses, para su obra sobre *Literatura Americana*, le han suministrado todos los antecedentes bibliográficos que necesitaba. No así al señor Medina quien, durante cincuenta años, ha bregado solo, dándonos así una muestra de la constancia que el amor a la verdad y a la patria pueda infundir a un sabio.

Pero no se crea que las ediciones y reediciones hasta aquí enumeradas sean las únicas. Antes, después y durante el curso de estas publicaciones, el señor Medina emprendió y llevó a buen término otras de sumo interés para Chile y el resto de la América. Señalaré: *Descubrimiento de las Amazonas según la relación hasta ahora inédita de Fray Gaspar de Carvajal*. . . (1894); la edición facsimilar de *El temblor de Lima* por el licenciado Pedro de Oña, precedida de una noticia de «El Vasauro», poema inédito del mismo autor (1909), y otros que, descontados los involuntariamente omitidos por mí, andan incorporados en sus demás obras (14)

No menos útiles que los libros y los papeles viejos son las medallas y monedas que el señor Medina ha descrito y explicado en doce libros publicados entre 1891 y 1919.

He ahí en escueto y pálido resumen, un inventario de lo que, en una metáfora que me parece justa, he llamado *la cantera*. Ahí tenemos una de las premisas del silogismo, cuya conclusión

---

(14) Dat. bibl. en *Chiappa*, op. cit., núm. 60 y 185. Véanse además los núms. 75, 174-178, 215 y 224, etc.

harto honrosa para el señor Medina, habrán inferido ya mis lectores. Pero es menester, antes de sacarla yo por mi propia cuenta, pasar de la cantera al edificio (14 bis).

## V. LA OBRA

El Ilustrísimo y Reverendísimo señor Errázuriz nos ha explicado elocuentemente (y ha demostrado con mayor elocuencia aún en los seis volúmenes de su obra histórica) lo que puede hacerse con la documentación publicada por el señor Medina: tócanos ahora enumerar y examinar brevemente lo que este pacientísimo investigador ha hecho con la materia histórica descubierta y puesta por él al alcance de todos.

Más arriba hemos dicho que, en lo concerniente a esta parte de nuestro trabajo, dividiremos las obras del señor Medina en cuatro secciones según versen ellas sobre individuos, grupos, instituciones u obras.

1. *Individuos*.—La primera sección, que llamaremos biográfica, es de una riqueza y variedad asombrosa. En ella figuran grandes hombres de todas las épocas de la historia americana, desde la conquista hasta nuestros días, desde Cristóbal Colón hasta Arturo Prat (15).

La mera enumeración de los biografiados dará una idea de la magnitud del trabajo. Al lado del nombre de cada uno de éstos

---

(14 bis) Sobre estos «sólidos» testigos del pasado véase en *Chiappa* los núms. 54, 66, 124, 134, 137 y 210.—No figuran allí los publicados desde 1917 que son: *Medallas de proclamaciones y juras* (1917);—*Manual ilustrado de numismática chilena* (1919);—*Las monedas obsidionales* (1919);—*Monedas coloniales de Chile* (1919);—*Medallas del almirante Vernon* (1919);—*Monedas obsidionales hispanoamericanas* (1919).

(15) En *Chiappa*, op. cit., sobre *Colón y la Rábida* (1902). Véase núm. 152; sobre *Arturo Prat*, véase *El capitán Arturo Prat*. Estudios sobre su vida, por Ramón Guerrero Vergara, antiguo teniente de marina, y José Toribio Medina, abogado. Santiago, 1879.—Agréguese la Biografía del general de brigada don José Rondizzoni, 1914.

apuntaremos el número asignado por el bibliógrafo señor Chiappa a las respectivas biografías o a los estudios que, en parte o en todo, pueden considerarse biográficos:

Fray Miguel de Aguirre (6); Hernando Álvarez de Toledo (7); Ercilla (8); Arturo Prat (16); José Miguel Carrera (56); Francisco de Aguirre (69); Juan Núñez de Prado y Francisco de Villagrán (74); Juan Díaz de Solís (76); José Mariano Beristain de Souza (83); Colón (142); Santo Toribio de Lima (170); Diego García de Moguer (174); Gonzalo de Acosta (175); Esteban Gómez (176); León Pancaldo (177); Sebastián Caboto (178 y 179); Alonso de Ercilla (200, 217, 219); el ex jesuita J. J. Godoy (206); fray Diego de Landa (213); Vasco Núñez de Balboa (215 y 224); Carlos de Mendoza (218); el general don José Rondizzoni (223).

A esta lista hay que agregar los siguientes que figurarán en el complemento de la bibliografía del señor Medina: Ercilla —nuevamente—; Juan Gómez de Almagro; Pedro de Oña; el piloto Juan Fernández; Bartolomé Ruiz de Andrade; Fernando de Magallanes; escritores hispanoamericanos celebrados por Lope de Vega en el «Laurel de Apolo» (16).

Es materialmente imposible dar una reseña, aun brevísima, de tanta obra, pero conviene señalar las tres que por su gran extensión y especial alcance han merecido particular estimación de los doctos.

La primera, en fecha e importancia así como por el amor que la inspiró, es la obra sobre Alonso de Ercilla (17). La «Vi-

---

(16) Datos biográficos muy importantes hay además en las obras biográficas que más adelante mencionaremos y en el libro intitulado *Santos y Venerables Sudamericanos*.

(17) Amor de toda una vida. El señor Medina escribió por primera vez sobre Ercilla en 1876 (*Chiappa*, op. cit., núm. 8) y publicó, en 1910 y 1913, *La Araucana*, edición del Centenario, ilustrada con grabados, documentos, notas históricas y bibliográficas, y una biografía del Autor;—en 1913 «El viaje de Ercilla al Estrecho de Magallanes»;—en 1915 «Dos comedias famo-

da» de éste por el señor Medina es libro definitivo. Pero lo que importa saber es cómo nuestro autor pudo escribirla. «Después de haber publicado una primorosa edición de «La Araucana» y antes de darnos la completa biografía del gran poeta (el señor Medina), pone a la vista los materiales que ha descubierto y acopiado, cualquiera podrá a su turno utilizarlos, apreciar la obra del señor Medina, juzgar de la exactitud de sus asertos y valorar el fundamento de sus opiniones. Para obtener esos documentos dejó de nuevo su hogar y de nuevo fue a la madre patria. No se dirigió como antes a rebuscar en los archivos de Indias informaciones de servicios, memoriales, largos procesos: venciendo Dios sabe qué enormes dificultades, sometiéndose a pesadas y enojosas exigencias, sin desanimarse por cosa alguna, registró las notarías, buscó en los contratos de mutuo, en los de compraventa, en la fundación de censos, en donde divisaba esperanzas de descubrir algo, y con verdadera tenacidad les arrancó cuanto sabían de la vida, los hábitos y el carácter de don Alonso de Ercilla. «Espanta —dice el señor Errázuriz— el trabajo empleado en descubrir y compulsar aquellos quinientos treinta y tres documentos —nos tiene habituados el señor Medina a contar por centenares— para obtener aquí y allá un dato insignificante. Pero reunidos toman importancia y completan la parte hasta hoy más ignorada de la vida de Ercilla y, debemos decirlo, la presentan no como desearíamos encontrarla en el denodado guerrero de las luchas de Arauco, en el cantor inmortal de inmortales hazañas: en lugar del prestamista querríamos seguir viendo al poeta y al soldado» (18).

---

sas y un auto sacramental basados principalmente en «La Araucana»;—en 1916 «Vida de Ercilla»;—en 1917 «Ilustraciones a «La Araucana», tomo I, y en 1918, tomo II;—en 1918, los Romances basados en «La Araucana»;—en 1919 «El laudo» de Galatea es Ercilla». Conviene advertir que la edición del Centenario, la Vida y las Ilustraciones son libros en folio grande, verdaderamente monumentales.

(18) *Rev. Chil. de H. y G.*, tomo IX (1914), p. 42-43.

De igual índole, puesto que descansan en igual investigación y acopio documental, son las otras dos obras biográficas sobre los descubridores del mar Pacífico: Vasco Núñez de Balboa y Hernando de Magallanes (19).

Agreguemos a estas tres biografías magistrales las obras sobre Sebastián Caboto y deploramos que la estrechez del espacio nos prohíba mencionar otras muchas que no por ser de menor volumen que éstas, dejan de merecer la alabanza de los doctos (20).

2. *Familias*.—La historia de las familias u órdenes religiosas debe al señor Medina innumerables documentos ya utilizados en diversas obras publicadas en Chile y en el extranjero. El mismo ha escrito sobre esta materia un curioso artículo intitulado *Los Morenos y los Briceños: un pleito de frailes en 1700* y una obra llena de datos curiosísimos sobre *Los Jesuitas Expulsos de América en 1767* (Santiago, 1915, IX y 327 págs.) de la cual se deduce, entre otras graves conclusiones, que la monarquía española no solamente dañó a la América privándola de muchos varones tan doctos como virtuosos, sino que se privó a sí misma de sus más denodados defensores en este continente. A algunos, como el P. J. J. Godoy, ya mencionado, ese error político los convirtió en propagandistas de la independencia. *Quos vult perdere Jupiter dementat...*

Pertenece a este grupo *Un libro de familia: Los Errázuriz: Notas biográficas y documentos para la historia de esta familia en Chile durante la colonia* (Santiago, 1898, LXXXVII y 208 págs.).

---

(19) La primera se publicó en 1913; la segunda (2 tomos) en 1920. Ambas son en folio.

(20) Sobre algunas de ellas léase el discurso ya citado del señor don Domingo Amunátegui Solar. Agréguese que el señor Medina ha publicado un *Diccionario Biográfico Colonial de Chile* en 1.004 págs. de gran tamaño.

3. *Las Instituciones*.—Pocas serán las instituciones de la época colonial sobre las cuales el señor Medina no haya acopiado datos valiosos en sus diversas obras históricas o bibliográficas, pero ninguna ha sido estudiada por él como la Inquisición Española en América. Antes de él aquella máquina política de aspecto religioso era conocida, por decirlo así, de un modo global. Hoy, merced a los once volúmenes que nuestro autor le ha dedicado, la conocemos íntima y completamente en sus leyes, en sus procedimientos, en sus hombres y en sus obras. Conténtase el señor Medina con poner ante nuestros ojos los expedientes inquisitoriales sea *in extenso* para los casos graves, sea en extracto para los demás y se abstiene de esos adornos tétrico-románticos y de esas declamaciones a que, en esta materia, otros autores nos tenían acostumbrados. Pero así la Inquisición pierde su pleito. El gobierno español que la mantuvo durante tantos siglos sale pareciéndose al médico que, so pretexto de matar todos los microbios, mata al enfermo. . . (21).

«Los estudios de Medina sobre los tribunales del Santo Oficio —dice el señor D. Domingo Amunátegui Solar— han sido aprovechados y resumidos por el notable escritor angloamericano Mr. Lea, quien dio a la estampa en Nueva York en 1908 un interesante volumen con este título: *La Inquisición en los países dependientes de España*. Sin los libros de nuestro ilustre consocio sobre la historia de la imprenta y del Santo Oficio en América el conocimiento que tenemos de las sociedades de entonces adolecería de grandes vacíos».

Entre otras cosas que así resultan explicables cuéntase el

---

(21) Datos bibliogr. en *Chiappa*, op. cit.—Sobre Inquisición en *Lima* (núm. 24 y 25; en *Chile* (50 y 51); en *Filipinas* (100); en *Cartagena de Indias* (102); en el *Plata* (106); en *México* (164); en *Yucatán* (213). Sobre la primitiva inquisición americana (cuando era meramente episcopal y relativamente muy suave) véase *Chiappa* (núm. 225 y 226). La primera de estas obras se publicó en 1887; la última en 1914, El conjunto toma, pues, 27 años.

estado de atraso y hasta de marasmo intelectual en que permaneció este continente hasta el primer tercio del pasado siglo.

4. *Las obras*.—Prueba «gráfica» de ello, y tanto más convincente cuanto más minuciosa, son las tres «bibliotecas» del señor Medina (22) y sus libros sobre la *Imprenta* en los diversos países de la América española durante el régimen colonial.

Ya se me está agotando la provisión de adjetivos relativamente moderados y véome obligado a emplear a «colosal». Quien lo reciba con sonrisa hará bien en echar vistazo a la siguiente lista (23):

*La imprenta en Lima*, 5 volúmenes (49, 156, 157, 160, 165);—en *Chile* (53);—en *México*, 8 tomos (58, 172, 183, 191, 198, 201 a 211);—en *Manila*, 2 tomos (67 y 68);—en *Quito* (152);—en *Arequipa* (153);—en *Guadalajara* (154); en *Puebla* (180);—en *Guatemala* (199);—en el *Río de la Plata* (52 y 55);—en *La Habana* (144);—en *Cartagena de Indias* (147);—en *Vera Cruz* (148);—en *Mérida* (148);—en *Oaxaca* (149);—en *Caracas* (150);—en *Bogotá* (151). A pesar de la atención con que he tomado mis apuntes, ha de faltar aquí algún volumen. Aconsejo al lector fiarse más de la lista que da el señor don Domingo Amunátegui, la cual enumera 35 países o ciudades, de donde resulta que la obra sobre la *Imprenta* en América consta de cuarenta y seis volúmenes (24).

(22) 1. *Biblioteca Americana* (1888) en *Chiappa*, núm. 26; 2. *Biblioteca Hispanoamericana* cuyo tomo I se publicó en 1898 y el tomo VII en 1907 (*Chiappa*, núm. 94, 109, 121, 132, 138, 143, 171); 3. *Biblioteca Hispano-Chilena* cuyo tomo I es de 1897 y el III de 1899.

(23) Cuando al lado del nombre del país o ciudad no se menciona el núm. de tomo, esto significa tomo único; el núm. entre paréntesis se refiere al epítome del señor Chiappa tantas veces mencionado. Al «Epítome» hay que acudir en busca de datos que por falta de espacio no pueden figurar aquí.

(24) Puesto que México (con ocho), Lima con cuatro y Manila con dos dan catorce tomos, los cuales sumados a los otros 32 dan 46.—Véase la lista del señor Amunátegui en *Rev. Chil. de H. y G.*, t. IX, p. 59-60.

En verdad aquello es colosal; pero, ante ese monumento de paciente y curiosa labor, más de un escéptico exclamará como Judas: «¿a qué fin este desperdicio?»

En semejante exclamación revélase el más supino filistinismo. Sólo Monsieur Homais, que es boticario y nada entiende en achaques de bibliografía y bibliofilia, puede poner en duda la utilidad de esta obra, sincero y completísimo inventario de la pereza y pobreza intelectual de aquellos tiempos. Ese inventario era indispensable que alguien lo hiciera. El cero casi perfecto con que termina es uno de los más contundentes argumentos en pro de la independización de la América.

Pero es menester además recordar que tanto en sus tres «bibliotecas» como en esta bibliografía de la imprenta, el señor Medina ha acopiado innumerables datos de que la filosofía y la historia sacarán grandes provechos.

Es el señor Medina no sólo un historiador y un bibliógrafo, sino también un humanista para quien la antigua literatura española y americana tiene especial encanto. Por lo demás pocos le igualan en preparación para entender y comentar a los escritores de la época clásica. No en vano ha vivido durante cincuenta años en diario contacto con los contemporáneos de Ercilla y Cervantes. De ahí sus obras de historia literaria y de crítica, entre las cuales ocupa el primer sitio su admirable edición de «La Araucana», que ya hemos mencionado. Allí el minucioso comentario histórico y filológico disipa toda oscuridad. Con la biografía de Ercilla, el juicio crítico de la obra, el estudio comparado de la literatura contemporánea, el léxico del poema, su índice geográfico y su glosario, esta edición es un modelo no sólo para América sino para Europa. No es raro que, en un dictamen sobre ella, el marqués de Laurencia diga a sus colegas de la Real Academia de la Historia: «No tendréis por exagerada, sí por gráfica y exacta, mi afirmación de apellidar soberbio e impe-

recedero monumento el erigido por los nobles arrestos del ilustre publicista chileno a la memoria de Ercilla» (25).

Otra publicación de índole análoga a la de «La Araucana» es la edición crítica del «Arauco Domado» de Pedro de Oña, obra doblemente chilena por su tema y su autor, que es el primer poeta nacido en esta tierra (26).

Terminado ya su grandioso monumento en honor de Ercilla, el señor Medina ha vuelto sus miradas hacia Cervantes (27) y Lope de Vega (28).

Y hoy, según es fama, está preparando una nueva edición de su *Historia de la Literatura Colonial de Chile* (1878), obra en que reveló el señor Medina su verdadera vocación y sus dotes de historiador y crítico. Si aún vive alguno de aquellos que en estos tres volúmenes vieron y celebraron una magnífica promesa, tócale ahora comprobar que en los nueve lustros que van corridos desde la publicación de esta historia, su autor ha cumplido con exceso lo que prometía.

## VI. LOS OCIOS DE UN SABIO

Al sabio suele un Dios conceder, como al campesino de Virgilio, algunas horas de solaz. Las suyas, el señor Medina ha solido dedicarlas a leer y traducir libros ingleses.

Muy joven aún vertió al castellano el poema *Evangelina de*

(25) *Rev. Chil. de H. y G.*, tomo X, pág. 475.

(26) Relativos a Ercilla y a «La Araucana» son las siguientes publicaciones en *Chiappa*, núm. 9, 26, 117 y 200, y Dos comedias famosas y un auto sacramental basados en «La Araucana» (1917); Los romances basados en «La Araucana» (1918).

(27) «El disfrazado» autor del «Quijote», impreso en *Tarragona* (1918); «Novela de la Tía Fingida, con anotaciones a su texto y un estudio crítico acerca de quien fué su autor» (1919) y «Cervantes en las letras chilenas» (1923).

(28) «Escritores americanos celebrados por Lope de Vega en el *Laurel de Apolo* 1921-1922 (no terminado).

*Longfellow* (1874), y, siempre fiel a su primer amor, publicaba en 1899 una segunda edición de esta obra (29).

Por esos mismos años le hallamos ocupado en entomología, (30) y folklore (31), pero ello, sin duda, no fue sino una «passionette» que no dejó rastros. Al fin y a la postre, ¿qué mejor descanso que el de pasar, en un mismo día, de la historia a la bibliografía y de un mamotreto a un libro? (32).

Hemos llegado al fin de nuestro viaje y nos toca ahora concentrar en pocas palabras las impresiones que hemos experimentado mientras navegábamos rápidamente de un libro a otro en esta bibliografía ancha como un mar y tan rica en islas (quiero decir en obras) como un archipiélago Sur.

### CONCLUSIÓN

Ante la majestuosa amplitud del edificio que se alza a nuestra vista, ¿quién no se siente sobrecogido de admiración y respeto por el enorme gasto de inteligente, minuciosa y perseverante energía que ha demandado? Esta no se concibe sino como expresión de un amor invencible. Sólo el corazón es capaz de engendrarla y darle alimento, porque sólo él ignora la duda y la ironía.

La mente, no influida por él, pregunta siempre: ¿A qué este desperdicio? ¿Qué importa que los hechos de la historia antigua permanezcan envueltos en tinieblas? Dejemos que los muertos entierren a sus muertos...

---

(29) Otras traducciones del inglés. En *Chiappa*, op. cit., núm. 12; «Cartas de Samuel Johnston» (1917); «Dos obras de viajeros americanos» (1919); «Insurrección de Magallanes, del cap. Brown» (1923) y «Diario de un oficial inglés al servicio de la Marina de Chile» (1923).

(30) *Chiappa*, op. cit. (núm. 2, 4).

(31) *Ibíd.*, núm. 3.

(32) Art. de historia de la filosofía, *ibíd.*, número 144. «El positivismo en Chile».

Pero el corazón va ciegamente hacia éstos porque sabe que los muertos son el pasado en que el presente descansa como en su fundamento; porque sabe que ellos viven en nosotros y que sin conocerlos y amarlos, sin intimar con ellos, con sus escritos y sus instituciones, es imposible explicar cabalmente la psicología de los hombres de hoy, comprenderlos y amarlos. Ellos son nosotros: nosotros somos ellos.

Así me explico la posibilidad de una obra y de una perseverancia como la del señor Medina: es una piedad, un amor, una religión que resucita a los muertos y vive en perpetuo contacto con ellos durante cincuenta años para arrancarles sus secretos y pedirles lecciones.

Cualquiera que ame a su patria por sobre todas las cosas, saludará con respeto ese amor a Chile —a Chile de hoy, de ayer y de siempre— expresado en 264 publicaciones, de pequeño volumen unas pocas, grandes y hasta enormes las más, pero destinadas todas directa o indirectamente a despertar y nutrir el amor a Chile, y no un amor fraseológico, sino un amor fundado en hechos, es decir, en la historia.

Hay historiadores de tipos diversos y hasta contradictorios que, por abreviar, personificaré en autores modernos: hay Thiers, hay Michelet, hay Taine, hay Fustel de Coulanges. Si interrogáis a un radical-socialista francés sobre estos cuatro nombres os dirá que sólo Michelet es historiador verdadero. Concederá a Thiers una sonrisa, a Taine y a Fustel una maldición. Si interrogáis a un nacionalista, la maldición será para Michelet y la preferencia por Taine. Thiers, según él, es un narrador eximio, no un historiador verdadero. Pero si os las habéis con un hombre que aborrece los sistemas y gusta de formarse por obra propia sus ideas sobre el pasado, el historiador digno de ese nombre será Fustel de Coulanges. ¿Pór qué?

Fustel opina tanto como Taine y Michelet, pero al revés de estos dos grandes hombres, no tiene hacha que afilar. Ama a

su país, ciertamente, pero, por sobre todas las cosas, ama a la Verdad la cual, según él, es inseparable de los documentos.

De ahí su culto por la documentación. De ahí su odio por la fraseología romántica o filosófica, por la «literatura» de los historiadores.

Opina, pero con el documento a la vista; podéis disentir de él, pero debéis reconocer que es el mismo quien os proporciona las razones en que fundáis vuestro disentimiento.

Don José Toribio Medina es un historiador de esta escuela y me parece que Fustel habría congeniado con él maravillosamente.

Ejemplo: sus libros sobre la Inquisición en América. Ahí procede el señor Medina de una manera realmente «fusteliana»: ante todo el documento. No se priva, por cierto, de opinar, pero, por el solo hecho de hacerlo siempre en presencia de un documento auténtico, el señor Medina nos deja, como Fustel, habilitados para juzgar como mejor podamos. No estamos obligados como con Thiers o Michelet a hacer acto de fe ni se apodera de nuestra mente una despiadada máquina dialéctica como la de Taine. Estamos en presencia de los hechos: opinamos por cuenta y riesgo nuestros.

Esta es, a mi modo de ver, la verdadera historia y en ello me fundo para declarar que el señor Medina merece ampliamente el título de historiador.

Chile entero lo reconocerá y a medida que los años y aun los siglos corran, la gloria de nuestro historiador irá afianzándose más y más, excepto que los chilenos, embelesados por el presente, den por muertos y olvidados esos conquistadores a quienes lo deben todo: su tierra y su alma.

Pero desechemos semejante temor. Siempre habrá historiadores en esta tierra y mientras los haya el señor Medina será su providencia.

Por lo demás, el señor Medina tiene dos seguros contra el olvido: sus obras y su maravillosa biblioteca americana (33).

¡Quiera Dios que los años de su robusta y gloriosa ancianidad se prolonguen y que el insigne historiador, cuyo cincuentenario científico celebramos, pueda aún acrecentar el tesoro de obras que, muy a pesar nuestro, no hemos sabido alabar ni siquiera describir como ellas lo merecen. *Ad multos annos.*

25 a 29 de agosto de 1923

### «LOS HOLANDESES EN CHILE» (\*)

En el cuadro sinóptico de las obras del señor Medina publicado en estas columnas con ocasión de las bodas de oro de su actividad literaria y científica, anuncióse la próxima publicación del presente volumen que viene a ser el cuadragésimo quinto (tomo XLV) de la *Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional*.

Versa sobre *Los Holandeses en Chile* y consta de tres partes: 1.º *La Población de Valdivia, Motivos y medios para aquella fundación*, por el Padre Maestro fray Miguel de Aguirre; 2.º de una *Narración histórica del viaje ejecutado del Este del Estrecho de Le Maire a las costas de Chile, al mando de su Excelencia el general Enrique Brouwer, en los años 1642 y 1643*, y 3.º de catorce documentos (o grupos de documentos) relativos a la invasión holandesa.

---

(33) Por testamento de 6 de febrero de 1912 el señor Medina lega su biblioteca al Estado con la condición de que, para ella, se reserve una sala especial en el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional y que la pensión anual de 6.000 pesos de que disfruta sea concedida a su mujer por los días de su vida. En su testamento de 8 de mayo de 1919 la señora doña Mercedes Ibáñez de Medina ha renunciado a aquella condición.

(\*) Tomo XLV de la «Colección de Historiadores de Chile», de don J. T. Medina.

Según su costumbre, el señor Medina no se ha contentado con reimprimir sencillamente las dos obras arriba indicadas, sino que las ha enriquecido con sendas introducciones en que se aquilata su valor histórico.

La obra de fray Miguel de Aguirre, agustino, se publicó en Lima en 1647 y parece escrita con el objeto de poner en plena luz la actuación del marqués de Mancera, «virrey de estos reinos» en lo concerniente a Chile y a las costas del Pacífico entonces amenazadas por los holandeses y los ingleses.

Fray Miguel era confesor del señor marqués y parece que éste le distinguía con una especial amistad. De ahí, sin duda, el interés que tomó en estos gravísimos asuntos.

Tan pronto como llegó a Lima la noticia de la ocupación de Valdivia por los holandeses, «el marqués de Mancera se preparó con toda diligencia para rechazar una expedición que, a diferencia de las anteriormente practicadas por aquellos enemigos de la monarquía y de la fe, no se limitaba a meras correrías en busca del oro de los galeones y del saco e incendio de las poblaciones, sino que meditaba ya establecerse seriamente en las apartadas costas del Mar del Sur. Equipó una escuadra de doce naves, las más fuertes de cuantas había visto el Pacífico, con mil ochocientos hombres de mar y tierra y ciento ochenta y ocho piezas de artillería. Puso estos elementos a las órdenes de su hijo don Antonio Sebastián de Toledo; hizo que lo acompañasen algunos jesuitas, y probablemente también Fr. Miguel de Aguirre, y la flota se hizo a la vela el 31 de diciembre de 1644. Al llegar los expedicionarios al punto de su destino, en 6 de febrero de 1645, lo encontraron libre de enemigos y hubieron de retornar al Perú «contando incidentes de escaso interés bélico; tales eran, que la escuadra había salido del Callao en viernes, había tocado otro viernes en Arica, arribado y dejado a Valdivia también en viernes» (p. VI-VII).

Los holandeses habían volado... Su fracaso viene explicado por uno de ellos en el «Journael» cuya parte relativa a Chile ha

sido traducida del holandés al castellano por el sabio alemán don José Roehner y publicada con introducción y notas por el señor Medina.

¿Quién es el autor de ese «Journal»?

A esta pregunta los bibliógrafos europeos no dan respuesta, pero el señor Medina, más curioso y mejor armado que ellos para esta investigación, ha resuelto el problema. Procediendo por eliminación, llega el señor Medina a demostrar que el autor «bien puede ser» (un crítico menos prudente diría «ha de ser» o, sencillamente, «es») Johan van Loon, secretario de la expedición que incidentalmente aparece nombrado en los sucesos ocurridos en Valdivia el 11 de octubre de 1643.

¿Por qué fracasaron los holandeses en su intento de echar raíces en el continente americano?

A mi juicio, debióse su fracaso, más que al fallecimiento de su general y a las enfermedades y escaseces, a la mala preparación de todo el negocio, al desengaño que padecieron cuando les constó que Valdivia en vez de un Eldorado, era, sencillamente, una tierra fértil en promesas de trabajo. Los hombres que venían en la escuadra de Brouwer eran, como los españoles del siglo anterior, simples buscadores de oro. Faltando éste o exigiendo su extracción una labor para la cual no estaban preparados y no teniendo «naturales» que los sustituyesen, abandonaron la empresa.

Pero sí, en vez de meros soldados o junto con éstos, hubiesen traído colonos bastante numerosos y aptos para manejar, como los hebreos de Moisés y Josué el arado y la espada, ocurríseme que la expedición del marqués de Mancera habría corrido mayores peligros.

En esa época la parte meridional del continente estaba a la disposición de cualquiera de las tres potencias europeas (Inglaterra, Francia, Holanda) que hubiese verdaderamente querido adueñarse de ella. Pero, empeñados como estaban en guerras exteriores y revoluciones intestinas, no supieron ni pudieron

aprovechar la oportunidad que el habitual descuido de la administración colonial les brindaba. Tenían veleidades, no voluntad de colonizar. Gustábanles de preferencia las ganancias fáciles o rápidas del corso y del saco y así los virreyes de estos reinos pudieron descansar. Un susto, de cuando en cuando, como en 1643, sacábalos de su modorra. Improvisábase entonces una armada que, a veces, como los carabineros de Offenbach, llegaba cuando el enemigo se había hecho humo. Disolvíase la armada. . . ; ¡hasta la próxima! A buen seguro, si los ingleses y holandeses hubieren tenido noticias de una escuadra española siempre lista (y de sólida fortaleza) en los puntos amagados, habrían permanecido tranquilos en sus puertos europeos. Esa paz (provisional, pero fecunda) es la realización de la máxima antigua: «Si vis pacem, para bellum». Sólo últimamente ha penetrado en los cerebros de los estadistas esta lección puesto que hoy, a pesar de la «Grande Armada» inglesa, las lejanas colonias inglesas (Australia, por ejemplo) poseen escuadra propia.

Pero volvamos al Padre Aguirre. La lectura de su «Población de Valdivia» interesa no sólo a los historiadores, sino también a los lingüistas y hasta a los psicólogos.

Fray Miguel escribía en una época (1647) en que el castellano conservaba aún toda su pureza y lozanía. Sería curioso y provechoso estudiarlo detenidamente para ver si la lengua, tal como él la escribía, era la misma en Lo Seyes que en la Corte (1).

A los psicólogos señalaré, para meditación, una frase curiosísima.

Después de referir hechos concernientes a la expedición holandesa de Jacobo de Hermit y Hugón Escaphenam (1624) que «apareció de improviso y surgió en el puerto e isla del Callao», observa nuestro autor que los grandes daños inferidos por ella al

---

(1) El P. fray Miguel de Aguirre era oriundo de Chuquisaca, estudió y vivió la mayor parte de su vida en Lima y sólo fue a la península en 1650. Falleció en Madrid en 1664.

comercio habrían sido mayores «a no haberse muerto mucha gente holandesa en el viaje, de peste y enfermedad, que con piadosa crueldad y prevaricación leal aumentaba en vez de curarla el cirujano mayor de la armada, Marcos Jacobo Vegero, natural de Lovaina, hijo de españoles, católico y vasallo de V. M. (2), cuya industria conocida añadió otra muerte con la suya, colgado de una entena» (p. 13).

Fray Miguel no deja de ver que la conducta profesional de aquel cirujano era cruel y constituía una prevaricación. Pero la intención —según él— lo saneaba todo y hacía que la crueldad se volviese piadosa y la prevaricación, leal. Todo consistía en dirigir correctamente la intención: el fin justificaba los medios. Verdad que, si el Padre acepta sin protesta alguna el sistema de Vegero, tampoco se indigna ante el espectáculo del médico prevaricador «colgado de una entena». Pero ¡qué psicología la que ahí se revela! Parece ver el semblante indignado de algunos lectores. Oigo exclamar: ¡Horrible fraile! ¡Qué tiempos éstos! ¡Qué costumbres!

¡Bien, muy bien! Pero, señores, no os acaloréis demasiado; el año de 1624 no debe borrar de vuestra memoria los años de 1914-1918: las traiciones de toda índole y las crueldades que entonces se cometieron eran, en opinión de sus autores, «piadosa crueldad y prevaricación leal...», como en 1624. El mundo no ha mudado de corazón: sólo la piel y el lenguaje ha mudado. Nos indignamos hoy farisaicamente, pero somos tan crueles y prevaricadores como el infame Marcos Jacobo Vegero. Hay, para comprobarlo, enormes volúmenes de encuestas. Pero peor es meneallo... Contentémonos con hacer votos porque la moderna hipocresía ceda, algún día, un sitio aunque pequeño a la encantadora franqueza de Fray Miguel... Así, a lo menos, sabremos a qué atenernos.

---

(2) V. M. significa aquí «Vuestra Majestad». El Padre Aguirre habla al Rey de España.

Terminaré esta reseña dando una mala noticia al lector. Córrese que este tomo XLV de la «Colección de Historiadores» será el último de aquella valiosísima serie, y no por culpa del señor J. T. Medina, quien tiene listos para la impresión los materiales de otros muchos, sino por escasez de fondos fiscales... «Escasez de fondos» es, a veces, un eufemismo... En casos como éste en que se trata de dejar inconcluso un monumento histórico, ese eufemismo se traduce en romance, por... Prefiero no traducir. Al fin y a la postre hay que acostumbrarse a ello... En esos monumentos inconclusos revélase la psicología de una época.

10 de diciembre de 1923.

«ESCRITORES HISPANOAMERICANOS CELEBRADOS  
POR LOPE DE VEGA EN EL *LAUREL DE APOLO*» (\*)

Debo confesar que, antes de abrir este nuevo libro del señor Medina, no conocía el *Laurel de Apolo* sino por una simple mención que de él hace Fitzmaurice-Kelly en su *Historia de la Literatura Española*. Por aquella mención sospechaba yo que la obra de Lope de Vega se parecería al *Viaje del Parnaso* de Cervantes, y nada más... Pero como la lectura de esta «revista de los poetas contemporáneos» no me dejara gratos recuerdos (dista mucho, a juicio mío, de ser una obra maestra y bien pudo Cervantes guardarla inédita sin perder un átomo de su gloria), temí que el *Laurel de Apolo* fuese, igual que el *Viaje*, «un seca lista de alabanzas» (1). De ahí que postergara su lectura. Para desengaños sobra tiempo...

(\*) Por J. T. Medina,

(1) Así lo califica Fitzmaurice-Kelly y con todo fundamento. Agrega: «El verso es medio poco feliz para la ironía cervantesca, el genio de Cervantes era más bien creador que crítico».

Por fin, lo leí. Seré franco: sin el comentario bibliográfico-crítico del señor don José Toribio Medina, dos páginas habrían bastado para derrotarme y esto que —dicho sea sin vana gloria— soy ciertamente uno de los hombres más «lateables» (quiero decir más tolerantes en punto de libros tediosos) que haya en el mundo.

El señor Medina aliviana y vivifica el *Laurel* con su comentario.

Sírvanos de ejemplo *Cristóbal de la O*. Sobre este poeta americano escribe Lope los siguientes versos:

*Cristóbal de la O; letra perfecta  
como a ninguna intersección sujeta,  
que, sin principio y fin, nos muestra clara  
la eternidad, no menos se prometa  
su heroica y dulce pluma,  
que por única y rara  
de inmortal presuma.  
Ya nuestro polo tanto ingenio estima,  
porque mal se ocultara,  
pues que la fama fue por él a Lima.  
Y de la O, donde su nombre acaba,  
sacó la admiración con que se alaba.*

De esta maraña de versos laudatorios, ¿qué sacamos en claro? Sacamos que, sin duda, Cristóbal de la O sería un gran poeta. Un poeta notable o, cuando menos, notorio. . .

Pero ¡oh ironía! Ese Cristóbal, con toda su O sin principio ni fin, carece *prácticamente* de existencia.

«De las líneas que Lope dedica a Cristóbal de la O se desprende —dice el señor Medina— que fue un poeta «de heroica y dulce pluma» que residió en Lima, si es que no nació en esa ciudad, que ambas cosas pueden suponerse de aquello de «que

la fama fue por él a Lima». ¿Dónde pudo Lope descubrir el talento poético de La O? En los libros impresos en la capital del virreinato no figura una sola producción suya siquiera, ni en las bibliotecas se conserva manuscrito rasgo alguno de su pluma. El autor de los *Poetas de la Colonia* en el Perú asevera que Cristóbal de la O «fue un poeta repentista, cuyas obras se han perdido; pero de él se sabe que era limeño (?) y muy diestro improvisador de redondillas y décimas, las que, por su escaso valor o por cualquier otra circunstancia, no han llegado a la posteridad». Y tal, lector, como me lo contaron te lo cuento...» (p. 119).

Entre los poetas coronados de laurel por Lope, los Cristóbales de la O son varios.

¡Cruel problema! Hoy en día los jóvenes «intelectuales» (así se llaman ellos) aceptan como dogma de fe los fallos críticos de un revistero cualquiera. Así nacen por centenares, en América y aun en Europa, Cristóbales de la O... sin auxilio de un Lope de Vega. Pero más que el Fénix de los ingenios alabe a Pedro, Juan o Diego, el señor Medina no dobla la frente. Dice con toda claridad: «la simple lectura de los veinticuatro nombres (americanos) que ha de abarcar (nuestro estudio) nos obliga desde el primer momento a exclamar: ¡pero aquí no están todos los que son, ni son todos los que están! ¿Por qué, en efecto, pueden considerarse acreedores al laurel figuras tan opacas, por no decir del todo desconocidas, como Arambulo, Ladrón de Guevara, Cristóbal de la O, Luis Pardo y alguna otra?» (p. 7).

La presencia de tantos «nonentes» y las alabanzas con que vienen colmados se explican muy bien. Basta presenciar hoy en día la salida de tanto sol literario, de tanta O tan redonda y vacía como la del famoso Cristóbal. «Aquello que ha sido es lo que será, y lo que se ha hecho, es lo que se volverá a hacer; pues no hay ninguna cosa nueva debajo del sol». Así hablaba el Eclesiastés y si volviese a este valle de lágrimas y comedias diría que en historia literaria, rigen hoy las leyes de siempre. En literatura como en geología no hay novedad alguna.

Pero —preguntará alguien— ¿cómo pudo un Lope engañarse hasta el extremo de laurear tanto «nonente»? La respuesta es sencilla: *lo engañaron*, así como nos engañan hoy en día las Asociaciones de Alabanzas Mutuas. La única diferencia está en que allá en el siglo XVII todo se hacía por cartas y hoy en día todo se hace por la prensa... Pero no temamos: los Cristóbales de la O de ahora, tendrán su ocaso como lo tuvieron los contemporáneos de Lope. Sólo los J. T. Medina del siglo XXI se acordarán de ellos para sacarlos, por un breve instante, de la noche que los tragó recién nacidos.

Segunda objeción: ¿Merecían esos Oes (¡esos ceros!) que se los resucitara? ¿No es tiempo mal gastado el que se emplea en tales resurrecciones?

No. El bibliógrafo y el historiador crítico de la literatura obedecen a leyes distintas: el primero enumera, el segundo pesa. El bibliógrafo es el entomólogo de la literatura: busca, describe y clasifica hasta los más pequeños insectos literarios; el historiador les toma el peso, los analiza y juzga. Es el fisiólogo y, si se quiere, el médico cirujano de las letras.

Al resucitar, al pie del *Laurel de Apolo*, los veinticuatro americanos que Lope admira por sí o por encargo, el señor Medina hace obra de bibliógrafo y de historiador crítico: numera y pesa.

A mi juicio su minucioso estudio de los 24 deja mal parado a Lope considerado en cuanto crítico. ¿Quién, después de leer este libro, creerá en la verdad de los siguientes versos:

*Las Indias, en ingenios mundo nuevo  
que en ellas puso más cuidado Febo  
que en el oro que cría?...*

Esto, para ser verdadero, debe tomarse proféticamente. En

lo que a poesía se refiere, las «Indias» no llegaron a «mundo nuevo» sino con Rubén Darío. . .

El señor Medina emite en su prefacio una opinión que, a mi juicio, es muy fundada y merece por ende, señalarse.

Entre los 24 autores laureados por Lope, varios son españoles peninsulares. ¿Hay derecho para considerarlos americanos?

Este problema no carece de importancia. Ofrécense casos, difíciles, como, por ejemplo, el del señor don Pablo Groussac, francés que escribe en castellano y goza en toda América la fama indiscutiblemente merecida de insigne escritor: ¿qué clasificación le daremos? Para los historiadores de la literatura en este continente ¿será escritor francés o escritor americano?

Los que en literatura aplican el criterio jurídico, lo clasificarán francés. A mi juicio la nacionalidad no tiene nada que ver en literatura: J. J. Rousseau aunque suizo, José de Maistre, aunque sardo, Maeterlinck, aunque belga, etc., son escritores franceses, porque escriben en lengua francesa. ¿Por qué no habría de ser escritor americano, aunque francés de origen, el señor Groussac, que escribe en uno de los idiomas americanos?

Creo que el señor Medina comparte esta opinión. Así, cuando menos, lo infiero de lo que dice en la pág. 7 de su prefacio: «Entiéndase que por autores americanos consideramos no sólo a los nacidos en América, sino también a los peninsulares que en ella vivieron y tuvieron alguna figuración, ya en el orden político, ya en el judicial, religioso o *meramente literario* o científico: atribución tan justa, por lo demás, que bastará con preguntarnos en el caso de Ercilla, verbigracia, si habría escrito algo de la importancia de *La Araucana* a no haber residido en Chile».

El fallo del señor Medina sentará, como se dice en estrados, jurisprudencia. Ningún juez más autorizado que él para imponerlo.

10 de marzo de 1927.

## «MEDALLAS EUROPEAS RELATIVAS A AMERICA» (\*)

En los siglos XVII y XVIII publicáronse libros intitulados *Histoire Métallique*. Así, por ejemplo, el señor don J. T. Medina cita, entre «las fuentes bibliográficas aprovechadas en este libro», una «historia metálica» de la República de Holanda por Mr. Bizot (Amsterdam, 1688) y otra, no menos «metálica», de las XVII Provincias de los Países Bajos. . . traducida al francés por Mr. Gerard van Loon (La Haya, 1732-1737) ¿Qué cosa, puede ser una «historia metálica?»

Como lo indica la etimología, es una historia fundada en *medallas*, es decir, una historia en que las medallas de todo metal desempeñan el papel de fuentes y documentos.

*Metálico*, aplicado a *historia*, da una impresión de solidez y durabilidad insuperable. La historia «papírica» (fabriquemos este adjetivo para designar brevemente la historia cuya documentación es de papel) no iguala a la metálica. De ella, en efecto, no puede decirse como de ésta que «ni la lluvia ni el viento ni la larga serie de los años y el tiempo que huye la destruyen» (1).

Una visita a ciertos archivos bastaría para convencernos de que, ahí donde no penetran la lluvia ni el viento, el solo correr de los años causa daños irreparables.

Lo mismo, aunque tal vez en menor grado, acontece con las historias «lapídeas», es decir, con los monumentos de piedra, los cuales, hasta bajo el techo protector de los museos, suelen destruirse poco a poco, sea por descomposición de la misma piedra, sea por obra de los visitantes bárbaros.

No así las «historias metálicas». . . Con tal que se las libre de Caco, son indestructibles. Bien lo sabían los antiguos, que

---

(\*) Las describe J. T. Medina. (Con ilustraciones).

(1) El señor Medina encabeza su prólogo con versos latinos cuya traducción (abreviada) viene en la frase que ponemos entre comillas.

mandaban grabar sus leyes y sus tratados solemnes en tablas de bronce y que para ensalzar la durabilidad de un monumento lo llamaban *aere perennius*.

Al insistir en una verdad tan clara como ésta, parezco poner en duda la agudeza del lector. Y sin embargo no hay tal. Lo dicho más arriba tiene por principal objeto subrayar la importancia histórica de las colecciones de medallas y de las publicaciones que, como ésta, nos permiten aprovechar cada medalla como si la tuviéramos siempre entre manos y a nuestra libre disposición.

El señor don J. T. Medina no es coleccionista al estilo de éstos que juntan objetos sólo para sí y con el único fin de secuestrarlos en un museo secreto donde no penetre nadie, fuera del amo y cancerbero. No se contenta, como esos avaros, con el solitario placer de contemplar sus medallas y calcular su valor venal. Quiere, por el contrario, que todos los curiosos de historia compartan el goce que él mismo experimentó al adquirirlas y descifrarlas. De ahí libros como los ya publicados por él: *Medallas chilenas* (1901), *Medallas coloniales hispanoamericanas* (1900), *Nuevos materiales* (1919), *Medallas de proclamación y jura de los Reyes de España en América* (1917) y *Medallas del Almirante Vernon* relativas Cartagena de Indias (1919), y, por fin, la obra que constituye la coronación de aquel monumento *metálico*, como decían en el siglo XVIII, o *numismático*, como se dice ahora: *Medallas europeas relativas a América* (Buenos Aires, 1924).

«Monsieur Homais» y los innumerables discípulos del ilustre boticario de Flaubert se sonreirán si les digo que, para publicar esta última obra, el señor don J. T. Medina ha debido aceptar la ayuda de la República Argentina, y que ésta ha corrido no solamente con los gastos, sino que también con la impresión misma. Los «homaisianos» que hay en Chile no creen en la «historia metálica». . . Son gentes que sólo se entusiasman por

lo práctico... no por las medallas, sino por el platino u oro de que constan.

Sobre la aludida publicación oigamos a nuestro autor: «No seré yo, por cierto —dice el señor J. T. Medina—, quien afirme que con las medallas que describo se halle completo el número de las que atañen al tema de este libro. Para salvarlo de vacíos, siempre inevitables en los de esta índole, he consultado cuantas fuentes de información han estado a mi alcance, que el lector hallará indicadas en la lista que va a continuación (2), y por mi parte, sin omitir gastos, he procurado adquirir cuantas medallas europeas tenían relación con la América, formando así una coiección que es, en realidad, la base de esta obra. Guardadas han permanecido en casa durante muchos años y cuando tenía ya perdidas las esperanzas de poder imprimir la obra en que se describieran, he aquí que una institución bonaerense, que es honra de la Argentina (3), me ha ofrecido generosamente hacerlo a sus expensas por conducto de su dignísimo director, doctor D. Emilio Ravignani, a quien, como a sus compañeros de labor en aquel centro de cultura americana, me es grato enviarles el testimonio público de mi agradecimiento» (p. IX).

A esto agréguese que la impresión hecha en Buenos Aires es digna de cualquiera capital europea. Papel, tipos, fotograbados, corrección, todo en ella es de una perfección envidiable.

La obra se divide en ocho partes y en cada una de éstas describense las medallas americanas de una nación europea: 52 españolas, 151 inglesas, 142 francesas, 52 holandesas, 25 italianas, 48 alemanas, 15 portuguesas y 2 suecas.

---

(2) En esa lista figuran 30 obras que se cuentan entre las mejores publicadas en latín, inglés, francés, alemán, italiano, etc. Las más de ellas son obras verdaderamente monumentales (nota de O. E).

(3) La institución aludida es el *Instituto de Investigaciones Históricas* que forma parte de la Facultad de Filosofía y Letras. Los colaboradores del doctor E. Ravignani son los señores don Juan Carter y don Diego Luis Molinari.

La variedad de temas es inmensa. Cada una de las naciones (España, Inglaterra, Francia, etc.) celebra en una medalla un acontecimiento que dice relación con la América. Guerras, paces, fundaciones de colonias, consagraciones, matrimonios, etc., todo da motivo o pretexto para acuñar una medalla. Pero hay casos, como por ejemplo, la toma de Cartagena de Indias, que provocan varios centenares de acuñaciones.

Para que se vea el alcance de la «historia metálica» examinaremos algunas medallas.

Ahí está, por ejemplo, la que lleva el número 182 y que el señor Medina analiza bajo el título de *Toma de Buenos Aires*, pág. 115 (excusado es decir que se trata de la «toma» efectuada por los ingleses a principios del siglo XIX).

«En el campo, a la izquierda, la Virgen con el Niño en sus faldas, radiante; de pie, a la derecha, frente a ellos, San José, apoyado en un bastón; arriba, sol radiante. Leyenda, en arco de círculo, al pie: *La verdadera Fe*.

*Reverso*: en el campo en trece líneas:

*Divinas  
y humanas  
leyes respetadas  
libertad personal  
y propiedad  
aseguradas  
franco comercio  
y extendido  
por la Gran  
Bretaña protegido  
Buenos Aires el  
25 de Julio  
1806*

Es claro que esta medalla no fue acuñada en Buenos Aires, donde no había talleres capaces de tal obra, ni en la Moneda de

Santiago de Chile o en la de Potosí, puesto que ahí nadie se habría allanado a trabajar por el enemigo. Infiérese, pues, que la medalla es inglesa, aunque sus inscripciones vengan en castellano.

El historiador argentino D. Enrique Peña, citado por el señor Medina, dice: «El día 25 de junio de 1806, los ingleses desembarcaron en Quilmes y dos días después se apoderaron de la ciudad. Es de suponer que, una vez los ingleses en Buenos Aires, despacharían un buque rumbo a Inglaterra, a fin de dar cuenta de tan magno acontecimiento y que las autoridades mandarían acuñar esta medalla para repartirla en Buenos Aires» a modo de programa de gobierno y con fines de propaganda.

Era muy bien combinada la piadosa imagen y la leyenda del anverso (Virgen, Niño, San José y la frase *la Verdadera Fe*) tenían por objeto calmar las susceptibilidades de los católicos bonaerenses.

El magnífico programa social y político del reverso no podía menos de satisfacer al más escrupuloso. Hoy mismo muchas naciones, no sólo en América, sino también en Europa, se considerarían felices si vieran las «divinas y humanas leyes respetadas, y la libertad personal y la propiedad aseguradas».

El error de los ingleses consistió en apresurar demasiado la acuñación y en imitar la lechera de cierta fábula de La Fontaine. Pero, no podemos negarlo: esa medalla da una alta idea del espíritu político de los estadistas británicos.

Otro tema cultosísimo, el de Law, explotado por grabadores alemanes (págs. 201-311).

La relación con América consiste en que el financista escocés de ese apellido lanzó en París una «Compañía del Mississippi», cuyas acciones, después de subir a alturas increíbles, se derrumbaron, arruinando a medio mundo. Parece que, en Alemania, muchos especuladores se mistificaron como simples franceses. Sólo así se explica el furor satírico que esas medallas revelan.

En la medalla núm. 442, donde figura Law de medio cuerpo

y condecorado con la Orden del Espíritu Santo (!), léese en el reverso, en francés, lo que en seguida traducimos al castellano:

*Domingo:* con billetes de banco vaciamos todos los bolsillos;

*Lunes:* Compramos acciones;

*Martes:* Somos millonarios;

*Miércoles:* amueblamos y arreglamos nuestra casa;

*Jueves:* Compramos coche;

*Viernes:* Vamos al baile;

*Y Sábado:* Al hospital, 1720.

Ocúrreseme que podría hacerse hoy en día una nueva edición de esta medalla en los principales idiomas del mundo. Con poner *marcos* donde se lee acciones y *auto* donde hay *coche*, lo demás estaría tan *ad rem* como en 1720. Sólo que, en vez del retrato de Law, habría que grabar en el anverso los de varios Ministros de Hacienda del Reich. Al lado de éstos, el aventurero escocés hace cara de niño de teta. En resumen: *Domingo:* con «marcos» vaciamos todos los bolsillos... . . . *Sábado:* ¡al hospital... » ¡Hemos progresado!

Ya se ve: el libro del señor J. T. Medina es no solamente instructivo sino también ameno y hasta divertido. Cada una de las medallas estudiadas por él constituye un tema de meditación y a veces una inagotable fuente de filosofía práctica. ¡Qué enorme suma de erudición y paciente trabajo no se encierra en esas 348 páginas! (4).

En algunos casos, el señor don J. T. Medina ha debido confiar en sus antecesores, especialmente cuando no tenía en sus manos la medalla analizada.

Por desgracia, parece que esos «medallistas» europeos no calzan, en materia de latín y francés, los puntos que serían menester.

Prueba de lo primero, la medalla núm. 265 (págs. 165-166).

(4) El libro consta de 377 págs. Las 29 restantes corresponden a tres índices (dos de ellos alfabéticos) cuyos autores son los tres caballeros argentinos arriba nombrados.

En el anverso hay Luis XV y en el reverso una galera en el mar, con remos. Del mástil cuelga «un castor» —dicen los medallistas Fonrobert, Mac Lachlan, Betts.— Leyenda circular: *Non villus aureo*, que los mismos traducen: *No menos vulgar que el oro*.

Ahora bien, esta traducción contiene un contrasentido: *aureo* no significa oro, sino de oro. Por consiguiente, si *non villus* significa *no menos vulgar* (lo que, al fin y a la postre, no es inadmisibile), la traducción exacta sería: *No menos vulgar que «el de oro»*.

¿A qué se refiere el de oro? A juicio mío, se refiere al... *vellocino* de oro de los Argonautas. Ya para convencerse de ello basta mirar al cuero que cuelga del mástil: es igual al... *toisón* de oro.

Cuanto al insuficiente francés de Betts, veamos la medalla núm. 259 de la pág. 163. En el reverso hay la siguiente leyenda: *De la mairie de Mr. Bellabre prt et snl du prt de Nantes*.

Advierte el autor: «En cuando a la traducción de las abreviaturas del reverso, los Editores de Betts observan que se prestan a varias interpretaciones». Muy bien; pero, ¿por qué no dan alguna de éstas? Debieron preguntar a Francia. Ahí se les habría advertido que, en el idioma administrativo y judicial anterior a la Revolución de 1789, PRT significaba *Président*; SNI, *sénéchal*, y PRI, *présidial* (5).

Se me dice que la monumental obra de Betts es la más autorizada de todas las publicadas inglesas sobre numismática. Esta advertencia no me impresiona demasiado... Lo que admiro es que, en un país donde abundan los latinistas y los conocedores del francés, se puedan cometer errores como los anteriores en una obra autorizada. Convendría expulgar a Betts...

Pongo fin a estos largos comentarios, mas no sin agradecer

---

(5) Los finales T y L (está repetida) debieran imprimirse «voladas» como se dice —según creo— en las imprentas. Desgraciadamente las máquinas linotípicas no lo permiten (sic).

al docto académico esta nueva muestra de su inagotable erudición y de su amor por la historia americana.

23 de febrero de 1925.

P. S.—Pido disculpa por no haber indicado oportunamente la fecha de publicación de las obras del señor Medina relativas a medallas. Escribo este artículo fuera de Santiago y lejos de la B. N.

### «VIAJE DEL PARNASO» (\*)

En años ya lejanos intenté leer el «Viaje del Parnaso» y al cabo de diez o doce páginas hube de prever que no terminaría aquella lectura. En lo que aún quedaba por leer anduve a saltos cogiendo dos o tres versos por ahí, dos o tres tercetos por allá, hasta que, vencido del tedio, cerré por siempre aquel libro. Entonces pude aquilatar la mucha verdad de lo que Fitzmaurice-Kelly en la primera edición de su *Historia de la Literatura Española* opinaba acerca de esta obra de Cervantes.

Decía: «Su *Viaje del Parnaso* (1614) fue inspirado por el *Viaggio in Parnaso* (1582) del perugino Cesare Caporali, y es, en realidad, una revista rimada de los poetas contemporáneos (1). El verso es medio de expresión poco feliz para la ironía cervantesca, y el genio de Cervantes era más bien creador que crítico. Su poema interesa por sus rasgos autobiográficos, pero degenera en una seca lista de alabanzas, y, cuando intenta alguna censura, lo hace rara vez con energía. Pensó tal vez abatir a los malos poetas como había desenmascarado a los malos prosistas, pero mediaba la diferencia de que, aunque él era admirable como prosista, no

(\*) Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.—Edición crítica anotada por J. T. Medina.

(1) Aquí, y en el resto de esta cita, soy yo y no Fitzmaurice-Kelly quien subraya algunas frases.

*valía tanto como poeta.* Era peritísimo en el manejo de aquel arma, pero en la práctica de la segunda no pasaba de ser un diestro aficionado. Cervantes satirizando en prosa, y Cervantes satirizando en verso, son seres tan distintos como *Sansón con cabellos* y *Sansón tonsurado...*» (p. 321).

Fiando en mi impresión de tedio y en el fallo de Fitzmaurice-Kelly (que fue mi primer maestro en historia de la literatura española), renuncié a seguir leyendo el «Viaje» y creí que en los días de mi vida no volvería a abrir aquel libro. No contaba con don José Toribio Medina.

¿Había yo de pensar que, merced a aquel erudito académico, el «Viaje del Parnaso» se aclararía y, aclarándose con notas y comentarios filológicos, lingüísticos, literarios e históricos, recuperaría para mí la amenidad que poseía para los contemporáneos de Cervantes y la que posee para su eruditísimo comentador chileno?

La distinción que aquí hago entre los lectores españoles del «Viaje» en 1614 y el señor Medina en 1925 carece de base verdadera a pesar del lapso de tres siglos que los separa.

Esos 311 años son como un minuto para don José Toribio, quien, aunque más moderno de espíritu que muchos jóvenes, vive en el pasado. ¿Acaso no dispone de la facultad de remontar la corriente de los siglos y vivir a su antojo en el siglo XVI, en el XVII, en cualquier período del más remoto pasado español o americano?

Pocas son, sin duda, las obras de los clásicos que presentan un campo más propicio para la erudición del señor Medina. «El Viaje del Parnaso» brinda problemas por doquiera, desde la primera línea del poema, ¿qué digo?, desde el propio título hasta la última página de la «Adjunta al Parnaso». Problemas de diversa índole: de lingüística, historia literaria, biografía y hasta de mitología. Para resolverlos todos el señor Medina está armado no sólo de la más variada erudición sino también de un entusiasmo que ningún obstáculo es capaz de vencer.

Preciso es, ciertamente, tener en cuenta que ha estado preparando su libro, no en Madrid, Sevilla o Toledo, con las grandes bibliotecas y archivos de que disponen sus colegas y émulos de la Península, sino en Santiago de Chile, a miles de leguas de los sitios donde esa clase de trabajos pueden ejecutarse sin mayores tropiezos. Aquí más de una vez han surgido dificultades insalvables que tal vez en España se habrían salvado.

Entre los poetas y poetastros que Cervantes menciona, más de uno hay cuyos rastros el señor Medina no ha conseguido descubrir en la documentación de que aquí dispone. Es probable o, cuando menos, posible que allá, en la Biblioteca Real de Madrid, esos pasajeros que viajan (de incógnito, para nosotros) en el barco de Cervantes, puedan ser «identificados».

Ejemplo:

*Un poeta llamado DON QUINCOCES,  
andaba semivivo en las saladas  
ondas, dando gemidos y no voces.*

*Con todo, dijo en mal articuladas  
palabras: —¡Oh, señora la de Pafo (2)  
y de las otras dos islas nombradas (3)  
muévate a compasión el verme gafo (4)  
de pies y manos, y que ya me ahogo  
en otras linfas que las del garrafo (5);*

*Aquí será mi pira, aquí mi rogo (6),  
aquí será QUINCOCES sepultado  
que tuvo en su crianza pedagogo! (T. I, p. 201-202),*

(2) «Señora de Pafo» es la diosa Venus.

(3) Las dos islas *nombradas*, esto es, *famosas*, son Cyprus hoy Chipre) y Cythera (hoy Cerigo).

(4) «Gafo» es sinónimo de «leproso».

(5) «Garrafo» es botella, lo que en francés *carafe*.

(6) Aquí *rogo*, puro latinismo —dice el señor Medina—, significa lo que *rogus*, esto es, *pira*. Es, por ende, un ripio, como parece también serlo *gafo*. ¡Hay mucho ripio en «El Viaje»!

Detengámonos para preguntar: ¿quién es ese Quincoces? El señor Medina contesta: «De este llamado poeta por Cervantes, no hay el menor rastro en libros impresos ni en documentos. Si hemos de tomar a la letra las expresiones que referentes a él se consignan en el *Viaje*, podría decirse que había pertenecido a familia acomodada, pues que gozó de preceptor en su niñez, y que su padre y algún hermano que tuviera ocuparon lugar de distinción por lo menos en la sociedad. . . » Y después de citar a dos Quincoces casi contemporáneos de éste, termina el señor Medina su artículo sobre el «gafo de pies y mano» diciendo: «Acaso no sería pecar demasiado de maliciosos si en aquello de ahogarse don Quincoces en otras linfas que las del garrafo, pudiera entenderse que no era poco amigo de empinar la copa. . . » (T. II, p. 199)

Tomen aquí ejemplo de cristiana caridad los maldicientes que son tan prontos y tan veloces para lo que es pregonar los pecados ajenos, aun cuando éstos no son plenamente comprobados. Aquí, a pesar del «garrafo», el señor Medina no se atreve a incluir a don Quincoces entre los empinadores de la copa. . .

Se me ocurre que la caridad del señor Medina nace de cierta duda acerca de si este «garrafo» con su linfa no es como el «gafo» un ripio traído por Pafo. . .

De todos modos, este caso varias veces repetido a lo largo del «Viaje», ilustra muy bien las dificultades con que ha tropezado el señor Medina. ¡Qué de buscas y rebuscas! ¡Qué de horas gastadas en pos de un «don Quincoces» que huye en el pasado y no puede ser habido! Se me ocurre que así como para el cazador el placer del deporte consiste, no tanto en pillar mansita en el nido a la liebre, cuanto en correr con su perro tras de ella por llanos y colinas, del mismo modo para el investigador erudito el encanto está más en buscar con paciencia la clave de los enigmas históricos que en hallarla sin trabajo.

De ahí infiero que no hay hombre más feliz que el docto editor y comentador del «Viaje del Parnaso», no sólo por los mu-

chos problemas que, a costa de gran ingeniosidad e ímprobo trabajo ha resuelto sino también por los que —no resueltos, pero oportunamente subrayados por él— quedan ahí desafiando a los investigadores futuros.

Paréceme ver en los labios de don José Toribio una sonrisa irónica. Estará pensando en ellos... Tarde llegarán, por cierto, los pobrecitos a espigar en un triguil que él ha cosechado en toda regla.

*Tarde venientibus ossa...*

¡Qué no diera yo para tener las obras maestras de la literatura española editadas y comentadas como el «Viaje del Parnaso»!

En las ediciones modernas de los clásicos hemos de reconocer un enorme progreso sobre muchas de las que se publicaron en la segunda mitad del siglo pasado. Pero pocas, poquísimas son, aun entre las más famosas, aquéllas que, como la presente, no dejan por resolver ningún problema de los que son susceptibles de solución.

Los doctos profesores y literatos españoles que emprenden la tarea de preparar esas ediciones no parecen acordarse de que existen en América setenta millones de seres para quienes los textos clásicos —relativamente fáciles para un español que ha estudiado humanidades— vienen a ser griego o poco menos. Preciso es no olvidar que aquí, con excepción de los clérigos y religiosos (y de éstos, no todos), nadie o casi nadie sabe latín. Esto constituye un «handicap» para los americanos y obliga a los editores a explicar todo vocablo que no se cuenta indiscutiblemente entre los tres o cuatro mil del idioma usual. Si se quiere que los clásicos no caigan pronto en un olvido definitivo, urge imitar al señor Medina y explicarlos con toda minuciosidad. A los que se quejen del exceso de pormenores, no se les crea. Alabándose están. ¡Puro *bluff*!...

Agradecemosle al señor Medina esta su nueva obra y el buen ejemplo que con ella da a los editores chilenos y hasta a los españoles.

17 de agosto de 1925.

«CERVANTES EN PORTUGAL»<sup>III</sup>(\*)

Los historiadores se asemejan, en un punto cuando menos, a la Naturaleza, la cual, conforme a un axioma de la física aristotélica, «abhorret a vacuo», le tiene odio al vacío. Ellos también aborrecen todo hueco en la historia y procuran llenarlo a fuerza de documentos, inducciones y deducciones.

Así, por ejemplo, en la vida de Cervantes hay un vacío, es decir, un lapso durante el cual no se sabe a punto fijo el lugar donde vivió aquel grande hombre ni la tarea en que anduvo empeñado. Ese lapso va desde junio de 1581 hasta septiembre de 1583.

¿Qué hizo Cervantes en aquel bienio y dónde vivió?

Si se lo preguntamos a él mismo, lo sabremos luego, puesto que en un Memorial de Servicios escrito el año de 1590 y presentado al Rey, Cervantes dice textualmente que «*después de libertados (él y Rodrigo su hermano) fueron a servir a Su Majestad en el reino de Portugal y las (islas) Terceras con el Marqués de Santa Cruz*».

Pero ese «texto», que a todos los que lo leemos con sencillez nos parece claro y terminante por demás, no convence a los historiadores. Se me objetará:

—¿No creen éstos en la sinceridad de Cervantes? ¿Tienen, por ventura, algún motivo para suponer que el glorioso manco estaba engañando a todo un Felipe II que no entendía de bromas? No: a tanto no llegan los arrestos de los historiadores. Ninguno de ellos —ni el propio Fitzmaurice-Kelly, que no peca de excesivo amor y respeto por Cervantes— se atreve a calificar de mentiroso aquel testimonio. Conténtanse con interpretarlo. Es así como uno de ellos, un señor Ramón León Mainez, autor de un libro intitulado *Cervantes y su época* (Jerez, 1901),

(\*) Por J. T. Medina.

después de citar las líneas del Memorial arriba copiadas, dice con una tranquilidad verdaderamente olímpica: «Hay que tener en cuenta, sin embargo, que tales palabras se prestan a confusas equivocaciones por estar englobados los hechos de ambos (hermanos) sin la distinción necesaria que los separe y puntualice» (págs. 9 y 10 de «Cervantes en Portugal»).

Al terminar la lectura de la frase que acabo de copiar, quedéme pensativo y me pregunté si estaría yo soñando. Volví a leer todo el trozo (es decir, la frase de Cervantes y la de Mainez) y hube de enojarme, no sólo contra el historiador español, sino también contra el señor Medina. El primero es, sencillamente, un mentecato o un tinterrillo. ¿Cómo es posible —decía yo— que don José Toribio, callando, se haga su cómplice? Cervantes dice clarísimamente que él y su hermano Rodrigo sirvieron al rey en Portugal y en el ejército del marqués de Santa Cruz. ¿Qué «confusas equivocaciones» puede haber en frase tan diáfana?

Seguí leyendo la disertación del señor Medina. Y, lo confieso, sentíame displicente. No me conformaba con el silencio del eminente historiador chileno... Pero *Tout vient a bien a qui sait attendre*: al que sabe esperar todo le sale bien. En llegando a la página 33, el señor Medina le arregla las cuentas a Mainez. Dice: «Ya se recordará que algunos críticos, en vista de esta frase (es decir, de la frase en que Cervantes dice que, después de libertados él y Rodrigo su hermano fueron a servir al rey en Portugal), se pronuncian por que «parece más bien puesta por él con el ánimo de designar a su hermano Rodrigo...» Francamente —exclama el señor Medina—, que no logramos atinar el fundamento de semejante interpretación. Cervantes no hace distinción alguna entre él y su hermano en la participación que les cupo en aquellos sucesos: ambos «fueron», dice: ¿de dónde, por consiguiente, eliminarlo a él de semejante participación?» (págs. 33-34).

Muy bien. ¿Qué más se quiere? No habiendo motivo alguno para poner en duda la sinceridad de Cervantes en este caso (sin-

ceridad que el rey podía muy bien «controlar»), queda demostrada su estada en Portugal en los años de 1581-1583.

Queda demostrada, al mismo tiempo, la tranquila desverguenza con que algunos historiadores «cocinan» su documentación hasta sacar de ella todo lo contrario de lo que contiene.

Por lo demás, el hueco de que hablé al principio, el señor Medina lo ha llenado con tanta copia de verosimilitudes que el conjunto de éstas, formuladas en ocho conclusiones (págs. 40-41), equivale a una verdad demostrada.

19 de septiembre de 1926.

### «CHILENISMOS» (\*)

Puesto que vamos a hablar de chilenismos, paréceme lógico definirlos antes de empezar. Así cumpliremos con la primera regla del método cartesiano,

Todo el mundo en Chile cree saber qué cosa sea un chilenismo. Yo, por mi parte, creí saberlo hasta el momento en que me tocó encontrar en el prefacio de este libro algunas frases que turbaron la tranquilidad de mi fe.

Después de decir que en la XV.<sup>a</sup> edición del *Diccionario* de la R. A. E. el número de los chilenismos «asciende a 1.387, contando en ellos 94 de uso general en nuestro Continente» y que «si a ese número agregamos los 1.150 incluidos en aquella edición, tendremos un caudal de más de 2.500 voces propiamente de uso peculiar a Chile», el señor don José Toribio Medina declara que en un diccionario de chilenismos no deben fi-

---

(\*) Apuntes lexicográficos por J. T. Medina.

gurar las incorrecciones. . . «nacidas de baja extracción», tales como las muchas que don Manuel Antonio Román apuntó en el suyo. «En ese campo —agrega el señor Medina—, resultaría el cuento de nunca acabar si pretendiéramos hacer caudal de los barbarismos en que incurre el bajo pueblo. ¿Sería posible, por ejemplo, que en ese orden recordáramos a *hom*, por *hombre*, *pus* por *pues*, *iñor* por *señor*, que a cada paso oímos por las calles? ¿Y qué otra cosa implica ver consignadas en ese diccionario (alúdese al del señor M. A. Román) *abricias*, *hogar* (por *ahogar*), *horcar*, *hufanda*, *manobrar*? No, tal cosa no debe ser, y de ahí que en las notas con que pretendemos ilustrar algunas de las voces de esa índole catalogadas, abogemos porque se supriman».

Todo esto es interesante en sumo grado; pero, mirado desde el punto de vista de la ortodoxia académica, merece reparo. En dos o tres frases de su prefacio, el señor Román maniéstase dispuesto a acatar las decisiones de la R. A. Pues bien, la ortodoxia, tanto en materia de fe católica como en materia de fe lingüística o filológica, es intransigente; su máxima fundamental es: «Todo o nada».

Ahora bien, ¿qué es chilenismo, según el libro sagrado, es decir, según el Diccionario de la R. A.?

Chilenismo es «vocablo, giro o modo de hablar propio de los chilenos». Tan chilenos son los hombres del bajo pueblo como los del mediopelo y de la alta, baja o mediana aristocracia de este país. Los barbarismos de baja extracción caben, indudablemente, en la definición del chilenismo. *Hom*, por ejemplo, es un «modo de hablar propio de los chilenos». Es, pues, un chilenismo, y en esta calidad no usurpa el sitio que ocupa en un diccionario de chilenismos.

Por lo demás, son precisamente los vocablos de esa misma índole los que más interesan al lingüista. ¡Cuán vigorosa ha de ser todavía la raíz latina *homo*, cuando la vemos retoñar en Chile y dar ese *hom* tan igual al *ome* del castellano medieval y más aún al *homme* francés, el cual, fonéticamente, no es más que *hom*. Lo

mismo diré de *iñor*, *horcar* (por ahorcar) y de *manobrar*. En todo aquello manifiéstase la vitalidad del latín y la seguridad con que el bajo pueblo, guiado únicamente por cierto instinto, interviene (creando, podando, injertando, etc.) en la evolución del idioma.

No creo equivocarme al sostener que sería provechosísimo el estudio de esa clase de vocablos y que el señor Román no dio a esta materia toda la atención que merece. En un diccionario de chilenismos deben, a juicio mío, figurar, conforme a la definición de la R. A., no sólo todos los vocablos propios de los chilenos, sino también los giros y, en general, los modos de hablar que los singularizan. Por ejemplo, el modo de conjugar ciertos verbos es curiosísimo. Convendría apuntarlo minuciosamente, compararlo con lo que se ha practicado o se practica todavía en España y determinar exactamente su grado de originalidad.

Lo mismo diré de ciertos vocablos populares chilenos que huelen a arcaísmo, es decir, a herencia directa de los conquistadores.

Semejante amor por los chilenismos parecerá sospechoso. Los puristas al estilo del padre Mir o del propio don Manuel Antonio Román, pararán la oreja... Creerán tal vez que estoy empeñado en favorecer el cumplimiento de los deseos expresados por el distinguido educacionista, señor Julio Saavedra, en 1907: «pueden los estudiantes aprender a distinguir los chilenismos de los americanismos; pero en ningún caso se les debe inculcar la idea de que los chilenismos deben ser reemplazados en sus escritos por españolismos» (1).

Admito lo primero. Cuanto a lo segundo, me tomaré la licencia de distinguir. Hay chilenismos insustituibles.

Ejemplo: los vocablos *pololear*, *pololeo*, *pololo*, (pág. 299).

Los he elegido, porque, entre los chilenismos, ninguno hay

---

(1) Citado por el señor Medina, páginas XI-XII. La frase entre comillas fue pronunciada en una conferencia que el señor Saavedra dio en la Universidad y publicó en un folleto intitulado *Nuestro idioma patrio*.

más original ni más gracioso, ni más «gráfico», como hoy se dice (2).

*Pololear* es, según el señor Medina, «cortejar a una mujer por vía de entretenimiento, o de parte de la mujer, procediendo en la misma forma». ¿Hay vocablo español que diga exactamente lo mismo? Y si lo hay, ¿quién lo usa, quién lo entiende en Chile? (3).

En cambio, hay chilenismos (vocablos, giros y modismos) que, con ventaja, serían sustituidos por los correspondientes españolismos, si éstos perteneciesen al lenguaje actualmente usado en este país.

Sobre estos asuntos corren ideas que, a juicio mío, resultan perjudiciales. Se cree, por ejemplo, que un vocablo «existe» por el solo hecho de figurar en el Diccionario de la R. A. Los que tal creen no advierten que aquel diccionario es en muchísimas ocasiones un cementerio de vocablos. Hay en sus nichos centenares de muertos. Esto el señor Medina lo advierte muy oportunamente. Hablando del señor Román dice: «En su afán por vindicar lo que él creía fueros de la lengua, sugiere, a veces, en reemplazo de vocablos que considera incorrectos, otros que sin duda posee el castellano; pero que en España nadie usa» (pág. XIV).

Si nadie los usa, ¿quién, fuera de los lingüistas, los entenderá? Y, ¿en qué difieren de los muertos?

Entonces, preguntará alguien, ¿con qué derecho figuran en

---

(2) El pololo vuela locamente zumbando sin cesar en torno de la vela encendida o del foco eléctrico como el «cortejante» del mismo nombre en torno de su... polola.

(3) El señor Medina transcribe la definición del *pololo* dada por el Diccionario de la R. A.; pero falta en aquel artículo una explicación acerca de la razón que indujo a los chilenos a llamar *pololo* «al cortejante más de broma que en serio». (En Chile, por los años de 1883-1885, existió una «Orden del Pololo», cuyo primer comendador fue don Ignacio Santa María. Datos sobre aquella «orden» se publicaron en *El Averiguador Universal* en 1924).

el diccionario? Figuran allí porque existieron, es decir, porque leyendo libros o documentos antiguos podemos tropezar con ellos y es menester que el diccionario nos ayude a entenderlos.

Por análoga razón es menester que figuren en aquel mismo diccionario los chilenismos y demás americanismos. Hoy en día todas las naciones de la América Latina poseen una literatura propia. De ordinario los libros más buscados fuera del país son precisamente aquellos en que más abundan los particularismos, y, por vía de consecuencia, los vocablos peculiares y exclusivos, es decir, en Chile, los chilenismos; en la República Argentina, los argentinismos, etc., De ahí que sea necesaria la presencia de estos vocablos en el Diccionario de la R. A. Las antiguas provincias de la monarquía española tienen los mismos derechos lingüísticos, si tal puede decirse, que las provincias actuales. Si Galicia contribuye con vocablos galaicos, ¿por qué no contribuiría Chile con vocablos chilenos?

Esto ya es evidente y, como lo hemos visto al principio del presente artículo, la Real Academia lo admite.

En cada nueva edición del diccionario académico los chilenismos crecerán en número y este progreso se deberá muy especialmente al señor Medina.

Si, en vez de cinco volúmenes, el diccionario del señor Román se hubiese reducido a uno solo, como es el del señor Medina, tengo por averiguado que el académico de la Real, a cuyo cargo corrieron las dos últimas ediciones del Diccionario, habría sacado mayor provecho de aquella magna obra.

El del señor Medina, con su extremada concisión y sobriedad, invitará a la consulta. Así es de esperar que tanto chilenismo ingenioso y expresivo como *pololear*, *chingarse*, *aleonar* (alentar al desorden), *caletear*, etc., sean admitidos en el Emporio del Idioma.

Pocos son entre los muchos lexicógrafos de la América del Sur los que han gastado tanto esfuerzo como el señor Medina en esa tarea de Penélope, que es la de hacer diccionarios. Sólo un

decidido amor por el idioma de los antepasados, sólo el patriotismo explica tantas y tan prolongadas labores.

*On fait, défait, refait ce beau dictionnaire,  
qui toujours tres bien fait, reste toujours a faire.*

(Se hace, se deshace y se rehace ese hermoso diccionario — el cual, aunque siempre muy bien hecho, queda siempre por hacer).

Esto decía del Diccionario de la Academia Francesa, el poeta Lebrun. Creo que puede con igual verdad decirse de aquel a cuyo perfeccionamiento contribuye con tanta eficacia el docto académico señor don J. T. Medina.

18 de marzo de 1928.

### «HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD DE SAN FELIPE DE SANTIAGO DE CHILE» (\*)

Es muy honroso para la Iglesia y para la Orden Franciscana el que la primera idea de fundar en Chile una universidad haya brotado en la mente de fray Antonio de San Miguel, obispo de La Imperial.

Aquellos dos nombres (el de la diócesis y el del prelado franciscano) nos retrotraen al siglo XVI y a los cincuenta primeros años del «reino de Chile».

En 1563-1585, esto es, en el lapso durante el cual fray Antonio gobernó la efímera diócesis meridional, los tiempos no eran propicios ni se disponía de los recursos en hombres y dinero necesarios para la fundación de un «estudio general», como solían entonces llamarse las universidades.

Pasó otro medio siglo o poco menos antes de que, por segunda vez, un obispo franciscano formara el mismo proyecto.

(\*) Por J. T. Medina.

En carta de 20 de marzo de 1602 decía fray Juan Pérez de Espinosa al Rey: «Sería muy importante que en esta ciudad de Santiago hubiese Universidad, porque en ella hay cinco conventos muy principales y religiosos de muchas letras, y en ellos hay estudios de gramática, artes y teología, y pueden acudir a esta Universidad los estudiantes de las dos gobernaciones de Tucumán y Río de la Plata, y así no saldrían los mancebos del reino para Lima y (no) perecería gente, y los indios, viendo tanta, se atemorizarían».

Aquella carta quedó sin efecto. Cabe suponer, no tal vez sin fundamento, que el Rey y sus consejeros, sabiendo que, por bulas pontificias obtenidas a instancias de ellos mismos, se habían establecido en el Convento de Santo Domingo y en la Compañía cursos de filosofía y teología con título de Universidad, no creyeron hubiese urgencia en establecer, al lado de las dos pontificias, una universidad real.

Como quiera que ello fuese, transcurrió un siglo sin que nadie volviese a molestar la atención del Rey con el asunto de aquella fundación. Pero, al fin y al cabo, las necesidades que fray Antonio de San Miguel y fray Juan Pérez de Espinosa tenían a la vista, se hallaron muy agravadas por el creciente desarrollo del «reino». El Cabildo de Santiago, acorde con la Real Audiencia y el Obispo, dijo al Rey en enero de 1714: «...Es constante, señor, que de la dicha Universidad (es decir, de la Universidad que todos en Chile pedían) se exaltarán con indecible lucimiento la mayor parte del reino, concurriendo de las provincias inmediatas del Tucumán y Buenos Aires, Cuyo y de las ciudades de Concepción y Serena y otros partidos, la mayor parte de la juventud al estudio de las letras, y aunque los naturales son aplicados a ellas, se privan de este beneficio por la imposibilidad, así de medios como de la larga distancia a la ciudad de los Reyes, donde se halla la Real Universidad de San Marcos, que es la única en este reino de Chile».

El Rey Felipe V, por cédula de 17 de marzo de 1720, decretó

que «se estableciese (en la ciudad de Santiago) estudio mayor, Universidad General con el título de San Felipe, cátedras y consignación para ellas con el producto del derecho de la balanza...» (1).

Dejemos que el señor don José Toribio Medina, con esa inagotable erudición que le es propia, junte y exponga minuciosamente todos los hechos históricos relativos a la erección de la Universidad de San Felipe y a la historia de sus Facultades desde su inauguración en 1747 hasta su supresión (o sustitución por la «Universidad de Chile») en 1839.

Debo confesarlo: en ese mar de pormenores, los hechos que, a modo de islas o islotes, asoman la cabeza por encima de las olas y detienen la atención del navegante (quiero decir, del lector) son pocos. Dignísimos varones desfilan ahí como en una cinta de cinematógrafo, cada cual con sus «ínfulas» doctorales; pero, por más que la generalidad de ellos lleve nombres respetabilísimos y que se han perpetuado dignamente hasta hoy, ninguno lleva debajo del brazo, como en los frescos y vidrieras medievales, un libro escrito por él o en las manos un monumento ideado por él o edificado a costa suya. Sólo uno de ellos ha dejado un manuscrito que, si su título no nos engaña, ha de tener algún sabor. Aludo a don Pedro Ascensio de Tula Bazán, maestrescuela de la Catedral y, en 1774, Rector de la Universidad de San Felipe. «Fue autor —dice el señor Medina— de un tratado que se conserva en manuscrito, acerca de si era pecado el uso de los trajes de cola por las señoras de Santiago en aquel tiempo». ¡Lo que va de un siglo a otro! Seguro estoy de que el doctor Tula Bazán, tan descontento de los trajes con cola de 1774, estaría hoy más descontento aún con los sin cola —los demasíadamente «rabones»— de 1928...

---

(1) He consultado el Diccionario de la Real Academia acerca del «derecho de la balanza». Sólo he encontrado una definición que se refiere a una ley de 1824.

Pero dejemos para otra ocasión la obra del doctor Tula Bazán y ocupémonos de los estudios que él dirigía.

¿Cuál no sería la falta de libros en aquella Universidad, cuando el Obispo de Santiago, don Manuel de Alday, escribe en 1786 lo siguiente: «... que no hallándose aquí impresos bastantes para los estudiantes de filosofía, teología y jurisprudencia, a excepción sólo de *Institutarios*, ni tampoco de medicina, por los cuales éstos se instruyeran y los catedráticos se los explicaran y habiendo conocido que no pudo conseguirse el que les dictasen o ellos escribiesen las materias correspondientes, se estableció desde años atrás el método de que los alumnos de ambos colegios hagan sus cursos en ellos y los manteístas o en las religiones o en juntas particulares; pero que los días de el de la Universidad haya cada tarde conferencia de alguna Facultad a que concurran los que la estudian, no sólo de los gremios expresados, sino también de las religiones que se matriculan; presídela un catedrático, quien nombra al discípulo que la ha de sustentar; los otros de la propia Facultad, también dos que allí se asignan, hacen su propuesta, siendo libre a los demás catedráticos de ella, que también intervienen replicar cuando les parezca. En esta forma van alternando todas las facultades con semejantes actillos, donde el conjunto de estudiantes religiosos, colegiales y manteístas, excita la emulación y hacen que se apliquen para desempeñar sus funciones...»

Larga y enredada es la explicación del Illmo. señor don Manuel de Alday; pero, con un poco de atención, vemos desprenderse de ella, primero, una excelente excusa para los profesores que no escribían. ¿Irían ellos a escribir, cuando no podían dictar y esto, porque los estudiantes no lo permitían? Despréndese también de allí una conclusión acerca de la ninguna novedad que hay en el enseñar hoy en día sin texto, sin manual. Practicábase aquello en Santiago en 1786...

¿Con qué resultado? Esa es la cuestión. Para los profesores el resultado consistiría en corroborar la natural tendencia al

menor esfuerzo... Para los alumnos, hay que distinguir. Los «minus habentes» y todos aquellos que, sin merecer aquel calificativo, carecían de verdadero talento, caminarían lenta pero seguramente cargados de vocablos hacia el bachillerato, la licenciatura y aun el doctorado. Los demás, es decir, los talentosos sacarían provecho de todo, hasta de aquellos «actillos». En mi larga vida (quiero decir, durante mis años de estudiante y los de observador) he comprobado lo siguiente: por muy malos que sean los textos, por absurdos que sean los Métodos y por deficientes que resulten los maestros, siempre sacan provecho de la enseñanza los jóvenes verdaderamente inteligentes y nacidos para el estudio. Prueba de ello, en este caso: don Juan Martínez de Rozas, doctor de la Universidad de San Felipe.

Estas y otras muchas e interesantes conclusiones pueden sacarse de los dos gruesos volúmenes en que el señor don José Toribio Medina ha agotado, según su costumbre, el tema elegido por él.

Pero si ese campo ya no admite espigadores históricos (esto es, nuevos investigadores), siempre podrán con provecho pasearse por él los filósofos y los pedagogos. En el pasado más áspero hay siempre rincones placenteros que convidan al estudioso a meditar a veces, descúbrese la clave del porvenir...

24 de junio de 1928

### «CARTAS DE PEDRO DE VALDIVIA QUE TRATAN DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE CHILE» (\*)

Entre los innumerables libros del señor don José Toribio Medina, éste, si no nos equivocamos, será el preferido de los bibliófilos.

Figúrese el lector un libro de 333 milímetros de alto por 23

---

(\*) Edición facsimilar dispuesta y anotada por J. T. Medina.

de ancho, de magnífico papel con anchas márgenes, tipo nuevo nitidísimo y con admirables reproducciones heliográficas de todas las cartas de Pedro de Valdivia que ha sido posible descubrir hasta ahora.

Este es el nuevo libro con cuyo título viene encabezado el presente artículo. Posee, evidentemente, todo lo necesario para despertar la codicia de esos aficionados a libros hermosos que más atienden al continente que al contenido, más al frasco que al licor. Ellos lo buscarán y luego que lo hallen lo encuadernarán en forma digna de su belleza, mas no lo leerán. . .

Los demás, es decir, aquéllos que, sin desperdiciar la hermosura tipográfica de un libro, más atienden a su materia que a su forma lo buscarán para enriquecer su biblioteca con el documento fundamental de la histotia de Chile.

Estas cartas de Pedro de Valdivia desempeñan en la historia del pueblo chileno el mismo papel que el libro del Génesis en la historia del pueblo de Israel o, más exactamente, en la historia universal.

Cierto es que, desde la publicación de los dos volúmenes del Illmo. y Rvmo. señor Errázuriz sobre Pedro de Valdivia, los estudiosos han podido conocer lo mejor de estas cartas. El ilustre historiador ha sacado de ellas todo cuanto contribuye al esclarecimiento de la historia antigua de Chile. Pero lo que, en aquellos volúmenes, encontramos agrupado conforme a las necesidades de la exposición histórica, gustamos de leerlo en su orden o (si se prefiere) en su desorden espontáneo y primitivo. Así lo he experimentado yo leyendo, en el texto original editado por el señor Medina, la carta del fundador de Chile a Carlos V cuya substancia conocía merced al señor Errázuriz. Es más interesante que una novela. «Revela —como dice Cunningham Graham del conjunto de estas cartas— una personalidad de sumo interés y fuerza de carácter». Allí entra uno en contacto con un hombre recto, honrado y severo cuya primera y última ley era lo que los

romanos llamaban «*Salus Republicae*». Lo que Valdivia buscaba era que Chile, fundado por él, se salvara, se lograra. Lo demás, hombres o cosas, carecía de importancia.

Oigámosle referir al Emperador algunos pormenores de los trabajos que costó la fundación de Santiago. Decía: «Los trabajos de la guerra, invictísimo César, puédenlos pasar los hombres, porque loor es al soldado morir peleando; pero los de la hambre concurrendo con ellos, para los sufrir, más que hombres han de ser; pues tales se han mostrado los vasallos de V. M. en ambos debajo de mi protección, y yo de la de Dios y de V. M., por sustentarle esta tierra. Y hasta el ultimos destos tres que nos cimentamos muy bien y tuvimos harta comida, pasamos los dos primeros con extrema necesidad, y tanta que no lo podría significar; y a muchos de los cristianos les era forzado ir un día a cavar cebolletas para se sustentar aquél y otros dos, y acabadas aquéllas, tornaba a lo mesmo y las piezas toda de nuestro servicio y hijos con esto se mantenían y carne no había ninguna; y el cristiano que alcanzaba cincuenta granos de maíz cada día no se tenía en poco, y el que tenía un puño de trigo, no lo molía para sacar el salvado. Y desta suerte hemos vivido...» (p. 27).

Y de esta suerte —con sufrimientos que mucho lo temo, nadie hoy en día tendría el valor de soportar— fundóse Chile. ¡Cincuenta granos de maíz cada día!... He tenido la curiosidad de contar cincuenta de esos granos y juntarlos en el hueco de la mano: ¡qué miserable pequeñez! ¡Qué hambre!

Aquello duró lo bastante para probar el temple de esos hombres... Pero al cabo de poco tiempo, ¡qué abundancia! ¡Qué premio para su constancia y valor!

—«En esta tierra —dice Pedro de Valdivia— se pueden sustentar todos los que están y vinieren, atento que se cogerán de aquí a tres meses... en esta cibdad diez o doce mil hanegas de trigo y maíz sin número, y de las dos porquezuelas y el cochini- llo que salvamos cuando los indios quemaron esta cibdad, hay

ya ocho o diez mil cabezas, y de la polla y el pollo tantas gallinas como yerbas...» (p. 41).

Y no se crea que, atento al pan de cada día, Pedro de Valdivia careciera de horizonte político.

Ved, por ejemplo, lo que dice a Carlos V: «V. M. sepa que *esta cibdad de Santiago del Nuevo Extremo es el primer escalón para armar sobre él los demás e ir poblando por ellos toda esta tierra a V. M. hasta el Estrecho de Magallanes y Mar del Norte*» (p. 44).

Reparemos en lo último: ese «Mar del Norte» es el Océano Atlántico. ¡Representémonos el paisaje político que Valdivia traía en su imaginación de conquistador!... Posibilidades inmensas que fenecieron con él a manos de los indios en un bosque del sur...

El Illmo. y Rvmo. señor Errázuriz y el señor don J. T. Medina han honrado a Pedro de Valdivia con el monumento merecido por tan grande hombre.

Pero es un monumento, por decirlo así, privado.

La historia escrita por el primero y las cartas publicadas por el segundo se quedan en las bibliotecas y allí, sólo unos privilegiados las contemplan.

¡Y mientras tanto, en las calles y plazas de esta ciudad el más grande de todos los hombres que han venido a Chile, el primero indiscutiblemente de sus bienhechores —su fundador, y casi su creador—, un hombre al cual los antiguos griegos y romanos habrían levantado altares, no ha merecido hasta ahora más que un monumento ordinárisimo, inferior al de otros que, sin Pedro de Valdivia, no habrían existido!...

11 de abril de 1929.

## GABRIELA MISTRAL

## «DESOLACION» (\*)

La publicación de este tan esperado libro hace surgir problemas que quiero señalar. Mejor, sin duda, sería resolverlos, pero no permitiéndolo el tiempo ni el espacio, tan corto el uno como el otro, bastará apuntarlos aquí y dar con ellos materia para investigación y meditación.

El primero es este: ¿cómo ha logrado Gabriela Mistral en lapso tan corto y sin publicar libro alguno, subir a la más alta cumbre de la fama y hasta de la gloria? Hace pocos, poquísimos años, ¿quién la conocía? En Chile, casi nadie. De cuando en cuando salían en alguna revista tres o cuatro estrofas de ella; hacían palpar uno que otro corazón y el silencio apenas turbado, volvía a reinar en torno del sonoro nombre. La admiración brotaba, pero con lentitud, en los cenáculos y en las capillas. No era de creer que esos susurros llegasen algún día a formar una ola de entusiasmo que lo avasallaría todo. Gabriela Mistral vivía lejos del sonoro centro santiaguino y voluntariamente permanecía inédita. Pero se la conocía fuera de Chile. ¿Cómo pasó su fama la cordillera? Este es un punto que los historiadores de la literatura habrán de aclarar. Pero lo que consta desde luego es que se cumplió en ella desde temprano el bíblico proverbio: Nadie es profeta en su tierra. Lo fue ella en tierra ajena y, advirtámoslo luego, en tierra en que abundan las poetisas y el nacionalismo impera. Esa fama, argentina, primero, se propagó al otro lado del Río de la Plata y de ahí al resto de la América latina. Día vino en que, mientras vivíamos aquí en el mejor de los mundos, estalló de repente la gran noticia: en Chile, país de historiadores (esto

---

(\*) Versos y prosas por Gabriela Mistral.

es, de prosistas, y, ¡con qué ironía se pronunciaba la palabra «historiadores»!) vive y florece hoy en día la poesía encarnada en el más grande poeta moderno, en Gabriela Mistral.

No exagero. Para muchos (y entre los muchos inclúyense los más altos representantes de la intelectualidad chilena) la sorpresa fue enorme. Sucedióles lo que a otros latinoamericanos: «en febrero de 1921 uno de los directores del *Instituto de las Españas*, don Federico de Onís, profesor de literatura española en la Universidad de Columbia, dio una conferencia y habló en ella de la poetisa chilena Gabriela Mistral. Este nombre, hoy glorioso, sonaba probablemente por primera vez en los oídos de la mayor parte de los numerosos asistentes, casi todos maestros y estudiantes de español».

La sorpresa no fue menor en Santiago que en Nueva York y se acrecentó mucho más cuando se supo que el Gobierno de México daba, por decirlo así, la consagración oficial a nuestra poetisa.

¡Eran de oír, entonces, los comentarios!. . . Entre los intelectuales sorprendidos, hubo, desde el primer instante, tres grupos: uno, muy pequeñito en cuanto a número, no pudo admitir que existiese en Chile y sin saberlo ellos, un poeta de esa magnitud. Como cierto protagonista de una comedia francesa, exclamaban: *Ca se saurait!* Otro grupo, no mucho más numeroso, preguntaba: ¿Ha leído usted a Gabriela Mistral? ¿Qué libros ha publicado? ¿En qué revista hay algún verso de ella? Pensaban que «donde hay humareda hay fuego». La «voz del pueblo» que resonaba en diarios y corrillos no podrá —pensaban ellos— mentir del todo. Los de este grupo tienen ahora, en *Desolación*, el expediente de este pleito. Esperemos su fallo.

El tercer grupo, el de los más, lo presentaba todo con una sonrisa de complacencia. No opinaba o, cuando le era forzoso soltar prenda, procuraba averiguar, primero, la opinión dominante en el corrillo. Al fin y a la postre los de este grupo celebraban patrióticamente la aparición del astro nuevo. Uno de ellos

me decía: «Lástima que don Marcelino Menéndez y Pelayo no haya vivido diez años más. Ahora vería si somos meros historiadores...»

¡Muy bien! Pero con todo, el problema del génesis queda en el aire; no sabemos a punto fijo quién fue el «metteur en scene» de esta nueva gloria.

El refrán «¿quién es tu enemigo? El de tu oficio», cuya verdad es universal e indiscutible, no ha regido en el caso de Gabriela Mistral. Si no me engaña mi memoria, fueron poetas (extranjeros, los más, eso sí) los que reconocieron y celebraron en ella el don divino. ¿Alabanzas mutuas? Hay quien cree que en los comienzos, cuando menos, esa caridad mutua desempeñó un gran papel. Poco le cuesta a un poeta alabar al colega extranjero cuando, entre ambos, se alza una cordillera y no se teme que la sombra baje de la montaña... La humanidad es así... Pero la humanidad se equivoca en sus cálculos. Un poeta alaba al otro; es el caso de «passez-moi la moutarde, je vous passerai le sené...» La alabanza corre, corre; hace bola de nieve y, cuando menos se piensa, está formando una mole que nadie puede mover.

El más interesante de estos problemas es el siguiente. Esa fama, cuyo génesis histórico ignoramos por ahora, ¿es merecida? La magnitud de que se habla, ¿es absoluta o relativa? El entusiasmo de don Federico de Onís y de los maestros de castellano en los Estados Unidos, ¿tiene o no fundamentos sólidos?

Para ahorrarle al lector dudas y cavilaciones acerca de mi opinión personal (si, por ventura, se desea conocerla luego), contestaré que, de estas tres preguntas, sólo la última y, subsidiariamente, la primera pueden ser contestadas.

La magnitud de un poeta (y digamos de un hombre) no puede verdaderamente medirse sino a la distancia. Semejante medición es obra del tiempo.

Magnitud absoluta, la de un Cervantes, por ejemplo, no se establece firmemente sino al cabo de dos o tres siglos.

La magnitud relativa no se mide con exactitud en vida del

poeta. Véase, por ejemplo, las dudas en que están los críticos y los historiadores de la literatura en cuanto a la magnitud relativa de poetas como Vigny, Hugo, Lamartine, Verlaine y Mallarmé. Problemas como este abundan en todas las literaturas. Dejémoslo, pues, de mano y no malgastemos tiempo en cálculos ineficaces. La magnitud absoluta y relativa de Gabriela Mistral se conocerá a punto más o menos fijo a principios del siglo XXI. . .

En cuanto a la actual fama de Gabriela Mistral, declaro que, a mi juicio, es merecida.

He pasado los últimos quince días en «tête a tête» con su libro: he leído, analizado, comparado y, al final, no he podido evitar la conclusión que acabo de emitir.

¿Qué significa esto: no he podido? Significa que he procurado no dejarme embaucar. Debo confesar que una fama tan repentina, tan sonada, trompeteada y tamboreada por diarios y hasta por Gobiernos me causaba malestar intelectual. La «voz del pueblo», el sufragio universal, el entusiasmo de las muchedumbres no me arrastran. Sé cómo se fabricaba aquello en el pasado y conozco al dedillo los modernos procedimientos. Crear un grande hombre es asunto relativamente sencillo: bastan una cofradía y un diario. Aquello dura o no dura; pero mientras tanto el grande hombre existe para los incautos: es flor de un día, pero flor.

Creí, lo confieso, que Gabriela Mistral podía ser una flor artificial; pero quise, como Santo Tomás, ver y tocar. Voy a decir ahora lo que he visto y tocado.

Primero, lo malo: así quedará despejado el campo.

Gabriela Mistral, a menudo, escribe mal. Llamo yo escribir mal el escribir oscuramente. En vano se me objetará que, en poesía lírica, la oscuridad no siempre es evitable o nociva y que a veces, cuando el propio tema, misterioso como el abismo del alma humana, la impone, es una belleza. Esto dicen, así como decía de la uva la rapsa: verde está en demasía. Pero a esta tinterillada debe contestarse que oscuridades como la que deploro

no se vieron nunca en poetas modernos anteriores a Mallarmé. Es moda de ayer (1). ¿Qué significa, por ejemplo, la combinación verbal de *mundo* con *laxitud* en esta estrofa?:

La mujer que no mece un hijo en el regazo,  
cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas,  
tiene una *laxitud de mundo* entre los brazos;  
todo su corazón con goja inmensa baña... (p. 36)

y el «nimbo de una esencia», ¿qué imagen, qué idea despierta en la siguiente estrofa?:

Arbol que anuncias al viandante  
la suavidad de tu presencia  
con tu amplia sombra refrescante  
y con el *nimbo de tu esencia* (p. 92).

Si estas dos expresiones se encontrasen en un poeta griego o latino, ¡cuánto esfuerzo no gastarían los intérpretes en buscarles un sentido! Pero ¿lo hallarían?

Como éstas, hay muchas en *Desolación*. Desolarán a los traductores que intenten trasladar a alguna lengua latina los versos de Gabriela Mistral. Sólo los sajones cuya mente e idioma se amoldan a lo oscuro y a lo vago saldrán del paso sin gemir.

Otro defecto que es, a la vez de fondo y forma: el prosaísmo (accidental, es cierto) de algunas composiciones pedagógicas:

Abramos la dulce tierra  
con amor, con mucho amor;  
es este un acto que encierra  
de misterios, el mayor.

(1) Góngora es quizás el único antepasado que pueda autorizarlo. Pero creo que en esto reza la regla de Molière: cuando queramos imitar a alguien, no le copiemos las verrugas...

Ese acto es el de plantar un árbol. Su simbolismo es ciertamente muy rico, pero pudo, si no yerro, ser más inspirador. No se crea que para hacer versos pedagógicos o «infantiles», baste prosa disfrazada como esta:

Me has de ayudar  
a alimentar  
como una llama azul mi juventud  
sin material  
basto y carnal:  
¡con olorosos leños de virtud!

Hay, como éstas, una docena o poco menos de composiciones que, con ventaja para la fama de Gabriela Mistral, podrían permanecer inéditas. Nada agregan y algo quitan...

Hay también cierta uniformidad, cierto monocordismo en la desolación...

Si hemos de tomar esta obra como una confesión (y lo son, cual más, cual menos, todas las obras líricas desde la época del romanticismo), parecería que la vida de la autora habría sido una continua desolación. No hay sonrisas en este libro y, cuando asoma alguna, viene nublada de tristeza:

*La Maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!  
Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad...*

En estos dos versos creo que está la clave de «Desolación». ¡Pobre mujer herida! Con la natural inclinación que lleva al poeta lírico, no sólo a constituirse en centro del mundo, sino también a acumular, si tal puede decirse, el sufrimiento de todos, Gabriela Mistral no ve sino su propia desolación, pero ampliada en tal grado que cubre el mundo y abarca en sí todas las desolaciones.

Herida está, y todo lo herido, desde Jesús en la Cruz, has-

ta el niño, el avecilla, el árbol herido, clava un puñal en su corazón.

*Cruz que ninguno mira y todos sentimos,  
la invisible y la cierta como una ancha montaña  
dormimos sobre ti y sobre ti vivimos;  
tus dos brazos nos mecen y tu sombra nos baña.*

*Un amor nos fingió un lecho, pero era  
sólo tu garfio vivo y tu leño desnudo.  
Creímos que corríamos libres por las praderas  
y nunca descendimos de tu apretado nudo.*

.....

*Estuvimos prendidos, como el hijo a la madre,  
a ti, del primer llanto a la última agonía.*

¿Qué hay de cierto en esta lírica desolación? ¿Seríamos, por ventura, desgraciados sin saberlo?

En último análisis Gabriela Mistral traduce en versos espléndidos una oscura sensación de tragedia que es común a todos los hombres reflexivos. Sólo los niños (y no todos) la ignoran. La gente humilde suele expresarla en frases diversas; una de ellas es la siguiente:

«Soy demasiado feliz: aquello no durará». Es lo que los antiguos expresaron con ese «amari aliquid», esa gota de amargura que está latente en todo placer.

Pero la amargura de Gabriela Mistral o más exactamente su «desolación» es femenina, lo que equivale exactamente a decir que de todas es la más amarga.

Nadie sufre más intensamente que la mujer, sobre todo cuando se le ancla en la mente la idea de no haber cumplido su misión.

De esto puede verse una nueva demostración —demostración más persuasiva que lírica— en este libro.

Todos los poemas que hablan de amor (y son los más hermosos de «Desolación») servirían de premisas para el silogismo de donde he sacado esta conclusión.

El nido, un niño, una mujer, una flor, todo le recuerda al poeta lo que pudo ser y no fue, lo que pudo poseer y no poseyó.

¿A quién culpará? «El», como en la Balada:

*El pasó con otra;  
yo le vi pasar.  
Siempre dulce el viento  
y el camino en paz.  
¡Y estos ojos míseros  
le vieron pasar! (p. 153).*

Y en «Tribulación»:

*Amor iba en el viento como abeja de fuego  
y en las aguas ardía.  
Me socarró la boca, me acibaró la trova  
y me aventó los días (p. 155).*

He ahí la *desolación*. . . He ahí también la poesía.

Se objetará lo que se quiera y, por lo que a mí toca, he objetado lo bastante. Pero el que lea este libro con alma libre de prejuicios, no podrá negar que en él abundan versos a los cuales se aplica hermosamente la definición de Joubert: «Los versos hermosos son aquellos que se exhalan como sonidos o como perfumes».

Y si no me faltase el espacio podría agregar yo que también se realiza en él, más de una vez, el ideal de Baudelaire:

*Comme de longs échos qui de loin se confondent...  
Les parfums, les couleurs et les sons se répondent.*

11 de junio de 1923.

CARLOS R. MONDACA

«POR LOS CAMINOS» (\*)

Cuenta Heródoto que el primer rayo del sol, al dorar la frente de la estatua de Memnón, le arranca sonidos milagrosamente hermosos.

En nuestros poetas parece el sol del Centenario obrar el mismo milagro que la aurora hiciera en aquella célebre estatua de Egipto. Versifican todos, si no con la sonoridad del Memnón de piedra al menos con una abundancia maravillosa. Llueven sobre mi mesa sus libros, no sé si como flores deshojadas por soplos primaverales o como hojarasca otoñal movida del viento. Dudas tengo, o para ser sincero, dudas he tenido hasta hace poco. Días hubo en que, a no dudarlo, la lluvia fue de hojas secas, hoy, y merced a los señores Carlos R. Mondaca y A. Mauret Caamaño, es de flores...

¡Ah, si así fuera siempre! Si a mi alma, muy desconsolada a veces por tanta lectura «disecada y disecante», pudiera yo, como ahora, decirle: «Levántate y vente... porque ha pasado el invierno, hase mudado la lluvia, se fue; muéstranse flores en la tierra; el tiempo de la canción ha venido!»...

Rara vez oigo versos que me sean «canción» o, para hablar como la Biblia a la cual pido prestada su poesía, rara vez, en estos mundos, «se oye la voz de la tórtola», es decir, de la poesía.

¡Mayor razón para agradecer a los poetas verdaderos las sensaciones primaverales que nos dan!

---

(\*) Poemas por Carlos R. Mondaca.

Hoy señalaré a mis lectores el hermoso libro de Carlos R. Mondaca intitulado: *Por los Caminos*, y, si, como es mi deseo, lo leen y saborean, verán todos que «ha pasado el invierno», y que la hojarasca se dispó por un tiempo.

Lo que desde el primer momento llamó mi atención en esos *Caminos* es que por ahí no andan, ni en manadas ni siquiera de a uno en fondo, esos «clichés» pretendidamente poéticos que, a modo de langostas, invaden a casi todos los libros de versos.

Nada hay que no sea eco de sensaciones personales o reflejo de ideas propias. El señor Mondaca acuña su moneda y la acuña bien.

Su sensibilidad es aguda y dolorosa como pocas.  
Véase, por ejemplo, cómo siente su *Soledad*.

«Yo no sé dónde fue a morir mi acento:  
tembló un instante y se perdió en el viento...  
Y pasó por tu espíritu lo mismo  
que una estrella sin luz por el abismo.»

Yo no sé dónde fue a expirar tu acento:  
flotó como un perfume sobre el viento,  
llegó como una música a mi oído...  
¡Pero mi corazón siguió dormido» (pág. 41).

Es difícil expresar o, mejor dicho, reproducir, con más intensidad la sensación que todos experimentamos, a ciertas horas, de la soledad absoluta que nos rodea. Como átomos que se atraen y a la vez se rechazan, nos movemos en órbitas infinitamente pequeñas, pero separados por distancias infinitas. Cuando más íntima parece la compenetración de las inteligencias y de los corazones, asáltanos de improviso la implacable sensación, la conciencia del «yo» distinto, impenetrable e incomunicable. «*Estrellas sin luz*» pasamos por el abismo las almas ajenas y no se sabe a dónde van a morir nuestros acentos... Es verdad psicológica, y con razón dice el poeta:

«¿Para qué hablar?... Sigamos el camino  
¡mudos hasta morir! ¡Es el destino!»

No exageremos, sin embargo, la crueldad de aquel Destino...

Desde luego (cosa digna de atención), los poetas que más la experimentan, saben muy bien aprovecharse de ella: la cantan. Y esto, no sólo es algo, sino que es todo. ¿Qué suerte correría, en efecto, la poesía si le faltara el agujijón del dolor? Con paso tranquilo y lento recorrería los vulgares «caminos» de esta vida mirando hacia abajo. Su horizonte sería el de la hormiga o del gusano que «sobre su vientre anda y polvo come todos los días de su vida». El dolor le abre horizontes infinitos y la obliga a mirar hacia el cielo.

En la *Oración a la Virgen* dice el poeta:

«Miramos perdidos en la selva oscura,  
sin saber de dónde ni a dónde llegar,  
muertos de cansancio, locos de amargura,  
solos y perdidos. ¡Estrella del mar!

«Malos enemigos nos envenenaron;  
las almas no tienen pureza ni amor;  
nuestras esperanzas en polvo rodaron...  
¡Ruega por nosotros, Madre del Señor!

«La torva lujuria nos besó la boca  
y dejó en el alma su soplo glacial:  
tenemos la fiebre que abrasa la roca,  
morimos de frío... ¡Vaso Espiritual!...» (pág. 33).

No tan sólo el dolor endereza nuestras miradas hacia las fuentes eternas de arriba de donde manan consuelo y luz, sino que también las despierta y aviva enderezándolas hacia las cosas de la tierra que el vulgo poético mira sin verlas.

«Estas calles amables tienen un gesto amigo.  
Mi calle me conoce. Cuando vuelvo a su abrigo,  
los árboles se mueven con largos movimientos  
pausados, y las hojas, donde suspira el viento  
su oración musical, dormidas bajo el rayo  
del sol, me dan sus sombras en un lento desmayo».

.....

Estas calles de los suburbios, amables para el poeta, que ha sufrido o sufre, ¿lo serán para el poeta vividor («viveur») en cuya alma, a pesar de todas las alegrías, corren «soplos glaciales»? No, por cierto, y C. Mondaca menos que nadie, lo admitirá, pues, en su *Su poema de las calles*, dice:

Y en estas calles buenas,  
maternalmente buenas, ni recuerdo que hay pena:  
y cuando en las entrañas traigo el horror del centro,  
parece que estas calles me salen al encuentro! . . . (págs. 47-48).

Alargaríase desmedidamente este artículo si hubiéramos de andar *Por los Caminos*, recogiendo y citando los numerosos versos que demuestran cuán fecundo en poesía es el dolor humano. Sólo citaré *El Sueño el Asno*; el sueño de aquel pobre cuadrúpedo en quien, por muchas y muy fundadas razones, es personificada la humanidad.

Para mí aquellas estrofas (y el poema que C. Mondaca ha dedicado a *La Muerte de don Quijote*) son, entre tantas bellezas, las más bellas y sugerentes de este libro.

Su simbolismo pide interpretación: me atreveré, pues, a darle la que creo más exacta.

El asno (mejor dijéramos: la humanidad) no puede vivir sin don Quijote y, por necesidad de naturaleza, es decir, so pena de embrutecimiento, ha de

«Seguir del Quijote los ínclitos rastros».

Fuera de los caballeros andantes, para quienes el reino de Dios no es de este mundo, ¿quién impediría la animalización del hombre? ¿Acaso no son o fueron caballeros andantes todos los santos y todos los verdaderos hombres de genio?

Por esto, y a pesar de cuanto pueda objetarnos el practicismo o «Sanchopanzismo» moderno, diremos con C. Mondaca:

«¡Pero no!... Tú no has muerto, ¡oh, Don Quijote!  
¡Tú no puedes morir! Es necesario  
que otra vez ensangrientes tu calvario,  
que otra vez te apedree el galeote.

«¡Tú no puedes morir!... Ciñe tu espada,  
cabalga el Rocinante de tu idea  
y otra vez a luchar por Dulcinea  
de cobardes y viles ultrajada» (pág. 26).

Viejo admirador y, puedo decirlo sin pretensión alguna, amigo íntimo del Caballero de la triste (pero noble) Figura, me complazco en encontrar en C. Mondaca «un amigo de mi amigo», el cual por añadidura (y la añadidura no es poca) es un verdadero poeta.

Tan raras son para mí las ocasiones de emplear estos dos vocablos, que no he querido desperdiciar la que se me presentó...  
*Por los Caminos.*

30 de septiembre de 1910.

### «RECOGIMIENTO» (\*)

Con «Recogimiento» empieza la cosecha poética del presente año y, como luego lo veremos, empieza bien, ¿seguirá digna de estas primicias? Eso, los meses venideros lo dirán... Aunque si he de ser franco, diré que espero poco. Los tiempos recién pasados no fueron de siembra. Porque, si bien lo pensa-

(\*) Poesías por Carlos R. Mondaca.

mos, no puede ser fecunda en poesía una época como la nuestra, tan falta de «recogimiento», una época de tempestad política y social. Sin recogimiento no hay poesía. El poeta joven, envuelto en la ola electoral, ensordecido por los destemplados gritos de los partidos en lucha, ¿hallará, por ventura, un rincón, un minuto de quietud para interrogar su corazón y escuchar esas confidencias que, expresadas en música verbal, son poesía?

No lo espero. Mientras tanto un poeta quieto, apartado de la lucha y del bullicio, nos ofrece la cosecha de su otoño.

¡Cuán diversa de la que solemos leer, es la poesía de «Recogimiento»!

Lo que en ella más me sorprende y más la distingue de cuanto se imprime con nombre de versos, es su sinceridad. El señor Mondaca saca sus versos de su propio corazón. Versifica «ex abundantia cordis». Y no se exalta artificialmente, como otros, ni se embriaga de vocablos, sino que traduce con sencillez sus sensaciones. Estas no son imaginarias: son sensaciones propias de un corazón no sofisticado, y tanto más intensas cuanto más puras.

En «Recogimiento» el amor es puro: amor de padre, de esposo y de hijo y su pureza se hermana admirablemente con la sinceridad y aun con la intensidad del sentimiento.

A medida que avanzo en la lectura de «Recogimiento», evócase con más claridad en mi mente el cuadro de una noble vida de amor y sufrimiento que se desarrolla en la intimidad de un hogar sin mancha.

Aparece primero el hijo a quien está dedicado el libro:

*A ti, mi suave retoño  
de primavera en otoño;  
Trino del amanecer  
en mi enfermo atardecer;  
Que eres a mi corazón  
dolor y consolación;*

*Que has venido a ahondar la herida  
y hacer más grande la vida;  
Y a poner luz en mi suerte  
y otro terror en mi muerte...*

Y ¡qué hermosa fuente de poesía es ese hijo para ese padre!  
Dícele el poeta:

*Dios te salve, hijo mío, portador del dolor!  
Dios te salve, hijo mío, redentor del amor!  
Bendecidas tus manos vírgenes y olorosas,  
albas manos de arcángel que van sembrando rosas.  
Manos leves que, cuando me tocan dulcemente  
me hacen pensar que el cielo me besara la frente...*

Y, clavando la mirada en el porvenir, el padre divisa la  
dicha del hijo:

*Tú cruzarás la tierra por sendas florecidas  
con las rosas de sangre de mis plantas heridas.  
Sé bendito por eso! Porque harás el camino  
que yo no pude hacer! —Me lo impidió el destino!  
Bendito tú, hijo mío, que verás tiempos nuevos  
que yo no veré nunca, y en la conciencia llevo!  
Sé bendito, hijo mío, porque en tu ser encierras  
todas mis esperanzas del cielo y de la tierra!  
Vencedor de mi muerte, sé por ello bendito!  
Tú eres mi afirmación que lancé a lo infinito!*

Otro manantial de poesía, el amor del poeta por su madre  
¿Quién leerá, sin enternecerse, la «Elegía»?

*Gracias, madre!  
Por todos los dones de tu corazón;  
por tu santa emoción;  
y por la exaltación  
y la pasión!*

*Por tu espíritu de fuego y de luz;  
por tu amor de Jesús;  
por tu ansia de la cruz;  
y por la excelsitud  
de tu virtud.*

*Gracias, madre!  
Por la intensidad del vivir,  
por la belleza de sufrir;  
por el encanto de escuchar,  
por el milagro de mirar  
y la amargura de pensar*

*Y por la angustia de querer,  
y no alcanzar;  
y por la gloria de caer, y levantar:  
y de creer  
y de esperar.*

Cada uno de estos versos, tan sencillos, tan sinceros, tan intensos, despertará un eco dormido en las almas filiales, en el corazón de aquellos para quienes, a pesar de los años y del eterno adiós, el nombre de madre es el más enternecedor de los vocablos. ¡Quién no dirá, con el poeta: *Gracias, madre!* y no deseará que ese grito atraviese el espacio y el tiempo para ir allá donde mora aquel «espíritu de fuego y de luz».

En otro poema, el padre se ve ya abuelo y contempla con ternura el hogar de sus «setenta años».

*Mi hijo habrá saboreado ya muchos desengaños.  
Tal vez ya seré abuelo. Mi mujer será vieja.  
Su belleza pretérita, junto a su gracia añeja,  
nos hará sonreír. Cuando nos traiga flores  
la Nuera, leeremos versos de amores*

*que le escribí, sus cartas, que eran mi poesía,  
e invadidos de una dulce melancolía,  
nos miraremos mudos un largo rato, y luego  
nos daremos las trémulas manos, como dos ciegos.*

En los versos del señor Mondaca el amor no se aparta nunca del dolor y de la muerte. . . como en la vida verdadera; pero su dolor no es quejumbroso y la muerte que le sigue como su sombra carece de espantos. Todo en él es suavidad, hasta cuando se sacrifica.

*Mi amor es todo suavidad.  
Mi poesía se abreve en él  
como en un cáliz de piedad;  
Mi vida vive de su miel.  
Mi amor es todo suavidad.*

.....  
*Para llevarte por la vida,  
yo, entre mis brazos, te cogiera;  
yo convertiría mi honda herida  
en rosas de tu primavera,  
para llevarte por la vida.  
Y aunque tuviera que morir,  
para que encuentre tu destino  
el grande amor de tu vivir,  
yo le haré blandos los caminos  
aunque tuviera que morir.*

De cuando en cuando un soplo de pesimismo, soplo muy suave y apenas perceptible, atraviesa estas páginas. Al fin y a la postre, el poeta que vive amando y sufriendo y no se aparta del melancólico recuerdo de la muerte; no puede sino sucumbir, por un instante, bajo el peso de su cruz. En la hora del cansancio, exclama:

*Quién pudiera dormirse, como se duerme un niño;  
sonreírle al ensueño del goce y del dolor,  
y soñar con amigos y soñar el cariño,  
y hundirse, poco a poco, en un sueño mayor.*

.....  
*Y pasar por la vida sin dejar una huella...  
Ser el pobre arroyuelo que se evapora al sol...  
Y perderse una noche, como muere una estrella  
que ardió millares de años, y que nadie vio.*

Pero no es esta la conclusión que debe inferirse de este libro. Quien lo lea con inteligencia y simpatía, deducirá otra muy diversa y, si no me engaño, dirá al despedirse de «Recogimiento»: ¡Dichoso el poeta que ha sabido no solamente hallar la felicidad en el santuario del hogar, sino también celebrarla en versos que salen del corazón y al corazón van, en versos que enternecen y exaltan y que, sobre todo esto, dejan en el alma hondas y puras impresiones de belleza y de bondad.

21 de marzo de 1921.

R. P. RAIMUNDO MORALES

«CRITICAS Y DISCURSOS» (\*)

Por una casualidad tan rara como grata para mí, tócame en suerte dedicar esta crónica a obras escritas en conventos santiaguinos.

Entregados por entero a la vida activa, sumidos, si así puede decirse, en un perpetuo predicar y confesar, pocos son los religiosos que pueden cultivar aficiones literarias o que, cultivándolas

---

(\*) Tomo I. Por el R. P. Raimundo Morales, franciscano.

en sus escasísimos ratos de ocio, se dignan publicar sus escritos.

Razón de más para que, en saliendo a luz un libro firmado por religioso, lo señale yo en estas columnas.

Pero, si se me permite hablar con franqueza, diré que esto no carece para mí de algún peligro.

Cuando critico a un autor que pertenece al «mundo» o al «siglo», expóngome a las represalias de un individuo único, o, en el peor de los casos, a las de un estrechísimo círculo de admiradores o paniaguados.

No así cuando me atrevo a emitir, con la excesiva moderación que acostumbro, un juicio acerca de una obra escrita por religioso.

Sea que la alabe o la critique, puedo de antemano estar casi seguro de desagradar a todo un convento, y, si mi suerte fuere peor de lo que suele, a toda una provincia.

Porque las alabanzas, por muy liberal que el crítico sea en tributarlas, siempre parecen cortas, y las críticas, aunque administradas con homeopática parquedad y, por decirlo así, por mano de monja, parecen crueles en demasía e injustas...

Sería del caso repetir aquí con La Fontaine: *On ne peut contenter tout le monde et... son père...*

Ejemplo de esto puede verse en una piadosa revista publicada en Santiago.

Cuéntame un distinguido profesor amigo mío y lector de aquella publicación que, en pago («¡pago de Chile!») de un largo artículo en que alabé las obras poéticas de tres religiosos santiaguinos, un hermano de éstos me fustiga sin compasión y, en un duro considerando de su fallo condenatorio, me acusa de ser *el principal fomentador del decadentismo literario en Chile* (1).

¡Nada menos! «Excusez du peu!...» Sobre esto sería curio-

---

(1) Así me lo cuenta mi amigo. Y tengo que conformarme con creer lo que me cuenta, pues el autor de la «crítica» a que aludo no se dignó remitir un ejemplar de su revista al crítico criticado en ella. Entre colegas en crítica, es menester gastar más generosidad y decir siquiera: ¡Agua va!

so oír opiniones de nuestros decadentistas, los cuales, en verdad están muy lejos de profesar hacia mí el filial afecto que merecería si fuese yo el «principal fomentador»... de su literaria chifladura...

No me faltaría razón para deplorar la desdicha mía. Atacado por Tirios y Troyanos, acusado de decadentismo y modernismo por los «clásicos» y de clasicismo y «retrogresismo» por los decadentistas y modernistas, podría en buena hora entonar la endecha de Job: «*El hombre nacido de mujer, corto de días y har-to de sinsabores, etc.*

Pero más vale doblar la hoja y declarar que estas injusticias no me sacarán de los rieles... Hay cierta satisfacción en recibir tiros de bandos opuestos. En semejante caso, se puede creer que se está en la verdad y justicia relativa, única que puede alcanzarse en crítica literaria. *In medio stat.*

De todos modos quedo perfectamente libre para tributar al R. P. Morales los elogios a que le hace acreedor su nuevo libro.

Por orden de importancia literaria me parecen poder distribuirse del modo siguiente los elementos constitutivos de éste:

Primero, los discursos religiosos (entre éstos, desde el punto de vista literario, el mejor es el intitulado *Bendición de una campana*); segundo, la disertación polémica acerca de «*la evolución de un dogma*» y tercero, todo lo demás.

Al distribuir de esta manera el contenido del libro, me pongo en contradicción con el autor, quien, al imprimirlo, puso en práctica la palabra de Cristo: los primeros serán postreros...

La controversia que sostuvo el R. P. Morales con el R. P. Godoy, dominicano, resulta interesantísima, no tanto por la materia acerca de la cual versa, cuando por el rigor dialéctico y la amenísima forma que el reverendo autor ha sabido darle.

Demostrar que Santo Tomás de Aquino (y sus secuaces en la Edad Media y hasta en tiempos bastante modernos), no creyeron en la Inmaculada Concepción de la Virgen, no es tarea sobrehumana. Algo (y aun mucho) más difícil es presentar

aquella demostración en forma tal que pueda ser leída con deleite por literatos y teólogos.

Por lo que a mí toca, la he leído con el encanto que se experimenta al presenciar un espléndido ejercicio de florete. Dirán lo que quieran los enemigos de la filosofía escolástica: yo seguiré creyendo que el silogismo bien manejado es, en dialéctica, lo que el «jiu-jitsu» en las luchas del estadio o en una pelea con un malandrín...

En todo caso, el P. Morales lo maneja con perfección. Es, perdóneseme calificativo tan mundano, es en dialéctica, un «spor-man» magníficamente «entrenado» (así dirían ciertos colegas...).

Cuanto al estilo de este libro, es fácil ver que el autor tiene peculiar empeño en amoldarlo a los usos clásicos y en imprimirle sello de arcaísmo tanto en los giros como en los vocablos.

Ejemplos de esto hallará el lector en la hermosa página que voy a copiar (2).

Hablando del poco éxito que espera para su libro, dice el P. Morales: «Hay que atraer al público, a esta ave esquiva y zahareña, con el *señuelo* y *añagaza* de la brevedad de los escritos.

«Sobre el valor o *desvalor* de los contenidos en este volumen, no me toca hablar a mí, le toca al que leyere, si por acaso tengo la buena dicha de que alguno me lea, que sobre ello me asaltan también algunas dudas que se fundan en dos razones. Es la

---

(2) Las palabras que aparecen subrayadas en la copia, no lo están en el libro. Yo las subrayo para hacer notar que son o arcaicas o inusitadas. (*Desvalor*, aunque muy bien formado, no figura en el diccionario). Con dos personas instruidas he hecho un experimento de lectura del trozo copiado. El único vocablo (de los subrayados) que ambas hayan podido definir con cierta exactitud es el verbo *trasegar*. Los demás fueron traducidos a puros golpes de diccionario, digamos, a «diccionarazo» limpio. Igual sucederá con la mayor parte de los lectores

Los más perfectos modelos de «hiperclasicismo» han de buscarse en los libros del Padre Juan Mir, quien, a trueque de no mancharse con un galicismo, prefería escribir para no ser entendido.

primera que los escritores fácilmente *nos erramos* y engañamos acerca de nuestros trabajos: se nos figura que seremos muy leídos, porque creemos por muy bueno e interesante lo que escribimos, *no lo siendo* muchas veces en realidad... La otra consiste en que los escritos de este tomo son casi todos de índole religiosa, y es sabido que son pocos los que se *arrestan* a leer escritos de esta naturaleza. Hoy se lee y saborea el folletín, los mil dimes y directes del diario, y sobre todo la novedad ligera, poco honesta y aun colorada, que excite y crispe los nervios, que *trasiegue* y alborote las pasiones, como las olas al mar en deshecha tempestad. De aquí que los escritores no católicos ni cristianos nos llevan gran ventaja, sin duda ninguna, por lo que hace a la venta y *lección* de sus libros» (p. IV y V).

Sobre lo cual preguntaré: ¿qué reproche merece «el público», cuando se manifiesta indiferente para con libros que no puede leer sin tener a la mano el diccionario de la Real Academia?

Católicos hay que escriben muy bien, esto es, con estilo puro y correcto, pero arcaico. Al arcaísmo (que viene a parar en oscuridad y, prácticamente, en «ininteligibilidad»), se añade el inconveniente que proviene de la naturaleza moral y religiosa de sus escritos, los cuales, careciendo de la sal y pimienta del vicio, no atraen *naturalmente* al lector.

Pero, si hemos de ser francos, confesaremos que la escasa «venta y lección» no es efecto natural y forzoso de la calidad cristiana de los libros, sino más bien de la mala preparación literaria o de la peor táctica de sus autores.

Es un error imaginarse que sermón y lata son forzosamente y siempre sinónimos, aun cuando, por desdicha y por culpa de muchos predicadores, lo son muy a menudo.

Lo mismo debe decirse de los demás escritos católicos. Si no se metiese o, como se dice en Chile, si no «se botase» cualquiera a escribir; si en la preparación literaria, filosófica y religiosa de los escritores católicos se atendiese más a las necesidades del presente y del inmediato porvenir que a las formas del pasado;

si, en todo caso, el que escribe se sujetase a la ley de la mayoría y escribiese no para ser entendido de unos cuantos mandarines de la literatura, sino para servicio y agrado de la muchedumbre, y evitase, en consecuencia, todo vocablo que ofrece dificultad, todo enredo de pensamientos, todo tropicalismo, todo «bluff», entonces serían leídos los escritos católicos a pesar de la austeridad de los temas sobre que suelen versar.

Si no temiese ser acusado de modernismo, diría, recordando una palabra evangélica: «No echemos vino nuevo en cueros viejos; de otra manera, éstos se rompen y el vino se derrama y se pierden los cueros; mas echemos vino nuevo en cueros nuevos y lo uno y lo otro se conservará juntamente».

En esta divina frase, hay en germen todo un método de publicidad...

Pero si es peligroso para la claridad poner ideas modernas en «cueros» del siglo XVI, en cambio pueden sin peligro alguno y con provecho predicarse en estilo moderno las más antiguas y tradicionales verdades. ¿No lo hacía así San Pablo cuando, muy lejos de empeñarse en lucir el estilo de los clásicos griegos, se contentaba con escribir en lengua común, en ese griego popular que todos por igual entendían en Corinto, en Alejandría, en Antioquía...? ¿Quién, salvo tal vez unas dos o tres docenas de literatos, se habría dignado leer epístolas escritas en estilo platónico, o en el idioma de Demóstenes.

Conclusión: no nos quejemos de nadie, cuando la culpa es nuestra. El remedio está en grabar en nuestra memoria las siguientes palabras de San Pablo: «Hermanos, yo mismo no hago cuenta de haber alcanzado la perfección: pero una cosa hago: olvido ciertamente lo que queda atrás y miro hacia adelante».

He ahí al menos en cuanto a forma literaria, un programa digno de ser estudiado.

16 de octubre de 1916.

## «MANOJO DE FLORES» (\*)

No pecaríamos contra las reglas de la lógica si dividiésemos la literatura en original, imitada y traducida, porque, en efecto, no sale a luz libro alguno que, por haldas o mangas, no quepa en alguna de estas tres casillas. Muy cómodas, por cierto, serían éstas si las obras literarias no participasen a menudo de los tres caracteres y, al lado de un elemento original, no presentasen algo de imitación y a veces también (¡oh plagio!) de traducción. Pero contra siete vicios hay siete virtudes y es siempre posible descubrir un elemento predominante que permite clasificar la obra.

En Chile la tercera división (o sea, la literatura traducida) abunda en gran manera, aunque más en obras importadas que en obras nacionales. Empero, a pesar de su diversidad de origen, las traducciones se parecen en un punto: de ordinario son malas.

Y en tal forma y grado lo son que constituyen un grave peligro para el idioma y, por ende, para la inteligencia de los chilenos. Pero algo de esto diremos más adelante. Por ahora contentémonos con advertir que este es precisamente el motivo que me induce a dedicar la mayor parte de esta crónica a una mera traducción.

El «Manejo de flores» del padre Raimundo Morales me proporciona una magnífica ocasión para evocar algunas ideas y nociones, no difuntas tal vez, pero sí bastante olvidadas de aquellos precisamente que debieran tenerlas siempre presentes.

Si se me pidiese una fórmula breve la daría en latín y diría que todo se reduce, en materia de traducción, a tres ideas: no debe traducirse sino lo bueno; no deben traducir sino los buenos y éstos deben traducir bien, lo cual, en latín «mnemónico», se reduciría a esta fórmula: *boni, bene, bona*. Empecemos por lo último.

---

(\*) Narraciones históricas por el R. P. Raimundo Morales.

No debe traducirse sino lo bueno y por cierto en la comprensión de «bueno» hago caber no sólo la bondad moral sino también la bondad literaria cuyo nombre es Belleza. Y este precepto no se deduce únicamente de la ley moral y de la estética, sino también de la ley del menor esfuerzo.

Aquí no faltará quien proteste y hable de paradoja. ¿Es posible que lo bueno sea más fácil de traducir que lo malo? ¿No equivale esto a declarar que es más fácil ser bueno que malo? ¿Cómo se acomoda esto con la doctrina del pecado original y también con el darwinismo?

Pues, séame lícito contestar que ha de haber alguna acomodación, puesto que, en realidad, lo bueno se traduce más fácilmente y mejor que lo malo.

Esto lo sé yo por experiencia propia adquirida hace ya años y confirmada nuevamente día a día. Pero no es opinión mía personal, propia y exclusiva.

Un colega mío (traductor «tumultuario», como llamaban los romanos a aquellos que traducían a todo escape, pero traductor bueno cuando trabaja con calma) sostiene que Anatole France es más fácil de traducir que Jorge Ohnet o que cualquier otro escritor más o menos adocenado. Según él, la maravillosa prosa de France pasa sin esfuerzo, sin dudas ni cavilaciones, del original al castellano, con la misma facilidad con que el vino bueno pasa de la copa a los labios, como diría Musset...

Esta opinión, paradójica en apariencia, descansa en hechos experimentalmente comprobados y, por consiguiente, en la recta razón. Boileau, en un precepto que he citado muchas veces y citaré hasta la víspera de mi muerte, dice: *Ce que l'on concoit bien s'énonce clairement et les mots pour le dire arrivent aisément*. La claridad en los escritos viene de la claridad en los pensamientos: los vocablos para traducir, el pensamiento brotan por sí solos cuando éste es claro, nítido y preciso. De ahí la claridad estupenda de Anatole France, claridad que viene aparejada con la belleza propia de la prosa francesa tradicional.

De ahí también la facilidad correlativa de la traducción. Anatole France «concibió bien y enunció con claridad» sus conceptos: el traductor, a su vez, concibe y escribe en castellano con la misma facilidad, claridad y elegancia.

La teoría de mi amigo no es absurda. Ignoro si el P. Morales la admite, pero, del examen de su libro, infero que, en la práctica siquiera, se acoge a ella. Para su libro no ha escogido sino «bona» y lo mejor de su «manejo de flores» (la «Joven de Siberia») es una obra, no sólo buena, sino exquisita y cuya traducción debió ser para él la más amena de las tareas. En todo caso la elegante sencillez del original francés de Javier de Maistre ha pasado íntegra a la traducción castellana. No conozco el original italiano de las narraciones del Cardenal Alimonda y de Papini, pero el resultado obtenido con Javier de Maistre me autoriza para creer en su perfección.

¿De dónde nace ésta? La respuesta viene ya en una de las tres palabras latinas arriba citadas: el traductor es «bonus».

«Bueno» aquí significa conocedor de ambos idiomas y, en esto, el padre Morales se distingue de la mayor parte de los traductores.

Por regla general éstos son de una ignorancia prodigiosa. Creen que, para traducir una novela basta sencillamente poner un vocablo más o menos castellano sobre un vocablo francés y que, para elegir a éste, el diccionario, en último caso, los saca siempre de apuros. Alusiones históricas, recuerdos clásicos, giros propios, todo se les escapa: el alma misma, la esencia, la flor de la frase francesa se desvanece bajo su pluma y, en vez de la idea viva del original, sólo nos dan un cadáver rígido de la misma, un cadáver a menudo corrompido y cuya lejana semejanza con ella sólo puede ser descubierta por un filólogo o un lingüista.

Pero no basta que la materia sea buena y bueno también el traductor, es además menester que éste traduzca bien.

Hay, por ahí, libros mal traducidos, pero cuya traducción lleva, sin embargo, la firma de hombres «buenos», esto es, de

traductores cuyos conocimientos lingüísticos no pueden ponerse en duda. ¿Cómo explicaremos esto? Es asunto muy sencillo: esos traductores no traducen «bene», es decir, no se han formado una idea cabal de su oficio ni saben ejercerlo en conformidad con la naturaleza de la obra que tienen entre manos. Unos, por ejemplo, traducen un tratado de jurisprudencia como si fuese una novela; pero otros, en cambio, traducen la novela como si fuese un código civil o una sentencia judicial. En ambos casos, la traducción es traición.

No así este «Manejo de flores». Sobre su sistema propio, el P. Morales dice: «me he esforzado todo lo posible por verificar la opinión que siempre he tenido y procurado inculcar a mis discípulos sobre lo que debe ser una buena traducción. *Pura mí el traducir bien consiste en verter a un idioma dado los pensamientos ajenos por tal arte que parezcan propios.* La mejor traducción será aquella que menos parezca traducción».

Esto mismo un traductor famoso, San Jerónimo, lo ha dicho en una frase que merece ser recordada. Hablando de la traducción del griego al latín que hizo de cierto tratado de Orígenes, dice: «he procurado traducirlo en latín y no simplemente en lengua latina, «latine», *non in linguam latinam.* Según él, en efecto, no basta que los vocablos griegos de Orígenes se miren como en fiel espejo en los vocablos latinos de la traducción, es menester además que ésta sea latina, es decir, que quien la lee crea leer una obra escrita en latín; lo cual, si no me engaño, corresponde exactamente a la regla del P. Morales. Según esto, pues, no basta verter a un idioma; es preciso que esa versión sea una especie de transustanciación y que el original se vuelva verdaderamente castellano.

Este, en lo que a la obra maestra de Javier de Maistre se refiere, es el resultado que el P. Morales ha obtenido y conviene tanto más felicitarlo cuanto más raro es el caso.

Traductores como él hay poquísimos. Los más, hoy por

hoy, asesinan al castellano en diarios y biógrafos y hasta en libros de texto para colegios.

Los galicismos y barbarismos cunden día a día. Envenenan de tal manera la atmósfera que hasta los puristas resultan impensadamente contagiados.

Esta recrudescencia débese principalmente a las malas traducciones de novelas y a los letreros explicativos con que los biógrafos adornan sus películas.

Cual de estas dos causas sea la más poderosa, cual de los dos venenos resulta más mortal para el idioma, es punto que no quiero por ahora discutir. Hay quien cree que los letreros yanquis superan en eficacia a las novelas mal traducidas. Pero dejemos este asunto para segunda discusión.

18 de junio de 1923.

«DISCURSO PRONUNCIADO POR EL P. RAIMUNDO  
MORALES» (\*)

Una recepción en la Academia Chilena es un drama en dos actos en que actúan tres personajes principales: un difunto y dos vivos. Uno de éstos, el recipiendario, encomia y critica a aquél y es, a su vez, criticado y encomiado por el que lo recibe. Así lo quiere un rito que es, en cierta manera, un galicismo, puesto que lo ideó y prescribió el Cardenal de Richelieu, fundador de la Academia Francesa, cuyos estatutos han sido imitados por la Real Academia Española y las numerosas hijas de ésta en América.

Pero es menester confesarlo: aquí, al revés de lo que acontece en el Palacio Mazarino, las críticas carecen de aguijón y, por

---

(\*) En la Academia Chilena, el 14 de junio de 1924, con motivo de su recepción. Contestación de D. Francisco Concha y Castillo.

ende, de veneno. Allá, no sólo el recipiendario, sino también el difunto, suele pasar un mal rato, éste a manos del que hereda su sillón y aquél a manos del colega que da la bienvenida al heredero. Zumbando vuelan por ahí las verdades como avispas airadas. Según cuentan los testigos de aquellas recepciones, gástase en ellas mucho ingenio en torear al novel académico, pero éste acoge con una sonrisa las elegantes banderillas: *patiens quia aeternus*. ¿Quién se enoja en el umbral de la inmortalidad?

Aquí no se estilan esos juegos elegantes pero crueles, y a la justicia con ironía nuestros académicos prefieren la justicia a secas.

Así, por ejemplo, el R. P. Morales, después de pagar a su ilustre predecesor un tributo de admiración, le paga otro de justicia.

Dice, primero: «la ciencia gramatical y lingüística de Román es por la mayor parte vasta y profunda, y él sabe siempre derramarla con sobriedad o abundancia, según el caso lo pide. La erudición clásica, así antigua como moderna, no es menos vasta y maciza, y uno no sabe cuál admirar más, si la primera o la segunda». He ahí un tributo de muy merecida admiración.

En seguida viene la justicia. «No cabe duda que tal cual vez la lectura de clásicos y los principios semánticos le fallan, induciéndolo en error manifiesto, como cuando afirma que *sentido* es vicioso por *olfato*; que *celemín*, *podre*, *lepra*, *pus*, no tienen sentido figurado; que no puede decirse *abogado de la peste*, que tampoco puede decirse *poner el hombro a una cosa*; que *toparse* no está en los clásicos, que *casa de locos* es incorrecto; que no lo es menos la expresión *en todo* en igual de *por todo*. Pero ¿quién está libre enteramente de errores?» (p. 7-8).

Séame lícito añadir que le fallaban tal cual vez al señor Román no sólo la lectura de los clásicos y los principios de la semántica, sino también el conocimiento del francés. En varias ocasiones tocóme comprobarlo y manifestárselo en letra de molde.

Fallas como la que señalo abundan en todos los cazadores de galicismos y especialmente en Baralt y en el Padre Mir. Más de una vez he deplorado que diccionarios como el del señor Román se impriman sin que los artículos antigalicanos sean examinados por un francés (1).

Pero veamos el tributo paralelo que el señor Francisco A. Concha y Castillo paga al R. P. Morales.

Después de decirnos que «sus obras, ya no pocas ni baladés, son las pregoneras de sus merecimientos como escritor», agrega: «Lingüista y crítico de acendrado gusto; poeta, a sus horas, de emoción serena y comunicativa; polemista agudo, traductor excelente; en todas sus obras manifiesta el P. Morales su dominio cabal del idioma y se hace notar por la abundancia y propiedad de su vocabulario no menos que por la riqueza de sus giros sintácticos. Tal cual vez —y no a sabiendas—, influido por la lectura de los clásicos, incurre en algunos arcaísmos, o más propiamente hablando, en idiotismos, adagios, proverbios y dichos desconocidos o poco usados en Chile; pero esto puede y aun debe disimularse por su trato continuo con aquellas relucientes lumbreras del habla castiza, maestros del buen decir en los siglos XVI y XVII, y porque contribuye a popularizar en nuestro país tales modos de expresarse, que suelen ser muy gráficos y significativos. Justo es reconocer a este respecto que el P. Morales aventaja con mucho al señor Román en el conocimiento vasto y proficuo de aquellos insignes escritores de los siglos precitados. Frutos de su lectura atenta y reflexiva son sus «Apuntes de Castellano», obra magna, todavía en sus comienzos, a pesar de lo mucho que

---

(1) Ejemplo y prueba: el artículo *Levita* en el tomo III, p. 297 del Dicc. de Chil.—Según el señor Román: Cuando *levita* significa la prenda de vestir que lleva este nombre, es siempre femenino, nunca masculino como suelen hacerlo en Chile. . . «La causa de este vicio, que también es español y quizás de otras naciones más, es la imitación del francés, en el cual *lévite* es masculino».—La verdad es al revés: en francés la prenda de vestir es «*la lévite*».—«*Le lévite*» es el levita, individuo de la tribu de Leví, etc.

lleva publicado en la revista *Verdad y Bien*. Lo que particulariza a esta obra y la avalora es una crítica muy sagaz, pero no estrecha, con más una erudición caudalosa y bien desbrozada» (p. 49).

Cumplidos de ambas partes los ritos académicos, veamos ahora o mejor probemos la doctrina que, a modo de sabroso emparedado, viene aprisionada entre elogios y críticas.

El R. P. Morales se ha propuesto este problema: ¿Por qué ha decaído un poco el arte de escribir?

La respuesta es fácil: por la precipitación y la ignorancia del idioma.

Se escribe demasiado temprano y demasiado ligero. Los niños salen del vientre de su madre pluma en ristre y empiezan a escribir y a publicar sus escritos mucho antes de haber empezado a pensar. Esa precocidad corre parejas con la rapidez con que escriben, rapidez reñida no sólo con los preceptos de los antiguos, sino también y principalmente con la recta razón. Las cosas valen lo que cuestan: lo que nada cuesta, nada vale. Y en verdad, de tanta literatura infantil y juvenil no queda, las más veces, ni memoria.

Todo aquello es hijo, como lo decía Mallarmé, del delirio histérico de notoriedad, peste que, a juicio del R. P. Morales, sería oriunda de Francia.

Este es un punto que merece examen. En frase tan malévola como elogiosa para Francia, dice Cejador lo siguiente, copiado y aprobado por el R. P. Morales:

«Los franceses viven por la notoriedad y para la notoriedad. La *moda* es cosa francesa; de Francia salen las modas todas, no sólo del vestido, sino del juguete, de la industria entera, del arte, de la literatura. Francia es el escaparate, los franceses son los corredores y escaparateros de la industria, de la ciencia, del arte, de la literatura. La renombrada ligereza francesa acaso no sea causa sino efecto de este espíritu de notoriedad que no les deja sosegar, que les hace buscar en todo la *pose* y figurar en todas partes».

A esto contestaré que, en efecto, los franceses son desde los más remotos tiempos de la historia europea, los corredores y escaparateros que Cejador nos pinta y no lo son sólo para España sino para el resto del mundo, y no sólo para la industria, la ciencia, el arte y la literatura, sino para la religión católica, apostólica, romana.

Así como de Francia salen cocineros, peluqueros y modistas, salen también misioneros y, cuando, por ejemplo, un español quiere fundar una orden religiosa de grandes alcances va a Francia como lo hicieron Santo Domingo de Guzmán y San Ignacio de Loyola, este último corrido de España por la Santa Inquisición. En Francia el espíritu «corredor y escaparatero» no los ofuscaba sino que, al contrario, los atraía y los impregnaba. Cosa curiosa y que, fuera de los conventos franciscanos, es casi desconocida: Juan Bernardone, fundador de la orden seráfica, se dejó contagiar en su juventud por aquel espíritu y, por su amor a Francia y a lo francés, se llamó o fue llamado Francisco, es decir, francés (2).

¡La *moda francesa*! Cuando se habla de ella en tono irónico, es menester no limitarla, como Cejador. A las modas enumeradas por él agréguese la de amar y servir a Dios en forma francesa, puesto que a Francia se deben si no todas, las más de las grandes devociones católicas, desde la fiesta de Corpus hasta la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Los pueblos no atacados de ligereza francesa o se separan de la Iglesia Católica o se dedican a largas siestas, seguros de que, mientras ellos duermen, Francia, corredora y escaparatera, no los dejará carecer de lo necesario y será su proveedora no sólo de devociones, sino también de ideas y libros, sin ella, sin sus predicadores y conferenciantes religiosos, ¿de qué viviría la predicación católica en los países latinos y aun en los anglosajones y germánicos?

---

(2) Los Franciscos se llaman «Francés» en lengua de *oc* y «Francois» en lengua de *oïl*. Hasta fines del siglo XVIII, «français» se escribió «francois» (hay que suplir la cedilla).

Así como hay una gratitud del estómago, es menester que haya una gratitud del cerebro. No pido la del corazón, porque éste, como dijo Pascal, tiene razones que la razón no conoce. . .

Pero, dirá alguien, ¿qué tiene esto que ver con la precipitación de los jóvenes escritores?

A la verdad, poco o nada. La culpa es de Cejador, quien adolece de la manía muy española (y muy antigua en España) de buscar en Francia la fuente y raíz de todos los males, desde el morbo gálico, traído de América por los españoles, hasta la manía de la notoriedad, la *pose* y el. . . galicismo.

Hablar de la manía de la notoriedad como de un vicio peculiarmente francés, es olvidar que no han nacido en Francia ni el scoutismo, ni el futbolismo, ni las «interviews», ni la prensa diaria de grandes títulos, ni la predicación con bombo y trompetas al estilo inglés o americano. . .

Cuanto a la *pose*, basta ver en una galería de retratos los españoles e ingleses congelados en su tiesa majestad y compararlos con los franceses. Ahí están la *pose* y la *morgue*, prima hermana de aquélla, y no en Francia, país de la ironía. En Francia un «poseur», sea cual fuere su rango, es el hazmerreír de todos, desde el más encumbrado personaje hasta el granuja.

Hablemos de la precipitación que el R. P. Morales reprueba con oportunidad y justicia en los jóvenes escritores.

Es ciertamente un gran mal, pero es tan antiguo como la humanidad. Si no hubiese existido en los tiempos antiguos ni en el siglo XVII, ni Horacio ni Boileau habrían legislado contra ella. Marcial, en sus epigramas, la menciona más de una vez y los griegos incluían ese defecto juvenil en su famosa máxima: *Kouphon he neotes* (la juventud es ligera).

La precipitación es efecto de la ligereza juvenil y de las circunstancias. Sin éstas, aquélla no se manifestaría en letras de molde.

Hoy la imprenta es una gran tentadora. Si no pecaron tanto

como nosotros los antiguos, débese ello a que les faltó la ocasión que a nosotros nos sobra.

Por otra parte, la infatuación que pone una pluma en manos de un cualquiera es fruto de la moderna democracia, la cual puede y debe calificarse el reinado de la incompetencia y de la incontinencia verbal. Tanto o más «precipitados» que los jóvenes se manifiestan muchos viejos, puesto que si se hiciera una liquidación de los dislates de todo orden que hoy circulan en el mundo impresos en diarios y libros, resultaría la columna de los viejos más cargada que la de los jóvenes. La principal diferencia entre ambas consiste en que la de éstos es menos grave y solemne que la de aquéllos.

Por fin, ¿quién escribe en diarios y revistas o, lo que tanto da, quién está obligado a improvisar a destajo, día tras día, a altas horas de la noche? No los viejos ni los maduros que, pasadas las doce, duermen tranquilamente en su casa, sino los jóvenes para quienes escribir ligero significa ganar el pan de cada día.

Al que así yerra, mucho debe serle perdonado. . .

Pero yerran gravemente los jóvenes si creen que la forzosa rapidez los dispensa de la elegancia y hasta de la corrección.

Prueba de ello, en Chile, los artículos de Jacobo Edén y Angel Pino, por no citar sino a difuntos.

Prueba de ello, en Francia, Luis Veillot y Carlos Maurras, el primero de los cuales ha dejado una obra inmensa, hecha de artículos y cartas en que la improvisación se combina con la perfección.

El segundo escribe todos los días de 12 a 4 de la mañana dos o tres columnas en una prosa maravillosa, en que la hondura del pensamiento y la sobria elegancia del estilo van juntas con una dialéctica digna de un filósofo griego.

¿A qué se deben estos aciertos? El R. P. Morales contesta en la segunda parte de su discurso: a la lectura habitual de los clásicos, al conocimiento de la gramática y del léxico, al latín,

que es, precisamente, lo que de ordinario les falta a nuestros escritores (3).

El R. P. insiste muy oportunamente en la plaga de galicismos que nos invade. Aunque pecador, comparto yo su indignación y, si de mí dependiera, la galiparria sería desterrada, primero, de mis escritos, y luego de todas partes.

En lo que no comulgo con él es en culpar a Francia de la corrupción del castellano.

Muy comprobado es en medicina que los microbios no prosperan sino en cuerpos ya debilitados. ¿Por qué prosperó en España el galicismo en el siglo XVIII y no prosperó en Francia el hispanismo en el siglo XVII?

Este es un problema digno de nuestra atención.

En el siglo XVII no había en Francia hombre instruido que no conociera el castellano. Las señoras mismas, en la Corte, hacían gala de hablarlo. Y aquellos que no participaban de este privilegio leían en francés las obras de los españoles. Todo lo bueno que salía a luz en España era luego traducido al francés: Cervantes, Santa Teresa, Dávila, los historiadores, los místicos, los novelistas, todo encontraba traductores en París. Para convencerse de ello basta recorrer el *Manual del Librero* de Brunet, donde se ve que de ciertas obras se hicieron en ese siglo y a principios del siguiente hasta doce ediciones francesas. Y, sin embargo, los hispanismos eran y son rarísimos en Francia. Voltaire y Chateaubriand leían habitualmente inglés: ¿quién hallará un anglicismo en las obras de esos dos maestros?

Si el galicismo cundió en España, debióse esa desgracia a la decadencia de los espíritus, a la pobreza de los estudios, a la mala salud mental del pueblo español.

---

(3) Veuillot no tuvo más escuela que la primaria, pero leyó cuando niño, todos los clásicos franceses y, hombre ya, estudió el latín. Había comprobado que no puede conocerse a fondo el francés si se prescinde de la lengua madre.

Porque, al fin y a la postre, no se explica de otro modo que, siendo igualmente latinas las dos lenguas, una se libre de hispanismos y la otra se vea invadida, plagada, carcomida de galicismos. . .

Convendría, pues, abandonar la cantinela de Baralt, Mir y Román y golpearse el pecho diciendo: Mea culpa, mea máxima culpa, porque, en efecto, la culpa no es de Francia ni del francés, sino de España y de esa raza de pésimos traductores que tanto abunda en España desde el siglo XVIII, traductores que no saben ni el francés ni el castellano.

En esto, como ya lo he dicho, hay muchos cazadores de galicismos que no les van en zaga a los traductores. . .

En lo que estoy en pleno acuerdo con el docto académico es en su actitud con respecto al purismo.

El P. Mir creía —a mi juicio, con razón— en la perfecta hermosura del castellano clásico, así como creo yo en la del francés desde Pascal hasta Voltaire. Pero era tal el fanatismo (no cabe vocablo más suave) del insigne jesuita que, para él, «toda palabra, frase, modismo, locución o manera de hablar que no se ajustase al uso (de los clásicos autores)» era tenida por bárbara.

En suma, según el P. Mir, el castellano sería una lengua muerta.

¡A tales excesos llegan los puristas!

Poco les falta para imitar a ese cardenal de la época del Renacimiento, que, por no manchar o torcer su latín ciceroniano, consiguió dispensa del Soberano Pontífice para no leer en latín los salmos ni las lecciones de la Biblia en el breviario. ¡Leía en griego! . . .

El purismo de un Baralt o de un Mir no agrada al R. P. Morales. Sabe éste lo que aquéllos ignoraban, que el castellano es una lengua viva y que, como todo lo vivo, está en continua evolución; que algunos vocablos, al parecer muertos, resucitan, que muchos vivos mueren y que, en ese hervidero de ideas nue-

vas que se llama el mundo, han de nacer a cada paso vocablos para expresarlas.

Así mientras *un pur trouve toujours un plus pur qui l'épure*, como hizo Mir con Baralt, y Román con Baralt y Mir, el R. P. Morales nos predica oportunamente la prudencia y nos abre una vía media entre el purismo de aquéllos y el «impurismo» de nuestros contemporáneos.

¿Predicará en el desierto? A esta pregunta, pido permiso para contestar distinguiendo. Por propia experiencia sé que ni Baralt, ni Mir, ni Román han perdido su tiempo, puesto que a ellos debo lo poco que sé de castellano. Muy a pesar de ellos, claudico ciertamente a cada paso, pero sin ellos sería, no cojo, como lo soy, en numerosa compañía, sino «cul-de-jatte...» (4). No dudo que muchos deban el mismo favor a esos puristas. Pero lo que en unos pocos amadores del castellano es hacederó, paréceme difícil de obtener en la muchedumbre. Desde luego es imposible hoy en día suprimir la precipitación, conseguir la lectura habitual de los clásicos ni el estudio de la gramática y del latín. Por lo que a mí toca, he abandonado toda esperanza. Los bárbaros han invadido el mundo. Este, sin duda, con el tiempo, los asimilará, pero debemos prever un fenómeno análogo al que presencié la Europa latina en la época de las invasiones bárbaras. Cuando todo estuvo sosegado, al cabo de dos o tres siglos y aún antes, nadie sabía latín. Así lo declara llorando San Gregorio de Tours en el preámbulo de su «Historia de los Francos». El latín de las Galias se había mudado en romance y ya el francés se asomaba. Lo mismo sucedió en Italia y en España. Nuevas lenguas habían nacido de la ruina del latín... Así,

---

(4) El castellano es muy rico, pero le faltan algunos vocablos. Así, por ejemplo, el francés *cul-de-jatte* se traduce en el diccionario de N. Fernández Cuesta, por «persona lisiada que, no pudiendo hacer uso de sus piernas (o no las teniendo, agregaré yo), anda a rastras». Traducción kilométrica. ¿Cómo se llama en castellano un «cul-de-jatte»? (el vocablo francés se pronuncia *cudjât*).

dentro de dos o tres siglos, nuestros sucesores hablarán no sé qué jerigonza hija del castellano, del francés y del italiano. ¡Y tan orondos!...

Como los monjes benedictinos en la Edad bárbara, los clérigos y frailes de entonces serán los conservadores, no sólo del latín, sino de las lenguas que de éste habrán nacido. ¡Hermosa perspectiva!

Lo que es hoy, la muchedumbre está fuera de todo alcance. Hace quince años que, mes a mes, estoy empeñado en conseguir que se distinga a *escéptico* de *excepción* y, a pesar de las más claras explicaciones, no lo consigo. Siempre hallo escrito *excepticismo* y *excepción*. Lo mismo sucede con *nimio* y *nimiedad*. No hay remedio... *La betise au front d'airain* es más imperforable que el blindaje de un dreadnought.

Esto no obstante, es menester combatir bajo la bandera del R. P. Morales y retardar la inevitable desgracia o minorarla. Si no vencemos, habremos peleado por la verdad y la belleza. Esto bastará para consolarnos.

23 de junio de 1924.

### «EL BUEN DECIR» (\*)

En la «Advertencia Preliminar» de este libro, el R. P. Morales enuncia una proposición fundamental. Dice: «El idioma es un hecho, y hay que estudiarlo como hecho y no forjarnos uno a la medida de nuestros deseos y caprichos. Este hecho se interpreta con los mismos datos que él nos suministra: el idioma se explica con el mismo idioma. De aquí la necesidad absoluta de

---

(\*) Estudios sobre el idioma castellano, tomo I (A y B), por el R. P. Raimundo Morales, franciscano.

la erudición en estas materias. De aquí también que cuando el idioma dice una cosa, a nosotros no nos es lícito decir otra o la contraria: eso sería alterar, y aun negar, el hecho y los hechos no se niegan, sino que se interpretan» (pág. 6).

—«*Es un hecho y hay que estudiarlo como hecho*». Esto parece sencillísimo, mas dista mucho de serlo.

¿Cómo estudiamos o, más exactamente, cómo debemos estudiar los hechos?

Debemos estudiarlos conforme a su naturaleza. Así, por ejemplo, el estoicismo es un hecho pasado, ¿quiere ello decir que lo estudiaremos como estudiamos el cristianismo o el socialismo, hechos ambos que pertenecen a la vez al pasado y al presente, hechos vivos, si tal puede decirse, *hechos* que, en cierto modo, *se están haciendo* en el momento en que escribimos?

Es claro que habremos de estudiar el lenguaje como hecho a la vez pasado y presente, y que, en nuestras discusiones lingüísticas y filológicas, intervendrán en calidad de jueces no sólo los autores llamados clásicos, sino también los modernos y no sólo los libros del año 1600 sino también los de 1925.

—*No nos es lícito forjarnos un idioma a la medida de nuestros deseos y caprichos.*

Cierto, porque de otro modo cada cual podría decir parodiando a Luis XIV: «¡El idioma soy yo!»

Y, sin embargo, ¿cómo impediremos la caprichosa fabricación de vocablos o la creación de giros propios y casi diríamos personales?

Cada escritor verdaderamente original crea vocablos y giros. Los hay como, por ejemplo, Rabelais y Montaigne que se han forjado un idioma a la medida de sus deseos y caprichos sin que, por esto, nadie los mire en menos. . . ¡Al contrario!

¿Dónde empieza y dónde termina la licencia de forjar?

Mucho temo que esta pregunta no tenga respuesta

—*El hecho se interpreta con los mismos datos que él nos su-*

*ministra: el idioma se explica con el mismo idioma. De aquí la necesidad absoluta de la erudición en estas materias.*

Sí, pero no hay que confiar demasiado en la erudición, si sólo se entiende por erudición la posesión de un «fichero» ricamente provisto. El castellano es un idioma latino (es, más exactamente, latín). De ahí se infiere que no siempre bastan para interpretarlo los hechos que él nos suministra. Es menester además valerse de hechos latinos, franceses, italianos, portugueses, provenzales, catalanes, etc.

Admito que el idioma se explica con el mismo idioma; así, poco más o menos, como San Pablo se explica con San Pablo o como Santo Tomás de Aquino se explica a sí mismo... Para medir el alcance de esto basta abrir alguno de esos libros que se publicaron hace un par de siglos con el título de: *Divus Paulus* o *Divus Thomas sui interpret!*... Intérpretes de sí mismos con ayuda de vecino...

En realidad, le sucede al idioma lo que a todos los hechos y a todos los seres: «no se explica con el mismo»... Explicarlo (o ayudan a explicarlo) sus antepasados, sus padres y sus hermanos, la serie de que forman parte y las vecinas. De ahí—diré yo también— la necesidad absoluta de la erudición en estas materias... pero no de una erudición exclusivamente castellana.

—*De aquí también que cuando el idioma dice una cosa, a nosotros no nos es lícito decir otra o la contraria: eso sería alterar y aun negar el hecho.*

Negar un hecho es doblemente pecaminoso; por absurdo y por inútil. No así el alterarlo. Gran parte de la vida humana (y el 99 por 100 de la vida moral y de la vida política) consiste en alterar hechos... esto es, en modificarlos, enderezarlos o desviarlos, reformarlos, «revolucionarlos», si tal puede decirse.

No me conformaré nunca con la pasividad y el quietismo en materia de lenguaje. Cuando el idioma me dice *suicidarse*, no me allano a acatar semejante despropósito por más que la ma-

yor parte de los hombres (aun instruidos) emplee ese verbo sin darse cuenta de lo muy absurdo que es.

No niego el hecho, pero lo altero en lo posible y cuando como en este caso, no logro alterarlo, exclamo con el viejo Romano: *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni...*

En suma, la lección que aquí se nos da con tanta oportunidad como autoridad es esta: El idioma no depende del capricho individual. Tiene reglas tradicionales a las cuales, una vez descubiertas, es menester someternos.

En estos asuntos, como en los de teología moral, hay rigoristas, laxistas y moderados o gentes del «justo medio» que procuran mantenerse a igual distancia de éstos y de aquéllos.

¿Quiénes son los rigoristas? A mi juicio merecen ese calificativo Baralt y el P. Mir de cuya infundada severidad el P. Morales da muchos ejemplos en este libro.

Entre los laxistas o moralistas de manga ancha me atreveré a contar al docto académico don Miguel L. Amunátegui Reyes.

El señor don Manuel A. Román se parecería a cierto jesuita del siglo XVII, cuyo nombre se me ha ido de la memoria y cuyo sistema de moral consistía en oscilar del rigorismo al laxismo y viceversa, según era el Papa reinante amigo de la Compañía o no. En verdad, no se sabe a qué sistema obedecía el señor Román... Lo probable es que a ninguno.

El P. Morales profesa pertenecer al «justo medio». Dice: «Esta posición media en que hemos procurado colocarnos es la única racional. En efecto, el lingüista inflexible, cerrado, que reputa incorrecto y vicioso todo lo que no se ajusta a cierta teoría preconcebida, tiene que caer necesariamente en innumerables contradicciones, o exponerse a no poder avanzar en su camino, quedando detenido y atascado... En materia de lenguaje no siempre se puede proceder por líneas rectas, a punta de lógica, como quien dice. Hay en todo idioma muchas rarezas, irregula-

ridades, extravagancias, contradicciones, si se quiere (1). ¿Por qué se dice *a ojos vistas*, cuando lo natural parece *a ojos vistos*? ¿Por qué Pedro me dice que va a *examinarse o afeitarse*, siendo así que el examinador o el afeitador es otro que no él mismo? ¿Por qué cuando está más *hecha* llamamos la tempestad *deshecha*? ¿Por qué Cervantes dice *hacerse las muelas por deshacérselas*? ¿Y hay algo más contradictorio que el verbo *suicidarse*? Y así por el estilo».

El gran tropezadero para todos (rigoristas, laxistas y moderados) es el galicismo. Si nos matriculamos en la escuela de Mir y más aún en la de Baralt estaremos, como un jansenista, en perpetuo temor de condenación por falta de gracia eficaz, quiero decir que estaremos viendo galicismos en todas partes. Como esos cajeros que andan a cada paso viendo billetes falsificados, habremos de presentar la renuncia del puesto. Por puro escrúpulo dejaremos de hablar y escribir o imitaremos a los franceses del siglo XVIII, los cuales, cansados de la exageración jansenista, se echaron a vivir a todo trapo. Así también, aburridos del perpetuo temor al galicismo, escribiremos como nos dé la gana, al estilo de esos decadentes de que habla el P. Morales en el segundo acápite de su advertencia preliminar.

Lo grave en este asunto es que los maestros proceden como los médicos del *Rey que rabió*. Mir declara que Baralt anda viendo visiones; Román dice lo mismo de Baralt y Mir. Por fin, el P. Morales juega con ellos como a los bolos, quiero decir que los golpea uno con otros y los deja, en muchas ocasiones, muy mal parados por no decir tendidos en el suelo y sin vuelta. . .

En suma, si no se es especialista y aún siéndolo, se necesita un valor no vulgar para decir: esto es galicismo, esto no lo es. Por más de treinta años, obedeciendo a Baralt, he creído yo que tales y cuales expresiones eran gálicas: hoy el P. Morales me

---

(1) En el esperanto, idioma artificial, no hay nada de esto... pero tampoco hay vida... En esas rarezas, etc., de los idiomas consiste precisamente su vida propia...

demuestra que no lo son a pesar de su excesivo parecido con el francés.

Ejemplo: *al abrigo de* y *a l'abri de*. Por nada había yo dicho: me pongo «al abrigo del clarísimo nombre de Vuesa Exce-lencia», como dijo Cervantes; —ni «estoy al abrigo de la calum-nia»... No. Baralt, Mir, Toro y Gisbert son unánimes en con-denar ese *al abrigo*...

Pero «nosotros pensamos todo lo contrario —declara el P. Morales—, es decir, que no hay tal galicismo, ni tal dislate, ni tal anfibología, ni tal incorrección».

En seguida vienen las pruebas. El P. Morales cita frases francesas que parecen moldeadas sobre *al abrigo de* o viceversa. «Esto es verdad, pero ¿lo es asimismo que baste la existencia en francés de un término, de una frase, de una construcción para que en castellano el mismo término, frase o construcción sea gali-cismo? No basta en manera alguna, porque en ambos idiomas —hermanos al cabo— hay infinitas palabras, frases y construcciones enteramente iguales excepto, se entiende, la modificación formal que pide cada idioma» (p. 113).

Hasta ahora nunca he encontrado esta verdad vestida de tanta luz. Quienquiera que lea a Baralt, Mir y Román sin prepara-ción, creará fácilmente que entre el castellano y el francés existe una relación análoga a la de los blancos con los negros y que todo es negro al norte de los Pirineos mientras al sur de estas montañas todo es blanco. ¡Pero no! Son «hermanos, al cabo», y, hablando estrictamente, más que hermanos, puesto que al fin y a la postre, son una sola y misma lengua.

Y a propósito de galicismos repetiré aquí lo que ya más de una vez he dicho acerca de la prudencia con que deben los caza-dores de galicismos proceder en aquel deporte. El francés es tan difícil como el castellano y abunda como éste en trampas ines-peradas.

Así, por ejemplo, en las págs. 56-57, a propósito de la prepo-sición *A* usada por *De*, trátase de saber si la frase *escapó feliz-*

mente a todas las trampas es galicismo como lo afirman Baralt y Mir.

Tanto la construcción con *a* como la construcción con *de* es francesa, de tal suerte que si *escapó a* es galicismo también ha de serlo *escapó de*.

El Padre Morales lo prueba con los dos ejemplos siguientes: «La vue du seul vaisseau qui échappa á grand peine aux flammes» (Sommer); «Quand une seule nef á peine s'échappa des flammes» (Lecomte de Lisle).

Pero es un error creer que esas dos frases son sustancialmente sinónimas. No tengo a mi alcance el texto latino de Horacio, que ellas pretenden traducir, pero apostaría que una de ellas (seguramente la de Sommer) constituye un contrasentido, porque, en verdad, es cosa muy distinta en francés escapar a las llamas y escapar de las llamas. Para escapar de éstas es preciso haber estado en medio de ellas: no así para escapar «a» ellas. En el segundo caso baste escapar antes que las llamas envuelvan o toquen el buque.

Por vía de comparación examinemos las frases: *Echapper a la prison* y *échapper de la prison*.

Ha *échappé á la prison* todo individuo que, por arte o suerte, ha conseguido no ir a parar en la cárcel.

Es *échappé de prison* aquel que, habiendo caído preso, ha conseguido poner pies en polvorosa (2).

En realidad, el francés en el presente caso, es más rico que el castellano, puesto que mientras éste no emplea sino *de*, el francés puede emplear con dos significados enteramente diversos las preposiciones *a* y *de*.

Sería cuento de nunca acabar el examinar este libro minuciosamente. Pero de aquel examen resultarían comprobados dos

---

(2) Se dice *échappé a la mort, au feu*, etc.—La forma verdaderamente clásica es *échapper la prison* con el significado de «no ir a la cárcel, librarse de ella por arte, suerte, favor, casualidad, etc.»

hechos: la admirable preparación del P. Morales y la no menos admirable dificultad del castellano.

Por lo que a mí toca prefiero insistir en la primera antes que en la segunda y rogar al Padre Morales se sirva minorar a ésta.

En 1918 el señor Román me dijo repetidas veces que un discípulo suyo estaba preparando un compendio muy manual de los cinco tomos de su Diccionario. La preparación de semejante compendio (un volumen de 350 páginas a lo sumo) debía exigir, a juicio mío, un año de trabajo a razón de dos o tres horas diarias. ¡Cuán errados serían mis cálculos puesto que ya van corridos siete años y el discípulo del señor Román nos tiene todavía esperando!...

El Padre Morales podría, por sí o con ayuda de hermanos, preparar y publicar lo que el señor Román se contentó con prometernos: un diccionario brevísimo de las principales dificultades del castellano: solecismos, galicismos, barbarismos más comunes. Ese diccionario vendría sin latas disquisiciones y sólo con breves y terminantes resoluciones. Cuanto al fundamento de éstas, iríamos, en los días de ocio, a buscarlos en las páginas del *Buen decir* o del libro que el reverendo maestro nos señalara.

¡En los días de ocio! Quiere ello decir, que hablo de los periodistas, esto es, de los escritores que nunca están desocupados o que no abren diccionarios sino a última hora cuando ya la pérdida de un par de minutos es un daño irreparable.

Toro y Gisbert en el «Pequeño Larousse» ha hecho algo que se parece a lo que pido; pero, como en el pedir no hay engaño (y sobre todo cuanto se le pide a un rico), rogaré al P. Morales haga más: un diccionario de los tropezaderos del castellano: un diccionario completo, pero conciso, en cuya consulta no se pierda tiempo y cuyo empleo diario nos acostumbre a hablar y escribir con decencia y corrección y hasta con elegancia.

16 de marzo de 1925.

## «UN BARRIDO LITERARIO» (\*)

A poco de fallecer el inolvidable señor don Manuel Antonio Román oyóse decir que no tardaría en publicarse un compendio del *Diccionario de Chilenismos* que aquel insigne hablista acababa de terminar. ¡Buena nueva para mí! En los cinco volúmenes del señor Román había yo aprendido mucho, pero a costa de grandes pérdidas de tiempo. Porque, en efecto, cuanto mayor era la prisa mía, tanto menor solía ser la del señor Román. Yo necesitaba saber *illico* si tal o cual neologismo era tolerable o no, y el señor Román, para quien *time* no era *money*, puesto que no vivía de su pluma, se explayaba en una disertación inacabable. Más de una vez sucedió que, al llegar al final de su artículo, yo había olvidado el mío, lo cual, para un periodista, es un desastre.

Alegróme mucho la noticia del mencionado compendio que, según se decía, nos daría toda la substancia del *Diccionario de Chilenismos*, todo el trigo, pero sin la paja. . .

Aquello resultó, no diré *canard*, porque el R. P. Morales con razón me lo prohíbe, pero si una bola. . . Han corrido ya muchos años y el anhelado compendio está todavía en veremos.

Cuando este «Barrido» llegó a mis manos, lo recorrí rápidamente y, viendo que formaba diccionario completo de A a Z, creí que vendría a llenar, para los trabajadores apurados, la promesa del mencionado compendio. Error. Una lectura minuciosa me desengañó. Este libro, aunque inevitablemente trate puntos ya estudiados en el *Diccionario de Chilenismos*, es independiente de éste. Como reza su título, es un «barrido» de extranjerismos, pero es, además, una clave para aquellos que, ignorando la lengua latina, quieren, a todo trance, disfrazar con latines su ignorancia. De esas citas podría decirse con verdad

---

(\*) Por el P. Raimundo Morales, franciscano.

lo que un moralista francés dijo de la hipocresía. Así como ésta es un «homenaje que el vicio rinde a la virtud», del mismo modo los latines son un tributo de admiración que la ignorancia rinde a la lengua y la cultura latinas.

\* \* \*

El Padre Morales explica muy bien la índole e importancia de su «Barrido» cuando dice: «un libro en que se declare el significado de los extranjerismos más comunes que tenemos todos los días que oír o leer, y a veces también usar nosotros mismos, no puede carecer de toda utilidad e importancia. Añádase que junto a la explicación del extranjerismo se ponen sus equivalentes castellanos, con lo cual no se presta al lector pequeño servicio, ahorrándole el trabajo de buscárselos por sí mismo y enriqueciendo su memoria de voces y expresiones que quizá ignoraba del todo o cuyo sentido no entendía».

«Lo exótico nunca será castizo: verdad de Perogrullo», como declara el R. P. A mi modo de ver, no es tal verdad. En todos los idiomas hay vocablos que, en un tiempo, fueron exóticos, y hoy no lo son (1).

Esto sucede no sólo con los vocablos, sino también con las gentes: ¿Son «exóticos» en 1929 los chilenos de ojos azules o verdes cuyos antepasados llegaron a Chile hace poco más de un siglo y les legaron apellidos que son verdaderos «extranjerismos?»

---

(1) Esto podría fácilmente demostrarse mediante los vocablos no latinos que figuran como españoles en el Dic. de la R. A. Tiempo hubo en que fueron exóticos, pero hoy no lo son. Este mismo fenómeno se comprueba en todos los idiomas. El exotismo de los vocablos, frases y giros no es duradero. No imprime carácter. ¿Hay algo más exótico en español que *chofer*, *choferes?* y, sin embargo, al cabo de poco más de veinte años, ese vocablo absurdo queda naturalizado, no tal vez en el diccionario, pero sí en el idioma corriente.

De ahí deduzco que «muy mal» escribe Cejador (citado por el P. Morales) cuando dice: «Lo que en el árbol no salga de su propio tronco o savia, no sólo no le adorna, sino que lo afea y le daña». Esto, un arboricultor lo tildará de herejía. Al señor Cejador se le olvidó que los árboles admiten injertos y que, si éstos se hacen conforme a las leyes biológicas, no afean ni dañan al árbol, antes bien lo adornan y enriquecen. Verdad tan cierta en lo que toca a los vocablos como en lo que toca a las gentes.

Por lo demás, el R. P. Morales, como ya hemos visto, admite que hay extranjerismos necesarios. Estos, una vez injertados o admitidos, deben portarse (si tal puede decirse) como ciudadanos recién naturalizados, esto es, deben, en lo posible, castellanizarse, despojarse de su exotismo (mejor digamos exoticismo), asemejarse a sus vecinos en cuanto las leyes de la lingüística lo permiten, practicar, en una palabra, ese mimetismo que, según cuentan los naturalistas, lleva a los insectos a vestirse del mismo color que las hojas en que se esconden y a tomar la forma del palo que les sirve de percha.

Entre los extranjerismos hay algunos inasimilables; ejemplo: *knock-out*. . . Si le podamos dos letras no castellanas y la cambiamos la *o* en *a*, tendremos siempre un gringo, pero ya parecerá en vías de conversión: *nocaut*.

Igual podría decirse de *overall*, cuya castellanización en *overol* le daría aspecto español o, cuando menos, latino.

El tipo más perfecto del extranjerismo naturalizado es, a mi modo de ver, *bistec*, cuya transformación es admirable: el *beafs* se ha vuelto bis y el *steack*, *stec*. Más perfecto aún si, como en provenzal, fuere bisté. . . En tal guisa, ¿quédale algo de inglés? El ideal en esta materia consiste en españolizar todo vocablo no solamente latino o griego, sino también inglés o germano, y la españolización debe llegar al extremo de quitarle al vocablo las tres cuartas partes, cuando menos, de su extranjerismo.

\* \* \*

En su barrida el R. P. Morales aplica con severidad draconiana (pero sin injusticia) la ley de residencia a un sinnúmero de vocablos franceses e ingleses innecesarios. ¿Qué papel pueden desempeñar en castellano palabras como *pavage*, *potin*, *paravent*, etc., cuando tenemos a *empedrado*, *chisme*, *biombo*, etc., etc., etc.?

En cambio, hay extranjerismos que, sin ser indispensables, son útiles. Citaré dos únicamente, para no alargar demasiado este artículo. Sobre *massage*, dice el P. Morales:

«*Massage. Francés.* Maldita la necesidad que tenemos de esta palabra, pues poseemos *friega*, *fricción*, *frotación*, *frote*, *frotamiento*, *frotadura*, *estregadura*, *estregamiento*, *refregadura*, *refregamiento*».

Muy bien. Los franceses poseen igualmente vocablos para traducir a *friega* y compañía, y, sin embargo, han formado el vocablo *massage* (del verbo *masser*). ¿Por puro antojo? No... Lo han formado porque, a pesar de haber algo de *friega*, *fricción*, etc., en el *massage*, éste se distingue de todas las friegas y refregamientos, como lo comprueba la siguiente definición, sacada del *Larousse pour tous*: «*Massage*: Procedimiento terapéutico e higiénico que consiste en practicar sobre el cuerpo fricciones, presiones con la mano o con instrumentos especiales».

Lo mismo diré de *pompier*. «No seamos *pompier*», decía un diario en 1924. ¡Ahora sí, exclama el P. Morales! ¿Y para qué se hicieron *bárbaro*, *inculto*, *grosero*, *filisteo*? Es voz francesa» (p. 199).

Francesa es, ciertamente: mas no significa *bárbaro*, etc.

En francés, *pompier* se dice de los pintores, escultores y escritores que eligen temas clásicos y los desarrollan con *banalité* (vulgaridad). Ya se ve: el *pompierismo* es el connubio de lo clásico con la vulgaridad. Pero basta. Si me dejase llevar del encanto de este libro, discutiríamos hasta mañana.

Terminaré expresando el deseo de ver cumplida por el erudito autor de este libro la promesa, mejor diré la esperanza, de que hablé al principio de este artículo. Para cumplirla, nadie está mejor preparado que el R. P. Raimundo Morales.

1.º de agosto de 1929.

## AUGUSTO ORREGO LUCO

### «RETRATOS» (\*)

El doctor Orrego Luco ha reunido en el presente volumen seis retratos de fechas bastante diversas.

Forman el grupo más antiguo los retratos de don Miguel Luis Amunátegui, Charcot y Cánovas, escritos, respectivamente, en 1888, 1893 y 1897.

En el más moderno encontramos los de Gambetta y don Victorino Lastarria, escritos en 1916, y el de don Simón Rodríguez, escrito en 1917 y publicado por primera vez (1).

Entre las fechas extremas de ambos grupos existe un intervalo de más de veinte años, que el esclarecido autor de este libro no querrá, sin duda, dejar vacío.

Durante ese lapso, la actividad literaria y científica del doctor Orrego no ha conocido descanso. Justo es, por tanto, que así como se recogieron en este volumen trabajos escritos por él en 1883-1897, se junten en otro (u otros), los que se escribieron en los cuatro o cinco lustros siguientes.

---

(\*) Por Augusto Orrego Luco.

(1) El artículo sobre Gambetta se divide en dos capítulos: *Vida pública* (escrito en 1883) y *Vida Intima* (en 1916).

Al expresar este deseo, creo ser fiel intérprete no sólo de los amigos del doctor Orrego, sino también de los que amando a Chile, ambicionamos verle representado en la literatura americana más por escritores de verdad y por obras de peso que por gramómanos y hojarasca.

En este libro vienen retratados hombres tan diversos de indole como fueron, por ejemplo, don Miguel Luis Amunátegui y don Simón Rodríguez, tipo, el primero, del *tenax propositi vie*, de que habla Horacio, y sin igual veleta el segundo, si las veletas, no contentas con girar en torno de un mismo punto, padeciesen también de manía ambulatoria...

No menos diversos aparecen allí Gambetta y Cánovas, fundador el uno, de una República, y restaurador, el otro, de una monarquía.

No sé si me engaño, pero creo que León Gambetta se ha adueñado, mucho más que el político español, de las simpatías de nuestro autor.

Sobre esto, pido permiso al doctor Orrego para no compartir su preferencia.

Al revés de Gambetta hizo Cánovas obra constructora. A él se debe, como a su principal autor, todo el bien que España ha recibido de sus dos últimos monarcas.

Débase a Gambetta gran parte del desorden e incoherencia de que ha padecido Francia en su política interna y externa desde el 4 de septiembre de 1870 hasta hoy.

Largo (y, además, doloroso para mí) sería el emprender la minuciosa demostración de esta tesis. Baste decir que, en política internacional, fue Gambetta el autor de la famosa fórmula relativa a Alsacia-Lorena: *Pensons-y toujours, mais n'en parlons jamais*. Si el pueblo francés (o más exactamente, la clase popular obrera y campesina, y la pequeña burguesía) hubiese escuchado a Gambetta, como lo escuchó la clase politiquera «oportunistas», radical y socialista, hoy por hoy los alemanes reinarian en Francia desde Calais hasta Bayona. ¡Como si fuese posible que todo un

pueblo piense en una reconquista sin hablar jamás de ella!... ¿No nos dice por ventura Cristo, que «de la abundancia del corazón habla la boca»...?

Pero si era pobre la psicología en que se inspiraba la política internacional gambettista, no menos pobre era la lógica en que se inspiró la fórmula igualmente famosa según la cual «No hay un remedio social porque *no hay una cuestión social*».

Los grandes oradores políticos (como Gambetta) son insuperables «formuladores». Nadie les iguala cada vez que se trata de encerrar (*ad usum delphini*; es decir, para el pueblo) un mundo de sofismas en la cáscara de nuez de una frase. En lo de juntar nubes en torno de un vocablo, son insuperables... Ahí están, para prueba, los vocablos y frases *clericalismo*, *oportunismo*, *nación armada*, *nación instruida*, «*persons-y toujours*» *cuestión social*, etc. ¿Por qué, en vez de «clericalismo» no se decía «cranement», francamente, o, si se me permite el vocablo, «francesamente», lo que se pensaba? En vez de «clericalismo», si se hubiese querido hablar con sinceridad, debió decirse *catolicismo*; en vez de negar la existencia de la cuestión social (sin, por eso, dejar de admitir «cuestiones sociales», lo cual constituía un hermoso «distingo», digno de un casuista), ¿por qué no decía Gambetta a los obreros: «Os quejáis de puro regalones», puesto que eso pensaba, eso creía, como lo demuestra su frase famosa: «*Tout est pour le mieux dans le meilleur des mondes...*»

Pero más vale dejar de mano al político para recordar al mero hombre bondadoso, al amigo que colmó de beneficios a tantos ingratos... Mirado desde este punto de vista, Gambetta aparece digno del hondo cariño que le profesaron algunos hombres como, por ejemplo, el doctor Lannelongue y aquella mujer que, si la muerte no se hubiese apresurado demasiado, habría sido la esposa del gran tribuno.

A madame Léonnie León, ofrece el doctor Orrego el tributo de respeto y admiración que merece su fidelidad y su desgracia.

El retrato de Charcot debiera leerse paralelamente con el

que León Daudet hizo, no ha mucho, de <sup>T</sup> <sub>da</sub> aquel sabio eminente en cuya familiaridad vivió.

Con esta lectura se vería que, a pesar de escribir a tanta distancia de su modelo, el autor chileno ha sabido penetrar en su alma y definir exactamente su ingenio.

A la biografía de don Victorino Lastarria dediqué la mayor parte del artículo en que anuncié, en esta crónica, la publicación del primer número de la *Revista Chilena*.

El último retrato de este libro es el de don Simón Rodríguez, preceptor de Simón Bolívar, compañero de este grande hombre en la peregrinación que le llevó a Roma, inspirador del romántico juramento que Bolívar hizo en el monte Aventino y cumplió después libertando a la América Latina, químico, mineralogista, administrador de hacienda, maestro de primeras letras, fabricante de jabón y velas, y todo esto, no por sistema y con perseverancia, sino por accesos tan cortos como violentos.

Pero hay que reconocerle algo peculiar: era original, superlativamente, en un mundo que confunde la originalidad con la locura y canoniza a la vulgaridad.

Don Simón no creía en Dios, pero creía en Rousseau. El antiguo lema de los estoicos, mal intepretado y peor aplicado por el filósofo ginebrino: *Vivamos en conformidad con la naturaleza*, era, para don Simón, el resumen de toda la sabiduría habida y por haber.

¡Cuál no sería el asombro de los porteños cuando oyeron contar, entre las muchas rarezas de don Simón Rodríguez, la de su pedagogía «gimnosófica!» (2).

Pero dejemos que su biógrafo nos exponga el caso.

«En 1839, dice el doctor Orrego, citando a don Victorino Lastarria, lo encontramos viviendo en Valparaíso, en el barrio de la Rinconada, donde mantenía la escuela más desierta del

---

(2) En griego *gimnos* significa *desnudo*. Con esta explicación se verá que aquí el adjetivo *gimnosófico* viene al pelo.

lugar. Entre las originalidades de esa escuela nos recordaba el mismo señor Lastarria de haber oído hablar de la manera cómo don Simón enseñaba anatomía. Un testigo presencial vio colocados a los discípulos a ambos lados de la sala, y a don Simón pasearse delante de ellos completamente desnudo «para que se acostumbrasen a ver el cuerpo humano». —«Es fácil concebir, agrega a manera de conclusión nuestro autor, la inagotable hilaridad que debía producir esta singular resurrección del liceo griego en una sociedad semibritánica» (p. 283-284).

Es claro, después de esto, que don Simón no podía, en verdad, enriquecerse rápidamente ni siquiera vivir con los colegios que abría para luego cerrarlos. Así se explica que, mudando de profesión aunque no de voluntad, cerrase una escuela primaria para abrir una fábrica de velas. Era hombre loco, pero no tonto: rico en ironía, dejaba que ésta más de una vez se revistiese de socarronería.

Cuenta el sabio helenista francés Vendel-Heyl (citado por el señor Orrego) una historia digna de ser copiada aquí y recordada.

Al desembarcar en Valparaíso Vendel-Heyl fue en busca de don Simón. Conversando con él pudo medir el alcance de su desgracia, la cual lo movió a compadecerse del pobre profesor y a querer asociarse con él «para cubrir con su prestigio el descrédito en que había caído el desgraciado maestro de Bolívar».

«Don Simón se negó a aceptar aquel generoso ofrecimiento que, a su juicio, lejos de rehabilitarlo en la opinión, tendría como única e inevitable consecuencia el estéril sacrificio de un amigo» (p. 288).

Don Simón fue tan generoso en su rechazo como el señor Vendel-Heyl en su ofrecimiento; pero confesémoslo, en clarividencia el americano venció al francés.

Enojado Vendel-Heyl dijo a don Simón: «—Usted es un ejemplo de la contradicción que casi siempre existe entre los principios y la conducta de los filósofos». —«Tiene usted razón, repli-

có don Simón; yo, deseando hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en infierno para mí. Pero ¿qué quiere usted? La libertad me es más querida que el bienestar. He encontrado entre tanto el medio de recobrar mi independencia y de continuar *alumbrando* a la América. Voy a fabricar velas. En el siglo de las *lucés* ¿qué ocupación puede haber más honrosa que la de fabricarlas y venderlas?»

Pocos días después cerró, en efecto, su colegio y los transeúntes leían con sonrisa ligera la amarga inscripción que Rodríguez había escrito sobre el marco de su puerta: *LUCES Y VIRTUDES AMERICANAS, esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo*» (p. 288-289).

Esto es cómico pero triste. Doy por averiguado que don Simón estaba loco; pero ¿quién me quitará de la mente la tentación de poner en duda la gratitud de Bolívar?

¿Por qué no ampararía éste a su antiguo maestro cuyas eternas caminatas de pordiosero a lo largo del Pacífico no podían en modo alguno realzar la gloria del «libertador de un mundo»...?

Pero antes de dar fallo, tengamos presente que don Simón se parecía mucho (y de ello conviene alabarle) con el lobo de cierta fábula de La Fontaine, el cual (hablo del lobo, no del poeta) pudo vivir gordo en un palacio en compañía de un can amigo suyo. Viendo empero...

.... *le col! du chien pelé,*

—*Qu'est-ce la? lui dit-il—Rien?—Quoi? rien?—Peu de chose.*

—*Mais encor? —Lecollier dont je suis attaché*

*De ce que vous voyez est peut-etre la cause.—*

*Ataché? dit le loup: vous ne courez donc pas*

*Oú vous voulez? —Pas toujours: mais qu'importe.—*

Tanto importaba que el lobo, al oír esto, puso «patas» en polvorosa... *et court encor.*

Y si alguien me reprocha la comparación que hago de don Simón con un lobo (lobo decente, sin embargo, y caballero), contestaré que pude, en vez de la *Fábula del Lobo y del Perro*, citar la del *Caballo que quiso vengarse del Ciervo* donde hay dos versos preciosísimos.:

*Hélas! que sert la bonne chere  
Quand on n'a pas la liberté.*

Otra vez comentaremos esta gran verdad. Digamos por ahora que el don Simón del doctor Orrego es delicioso y diremos verdad.

9 de julio de 1917.

#### «POR LOS CAMPOS DE BATALLA» (\*)

La pasada guerra puso a prueba la capacidad simpática de las gentes. Llamo «capacidad simpática», esa aptitud que, por el solo hecho de ser hombres, poseemos todos, cual más, cual menos, para compadecer a nuestros semejantes. Pues bien, no terminaba aún el primer trimestre de la gran conflagración, cuando empezaron a circular individuos que en la solapa llevaban una medalla con esta inscripción: «No me hable Ud. de la guerra». Los miré con verdadero interés: eran tipos dignos de estudio. Naturalmente, no figuraban en manera alguna entre las gentes distinguidas. Para comprobarlo bastábame ver que «se distinguían» demasiado merced a su llamativa medalla. Tampoco pertenecían al mundo intelectual, puesto que la tal insignia era para ellos lo que las anteojeras para los caballos: impedíales ver por los lados. No alcanzan aquellos infelices a divisar lo que la guerra significaba para la humanidad y hasta

---

(\*) Por el Dr. A. Orrego Luco.

para ellos mismos. «¡No me hable usted de la guerra!» Esto equivalía a declarar; poco me importa que mueran millones de hombres, que se arruine el mundo, que se oscurezcan y supriman las viejas nociones de bien y de mal, y el concepto de la civilización cristiana; que se abra un abismo de odios inextinguibles y una era de guerras sin fin... ¡Esto me tiene sin cuidado! ¡Dejadme pensar únicamente en mi negocio, en mi digestión, en mi siesta y que se maten allá los que quieran!...»

Esos tipos cundieron por un instante a modo de moscas gusaneras, pero luego desaparecieron ante la rechifla o el desprecio. Algunos se metamorfosearon poco a poco en «rolandistas», es decir, en esa clase de insectos, desconocidos antes de 1914, que viven y vuelan por encima de la lucha, «au dessus de la mêlée», como Romain Rolland.

Los hubo en todos los países del mundo, y no sólo en tierras neutrales, sino también en Inglaterra, donde decían «Business as usual» y hasta en Francia, donde hacían el «business» (el negocio) del enemigo. Estos hombres (si así podemos nombrarlos) carecían no sólo de la facultad de simpatizar o compadecer, sino también del más elemental juicio. Hoy, sin duda, no leen nada de lo que se escribe sobre la pasada guerra y viven sin darse cuenta de que están ellos mismos padeciendo las consecuencias de aquel terrible acontecimiento. No leerán el libro del doctor Orrego. No. «No me habléis de la guerra».

¡Cuéntase por ahí, que uno de ellos hizo, no ha mucho, un viaje a París y volvió de allá convencido de que todo fue un bluff, que la destrucción, de que tanto se habla, es una fábula inventada por los franceses para cohonestar su imperialismo!...

El doctor Orrego podría desengañarlos a él y a los «rolandistas», si éstos y aquél fuesen capaces de desengaño.

Porque el doctor ha visto por sus propios ojos y describe minuciosamente esas ruinas. Ha recorrido los campos de batalla: su libro es una minuciosa fotografía de ellos.

¡Fotografía? No... Es un cuadro en que el pintor no sola-

mente apunta las realidades, sino que también las traduce e interpreta. Soissons, Reims, Verdún, aparecen ahí en todo el trágico esplendor de sus ruinas. No le pidáis que se cierna «au dessus de la mêlée»... Ha contemplado de cerca tantos escombros, ha visto a la vera de los caminos tanta cruz de palo sobre tumbas de soldados, tanta aldea derruida, tanto campo condenado a eterna esterilidad, que no podéis pedirle indiferencia «rolandiana»...

Porque, primero, es hombre y nada de lo inhumano le deja indiferente. Sin violencia de estilo, sin exceso lírico alguno, descríbelo todo y cuando le es forzoso estigmatizar a los sans-patrie, «sabe encontrar palabras frías» que los marcan a fuego.

Ejemplo característico: en su emocionante relato del asesinato de Jaurés, dice: «Ha sido dudosa para algunos la actitud que habría tenido Jaurés en la hora del conflicto, y no ha faltado quien tuviera interés en hacer creer que habría ido a buscar en las alturas de la Suiza un punto en que colocarse por encima de la lucha, un refugio en que pudiera ocultar su egoísta cobardía. Pero no, el espíritu de Jaurés era demasiado viril y vigoroso para abrazar las doctrinas desairadas de los que renunciaban a su patria y a su sexo» (p. 12).

Es probable que yo, viajando como el doctor Orrego, «por los campos de batalla», no habría podido guardar esa envidiable moderación de un estilo en que la suavidad y la fuerza se combinan. Y es seguro que el dolor y la indignación me habrían impedido percibir la poesía de esos campos y esos bosques recorridos por mí en los tiempos de mi juventud. Con todo, las imágenes que de ellos guardo en la memoria reviven y adquieren nuevo encanto en estas páginas.

Dos cuadritos, entre otros, me conmueven y rejuvenecen: uno, de un bosque cerca de Reims, y otro de un campo en el Argonne:

«Cierra el horizonte un bosque cuyo follaje espeso oscurece el camino que lo atraviesa. Siento en este bosque el ruido seco

de los pájaros que saltan entre las ramas, y oigo las notas finas de las aves nuevas en los nidos. Ya hay en el bosque nuevos nidos y nuevos amores. Ya la vida entona de nuevo su canción eterna» (p. 70).

«Contemplaba el paisaje, que es encantador desde la altura. En medio del silencio del campo, oigo las campanas de una aldea invisible. La oculta una colina. Una muchachita de la aldea se acerca tímidamente a vendernos flores silvestres. El campo todo entero está completamente cubierto con un manto de esas flores: margaritas blancas, coquelicots rojos, pensil amarillo, unos pequeños cardós violetas, unas florecillas blancas que recuerdan las ilusiones de mi tierra y que aquí llaman «grain de crin». ¡Cuántas flores ha hecho brotar la lluvia de sangre que ha caído en el Argonne» (p. 71).

Ya se ve; en el doctor Orrego cúmplase la definición de Horacio: *Pictor atque poeta*, que es la definición del verdadero artista.

Bueno es que esa lluvia de sangre haga brotar flores; pero mucho me temo que la política de los aliados de 1914 impida a Francia cosechar los frutos de esas flores. El doctor Orrego cita a este propósito una página de L. Dumur, novelista suizo, que deja pocas ilusiones.

El tiempo que mis lectores chilenos y franceses gasten en meditarla, no será perdido (p. 105-107).

De todo lo dicho hasta aquí despréndese que el libro del doctor Orrego merece ser cuidadosamente leído. Es prueba testimonial, declaración de un testigo ocular que, en Roma, habría merecido el calificativo de *omni exceptione major*. Es, además, obra de un humanista que sabe hermanar la elegancia y la verdad.

No terminaré esta crónica sin cumplir con el deber de expresar al doctor Orrego toda la gratitud que le debo por haberme dedicado tan hermoso libro: gratitud de amigo y de francés.

## « ECUERDOS DE LA ESCUELA » (\*)

Así como en la conversación del doctor Orrego, reina en este libro una admirable variedad. El tema fundamental es «La Escuela», es decir, la escuela por excelencia, la Escuela de Medicina. Pero no son estos recuerdos una seca y metódica exposición histórica en que la procesión de los hechos se despliega lenta y mecánicamente a lo largo de un camino trazado por la cronología. Tampoco hemos de temer que todo se vuelva desfile de sombras vagas o de siluetas. No. Ahí la Escuela nace, vegeta durante un decenio y luego crece, crece hasta llegar al punto de prosperidad en que ahora la vemos.

Es un milagro de vitalidad progresiva, pero, al revés de lo que sucede en las plantas cuyo desarrollo presenciamos sin ver al taumaturgo escondido en ellas, aquí lo vemos, aquí conocemos a los hombres que crearon la escuela y la profesión médica. Cada uno de ellos deja en nuestra mente una imagen nítida que no podrá borrarse.

Pero estas imágenes vienen acompañadas de ideas. Cada uno de esos creadores es una enseñanza viva. El doctor Orrego entre charla y charla, sabe sacar de los hechos la lección que traen consigo y envolverla en anécdotas inolvidables. Es un encanto.

Desde luego la ascensión social (si tal puede decirse) de la profesión médica, merece atraer la atención de los sociólogos y de los médicos.

En Chile, hasta mediados del siglo XIX, el médico era, socialmente, un ser inferior: con él no se cumplía el precepto bíblico *honora medicum propter necessitatem*. Ni la necesidad si-

---

(\*) Por Augusto Orrego Luco.

quiera hacía de él una persona honorable, un caballero (1). Se le empleaba, se le pagaba, pero se le saludaba apenas y ningún aristócrata lo miraba como su igual. ¿Cómo llegaría al grado en que hoy lo vemos?

Debióse aquella «revolución» a dos causas: primero a la ciencia personificada en algunos sabios europeos y, luego, a la iniciativa de un aristócrata chileno.

Los primeros se llamaron Lafargue, Blest, Philippi, Domeyko, Brunner, Petit, Thevenot, Sazie y otros.

Estos hombres le quitaron el velo a Isis: merced a ellos los chilenos llegaron pronto a concebir la moderna idea de ciencia y vieron que ésta, cuando se personifica en hombres como aquéllos, confiere nobleza. El diploma de doctor en medicina fue patente de caballero.

Hablando de la clase de patología interna a cargo del doctor Tocornal dice el Dr. Orrego: «Su padre (de don Javier To-

(1) No ignoro que, según los modernos exégetas, aquella traducción («honra al médico por necesidad») no es exacta, pero así y todo, durante siglos, los comentadores de la Biblia vieron en ella una regla fundamental.

«No debemos olvidar —declara el doctor— que la República de las Letras es esencialmente aristocrática. La igualdad es una quimera absurda en el mundo intelectual. La naturaleza ha establecido entre los hombres enormes diferencias, una inmensa escala intelectual, que va desde el genio hasta el idiota. Por desgracia, la naturaleza ha sido avara en sus dones. Ha dotado generosamente a un grupo reducido de hombres superiores, y dejado a la inmensa mayoría en las gradas mediocres de su escala. Mientras esa república viva gobernada por su aristocracia intelectual, los hombres superiores que se levantan en su seno, encontrarán abierto su camino. Pero si en esa república se entrega la dirección al mayor número, la masa de las mediocridades, arrastrada por una tendencia irresistible, preferirá siempre las mediocridades que se empeña en desconocer y que la irritan. El espíritu democrático, que puede ser tan fecundo para organizar la vida política de los pueblos, es desastroso para organizar la vida intelectual de la nación, porque el gobierno de las mayorías es lógicamente el gobierno de las mediocridades. Un hombre superior se pierde siempre en medio de esas masas turbulentas de ambiciones groseras» (p. 68).

cornal), siendo Ministro, había organizado la Escuela de Medicina en 1833. Era ese un gran servicio prestado a los estudios médicos en Chile. Pero hizo algo más. Hizo que su hijo siguiera los cursos de la Escuela, y que dignificara, como médico, la deprimida situación profesional. Hasta entonces sólo personas de dudosa situación social se habían ocupado de ejercer la medicina. Blest, Armstrong, Cox y otros médicos extranjeros habían conseguido colocarse en una posición brillante en sociedad, haciendo conciliables los servicios del médico y la situación social de un caballero. Pero a pesar de esto, hasta 1833, una preocupación de la colonia hacía que los chilenos miraran la medicina con cierto alejamiento desdeñoso. Hay un hecho que más de una vez se ha recordado para dar un picante relieve a esas preocupaciones coloniales. El doctor Nevin, médico francés, que fue el primer catedrático de medicina en la Universidad de San Felipe y protomédico del Estado en 1764, ganaba 50 pesos mensuales y Antón Jeves, el primer verdugo, ganaba 60. En ese chocante contraste se refleja la apreciación que se hacía entonces de la ciencia. La incorporación de Tocornal, Mackenna y Ballester hizo caer esa preocupación hecha pedazos. Esa entrada de Tocornal en nuestra Escuela fue la de un gran señor, que hace favor y que da tono» (p. 52).

Semejante «ascenso» no impidió que, en la Escuela, reinara la plaga del «cientismo» intolerante de Europa ni la del «igualitarismo».

Al primero debióse la impopularidad de Domeyko, sobre la cual el Dr. Orrego escribe páginas cuya lectura no puede ser sino provechosa para muchos médicos jóvenes y para los estudiantes en medicina.

Domeyko era a todas luces un sabio y un caballero. Nadie podía poner en duda estos dos hechos; pero, en la Escuela, nadie admitía que un sabio pudiese hacer profesión de catolicismo sin ser un Tartufo. Nadie concebía que, sin daño recíproco, pudieran coexistir lógicamente el laboratorio y el oratorio.

Siento que la estrechez del espacio me impida transcribir aquí las hermosas páginas en que el doctor Orrego describe este conflicto. Por dicha para la Escuela y aun para el país, no faltó quien, al cabo de mucho tiempo, diera la clave del misterio que tenía asombrados e indignados a los estudiantes. Cuando, merced a las poesías de Mickiewicz, comunicadas al doctor Orrego por don Guillermo Matta, se supo que el «Jegota» del poeta polaco era el mismo Domeyko, el catolicismo del sabio se confundió con su patriotismo. El héroe cantado por el poeta salvó al católico. Algo es algo... Pero, a juicio mío, esos jóvenes estaban muy atrasados de noticias y muy estrechos de criterio. Ignoraban la historia de la ciencia, y, en especial, de la medicina. Así se explica que el catolicismo de Domeyko le haya sido perdonado únicamente por ser una forma del patriotismo... polaco.

El «igualitarismo» no era menos violento que el «cientismo» en aquella Escuela. Parece —si mal no entiendo al doctor Orrego— que, en 1879, reinaba, entre los médicos, la doctrina que hoy suelen los socialistas formular en la conocida frase: *Un homme en vaut un autre* y que, para el profesorado, basta el diploma.

El sabio doctor Elguero fue víctima de las mediocridades, es decir, de la democracia médica. Lo que el Dr. Orrego dice de aquel maestro eminente puede, a juicio mío, generalizarse sin peligro alguno y extenderse hasta abarcar la vida toda de las naciones. El desgobierno que reina hoy por hoy en el mundo es suficiente base para semejante generalización.

Pero no son estas las únicas enseñanzas que este libro nos brinda. La superstición cientista tan frecuente en la época del Dr. Elguero (y en la nuestra) tiene aquí su remedio. «Hay en los jóvenes, dice el Dr. Orrego, una tendencia irresistible a confundir lo nuevo con lo bueno, a creer que las últimas afirmaciones de la ciencia son las que se acercan más la verdad, una tendencia a considerar como preocupaciones deplorables todo lo que choca con el criterio dominante. La historia de la medicina

—que por desgracia no se estudia entre nosotros— viene a modificar esas naturales y peligrosas apreciaciones juveniles, mostrándoles a cada paso los errores y fracasos de innovaciones aturdidas, las consecuencias desastrosas de doctrinas que parecían sólidamente establecidas y la vuelta de la ciencia a proclamar como verdades viejas afirmaciones desdeñosamente condenadas».

He ahí, si no me engaño, una buena lección de relativismo y de prudencia.

Pero el doctor Orrego no se contenta con afirmar. Por más que su larga experiencia profesional baste para autorizar su afirmación, aduce un hecho que, por si solo, le sirve de fundamento inconvencible. Agrega: «La historia es una gran maestra de modestia, respeto y buen sentido. En mi tiempo dominaba el criterio anatomo-patológico que consideraba ridículo suponer que la tuberculosis pudiera ser una enfermedad contagiosa y transmisible, y sólo los enemigos del progreso podían todavía defender esta preocupación absurda. Ahora miramos esa preocupación como una de las verdades demostradas y evidentes; tratamos de contener los tremendos estragos del contagio y consideramos criminal el abandono de las medidas de higiene que ayer estimábamos inútiles. El viaje a Canossa no lo han hecho solamente los Emperadores de Alemania» (p. 85-86).

¡Cuán fundada y oportuna es esta lección! ¡Cuán sensatos, respetuosos y modestos se volverían los jóvenes si la aprendieran y la tuvieran, de una vez por todas, clavada en su cerebro!

Hay que saber dudar: esta es la gran lección de toda ciencia. Dudar metódicamente, recibirlo todo con beneficio de inventario y, en vez de afirmar rotundamente y con violencia, repetir a cada paso y ante cada fenómeno nuevo la frase de Montaigne: *Qué sais-je?*

Los desengaños que el doctor Orrego acaba de mencionar no son propios de la medicina. Abundan en las demás ciencias y tanto más cuanto más dependen éstas de la experimentación.

La revolución einsteiniana es una magnífica prueba de la fragilidad de las más solemnes afirmaciones científicas.

Y no se crea que semejante escepticismo sea consejero de indiferencia, pereza y egoísmo. El médico que no es esclavo de ningún dogmatismo está siempre dispuesto para experimentar. Sabiendo que nada sabe o que lo que sabe no es definitivo, él no se opone a ninguna innovación, por poco que ésta cuadre con los principios fundamentales de la ciencia. Y así como carece de prejuicio contra las novedades, del mismo modo carece de antipatías hacia los enfermos. No hace excepción de personas ni de apariencias.

Hay de esto en las páginas 83-84 un ejemplo que conviene señalar. Lo recomiendo, no sólo a los médicos, sino a todos aquellos que, de algún modo, están relacionados por su profesión u ocupación con los enfermos en casas de beneficencia.

«Recuerdo una escena de hospital. Tenía yo entonces un servicio en San Borja. Acevedo me acompañaba junto con otros estudiantes. Encuentro un día una enferma nueva. Era una pobre tísica, en el último período de la tisis, y esa muchacha, cruelmente despedazada por la enfermedad, conservaba, sin embargo, su belleza. Mientras examinaba esa pobre enferma me llamó la atención la actitud impaciente de la monja, la trepidación de sus pies, el ruido con que volvía la hoja de su cuaderno de apuntes, todos esos pequeños detalles que parecían decir: «No pierda el tiempo, eso no vale la pena», y al otro lado de la cama veía a Acevedo con aire de indiferencia desdeñosa en que asomaba el desprecio. *C'est une fille*, me dijo entre dientes. Sentí el frío de esa atmósfera hostil y una profunda compasión por esa desgraciada para quien la caridad tenía espinas y la moral no tenía piedad. Esa manera de sentir artificial y falsa, que imponía a la monja el estrecho criterio del convento y que le imponía a Acevedo la rigidez de sus fórmulas morales, debía necesariamente ser luego reemplazada por un sentimiento más hu-

mano, más espontáneo y natural, por ese sentimiento compasivo que despierta la juventud, la belleza y la desgracia» (p. 83).

Así sucedió en efecto, y a los pocos días todos, incluso ese Robespierre, que era Acevedo, y la monja misma cedieron al encanto y esa pobre muchacha recobró su buena fama. Un anillo de oro apareció en un dedo de la muerta. Era Acevedo quien se lo había puesto, como para desmentir su cruel afirmación. «C'est une fille». No era tan Robespierre como parecía. . .

Léase ese relato en todos sus pormenores y se verá que si el doctor Orrego hubiese sido un Robespierre de veras, un fanático ebrio de certeza, habría despreciado a esa infeliz niña por indigna de sus cuidados.

Siento cortar aquí este artículo. Los «Recuerdos de la Escuela» son un campo donde podríamos espigar mucho. Las muestras ya dadas permiten calcular la riqueza de la cosecha. No tema el doctor que lo llamen *laudator temporis acti*. Nada hay más hermoso e instructivo que sus recuerdos. Ellos nos inspiran veneración por el pasado y demuestran fehacientemente que el amor y la práctica de la ciencia no endurecen el corazón ni están reñidos con el culto de la belleza literaria.

4 de febrero de 1924.

### «NOTAS DE VIAJE» (\*)

Los antiguos y, en especial, los griegos, gente curiosísima de toda suerte de novedades, eran grandes viajeros. No se conformaban con la belleza de Atenas ni con los tesoros de doctrina que el Liceo, el Pórtico y la Academia les brindaban. Habían de viajar por el Asia y el Egipto en busca de exotismo filosófico, religioso y artístico.

De ahí su axioma sobre la utilidad educativa de 'os viajes. Empero se me ocurre que si Heródoto fuera chileno y viviera

---

(\*) Por Augusto Orrego Luco.

en medio de nosotros, aquel famoso andariego sería el más casero, el más sedentario de los hombres. Diría para sí: ¿qué veré fuera de Chile que no se vea en mi país? Nada me falta de aquello que puede saciar mi curiosidad. Si quiero conocer el mundo antiguo, aquí está mi biblioteca y, cuando ella no me satisfaga, la Nacional me franqueará sus riquezas. ¿Quiero conocer el mundo moderno? Pues bien. Chile es un microcosmo: todo lo que, en filosofía, religión, política, artes y letras se está hoy discutiendo en el mundo, tiene aquí sus ecos, sus imágenes, sus representantes. El bien y el mal, la belleza y la fealdad, la inteligencia y la necedad, todo lo tengo aquí a mano. Y cosa digna de especial aprecio, aquí se goza de una libertad casi absoluta no sólo de movimientos, sino también de pensamientos. El clima es probablemente el más sano y suave del mundo. . . ¿Por qué habría yo de moverme cuando todo lo necesario y lo más de lo superfluo está a mi alcance?

A este razonamiento pareceme que el doctor Orrego contestaría, primero con una de esas miradas irónicas con que suele flechar a los argumentadores antes de desarmarlos y luego me diría: ¿Y cómo se convencerá Ud. de la verdad de sus nociones? ¿Ignora Ud., por ventura, que los conocimientos que se adquieren con los libros deben comprobarse con la experimentación y la comparación? He leído en Chile a Balzac, a Víctor Hugo, a Rousseau. Conozco al dedillo la historia de la Revolución Francesa. Pero ¿cree Ud. que mis lecturas no se fecundarán si llego a conocer menudamente la casa y ambiente en que vivieron aquellos grandes hombres y si recorro, uno por uno, los sitios en que estallaron las grandes tragedias de aquella revolución? Su teoría acerca de la inutilidad de los viajes se parece no poco a la de la raposa en el asunto de las uvas: *Ces raisins sont trop verts. . .*

—Sea lo que fuere de la utilidad o inutilidad de los viajes en general, he de confesar que los del doctor Orrego, merced a los libros a que dan origen, constituyen un poderoso argumento en contra de mi tesis. Habré, pues, de modificarla y diré que,

cuando se va a Europa armado, no sólo de ojos capaces de ver y observar, sino también con la erudición del doctor Orrego, los viajes me merecen respeto y gratitud. Y más cuando producen «Notas» como las que tengo a la vista.

Este libro se divide en seis capítulos: I, La Casa de Balzac; II, La Casa de Víctor Hugo; III, Chambéry, Les Charmettes (Madame de Warens y J. J. Rousseau); IV, El Convento de los Carmelitas (las Matanzas de Septiembre; la prisión de los Girondinos; la celda de Lacordaire); V, La Conserjería (Andrés Chenier, Madame Roland, la reina María Antonieta); VI, La Rochela.

Esta simple enumeración de sitios y personajes basta por sí sola para revelar el interés de estas «Notas de viaje». Historia literaria, historia política, anécdotas, apuntes de arte, todo se combina para hacerlas pintorescas, instructivas y amenas. Son esencialmente evocadoras.

De los sitios visitados y descritos por el doctor Orrego, conozco únicamente el Convento de los Carmelitas, a donde, repetidas veces en mis años de París, fui en peregrinación. El doctor Orrego ha resucitado en mí la terrible impresión que me hicieron esos lugares en que se desarrolló una de las más horribles tragedias democráticas de todos los tiempos... De esas paredes ensangrentadas, de esa tierra empapada en la sangre de tanto mártir brotaban, entonces, para mí, imágenes que Taine poco antes había evocado en su *Conquista Jacobina*. Al cabo de un rato sentíase uno invadido de un temor sagrado. Parecía que el cocodrilo revolucionario iba a salir de algún rincón oscuro...

En sus visitas a esas casas el doctor Orrego no es un simple turista: es también un filósofo.

Así, por ejemplo, la casa de Víctor Hugo en la Plaza de los Vosges, le inspira las siguientes reflexiones: «Buscamos (para vivir) los sitios que mejor se adaptan a nuestros sentimientos. Y así se pone en cierto modo de relieve una armonía secreta y reveladora de las cosas que nos rodean y el fondo de nuestra

alma. Más aún. Los sitios que hemos ido a buscar en un período de nuestra vida reflejan los sentimientos que nos dominaban en esa época. Si hemos ido allí no ha sido arrastrados por una fascinación misteriosa, por la atracción indefinida y oscura de las cosas, sino porque sentíamos, sin darnos cuenta, la armonía de esos sitios y la situación de nuestro espíritu y experimentábamos el inefable bienestar moral de esa armonía. Y así, descuidadamente, les confiamos a las cosas el secreto de nuestra alma. Las almas pasan, van de prisa hacia la eternidad; las cosas quedan, van lentamente hacia la ruina, y mientras quedan nos delatan el secreto que ellas guardan» (p. 65-66).

Si todas las «cosas» son reveladoras, los tinteros lo serán tal vez más que ninguna cuando se trate de escritores.

Ejemplo, los cuatro tinteros que el doctor Orrego contempló juntos en el «Museo Víctor Hugo»: *el tintero de Alejandro Dumas, padre*: un tintero vulgar, ordinario, de ésos que compran los muchachos de escuela en cualquier bodegón»; viene acompañado con una carta en que Dumas declara que ese tintero le ha servido para escribir sus quince o veinte últimos volúmenes; *el tintero de Jorge Sand*: «un tintero de viaje, de madera». (¡Como si lo viera! El mismo que yo llevaba en el bolsillo cuando iba al colegio: un frasquito muy pequeño metido dentro de un trozo de boj, que forma caja redonda con tapa atornillada. ¡Otra vulgaridad!); *el tintero de Víctor Hugo*: «es de madera tallada, de gusto árabe: obra de arte graciosa que envuelve la copa de cristal»; *el tintero de Lamartine*: «una elegante copa de cristal granate, envuelta en una malla de filigrana dorada... Toda la obra es de un arte veneciano».

De donde podríamos inferir la siguiente ley: Muéstrame tu tintero y te diré quién eres. Ella se cumple muy bien en los cuatro ejemplos aducidos por el doctor Orrego, puesto que la forma y calidad de los tinteros corresponde exactamente a la índole espiritual de sus respectivos dueños.

Ley útil solamente para el pasado. Hoy en día los escritores

usan máquinas de escribir y, en el peor de los casos, la pluma fuente los dispensa del tintero... La «fountain-pen» sirve de transición entre el tintero de antaño y la máquina de ogaño. *O tempora o mores!* ¡Epoca en que la máquina lo domina todo!...

El doctor Orrego, va filosofando a lo largo de su viaje. A veces no resiste a la tentación de la ironía.

En La Rochelle visitó la Torre de la Cadena, sitio de donde se ve todo el puerto. «El espectáculo es imponente y soberbio. Cuando Luis XI, en 1492, volvió a tomar posesión de la Rochela que tres años antes había cedido a su hermano desde esas mismas ventanas de la Torre contempló en silencio ese espectáculo. La riqueza y el poder de ese espectáculo le impresionaron tan vivamente, que escribió con un brillante en el vidrio de la ventana: *Oh! la gran locura!* pensando en la imprudencia con que se había desprendido de esa plaza. Luis XI dejó grabada en ese vidrio una confidencia de su ambición. El vidrio se ha roto, la inscripción ha desaparecido.

«Visitando los castillos del Loira vemos otra inscripción que Francisco I había también grabado con su anillo en el vidrio de una ventana: *Seuvent femme varic—Bien fol est qui s'y fie.* El tiempo ha conservado esa confidencia del amor de un Rey y no hay huellas de la confidencia de la ambición del otro Rey. El tiempo cierne curiosamente los recuerdos y sólo guarda los que merecen conservarse» (p. 292)

¿De veras?... Si, a la manera de Fontenelle, fingiéramos un diálogo de los dos Reyes ante el vidrio roto o ante el que ha permanecido intacto, ¡qué de mutuas confidencias no les oiríamos a Francisco I y Luis XI. Paréceme que al cerrar el balance de sus reinados, los dos monarcas llegarían a ponerse de acuerdo sobre el axioma de Francisco I, pero que el viejo y tacaño solitario de Plessis-les-Tours le tiraría las orejas al rumboso y enamorado príncipe por haberlo perdido todo «fors l'honneur», en Mariñán...

Para Francia más vale un Luis XI que veinte Franciscos Primeros. Prueba de ello, entre cien: La Rochela.

18 de agosto de 1924.

## EL DOCTOR ORREGO LUCO

(2 de mayo de 1848 - 26 de agosto de 1933)

Debo al finado doctor don Augusto Orrego Luco una gratitud que durará tanto como mi vida por las muchas pruebas de verdadera amistad que me dio desde principios de este siglo hasta la víspera de su muerte.

Mis estudios y mis trabajos le interesaban. En diversas ocasiones sirviómeme de guía en los primeros y, en cuanto a los segundos, más de una vez debí a un consejo suyo la suerte de no caer en errores que mi escaso conocimiento del ambiente santiaguino hacía casi inevitables en los comienzos de mi actividad periódica. Su experiencia de la vida, sus profundos conocimientos científicos, la vasta erudición que había adquirido en más de medio siglo de lecturas variadísimas y nunca interrumpidas, hacían de él un consejero de primer orden. De ahí mi gratitud para el amigo y el humanista incomparable.

En días pasados, viendo que el aniversario de su muerte se iba acercando, pensé que, siendo yo bibliógrafo de profesión, el mejor testimonio de fiel amistad que podía darle en aquel día consistiría en publicar esta bibliografía preparada, tiempo atrás, con su ayuda y que, por tanto, presenta todos los garantías exigibles. Es completa y verídica o, cuando menos, sé que no se han omitido esfuerzos para que lo sea.

\* \* \*

El doctor Augusto Orrego Luco nació en Valparaíso el 2 de mayo de 1848. En 1861 vino a Santiago para terminar sus estudios en el Instituto Nacional. Obtuvo su diploma de bachiller en humanidades en 1864 y el de médico-cirujano en 1875. Su tesis versó sobre las *alucinaciones mentales*. En ella manifestaba ya su predilección por el estudio de las enfermedades mentales y del sistema nervioso, especialidad a la cual se dedicó años más tarde. En aquella memoria desarrolla una teoría sobre las funciones del cerebro que, por una rara coincidencia, el doctor Luys, poco después, expuso en París.

De 1871 a 1872 desempeña las funciones de Director de los cursos de anatomía en la Escuela de Medicina y, en 1874, es nombrado profesor de anatomía.

De 1873 a 1879 es médico de la Casa de Orates. A fines de 1879 publica su libro sobre las *circunvoluciones cerebrales*. En el curso de aquel mismo año la Facultad de Medicina de la Universidad de San Marcos de Lima lo nombra miembro correspondiente. Escribe un estudio intitulado *Historia del desarrollo de las ciencias médicas en Chile*.

En 1885 es miembro del Consejo Superior de Instrucción Pública; en 1893, miembro de la Facultad de Medicina y en 1891, presidente de la Sociedad Médica.

En ese mismo año el doctor Orrego Luco es nombrado delegado universitario y Director de la Escuela de Medicina y obtiene, por oposición, la cátedra de enfermedades mentales y del sistema nervioso.

Valiéndose de sus propios y personales recursos funda entonces una clínica para el tratamiento gratuito de esas enfermedades, clínica que ha proporcionado a innumerables enfermos alivio y curación. Algunos casos, tratados por él, de enfermedades relacionadas con la sífilis, la tabes y la histeria traumática

han sido tomados en consideración por Charcot, en Francia, y por Erb, en Alemania.

En 1904 el Gobierno nombra al doctor Orrego Luco para representante de la medicina chilena en el Congreso Médico-Latinoamericano de Buenos Aires. Allí presenta un valioso trabajo sobre *etiología y terapéutica de la tabes dorsal*.

Los importantes servicios que prestara con ocasión de dos epidemias de viruela en Santiago, en 1892, y en Valparaíso en 1905, le han merecido dos veces la medalla de oro.

En 1906, su salud exigiendo descanso, el doctor presentó su renuncia de profesor y Director de la Escuela de Medicina.

Sus publicaciones médicas comprenden: *Los asilos de alienados* (1875); *Sepultados vivos* (1876); *Un experimento sobre el cerebro humano* (1878); *Observaciones clínicas*; *Notas sobre el diagnóstico de la sífilis*. Además ha colaborado en la *Iconographie de la Salpêtriére*.

A su publicación sobre *Sepultados vivos* debióse la legislación que todavía rige en materia de sepultaciones en Chile.

Fue elegido para diputado en 1879 y conservó su sillón en la Cámara durante tres períodos sucesivos. En 1879 presentó un proyecto de ley sobre vacunación obligatoria, proyecto que no fue adoptado.

En 1884 tomó parte con gran entusiasmo en los debates sobre la legislación relativa al matrimonio civil y cementerios laicos. De aquella época es su discurso sobre las *Relaciones entre la Iglesia y el Estado*. El Dr. Orrego era, al mismo tiempo, jefe del Partido Liberal en la Cámara y redactor de los diarios *La Epoca* y *El Mercurio*. De 1886 a 1888 fue presidente de la cámara de Diputados. A él debióse la redacción de un reglamento merced al cual la más amplia libertad de discusión quedaba asegurada, sin perjuicio de que la mayoría conservara el derecho de dirigir y cerrar los debates.

En 1888 emprende en «El Mercurio» una vigorosa campaña contra el Gobierno del Presidente Balmaceda, y en 1891 firma, en

calidad de diputado, el acta de deposición del Presidente. Y, habiendo triunfado el partido político a que pertenecía, el doctor Orrego se retira de la política activa.

Sin embargo, en 1897 el Presidente Errázuriz le obliga a aceptar el puesto de Ministro del Interior. Entonces el doctor publica en el diario *La Tarde* una serie de artículos en defensa de los derechos de Chile sobre la Puna Atacameña. Aquellos estudios, históricos y diplomáticos a un tiempo, son los más notables que se hayan publicado sobre aquella importante materia.

En 1898 es Ministro de Justicia e Instrucción Pública por poco tiempo, lo cual no impide que la Instrucción Primaria reciba de él un nuevo impulso y que sean creados los Institutos Técnicos y Comerciales hasta entonces desconocidos en Chile, creación que se llevó a cabo, a pesar de oponerse a ella la Univesidad y algunos senadores.

En cuanto escritor, el Dr. Orrego Luco adquirió una gran notoriedad, especialmente en el periodismo. Fundó, en 1872, la *Revista de Santiago* y publicó allí numerosos estudios. Deben señalarse sus artículos sobre la *Juventud de Lord Byron* y la *Vida Cristiana de Bilbao*.

Bajo el seudónimo de Ruy Blas dio a «El Ferrocarril» una serie de artículos para combatir el estudio obligatorio del latín en los liceos. De allí resultó la supresión de aquella enseñanza y su substitución por dos lenguas vivas.

(El doctor Orrego, hablando de aquella campaña, dijo, en París, al que suscribe esta bibliografía: *Si c'était á recommencer, je ne m'en melerais plus...*).

Desde aquella época hasta 1879 publicó en la *Revista Chilena* estudios bibliográficos, históricos, filosóficos, críticos y anecdóticos. En 1890 comenzó la publicación de su obra sobre el *Desarrollo Intelectual de Chile*. Es de deplorar que por causa de la revolución de 1891 (o, más exactamente, de los desórdenes que estallaron en Santiago a raíz del triunfo de los revoluciona-

rios), el manuscrito de tan importante obra haya desaparecido en el incendio de la imprenta.

En 1893 publicó, entre otras biografías, la de Charcot, que fue traducida al francés y figuró en la corona fúnebre que Chile dedicó a aquel sabio.

En 1915 sus relaciones de amistad con el señor Sanfuentes, candidato a la Presidencia de la República, lo obligaron a volver por tercera vez a la política activa. Tomó parte muy activa en la campaña electoral y, después del triunfo, fue llamado por el nuevo Presidente a desempeñar el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

Desde mucho antes de 1915 el Dr. Orrego venía dedicando sus horas de libertad al estudio de todo lo relacionado con la época de la Independencia. Fruto de aquel largo y paciente trabajo son: la *Historia de la Patria Vieja* y los *Orígenes del Movimiento Revolucionario de 1810*. Ambas obras están inéditas hasta ahora. La primera saldrá luego a luz en dos hermosos volúmenes. En estos últimos trabajos los amigos del docto historiador se complacerán en descubrir nuevos testimonios de esa perenne juventud intelectual que fue el privilegio del doctor Orrego hasta el último instante de su larga vida.

Alta personalidad científica, política y literaria, el doctor Orrego Luco, por la extensión de sus conocimientos, su fuerte cultura, sus variadísimos talentos, la importancia de los servicios que prestó a Chile, ha conquistado la gratitud y la admiración de sus compatriotas.

A ellos únese en aquellos sentimientos el amigo que le dedica, a modo de homenaje, esta biobibliografía en el primer aniversario de su muerte.

26 de agosto de 1934.

## LUIS ORREGO LUCO

## «EN FAMILIA» (\*)

## (RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO)

Al anunciar al público la nueva obra del eminente novelista chileno, creo ganar albricias, tanto porque la noticia promete goces de muy variada índole a los lectores de *Casa Grande* (entre los cuales, aun los más descontentos quedaron con deseos de leer otras novelas del mismo autor), cuanto porque, si no me engaño, *En Familia* será la primera de una serie cuyo título «*Recuerdos del tiempo viejo*» es muy... «aperitivo».

Entre los muchos personajes que figuran en este libro, hallo, en efecto, tres tipos cuyas aventuras darán al señor Orrego mucho paño que cortar en sus futuras novelas: *Gallter*, *Elías Walters* y *el doctor Ortiz*.

¿Diré algo de esta trinidad antes de penetrar en el corazón de la novela?

«*Gallter* era natural de Suecia, y había venido a Chile años atrás, con motivo de la instalación de una fábrica de conservas. Todo parecía, menos hombre de negocios: su especialidad era la elegancia, su culto el buen tono, su Biblia la moda. Ningún hombre en Santiago se vestía como él; el corte de su levita, la blancura irreprochable de sus pecheras, el matiz de sus corbatas, el puño de su bastón, el tono de sus guantes y de sus polainas, la forma de sus cuellos, sus sobretodos, sus sombreros eran materia de estudio especial que constituía el afán de su existencia entera» (p. 60).

---

(\*) Novela de Luis Orrego Luco.

He ahí un tipo cuyo original, según creo, merodeó en Santiago en años que aún no alcanzan a perderse en la noche de la prehistoria...

¿Será el segundo tan real y efectivo como el primero?

«Don Elías Walters era de los políticos que más habían figurado en los últimos años como firmes pilares del Gobierno; hasta ese momento había sido bastante mal mirado por los círculos opositores que le atacaban con la violencia empleada entonces en la política chilena. Pero a semejantes ataques se mezclaba siempre un poco de miel. No acertaban a comprender los enemigos del Gobierno que le apoyase decididamente hombre de ilustres antecedentes, de fortuna y posición social. Estaba bien que los advenedizos medraran a su sombra, pero no los personajes como Walters. ¿Qué se dejaba para los aventureros, los cursis y los pícaros que medraban a la sombra de los contratos y de las granjerías de Gobierno? Precisamente por aquellos días se produjo choque entre el Presidente y Walters, que ocupaba la cartera de Justicia en el Gabinete con lo cual éste se retiró, en medio del júbilo de la oposición que veía formarse el vacío en torno del jefe de Estado. Conservadores y radicales hacían oposición infatigable al Gobierno, celebraban meetings, publicaban terribles artículos en la prensa y movían la opinión y la sociedad con entusiasmo ardiente» (p. 58-59).

Estamos en 1886 y en aquella época «los políticos a la chilena, con mucha recámara» podían tener aventuras dignas de contarse. Dicho esto para el efecto de las albricias a que aludí al principio, agregaré que, en esta novela, el señor Orrego Luco manifiesta las mismas tendencias que en *Casa Grande*.

*En Familia* es una novela de costumbres fundada como las de los mejores «realistas», en observaciones perfectamente sinceras.

Elisa Orbegoso y García es una aristocrática niña tan inteligente y buena como bella, que tiene locos a tres adoradores conocidos.

El primero (Samuel Ortiz) es un joven doctor que, consciente de su inferioridad en punto a abolengos y caudales, se arraiga y concentra en silencioso platonismo. De él sabremos poca cosa en esta novela, pero las dotes de inteligencia y corazón que manifiesta aquel médico tendrán (así al menos lo espero yo) su plena eflorescencia en otro libro de la anunciada serie.

El segundo candidato es don Hernando García, entre cuyos *handicaps* hay que contar defectos insubsanables: la edad (es cuarentón... con creces), la tacañería y... la riqueza. (Nada digo de su parentesco con Elisa, de quien es tío). Nuestra heroína no es de las que se venden, y así don Hernando, a pesar de sus millones, se queda contemplando el éxito matrimonial de Javier Aldana, joven aristocrático a la moda de 1886.

¿Quién es Aldana? Para definirlo, es menester valernos del antiguo adagio: Dime con quién andas y te diré quién eres.

«Por aquellos tiempos florecía en la capital chilena un tipo curioso, el «tipo de portal», así llamado porque vivía y penaba en el centro de la ciudad, en la parte comprendida en los portales de Matte y Fernández Concha. Pasaban esos muchachos una parte de la vida en los cafés, tomando copas o jugando al billar, en el cual eran eximios, o bien dados al arte del dominó —de donde tomó su nombre el círculo de que formaba *Juan*: «la Sociedad del Dominó»—. Habían llegado a ser temidos de la policía por sus barbaridades —tenían fiestas, acompañadas de grandes remoliendas, en las cuales se bebía por espacio de dos o tres días y se bailaba en compañía *non sancta*—, aquello solía concluir con desórdenes monumentales en los cuales no siempre salía bien parada la policía que se atrevía a meterse con aquellos bárbaros. *Javier Aldana*, uno de los íntimos de Juan, había formado colección completa de sables de «Pacos», como se llamaba en aquellos tiempos a los policías: *Julio Rosales*, otro de los «dominós», guardaba preciosamente su colección de gorras de guardianes municipales, conquistadas en el campo de

batalla, como trofeos de guerra. Era una juventud de buen humor que se divertía locamente, que botaba el dinero sin contarlo, y amaba y cantaba y reía y hacía todo género de disparates, pero siempre con traza de caballeros. Algunos tocaban la guitarra, otros eran poetas; había un capitán de artillería que después fue general y se distinguió en los campos de batalla; otros fueron Ministros y senadores, otros se casaron, llegaron a millonarios y acabaron arruinados. Los primos de Aldana figuraban entre las primeras fortunas del país y su nombre gozaba de considerable prestigio.

«A pesar de que soy de los Aldana pobres, aprovecho, solía decir éste: exploto siquiera la marca de fábrica» (p. 21-22).

Entre los compañeros y amigos de Aldana cuéntase, a título de íntimo, Juanito Orbegoso, a quien la carencia de dinero obliga, no obstante los pergaminos, a ganarse la vida en el Banco Territorial, en calidad de cajero.

Elisa ama a Aldana, pero *sub conditione*: exige del joven una promesa de enmienda que éste otorga tan amplia como suelen los hombres de su edad.

Pero pronto puede la hermosa joven medir el valor de aquel juramento. Juanito, su hermano, le revela, sin quererlo, la vida de Aldana, tan empedernido jugador como antes, a pesar de su promesa.

Elisa ama, pero exige que el hombre a quien da su corazón sea digno de ella.

Desengañada, renuncia a Aldana.

¿Qué caminos abrirá la Providencia para hacerla volver sobre sus pasos?

Juanito entra a saco en la Caja del Banco y roba algunos miles para regalar una joya a una actriz del Municipal.

Descubierto el desfalco, acude el desgraciado a su tío Hernando, quien le abandona a su suerte.

Pero Aldana interviene. Aquel joven alegre, bullicioso y sin

escrúpulos, le salva. Y, súbito, sus acciones matrimoniales se cotizan con premio.

Elisa, engañada o desengañada (que tanto da en este caso), otorga su mano al salvador de Juanito y de la honra de los Orbegoso.

Reducida a esta forma esquemática, la novela del señor Orrego, parecerá muy sencilla; pero el que haya leído a *Casa Grande*, comprenderá que, alrededor de la tragedia de Juanito, han de evolucionar numerosos personajes en quienes se compendia la vida aristocrática santiaguina de 1886.

Maneja admirablemente el novelista su batallón. Allí, fuera de los personajes ya nombrados, figuran señoras de muchas campanillas cuyas ideas y manías vienen retratadas con la simpática ironía a que nos tiene acostumbrados el señor Orrego Luco.

Al lado de Elisa vemos a sus tías doña Encarnación García de Sanders, señora tacaña en casa y derrochadora en la calle; a doña Micaela y a doña Juliana García, piadosas solteronas que gastan los tesoros de su alma no tan sólo en obras de caridad o de devoción, sino que también en criar con regalo una legión de perros, gatos y loros.

Personajes muy chilenos a la antigua usanza son el padre de Elisa, don Santos Orbegoso, a quien su honradez ha empobrecido, obligándole a solicitar y desempeñar el cargo de Ministro en la Corte, y doña Magdalena su esposa.

Buenos ambos hasta el escrúpulo inclusive, son auténticos ejemplares de cristiandad tal como la entendían y practicaban los aristócratas de ahora treinta o cuarenta años.

Pero ¡cuán débiles son ambos *en familia*, esto es, en su papel de educadores! ¡Cómo pueden tolerar la vida desarreglada de su hijo Juan y las «fechorías» de ese par de chiquillos tan malvados como monos, Micha y Caco, terror uno y otra de los que visitan la casa de Orbegoso?

Baste por ahora esta breve reseña. En otra crónica exami-

naré con alguna minuciosidad a los protagonistas de *En Familia* y procuraré sacar de sus dichos y hechos las enseñanzas que encierran.

Justo es, sin embargo, señalar desde luego el capítulo en que el autor describe la desesperación de Juan Orbegoso y de su padre al descubrirse el desfalco. Por su vigor e intensidad aquellas páginas son dignas de un gran novelista.

---

Habiendo analizado, aunque tal vez con demasiada precisión y brevedad, la novela del señor Orrego Luco, tócame ahora expresar y fundar el juicio que me merece.

Para lo cual será útil enunciar desde luego los principios que han de ser mis premisas.

Digo pues que, en mi opinión, una obra no merece plenamente el nombre de novela ni el calificativo de buena si carece de alguno de estos elementos: realidad, juicio y utilidad.

No puede negárseme, que, desde la época en que el romanticismo murió agotado por sus excesos de imaginación, lo que buscamos en la novela es la imitación de la vida, la realidad o, como han dado algunos en decir, el «realismo».

Queremos, por ejemplo, que en tratándose de Chile y del año 1886, la novela se desarrolle, no en una región imaginaria sino precisamente en el Chile que conocemos. Exigimos además que los protagonistas piensen, hablen, sufran, en una palabra, vivan como chilenos del año indicado. No toleramos con paciencia que se nos dé gato por liebre en punto a tiempo y a lugar. Queremos sinceridad y realidad, y, si algún exceso nos ha de parecer perdonable, será el que se comete observando y pintando aquella época con una minuciosidad extremadamente realística.

A esto nos tienen acostumbrados el precursor del realismo,

Balzac, y su innúmera prole, George Eliot, por ejemplo, o Tolstoi por no nombrar a franceses.

Pero no nos contenta fácilmente un realismo seco y exclusivo.

Cuando leemos a Flaubert, a Maupassant o a Huysmans, no podemos negar que, en sus obras, la observación sea minuciosa y la realidad perfectamente imitada. Pero echamos de menos el juicio, quiero decir, la apreciación que a aquellos novelistas les mereció la vida pintada por ellos.

Por cierto que, al ceñirse con estrictez a la fiel pintura de lo real, no es solamente el «arte por el arte», su divisa y que al callar su opinión no pretenden en modo alguno privarse de influir en la nuestra.

¿Quién, pongo por caso, negará que, al pintar al anticlerical Homais y al abate Bournisien, el autor de *Madame Bovary* no los haya juzgado tontos de a folio y no haya querido que por tales los tengamos?

No lo dicen, empero, y este silencio, aunque sea muy elocuente para el que sabe leer exprimiendo todo el jugo de una página o de un libro, es perjudicial para el hombre distraído, esto es, para la gran mayoría de los lectores.

Y que esto suceda así, lo sé por experiencia ya que, entre varios lectores (y lectoras) de *Madame Bovary* cuidadosamente interrogados por mí, he encontrado pocos que hayan percibido «a fondo» el «juicio», es decir, la opinión de Flaubert acerca de Homais y Bournisien.

Es, por ende, menester que, como Balzac o Eliot, el novelista juzgue a los hijos de su fantasía o a los objetos de su observación.

Aquel juicio es parte esencial de su obra literaria y si es lógica y moralmente adecuado, llega a convertir la novela en «obra de misericordia» intelectual, moral y social.

Y con esto llegamos al tercer elemento de la novela perfecta, que es su utilidad social.

No niego, por cierto, que *Madame Bovary*, con toda su inmoralidad, no pueda, en ciertos casos y para determinadas personas, ser moralmente útil. De las aventuras de aquella romántica persona dedúcense con poco trabajo conclusiones aptas para desengañar a hombres y mujeres acerca de ciertas maneras de casarse y de vivir. Lo mismo diría si se me interrogase acerca de *Assommoir* de Zola, cuya eficacia antialcohólica es innegable en... los abstinentes.

Pero el método que consiste en exponer el vicio en toda su desnudez para amedrentar al espectador es demasiado «espartano», pagano y, en una palabra, ilusorio.

Las escenas de una novela que pretende merecer el calificativo de socialmente útil deben acompañarse con «juicios», y del conjunto de éstos ha de resultar una lección. «La vida, como decía Brunetiére, es escuela de vida» y el novelista, maestro de vida.

Dicho esto (y suponiendo concedida su verdad), será fácil juzgar la novela del señor Orrego.

El realismo de «En Familia» es innegable.

Si con mis veinte y más años de vida chilena no tuviese suficiente experiencia para fundar aquel juicio, bastaríame la opinión del señor Crescente Errázuriz, publicada en este diario.

Dice, en efecto, aquel testigo *omni exceptione major* en su carta al señor Orrego:

«La irreprochable belleza literaria y el conocimiento del corazón que en ella luce, casi no deben tomarse en cuenta cuando se trata de un maestro en el arte de escribir. Pero hay otras circunstancias por las cuales «En Familia» vivirá siempre y honrará a su autor.

«El esfuerzo del historiador se dirige a retratar una sociedad, a procurar que el lector la conozca y viva en ella. ¿No es esto lo que usted de manera admirable ha conseguido en escenas

llenas de naturalidad, cuyos más mínimos pormenores traen a la mente el encanto de nuestros dulces antiguos hogares?» (1).

No cabe mayor elogio: calificado de «historiador» por el más eminente de los historiadores chilenos, el señor Orrego, es, pues, realista en el significado literario de aquel vocablo.

Añade el señor Errázuriz

«Y ha escogido para mostrar esos encantos, hogares que pocos escritores —aun suponiéndolos tan capaces como usted— pueden describir: se necesita haber nacido, haber sido educado en ellos. A todas luces, su libro es preciosa novela, última historia de la época, y obra de quien ha tenido la suerte de nacer en hogar lleno de nobles tradiciones. Quien en país extraño lo lea sabrá a qué clase social pertenece el autor: tales escenas no se describen sin haberlas visto «en familia».

Ahí tenemos la explicación de aquel realismo tan raro, digámoslo de paso, en la novela chilena escrita, más de una vez, por testigos imaginarios, esto es, por autores muy despiertos sin duda, y muy artistas, pero sin experiencia acerca de la vida que describen y juzgar.

Entre los numerosos personajes de «En Familia» dignos de estudio, fuerza es, por falta de tiempo y de espacio, atender sólo a dos o tres de los principales.

Se me concederá, por ejemplo, que Elisa Orbegoso sea fiel imagen, tipo real de la «señorita» de aquellos tiempos en que la vida espiritual era una fuerza que penetraba como espada de dos filos «alcanzando hasta partir el alma y aun el espíritu, y las coyunturas y tuétanos» como dice San Pablo.

El amor es su rey pero en el alma de Elisa no impera cual déspota asiático, sino cual monarca a la inglesa sometido a una «magna charta» y constitución que limita su poderío.

Bien se echa de ver esto cuando dice a Javier Aldana:

«—¿Cómo pretende que lo tome en serio, hombre de Dios,

---

(1) «Mercurio» del 9 de agosto de 1912.

cuando usted mismo no se hace respetar? ¿Acaso todo Santiago no habla de sus enredos y de sus calaveradas? Y sin embargo, me había prometido corregirse, transformarse en otro hombre, dejarse de locuras de una vez por todas. Fíjese que ya no es niño: en vez de trabajar, hace versos y locuras, y con poesías no se manda a la plaza. Un hombre que pretende formar hogar serio y honrado, constituir su familia, formarse un nombre, ser querido por niña que valga la pena, debe principiar por respetarse a sí mismo para que a ella la respeten los demás. Créame que siento una pena muy honda cuando llegan a mis oídos historias como la del último combate o batalla campal con la policía. Usted es inteligente, simpático, pero demasiado loco —y esta es una expresión benévola, que emplean los que le aprecian, pues el resto de la gente usa otras palabras que tal vez no le agradarían si las oyese—. El hombre que ama de veras, no tiene más pensamiento ni línea, en la vida, que aquella por la cual se llega a la mujer amada. ¿Cómo se puede concebir que un hombre que piensa con toda su alma en una joven, ruede así por lugares —no sé cómo decirlo— sin nombre. El cariño es uno, Javier; en un corazón no tienen cabida semejantes contradicciones».

Cierto es que el señor Orrego no acepta como verdad inconcusa aquel sermón en que las más altas verdades vienen mezcladas con las más humildes.

Dice, y, a mi parecer, yerra diciendo:

«Al hablar de esa manera, ignoraba Elisa, en realidad, que ese género de contradicciones constituye el fondo mismo de la vida: no cabía en su mente el oleaje de pasiones y de ocultos instintos que agitan a los hombres. Es el defecto de la enseñanza excesivamente delicada y sentimental dada a nuestras jóvenes por sus padres; es el de una enseñanza romántica, según la cual sólo conocen las apariencias de la vida, y llegan al matrimonio en la plenitud de las ilusiones, buscando algo que nunca llegará tal vez, convencidas de la fidelidad inquebrantable de los hombres que aman, en la eternidad de los amores, en la delicadeza in-

finita de aquellos que se les acercan murmurándoles palabras dulces, con la miel en los labios...»

En esto el novelista es eco de teorías que, en 1886, empezaban a correr, y cuya aceptación por muchos no les quita el carácter de sofismas inventados por el egoísmo del varón.

Muy lejos de ser romanticismo esta aspiración de Elisa y de toda mujer hacia el amor eterno, es grito y exigencia de la naturaleza, no diré femenina, sino humana.

A falta de la doctrina cristiana, bastarían, para legitimar esta creencia y exigencia, las enseñanzas de la historia natural del hombre.

Es, en efecto, fácilmente demostrable, que la evolución humana tal como la vemos realizándose en la civilización actual, consiste en una marcha progresiva hacia la monogamia, sinónimo, si no me engaño, de lo que todas las Elisases del mundo entienden por «eternidad del amor».

Pruebas científicas de esto podrían aducirse aquí. Al que quiera buscarlas me contentaré con indicar el admirable libro del naturalista escocés Henry Drummond intitulado *The Ascent of Man*. Allí, en dos capítulos maravillosos, expone aquel célebre discípulo de Darwin la «evolución de una madre» y la «evolución de un padre» y demuestra que el progreso humano dependió y depende de la «desanimalización» (perdóneseme el vocablo) del amor, es decir, una vez más, de su «eternidad» «románticamente» entendida y puesta por obra.

Realista en la descripción del alma de Elisa, y aun en el juicio que acabo de copiar y de discutir, lo es también el autor en la descripción de Javier Aldana, de don Hernando García y del padre de Elisa, don Santos Orbegoso.

Prescindamos del simpático tunante Aldana, y del semibea-to y tacaño solterón de don Hernando para dedicar el poco espacio que nos queda a don Santos.

He ahí un padre de familia modelo: caballero sin orgullo, cristiano sin ostentación, intergérrimo magistrado, los polos de

su vida son la iglesia y el hogar. Bástanle su religión y su familia para inspirar y regir toda su vida.

Hombres como él, ¿quién no conoció algunos (y muchos)?

Realista en esto, lo es menos, sin embargo, el autor en el juicio que nos insinúa y que, después de leer la novela, no podemos menos de expresar.

Don Santos no es ni tan cristiano como se nos dice ni tan ideal padre de familia, como a primera vista podría creerse.

Y aquí digo que, en cuanto a don Santos, el elemento «juicio» es imperfecto en esta novela.

¿Es admisible —preguntaré— que un *caballero*, como don Santos, consienta en vivir, a expensas (en parte) de una cuñada rica?

En mi opinión aquella vida de comunidad (aunque real, ya que bien puede haberla observado el señor Orrego en alguna «familia» de 1886) es fuente de ruina para la autoridad moral de un padre de familia y de un magistrado.

De allí nace la insignificancia del padre (y de la madre) de Elisa, manifestada en el desenfado con que a uno y a otro los tratan sus hijos, y entre todos, el desdichado Juan.

¿Por qué no lo dice el novelista (y ¿por qué no juzga, como lo merece?) esa vida inferior que, al sacrificar su independencia, sólo obedece al absurdo empeño de no parecer pobre, siéndolo, o, a lo que los franceses llaman *le besoin de paraître*? ¿Es admisible que un magistrado, como don Santos, viva en las nubes y desde temprano no ponga punto final a los desórdenes que llevan a su hijo a mancharse con un robo?

Prevé don Santos lo que puede suceder y sabe que su hijo, aunque pobre, vive como rico. ¿Es posible que un magistrado y un cristiano no discurra con más rapidez y acierto y no aleje del precipicio a su hijo?

Y una vez caído el infeliz joven, ¿es creíble que aquel cristiano (tan hasta la médula penetrado por su religión) ofrezca a su hijo... un revólver?

«Lo veía todo<sup>7</sup> confuso; en la inesperada crisis, le parecía que el honor de los Obergoso, ese orgullo de raza, era ya la burla y la mofa de Santiago entero —cómo gozarían los envidiosos, los advenedizos, al ver que familia tan ilustre dejaba rodar sus antiguos blasones históricos por el cieno del arroyo—, ya los recién enriquecidos le eclipsaban con su lujo, y no le daba su puesto la sociedad que le había visto, sin embargo, abandonar su fortuna en un acceso de hidalguía, sin que los preceptos legales le obligaran. Ahora, con esto de Juan, ya no le quedaría ni el armiño de su nombre. Al pensar de esta manera, sobrecogióle una ira inesperada, tuvo un sobresalto de la dignidad herida, y el deseo supremo, la necesidad íntima de mantener intacto el prestigio de su nombre. Abrió el cajón del escritorio, sacó un Smith-Wesson, revisó los tiros y lo echó al bolsillo de su gabán, tomó por el estrecho pasillo que conducía a las habitaciones del segundo patio y abrió suavemente. La vela estaba encendida en la palmatoria, sobre una mesa, dando su luz mortecina aspecto lúgubre a la estancia. Juan, echado sobre la cama, sollozaba, en esas convulsiones de los dolores sin remedio, de la vida que se hunde sin reparo, perdida la última esperanza, abrumado por lo irremediable. Don Santos penetró en silencio, llevaba el rostro demacrado, como si hubiera envejecido en unas cuantas horas: los ojos brillaban siniestros en las cuencas reseca, entre los párpados apergaminados; sus dedos sarmentosos sacaron, entre tiritones de los nervios, el revólver que llevaba. Lo depositó junto a la palmatoria y salió. No había pronunciado una sola palabra. Juan tampoco, pero se habían entendido sin mirarse, en aquella horrible escena muda, en que el uno, acosado, ya ni siquiera imploraba piedad humana, y el otro señalaba, implacable, al hijo, la reparación suprema al honor de la familia».

Muy dramática es aquella escena, pero, aunque tal vez fundada en hecho positivo, la juzgo inverosímil. Es conclusión no contenida en sus premisas, puesto que, siendo quien es don

Santos, cristiano y magistrado, no podía esperarse, ni siquiera imaginarse semejante gesto.

O ¿querrá insinuarnos el autor que aquella religión, al parecer tan penetrante, era como el delgado capullo de seda de que se despoja el insecto cuando suena la hora de la crisis final?

No puede negarse que así sea para muchos, mas no para hombres como el que el señor Orrego nos pinta en su libro.

Esto es un caso de «ser o no ser» y cuando se cae, como cayó aquel padre de familia, no es expiación bastante decir con don Santos:

«—Hijo mío... perdóneme... que se haga la voluntad de Dios. Lucharemos juntos, unidos y seremos fuertes. La vanidad humana me arrastró y no supe lo que hice. Consuélate, apártate de ese pecado, de ese nuevo crimen; afirmate, Dios nos guía y nos protege en las caídas y errores propios de la flaqueza humana. Confíemos en El: Señor, muy de buena gana padeceré todo lo que quisieres que venga sobre mí, lo bueno y lo malo...»

Esto era menester decirlo y, sobre todas las cosas, pensarlo antes, porque así piensa y habla un padre de familia cristiano.

Las principales enseñanzas de esta novela pueden, en mi opinión, compendiarse en algunas proposiciones claras y breves.

1.º *Por lo que toca a Aldana y a Juan Orbegoso*: Es menester que los padres de familia sean más estrictos (de lo que eran en 1886) en la educación y gobierno de sus hijos. Así se evitan amistades y malas andanzas que terminan en deshonra.

2.º *Cuanto a don Santos Orbegoso*: la independenciam, aun a costa de pobreza virilmente sobrellevada, es fuente de autoridad para el padre de familia, y

3.º *Cuanto a la hermosísima Elisa*: El ideal que ella se ha formado acerca del posible marido es el único verdadero, digno y cristiano; pero de nada sirve si un Javier Aldana, tan distinto de aquel ideal y aún tan en contradicción con él, puede, con el oportuno sacrificio de quince o veinte mil pesos ocupados en

tapar «el trou a la lune» hecho por Juan, volverse blanco como armiño y . . . sentar oficialmente plaza de novio.

Y sobre esto tengo mis temores. En alguna de las futuras novelas del señor Orrego, tal vez pague Elisa, a costas de su felicidad, su mucho apresuramiento.

¡Así es la vida! . . . Con vivos colores píntala el señor Orrego y, aunque no todos sus juicios me parezcan fundados en los hechos, no por esto dejo de ver que su novela es una página de historia.

El elemento «realidad» sobrepuja en esta obra sus dos imprescindibles compañeros, pero la tal predominancia no quita que «En Familia» sea novela conforme a la definición dada más arriba, ya que, al fin y a la postre, es «escuela de vida. . .»

5 y 12 de agosto de 1912.

### «UN IDILIO NUEVO» (\*)

En el siglo XVIII y hasta muy entrado el XIX quiso la moda que las novelas fuera del título propiamente dicho, llevaran un subtítulo explicativo.

Así, por ejemplo, hallamos obras que se intitulan *Emilio* o de la Educación. *Víctor*, o el niño del bosque. . . etc.

Salta a la vista que J. J. Rousseau, al idear el título de la primera, se propuso ahorrarnos toda cavilación acerca de su tema y que Ducray-Duminit, al bautizar de tan extraña suerte su vulgar novelón, quiso, por el contrario, picar nuestra curiosidad.

¿No convendría a veces que los novelistas de hoy imitasen a sus predecesores y que, bautizando sus obras a lo Rousseau, las intitulasen, por ejemplo, «Un idilio nuevo» o del «déclassé» en la aristocracia chilena?

---

(\*) Novela de Luis Orrego Luco.

Porque si sólo consultamos el título que el señor Orrego dio a su primera novela, poca luz sacaremos de él.

Bien es cierto que con la calificación de «nuevo» que da a su idilio, nos induce el autor a preguntarnos de antemano: ¿En qué consistirá esta novedad? Pero ¿no sería más humano el novelista si previniere nuestro deseo de información y con un par de palabras aclarase el punto?

De todos modos sostengo que el subtítulo añadido por mí traduce con alguna exactitud la idea del señor Orrego.

El protagonista de «Un idilio nuevo» es, en efecto, un «déclassé», un individuo en quien la ambición de ascender socialmente estalla a modo de apendicitis sin que nada en la actual posición de su familia o en la suya propia le autorice a soñar con tan altos vuelos.

Nació o se crió Antonio en las «Tablas de Tamarga», esto es, en una hacienda del sur, a dos pasos de un pueblo chico, y allí vivió, hasta los 18 años, al lado de su padre, un Fernández y Lisperguer, aristócrata arruinado que escondía en el campo su pobreza y sus desengaños («Un Fernández y Lisperguer, si no es el primero en Santiago, si no figura entre los primeros, debe sepultarse vivo», (p. 26), y de su madre, una Alvarez de Villarreal, nieta del marqués de Villarreal, virrey del Perú.

Mientras no sale de «Las Tablas», Antonio Fernández y Alvarez parece sano de alma: en él no hay germen alguno de «aristocratitis»...

Su sencillez y sinceridad le hacen enamorarse de una jovencita hija del administrador de correos de su pueblo y ahí está la raíz de todos los males que el porvenir le tiene preparados.

Advirtiendo el peligro de aquellos inocentes amoríos, resuelve el padre despachar a su hijo a Santiago. «Bien comprendes, le dice el tronado noble, que sería ridículo el pensar en matrimonio con Pepita o con cualquiera otra dama por el estilo... Comprendo que un muchacho se enamore de una chiquilla graciosa; esto pase, pero no que se case con ella».

Esto comprende aquel paterfamilias y Antonio sale de su casa, pobre de dinero, pero rico en sabiduría, merced a la siguiente profesión de fe del «autor de sus días»: «No hay que buscar las dificultades en la vida; antes orillarlas. Desde luego es menester presentarse mostrando confianza en sí mismo; ser amable hasta donde sea posible, sutil, astuto... Ante todo es menester no olvidar nunca el nombre de los Fernández y Alvarez de Villarreal... En sociedad interiormente orgullosa como la nuestra, y celosa de lo poco bueno que le queda en materia de antecedentes de familia, el orgullo, cuando es firme, activo, consciente, es grande arma: quizá la mitad del éxito. Estudia con seriedad, visita mucho (1), evita las deudas y las malas compañías. Te aconsejaré que seas implacable con los enemigos cuando veas que puedes reventarlos, si no, dúctil, impenetrable como la esfinge para herirlos en el punto y en la hora convenientes, pero de manera mortal. En todo recto y perfectamente leal y honorable» (p. 31-32).

¡Pobre muchacho! ¡De tal palo, tal astilla!

Aunque luzca apellidos de más brillo que el escudo de Aquiles y de más resonancia que la voz de Estentor, va Antonio a parar en una pobre casa de pensión en la calle de Lira y allí empieza su «déclassement».

En perpetuo contacto con el «medio pelo» realiza nuestro joven el milagro de una doble vida, sin dinero, sin protectores al principio, logra a ratos rozarse con parientes ricos, pero vuelve siempre a su pobreza, a su «pensión».

Por horas, pertenece al «pelo alto» y por horas al «medio». Este, por efecto del «mal de impecuniosidad» de que habla Rabelais, no le suelta. En jóvenes cuya «subconsciencia», a modo de sandwich, está rellena de nobles antepasados, aquel mal es terrible.

---

(1) ¿No sabría aquel buen señor que entre estudiar con seriedad y visitar mucho hay cierta contradicción?...

En Antonio sus efectos fueron lo que podía esperarse en alma sin ideales, sin verdadera nobleza, y educada por un hombre como el señor Fernández y Lisperguer. . .

Enamórase nuestro joven de una prima rica; intenta suicidarse porque la prima, aunque enamorada de él, prefiere casarse con un viejo ricachón; se reconcilian primo y prima, cuando ésta (se adivina por qué) le da calabazas al arcaico novio. . . .

Renacen las esperanzas de ascenso. Sin que sepamos cuándo ni cómo estudió recibe Antonio el título de abogado, pero como los litigantes se muestran reacios, no hay pleitos, *ergo*, ni dinero, *ergo* ninguna esperanza de casarse con Julia. Esta encantadora niña, no es, por cierto, de las que ven su ideal de felicidad en la famosa frase: «Contigo, pan y cebolla».

¡No ella! . . . ¿Qué hará Antonio?

Para ascender, esto es, para casarse, no le bastan los ochenta pesos de sueldo que le paga la Tesorería. El «empleíto» fiscal que desempeña en el Ministerio de Hacienda le da para cigarros. Antonio es un pez que no se resuelve a vivir en el agua en que (y para que) nació. . . El aire de las alturas le matará.

Y así sucede que, a impulsos de la ambición disfrazada de amor, juega dineros de la caja fiscal y, naturalmente, los pierde.

Ganando 60,000 pesos podía casarse, pues con ellos arrendaba un fundo, etc., etc. Pero la suerte le traiciona, así como él traiciona a los Fernández y Lisperguer, a los Alvarez de Villarreal y a la honradez.

Si hubiese escuchado la voz de la naturaleza, le tendríamos aquí casado con Pepita, hija del administrador de correos. . .

Pero escuchó al señor Fernández y Lisperguer, y se dejó infectar de la ambición malsana que, según vemos en esta novela, suele fermentar en el ambiente de la dorada ociosidad santiaguina.

Todo lo pierde: pierde a Pepita (pero ésta ¿qué le importa?), pierde a Julia (la pérdida es de poca monta), pierde el honor. «Tout est perdu, *même l'honneur*».

Al Fisco, un Fernández y Alvarez le roba «sin ulteriores consecuencias» y he ahí cómo llevado por Pascual, hermano de Pepita que va a Oruro en calidad de médico, huye nuestro héroe a Bolivia.

¡Quiera Dios que Bolivia sea su redentora!

Dos almas buenas hay en este libro: Pascual, representante del medio pelo (2), e Ito, joven aristocrático, único ser digno de simpatía entre los muchos de su clase que arrastran, en esta novela, una vida inútil o dañina.

El cuadro que nos presenta aquí el señor Orrego es digno de la atención de un sociólogo.

Con un realismo lleno de colorido aunque libre de todo exceso nos pinta el novelista la vida santiaguina de ahora 15 ó 20 años. Su novela se lee con placer y provecho.

He dicho ya en otras ocasiones la admiración que me merece el talento de «conteur» del señor Orrego. Sólo agregaré que con este talento se hermanaría muy hermosamente un estilo más correcto.

Hay por ahí frases cuya imperfección es tanto más imperdonable en un escritor de primera fila cuanto más fácil sería limpiarlas de todos sus defectos.

Tengo por averiguado que el señor Orrego no se ha dado siquiera la molestia de leer las pruebas de su libro...

Mal ejemplo es éste para la joven generación de escritores chilenos.

Opino que así como un Antonio Fernández y Alvarez, etc., no sale a baile sin antes mirarse en el espejo y acicalarse, del mis-

---

(2) Entre esta novela y *En Familia* publicada hace poco, descúbranse algunas analogías, por ejemplo:

En ambas, un médico, salido de la clase media, es el personaje más simpático.

Asimismo en ambas el protagonista roba: en la una, al Fisco, en la otra a un Banco y esos robos «hacen crisis», esto es, permiten dar remate a la obra.

mo modo no ha de salir a luz una novela sin mirarse o sin que alguien la mire en el triple espejo de la gramática, del vocabulario y de la corrección tipográfica.

24 de noviembre de 1913.

### «AL TRAVES DE LA TEMPESTAD» (\*)

(RECUERDO DEL TIEMPO VIEJO. LA REVOLUCIÓN DE 1891)

Para interpretar esta novela y medir todo su alcance, conviene haber leído la anterior, *En Familia*, en la cual no sólo figuran los principales protagonistas de la nueva obra del señor Orrego sino que también se siembra el viento que aquí se cosecha en forma de tempestad.

Por escasez de tiempo me veo privado de leer nuevamente a *En Familia*; pero, si mi memoria no me engaña demasiado, creo no errar diciendo que allí vimos a las antiguas clases dirigentes, capitaneadas por la Oposición antibalmacedista, preparándose para resistir la repentina ascensión política de la democracia.

Compendiándolo todo en una fórmula clara y concisa, casi me atrevería a decir que, en aquella novela, se esboza, como en un exordio, la lucha de la burguesía con la aristocracia.

Bien sé que el vocablo «burguesía» no corresponde exactamente a la realidad chilena; sólo lo empleo por carecer de otro menos impropio.

Y, por otra parte, no ignoro que los hechos históricos difícilmente caben en fórmulas; pero como es necesario abreviar, juzgo lícito agrupar la variedad y multiplicidad de los acontecimientos históricos alrededor de un punto central, el cual fue, en

---

(\*) Novela de Luis Orrego Luco.

este caso, el intento de cambiar el eje de la política chilena, substituyendo la aristocracia por la burguesía.

No se me diga que aquello no fue tan sencillo como lo pinto y que no se trataba en 1891 de aristocracia ni de democracia, sino, pura y simplemente, de libertad.

Las mujeres, menos acostumbradas que los hombres a sofisticar y disfrazar sus opiniones políticas, descubrieron muy bien que aquello, en realidad, era cuestión de predominio: tratábase de saber si la democracia desalojaría a la aristocracia, no de sus propiedades ni de su rango social, sino de... la Moneda.

Así, en todo caso, parece entenderlo el presbítero señor Zelada, el cual, en una piadosa reunión de aristocráticas señoras decía, por encargo del prelado: «Sí, señoras mías... ustedes tienen el defecto de mirar en menos a las damas del bando del Gobierno. Es verdad que hoy en día figuran en la Oposición, de parte del Congreso las principales familias de Chile, conservadoras y liberales... Pero deben suavizarse un poco, no *asiuticar* tanto a los balmacedistas...» (*Al Través de la Tempestad*, T. I, p. 199).

Por más que tomara «entonaciones clericales, un tanto nasales, a pesar suyo, como si predicara», no logró el señor Zelada convencer a aquellas señoras.

«Es indispensable, agregó el emisario del señor Arzobispo, que admitamos en la Sociedad de Misericordia a unas cuantas señoras del partido balmacedista y que llevemos al directorio a la mujer de alguno de los Ministros...»

«—¡Eso sí que no! —exclamó llena de energía y echando chispas por los ojos una señora chiquitita, flaca, pero nerviosa y brava—. Eso sí que no lo consentiré jamás. En el directorio no entrará ninguna de ésas...; antes que me descuarticen...»

Ya ve el lector si exagero o si yerro al mirar a esa señora chiquitita y brava como «vocera» de toda la clase social a que pertenece...

Lo que la Sociedad de Misericordia era para aquellas distinguidas señoras, éralo para los padres, hermanos y maridos de éstas el palacio de la Moneda, éralo el Congreso, éralo, en una palabra, el Gobierno.

Cómo y por qué, a pesar de sus principios políticos contradictorios, triunfó del Presidente la coalición conservadora-liberal-radical, he aquí en el fondo, el tema principal de esta novela.

No intentaré compendiarla. Es muy «touffue», como lo entenderá cualquiera recordando la complicación de hechos que lleva en la historia el nombre de *Revolución de 1891*. Grande, además, es el número de actores que figuran en este drama y, si sólo quisiere caracterizarlos brevemente, llenaría varias columnas de este diario. Más vale que el lector los descubra por sí mismo en las páginas del señor Orrego.

Allí encontrará, divididos en grupos antagónicos, a todos los que sembraron y cosecharon la tempestad.

Los aristócratas («a tout seigneur tout honneur») ocupan el primer lugar: Javier Aldana y su mujer Elisa Orbegoso, en torno de la cual, a modo de león que busca presa, vemos a Mario Sandoval rondando; Rafael Lajara (Rafaelón), Julio Rosales; Juan Orbegoso que, cual otros muchos en aquellos tiempos era anfibio y cobraba sueldo del Gobierno mientras entraba en tratos con la Oposición...

El «medio pelo», dividido en dos bandos opuestos: el uno partidario fanático del Gobierno (su tipo principal es el capitán Araneda); el otro, opositor como don Anfión Escanilla, futuro suegro involuntario de Araneda, y el doctor Ortiz, siempre tan enamorado de Elisa como en la novela anterior, pero resuelto a llevar con el heroísmo de un estoico todo el peso de sus desengaños.

Hay por allí niñas de «medio pelo» cuyo retrato ha sido pintado con amor por nuestro novelista.

Así, por ejemplo, Rosita Escanilla, Juanita Ampuero y Elvira Ortiz.

Si no temiese meterme en complicaciones contaría aquí la regocijada historia del banquete de la calle de Dardignac, el matrimonio de Rosita con Araneda (idilio lindísimo), y el noviazgo (¿alcanzó a tanto?) de Juan Orbegoso con Elvira Ortiz.

Pero todo esto debe leerse en el libro; el tocarlo aquí sería desflorarlo.

Prefiero filosofar a mi modo y sacar de la novela algunas lecciones.

Sea esta la primera; si es fiel el cuadro de Santiago (tal como lo pinta el señor Orrego) nada se pareció tanto con el infierno como la capital de Chile en 1891.

¡Qué entrevero de amores y odios, de palabrería hueca y de hechos viriles, de astucias y candores, de fidelidad y de traición! ¡Qué «humano» es todo aquello en su inhumanidad!...

Ahí están, por ejemplo, los conjurados. Léase la reseña de la sesión en casa del señor Portal. ¡Cómo vienen llenos de mutuas sospechas, temiendo siempre una traición de última hora! En la cara de aquellos aliados se lee la pregunta: ¿Quién engaña a quién?

Más allá vemos a ciertos gobiernistas preparando trampas y rebajando la dignidad del poder público hasta operaciones infames.

Balmaceda cree firmemente en la legitimidad de su dictadura y expresa su fe en hermosas frases oratorias. «Es que Balmaceda era orador, no solamente en la tribuna, sino también en la conversación particular; era orador continuamente y en todos los momentos de su vida...» (p. 35).

Como todo orador que es noble de corazón, creía que su propia convicción obraba en torno suyo a manera de sacramento, *ex opere operato*.

Asaltábanle dudas, sin embargo, y así le vemos en el antro de una pitonisa. ¡Qué curiosa debilidad en un grande hombre es la que le lleva a consultar a la Teobaldi! (p. 149).

Excusado es decir que al lado de la tragedia política, padece el drama de los tres amores (Elisa Orbegoso y Mario Sandoval, Araneda y Rosita Escanilla, Juan Orbegoso y Elvira Ortiz).

La guerra civil en el norte y la batalla de Concón (que llenan el tomo II) atraen la atención del lector en grado tal que todo lo demás, por decirlo así, se esfuma y desaparece.

Los principales protagonistas del drama de amor (Sandoval y Javier Aldana) mueren a orillas del Aconcagua y dejan a Elisa Orbegoso libre para dedicar el resto de su vida al culto de los recuerdos y al remordimiento.

El que sale de esta historia muy engrandecido es el doctor Ortiz. ¿Qué suerte será la de aquel médico tan noble de alma como iluso? Esto, sin duda, lo veremos en otra novela. Supongo que, mientras tanto, la vida al colmarle de experiencia, le volverá un poco escéptico y acrecentará su natural inclinación hacia la indulgencia...

Pero me permito objetarle que su fraseología, aunque doctoral, no siempre es científica. Será menester enmendarla...

En esta hermosa novela he descubierto, muy a pesar mío, algunos errores menudos, cuyo origen ha de buscarse en el apresuramiento con que fue escrita o impresa.

De origen tipográfico es sin duda el siguiente: «Disparábase (en vez de *disparábanse*) las últimas municiones...» (T. II, p. 378).

*Galicismos*: «Ayer, no más pasaba (Elisa) *desapercibida*...» (T. I, p. 47).—«Se sentía *incomprendida*...» (T. I, p. 59).—«Ser la primera víctima de estas *querellas*...» (T. I, p. 99), etc

*Una metáfora rara*: «Un mar de bayonetas...» Me permito objetar que con bayoneta sólo se forman bosques... en literatura.

Estas menudencias (que apunto aquí para demostrar el cuidado con que he leído estos dos volúmenes) no obstan para

que esta nueva obra sea digna de *En Familia, Casa Grande, Un idilio nuevo*, novelas con que se honra la literatura chilena contemporánea.

23 de noviembre de 1914.

«LA VIDA QUE PASA» (\*)

(CUENTOS)

Tócame a menudo desengañar (con poco éxito, lo confieso) a jóvenes autores que, con fe de carbonero, creen en la felicidad de los críticos y la miran con envidia.

Según ellos, el crítico es el más feliz de los hombres. Ante él, como ante un juez, comparecen todos los autores vivos y muertos, grandes y chicos, y quieran que no quieran, han de oír su fallo.

Si esos jóvenes no hubieren conservado la inocencia bautismal, sabrían que eso de fallar abunda en inconvenientes para el que falla.

Primero, es menester leer los libros sometidos a fallo. ¡Qué tarea!

En seguida, es indispensable calcular los fundamentos y alcance de la sentencia.

Porque, desde luego, el crítico no infatuado duda siempre de su infalibilidad y, siendo verdaderamente hombre (es decir, humano), quiere que su sentencia no dañe al sentenciado.

Hubo críticos apaleadores, críticos de palmeta que, en su

---

(\*) Cuentos por Luis Orrego Luco.

tiempo, hacían temblar la pobre humanidad. No soy de éstos... Los aborrezco, porque, en vez de hombres, eran dómines, inquisidores y verdugos. No. Semejante empleo de «exécuteur des hautes oeuvres» carece para mí de todo encanto.

Leer libros a veces insulsos y cuajados de dislates, es un tormento que Dante no me parece haber incluido como debiera, en su Infierno ni en su Purgatorio.

Y después de leerlos, buscar una fórmula no injusta ni ofensiva para decir la amarga verdad, es otro tormento superior al de leer.

Finalmente, pensar que aquello se hincará como un cuchillo en una vanidad mórbidamente sensible, es, para mí, el colmo de la infelicidad. ¡Cuántas veces, a altas horas de la noche, no he ido a la imprenta para quitarle a una frase su aguijón, para neutralizar la acidez de un juicio y hasta para suprimir un adjetivo que se había convertido, para mí, en un remordimiento!

Si esto digo, no es para que el lector me compadezca. Al fin y al cabo, nadie me obliga a escribir artículos de crítica. Dígolo para que los jóvenes no envidien al crítico.

Pero hay algo más. Tócame ahora criticar el libro del señor don Luis Orrego Luco.

Han de saber aquellos incautos jóvenes que el señor Orrego, siendo Ministro de Instrucción Pública, es dos veces mi jefe, puesto que tengo el honor de desempeñar una cátedra en el Instituto y un empleo en la Biblioteca Nacional.

Ahora bien, depongan por un momento su dichosa inocencia y examinen fríamente este problema: ¿Qué hará el crítico en presencia de la obra de su jefe?

Porque no hay escapatoria: no cabe callar, puesto que el silencio sería por sí solo el más elocuente de los fallos. Hay que hablar.

Si el libro fuese malo, ¿lo dirá así con sus cuatro letras el crítico? ¿Que harían ellos en su lugar?... ¡Ahí los espero!...

Y si el libro es bueno y si el crítico lo ensalza cumplidamente, ¿no pasarán por adulación sus alabanzas?

¡Bueno! pensarán ellos lo que quieran o puedan. Yo pienso y digo que, en teoría, aquella situación constituye un «cruel enigma» y que, en práctica (quiero decir, en este caso felicísimo), no hay enigma ni dificultad alguna.

Porque, lo primero, *La vida que pasa* es una colección de cuentos entre los cuales hay uno deliciosamente romántico: *La Japonesa*.

Aun cuando los ocho restantes no merecen ninguna alabanza (y rehusársela sería injusto), bastaría siempre la presencia de *La Japonesa* para iluminar el libro, adornarlo y darle valor literario.

Buen analizador del alma humana es el doctor Morán. Para él, la movilidad de la «donna» es un tema inagotable.

Al ver, en ese cuento, a la Japonesa «pololear» desenfrenadamente, ¿quién no pensará en el triste porvenir que la espera?

Cúmplese el pronóstico (hay leyes en el mundo y, una de ellas, es la de retribución), pero después de cumplido (y ¡con qué crueldad!) aquella mariposa recobra la dicha. ¡Un milagro!

No quiero analizar el cuento. Con decir que es romántico, como el mismo autor lo califica, queda dicho que tal vez no todo en él está conforme con la ley de la probabilidad. Pero, al fin y al cabo, ¿quién conoce todas las posibilidades del corazón humano y, en particular, del corazón femenino? La desgracia, el sufrimiento, el amor materno hacen milagros como el de la Japonesa. Y si no los hacen, ¿quién puede prohibirle a un novelista inventarlos? Semejantes inventos son un homenaje no a la verdad que es, sino a la que debe ser.

El doctor Morán es tan hábil en psicología como en medicina. Al terminar su relato advierte que sus oyentes, vividores empedernidos, están a punto de soltar una lágrima. Y les dice:

«Los hombres, por lo general, somos viciosos, vanidosos, falsos, dados al placer, al lujo, a la concupiscencia, a la apostasía,

a las traiciones, esclavos de nuestros apetitos... A ustedes, válgame la excusa, les tenía por grandísimos perdidos, ya que no por gente del hampa y de poco más o menos. Pero andaba equivocado, así lo advertí no hace mucho. Ustedes sentían la más honda emoción. Amigos míos, cuando se admira la virtud, ya se ha iniciado la carrera del bien».

¡Buen psicólogo, el doctor Morán! Los lectores de su cuento compartirán la emoción de sus oyentes y le agradecerán el haberles revelado que aún son capaces de emoción. Es esta una revelación que el lector sabrá agradecer.

Los cuentos de este libro son variadísimos: los hay trágicos como el primero, y cómicos como el del *Santo que no estaba en el calendario*.

He pasado un rato alegre escuchando a mi paisano Chanteloup que, sin culpa suya, hizo de una imagen de Voltaire el santo más milagroso del sur. Es más gascón que marsellés. A orillas del Mediterráneo los Chanteloup se llaman Cantaloup.

Pero ¡qué filósofo, aunque involuntario, es aquel hombre! De su boca sale una frase digna de recordación.

Hablando de *un perfume de incienso, como de iglesia dice*, sin sospechar la profundidad de sus palabras, que aquel perfume no estaba «bienavenido con sus asentadas creencias de libre-pensador».

Es esta una maravilla de verdad a pesar de la paradoja, ¡Cuántas veces no vemos que el libre pensamiento es *mera creencia* y hasta credulidad asentada! Ejemplo: la respuesta de aquel que, preguntado por sus opiniones religiosas, declaró: ¡Soy ateo, por la gracia de Dios!...

El colmo, en punto de «comicidad» (si tal puede decirse), es cuando Monsieur Chanteloup viendo que, a fuerza de mandas y regalos al santo, su hacienda se ha poblado de vacas y terneros innumerables, llega a creer sinceramente en la santidad de Voltaire. «Ah! Monsieur Chanteloup, vous êtes un malin!...»

*La vida que pasa* es una fiel imagen de la *Vida*: de todo hay

en ella, risa y llanto, tragedia y comedia. Es un libro ameno y digno del autor de *Casa Grande*.

Pero (y séame lícito terminar con un pero) hay en él algunos descuidos de estilo y no pocos errores tipográficos.

El más grave de éstos es *eutropelia* por *eutrapelia* (p. 182).

Entre los descuidos merecen especial atención los siguientes: pág. 12, aparece un perro que, con la lengua *de fuera*, sigue a unos niños; pág. 42, el doctor Morán no se pone en pie y no de pie o *de pies* (el plural, aunque exacto, es inusitado).

En la pág. 19 hay una serie de adjetivos mal colocados: «Acababa (el niño) de obtener los premios de su clase, y lo citaban como el alumno aplicado y de porvenir *claro, agudo y despierto*».

Al señalar estas pequeñeces, obedezco a una razón que no debe tomarse a lo trágico, pero que no carece de fuerza. ¡Quiero que mañana los jóvenes autores, después de caer en errores semejantes a éstos, no se escuden con *La vida que pasa!*...

Por lo demás, celebro que la presencia del señor Luis Orrego Luco en el Ministerio me permita desahogarme.

Hace ocho o diez años, en casa de mi inolvidable amiga Shade, oí a un político chileno que decía con seriedad: «En un cajón de mi escritorio tengo tres novelas concluidas y listas para la impresión. No las publicaré sino cuando haya abandonado la política». De donde se infería que, según aquel hombre inteligente y práctico, en Chile hay incompatibilidad entre la política y la literatura.

Este menosprecio de las letras me pareció intolerable y prometí desahogarme cuando viere a un literato en el Ministerio.

Lo he visto, y queda demostrado que, a pesar del *practicismo* imperante, la literatura no daña a la política.

30 de diciembre de 1918.

## «EL TRONCO HERIDO» (\*)

La carrera literaria de don Luis Orrego Luco es una de las más largas y fecundas de que haya memoria en Chile. Inicióse en 1892 con *Páginas Americanas* y *Novelas*, y, con un intervalo de cinco a seis años en término medio, entre obra y obra, ha dado el acervo coronado hoy por la novela que luego vamos a examinar.

No será de más, mientras tanto, apuntar aquí los libros publicados por don Luis Orrego Luco en los 37 años que van corridos desde 1892.

Después de las *Páginas Americanas* ya mencionadas salió a luz *Pandereta* en 1896. Este libro, el más perfecto, sin duda alguna, de todos los de nuestro autor, demostró que ya sus años de aprendizaje habían terminado. Su talento había madurado en España. Chile podía esperar que quien había descrito con tanta vida y viveza escenas españolas, sabría con mayor razón explotar la inagotable mina de Chile. La tierra iba a tener su pintor y la sociedad su analista y, a la vez, su analizador.

Vinieron en seguida *Un Idilio Nuevo*, las *Memorias de un Voluntario de la Patria Vieja*, y en 1908 su gran novela *Casa Grande*.

Difículto que novela alguna de las publicadas en este país haya provocado más discusiones y comentarios. Todo aquello está aún vivo en mi memoria y lo recuerdo con tanto mayor placer cuanto que el artículo que escribí sobre aquel libro fue casi mi «maiden paper» de crítico literario. En los dos años anteriores había yo escrito en «El Mercurio» (avergüenzame el recordarlo) *de omni rescibili* o poco menos. *Casa Grande*, después de ese noviciado, fue el motivo de mi «profesión». Curiosa sería ahora la lectura de tantos artículos que, entonces, se publicaron en todos los diarios de Santiago. Unos atacaban, otros defendían,

---

(\*) Novela por Luis Orrego Luco.

pero, al fin, don Luis Orrego ganó el pleito ante la opinión. Pudo, parodiando a Descartes, exclamar: Me discuten, me leen, luego existo.

¡Cuán lejanos son esos días! Al recordarlos invádeme una gran melancolía. ¿Dónde están ahora los que entonces se apasionaron en pro y en contra de *Casa Grande*? ¿Dónde están las amigas que con tanto denuedo terciaron en aquel debate? Como el viejo poeta francés podemos, don Luis y yo, exclamar: *Mais ou sont les neiges d'antan?*

De todo aquello quedan, sepultados en los diarios, algunas decenas de artículos que, estudiados críticamente, darían ahora materia prima para una excelente memoria. A menudo los estudiantes me consultan sobre los temas que podrían tratar con ventaja para «doctorarse» de profesores. Ahí tienen uno todavía virgen y cuyo estudio bien dirigido y ejecutado les proporcionaría una hermosa ocasión de lucirse, no sólo en crítica sino también en historia. Podrían, además, estudiar comparativamente la actividad literaria de ahora veinte años y la de hoy día. ¿Cuál sería su juicio? No me atrevo a predecirlo. Lo que yo sé, y lo diré sin temor de que se me llame «alabador del pasado» (¡estoy ya tan acostumbrado a ello!), lo que yo sé es que el apasionamiento de entonces significaba una actividad intelectual superior a la de hoy. Y mientras no se me demuestre que el deporte intelectual es inferior al fútbol y demás deportes, que la pluma no supera al automóvil, y, en una palabra, que el cerebro vale menos que los músculos, me empeñaré en alabar el año de «Casa Grande».

Ya esto va largo y quedan todavía *En Familia* (1912), *La Tempestad* (1914) y algún otro, sin duda, que olvido. Prescindiré, pues, de todo aquello, para dedicar al «Benjamín» de estos libros el poco espacio que me queda.

«Benjamín», según nos lo explica la Biblia, significa «hijo de los días». Deploro la obligación en que estoy de declarar aquí que *El Tronco Herido* adolece de lo que, con un neologismo tal

vez imperdonable, llamaré «benjaminidad». Se parece, sin duda, a sus hermanos mayores, pero más en lo malo que en lo bueno. Es débil y carece de novedad.

Es la eterna historia de la novela y la comedia francesa de ahora cincuenta años; el eterno triángulo: *El*, *Ella* y la *Otra*.

*El* es soltero. *Ella* casada y la *Otra* casadera. Ya se adivina el desarrollo de la novela. La *Otra* entrará en conflicto con *Ella*, mas por decreto del novelista no vencerá.

*El* es una especie de Faublas, lo que en Francia suelen llamar *la coqueluche des dames*. Es el polo magnético de la sensibilidad (llamémosla así) femenina. Cual aguja de brújula, toda mujer lo mira como su norte. Así, cuando menos, lo cree *El* y lo dice...

*Ella* es una hermosa mujer cuya vida, desde el tropiezo inicial, se reduce a una continua y regular «alternancia» de remordimientos y caídas. Tiene siempre a la vista de su mente a su marido, el mejor y más confiado de los hombres, y a Dios; mas, no bien acaba de expresar su doble remordimiento y de invocar los más sagrados nombres, cuando cae de nuevo con regularidad matemática. Parece obedecer a una especial ley de la gravitación...

Y además es tuberculosa, como las heroínas del más clásico romanticismo...

Esa mezcla de religiosidad y erotismo, esa falta de franqueza consigo misma me repugnan en aquella mujer. En Rousseau, en Jorge Sand, aquello, a pesar de todos los prestigios del estilo, me horripila. No sé lo que otros piensan en presencia de esos seres «veleitarios» que quieren y no quieren, que no saben optar. De mi sé decir que, cuando los encuentro en una novela o en la vida, me dan ímpetus de gritarles el «ser o no ser» de Shakespeare, o, más llanamente, el dicho vulgar: «¡Herrar o quitar el banco!»

No he podido cobrarle simpatía a *Ella*. Cuanto a la *Otra* debo confesar que alabo su resolución. Al descubrir que Faublas

le había mentido descaradamente, la aguja rehusó seguir mirando al norte. Magnífica determinación, la cual, en la vida práctica sometida a la ley del menor esfuerzo, merece llamarse sabia. Pero habríame gustado ver a Anita pelear y vencer, con lo cual las aventuras de El habrían tenido un desenlace lógico. Acordémonos que Ella era tísica y que, después de tanta vacilación, convenía dejarla morir en paz consigo misma y con Dios. El señor Orrego no le tuvo lástima. . .

*El Tronco Herido* es una pintura muy elocuente de lo que era la «sociedad» ahora diez o quince años. Si un sociólogo la analiza, sacará de ella la clave de muchos enigmas. Cuando, por ejemplo, se ponga a discurrir sobre las causas del advenimiento de la democracia en Chile, encontrará ahí muchas y muy valiosas indicaciones. Una aristocracia de vividores como es la de «Tronco Herido» pide a gritos ser sustituida: invoca a la revolución. Y si se queja, no hay más respuesta que la de Molière: *Tu l'as voulu, Perrin Dandin, tu l'as voulu. . .*

Esta será la utilidad de «Tronco Herido»; el libro, más que para novela, servirá para documento histórico.

He dicho que ese «Benjamín» adolece de los defectos de su hermanos mayores y así es, en verdad.

Siempre le hemos reprochado al señor don Luis Orrego el descuido de su estilo. Hay en *Tronco Herido* los mismos yerros que en *Casa Grande*. ¡Y tantos!

Siempre le gustan al autor los vocablos extranjeros, pero una mala suerte verdaderamente despiadada lo lleva a maltratarlos terriblemente.

Ejemplo: la palabra *sportsman*. Desde luego el señor Orrego le poda la *s*, cuya falta le confiere la calidad de barbarismo. Pero no es esto lo peor: nuestro autor no toma en cuenta que en plural *sportsman* se vuelve *sportsmen* y se las arregla para cometer dos errores en una sola palabra, pues escribe: «Olga. . . a quien rodeaban tres de los más conocidos *sportman* de Viña» (pág. 151).

En la página 179, acuérdate del plural, pero lo escribe sin *s* y lo emplea en singular: «Fernando Alvarez, el distinguido *sportmen*». Este error es paralelo al anterior, aunque inverso.

Por fin citaré otro más curioso aún: es el de las «Tripes a la mode de Cahen».

«Cahen» en hebreo significa «sacerdote». Si algún israelita lee esto se indignará, sin duda alguna, puesto que, si mal no recuerdo (fáltame tiempo para comprobarlo), las «tripes» (hablamos chileno: las huatitas) están prohibidas en el Levítico.

*Caen*, capital de la Normandía, no tiene nada que ver con *Cahen*...

¡Ah! ese Bejamín! Al terminar me atreveré a rogar al autor que, en vez de darle hermanos, consagre su actividad intelectual a escribir sus memorias. Después de gran novelista, será gran memorialista. Nadie mejor que él (y sus novelas le han preparado para semejante trabajo), nadie mejor que el señor don Luis Orrego puede pintarnos un cuadro exacto, un cuadro vivo, de los últimos cuarenta años de la vida chilena...

3 de octubre de 1929.

## PEDRO PRADO

### «LA CASA ABANDONADA» (\*)

Al abrir este libro y al hallarle escrito en prosa, padecí (¿por qué no confesarlo?) un desengaño.

¿Quién hubiera creído —pensé antes de leerlo— que Pedro Prado abandonaría algún día el Santuario de las Musas y colgaría los hábitos de poeta?

---

(\*) Parábolas y pequeños ensayos, por Pedro Prado.

Parecióme aquello tan fuera de ley que casi hablé de deserción y apostasía. . .

Empero, esto no significa que, para mí, la conversión de un poeta en prosista sea siempre una calamidad o un crimen.

No. Muy al contrario, hay versificadores (y son muchos) cuya «depoetización», por no decir, exclaustración, redundaría en beneficio de ellos mismos, del público y sobre todo de la poesía. Colgando lo que «ellos» llaman su lira, merecerían que un Congreso les confiriese por ley el título de beneméritos de la patria y de las letras.

Pero cuando un poeta de verdad abandona a la poesía, aquello puede y debe sentirse con tanto mayor razón cuanto más contados son los verdaderos poetas.

Así se explica mi sorpresa cuando vi convertido en prosista a Pedro Prado, en cuya vocación poética creí desde la publicación de *Flores de Cardo*.

Pero, por dicha, todo no pasó de ser mero juicio temerario.

Bastóme leer la primera página de este libro para saber que su autor es más poeta que nunca y que su prosa de hoy es más rica en sincera poesía que sus versos de ayer.

Y a medida que avanzaba en la lectura de *La Casa Abandonada* vi con creciente claridad el progreso de Pedro Prado.

En sus versos de ahora dos o tres años, nuestro poeta se otorgó todas las franquicias (otros dirán: las licencias) posibles en punto a métrica.

Pero el verso libre que, en puridad de verdad, se asemeja casi siempre a prosa vergonzante, no puede ser para un artista sincero el instrumento definitivo.

Es preciso escoger entre los viejos moldes, apenas reformados o deformados de la métrica tradicional, y la pura y simple prosa.

Algunos como, por ejemplo, Moreas en Francia se someten por fin a aquélla, otros, como Pedro Prado, vuelven a ésta, y todos con tanta ganancia en belleza como en sinceridad artística.

Esto, a mi ver, es evidente para el que compara a *Flores de Cardo* con la *Casa Abandonada*.

Los versos del primero de estos libros, aunque tan preñados de intenciones como la prosa del segundo, ¿quién, fuera de un pequeño grupo de iniciados, logró entenderlos y apreciarlos en lo que valían o prometían?

En cambio, vestida de prosa, la poesía de la *Casa Abandonada*, penetrará fácilmente en el alma, mejor diré, en el corazón de todo el que la lea.

Y este éxito se deberá a la sinceridad con que el autor, desechando las artificialidades del verso, ha acudido a la prosa (1).

Léase, en prueba de esto, el siguiente fragmento de *Los Ultimos Azahares*:

«Cuando llegó la primavera de ese año, el viejo naranjo, que siempre fue avaro de azahares, se llenó de ellos como de buenos propósitos; pero sus fuerzas disminuían, y muy pocos se tornaron en naranjas pequeñas, que los niños codiciaban en sus juegos.

Anoche me he acercado a él y, bajo la luz de la luna, desnudo de hojas y cubierto de azahares, parecía nevado con una nieve ligera y perfumada.

Ah! pero no me engañas, viejo mío. Vi que tus azahares se desprendían al paso de la brisa más ligera. Ninguno de ellos fructificará.

Vi a los pequeños líquenes y a los musgos dorados crecer sobre tu cuerpo altivo como crecen las yerbas sobre la tierra. Ninguno de los azahares fructificará. Son demasiado numerosos para tus fuerzas escasas, que desprecian los pájaros que duermen y que chupan miríadas de piojillos inmóviles.

Ah! viejo mío; hubiese sido deseable diseminar, en el trans-

---

(1) Aquella prosa no es perfecta. Ejemplos: «Ya no *habían* para él países desconocidos...» (p. 29); «como panales que *derriben* por fin la miel de que van llenos...» (p. 45).

curso de los años idos, esta abundancia de azahares. Pero ya es imposible. Sobran los buenos propósitos, nacidos ante la proximidad de la muerte, porque cuando a ésta ya se la divisa, llega demasiado pronto...» (pág. 52-53).

Escrita en versos como los de antaño, ¿poseería esta hermosa parábola, tan rica en enseñanzas morales como en poesía, la virtud de espiritual e íntima penetración que acabamos de experimentar leyéndola?

Nunca. Para insinuar verdades como la de los *Ultimos Azahares*, nada iguala a la prosa sencilla, natural y humana.

Por esta muestra puede el lector formar juicio de la riqueza poética del libro.

En todas las parábolas de *La Casa Abandonada* se advierte el latido de un corazón algo desengañado, pero capaz de amar y compadecer virilmente. La fugacidad de las cosas no le inspira pesimismo.

En vez de maldecirlas, como otros, porque no duran, se esfuerza en detenerlas un instante para mirarlas de cerca o mirarse en ella y para preguntarles por la lección humana escrita en cada una de ellas.

Pedro Prado, como todos los autores de parábolas, es poeta simbolista y se define a sí mismo, cuando por boca de «un estudiante» dice en la *Fisonomía de las cosas*: «Vamos, ahora comprendo a los poetas, son hombres que perciben las semejanzas».

Todo, para él, es símbolo. En todos los seres y en la infinidad de fenómenos de este mundo, un algo «humano» llama y atrae al hombre.

«Los ojos de los hombres tiñen de hombre a las cosas que observan; los sentimientos de los hombres visten de sentimientos humanos a lo que es indiferente; las ideas de los hombres reducen el mundo a una cosa que se parece al hombre» (p. 46).

Así habla nuestro poeta y su doctrina, conocida en la historia del pensamiento humano bajo el nombre de «antropomorfismo», se explica sin gran trabajo.

Los antiguos filósofos enseñaban que el hombre es un resumen del mundo o, como decían, un «microcosmo». Es, por ende, lógico que se busque a sí propio en el mundo, ora como en un espejo fragmentado hasta lo infinito, ora como en esbozos sucesivos de su propio ser.

En aquella filosofía ha hallado Pedro Prado la fuente de su inspiración, la cual sería, en mi concepto, más cabal si el poeta, no contento con percibir semejanzas, se esforzase en descubrir la ley y causa última de las que descubre. Como fórmula de aquella doctrina, puede darse la siguiente frase que sirve de epígrafe a un libro inglés sobre la Evolución: «*Things are also Thoughts, and have a reference to the Thought that set them there, and to the Thought that finds them there*» (2).

Sea o no esta la filosofía «inmanente» de *La Casa Abandonada*, es de todos modos evidentes para mí que las relaciones o «semejanzas» descubiertas por nuestro poeta entre el mundo y nuestra mente dan a algunas parábolas de su libro un marcado sabor filosófico y un verdadero alcance moral.

Y esto se ve con claridad, no solamente en la parábola de *Los Azahares* que acabamos de leer, sino también en *El Poeta*, en *El Viajero* y en *Las Pataguas* que son, a mi ver, las más características del libro y las más preñadas de filosofía y de poesía.

No todo en él es perfecto. En algunas frases, como puede verse hasta en la página citada más arriba, la prosa pudo ser menos prosaica y, en el prefacio intitulado *Las defensas de la vida*, pudo el poeta ser filósofo sin envolver sus pensamientos en una vaguedad tan por demás «maeterlinckiana»... Pero estos defectos no impiden que el libro de Pedro Prado, aunque brevísimo, sobrepuje en médula y substancia, a muchos otros de mayor bulto y de pretensiones harto más vastas.

25 de noviembre de 1912.

---

(2) Dr. J. Iverah. *Evolution and Christianity*. Londres, 1894.

## «LA REINA DE RAPA NUI» (\*)

Chile posee en el Océano Pacífico dos islas lejanas: Juan Fernández y Pascua. Es célebre la primera merced a la inmortal novela de Defoe. Podía la segunda envidiarle su mundial fama, ya que, hasta hoy, sólo ha dado materia para algunos estudios de arqueología o de geología. Faltábale su novela, pero ya la tiene merced al señor Pedro Prado.

Los que sólo se imaginaban a la Isla de Pascua como un peñón volcánico perdido en la Oceanía, pobre de gentes y sin más atractivos que unas monumentales estatuas de piedra abandonadas allí por escultores prehistóricos, verán, en las páginas de este libro, que aquella colonia pudo ser un edén.

Un aventurero chileno llega a la isla en busca de sensaciones nuevas y encuentra, en medio de unos indígenas mansísimos, a dos europeos que viven allí una vida libérrima.

Dos tipos curiosos son el francés Bornier y el danés Adams. ¡Qué par de aventureros!

El primero parece tener cuentas pendientes con la justicia. Ha negociado en carne humana vendiendo isleños a los peruanos; así, al menos, lo deja entender su socio Adams.

Este último es un filósofo para quien, al parecer, todas las leyes morales son iguales (o igualmente faltas de autoridad). Lo esencial para él es vivir a sus anchas.

Llegan a la isla ciertos misioneros franceses. Bornier y Adams no los miran con buenos ojos. ¿Acaso no vienen a turbar la felicidad paradisíaca de aquei Edén? Si logran convertir a los isleños, habrán de darse por abolidas muchas libertades y, entre otras, la de los matrimonios sucesivos y pasajeros.

Calculando el porvenir que así les están preparando los misioneros, Bornier y Adams fomentan una revolución; salen a

---

(\*) Novela por Pedro Prado.

escape los religiosos perturbadores de la humana felicidad y, dueño del campo, se casa Bornier con la reina Coemata Etú, la cual, según se ve en este libro, opina y obra, en asuntos matrimoniales, como las principales protagonistas de las novelas de Pedro Loti.

El aventurero chileno logra a su vez, y sin grandes esfuerzos, ser «l'ami de la Reine».

¡Pobre Coemata Etú! Su historia es triste, tristísima, a pesar de la poesía con que la adorna el novelista. Y ¡cuán entristecedora es, en conjunto, toda la novela! ¡Cómo se ve que la absoluta libertad o, si se prefiere, la anarquía social, aun entre gentes de corazón mansísimo, es fuente de muerte! ¡Cuán poco simpáticos son los dos europeos que, para dar rienda suelta a sus vicios, explotan la desidia y la «amoralidad» de los isleños!

Hay en la novela de Pedro Prado hermosas páginas, por ejemplo, la descripción de *Los Nautilos* (Cap. VIII).

«Entonces vi, entre la chispeña de la lluvia, al ser iluminada por el sol, un espectáculo maravilloso.

A corta distancia de la playa navegaban tres pequeños barcos a la vela, no mayores que los que hacíamos cuando muchachos. Sus cascos eran tornasolados como madreperlas; su velamen amarillento y transparente, y azul el cordón del ancla que caía en el agua, como buscando puerto.

—¿Qué es eso, Coemata Etú —le pregunté.

Los invisibles tripulantes de esos barcos diminutos parecieron advertir nuestra presencia, y temerosos de correr algún peligro enmendaron rumbo alejándose con rapidez.

—¿Son nautilos?

—Sí —me dijo—, ese nombre y otros muchos tienen. ¡Oh! en ellos —agregó sonriendo—, en ellos sí que yo quisiera ir por los mares hacia las tierras de que tú me hablas...»

Léanse igualmente las páginas en que viene descrita la pasiva desesperación de los isleños privados de lluvia y su alegría

cuando, sobre el cráter del volcán Kau, sueltan las nubes sus aguas.

En *La Reina de Rapa Nui* luce el autor, con la feliz libertad de la prosa, sus más exquisitas dotes poéticas.

Si, al lado de Coemata Etú, sus personajes (particularmente los dos europeos) palidecen, en cambio el protagonista esencial (este es, la isla misma) es toda una evocación.

Rapa Nui, la solitaria del Pacífico, tiene ya su poeta.

30 de noviembre de 1914.

### «LOS PAJAROS ERRANTES» (\*)

Para el que ha acompañado a Pedro Prado a lo largo de su vida literaria, desde 1908 hasta hoy, leyendo todos sus libros desde las *Flores de Cardo* hasta *Los Pájaros Errantes*, tres hechos saltan a la vista: la originalidad de su talento, la continuidad de su desarrollo literario y su fidelidad a la musa que inspiró sus primeros versos.

Simbolista desde el principio, ha sabido, sin embargo, evolucionar dentro del marco de la escuela literaria a que pertenece.

Como lo recordarán los lectores de *Flores de Cardo*, la frase de Pedro Prado, preñada de símbolos, carecía de luz y claridad, y se presentaba como cohibida por el peso de los pensamientos con que venía cargada.

Poco a poco fue largando, por decirlo así, sus amarras, y como el niño robusto que aprende a andar, no tardó en adquirir firmeza de piernas, determinación y soltura, sin perder su simbolismo.

Así pudieron comprobarlo los lectores de *La Casa Abandonada* (1912) y, sobre todo, de *La Reina de Rapa Nui* (1914), cuya

---

(\*) Poemas y divagaciones por Pedro Prado.

prosa poética es de las más perfectas que se hayan visto en Chile en estos últimos años.

Igual convicción sacarán los lectores de *Los Pájaros Errantes*.

Estamos, en verdad, presenciando el desarrollo de un talento joven que, cual la luz de la aurora, va en aumento. Sólo nos queda preguntar: ¿Cuándo será perfecto el día?

Sin duda, los símbolos abundan en torno nuestro.

Así como los místicos descubren en cada personaje de la Biblia, en cada hecho, en cada línea y hasta en el más mínimo vocablo del sagrado libro, un espejo en que se miran o miran al mundo para sacar de él una enseñanza, del mismo modo los simbolistas lo ven todo en el cielo, en el mar, en la tierra, preñado de una vida que los solicita a interrogarla.

Y no la interrogan en vano...

Un escéptico podría reprocharles la facilidad con que se contentan a sí mismos haciendo a la vez las preguntas y las respuestas.

Un filósofo les recordaría, tal vez, que todo aquello es puro antropomorfismo.

Pero la verdad es que, en este mundo, los símbolos nos rodean y nos agobian.

Como a los hebreos, «todo nos acontece en parábolas»; «ahora vemos por espejo, en oscuridad», pero la parábola se descifra y el espejo se aclara un tanto si sabemos elegir «el punto de vista».

¿Quién, por ejemplo, negará que la colmena sea un espejo, aunque oscuro, para un hombre de estado?

Al lado de símbolos como éste, cuya enseñanza parece directamente encaminarse hacia nosotros, bien lo queramos o no, otros hay que son, por decirlo así, creación nuestra. Tal me parece el que descubro en el primer capítulo de este libro.

«Era en las cenicientas postrimerías del otoño, en los solitarios archipiélagos del sur,

Yo estaba con los silenciosos pescadores que en el breve crepúsculo elevan las velas remendadas y transparentes.

Trabajábamos callados, porque la tarde entraba en nosotros y en el agua entumecida.....

En el lejano horizonte del sur, lila y brumoso, alguien distinguió una banda de pájaros.

Nosotros íbamos hacia ellos y ellos venían hacia nosotros.

Cuando comenzaron a cruzar sobre nuestros mástiles, oímos sus voces y vimos sus ojos brillantes que de paso nos echaban una breve mirada.

Rítmicamente volaban y volaban unos tras los otros, huyendo del invierno hacia los mares y las tierras del norte.

La peregrinación, interminable, lanzando sus breves y rudos cantos, cruzaba, en un arco sonoro, de uno a otro horizonte.

Insensiblemente la noche que llegaba iba haciendo una sola cosa del mar y del cielo, de la balandra y de nosotros mismos.

Perdidos en la sombra escuchábamos el canto de los invisibles pájaros errantes.

Ninguno de ellos veía ya a su compañero, ninguno de ellos distinguía cosa alguna en el aire negro y sin fondo.

*Hojas a merced del viento, la noche los dispersaría.*

*Mas no; la noche que hace de todas las cosas una informe oscuridad, nada podía sobre ellos.*

*Los pájaros volaban cantando, y si el vuelo los llevaba lejos, el canto los mantenía unidos.*

*Durante toda la fría y larga noche del otoño pasó la banda inagotable de las aves del mar».*

.....

Espléndido cuadro, ¿no es verdad?... Pero, preguntará alguien, ¿dónde está el símbolo?... «¿Cuya es esta figura, y lo que está encima escrito?»

Pedro Prado nos entrega el enigma sin darnos la clave.

«En tanto, en la balandra, dice el poeta, como pájaros ex-

traviados, los corazones de los pescadores aleteaban de inquietud y de deseo.

Inconsciente, tembloroso, llevado por la fiebre y seguro de mi deber para con mis taciturnos compañeros, de pie sobre la borda, uní mi voz al coro de los pájaros errantes».

Esta no es la clave que buscamos. ¿Quiénes son, pues, esos pájaros errantes?

Para un cristiano y aún para el que, sencillamente, cree en la «racionalidad» del mundo, aquella banda de pájaros que, «lanzando sus breves y rudos cantos, cruza, en un arco sonoro, de uno a otro horizonte», es la humanidad.

Desde que el mundo es mundo, aquella banda viene «huyendo del invierno» y vuela hacia los mares y las tierras del norte.

El invierno, ¿qué otra cosa será que las tinieblas de la ignorancia y el frío del egoísmo?

Y en esos mares y tierras del norte ¿qué buscan las aves errantes, sino la luz y el calor de la verdad y del bien?

El grito que nunca cesa y mantiene unidas en un arco sonoro a las eternas viajeras es el grito de la fe en Dios, dirá el cristiano; en el progreso, dirá el filósofo.

¡Cuestión de vocablos!... Pero merced a ese grito eterno «la noche que hace de todas las cosas una informe oscuridad», nada puede sobre los hombres. Incansables vuelan cantando, y si el vuelo los lleva lejos, el canto los mantiene unidos.

Dígame lo que se quiera: lo que Pedro Prado vio «en las cenicientas postrimerías del otoño, en los solitarios archipiélagos del sur» es, para mí y será para muchos, un símbolo.

Mientras contemplaba la evocación provocada en mí por el poeta, recordaba otra grandiosa imagen creada por un filósofo.

«Tous les vivants se tiennent, et tous cèdent á la même formidable poussée. L'animal prend son point d'appui sur la plante, l'homme chevauche sur l'animalité, et l'humanité entière, dans l'espace et dans le temps, est une immense armée qui

*galope á coté de chacun de nous, en avant et en arriére de nous, dans une charge entraînant capable de culbuter toutes les résistances et de franchir bien des obstacles, même peut-être la mort.*

Al lado de estas líneas de Bergson que no me atrevo a traducir por temor de menoscabar su belleza, no desmerece el espléndido símbolo de los Pájaros Errantes.

Discútaselo cuanto se quiera, siempre será preciso concederme que es hermoso.

De todos modos, por la muestra que he dado, se verá que estos «poemas y divagaciones» serán alimento intelectual a la vez que deleite artístico para el lector.

31 de mayo de 1915.

#### «LOS DIEZ (EL CLAUSTRO. LA BARCA)» (\*)

En un claustro sin nombre vivían diez «frailes», es decir, etimológicamente, diez hermanos en quienes Rabelais, creador de la abadía de Telega, no descubriría fácilmente señales de verdadera vocación monástica.

En Telega, como lo indica el nombre de aquel famoso claustro, cada cual hacía la propia voluntad y cultivaba la perfecta alegría.

En el claustro sin nombre creado por Pedro Prado, mucho me temo que, en vez de rendir culto a la libre alegría, se cultivase demasiado el autoanálisis psicológico y la retórica.

Allí, tanto el hermano-mayor (o sea, el abad o prior) como el último lego, todos hablaban sin cesar desde la hora de Maitines hasta la de Completas... Y lo que es peor, mucho peor, hablaban de sí mismos...

Cual las campanas de que habla Pedro Prado, cada uno de

---

(\*) Por Pedro Prado.

esos monjes era una copa llena (llena de su «Yo»), la cual, al volcarse (y le gustaba ser volcada) vertía en el oído del colega o de la comunidad un licor cristalino y brillante, el licor de su egoísmo.

Un convento donde no descansan las lenguas es sencillamente un infierno.

Así logro explicar que uno de los hermanos huyera de aquel claustro. El hermano Músico, el hermano Pintor, el hermano Escultor, el hermano Arquitecto, el hermano Poeta lo latearían, sin duda, desapiadadamente, so pretexto de que no era ni poeta, ni arquitecto, ni escultor, ni pintor, ni músico.

Era, como todo el que no es artista, un receptáculo, un buzón si se quiere, para las efusiones estético-egoísticas de aquellos religiosos del Arte.

Pero, a veces, hasta los buzones se sublevan y así aquel desesperado hermano saltó por sobre la clausura monástica y echó a rodar por el vasto mundo.

Salía mal preparado para orientarse en la inmesidad de la estepa.

A todas luces, faltábale un grano de sal para que fuesen cabales la salud de su cuerpo y la de su alma.

«Poseo, dijo más tarde en su confesión, una memoria falta de toda lógica. De la última gran ciudad que visité sólo recuerdo una iglesia antigua, a la que no acudían los fieles porque amenazaba ruina; del mayor bosque bajo el cual pasara, sólo veo una rama retorcida que dibujaba en un claro luminoso un jeroglífico que me intrigó tanto que pasé largas horas queriendo descifrarlo...» (pág. 31).

En verdad, más le valiera haber permanecido fiel a la regla de su orden, a pesar de la lata.

Pero ya he dicho que una eterna dieta de autoanálisis y de efusiones estéticas cansa los estómagos más vigorosos y engendra rebeldías en los más mansos.

Y así salió a recorrer el mundo el hermano errante.

Poco vio, como él mismo lo declara, y poco hizo. Pero, cierto día (y dos veces en ese día), predicó.

Debo declarar que, sin duda, por reacción contra las latas efusiones del claustro, el hermano errante se manifestó resuelto ahorrador de vocablos.

Tocóle, por cierto, experimentar la verdad del verso de Horacio:

... *Dum brevis esse laboro, obscurus fio*...

La concisión tornósele oscuridad. Ahí está, por ejemplo, su primer sermón:

«Caballeros y señoras: voy a hablaros de mi Tratado de los Errores que los sacerdotes olvidan en sus pláticas y sermones.

El gato, mis queridos hermanos, es tenido por nosotros por el animal más limpio que existe; reparad en que el muy sucio hace todo su aseo con la lengua; es preciso considerar que es el más puerco de los animales. Es todo lo que tenía que decir, mis queridos hermanos» (p. 41).

Bien se ve el odio que el «hermano errante» le profesa a la lengua: por poco la llamaría como el apóstol Santiago, «universidad de iniquidades».

Pero ¿qué símbolo es este? Y ¿qué verdad hay escondida en el cuerpo del gato empeñado en lustrar con la lengua su hermoso pelaje?

No sé si me engaño; pero juzgo que este símbolo (como el de las cigarras que viene en seguida) es pedrada en el tejado de los literatos y artistas. Y pregunto: ¿Son, pues, los «gatos» literarios y artísticos los más puercos de los animales?

¡Válgame Dios! ¡Qué pedrada! ¡Qué alud! ¡No puede ser!... ¡Otra cosa será!... ¡Pero quién abrirá un símbolo tan herméticamente cerrado?

Cierto es que los literatos y artistas abusan de la lengua (y de la pluma), y que, a menudo, hacen con ella el propio aseo... sin contar el ajeno. Se limpian, se acicalan, se acarician a sí mismos. La caridad literaria bien entendida empieza por casa.

En un mundo, como el del arte, donde el que no es fraile profeso de ninguna orden, ve a cada paso brillar en la sombra (cuando no en plena luz) los colmillos del colega, ¿no merece perdón el que se alaba a sí mismo?

Ya se ve: no siempre es claro el simbolismo de Pedro Prado.

Las diez campanas en la torre, figuras son de los diez hermanos, es decir, de los artistas todos, desde el arquitecto hasta el músico. El torrente de vibraciones que derraman en la llanura, el torbellino que sueltan por el mundo, es imagen fiel del ruido pasajero y de la breve y violenta agitación que los envuelven y acompañan.

Los sapos en el fondo del pozo, donde, sólo una vez al año ven la luz del sol «que resbala como una moneda de oro hasta iluminar esa agua profunda» ¿quiénes serán, sino los críticos?

Pero si creo tener la clave de los enigmas que se llaman «los diez hermanos», las «diez campanas», los «diez cipreses», etc., en cambio, los chivos blancos me dejan perplejo. ¡Cruel enigma!

¿Qué relación hay entre los diez hermanos y los chivos blancos?

Venga un comentador que todo lo aclare y ahorre a nuestra pobre humanidad el esfuerzo necesario para adivinar o, siquiera, el riesgo de errar...

Mientras tanto, volvamos al hermano errante.

Después del sermón de los gatos, «corriendo, acudieron a alcanzarle varios de sus oyentes», y, cosa extraña, le pidieron que pronunciara otro discurso sobre los engaños.

«Mis queridos amigos —díjoles el hermano—, por hoy no estoy preparado; sin embargo, quiero deciros dos palabras sobre la sinceridad:

«Cada uno de nosotros solicita de los demás que ellos sean sinceros en sus juicios y apreciaciones. Es un tiempo perdido, mis queridos amigos. La mayoría de las gentes son amorfas; no pueden ser sinceros los amorfos; la sinceridad es privilegio de los personales» (p. 42).

El reverendo predicador es una de las diez campanas... Para hablar como San Pablo, es «metal que resuena, o címbalo que retiñe». Pero el trueno viene sin relámpago: mas es el ruido que la luz

¿Qué suerte de hombre es un «amorfo»? Y un hombre «personal», ¿qué laya de hombre es?

«Hombre personal», si algo significa aquí, equivale a persona que posee cualidades intelectuales, cuyo conjunto le da una fisonomía original, propia, distinta o distinguible de todas las demás.

«Amorfo» es todo individuo que carece de fisonomía o forma espiritual propia: «uno de tantos».

Esto, si no yerro, significan aquellos dos vocablos en el castellano de 1915.

Convendría, sin embargo, averiguar si, en realidad, existen individuos «amorfos». Yo creo que lo que hay es, no una falta de personalidad o «amorfismo», en el llamado vulgo, sino una «personalidad» u originalidad más o menos honda en todos y cada uno de los hombres, pero no siempre fácil de descubrir.

Para el que sabe mirar, no hay vulgo. «Vulgo» es expresión creada por un miope que todo lo veía confuso o por un aristócrata que, mirando desde muy alto y muy lejos, no veía sino un conjunto aparentemente nivelado y uniforme.

La realidad vista de cerca es muy otra. Quien tenga ojos y sepa usarlos, hallará en el «vulgo popular» tanta originalidad como en el «vulgo aristocrático». Uno y otro constan de individuos originales, originalísimos hasta en su estupidez, que son todo lo que se quiera menos amorfos.

Cuanto a sinceridad, ¿dónde esperaremos hallarla más abundante? ¿Dónde se miente menos, en las alturas, en las honduras o en las regiones intermedias?

No ignoro que, según la Biblia, todo hombre es *mendax*. Los de abajo mienten por necesidad; los del medio, por interés; los de arriba, por deporte, interés y necesidad...

De todos modos, el trozo que acabo de citar demuestra que tan pronto como abandona los símbolos, es decir, la pintura, Pedro Prado deja de ser personal y escribe en estilo amorfo.

Quien compare el segundo sermón con el primero y, sobre todo, con los magníficos símbolos que iluminan este libro (por ejemplo, con el de la Nave, p. 110-112), verá que Pedro Prado ha nacido para evocar imágenes, no para generalizar ni para dirigir evoluciones de ideas abstractas. Pintar con colores y con palabras he ahí su vocación.

Siento que la escasez de espacio no me deje dedicar a las cinco oraciones de los hermanos residentes en el claustro la misma atención que al relato del hermano errante.

Pero no lo siento demasíadamente, porque dicho sea en verdad, llegaríamos siempre al mismo resultado: encontraríamos muchos símbolos, algunos verdaderamente deslumbradores pero los más exigirían largos y peligrosos comentarios.

Comparada esta obra con las que la precedieron parece, en partes (por ejemplo, en el símbolo de la nave) superar todo cuanto ha salido de la pluma de Pedro Prado.

El estilo se ha vuelto más plástico: los vocablos abstractos van cediendo el campo a los concretos y pintorescos.

Pero en conjunto *Los Diez* son vencidos por la *Reina de Rapa Nui*. Sobra en ésta la luz que falta en aquéllos.

29 de noviembre de 1915.

«ALSINO» (\*)

Criticar es, ante todo, clasificar: tarea más difícil de lo que a primera vista parece. Porque, en los tiempos en que vivimos, más de un libro se nos presenta disfrazado con piel engañosa. Uno se nos da por «poesía», y si le miramos de cerca, vemos que

(\*) Por Pedro Prado.

de poesía sólo tiene el aspecto tipográfico; prosa es, y tanto más detestable cuanto más hipócrita. Otro se nos vende por novela, y luego descubrimos que es una tesis de sociología o de teología, cuando no de teosofía. . .

En estos casos, muy frecuentes, por desgracia, el crítico se halla en amargos apuros. Si se deja guiar por los clasificación del librero o del autor, faltará a su deber de descubrir la verdad y decirla y, más que todo, demostrará su incompetencia profesional, puesto que errará en lo más fundamental, que es la clasificación. ¿Puede, en efecto, apreciarse debidamente una obra, si, primero, se ignora a qué género pertenece? Cada género obedece a reglas conocidas. ¿Cómo se aplicarán éstas, si, antes de emitir un juicio, el crítico no determina el género propio de la obra que acaba de estudiar?

Esta introducción no tiene por objeto directo ni indirecto insinuar que la nueva obra del señor Prado sea inclasificable.

No; porque su determinación genérica es fácil: *Alsino* puede llamarse novela puesto que posee una de las cualidades esenciales y características de la novela: es una «historia» o si se prefiere, una fábula creada por su autor.

Pero, ¿en qué subdivisión del género novela hemos de darle cabida?

Antes de contestar, analicemos brevemente a *Alsino*, y, luego, del rápido relato fluirá por sí sola la respuesta.

*Alsino* es un muchacho de la costa de Llico, en cuya cabeza brota espontáneamente el deseo de volar. ¿Quién sembró ahí aquel deseo?

Un médico no gastaría mucho tiempo en buscar la clave de semejante misterio. Diría: si ese deseo de volar no pasa a mayores, es decir, si el niño, después de soñar que vuela, no intenta realizar su ensueño, aquello carece de importancia. ¿Quién, no digo en la niñez, sino en la misma edad viril, no ha soñado tales hazañas y más ahora, después de presenciar acrobacias de aviadores? Pero si no sólo sueña, sino que también intenta volar,

ello constituye un síntoma de enfermedad mental. Y los gérmenes de ésta han de buscarse primeramente en los progenitores.

En el caso de Alsino, la raíz del mal no es difícil de descubrir. El padre y la madre del aspirante a volador, son ambos alcohólicos.

El pobre Alsino trata dos veces de realizar su ensueño: una, desde lo alto de un árbol, la otra desde la orilla de un barranco. La primera intentona, admirablemente descrita por P. Prado, para en un susto mayúsculo, no más, merced a una rama que, providencialmente, impide al nuevo Icaro dar con su humanidad en el suelo. Más trágica resulta la segunda: Alsino llega al fondo del barranco hecho un San Lázaro. Queda con vida, pero con una aparente desviación de la espina dorsal.

Hele ahí curcuncho para el resto de sus días. Pero, mientras su abuela, que es una famosa «meica», cura las heridas del pobre muchacho, éste siente en todo su ser el ímpetu de volar.

Por primera providencia, Alsino, cansado de remedios, emprende el vuelo, quiero decir, huye de su casa con su joroba a cuestas.

La joroba engorda y se hace cada día más visible. Parece que en ella hay algo misterioso. Crece, crece y parece empujar hacia adelante a su portador, el cual anda, anda, anda como el judío errante

Después de curiosas andanzas y aventuras, que no puedo compendiar aquí y cuyo escenario situado en el paisaje costino y cordillerano brinda a P. Prado magníficos temas para cuadros dignos de su pincel, Alsino tropieza con unos malvados muchachos que, por odio a su joroba (*cet âge est sans pitié*, decía La Fontaine), dan en apedrearlo y luego en desnudarlo. Pero sucede entonces algo maravilloso. Una vez libre de la prisión del poncho, la joroba estalla: dos alas, encerradas en ella se despliegan y, ante los muchachos mudos de espanto, Alsino echa a volar.

Ya pueden calcularse las aventuras que nacen de esta milagrosa transformación. El curioso lector las buscará en el libro de

P. Prado y admirará, más de una vez, el poder descriptivo del novelista. Nadie mejor que un aviador puede apreciar las «posibilidades» del muchacho volador en un terreno como el de Llico y sus vecindades...

Pero, no todo le sale a pedir de boca al alígero Alsino, obligado a vivir de raterías nocturnas. En una de éstas cae preso, y lo primero, el sargento de policía que preside su captura, le corta las alas.

La prisión del volador en casa de un subdelegado, campesino, padre de una gentil niña, da materia para un episodio amoroso cuya verosimilitud será sin duda muy discutida. Muere la hermosa niña y, después de otras aventuras, Alsino, siempre pronto a enamorarse, cae víctima de los celos de una campesina, la cual, obedeciendo a los consejos de una meica, le propina en los ojos un líquido capaz, según ella, de convertirlo en el más fiel de los amantes. Pero resulta que el líquido es ácido sulfúrico...

El pobre Alsino, ya ciego, pero siempre «volage», muere en una última «volación»... (excusado es decir que sus alas habían crecido durante su cautiverio).

He ahí, en resumen, los hechos, o mejor, el esqueleto de esta novela. Tan descarnado está, que por cierto, no alcanzará a dar una idea exacta de la obra. Pero, aún así, basta para mi intento.

Del anterior relato dedúcese, en efecto, que esta historia maravillosa puede y aun debe clasificarse cuento de hadas, mas no, en manera alguna, novela propiamente dicha.

Lo que hace difícil clasificarla, no es el elemento mítico, es decir, la fábula del hombre con alas, sino la continua mezcla de mito y de realidad. Esto fue admisible en épocas como la de Apuleyo en que la facultad imaginativa guardaba aún algo de la candidez y credulidad infantil del hombre primitivo. Hoy, en pleno siglo de la aviación, es pedirnos demasiado... sobre todo cuando no se trata de un breve cuento, sino de un largo relato.

En Alsino, sin duda, ha querido el señor Prado llevar acabo una modernización del mito de Icaro, símbolo del hombre ansioso de libertarse de la pesada materia que le amarra a la tierra. Pero hoy, vuelvo a repetirlo, ese maravilloso mito se personifica, no en un hombre con alas de águila, sino en un aviador montado en un Bleriot o un Handley-Page...

6 de diciembre de 1920.

### «UN JUEZ RURAL» (\*)

A primera vista la existencia de Esteban Solaguren parece envidiable. ¿Qué le falta para ser feliz? Ni lo necesario ni, cosa mucho más esencial, lo superfluo... Solaguren es rico, vive extramuros en una quinta con visos de hacienda. Es padre de una numerosa familia, ama a su mujer e hijos. Estos y aquélla lo adoran y sin embargo no es feliz... ¿Por qué?

¿Será victima de su propia riqueza, es decir, de la ociosidad que ésta engendra? No. Solaguren trabaja, es hacendado y además arquitecto y pintor. La arquitectura es su profesión y la pintura su distracción. Cuando la primera le deja ocios, la segunda los aprovecha y vemos a Solaguren, en compañía de su amigo el pintor Mozarena, recorriendo los contornos del cerro de Navia en busca de paisajes y también de frutillares. No es ocioso ni aun en horas de ocio.

Su casa y familia, su profesión, el arte, la amistad no le bastan. ¿Qué le falta para ser feliz?

Fáltale ser juez rural. Solaguren ha leído mucho. Durante años el libro de Jenofonte sobre Sócrates ha sido el compañero de sus insomnios. Del filósofo griego ha aprendido a ironizar, pero su ironía es demasiado triste para ser auténticamente socrática.

---

(\*) Por Pedro Prado

Yo sospecho que, al lado de Jenofonte, habría en ese velador cargado de libros las obras de Tolstoy... El espíritu de Solaguren se ha rusificado: es el espíritu de «Resurrección»... ese espíritu que nada sabe del «ariston metron», de medida y moderación y tan pronto se excede en la justicia como en la misericordia, pero más en ésta que en aquélla.

¿Por qué aceptó Solaguren su nombramiento de juez rural?

Sencillamente porque no bastaban para ocupar y fijar su inquieto espíritu los cuidados de su casa y las obligaciones de su profesión; porque no se sentía feliz.

Además iba a juzgar «en conciencia», esto es, iba a fallar por sí y ante sí como un Dios: «la ley seré yo», y veremos si no reformo el mundo...

Cuando llegó el decreto en que se le nombraba juez, Solaguren lo leyó complacido, una sonrisa indefinible se insinuó en la comisura de sus labios.

—¿Qué es? —preguntó su mujer, que espiaba su rostro.

—Lee —dijo Solaguren, y le alargó el escrito.

—¿Pero tú no aceptarás? Una nueva molestia que te echarás encima. ¡Cómo! ¿Te ríes? ¿Cuándo vas a escarmentar? ¿Te olvidas de tus arrepentimientos? ¡Qué mala memoria! Pronto estarías nervioso con esta nueva gabela.

—No, mujer —exclamó Solaguren—, si no acepto. ¿Me crees loco? ¡Yo, juez! ¡Aunque... tal vez me agrada, sabes! Pero presiento las molestias. Queda tranquila. Mañana renuncio...

Y, naturalmente, no renunció... Al verlo aceptar con entusiasmo esa función, nosotros también presentimos molestias... Surge en nuestra mente la imagen, no de Sancho en la isla de Barataria, sino de don Quijote.

Es fuerza que Solaguren, en sus andanzas judiciales, alce los ojos algún día y vea por el camino... «hasta doce hombres a pie ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos y todos con esposas a las manos».

Fuerza es igualmente que nuestro juez se compadezca de

esos «forzados». Eso de forzar es contra todo derecho, contra toda humanidad. Tolstoy no lo admitiría. . .

Pero ¿y el pago de los forzados? . . . Malos ratos te esperan, ¡oh! Solaguren, juez bondadoso, juez humano. Ginés de Pasamonte te pagará con ingratitud. . .

¡Nada! No hay tal. Solaguren, en compañía de su secretario Galíndez, juzga a destajo con una sabiduría irónica digna de las Mil y una Noches. . . Es una delicia. Mirados desde el punto de vista jurídico, sus fallos «en conciencia» son de una inconsciencia encantadora. . . lo cual no significa que, a fin y a la postre, no resulten ser verdaderos dechados de sabiduría.

Ejemplo: el caso intitulado *Persecución Amorosa*. He aquí la demanda: «La señorita Luzmira pide, por lo dicho, que la justicia castigue a Teodoberto Avilés, conminándolo a mayores penas si persiste en sus persecuciones y requiebros, porque ellos perturban su tranquilidad y lastiman su honra».

El juez interroga a las partes con la necesaria minuciosidad y, una vez informada su conciencia, da el siguiente fallo que servirá de norma general:

«Aun cuando, en el caso presente de Luzmira Salinas y Teodoberto Avilés, la demandante declara rotundamente no tener nada que ver con Teodoberto y busca el amparo de la justicia para que se castigue a éste por su persecución amorosa, y si bien se puede estimar como una tozudez ridícula, despreciable y punible la actitud del demandado, *este juzgado no da, ni dará lugar a quejas por asuntos amorosos, porque dicho sentimiento usa de armas que aun a los propios interesados engañan, como pueden ser el desprecio y hasta las mismas querellas, no buscando, sin embargo, inconscientemente, otra cosa, con su uso, que el deseo de tejer una más firme unión allí donde iba descosiéndose*. Por todo lo cual, no siendo dable ver con claridad en los sentimientos de los presentes querellantes, el Juzgado, por precaución, desestima la demanda, previniendo al inculpado Teodoberto Avilés que si los considerandos en que se basa esta resolución le sirven para

tomar mayores bríos en su empresa, y ésta no tiene, a pesar de ellos, salida, y otra vez la joven Luzmira acude a demandarlo por igual causa, el Juzgado, a pesar de la jurisprudencia aquí asentada, le puede penar por necedad peligrosa, porque no es difícil extraer tan mezquino componente de la celebrada mezcla del amor».

¿Qué pensaría el secretario Galíndez de ese fallo y de su autor?

Galíndez es demasiado experto en justicia rural para permitirle a Solaguren dar rienda suelta a su fantasía. Complace en lo posible a su juez. «Usía» es un dechado de sabiduría. Así dice, mas en sus adentros, tiene a «Usía» por un dechado de mentecatez y lo admirable para mí es que no explote al juez en provecho propio.

Es Galíndez quien tiene la culpa de que este libro no haya dado todo lo que de él podía y debía esperarse.

Solaguren —dadas las premisas que conocemos: su humanitarismo, su tolstoísmo, su ironía— debía lógicamente ir a parar en la cárcel o, cuando menos, comparecer alguna vez ante las Cortes de Justicia. Galíndez esteriliza el silogismo e impide que la conclusión salga de las premisas.

Así, por ejemplo, en el «salteo» del retén de Maipú... Solaguren iba a fallar a favor de los asaltantes... No fallando así, dejaba de ser quién era: no era Solaguren. Empero, Galíndez interviene en el momento crítico: «Usía no puede dictar sentencia. Este asunto, según la ley, debe pasar al Juzgado del Crimen de Santiago.

—¿Está usted seguro?

—La ley lo manda.

Solaguren se inclinó y, en el oído del secretario dijo, turbado, como una confesión:

—Créame que lo lamento y me alegro. El tipo éste («Chicha Fresca, el bandido) me había caído en gracia, iba a cometer una injusticia dejándolo en libertad.

¡Ah! Galíndez, miserable leguleyo, esa noche arruinaste a Solaguren y poniéndolo en contradicción con su naturaleza; arruinaste al «Juez rural». ¿No ves, idiota, que debías dejar a Usía cometer el pecado de don Quijote y que la aventura del «Chicha Fresca» pudo convertirse en la de un Ginés de Pasamonte chileno?

Si, al menos, supieras explotar a Usía... Pero ni eso sabes. Usía es rico, ¿por qué no le sacas dinero? Usía tiene la cabeza ilena de teorías humanitarias, ¿por qué no lo induces u obligas a ponerlas por obra en favor tuyo? Galíndez, eres un tonto.

Otra ocasión en que la novela pudo cuajar es la que se ofreció en el capítulo intitulado «La madre del ladrón»... Era menester que, contra todas las leyes escritas, el juez soltara al ladrón primerizo. Ahí cabía aplicar la ley de misericordia: *prima gratis, secunda debes, tertia solves* (la primera vez, gratis; la segunda, debes; la tercera, pagarás). Y era menester también que el ladrón perdonado por el juez pagara a éste como Ginés de Pasamonte pagó a don Quijote. ¡Qué de aventuras no podían brotar de esta fuente!

Un asunto como el que indico, daría vida a este libro desempeñando en él un papel análogo al de la corriente magnética que moviliza y junta en un montón coherente los dispersos fragmentos de limadura.

Los fragmentos de que consta este libro merecían la suerte de formar una novela. Cada uno de ellos (excepto el último que empieza con «Viaje irreal») es valioso y los hay excelentes, por ejemplo *Calienta la Tierra* y *El Cementerio Parroquial*. Pero les falta dirección hacia un objeto. Son hermosos bajeles que navegan cada cual por su cuenta sin formar escuadra. No hay entre ellos un buque almirante que les fije rumbo.

La idea fundamental del libro viene expresada al final, quiero decir, en el momento en que Solaguren presenta su renuncia de juez: «Parece —dice el juez rural en nota al intendente—, parece que nuestras leyes se basan en el concepto del indivi-

duo, y ese concepto se me hace sospechoso: un individuo que no limita, ¿qué individuo es? Su cuerpo aislado nos engaña con su apariencia independiente. ¿Sobre qué base funda la verdadera justicia? Estoy demasiado confundido: no veo cosa alguna con claridad... Me ha traído este cargo una inquietud mayor ante la vida: por su causa ahora la comprendo menos».

¿Comprendería el intendente? Me parece verlo tan confundido como el juez rural. ¿Qué sucedería si la enfermedad de Solaguren se volviera epidémica en los tribunales? La conclusión natural de esto me parece ser la siguiente: la justicia debe administrarse con la cabeza, no con el corazón y es conveniente que el juez duerma bien y no adolezca de neurastenia, como don Esteban Solaguren, juez rural de Barrancas.

6 de octubre de 1924.

«ANDROVAR» (\*)

(POEMA DRAMÁTICO)

Androvar, principal personaje de este drama, espera a Jesús en la aldea palestina de Bethel. Sabe que Jesús llegará ese día.

Mientras tanto, conversa con Gadel, discípulo suyo y con un grupo de gentes que, como él, quieren ver y oír al «rabí».

Discuten su «personalidad» y sus obras. Los más creen en Jesús. Androvar también cree, pero su fe no se parece a la de sus compañeros de espera. Es una fe que carece de sencillez...

Conviene saber que Androvar es un «intelectual», como hoy diríamos, y un místico: busca la verdad, pero la investigación

---

(\*) Por Pedro Prado.

de ésta le lleva por caminos bastante complicados. Androvar pide cosas contradictorias entre sí.

Un anciano, con risilla irónica, le dice: «Pídele (a Jesús) escoger a la vez lo elegido y lo despreciado...», y Androvar le replica: «¿Qué dices? Insensato, sin saber has dado en la angustia que corroe al amante de la sabiduría. ¡Oh, sí, estrecha es la vida, y grande la soledad en la que cada cual vive! ¿Cómo saber, sin que sea dable comparar? Para vivir, debemos a cada instante elegir, y para elegir nos vemos obligados a despreciar lo no elegido».

Gadel, discípulo de Androvar, y que acompaña a éste como si fuera su sombra, interviene, subrayando la enseñanza de su maestro: «*Androvar ha dicho siempre que la sabiduría crecería veloz si el hombre pudiese ensanchar su presente*»...

Ahí tenemos el objeto especial, la esencia de la filosofía «androvariana»: ensanchar el presente. Pero, ¿cómo lo ensancharemos?

Androvar es un filósofo nebuloso. Hegel, al lado de él, parece un lucero. Los mismos filósofos indios resultan claros en comparación.

¿Cómo conseguirá Androvar ese anhelado ensanchamiento? Lo conseguirá merced al taumaturgo, merced a Jesús. Oigámosle. «El misterioso poder del Nazareno sólo ayuda a empujarse el estrecho horizonte de gentes miserables que buscan su ayuda. Todos llaman al rabí, deseando los más menguados beneficios. Otros, unos pocos, de él se maravillan; abandonan su familia y sus bienes, y lo siguen sin saber a dónde, tropezando como ebrios. ¡Y nadie, nadie de los raros seres que buscan la sabiduría, pide que emplee sobre ellos, para alcanzarla, ese poder extraño! Nosotros, Gadel, nosotros sabríamos algo grande que pedirle! *Si yo y tú, en vez de ser la nada de un maestro y un discípulo, fuésemos uno en dos; si siguieses viviendo tú en tu cuerpo y yo en el mío, pero ambos con una sola conciencia, cada uno de nosotros, más que rico potentado, poseedor de un palacio en la*

ciudad y de otro a orillas del mar, *sabríamos lo que es estar a un mismo tiempo en el mar y en la ciudad, arriba y abajo, a la derecha y a la izquierda, laborando y en reposo TODO A LA VEZ*. Sin esfuerzo escogeríamos lo mejor, y la felicidad y el saber, ambos fundidos en un solo bien, caerían en nuestra conciencia enriquecida» (p. 34-36).

*¡Todo a la vez!* He ahí el programa del androvarismo: fusión de las personas, síntesis de la antinomías: en una palabra, cuadratura del círculo.

Mientras expone Androvar su programa, «llega Jesús de Nazareth sin que lo adviertan; viene subiendo del valle, de donde emerge el humo de lejanas fogatas. Le siguen y rodean los apóstoles. El cansancio de la marcha les enmudece, y torna el caminar en un deslizarse largo y silencioso».

«—¿Qué buscas? —pregunta Jesús.

—¡Ah! ¿tú eres el Galileo? —responde Androvar—, ¿tú, el milagroso Nazareno? Bien; ¿qué busco, preguntas? ¡Busco la verdad!

JESÚS: ¿La has perdido?

ANDROVAR: ¿Perdido, dices? Jamás la tuve.

JESÚS: ¿Es posible?

ANDROVAR: ¿Por qué te extrañas? Nunca he visto su rostro, y nadie, de entre los hombres, sabe de ella cosa alguna...»

Jesús, en cuyo semblante no diviso algún poco de dulce ironía, alterna pacientemente con Androvar en rápidas preguntas y respuestas, hasta que, al fin, le suelta una de esas verdades fundamentales y radicales que los filósofos nunca recuerdan en el momento oportuno:

«—¿Y cómo pretendes encontrar la verdad, si nada sabes de ella? Te engañas: *nadie busca lo que no conoce de algún modo*. Si en realidad no lo conociese, y con ello diera, ¿de qué le valdría? Y si hacia todos los confines van los mensajeros y nada encuentran, ¿dónde estará? *Tú buscas, tú conoces*. No está en parte alguna: está en ti».

Advierte el autor que Androvar, «anonadado por la respuesta, se confunde y calla...»

Imitémosle y como él «hundámonos rápidamente en obscuras profundidades y salgamos de ellas ávidos, como náufragos de entre las olas».

Por lo que a mí toca, salí ávido de «identificar» la respuesta de Jesús... ¿Dónde la he visto u oído?...

Hundiéndome en las obscuras profundidades de mi memoria llegué a descubrir que Dios había pronunciado análogas palabras al oído de Pascal.

«—Consuélate —dájole Dios—; no me buscarías, si no me hubieras hallado».

Víctor Giraud, en su edición de los *Pensamientos de Pascal*, publicada en 1924, comenta en una nota la frase que acabo de citar. Dice: «Esa admirable palabra es un recuerdo de San Agustín. El capítulo XVIII del libro X de las *Confesiones*, en la traducción (francesa) de Arnauld d'Andilly (1649) que Pascal probablemente tuvo entre manos, empieza, en efecto, con las siguientes palabras: «Si os hallo, Dios mío, fuera de mi memoria, es, pues, porque os he olvidado. Y, ¿cómo puedo hallaros si no me acuerdo de Vos?» En otra parte (cap. XX) encuentro una frase que me recuerda de más cerca, quizás, la de Pascal: «Pero no es lo que yo quiero ahora buscar, puesto que sólo me preocupa el saber si la vida bienaventurada está en la memoria: *car nous ne l'aimerions pas si nous ne la connaissions pas*» (p. 38-39).

Víctor Giraud agrega que aquello está diluido más de lo necesario en el libro de San Agustín. Pascal, compendiándolo todo, en forma tan conmovedora y poniendo esa frase en boca de Dios mismo, la ha «inventado segunda vez».

Es innegable la semejanza entre la frase de Pascal y la de Pedro Prado. Y la subrayo para que algo de la gloria de aquél irradie hacia el poeta chileno.

Pero volvamos a Androvar y Gadel. Consiguen del tauma-

turgo el milagro que anhelan: maestro y discípulo forman una sola y misma conciencia en dos cuerpos distintos.

Aquello andaría sin graves tropiezos si Androvar no estuviere casado con una mujer joven y hermosa.

No es difícil calcular las consecuencias del milagro, si tenemos en cuenta que Elienai, mujer de Androvar, está enamorada de Gadel, discípulo de su marido...

Ponga aquí el lector todos los puntos suspensivos necesarios para ahorrarme explicaciones.

Si esta crónica fuese leída únicamente por hombres, podríamos comentar la curiosa situación en que Androvar se halla, sin sorpresa, colocado... Baste, para aquellos que han leído a Anatole France, saber que le toca a Androvar presenciar —¡y describir en lenguaje poético!— el espectáculo que Monsieur Bergeret presenció en su casa con tanta indignación y que lo indujo a maldecir a su discípulo M. Roux, a echar de casa a Madame Bergeret y a lanzar por la ventana a ese pobre «Maniquí de Mimbre» que no tenía culpa alguna...

En la casa de Androvar hay una «vieja criada» que fue nodriza de su amo. Ella sabe lo que está sucediendo y quiere ahorrarle a Androvar todo sufrimiento...

«—No te tortures —le dice Androvar—. Lo sé todo. ¡Te engañaban! ¡Nos engañan! Conocí toda la deslealtad, de quien era, más que mi amigo preferido, el hijo de mi espíritu. ¡Nunca nadie conocerá un íntimo secreto confiado por el ser más sincero allegado a él, como yo conocí el suyo! Mi saber iba más allá de las palabras. No tuvo necesidad de pronunciarlas. Su secreto fue desde entonces también el mío...

«—¡Y no le mataste!— interrumpe la vieja criada, por cuya boca habla la naturaleza humana, la naturaleza natural, no sofisticada.

«—¿Matarle? —contesta Androvar—. Me hubiese herido a mí mismo. *Era ya tarde para mi conciencia enriquecida.*

«—¿Qué hiciste?; Di, ¿qué hiciste? —pregunta la vieja».

Androvar contesta con prodigiosa filosofía: «*Sonreímos doloridos. El dábame todo su placer; yo, toda mi tristeza. ¿No quedábamos pagados ante nuestros corazones?*» (p. 58-60)

Muy bien... Si quedan pagados, no veo yo nada qué objetar, lo único que no puedo admitir sin protesta es que Androvar hable de «conciencia enriquecida». Lo verdaderamente enriquecido en él es... la frente... ¡Sí, señor!

Y basta. Bien sé que no hay mala intención alguna en el hecho de hacer figurar a Jesús en semejantes complicaciones sentimentales, sensuales y cerebrales. Con todo, para los asiduos lectores de los Sagrados Evangelios, será una causa de asombro y dolor el ver al Divino Maestro en cierta escena del segundo acto, escuchando con paciencia las enredadas frases de Androvar. Yo no lo concibo así. No cabe en mi mente un Maestro que, en los capítulos V, VI y VII de San Mateo, enseña con divina sencillez y naturalidad, y aquí aguanta los enredos y sofisticaciones de Androvar.

El alma de éste podría ser la de un discípulo de Plotino o, mejor aún, la de un lama budista o de un fakir indio: no es un alma cristiana. No se concibe que Jesús pueda tolerar tan complicada artificialidad...

¿Y sus antinomías? Son infinitas, aunque sin variedad. Allá van algunas:

«Imploré lo que todo hombre tiene» (p. 94). «De lo que los ojos me revelaron, sólo la noche me place» (p. 100), frase del ciego Nun, que es un sub-Androvar, al que Jesús ha devuelto la vista. «—¡Socorro!... En la muerte penetro y en la vida me quedo» (p. 107), etc.

Creo que si consiste en esto la filosofía, todo hombre medianamente acostumbrado a cubiletear con vocablos, puede ser un Androvar...

Lo que no está al alcance sino de un poeta y un pintor como Pedro Prado, es describir en páginas admirables el escenario donde se desarrolla este «poema dramático».

Digo lo que siento: si de mí dependiera, conservaríanse únicamente las páginas 13, 14, 15, 18, 52, 62, 77, 106; es decir, aquellas que están impresas en letras itálica y en que Pedro Prado ha pintado cuadros dignos de él, cuadros tan llenos de colorido y de movimiento, que, contemplados una sola vez, quedan por siempre grabados en la memoria.

Citaré aquí el más pequeño. Cuando Gadel, herido y sangrando entra en agonía, «el perro, antiguo lazarillo del ciego (Nun), acércase cauteloso al herido, husmea inquieto y va alejándose, la cabeza vuelta para observar, el rabo recogido, el lomo plegándose en arco, las lanas alzadas como flechas prontas a lanzarse a la altura» (p. 106).

Es una maravilla de vida. Esa vida creada por el poeta-pintor, la prefiero yo a la filosofía neblinosa, contradictoria, inhumana de Androvar.

14 de septiembre de 1925.

### «CAMINO DE LAS HORAS» (\*)

De los muchos jóvenes cuyo estreno literario presencié, allá en los primeros años de este siglo, Pedro Prado era uno de los que más simpatía provocaban en mí. Veíale entonces con alguna frecuencia, porque en aquella feliz época desempeñaba yo el puesto de capellán del Hospital San Vicente de Paul cuyo médico jefe era el doctor don Absalón Prado, padre de nuestro poeta. Cuando salieron a luz «Flores de Cardo», primera colección de versos de Pedro Prado (1908), fui de los primeros en leerlas. Aquellos versos, ciertamente, anunciaban talento, pero, a mi gusto, lo bueno y aun lo exquisito que ellos decían habría adquirido en prosa mayor nitidez. Más tarde, a medida que se iban anunciando nuevas obras de Pedro Prado, hacía yo votos

---

(\*) Sonetos por Pedro Prado.

por que fuesen prosa. Creía que su verdadera vocación literaria era de prosista. En esos lejanos tiempos parecíame tan evidente como ahora la verdad contenida en el vulgar axioma de Boileau: *Ce que l'on concoit bien, s'énonce clairement...*, etc. (Lo que uno concibe bien, se enuncia claramente, y los vocablos para decirlo se presentan fácilmente). Y la verdad es que, desde los días de Homero (siglo X antes de Cristo, poco más o menos) hasta muy entrado el siglo XIX después de Cristo, el 99<sup>3</sup>/<sub>4</sub>% de los poetas, y en especial los más universalmente aceptados como maestros, han escrito con claridad casi siempre meridiana.

¿Iba yo a preferir la penumbra, la noche oscura que el simbolismo y las demás escuelas a fines del siglo XIX querían imponernos? En todo caso era menester acostumbrarme poco a poco al nuevo régimen y dar así a mis ojos el tiempo necesario para adaptarse a las nuevas y deficientes condiciones de visibilidad poética. De ahí que prefiriera yo mientras tanto, la prosa de Pedro Prado a sus versos... Por lo demás estoy dispuesto a sostener que, por ejemplo, *La Reina de Rapá Nui* (1914), es una joya de poesía, aunque escrita en prosa, y que la novela *Un juez rural* (1924), aunque bien acogida en el mundo literario, no ha tenido el éxito que merece.

A veces oigo hablar o leo sobre la posibilidad de traducir, por ejemplo, al francés obras literarias chilenas y hacerlas circular en Europa. Sobre esta materia tengo dos ideas muy arraigadas: primera, que, cuanto más chilena de fondo y forma es una obra, tanto mejor éxito tendrá en Europa y especialmente en Francia, con tal de que su traducción no sea una traición, es decir, con tal de que el traductor sepa medianamente el español y el francés y trabaje con seriedad; y segunda que no siendo chilena en cuanto al tema, sólo triunfará en Europa a fuerza de novedad y de arte. En virtud de la primera tesis sostengo que, traducida al francés, la novela «Un juez rural» sería leída con

interés, y en virtud de la segunda, que «Reina de Rapa Nui» habría encantado a los numerosos admiradores de Loti.

Pero volvamos a los versos puesto que Pedro Prado ha vuelto a ellos al cabo de nueve años. . . Digo, desde luego, que los sonetos del *Camino de las Horas*, aunque calificados «libres» por su autor, obedecen, en lo esencial, a la tradición, la cual, ante todo, prescribe que sean inteligibles y que de los catorce versos brote una joya, es decir, una idea o una imagen radiante y susceptible, por lo tanto, de grabarse en la retina y la memoria del lector. Serán estos sonetos todo lo libres que se quiera: ello no impide que, en cada uno, yo haya subrayado un verso, o fragmento de verso en torno del cual todo el resto del soneto se agrupa, como la limadura se pega al imán o como los rayos brotan de un foco de luz. En lo cual se parecen a los sonetos de Petrarca, quien, según se cuenta con alguna seguridad (no mucha), fue el inventor del Soneto. . .

Y es verdad que aquel parecido dista mucho de perjudicarles.

Ahí tenemos el soneto intitulado *Esta es la casa*. Léalo el lector en la página 25 y discutiremos. . . Pero, no: vamos a copiarlo y si esto nos quita espacio para copiar otros, nos conformaremos con el resultado que habremos conseguido.

*Esta es la casa, ninguna otra existe;  
en toda la ciudad no hay más que una;  
lejána y vieja, en barrio pobre y triste;  
pero es la casa; que ella nos reúna  
a las vidas y vidas que vivieron  
entre estos gruesos muros,  
donde amarse es una ley antigua; ellas supieron  
ser la continuidad y continuarse.  
Somos en ellas y ellas en nosotros;  
ya son de tierra y forman estos muros*

*que el amor va trabando unos con otros  
y alza recios solemnes y seguros.  
Como aquí el buen amor se ha decantado  
Dios en el fondo brilla reflejado.*

Pude escoger otro soneto más cómodo para mi tesis, por ejemplo, *Pasan los días* (p. 75) o *Dime, mi bien* (p. 127), pero éste, aunque a primera vista enredado, la demuestra muy bien. Para mí la verdad central es: «*Ellas* (las vidas y vidas anteriores) *supieron ser la continuidad y continuarse. Somos en ellas y ellas en nosotros*». Y son esas vidas ya muertas, pero continuadas en Pedro Prado y sus hijos las que le confieren a aquella casa el carácter único que hace de ella *la casa* por excelencia. Esas vidas edificaron, trabaron muros solemnes y seguros. No es raro que allí el buen amor se haya decantado y que Dios, en el fondo, brille reflejado...

Ahora, preguntará alguien, ¿qué valen tanto en poesía como en filosofía aquellos sonetos?

Contesto que cual la senda de los justos, descrita en el libro de los Proverbios, «se parecen a la luz de la aurora, la cual va en aumento hasta que el día es perfecto». Y, en efecto, si empezamos con el soneto *Esta es la casa*, vemos crecer la luz cuatro páginas más adelante.

*Circulan en nosotros nuestros muertos,  
circulan en la vida y las ideas;  
más lejanos están menos inciertos  
te ayudan en la vida sin que veas.*

Todos mis antepasados están en mí... Es una multitud...

*La oculta sucesión de mis abuelos  
es luz de mi pensar, es el latido  
que sostiene a mis alas en sus vuelos* (p. 29).

Y pronto,

*al dejar mi cuerpo sumergido  
como ancla entre las cosas, ilego donde  
principia ya el misterio...* (p. 65).

El misterio es abrumador. Lo que hallo después de mucho buscar no cumple mis deseos.

*Yo vislumbro, Señor, que en mi deseo  
a Ti te busco en todo cuanto veo* (p. 85).

Y ¡cuán felizmente le halla! Pero aquí encontramos una de las páginas más luminosas de este libro. Dice el poeta:

*Sin haberte yo visto, en Ti ya creo;  
se despejan los cielos de mis brumas;  
no te distingo aún, y ya perfumas,  
y entre las nieblas una luz yo veo.  
Y sin saber por qué, ni si me llamas  
—un algo me circunda—, el paso apuro  
¿que nadie me lo dijo? Voy seguro  
de que Tú ya confías, y aun me amas.*

¿Cuál será ese «algo» que circunda al poeta? Yo creo saberlo o cuando menos lo sospecho: ese algo son brazos maternos. Pedro Prado me perdonará si agregó que, no habiendo conocido de niño las caricias de que le privó la temprana muerte de su madre, nunca se ha conformado con aquella orfandad, con la privación de aquellos cariños.

Ahí está *aquello que lo circunda*. Ahí está, para él, la Resurrección y la vida y la poesía.

Cada uno de esos sonetos merecería un comentario minucioso. En algunos hay frases de largo alcance. Estas, por ejemplo:

*El ser extraño que una vez ha amado  
vive de lo que piensa y de lo que añora.  
Con paso vago y con semblante abierto  
en éxtasis sonrió a un mundo cierto.*

Para creer, es preciso querer, es decir, amar. Cuando San Pablo habla de la fe como de la substancia de lo que debemos esperar y de la evidencia de lo invisible, dice algo parecido a estos versos. . . No se trata de una fe argumentativa, basada en silogismos, sino de una fe «formada por la caridad», una fe que piensa y añora, una fe que ama y en éxtasis sonríe a un mundo cierto, es decir, a lo infinito y a lo Eterno, en una palabra, a Dios.

21 de febrero de 1935.

## JENARO PRIETO

### «PLUMA EN RISTRE» (\*)

Terminada la lectura de *Pluma en Ristre*, trátase ahora de clasificarlo en un género literario y de buscarle a don Jenaro Prieto hermanos, padres y abuelos literarios. Esta es, en efecto, una de las tareas propias del crítico. . .

¡Hermanos? Yo diviso dos que están muy cerca de él en el tiempo: Camba, en España, y La Fouchardière en Francia.

---

(\*) Por Jenaro Prieto.

No me causaría la menor admiración oír que don Jenaro Prieto no conoce a La Fouchardiére a quien, sin embargo, se asemeja mucho más que a Camba.

Desde luego parece, a primera vista, tan escéptico como él. Y su escepticismo tiene visos de despiadado. Nada, nadie está a salvo de él, al parecer. Pero —y esta es otra semejanza con el autor francés— nuestro escéptico posee unas cuantas certidumbres que han echado muy hondas raíces en él: certidumbres políticas que, como todas las certidumbres, lo vuelven a ratos violento y cruel no sólo para con las ideas, sino también para con los hombres. Esa alianza del escepticismo con la certidumbre es una inagotable fuente de «comicidad». Si ella me encanta en Renan, en Anatole France, en el Jules Lémaitre de «*Les Contemporains*», ¡con cuánta mayor razón no me encantará en un contemporáneo y en un amigo! En suma, no hay tal escepticismo o si lo hay, en como la máscara (es decir, como la «persona») con que los actores del teatro griego se cubrían la cara cuando aparecían en el proscenio. No hay escépticos. Todos, en el fondo de nuestro ser, estamos afirmados (o creemos estarlo) en algunas certezas. En lo externo, en la superficie nos reímos: en lo interno, en la substancia estamos serios, estamos ciertos y por esto amamos y odiamos, por esto esparcimos en torno nuestro sonrisas y burlas. Por esto opinamos...

Así es, por ejemplo, ese aristócrata La Fouchardiére quien, en política, profesa el más amplio y el más hondo desdén por todos los partidos, por todas las autoridades oficiales y por todas las vulgaridades. Y sin embargo, ese «noble» que no cree en nada ni en nadie escribe en diarios radicales, socialistas e implícitamente adula todas las vulgaridades tanto en los de abajo como en los de arriba.

En esto —preciso es apresurarse en advertirlo—, don Jenaro Prieto está en el polo opuesto al que La Fouchardiére ocupa. No es cortesano explícito ni implícito de nadie, y en todo caso no ensalza a los que están en las alturas.

En el único punto en que se parece al ironista francés es en engañar al lector dándole la impresión de un escepticismo casi total cuando, en realidad, posee en política, en literatura y en filosofía las convicciones más sólidamente arraigadas.

En esto se parece además a escritores que lo precedieron en la carrera de la ironía: a Alfonso Allais, Grosclaude, Bergerat y Henri Rochefort

¿Qué es de estos cuatro hombres cuyos artículos chispeantes regocijaron mi juventud? ¿Quién ahora los lee?

El género literario que ellos cultivaron es tal vez el más amado —y, consecuencia lógica: el más fácilmente olvidado— del público lector.

Esto no obstante hay algunos ironistas cuya inmortalidad está asegurada contra toda suerte de riesgos: Voltaire, Swift, Cyrano, Rabelais y ¡saltemos muchos siglos!... Diógenes el Cínico. Este último es el más «seguro» de todos: no subsisten escritos de él; todo se ha vuelto «folklore».

Entre sonrisa y sonrisa hube de entristecerme repetidas veces mientras leía este libro. Tropecé con ciertas crueldades —políticas unas y... literarias otras— que preferiría yo no haber encontrado. Prescindiré de las primeras y sólo señalaré una de las dos que, por falta de vocablo más adecuado, he calificado literarias: aludo al artículo intitulado *Académicos*.

Ahí la ironía del señor Prieto es enteramente injusta por cuanto los nuevos académicos sobre los cuales ella recae poseen —todos y cada uno— títulos literarios iguales o semejantes a los que fueron tomados en cuenta para la selección de sus predecesores.

La argumentación que va en contra de los académicos recién elegidos, hiere a los que los eligieron y, en suma, a la Academia toda. Dice el señor Prieto: «Una de las características más comunes a nuestros «inmortales», es la de no ser literatos. Entre ellos hay políticos, funcionarios públicos, historiadores, coleccionistas de dichos populares, abogados, etc., pero los escritores

brillan, en general, por su ausencia» —exactamente como en la Academia Francesa, la cual, desde los tiempos del Cardenal Richelieu, su fundador, hasta el año de 1925, ha merecido exactamente, exactísimamente, el mismo reproche. ¿Acaso impide esto que ella goce de cierto prestigio?

El criterio estrictamente *literario* nunca ha inspirado las elecciones académicas ni en París, ni en Madrid, ni en país alguno...

Pero lo curioso es que estas críticas vienen de literatos que algún día, electos ya y recibidos en la Academia, las oirán con una sonrisa o como quien oye llover. Así hará, allá por 1935 ó 1940, el señor don Jenaro Prieto, arrellanado en un muelle sillón de la Academia Chilena (lo del «muelle sillón» es pura figura retórica: la Academia Chilena nunca ha tenido casa: menos tendrá sillones).

Sí, señor: el autor de *Pluma en Ristre* será académico andando el tiempo, y lo serán también con él los literatos cuya actual ausencia lo indigna: Rafael Maluenda, Mariano Latorre, Pedro Prado y Eduardo Barrios.

En aquel entonces no podré yo asistir sino a las sesiones que los finados celebrarán en el Cementerio, al pie del Cerro Blanco.

Las sesiones de académicos vivos no serán para mí. ¡Qué lástima! No sé lo que yo no diera por presenciar este espectáculo: la recepción académica del «literato» don Jenaro Prieto en la Academia Chilena, presidida por —¿adivina Ud., mi amigo don Jenaro?—, por el académico don Arturo Alessandri Palma en persona.

Los enojos de hoy estarán en aquel entonces muertos y sepultados. Sólo quedarán vivos el ingenio del autor y algunos capítulos de este libro que son excelentes modelos de ironía griega, como lo advierte Joaquín Edwards Bello en el prefacio.

27 de julio de 1925.

## «UN MUERTO DE MAL CRITERIO» (\*)

A fuerza de inyecciones el doctor acababa de resucitar al enfermo, pero éste en vez de agradecer tamaño favor, llegaba hasta negarle a su salvador el pago de sus honorarios... ¿Por qué no lo dejarían en el otro mundo, donde había encontrado una situación igual, si no superior, a la que ocupara en este valle de lágrimas?... Así como pasaba la vida en la tierra, sentado en un tribunal y mandando delincuentes a la cárcel, del mismo modo, en la vida eterna juzgaba a destajo, mandando a unos pocos al infierno y el resto al cielo o al limbo.

La muerte, tan tesonera en su actividad, no permitía que escaseasen los clientes. Todo era interrogatorios y sentencias... Y la variedad de los tipos que pasaban por sus manos y las de su secretario no podía ser mayor.

El propio médico admitía que su víctima, es decir el juez resucitado, tenía motivos para deplorar su resurrección.

«—¿Sabe Ud. —decíale al resucitado—, que todo eso que me ha contado es bien curioso? Los que van al otro mundo, o no regresan, que es lo más corriente, o tienen la mala idea de callarse. ¡Ya ve, Lázaro que estuvo en el sepulcro más que Ud., no se dio nunca el trabajo de dejarnos sus memorias! Podría Ud. aprovechar estos pocos días de convalecencia y el feriado que ya se viene encima para escribir sus impresiones de ultratumba...»

—¿Cree, Ud., que tendrían interés?

—¡Me parece! Aunque nadie las creyera, serían en cierto modo un relato original... Observe Ud. que en todas las novelas el protagonista empieza vivo y termina por morir en el último capítulo... Esta sería lo contrario: comenzaría el día de su muerte y concluiría en el momento de vivir... Escriba el libro».

---

(\*) Por Jenaro Prieto,

Y don Marcelo (que así se llamaba aquel juez de ambos mundos), don Marcelo lo escribió. . . Escribió sus «memorias de ultratumba», y si no las intituló así, fue por no plagiar a Chateaubriand, lo que no me impide reconocer el mejor derecho de don Marcelo a tan hermoso título. Y, en efecto, las memorias de Chateaubriand son de citratumba y no de ultra, puesto que en ellas su autor sólo habla de lo que le aconteció en este lado de la tumba, en la vida pasajera, y no en la eterna.

Agréguese a esta consideración otra de inmenso alcance: Chateaubriand escribió sus memorias antes de morir y don Jenaro Prieto (o más exactamente don Marcelo) después de resucitar. La diferencia es inmensa. . . Y no se crea que al señalarla, esté yo «ironizando». . . porque, en verdad, sería capaz de sostener que prefiero las de don Marcelo a las de. . . René. Estas, por cierto, son más líricas, más solemnes, más altisonantes que aquéllas. Vemos desfilar en ellas a toda una «teoría» de grandes señores y grandes damas encabezada por Napoleón. . . Pero ello no obsta para que, a poco andar, el lector de las Memorias de Citratumba se sienta cansado, y, si el vocablo no fuese demasiado vulgar, yo agregaría: lateado.

En las «memorias de ultratumba» de don Marcelo el lirismo ocupará a lo más dos o tres páginas, y esto, si se juntaren los varios trozos que andan desparramados

No hay en ellas personaje alguno famoso, a no ser que el pintor De la Brocha y el comandante Achurra sean seudónimos que el público traduce inmediatamente. Pero, en cambio de la grandilocuencia «chateaubriandesca», hay sal, hay «esprit», hay viveza; aquello fluye como el agua de las vertientes cordilleras que canta al correr y tiene lo que los franceses llaman «un gout de revenez-y». Y uno lee, lee, lee y el placer va creciendo entre risa y risa. Y el fin llega en mala hora, mucho antes de lo que uno esperaba. . .

Habrá sin duda escritores modernistas que le reprochen a don Marcelo la forma clásica de su estilo, quiero decir, la propie-

dad de los vocablos, la claridad de la frase, la sobriedad de las imágenes, la fluidez y facilidad ya mencionadas. . .

Hoy, para que prosa y poesía estén a la altura del nuevo ideal, es menester que sean tan ininteligibles como una inscripción etrusca. No importa que el lector bostece sobre ellas. . . Si éste, como dicen las gentes del pueblo, «abre tamaña boca», el autor se da por pagado de todo su trabajo.

Por lo demás, don Marcelo es más poeta que el noventa por ciento de nuestros versificadores. Léase, en prueba, la descripción de lo que vio y sintió al penetrar en la vida eterna: «Amanece. . . ¡Cielo santo! Allá, allá en el oriente las tinieblas se han rasgado en una franja de color de malva. . . Ya el aire vibra y titila como la clarinada de una diana. . . El cielo entero se ha tornado rosa. Mil saetas de oro rompen el oriente. . . Pero, ¿cómo? ¿Venus de esas proporciones? ¿Ese farol chinesco rubicundo y gordo es Vesper el lucero de la tarde, la estrella matutina cantada por la alondra, los poetas y los enamorados?

«¡Ah! ¡Qué horror! ¡Y la luna blanquecina, áspera, opaca, como una tosca bola de cemento, como cara llena de viruelas que siente la vergüenza de su fealdad y se esconde lentamente tras las rosadas gasas de las nubes! ¡Oh! ¡Y ese inmenso mapamundi que comienza a resurgir poco a poco de la bruma! ¡La tierra! . . . —¡Sí! El planeta en que vivía. ¡Mi tierra! ¡Mi planeta!»

Pero tiempo es de dar una idea clara de lo que don Marcelo hizo en el otro mundo.

No bien fallecía en su dormitorio de Santiago, cuando, después de un rapidísimo viaje a través de las nubes, se encontró sentado en su tribunal, en un tribunal semejante al que ocupara en la tierra.

Serenóse en un santiamén y se puso a registrar los expedientes que yacían desparramados sobre las mesas.

¡Cuál no sería su asombro al ver que uno de ellos llevaba

fecha de 1545 y era rotulado *Atahualpa contra Francisco Pizarro, por cobro de pesos!*

El Inca demandaba al conquistador «por cobro de veinte almudes de oro en polvo» que Pizarro le quitara...

No cesaba su asombro cuando tropezó con un expediente rotulado *José contra la señora de Putiphar, por robo de una capa.*

Estos hallazgos le demostraron que la justicia en la otra vida, muy lejos de ser tan rápida como la pintan, es más lenta que la nuestra... ¿Quién puede dudarle a la vista de un expediente que espera hace tres mil años al juez que lo falle?...

Pero dejemos a don Marcelo, atareado, leyendo los dimes y diretes de José, Madame Putiphar y el abogado Seti, defensor de aquella noble y liviana señora.

Tomemos nota de otro hallazgo: don Marcelo ha tropezado en la eternidad con don Roque Guezalaga, que antaño fue su secretario en la tierra... Merced a él la tarea judicial será a veces más llevadera...

Muchas fueron las causas falladas por don Marcelo o por Guezalaga (1). Todas son sabrosísimas, más ninguna, a juicio mío, lo es tanto como la del Comandante Achurra.

Voy a contarla abreviando. Achurra andaba merodeando por esas calles de Dios cuando tropezó con una cantina. «No se veía un solo parroquiano y... ¿qué bonita la chiquilla que había en el mesón!»

Ya achispado por las muchas visitas a otras cantinas, quiso reconciliar unas con otras con un poquito de guindado las copitas de coñac que llevaba en la conciencia. Pide el guindado y quiere obligar a la chiquilla a compartirlo con él. Ella se niega y empieza a mirar con susto hacia la puertecita... El comandante insiste en obligarla...

---

(1) Parece que, ultratumba, los secretarios no se hacen de rogar para dictar sentencias en lugar de sus respectivos jueces. Es como en la tierra. Reina ahí también la ley del menor esfuerzo.

Pero oigamosle a él mismo el relato que hizo en presencia del juez y de Guezalaga en la otra vida:

—¡Rudecindo!, gritó la muy idiota, y un soldado del Pu-  
deto salió de la portezuela y sin cuadrarse, ni tan siquiera pe-  
dirme «permiso para hablar», faltando a la disciplina como el  
ultimo recluta, quiso quitarme la chiquilla. Yo eché mano al  
sable y él a una botella. . . pero como éstas no se desenvainan,  
me tomó la delantera y me partió la cabeza. . . Ese es el denuncia-  
do que quería hacer a US. Yo he sido asesinado.

—¡Claro está! dijo impaciente Guezalaga. El comandante  
ha sido víctima de un homicidio. ¿Y el soldado?

—¡Tampoco escapa! En la Asistencia Pública, entre boquea-  
da y boqueada, alcancé a oír que el Consejo de Guerra iba a juz-  
garlo».

Interrumpamos al comandante para advertir que, en todos  
los casos y en todas las causas, el juez don Marcelo se inclina a  
favor del reo, mientras el secretario Guezalaga está siempre a  
favor de la ley. Para éste, todo acusado es culpable e iría al in-  
fierno sin remedio si aquél no descubriese siempre alguna cir-  
cunstancia atenuante.

«—Hay circunstancias atenuantes» —observa el juez, inte-  
rrompiendo al comandante Achurra.

—¡Pamplinas! —replica éste—. En la Ordenanza todo se pe-  
na con la muerte, a excepción de no ir al rancho. . . ¡Lo fusilan  
como que dos y dos son cuatro!

—¡Bien hecho! —dijo Guezalaga, frotándose las manos—.  
De aquí lo mandaremos al infierno. . . En cuanto a Ud., yo creo  
que, por borracho y seductor, se tendrá que ir también allá. . .

—¡Pero, Guezalaga! —dijo el juez interrumpiéndolo—. Ud.  
quiere juzgar a un militar como juzgaría a un ciudadano cual-  
quiera.

—¿No son gente?

—Sí. . . por cierto! Desde el punto de vista fisiológico no  
hay diferencias especiales; pero. . . aquí, en la eternidad, debemos

atender a las finalidades de cada individuo. Debemos ver si ha cumplido o no en la vida con el objeto para el cual estaba destinado, y, ¿qué cosa es un militar? Un militar es un sujeto que crían y engordan los gobiernos solamente con dos fines: para que mate a otros soldados o para ser muerto por ellos. El comandante ha caído combatiendo con otro de su misma especie: ha cumplido ampliamente su misión; por lo tanto, merece premio y no castigo».

¡He ahí un fallo que Salomón, juez de alzada en la otra vida —según don Jenaro Prieto—, habrá respetado!...

Pero detengámonos aquí y dejemos que el lector descubra por sí mismo los personajes que la inagotable fantasía de don Jenaro Prieto evoca en este libro.

Don Marcelo era el más sutil y el más desengañado de los jueces. En esto, sin duda, consistía su «mal criterio».

Las gentes de buen criterio son suspicaces, pesimistas e inflexibles. Así, al menos, opinan don Roque Guezalaga y sus innumerables semejantes.

17 de octubre de 1916.

## EL PODER DE LA MENTIRA ESTUDIADO EN «EL SOCIO» (\*)

Tres peculiaridades caracterizan esta novela. Consiste la primera en que, con *El Socio*, se inaugura felizmente la recién formada *Sociedad Chilena de Ediciones*; la segunda, en que el propio autor ha contribuido con viñetas originales y bellas al adorno de su obra (1), y la tercera, en que *El Socio* es original por los cuatro costados, peculiaridad, ésta, que podemos y aun

(\*) Por Jenaro Prieto.

(1) Justo es señalar las no menos bellas ilustraciones del señor Meléndez en la portadilla.

debemos celebrar por su excesiva rareza en nuestro pequeño mundo literario y aun en todos los mundos

Mi querido amigo y colega Tartarín, al hablar de *El Socio*, ha recordado al *Putois* de Anatole France; pero, aunque Putois sea tan imaginario como el Socio, su evolución me parece muy diversa. Nacen ambos de una mentira dada por disculpa; pero mientras Putois crece en el cerebro del vecindario sin ayuda del inventor, el Socio crece, primero, en la imaginación de Julián Pardo, su creador, y se adueña de ella antes de conquistar al público. Este, una vez engañado, consume el engaño de Pardo, haciéndolo creer en la realidad del Socio.

La única analogía fundamental, aunque lejana que yo le conozco, es la que hay entre Pardo y cierto campesino provenzal, protagonista del *Cuento de la Sardina*.

Regresando de Marsella y caminando hacia su pueblecito, aquel hombre pensaba: «¿Qué mentira voy a contarles a mis paisanos? Al primero con quien tropezó contóle que en Marsella estaba sucediendo algo colosal: una sardina gigantesca, más grande que un acorazado, se había atravesado en la boca del puerto y tenía embotellados innumerables navíos. No se hablaba de otra cosa... ¡Ah! ¡Esa sardina! ¡Es de verla!» Este cuento, nuestro hombre lo contó a una docena de amigos y comadres. En sus adentros reíase de la candidez de sus paisanos... Ya en la tardecita toda la parroquia estaba informada. El mentiroso, sin pensar más en su cuento fue después del almuerzo a cavar en su viña que estaba a la vera del camino real y luego advirtió que mucha gente endomingada iba hacia el puerto, sorprendióse y, para salir de curiosidad, preguntó: «¿Qué hay de nuevo en Marsella, que tanta gente va caminando hacia allá?» Todos le contestaron: «Vamos a ver la gran sardina que tapa la boca del puerto». Al principio nuestro mentiroso se rió; pero, poco a poco, a fuerza de oír el mismo cuento, empezó a dudar... Y luego, viendo que la gente caminaba más numerosa y más a prisa, pensó: «¿Y si fuere cierto?...» Al cuarto de hora ex-

clamó: «Van tantos y tantos que debe de ser cierto... Es evidentemente cierto». Y fuese a casa a endomingarse como sus vecinos... A poco de ahí, él también caminaba velozmente hacia Marsella para ver «aquella famosa sardina que tapaba la boca del puerto...».

Ese cuento —muy conocido, ciertamente, pero cuya narración debe perdonárseme por inevitable en este caso—, ese cuento es, puede decirse, la esquematización del «Triunfo de la Mentira».

\* \* \*

Imitando a los filósofos (mejor llamémosles «filosofastros») del siglo XVIII, compendiaremos toda esta materia en una breve frase: «Mentid, mentid, que siempre terminaréis por creer en vuestra mentira».

La humanidad es así: un político de la antigüedad decía de ella: *Vult decipi, decipiatur*. (¿Quiere ser engañada? ¡Pues, engáñesela de una vez!).

Julián Pardo lo experimentó en carne propia. Para librarse de prestar un servicio que se le pedía, Julián, corredor de propiedades tronado y en punto de quiebra, objetó que «su socio se oponía». No tenía tal socio... Pero una vez lanzada a rodar, la mentira hizo como la bola de nieve: creció por momentos. Luego Pardo hubo de darle a aquel socio mítico una nacionalidad, un nombre y una dirección. Hízolo, pues, ciudadano británico, llamólo Walter R. Davis y lo situó, por de pronto, en la altiplanicie boliviana, donde, a lomo de mula, estaba caminando hacia Oruro y La Paz. Y se reía Pardo calladamente del candor de sus contemporáneos que, sin más, admitieron la existencia de Walter R. Davis...

Pero tócale la desgracia de heredar de un tío suyo unos 15.000 pesos. Con las dos terceras partes de ese dinero empieza a jugar en la Bolsa por cuenta de su «socio»... Y, casualidad verdaderamente milagrosa, Pardo, que hasta ahora no ha hecho

sino malos negocios, gana dinero a montones. Cuando ya, merced al alza de las acciones compradas por él, puede disponer de unos 30.000 pesos, quiere retirarlos para pagar deudas y vestir a su mujer e hijo; pero su «corredor» le exige un poder de su socio Mr. Davis. Pardo va a Valparaíso disfrazado de Davis, y, sin mayor dificultad, consigue que un notario lo admita a otorgar poder amplio a... Julián Pardo.

El acto de firmar por Walter R. Davis viene a ser como una especie de infernal sacramento. Obrando *ex opere operato*, la firma confiere existencia real y efectiva; pero con una realidad de pesadilla, a *Mister Davis*...

Ya todo el mundo cree en él... Nadie, naturalmente, lo ha visto; pero todos saben quién es, envidian su clarividencia financiera y compran o venden en la Bolsa lo que compra o vende Mr. Davis...

Julián Pardo, su inventor, empieza a creer en su existencia: ¿Acaso Davis no le impide gozar del dinero ganado por Pardo?

«Pienso: luego existo», decía Descartes: «me priva Davis de mi dinero —decía Pardo—, luego, Davis existe...»

Y Pardo, por primera providencia, aborreció a Davis. Luego después hízole perder dinero a sabiendas, con toda intención de perjudicarlo... Ese Davis era verdaderamente «encombrant». Se metía hasta en los amores ilícitos de Pardo. La «amiga» de éste quería a todo trance conocerlo... Pardo llegó a contarle a aquella señora su secreto, el secreto de la inexistencia de Davis. En balde... A cada momento Davis existe con mayor realidad y más intenso vigor. Sucede, por fin, lo inevitable: Pardo cree ver a Davis, le dispara un balazo y, arruinado en la Bolsa, se mata... Nadie hasta entonces ha querido creer en la inexistencia de Davis. Por el contrario, todos dan por averiguado que él fue quien mató a Pardo... Desde el día en que los médicos legista declararon que se trataba de un asesinato, no de un suicidio, la policía busca a Davis... Davis existe... *for ever!*

\* \* \*

Ahí tenemos, minuciosamente analizada y comprobada la aptitud humana para mentir. Y no solamente la aptitud activa, sino también (si tal puede decirse) la pasiva. Porque, en efecto, a un Julián Pardo que miente creando o, mejor inventando a Walter R. Davis, corresponden pronto los especuladores de la Bolsa creyendo en la existencia de Davis y, milagro supremo, la fe de éstos contagia al propio inventor de la mentira. Ante una hazaña tan perfecta, no cabe sino recordar la frase del Salmo: «Un abismo llama a otro abismo». Un abismo de mentira llama a un abismo de credulidad...

Lo que en su libro el autor de *El Socio* pinta con tanta frescura e ironía es, sencillamente, una imagen simbólica de la vida humana, la cual ha sido siempre (y es cada vez más) hecha a base de mentira. *Qui trompe-t-on ici?* pregunta un héroe de Víctor Hugo: igual pregunta puede cada uno de nosotros hacer a cada paso, sin temor de ofender a la Verdad. Ella, por otra parte, nos sale de fiadora. En el Salmo 115 dice:

*Yo creía, puesto que hablaba;  
fui afligido en gran manera.  
Dije en mi alarma:  
Todo hombre es mentiroso.*

En suma, todo hombre tiene su «socio»; pero si se descuida, llega el día en que el socio lo tiraniza, arruina y mata. Este es un tema que debiera estudiarse a la luz del Freudismo...

Mientras leía yo alegremente el libro de don Jenaro Prieto, el nombre de Pirandello flotaba en mi memoria. Asociación de ideas perfectamente natural y lógica.

He ahí un nombre —pensaba yo—, que debiera infundirle

al autor de *El Socio* la ambición de convertir en comedia su novela «pirandellesca».

En *El Socio* la comedia está casi hecha. El ambiente de la Bolsa, el lanzamiento de las «Auríferas», la crisis de la «Adiós, mi plata», Goldenberg y su mujer, el gerente del Banco con su señora y el «tertius gaudens», la comparsa de Goldenberg... ¡qué campo para Julián Pardo y el mítico Davis! Y por entre las escenas cómicas veríamos deslizarse callada y llorosa la pobre mujer de Julián... Presenciaríamos la muerte del hijito de éste, muerte que su miserable padre añadiría, oportunamente, al debe de su cuenta. Habría para reír y también para llorar, como en la vida...

Estoy convencido de que, por la naturaleza misma de su talento literario y de su estilo, don Jenaro Prieto debiera trabajar para la escena. Ahí está el porvenir de *El Socio* y de su autor.

2 de septiembre de 1928.

## EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA

### «CUESTA ARRIBA» (\*)

El distinguido autor de «Cuesta Arriba» ha querido ahorrar a sus lectores y a sus críticos, no tan sólo el trabajo de adivinar, por cuenta propia y propio esfuerzo, el significado de su obra, sino también exponer, en copioso y explícito prefacio, el símbolo de su fe literaria, filosófica y política.

Es este un método, que no carece de peligros. Los críticos, gente por lo común muy atareada, agradecen sinceramente un prefacio como el de «Cuesta Arriba» que les ahorra el trabajo de

---

(\*) Por Emilio Rodríguez Mendoza.

leer el libro y de formular las teorías que nacen de los hechos expuestos en él.

Aquellos que más atienden al arte que a las ideas, o a la forma más que a la materia, se dan por satisfechos cuando leen declaraciones como las siguientes: «No hagamos en «Cuesta Arriba» novela europea. . . El arte de aquellos mundos (es decir, de Europa) y aquellas gentes no puede ser el mismo que el nuestro. . . Hagan arte puro —los que puedan hacerlo—, pero háganlo sano y viril que corresponda a nuestro estado, que sea orgullosamente propio y en franca hostilidad con ese cosmopolitismo traído en maletas. . . Hemos querido, acaso sin lograrlo, acogernos a un estilo sencillo, bien musculado y extraño a anfibiologías. En cuanto a la novedad de un asunto, renunciamos por nuestra parte a hacer consistir esta cualidad preciosa en las palabras y no en las ideas» (p. XI-XIII).

Los lectores, para quienes el arte puro es cosa secundaria, sabrán a qué atenerse, en cuanto a ideas cuando lean que el protagonista de «Cuesta Arriba» es modelo ideal de vida austera y que en en él se junta «un utilitarismo altruísta con la esplendorosa moralidad del imperativo categórico de Kant» (p. X).

Y para imaginarse las posibles escenas del libro bastará recordar que el período histórico en que se desarrolla «Cuesta Arriba» es «uno de los más inmediatos a la guerra civil de 1891».

He ahí parte de lo que nos dice el prefacio de esta obra. Pero no quiero insistir en ello, pues prefiero con mucho la novela misma de la cual puedo, si así me place, sacar conclusiones personales y en la cual hallo con placer teorías vivas, es decir, hombres y acciones que intentan y logran dar vida y realidad a las doctrinas del autor.

Dicho sea de paso: un prefacio tan explícito podría fácilmente servir de «prima» a la pereza del lector. Más vale, pues, empezar por la novela misma la lectura de este libro. Leídas a modo de «postfacio» (perdóneseme el barbarismo) aquellas 18 páginas adquieren mayor significado, valor y sabor.

El personaje principal de «Cuesta Arriba» es un mestizo. León II Rield, hijo de un extranjero (anglosajón si hemos de juzgar por las apariencias y el apellido) y de una araucana.

Muerta su madre a los pocos días de darlo a luz y apartado de su padre quien no tarda mucho en morir (o en desaparecer del relato), León II, criado y educado por mercenarios que llegan a amarlo como a hijo, aprende desde temprano a vivir solo y a luchar por la vida.

Desde los primeros años de la infancia le hallamos encerrado en el Instituto Nacional. Allí su personalidad se desarrolla lentamente y por sí sola, sin que la carencia absoluta de todo lazo de familia o de amistad perjudique su crecimiento.

Parece aquella evolución obedecer a una ley fatal, a un atavismo o determinismo que nada puede torcer o detener.

En León II obra la sangre araucana criando musculatura de fierro y la sangre extranjera fabricando un cerebro sólidamente equilibrado. De la combinación de ambos nace una voluntad dura, recta y fría: no un Rield sino un... «riel»...; una voluntad a lo Nietzsche, es decir, «una voluntad de potencia»...

Y esa potencia a cuyo servicio están unos músculos capaces, como los de Sansón, de sacudir el templo de la enseñanza, se manifiesta desde el primer momento en que puede León II ponerla a las órdenes de sus ideas.

En aquel joven el cerebro lo domina todo. Mientras sus discípulos (y aun sus inspectores mismos) viven alegremente, León Rield piensa y busca en los libros y entre los hombres quien le ayude a pensar.

Su único paseo (es decir, el único de que nos habla «Cuesta Arriba») es un acto filosófico; por poco diría de peripatetismo, si la forma del diálogo y las ideas no fuesen tan ajenas al rigor aristotélico.

«León solía frecuentar la clase de un profesor que lo atraía con la fama de su austeridad y su figura de maestro, en cuya figura reaparecían contornos y modelaciones griegas.

«El profesor a su vez se había fijado en la asistencia de ese alumno, extraño al curso y, frecuentemente, lo saludaba con cariñoso afecto.

«Una tarde se juntaron maestro y alumno y siguieron como empujados por la brisa del otoño ya bastante avanzado.

«Llegaron a una calle de palacetes emperifollados...

«Salía de esos vestíbulos, en demanda de la calle y del aire libre, una atmósfera tibia que venía seguramente de la sala en que mujeres elegantes toman, formando grupo encantador, la taza de té de la tarde.

«—El lujo en una sociedad en que cada cual quiere ser rico ¿no concluye por imponer muchas cosas, no todas buenas? — preguntó León, como reanudando el curso de las ideas emitidas en la clase por el profesor» (p. 58-59).

Por esta pregunta adivínase la índole mental y moral del joven Rield, índole no muy común en los de su edad más inclinados a apetecer el lujo que a mirarlo desde el punto de vista filosófico.

Responde el profesor: «Seguramente: una buena parte de esta sociedad, educada más que todo para el destino y la mala política, crece fomentándose la idea de la riqueza por medio de la competencia social en que cualquier observador atento descubre a cada instante gestos y decoraciones de comedia... Se diría que nadie va sabiendo que es pobre y que vive en un país cuyos montes y cuyo suelo serán pródigos, no con la jugada de Bolsa sino con el esfuerzo y voluntad constantes. Se vive en un remedo más o menos grotesco de lo europeo... ¿Y es a esto, al corte de los trapos y a la elevación de los edificios, a lo que se da el nombre de progreso?...

«Es cierto, el adelanto material existe entre nosotros, pero esa clase de progreso lo destruye cualquier vaivén cuando no tiene por base la moral, fuente de altivez, y la energía... ¿Ve usted esa gente que pasa en carruajes que se harían admirar en París? Muere el padre, se reparte la herencia, toca a cada cual

una partija que al ser gastada, sólo deja de la familia, ya disuelta, seres expuestos a todos los peligros que amagan a los que sólo en el terreno del dinero sitian sus ambiciones y su vida. Falta el dinero y entonces... entonces el edificio entero de la mentira o la vanidad estucada empieza a desmoronarse...» (p. 61).

Siento no poder transcribir todo aquel socrático diálogo que forma, por decirlo así, el riñón de este libro, y en que el autor ha sintetizado todas sus ideas...

Del paseo por la calle del Ejército y la Alameda en compañía del Maestro vuelve León, no contagiado por el pesimismo, sino, muy al contrario, resuelto a «enrielar» el progreso de Chile, a darle su verdadera norma y el carácter de originalidad de que carece.

«¡Cómo no hacer de este un gran país —dice el Maestro—, si para ello lo tenemos todo: raza la más fuerte de América, y suelo en que sólo un pueblo física y moralmente vigoroso puede vivir!» (p. 67).

«Apresuremos la reconstrucción intelectual de esta tierra... Estamos frente a frente a una nueva Humanidad (señaló el Asia lejana), apresuremos la reconstrucción del país, porque hoy las más grandes evoluciones sólo necesitan pocos años para operarse» (p. 70).

«Apresuremos»... León termina con éxito sus estudios universitarios y entra en calidad de ingeniero a desempeñar un puesto en la Dirección de Obras Públicas.

Resuelto a reconstruir el edificio social, empieza construyendo edificios fiscales en condiciones que ponen al nuevo ingeniero en conflicto con rutinas e intereses... Hermosas y tristes páginas son las que nos describen su lucha por la moralidad administrativa y en pro del séptimo mandamiento. Todo es entonces *cuesta arriba* para él, y empezamos a ver cuán gráfico es el título de la obra.

Desde el primer momento tercia en estos combates un tipo

con quien León ha luchado desde los primeros años de su vida intelectual.

Champan, el senador Champan, inspector del Instituto cuando León empezó allí sus estudios, es hoy uno de los prohombres de la política nacional.

Ambicioso desde su juventud, tan falto de escrúpulos como rico en «tupé» y en fórmulas huecas, Champan ocupa un sillón en el Senado. Pero si su posición social ha mejorado, su moralidad, en cambio, ha permanecido idéntica. Hoy Champan es el amparador de todos los robos...

Viendo que donde impera un Champan no puede un Rield decentemente «construir» ni mucho menos «reconstruir», León renuncia a su puesto oficial y, resuelto a promover de todos modos el progreso de su país, pone su talento y energía al servicio de un anciano empeñado en construir un ferrocarril transandino.

Llegando a este punto, la obra se vuelve épica. No la compendiaré, contentándome con decir que, a pesar de todas las intrigas, a pesar de Champan y de una plaga de ladrones, consigue al fin Rield que su propuesta de transandino sea aceptada por el Gobierno. Señalaré, sin embargo, la escena del cheque: ¡es una página curiosísima en que la moralidad del senador Champan toma tintes esplendorosos!... La de Rield, el tentador, es algo maquiavélica, confesémoslo, y no muy ajustada a sus ideales éticos, v. gr., al imperativo de Kant, ni a ciertos artículos del Código Penal. El «reconstructor» parece creer que el fin justifica los medios... Pero nadie, en este mundo, es lógico hasta el fin.

Al lado del anciano constructor de transandinos halla Rield a María, hija de aquel viejo luchador y, excusado es decirlo, el amor nace espontáneamente, primero, en la encantadora niña, y en seguida, en nuestro héroe. Como cabe entre héroes el idilio es breve y aquí, a diferencia de la turbamulta de los novelistas, ha sabido nuestro autor evitar la «cansada cuestión».

De la Iglesia de san Isidro en que se celebra su unión con María pasamos a la Cordillera y allí presenciarnos la lucha del gigante con los «políticos» y con la montaña. Vence Rield con más facilidad a ésta que a aquéllos; pero a la postre ambos salen vencidos y la Cordillera deja pasar en sus entrañas la locomotora, emblema e instrumento, según dicen algunos, de la civilización y del progreso.

A pesar de Champan y del Champañismo, Rield ha construido su transandino y ha empezado, no en palabras sino en obras, la reconstrucción de que le hablara, en una tarde de otoño, el Maestro de perfiles y modelaciones griegas...

Rield y Champan, dos tipos contrarios, encarnan los ideales de una época: éste, el ideal de la politiquería logrera y corruptora; aquél, el ideal de «la política» sin adjetivo calificativo.

El señor Rodríguez Mendoza dice en su prefacio: «León II Rield representa síntesis claras y enérgicas, y en él, que quisiera reformar, acumulamos una buena parte de los atavismos raciales, no pocas instituciones y costumbres, acumulamos todo un programa de «ideas-fuerzas»: a veces se diría que se trata de un ser soñado o soñador; pero, para probar que no es ni lo uno ni lo otro, basta recordar que sus alas, si las tiene, se sienten constantemente atraídas por lo práctico. Ojalá, por lo demás, se multiplicaran como el trigo de buen año los soñadores que en la práctica de una vida austera, intentan juntar un utilitarismo altruísta con la esplendorosa moralidad del imperativo categórico de Kant».

Todo esto representa Rield y bien lo ve quien, antes de leer el prefacio, lee y medita el libro. Por una vez, en una novela, el sermón no desdice del exordio, cosa que no podría decirse de muchas novelas chilenas o no chilenas.

Y a propósito del «chilenismo» de ésta presentaré al autor una objeción que se me ha ocurrido más de diez veces mientras leía su obra y que recrudece en mi espíritu al leer por segunda vez el prefacio.

Concedo que «Cuesta Arriba» no es «novela europea» y que en ella todo es chileno, todo, excepto el protagonista León II Rield.

En mi concepto, si se quiere personificar un ideal chileno, es menester que el personaje en quien se encarna ese ideal pertenezca, no sólo por la casualidad del nacimiento y por la educación, sino por la sangre, a la mayoría, esto es, que sea puro latino como son los chilenos.

Ahora bien, León Rield es mestizo de anglosajón y araucana. ¿Responde ese tipo al de la mayoría de los chilenos? ¿Es normal, que un mestizo, en semejantes condiciones, posea las cualidades de ambas razas y ninguno de sus defectos?

Confieso que puede haber excepciones y que «mestizaje» no es forzosamente ni siempre sinónimo de inferioridad intelectual o moral. Pero lo es comúnmente en la vida práctica y esta es la razón por la cual los anglosajones y todos los Rield del mundo lo abominan y, cuando pueden, lo prohíben.

Demos que León II sea una excepción y que, según reza el axioma, la excepción confirme la regla. ¿será lícito erigir una excepción no sólo en regla sino en ideal?

He ahí mi objeción. Ella equivale a decir que más a mi gusto hubiese sido un protagonista que, como cualquier hijo de esta tierra, se hubiere llamado Pérez o Gómez... A esto equivale, pero ¿qué vale?...

Ella, en todo caso, no me impide ver en León II Rield un modelo digno de ser imitado por todos los chilenos.

Bien puede ser un tanto «soñado» y quizás «muy soñador»; pero es austero, es viril, es hermoso y lo que neutraliza todos los sueños, es vivo.

Siempre los ideales son algo «soñados» y quienes intentan realizarlos son siempre soñadores: mas esto, muy lejos de rebajarlos, los enaltece y hace vivir en la memoria y en el corazón de las gentes.

25 de agosto de 1910.

## «DIAS ROMANOS» (\*)

*Días Romanos* es un manojó de recuerdos. Visitando a Roma, quiso el señor Rodríguez Mendoza analizar las sensaciones que el espectáculo de la capital del mundo hiciera brotar a raudales en su alma de artista.

El libro en que tuvo el viajero la feliz idea de compendiarlas podría lógicamente dividirse en tres capítulos: Roma Pagana, Roma Cristiana y Roma Italiana.

Si el señor Rodríguez no adoptó aquella división tripartita ni tal vez pensó en ella, prefiriendo con razón historiar sus impresiones a medida que nacían y en el orden de su nacimiento, yo, al leer su libro, me he visto obligado por mis ya invencibles hábitos de analizador a adoptarla.

Y no sin motivos. De la lectura del libro resulta, en efecto, que el orden mismo de los títulos representaría con exacta proporción la magnitud decreciente de las impresiones recibidas por el autor.

Es indudable que la Roma Pagana absorbió lo mejor y lo más penetrante de su atención.

No quiero con esto decir que las páginas dedicadas a analizar las impresiones paganas sean las más numerosas del libro. Pero son, si no me engaño, las que traducen la mente misma o, si se quiere, la mentalidad del escritor.

El Coliseo, con su mole formidable, borra en su memoria el recuerdo de los mártires que allí murieron por su fe y por nuestra libertad.

Las ruinas del Capitolio y del Palatino, el Foro Magno le llevan a discutir la «eternidad» de Roma.

Dice con sincero entusiasmo:

«Mirad allá a San Pedro, os dirán millares de religiosos, de

---

(\*) Por Emilio Rodríguez Mendoza.

peregrinos y de creyentes que encuentran aquí una conjunción, una cita única: la de la fe y la del arte. Pero más que por la misma fe y el sentimiento, ¿no será eterna esta ciudad porque, dominadora del mundo, dio a éste fórmulas y principios que han sido la base del derecho universal De todos sus títulos nobiliarios, ¿no será éste el que la liga a los comienzos de la existencia jurídica, el que le conservará para siempre su blasón de eterna?

«De la Roma antigua sólo quedan ruinas y mármoles ya cansados, seguramente, de tanto rodar a través de las edades y de tanto enseñar a los que pasan ante ellos. En cambio, ciertos principios del derecho, cuyo espíritu no podría variar jamás y de que han salido tantas transformaciones posteriores, prosiguen serenos e intactos su vida secular. Borrados en los períodos de tormenta, no tardan en aparecer de nuevo, constituyendo así el lazo indestructible que liga el pasado con el presente» (pág. 121).

¡Hermosa página! Pero más hermosa fuera si aquellos benéficos «principios» sujetos a transformaciones y eclipses pasajeros no fueren siquiera señalados en dos o tres líneas.

Bien sé que aquello de la herencia jurídica romana es teoría y aun dogma corriente en el mundo, sobre todo desde los días del siglo XV, que vieron renacer el estudio de las leyes romanas y al amparo de éstas, como empollado por ellas, el absolutismo cesáreo del cual podemos aún contemplar restos no escasos en los países latinos. Hoy mismo ciertos fermentos que bien pudieron creerse muertos para siempre, algunas levaduras jurídicas de entonces empiezan a remozar y a obrar. ¿No son acaso ideales romanos los que impulsan el socialismo a pedir al Estado moderno lo que la plebe pedía a los Césares: *Panem et Circenses*? Las innumerables pensiones y todo lo que las «nuevas» legislaciones inventan para quitarnos el cuidado del porvenir y por ende el amor al trabajo y al ahorro son efectos de aquella resurrección de viejos fermentos romanos y paganos. Lo que producirán en nosotros se adivina al ver lo que produjeron en el Imperio, el cual con toda su «eternidad», cayó despedazado por los Bár-

baros. Venían éstos con principios antirromanos: *self-government*, independencia personal, representación popular; venían con todo lo que a Roma pagana le faltaba, y por cuya falta Roma pereció.

Si aún subsiste la vieja *Urbs*, si su eternidad es segura débela en el pasado al catolicismo y como el porvenir es hijo del pasado, al catolicismo la deberá.

En todo caso (y sea lo que fuere de estas ideas), a Roma cristiana débese la conservación de los tesoros de arte que tantas páginas hermosas inspiraron al señor Rodríguez Mendoza.

Son las mejores de los *Días Romanos*, y entre ellas señalaré la visita a la Venus de Cnido (pág. 81) y al Apolo del Belvedere (pág. 98).

Muy finamente observada por el autor paréceme la profunda diferencia que separa al arte griego del romano, así como la vulgaridad de ciertas estatuas imperiales comparadas con la sencilla y varonil nobleza del Discóbolo. ¡Cuán provechosa sería para algunos maestros de educación física, pero, principalmente, para los sportsmen del atletismo, una visita a esa estatua encantadora! Tal vez el ideal del siglo XX, «los *biceps* monstruosos de nuestros héroes de circo, la monstruosidad brutal del atleta moderno» perderían, en comparación, algo de su encanto.

Tarea difícil ha de ser la de escribir libros como éste, si se quiere alcanzar cierta originalidad. El tema es verdaderamente trillado y entre los trilladores hay algunos como Taine, por ejemplo, muy capaces de desanimar al más valiente.

Mientras leía la obra del señor Rodríguez Mendoza, quise leer paralelamente la obra del célebre crítico francés a quien nuestro autor reprocha su *parti pris*, es decir, su teoría de la raza del medio y del momento. No carece de razón el reproche, pero, dicho sea de paso, podría Taine, evocando un recuerdo romano, decir a nuestro autor: *Tu quoque!*...

un crítico el «llevar ya armada una fórmula», como tampoco

lo sería para el más humilde carpintero o para un arquitecto el llevar siempre un metro en el bolsillo. . . (1)

Dicho esto, añadiré que la lectura paralela del libro francés y del chileno no ha redundado en perjuicio del señor Rodríguez Mendoza, que es cuanto puede decirse en pro de su originalidad y valor literario.

Aun ante el gran crítico francés podría nuestro autor decir con cierto poeta contemporáneo y amigo de Taine.

*Mon verre est petit, mais je bois dans mon verre.*

8 de octubre de 1910.

#### «RUMBOS Y ORIENTACIONES» (\*)

Decía el poeta Horacio que cinco años son «longum aevi spatium». Empero, si comparamos la rapidez cada vez más vertiginosa de la vida moderna, con el lento correr de los días en la época de la Paz Romana, comprenderemos que el dicho del poeta vaya haciéndose más verdadero año tras año.

Cinco años son, hoy por hoy, un gran espacio de tiempo, un espacio tan grande que en él, cual en un desierto, se extraían los recuerdos y se borran los rastros.

¿Quién hoy se acuerda del Centenario y de los entusiasmos que brotaron en 1910? De lo mucho que entonces se escribió o se habló, proféticamente, ¿quien se acuerda? ¿No podríamos, sin exceso de pesimismo, aplicar a las fiestas de aquel año me-

---

(1) En este párrafo hemos respetado el original.

(\*) Por Emilio Rodríguez Mendoza.

morable el proverbio medieval: *Transeunt festivitates et remanent iniquitates.*

Sea de esto lo que fuere, entre lo mucho que se escribió en los diarios de entonces, pocas páginas merecían, más que éstas, salvarse del olvido.

En aquella época ya lejana emprendió el señor Rodríguez Mendoza en «El Mercurio» una brillante campaña, cuyas «órdenes del día», si tal puede decirse, salen nuevamente a luz en el presente libro, campaña de «rumbos y orientaciones», cuya permanente eficacia queda asegurada con esta publicación.

Lo que en 1910 pedía el señor Rodríguez Mendoza, puede y aun debe pedirse con igual insistencia en 1914.

Si se tratase de reducir a la unidad los múltiples rumbos señalados por el autor, diría yo que los artículos reimpresos en este volumen se inspiran en un pensamiento central que es éste: Instrucción, educación y disciplina he ahí las tres bases en que se funda el hermoso porvenir de Chile.

Muy fácil sería hacer converger hacia ese centro todos los rumbos, es decir, todos los artículos de este libro.

Pide el señor Rodríguez Mendoza que los establecimientos educativos ya existentes se desarrollen hasta el punto de influir en todos los chilenos. Y no sólo señala nuevas orientaciones para la instrucción primaria, secundaria y superior sino que también propone la creación de escuelas nuevas entre las cuales figura una destinada a dar a Chile políticos, administradores y diplomáticos científicamente preparados.

Nada, en efecto, es más lógico que la creación de semejante escuela. Porque, si nos dignásemos parar mientes en ello por un minuto, veríamos cuán fuera de razón es que mientras para enseñar a un puñado de chiquitines las primeras letras o para sacar lícitamente (no digamos válidamente) una muela, se exigen diplomas que sólo se adquieren después de largos y costosos estudios; en cambio, para ser senador, diputado, intendente, minis-

tro diplomático, etc., no se exige garantía alguna de preparación adquirida por el estudio.

¿Es esto razonable? ¿Cabe en cerebro reflexivo la idea de que, cuanto más difícil de desempeñar es un oficio social, tanto menores han de ser las garantías que la sociedad exige en aquellos que lo desempeñan?

Se instruye al pueblo con el fin (entre otros fines) de ponerle en aptitud de desempeñar a sabiendas su papel de elector, y a los elegidos, cuyo oficio consiste en dirigir la más complicada de todas las maquinarias que es un Estado Moderno, no se les enseña a desempeñar la peligrosísima función que se les encarga!

Para interpretar y aplicar las leyes, el juez ha de ser «letrado». En cambio, para hacerlas, el legislador puede ser, no digamos analfabeto, ya que ha de saber leer y firmar, pero sí un iletrado. (1).

Muy útil, muy necesaria, indispensable es una Escuela de Ciencias Sociales, y muy cuerdo es pedir su fundación.

Pero lo sería menos el creer que en ella se tendría una panacea... El reinado de la incompetencia, como diría E. Faguet, está por mucho tiempo asegurado en las modernas democracias... Ejemplo: Francia, con su magnífica escuela de Ciencias Políticas, tan justamente alabada por el señor Rodríguez Mendoza.

Pero dejando la política, hablemos de literatura...

En el señor Rodríguez Mendoza, el periodista y el literato viven en perfecta armonía.

Abundan en este libro páginas dignas del autor de *Cuesta Arriba*. Léase, por ejemplo, esta descripción de un paisaje chileno:

«Muy lejos, en la cordillera, una cumbre nevada presidía matinalmente una reunión de cimas.

«En los pequeños valles, verdaderos tapices que cubren a

---

(1) Este vocablo no se halla en el Dicc. de la R. A., pero ya que existe «letrado, no vemos por qué no existirá «iletrado»...

medias las curvaturas femeninas de los montes, pastaban los ganados y ondulaban con ruido de cigarras y abejorros los maizales.

«La mañana, fresca y luminosa, porque recién bajaba de los montes en que presidía como un anciano el picacho nevado, esparcía torrentes de luz fecunda que iba a dar una última pincelada de color a la cosecha madura, a la espiga que se desgrana en la mata y al racimo que entre cantos de abejas y vendimiadores revienta jugosamente en el viejo lagar de cuero de res...» (páginas 249-250).

¿No es encantador este cuadro? Por más que haga el autor coincidir la época de las espigas maduras con la de la vendimia, el paisaje queda grabado en la imaginación del lector.

Mientras leía las hermosas líneas que acabo de copiar, acudió a mi mente un recuerdo de J. M. de Heredia, evocado por la cumbre que «preside una reunión de cimas».

*Les Andes étagealent leurs gradins de basalte,  
De porphrie, grés d'ardoise et de granit  
Jusqu'à l'ultime assise où le roc qui finit  
Sous le linceul neigeux n'apparaît que par place.  
Plus haut l'âpre forêt des aiguilles de glace  
Fait vibrer le ciel bleu par son scintillement.  
On dirait d'un terrible et clair fourmillement  
De guerriers cuirassés d'argent, vetus d'hermine,  
Qui campent aux confins du monde, et que domine  
De loin en loin, colosse incandescent et noir,  
Un volcan qui, dressé dans la splendeur du soir,  
Hausse, porte-étendard de l'hivernal cortège,  
Sa bannière de feu sur un peuple de neige.*

27 de julio de 1914.

## «SANTA COLONIA» (\*)

«El tiempo como el mundo tiene dos hemisferios, uno superior, y visible, que es el pasado, otro inferior, e invisible, que es el futuro: entre el uno y el otro hemisferio, extiéndense los Horizontes del tiempo, que son estos instantes del presente que vamos viviendo, donde el pasado se termina y el futuro comienza: desde este punto toma su principio nuestra historia, la cual nos irá descubriendo las nuevas regiones y los nuevos habitantes del segundo hemisferio del tiempo, que son los Antípodas del pasado».

Con estas palabras da principio a su «Historia do Futuro», el elocuentísimo Padre Vieira, llamado con toda justicia el «Bossuet de Portugal».

Pero, preguntará algún lector: ¿a qué asociación de ideas débese esta cita? ¿Qué tiene que ver con aquella división del tiempo la novela del señor Rodríguez Mendoza?

Esta pregunta es legítima, aun cuando la juzgo un tanto inútil.

¿Nada tiene que ver con el hemisferio del pasado, con «la parte superior y visible» del tiempo una novela intitulada «Santa Colonia?»

¿No apunta hacia el hemisferio del porvenir una historia en que, nosotros, desde los «horizontes do tempo», o sea, sentados en el cómodo balcón del presente, vemos al pasado ceder el campo al porvenir?

En la novela del señor Rodríguez Mendoza asománse las «Antípodas do Pasado». Allí emerge repentinamente «el hemisferio inferior e invisible que es el futuro», un futuro acerca del

---

(\*) Novela por Emilio Rodríguez Mendoza.

cual podríamos decir con el P. Vieira: «Oh qué de cousas grandes, et raras, haverá que ver neste novo descobrimento».

Pero, antes de ir más lejos, conviene que analicemos brevemente la «Santa Colonia»

Cinco son los personajes de la novela: un difunto (cuya actividad póstuma, si así puede decirse, llena de infelicidad esta novela y la convierte en tragedia) y cuatro vivos, la viuda y el hijo legítimo del muerto, una infeliz niña, cuyo porvenir trágico tiene sus raíces en el pasado de aquella familia, y, por fin, el capellán.

En la casa «colonial» que es el principal escenario para esta novela, no habría nadie fuera de los protagonistas ya nombrados si no apareciesen, rebaño miserable y doliente, unos cuantos enfermos asilados en ella.

La morada fue, para el muerto, un museo. Es hoy un hospicio incipiente, cuyos huéspedes, un cieguecito, un atarácico y «otro casi mudo» son la vanguardia de la tragedia.

Al difunto, le llamaban sus contemporáneos el «mosquetero».

«Había muerto relativamente joven, sin saberse, o sabiéndose demasiado, de qué. Rondaba ya cerca del gran señor, un poco *vieux-mode*, la muerte (1) y él —viejo mosquetero— se sonreía: había vivido su vida... ¡Cuenta clara! Se habían desvanecido las estrellas de escenario de aquellos tiempos de la primera herencia; pero dejaba una rica colección de antigüedades que la posteridad, agradecida, sabría apreciar» (p. 15-16).

Dejaba, además, tres seres en cuya desgracia aquel «*vieux-marcheur*» tuvo la principal parte.

Primer desdichado: su hijo el mayorazgo. «Inadaptable a la vida urbana prefería (éste) el despoblado y, a campo travieso, cruzaba el fundo en la tarde en medio de sus perros, seguido del

(1) Supongo que este calificativo (que debiera leerse *vieille-mode* para ser correcto) es error tipográfico. En el original leíase sin duda *vieux-marcheur*, que es uno de los diversos calificativos con que en francés se traduce *viejo verde*.

capataz que lo había visto «así chiquito»... Heredero de varias generaciones de gente parca, según los informes de su madre; de poco discurso y que ganaba en instinto y hasta en lógica lo que no barruntaba de libros ni de leyes, el mayorazgo se rebelaba contra la vida codificada, según usos y costumbres de un relajamiento monótono. especie de lenta intoxicación operada en un ambiente empozado en que suelen entremezclarse los perfumes con las emanaciones del alcohol graduado en las cantinas y medallado en los certámenes oficiales. El era él; bueno y malo a la vez; pero a su manera. Era lo que era: el mayorazgo Henares de Póveda y Cernadas...» (p. 7-8).

Era, diré yo a modo de conclusión, lo que debía ser, es decir, un desequilibrado, digno vástago del anticuario que había muerto relativamente joven, sin saberse, o sabiéndose demasiado, de que. Ese «qué» helo ahí encarnado en el mayorazgo, en ese centauro que «al frac cortado para doblarse, prefería el lomaje nebliniento de sus tierras, fundo y mina a la vez, que cruzaba, a campo travieso, seguido de su capataz y sus perros de batida».

Venga la segunda víctima, venga la desdichada, «la pobre», la sin nombre... ¿Quién es ella?

Tan pronto como entreví esa «anónima» imagen del dolor, esa mártir del pecado ajeno, adiviné quién era. Lo diré desde luego: es hija del mosquetero, hija ilegítima, por cierto, y recogida por la viuda de aquel «vieux-marcheur...»

La viuda sería la tercera víctima si no fuese, ante todo, victimaria.

Doña Angela de Cernadas de Henares de Póveda, más vale declararlo desde luego, no me merece compasión alguna.

Esa «Quintrala devota», esa beata sin corazón ni sesos empeñada en acortar, a costa del martirio ajeno, el purgatorio de su marido, es un personaje intolerable.

He de confesarlo, aún a riesgo de que se rían de mí los impasibles, los superhombres: no puedo con ella. Doña Angela (¡Doña Demonia!) me saca de quicios. Si este efecto de horror

es el que quiso el señor Rodríguez Mendoza obtener en sus lectores, puedo asegurarle que en mí, al menos, lo obtuvo pleno, definitivo, perfecto.

Pero, en obsequio a la verdad (y este es punto de mucha importancia) conviene agregar: que aquella mujer, en cuanto a salud mental, no está en sus cabales.

De la pobre niña, hija de su marido, quiere hacer la fundadora de una nueva orden religiosa, pero no piensa en preguntarle si tal es su vocación. Para ella el asunto es claro: «La Pobre», por el solo hecho de ser hija del mosquetero, ha de sacrificar su juventud, su corazón, su vida toda, para apresurar la entrada del dicho mosquetero en el cielo. ¿Qué religión, qué caridad es ésa? De la vieja casa colonial hará un convento y un hospicio. ¿Con qué derecho? ¿No tiene un hijo, por ventura?

Peor aún: esa niña sin nombre, pero no sin belleza, esa niña, cuyo «estado civil» es un secreto para ella y para el joven mayorazgo, crece y, en ese ambiente de locura y de muerte, roba, sin pensarlo ni quererlo, el corazón del hijo del mosquetero, es decir, de su propio hermano: ¡fatalidad digna de la antigua tragedia griega!

Dije, al principio de este artículo, que en la «Santa Colonia» hay un capellán.

En presencia de la tragedia que vemos fraguarse desde las primeras páginas, ¿qué hace este sacerdote?

Nada y, digámoslo luego, pues esta es la verdad: nada puede hacer.

Porque ha de saber el lector que las mujeres del molde de doña Angela, egoístas, orgullosas, testarudas y, sobre todo, locas, no admiten dirección alguna. De ellas podría su director espiritual decir lo que de sus tropas dijo cierto general francés a quien en 1871, un batallón de Comunistas llevaba de jefe, pero sin obedecerle: «Je suis leur chef; donc, il faut que je leur obéisse...»

Por más que el capellán de doña Angela sea un hombre eminente por la ciencia y la prudencia; por más que en su larga intimidad con el pasado colonial de Chile, aquel sacerdote (que es a la vez un eminente historiador) haya aprendido a conocer y a juzgar el presente, de nada sirve la experiencia acumulada por él. La tragedia estalla (inútil es decir en qué consiste: el lector, la tiene prevista), estalla, digo, la tragedia; y el capellán es llamado cuando ya aquel horror no admite remedio, y se le llama cuando ya todo ha concluido.

¿Por qué lleva el libro del señor Rodríguez Mendoza el título de *Santa Colonia*?

Confieso que no lo sé. En él lo único colonial es, por una parte, la casa trágica, el Santo Cristo al pie de cuya imagen tallada se desarrolla una serie de escenas de locuras y de dolor y, por otra parte, el orgullo aristocrático de doña Angela.

En una de las más poderosas escenas de esta novela, doña Angela lleva a su hijo a la sala de los antepasados. Ahí «ostentábanse medio empotrados en las paredes los sillones emparentados con el Virreinato, a que llegaba a sentarse el mayorazgo cerril, obsesionado en silencio por la idea de la hembra distinta de todas las demás. Qué le importaban aquellos ascendientes dudosos, que mantenían a través del tiempo las vanidades de los segundones que hace siglos venían a parar tan lejos de la vida palatina.

«Doña Angela señaló a los ilustres antecesores: —No querrás renegar de tus antepasados»...

Pero, ¿quiénes eran esos «patricios de la estirpe»? ¿Eran siquiera hijos de los que acompañaron a Pedro de Valdivia en la conquista de esta tierra? No.

«Venidos después de los Conquistadores no tenían con éstos ninguna cercanía, y en vez de coraza usaban casaca florida, y en vez de espadón batido recientemente, encumbrado bastón de borlas».

No. Los antepasados del mayorazgo no eran «guerreros en-

jutos» como los del Greco... Eran «parásitos adiposos» y en ellos se incubaron «las mansas lentitudes de hoy». «Eran los bastardos del clasicismo y no conocieron a los guerreros, poetas y fanáticos, amontonadores de oro de una gran centuria mental» (p. 37-38).

Esto, si no me engaño, no cuadra perfectamente con la psicología del mayorazgo y de su madre.

El primero, «ese loco», como lo llamaban sus conocidos, ese «centauro» cerril, capaz de amar con la violencia que le conocemos y de menospreciar todos los placeres de la vida urbana ¿no parece acaso llevar en sus venas alguna gota de la sangre ardorosa y violenta de los conquistadores?

En la misma doña Angela, esa pasión póstuma, ese amor de ultratumba por un marido que la menospreció, ¿no tiene, por ventura, algo de noble, en medio de sus excesos?

¿Son razas místicas las que nacen en las trastiendas y cuyos fundadores, si tal puede decirse, pasaron vida tras vida envueltos en el prosaico realismo de los negocios comerciales?

Entre los progenitores de esa madre y de ese hijo, hubo, sin duda, al lado de los «parásitos adiposos» de que habla el autor, alguno de esos guerreros enjutos y místicos que acompañan, en el cuadro del Greco, el cadáver del conde de Orgaz.

Sea de él lo que fuere, «Santa Colonia» los presenta en el cuadro que merecen, cuadro vigoroso, atormentado y desconsolador, cuadro capaz de infundir pesimismo en el alma del lector si éste no advierte que, fuera del capellán, cuya presencia en esta tragedia es puramente episódica, el elenco de los personajes que figuran en ella es una lista de hospital.

La lección que de ella puede sacarse, hela aquí: ¡Cuidado con el «treponema»!, es decir, cuidado con ese «qué», cuya virulencia lejos de perecer con el «mosquetero», se conservó activa en la «Santa Colonia» y la volvió infierno!

En esos «antípodas del pasado», de que hablaba el P. Vieira, «¡qué de cousas grandes et raras haverá que ver», cuan-

do con el progreso de la ciencia médica, se llegue a explicar (y tal vez a esterilizar) la herencia patológica de los «mosqueteros...»

He dicho ya que los cuadros de esta novela se distinguen por su vigor. Este se acrecentaría mucho más y sería percibido de todos si el autor, tan atento al fondo y a la sustancia, no descuidase la forma y el estilo.

En la sola página 7 que es la primera de la novela, encuentro las siguientes frases:

1. «No le venía mal ese nombre (de mayorazgo) *caducado* por las leyes», donde se da a *caducar*, verbo neutro, un significado que no tiene; 2. «*Humanizando* su cara cardosa», donde se da a *humanizar* el significado de *humanar* (*humanizar*, con significado activo, es galicismo); 3. «A pesar de sus despotismos de *feudatario*...» es decir, de «señor feudal», lo cual es muy distinto, puesto que *feudatario*, significa «sujeto a feudo».

Nada diría de los neologismos que he encontrado si todos fuesen necesarios o, al menos, útiles, porque, al fin y a la postre (o más bien «al principio»), no hay vocablo que no haya sido neologismo. Pero la libertad de «neologizar» tiene sus límites. Ahí está, por ejemplo, la frase «Nada sabía ella de complicaciones ni *extravismos*» (pág. 79), la cual nos obliga a preguntar si *extravismo* es necesario o útil, mientras existe *extravío*. Agréguese a esto que *extravismo* puede confundirse con... *estrabismo*, y así el peligro de error y confusión se vuelve grave...

Si el señor Rodríguez Mendoza no fuese el autor de *Días Romanos*, de *Vida Nueva* y de tantos libros hermosos que le han dado un puesto de autoridad en la literatura chilena, estas observaciones carecerían de objeto, puesto que los errores apuntados no entrañarían peligro.

10 de septiembre de 1917.

## «COMO SI FUERA AYER!...» (\*)

Al fin tenemos en Chile un libro análogo a los dos que, en años pasados, publicó Arthur Meyer, intitulándolos *Ce que mes yeux ont vu* y «*Ce que je puis dire*». Ese libro es el que vamos a examinar en esta crónica.

Al compararlo con los de Arthur Meyer, no pretendo insinuar que el ex periodista chileno, autor de *Como si fuera ayer...* haya imitado a su colega francés. Quiero únicamente indicar que el libro del señor Rodríguez Mendoza desempeñará aquí un papel parecido al de los dos libros de Meyer, es decir, nos presentará, como en una sucesión de vistas cinematográficas, los hombres y los acontecimientos de los últimos treinta años de la vida santiaguina.

—¿Imitar a Arturo Meyer? ¿Para qué y cómo imitarle?

No sé si en esto el lector compartirá mi opinión, pero me atrevo a decir que, en cuanto escritor, Arturo Meyer, aunque más famoso, es inferior al señor Rodríguez Mendoza.

Meyer escribe con fluidez, pero sin vigor. No es artista. Carece de imaginación y de estilo. Los «clichés» y las frases hechas son su «plat de résistance» y si no fuera porque, con sólo nombrar a ciertos personajes históricos, da vida y movimiento a su relato, éste resultaría pálido, seco, lento y sin sustancia.

No así el señor Rodríguez Mendoza, quien, precisamente, peca, si esto es pecar, por exceso de originalidad, mejor digamos, de «personalidad» en su estilo. El color local de que carecen los libros de Meyer, abunda en la obra del autor chileno. El señor Rodríguez Mendoza es a la vez cronista y pintor. Los hombres y los acontecimientos han dejado en su retina una imagen que él, con un par de pinceladas, traslada al papel. Es un evocador co-

---

(\*) Por Emilio Rodríguez Mendoza.

no puede verse, por ejemplo, en el retrato de don Isidoro Errázuriz o de Rubén Darío.

Hay, ciertamente, incorrecciones, hijas, si no me engaño, de la improvisación, pero ¿quién, viéndolas rescatadas por el vigor y la originalidad, no las prefiere a la correcta cursilería de Meyer?

«Los ojos» de Meyer «han visto» más cosas que los del señor Rodríguez Mendoza, pues éste, fácilmente, podría ser nieto de aquel anciano, cuya larga vida de periodista empezó antes de 1870 y se prolonga hasta hoy. Es también cierto, que, aun cuando Meyer no diga todo lo que ha visto u oído, dice más que nuestro autor. Pero ¿quién se lo reprochará al señor Rodríguez Mendoza, si se toma en cuenta que en París «ce que je puis dire» (esto es, la libertad de decir) es mayor, sin duda alguna, que en esta tierra «donde todos nos conocemos»?...

Lo que el autor chileno ha visto y puede decir, confiere a este libro el carácter de «memorias» y le da un valor evocativo de primer orden.

Esto podrán apreciarlo aquellos que, como yo, han empezado a vivir en Chile en la fecha de los primeros recuerdos apuntados por el señor Rodríguez Mendoza (1).

Como él, conocí yo a Santiago a raíz de la Presidencia de don Domingo Santa María, cuando aún la Alameda contenía álamos, cuando el Puente de Cal y Canto hermoseaba un paisaje hoy sin gracia, que recorro todos los días, cuando los «carritos» urbanos, humildes, vulgares y lentos, hacían con sus flacos rociantes un servicio más eficaz que los suntuosos y veloces tranvías de hoy; cuando La Moneda (hablo del palacio) «no había sido aún afrentada con las puentes de fábrica de bicicletas con que ha sido exornada después de 1891»; cuando, por fin, (¡hay que terminar alguna vez!), cuando la Catedral era, no la

---

(1) Antes de ir más lejos, advierto aquí que el autor ha sido demasiado parco en materia de fechas. En libros como éste, es decir, en «Memorias», cada capítulo, cada acontecimiento o aparición de personajes nuevos debe llevar la fecha.

obra de pastelería de hoy, sino el colonial edificio de piedra, imponente, aunque feo, que conocimos.

Santiago era hermoso entonces. ¿No lo es hoy? preguntará alguien: a lo cual contestaré yo como cierto personaje de Molière: «Je ne dis pas cela!... pero a riesgo de escandalizar a muchos diré que si hoy es hermoso, lo era entonces de otra manera y más porque conservaba aún algo de su originalidad colonial. Hoy es hermoso como lo son los figurines de los diarios de moda, que se parecen unos a otros en todos los diarios del mundo

Al suprimir a dinamitazos el puente viejo, al envolver a la Catedral en un vulgar manto de cemento, al barrer todo lo que quedaba de los tiempos antiguos, en una palabra, al modernizarse con desenfreno, Santiago perdió su carácter propio, su sello nacional, y, si se me permite usar esta palabra, su personalidad.

Pero dejemos de mano esas añoranzas que a nada conducen, puesto que no hemos de resucitar lo antiguo, lo muerto, por más que lo alabemos.

El señor Rodríguez Mendoza empezó a abrir esos sus buenos ojos allá en 1885, en los tiempos de Santa María, y a estudiar en el Instituto Nacional, donde conoció, si no los tuvo por maestros, a don Diego Barros Arana, a los hermanos Amunátegui y a don Baldomero Pizarro.

Era, si le creemos (pero supongo que en esto hay algún espejismo), era más aficionado a la «cimarra» que al estudio. Cualquier acontecimiento callejero le bastaba para ausentarse de la escuela. En hora de clase se le encontraba en el Cerro, a orillas el Mapocho, en el Puente de Cal y Canto, en todas partes menos en el Instituto. Aquellas andanzas terminaron en el Colegio de los PP. Agustinos, de donde salió armado para luchar por la vida.

Como tantos otros inicióse en la carrera de los empleos públicos en un Ministerio y tocóle presenciar en La Moneda la revolución de 1891.

Cayó con Balmaceda y luego obtuvo un empleo de redactor en el diario «La Ley».

¡Qué no vio! ¡A quién no conoció! En sus recuerdos desfilan si no todos, al menos los más de los hombres que han figurado en la política y en la literatura durante más de veinte años.

Su libro se divide en dos partes. En la primera el señor Rodríguez Mendoza nos introduce en el Instituto, en el Colegio San Agustín, en las oficinas de «La Epoca», en La Moneda. Ahí vemos a Rubén Darío, luchando sin vencer, con la pobreza, y a Balmaceda presenciando impertérrito el derrumbe de su poderío.

Mucho se ha escrito sobre la Revolución de 1891, pero creo no haber leído nada que me permita evocar con tanta nitidez como este libro el ambiente santiaguino a fines de 1890 y durante la contienda. El autor era entonces un niño, pero si no penetra su mirada hasta los resortes íntimos de la máquina política, en cambio nadie mejor que él observaba sus manifestaciones externas en las calles y en La Moneda.

Su relato de Lo Cañas es una maravilla.

En la segunda parte cuenta el autor numerosas anécdotas relacionadas con su colaboración en «La Ley». Una de las más graciosas es la de su entrevista con el Illmo. señor Casanova a raíz de la excomunión que el prelado pronunciara contra aquel diario.

Entonces, como ahora, los duelos estaban de moda. Si mal no cuento, tocóle al autor desafiar o ser desafiado tres veces, pero, en ninguno de esos combates, corrió la sangre hasta el río. Cuéntalos el señor Rodríguez Mendoza en tono festivo, tan festivo que, al final, quedó yo asombrado de la conclusión filosófica a que llega. Dice, en efecto: «Creo... que el duelo es necesario, aunque más no sea para aumentar el mutuo respeto que la gente debe guardarse y se guarda en las sociedades más cultas». ¿Cómo es esto? ¿que respeto pueden infundir comedias como las que el señor Rodríguez Mendoza nos pinta tan a lo

vivo entre risa y risa? Comprendo que lo infunda un combate verdadero a que se va con la firme y mutua voluntad de matar y del cual uno al menos no vuelve intacto. Pero ¿fueron de esta índole los tres combates ya mencionados y los demás que conocemos? Y si ellos han «aumentado el mutuo respeto», ¿quién ha logrado comprobar ese aumento? Por más que busque, no encuentro sino una explicación y es ésta: si el duelo fomenta el mutuo respeto, ha de ser en virtud de la máxima escrita en letras de oro en el frontón del teatro de *La Comédie: Castigat ridendo...* ¿No la ha leído en París el señor Rodríguez Mendoza?

Por lo demás no creo en la eficacia del castigo, es decir, de la educación por medio de la comedia. Hay siempre avaros a pesar de *L'Avare*: hay hipócritas a pesar de *Tartuffe* y hasta abundan los *Femmes Savantes* a pesar de Molière. La comedia no corrige a nadie... Aplíquese esto al duelo y ¡Santas pascuas!

El libro del señor Rodríguez Mendoza es tan instructivo como ameno. Como el buen vino irá adquiriendo más valor con los años. Día llegará en que, después de deleitarnos, instruirá a las nuevas generaciones y a los historiadores.

Acordémonos de la teoría de Taine sobre los «pequeños hechos característicos» de un hombre o de una época. Hechos de esta índole abundan en «Como si fuera ayer».

24 de abril de 1921.

### «REMANSOS DEL TIEMPO» (\*)

«Remansos» es un vocablo muy evocador para mí. Al verlo en el título de este libro, recordé uno de mis viajes por la cordillera del Norte en la región que, antes de mucho, será atravesada por el ferrocarril de Salta a Antofagasta. Allí, con frecuencia, el

(\*) Por Emilio Rodríguez Mendoza.

camino iba por la orilla de esteros secos, cuyo lecho, lleno de arena brillante parecía invitar a buscar oro en ellos. Y como yo expresara esa idea, uno de los indios que me acompañaban, hombre ya viejo y oracular, me declaró que era inútil buscar allí polvo de oro, excepto en los remansos. «¡Sólo en los remansos, tatitai, sólo en los remansos!» Y supe que, en efecto, los indígenas de esas regiones habían a veces encontrado oro en las arenas de algunos remansos.

Esta palabra, o más bien, la asociación de ideas provocada por ella me invitó a buscar oro en este libro y no tardé en hallarlo.

No todos sus remansos son igualmente ricos; pero hay uno que, desde el punto de vista literario, me dio buena cosecha: es el que lleva el título de *Rubén Darío en Chile*. Allí hay pepitas de buen tamaño que vamos a analizar.

Don Emilio Rodríguez Mendoza, en su niñez, había estado en contacto con Darío, amigo íntimo de su hermano Manuel y le profesaba grande admiración. Criado en ambiente literario, ambicionaba distinguirse en el campo de las letras. Pero, ¿cómo conseguirlo, sin publicar un libro? Habiendo, pues, juntado algunos cuentos juveniles, don Emilio quiso verlos cuanto antes en letra de molde y solicitó de Rubén Darío, entonces cónsul en Buenos Aires, un prefacio. ¡A buen árbol se arrimaba!

Darío, enemigo de prefacios, consintió, sin embargo, en complacer al joven autor que conociera cuando revoloteaba con afectuosa curiosidad de niño, en torno de él en el salón de su hermano Manuel.

Pero, a manera de ante-prefacio, si tal puede decirse, escribió el poeta una carta digna de recordación.

Después de algunas explicaciones que, por ahora, son de importancia secundaria, dice Darío: «Hablemos de usted y no de mí. De usted, que *ha salido escritor, y lo que es peor, oh!, desgraciado!*, con talento». ¡Palabra honda! En sus profundidades está latente la siguiente proposición: Cuanto más inteligente es un

escritor tanto mayor es su desgracia. De lo cual, por una operación que los profesores de lógica suelen enseñar a sus discípulos, dedúcese que sólo los escritores sin talento son felices y que cuanto más carecen de inteligencia, tanto más abundan en felicidad.

¿Ironía? ¿Paradojas? Largo sería discutir a fondo esta materia, pero creo que, mirado todo esto en conjunto, no le falta razón a Darío, porque, en efecto, nadie comprueba mejor que un Rubén Darío la desdicha del escritor de talento cuando, como en el caso del gran nicaragüense, ese talento es pura y simplemente literario. La historia está llena de casos parecidos. «Lugar común» de ella es el tema del poeta desdichado. Sólo dos grandes escritores me parecen haber sido felices: Goethe y Víctor Hugo, porque, aunque «literarios» o literatos en grado excel-sísimo, fueron, al mismo tiempo, hombres prácticos, hombres completos. Goethe, además de poeta, era un hombre de mundo, muy hábil y, pudo, si hubiese querido o si el estado político de su patria lo hubiese permitido, ser un gran estadista. Hugo era, a la vez que insigne poeta, un financista de gran vuelo que sabía hacer dinero con sus poemas y sacar oro de todos sus remansos. En suma, tenía razón Darío.

Pero, más aún, la tenía cuando agregaba: «Lo que he leído de usted me ha agradado mucho, a pesar de sus naturales defectos: pastichar, calco, etc., en la forma, pesimismo y bohemia en el fondo. Pero es efecto de sus primeros entusiasmos. Hay que imitar siempre al comienzo; hay que ser hijo de alguien, pues, no se nace sin padres, como puede afirmar lo La Palisse el perilustre».

Esta verdad podría fácilmente demostrarse con ejemplos históricos: los más originales talentos tienen padres; la investigación de la paternidad literaria es, precisamente, una de las más interesantes e instructivas tareas de la crítica. Pero eso de ser hijo, es decir, el pastichar y calcar, etc., no se perdona sino en los comienzos. Los escritores que siguen calcando eternamente (como, por desgracia, sucede tan a menudo y a vista nuestra), merecen más bien el nombre de escribidores. Muchos, en ver-

dad, lo reconocen ellos mismos calladamente y, después de publicada una pequeña colección de poemas, arrinconan el laúd para siempre. ¡Alabemos su sabiduría!

Un consejo maravillosamente fecundo: «He leído sus críticas o, mejor dicho, sus impresiones de «La Ley». ¡Buenas! ¡Pero lea usted, lea usted! y así será mucho, créame usted. *No importa que el público no entienda*: en asuntos de arte nunca debe escribirse para el público. *El pobre Valdés Vergara, ¿no me suprimía mis crónicas del «Heraldo», porque escribía demasiado bien para Valparaíso?»*

¿Paradoja, otra vez? No. En realidad, el público se parece, en materia de arte y también de filosofía a un niño que, en la mesa de la casa paterna o en la tertulia que ahí se junta (y también en la escuela), oye vocablos que no entiende. Pero en esos vocablos están encerradas ideas que con el tiempo salen a luz en su cerebro y llega un día en que, sin saber cómo, aquel niño se halla provisto de un «ideario». Efecto de la repetición. En ello por lo demás, fúndase la eficacia del aviso comercial, como todo el mundo lo experimenta en sí propio todos los días. Hay que «avisar»... Esto mismo viene prescripto en los Evangelios: «Lo que me oís al oído —decía Cristo a sus apóstoles—, pregonadlo desde los terrados». Y ¿qué cosa es un diario sino un terrado? Allí deben los escritores poner en práctica aquel mandamiento y, además, el de un apóstol que, de vivir en el siglo XX, sería, sin duda alguna, periodista incansable. Decía San Pablo a su discípulo Timoteo: «Predica la palabra, insta a tiempo y fuera de tiempo, reprende, censura, exhorta con toda longanimidad y plenitud de doctrina».

«Insta», dice: esto es, insiste, repite, haz lo que los avisadores de jabón, cocoa y alimento para niños... Poco importa que el público ignore los primeros elementos de la química... Al fin comprará. Lo mismo sucederá con el arte y la filosofía, el público comprará, es decir, comprenderá. *No importa*, decía Darío, *que el público no entienda tus diez primeros artículos, pero*

entenderá el centésimo y entonces la cosecha estará a la vista... ¡Repetición! ¡Repetición! Esta es «la ley y los profetas», en materia de periodismo.

Esa carta de Darío es fuente inagotable de comentarios. Cada línea de ella los pide a gritos. Pero hay que limitarse. Terminaré citando el final: «Un día me dijo Menéndez y Pelayo que «Chile no había tenido nunca un poeta» en el sentido justo...» y agrega Darío. «Que tenga Chile, por la razón o la fuerza, poetas, mi amigo Emilio».

La aseveración de Menéndez y Pelayo, verdadera, tal vez, en esos años (1891-1895) sería más discutible hoy en día. Pero lo que me llama la atención en ella es la importancia que se atribuye a semejante hecho.

Primero: ¿qué es «poeta en el sentido justo»? ¿Lo sabe alguien? ¿Qué hubiera contestado Menéndez y Pelayo si Darío le hubiese replicado que en España tampoco hay poeta en «el sentido justo», es decir, por ejemplo, un poeta como Goethe, como Byron, como Heine, como Baudelaire, etc.

La literatura española debe considerarse, no desde el punto de vista geográfico-político, sino desde el punto de vista racial y sintético: Chile, literariamente, es España, y, entonces, la cuestión se reduce a ser análoga a la que se promueve, en Francia, sobre la pretendida esterilidad poética de las provincias más latinas de aquel país, es decir, de toda la región al sur del río Loira. Cuestiones a juicio mío, ridículas, tinterillescas. Es pura casualidad que, en un momento dado, los poetas abundan en el Norte y escaseen en el Sur. Esperen un momento, caballeros, y lo que hoy es cierto o parece serlo, será falso mañana. Ejemplo: Paul Valéry. Después de escribirse volúmenes sobre la esterilidad del Sur, vemos el Norte enamorarse de un poeta nacido en Cette, a orillas del Mediterráneo, de un poeta cuya meridionalidad es indiscutible. ¿Quién tiene ahora la primacía, el Norte o el Sur?

No es que yo me haya enamorado de Valéry; pero no se me negará la bondad de mi argumento.

Igual podría argumentarse por Chile. El propio Darío vivió lo bastante para ver cumplido su deseo: ahora Chile tiene poetas por la razón o... por la fuerza... De todos modos, los tiene y basta.

En estos «Remansos» hay mucho oro que buscar, especialmente en un elocuente discurso pronunciado en Madrid por el señor Rodríguez Mendoza sobre «*las culpas ajenas en la evolución de la América Española*». Algún día lo comentaré como merece. Sólo me queda decir, en conclusión, que el autor de «Remansos» ha sido digno discípulo del inmortal maestro que honró con un prefacio sus juveniles «Gotas de Absintio».

7 de noviembre de 1929.

## MANUEL ANTONIO ROMAN

### «DICCIONARIO DE CHILENISMOS Y DE OTRAS VOCES Y LOCUCIONES VICIOSAS» (\*)

Entre los árboles unos (como, por ejemplo, los eucaliptus) crecen con asombrosa rapidez y en menos de un lustro adquieren gran corpulencia y altura; otros, como la encina, parecen despreciar el tiempo y se desarrollan a lo largo de un siglo con desesperante lentitud. Pero entre los de pausado crecimiento y los que podríamos llamar instantáneos, hay mucha diferencia cuanto a solidez, duración y valor. Igual sucede con los libros. En éstos como en aquéllos se verifica la conocida ley según la cual el tiempo no respeta sino lo que ha contribuido a edificar.

---

(\*) Por Manuel Antonio Román, tomo II.

Desde aquel punto de vista, la obra del señor Román es y será respetadísima.

En el artículo que, en 1909, dediqué al primer tomo, calculé que la publicación total de esta obra exigiría «unos sesenta y cinco años más o menos». Debo confesar que hay en aquel cálculo no poco de exageración. Corrigiéndolo merced a los datos del tomo segundo, llego ahora a un resultado menos desalentador. Alcanza el presente volumen a la letra F y más exactamente al vocablo *Fuyenda*, que bien puede suponerse el último de los que empiezan por F.

Teniendo, pues, en cuenta que con la letra F termina la primera mitad del Diccionario de la R. A., es lícito, por analogía, creer que el del señor Román está ya en la mitad de su crecimiento y que para completar las letras restantes bastarán dos volúmenes y dos biénios más, lo cual nos permitirá, por los años de 1915 ó 1916, valernos de la obra ya terminada.

He dicho en el aiudido artículo cuán útil, cuán necesario, cuán indispensable aún es este Diccionario en una época infestada, como lo es ésta, por toda suerte de malezas literarias.

Su necesidad e indispensabilidad es tanto mayor cuanto menor es el empeño que suele gastarse en el estudio de los clásicos españoles.

«Después del estudio de los chilenismos, en lo que hemos puesto más diligencia es —dice el señor Román— en perseguir los innumerables galicismos que infestan nuestro lenguaje hablado y escrito. Desde el artesano o comerciante que anuncia en los diarios y en su tienda el calzado «a» máquina, los motores «a» vapor y «a» gas, los trajes «sobre» medida; desde el escritorzuelo y el orador chirle que se saborean con un «tan» es así, es por esto que, y blasonan del amor que tienen por el idioma, que hace tiempo ha que estudian; desde los ciegos imitadores del extranjero que no saben construir ni concordar el *se* pasivo con su verbo y se meten a la barata por los campos del gerundio; desde éstos y demás turba de profanadores y asesinos de la len-

gua, hasta los autores de más alto coturno que se ocupan de obras más elevadas, cuando más no sea para disipar los *sufrimientos* de la vida o que van *persiguiendo* fines o ideales nobilísimos de la vida, todos son barbarizantes y galicistas, reos de lesa idioma».

He ahí algunas muestras de los despropósitos más comunes en que caemos todos, cual más cual menos, confesándolo unos humildemente y queriendo otros, con malas razones y argumentos de tinterillos literarios, legitimar yerros tanto más inexcusables cuanto más fáciles de evitar.

Hablando de los barbarizantes pregunta el señor Román: «¿Qué remedio habría para que se enmendaran, o a lo menos no contagiaran a los demás? A decir verdad, no hay más que uno, el estudio. Sí, estudiar la lengua castellana en los tratadistas especiales, en los buenos diccionarios y en la lectura de los clásicos y de los autores correctos y esmerados, es el dique general que debe oponerse a la irrupción galicana».

Con razón dice el autor que el remedio ha de aplicarse principalmente en los colegios.

¿Qué esperanza hay, en efecto, de convertir los pecadores endurecidos, los que, a sabiendas, han vivido largos años cometiéndolo el pecado irremisible «contra el Espíritu» del idioma?... Estos son los inconvertibles acerca de los cuales preguntaba con ironía cierto profeta: «¿mudará el negro su pellejo y el leopardo sus manchas?...»

«Pellejo y manchas» son una segunda naturaleza de la cual es imposible que se despojen.

No así los pecadores principiantes, es decir, los estudiantes y colegiales. «Aconsejaríamos —agrega el señor Román— que, en los colegios, tanto en las clases de castellano como en la de francés, se haga estudio especial y práctico de los galicismos con su traducción correspondiente; y, en segundo lugar, que en los diarios, siquiera para reparar el mal que han hecho y siguen haciendo, publiquen con alguna frecuencia artículos breves so-

bre vicios y corrección de lenguaje; y esto sin perjuicio de exigir a sus redactores, gacetilleros y reporteros mayor conocimiento del castellano».

¡Muy bien! Ambos deseos del eminente académico son dignos de atención.

Cuanto al segundo, algo se está haciendo para darle cumplimiento, no sólo en diarios propiamente dichos, sino en algunas revistas semanales; «Zig Zag», entre otras, dedica a «Curiosidades y Vocablos» una pequeña sección que no pide sino crecer.

Como dice La Lafontaine:

Será pez el Pececillo  
Si Dios le concede vida! . . .

Bueno fuera, mientras tanto, ayudar al pececillo alimentándolo con indicaciones que él sabría convertir en alimento intelectual o en rentedio.

Cuanto a los colegios, el asunto es de los que suelen calificarse de peliagudos. Entre sus «pelos» están la rutina, el «practicismo» que todo lo hace consistir en un chapurreo, más o menos fácil pero enteramente ajeno a la propiedad y elegancia del idioma, y sobre todo el conocimiento deficiente tanto del castellano, por parte de los alumnos, como del francés o de ambos por parte de algunos maestros.

Sobre esto puedo, sin vanidad alguna, decir que tengo voz y voto. Mejor que mucho sé por experiencia cuán difícil es el «estudio especial y práctico de los galicismos con su traducción correspondiente».

Consiste su dificultad en la falta de libros y de maestros. A muchos de éstos puede el discípulo decir a menudo con justicia, si no siempre con respeto: «Médico, cúrate a ti mismo», y de aquéllos puede y debe decirse que son escasos, caros, largos e incompletos.

Tomemos, por ejemplo, el *Prontuario de Hispanismos y Barbarismos*, del P. Juan Mir. En él se verifican los cuatro calificativos que acabo de enumerar.

Si en vez de escribir dos enormes volúmenes, llenos de digresiones a veces pesadas y hasta pedantescas, el R. P. hubiese concentrado en un libro de 400 ó 500 páginas el inmenso tesoro de su erudición, sería su «Prontuario» no digo «más» útil sino sencillamente útil. En su forma actual no es «prontuario» y es imposible pensar que profesores y alumnos dispongan del dinero, tiempo y paciencia necesarios para adquirirlo y estudiarlo. Sólo sirve para hombres que, como el señor Román, pueden con calma (y sin pensar en el pan de cada día o en el examen de mañana) consagrar su vida al estudio.

En esto me fundo para pedir al autor del Diccionario de Chilenismos se digne acordarse que los pequeñuelos piden pan (el pan del buen lenguaje) y no hay quien se lo parta en fragmentos apropiados. ¿Por qué no se extractaría de aquel copioso diccionario un pequeño manual de galicismos, al alcance de los alumnos de la enseñanza secundaria? Así se cumpliría el voto del autor: el «dique general» de que habla tendría su cimiento en aquel libro y el diccionario en cuatro o más volúmenes sería el «prontuario» a que acudirían los profesores en busca de explicaciones y comentarios.

Nadie mejor que el señor Román puede iniciar o dirigir la preparación y construcción de aquel «dique» o tajamar «ad usum Delphini», esto es, para el uso de la juventud chilena y protección del buen lenguaje.

Volviendo al libro el R. P. Juan Mir, del cual soy decidido admirador y lector asiduo, deseo agregar dos palabras acerca de la verdad de cierto dogma filológico mil veces promulgado por él y aceptado en más de una ocasión por el señor Román; hablo de la pretendida «pobreza» de la lengua francesa.

En el diccionario de chilenismos hallo de esa pobreza un ejemplo que deseo discutir, advirtiendo que no es el único.

Acerca del modismo o modo adverbial «Debido a», leo en el citado diccionario, pág. 76, lo siguiente:

«Grosero galicismo con que manchan sus escritos muchos

principiantes. «*DEBIDO A sus esfuerzos, ha llegado a una posición eminente; Se salvó, DEBIDO A su valor; Se murió el enfermo, DEBIDO A que nadie le ofreció un remedio. ¡Y este es, ¡santo Dios! el castellano que tenemos que ver escrito e impreso y escuchar con las orejas de Midas! ¡Por qué se olvidan los hermosos y variados giros que para esto tiene la lengua y se acude a la pobreza del francés? Mejor sería decir en todos estos casos *motivo a* como un personaje de Pereda; porque la simple pronunciación está aquí indicando qué clase de persona es la que habla, y no como el debido a, que se oye hasta en los labios más finos. Sépase, pues, que este modismo es puramente francés y que en castellano se traduce por *mediante, merced a, gracias a, por causa o por obra, en virtud de, a fuerza de, por cuanto, porque*, según los casos».*

Pues bien, la pobreza del francés, en este caso y otros muchos, es absolutamente igual a la riqueza castellana.

Desde luego, en francés, no se dice adverbialmente *dû à, dû à ce que, dû à que*. No se dice, ni se dijo, ni se dirá. Jamás en mis largos años de vida y lectura, he visto u oído ese *dû* adverbial.

Por lo demás, «los hermosos y variados giros que para esto tiene la lengua», tiénelos igualmente el francés.

La traducción de los citados ejemplos es, en efecto, análoga al castellano. Dicen los franceses *Par ses efforts, grâce à ses efforts, il est arrivé, etc.; Il s'est sauvé à force de courage, par son courage; il est mort parce que personne ne l'a secouru.*

Tiene la lengua francesa:

Para *mediante*... moyennant, au moyen de

Para *merced a*... grâce à.

Para *gracias a*...

Para *por obra de*... par oeuvre de

Para *en virtud de*... en vertu de

Para *a fuerza de*... à force de

Para *porque*... parce que

«*Por cuanto*» a su vez tiene traducciones que varían según el caso.

Es evidente, pues, que en el caso actual no puede hablarse de pobreza y que el origen del abominable modismo tan justamente condenado por el señor Román ha de buscarse en el castellano. Así como se dice *atento que, dado que, supuesto que, dejado que, bien entendido que*, se ha creado, por contagio, *debido a, a que*. El texto del P. Ovalle, citado al fin del artículo, basta tal vez para explicar aquella contaminación.

No siendo de origen francés ni castellano, habría que acudir, en último caso, al inglés, idioma en que la locución *owing to* corresponde al modo abverbial de que tratamos.

Esto digo, no por el simple placer de discutir, sino para demostrar que aquella pobreza del francés, muy lejos de ser un axioma filológico, es un postulado muy discutible, cuya falsedad puede calcular *a priori* quien quiera que no menosprecie la historia filológica y literaria de ambos idiomas.

Cuando una lengua tiene una serie de escritores que empieza con Rabelais para terminar provisionalmente con Anatole France, cuando en el intervalo que separa a éste de aquél se cuentan prosistas como Pascal, Bossuet, Fenelón, Voltaire, J. J. Rousseau y Chateaubriand, sin contar los Dú Minores ni los escritores del siglo XIX, creo que no puede llamársela pobre. No puede serlo un idioma que por esas bocas o plumas de oro ha expresado todos los matices del pensamiento humano.

Reconozco que el francés de Rabelais era más rico en vocablos que el de A. France, y más semejante en abundancia al castellano clásico. En los tres siglos que van corridos desde la publicación del «Gargantúa», no ha cesado de funcionar en Francia el buen gusto, el gusto clásico, el cual, como criba de aechar granos, ha logrado limpiar de paja el idioma de los que allá se llaman en estilo clásico, los «*honnêtes gens*».

En mi modesta opinión, castellano y francés difieren en que si el francés ha sido harneado demasiado, el castellano no lo

fue bastante. La riqueza de éste, en algunos casos, es como la de ciertos palacios, en cuyos repletos salones hallamos muebles inútiles y desechados de todos, cuyo sitio apropiado sería, más bien el desván de la casa, el departamento de los sirvientes, o la tienda de un anticuario.

Sea de esto lo que fuere, conste que es preciso recoger y estudiar los chilenismos, desterrar los galicismos y limpiar el lenguaje.

Para lo cual no hay modelo ni instrumento que sobrepuje en eficacia al Diccionario cuyo segundo tomo me honro en saludar a su llegada.

¡Quiera Dios que los tomos siguientes no tarden mucho en juntarse con sus hermanos mayores y que, una vez terminada esta magna obra, un Mecenaz (y, ¿quién mejor que el Gobierno de Chile, podría serlo?) la reimprima (sin suplementos) en un solo y espléndido volumen!

Hay por estas calles monumentos de mal gusto y de escasa solidez, en cuya inútil fábrica se han gastado crecidas sumas. ¿No se hallará el suficiente dinero para dar al monumento que mejor honra a Chile en los países de habla española, la forma espléndida que merece? Para la gloria de este país en América y Europa, este diccionario sería uno de los mejores y más elocuentes propagandistas.

22 de mayo de 1911.

«DICCIONARIO DE CHILENISMOS Y DE OTRAS VOCES  
Y LOCUCIONES VICIOSAS» (\*)

Creo haber dicho, en otras ocasiones, que este diccionario es el más útil, el más necesario y aun el más indispensable de los libros.

Pero, si me permite el señor Román fabricar un vocablo

---

(\*) Por Manuel Antonio Román, tomo III.

que por ahora me hace falta, agregaré que aquel libro es «impacientador» en grado superlativo.

Y lo es, no como otros, por lo inútil, lo pesado o lo largo, sino porque, siendo tan indispensable para mí y para otros de mi mismo oficio, siendo además tan ameno e instructivo, está todavía incompleto.

Aquí tenemos el tercer tomo con las letras comprendidas entre F última del tomo II y N con la cual comenzará el tomo IV.

Prométenos el autor encerrar en dos volúmenes más todo el material que le queda. Muy bien pero ¿cuándo los tendremos?

¡Paciencia! En 1915 o en 1916 puede ser que ya el tomo V y último ponga fin a la impaciencia en que vivimos los muchos que de él necesitamos.

Siendo extranjero estoy por cierto en condición especialmente «ventajosa» para apreciar el provecho que puede sacarse de esta obra.

Pero no me faltan en Chile compañeros de miseria.

Los hay en todas partes: en las escuelas (sin exceptuar la Universidad), en los diarios y revistas, en los tribunales de justicia, en los Ministerios y hasta en el Congreso.

Y si no se me cree léase lo que dice en su prólogo el señor Román:

«Más importancia de lo que tendría para la riqueza pública un abundante lavadero de oro, estimamos que tiene para la República de Chile en particular la obra de depuración lingüística en que estamos empeñados. Y lo decimos sin jactancia; lo decimos con sinceridad y con verdadero patriotismo, porque deseamos que Chile sobresalga en el amor a la hermosa lengua castellana, en su cultivo y buen uso.

¡Qué vergüenza sufrimos cuando aun en nuestros cuerpos legislativos se habla por ejemplo de *eximición*, de *irrigación* de nuestros campos, de la *inestabilidad* de los ministerios! Y que ninguna voz se levanta para enseñar a los señores legisladores que en lugar de *eximición* debe decirse *EXENCION*, en vez de

*irrigación*, *RIEGO*, y por *inestabilidad*, *INSTABILIDAD*! Dicen que en ambas Cámaras hay una comisión llamada de estilo, que tiene por oficio enmendar toda esa clase de *gazapatones*; pero no nos consta si en realidad existe, ni si cumple como debiera su oficio.

Y si esto pasa en las Cámaras ¿qué pasará en los diarios y en las demás publicaciones? Mejor es no meneallo», (pág. V-VI).

Ya se ve: somos muchos los pobres, pero no se crea que de ello me felicito. ¿Acaso ignoro que el mal de muchos es consuelo de necios?

Si, pues, somos tantos los que padecemos del mismo mal, si en el libro del señor Román está nuestro común remedio, términese pronto aquel libro para que sanemos, para que la «depuración lingüística» extienda sus beneficios a Chile todo.

Inútil es repetir aquí lo que he dicho otras veces (y lo que saben todos) acerca del contenido de este diccionario.

No sólo se encuentran allí los chilenismos, sino los galicismos y los demás errores de gramática y léxico en que caemos todos, cual más cual menos.

La parte gramatical del libro es sencillamente admirable, y al estudiarla se llega a comprender que hasta en gramática hay ídolos.

El señor Román no es idólatra de Bello, ni de Cuervo ni siquiera de la gramática de la Academia.

Su criterio, en punto a galicismos, no padece de la estrechez que hace, a veces, intolerable la lectura de Baralt y del P. Mir.

Pero a fuerza de buscarlos, sucédele hallarlos donde no los hay.

Ejemplo: «el» levita de don Ignacio de Carrera. En una carta de aquel «padre de la patria» léese la siguiente frase: «De donde (de la isla de Juan Fernández) he salido desnudo, sin más que *el levita* de paño azul».

Allí erró don Ignacio, ya que *levita*, cuando significa prenda de vestir, es siempre femenino.

Pero declara el señor Román: «la causa de este vicio (común en Chile y en España) es la imitación del francés en el cual *lévite* es masculino» (pág. 297-298).

Hay aquí un error. En francés, así como en español, *levita*, cuando designa a un israelita de la tribu de Leví o a un cristiano dedicado, como los Levitas del Antiguo Testamento, al servicio del templo, es masculino.

Pero tan pronto como se trata de la prenda de vestir llamada *levita*, el vocablo en francés es femenino como en castellano.

Prueba: en los diccionarios léese lo siguiente: *LEVITE, nom féminin (par comparaison avec l'habit ecclésiastique). Espèce de robe longue que portaient autrefois les femmes. Sorte de redingote longue.*

Acercas del verbo *influenciar* dice el señor Román: «Verbo muy corriente en la jerga moderna y, hermano, en cuanto a formación, de los bárbaros *presupuestar, fusionar, revolucionar*, etc., No significa ni más ni menos que *influir*, en esta acepción, «ejercer predominio o fuerza moral en el ánimo de una persona o cosa». Por tanto, es inútil formar para esto un nuevo verbo que no es otro que el francés *influencer*» (pág. 196).

Sobre esto me permitiré observar que la curiosa definición del diccionario de la R. A. explica precisamente la razón que tuvieron los franceses y españoles para crear al lado del verbo *influer* (influir), el verbo *influencer* (influenciar).

No sé qué especie de ánimo tengan las cosas para que se pueda ejercer fuerza moral en él. Pero en francés se influye en una cosa y se influencia a una persona.

Ejemplos: «On *influence* un juge par ses sollicitations» y «le tremblement de terre de 1906 *influa* beaucoup sur les finances du Chili».

No se podría decir en buen francés que el citado terremoto «influyó» etc.

Así, por ejemplo, el diccionario del señor Román influye

e influiré, Dios mediante, cada vez más en todo lo referente a la depuración lingüística, mas, no la *influenciaré* (1).

Pero el temor de convertir en «lata mi artículo, me hace recordar lo que el señor Román dice de la... *lata*.

Allá van sus sabrosas explicaciones: «*Lata*, (femenino). Conversación pesada, molesta», lo traduce como voz popular don Luis Besses en su *Dicc. de argot español*. La verdad es que se usa ya en toda España y América, solo y acompañado del verbo *dar* y hasta en las obras de don Juan Valera y de Galdós lo hemos leído. *Lata* tiene también la acepción de discurso, lectura o lección largos y pesados. *Darle lata a uno* puede traducirse, si alguien se avergüenza de usarlo, por las frases castizas *Dar un solo a uno* (molestarle un importuno, contándole prolijamente cuitas o aventuras que interesan poco o nada a quien las oye) y *Dar a uno jaqueca* (fastidiarle y marearle con lo pesado, difuso o necio de la conversación). Según Cejador *lata* es voz éuskara, y significa donde hay *la* o golpeo; *dar la lata a uno*, molestarle. Don Pedro de Mujica, en su *Maraña del Idioma*, dice que algunos hallan probable este origen: «Procede de la cencerrada monumental que reciben los infelices a quienes copan en la calle, la noche de Navidad, unos cuantos salvajes armados de *latas* vacías de petróleo, que van arrastrando en su carrera» (pág. 273).

Todo puede ser. Pero, si no temiese «latear» a mis lectores, con una disertación por demás *lata*, diría yo que todo aquello viene en derecho del latín. «Latitudo» significa, entre otras cosas, pronunciación lenta, pesada, declamación que se alarga demasiado, amplitud y riqueza de elocución; en una palabra, si *latitudo* no es la lata, es su hermana carnal.

Pero, basta: no seamos «lateros»...

---

(1) Honradamente debo agregar que «influencer» no es francés clásico. Los escritores de los siglos XVII y XVIII no lo conocieron.

*Paréntesis cuya lectura recomiendo a los que no creen en la utilidad de los estudios gramaticales*

Hay un mundo de verdades en las siguientes líneas entrecasadas de un artículo del eminente escritor don Rafael Egaña, reimpresso por el señor Román en la página 609 de su Diccionario.

«Son muchas las personas sencillas que creen que la Gramática y los diccionarios «no sirven para nada; conocen ellas —lo afirman con aire decidido— jóvenes que han estudiado perfectamente su gramática, que hasta han obtenido premio en el ramo, y que, sin embargo, no pueden escribir un buen artículo sobre tema alguno. Es el mismo criterio de aquella mamá que creía sinceramente que, si su hija no tenía mucho talento, era porque había estado poco tiempo en el colegio. Con el estudio de la Gramática y el manejo del Diccionario, y con leer, además, el «Quijote» y algunos otros libros clásicos, no conseguirá un joven, si no tiene las dotes intelectuales necesarias, ser un escritor distinguido, y lo que es más extraordinario, ni siquiera un escritor mediocre; pero a lo menos escribirá correctamente lo que escribe y se dará a entender, si no con brillo y elegancia, con claridad y precisión, que es lo esencial. La Gramática y el Diccionario no dan ideas y estilo a quien no los tiene, no son para eso; pero son absolutamente indispensables para que el escritor exprese sus ideas con la pureza y propiedad de palabra y de frase que son el fundamento del arte de escribir: son los antisépticos del idioma que impiden que se desnaturalice y se corrompa, y por lo mismo, los guardadores de su integridad de su índole, de su individualidad propia y característica».

Al pie de estas líneas convendría poner: Anótese, léase y... téngase siempre presente...

29 de diciembre de 1913.

## «DICCIONARIO DE CHILENISMOS» (\*)

En dos ocasiones caí en la tentación de pronosticar acerca de este diccionario.

Dando por base a mis cálculos el lapso de siete años (1901-1908) que duró la publicación del tomo I (letra A B C), profeticé, no sin pesimismo, que a ese paso tardaríamos medio siglo en llegar a la meta.

Pasaron seis años y en 1914, viendo que los tomos II (letras Ch-F) y III (letras G-M) habían salido a luz con inesperada rapidez, atrevíme a profetizar de nuevo y anuncié que el tomo IV se publicaría en 1915 y que, en 1916, el tomo V y último nos daría ocasión para celebrar el coronamiento de la magna obra del señor Román.

Fallaron mis cálculos. En vez del tomo V, he recibido en 1916 el tomo IV, el cual únicamente abarca las letras que van de N a R.

¡Basta este desengaño para que por siempre abandone yo el oficio de pronosticador!...

Este volumen es digna continuación de los que le precedieron.

Desde luego, para los que vivimos en Chile, es clave de muchos misterios.

¿Quién, llegando a este país, no se asombra al oír hablar de *pololeo*? Y al oír en las calles a los vendedores de diarios preguntar *El Peneca*, ¿quién no queda admirado de un título que ninguna etimología sacada de lengua antigua o moderna logra explicar?

Pues bien, problemas como estos dos abundan en Chile y nadie los resuelve con tanta amenidad y acopio de datos como el señor Román. ¿Cuál ha de ser, distinguido lector, el significado

---

(\*) Por Manuel Antonio Román, tomo IV.

de la palabra *Peneca*? En vano recorreréis todos los diccionarios griegos, latinos, hebreos, árabes, etc., etc. *El Peneca* es como Melquisedec: no tiene allí padres ni hermanos.

El señor Román nos sacará de apuros. «La etimología de aquel chilenismo es, según él, la que el poeta chileno don Narciso Tondreau le indicó a Lenz, a saber: el segundo renglón del *Silabario* de Sarmiento, que comenzaba así, enumerando las letras consonantes: *B, P, N, C, Q, M, R, S*; las que siguiendo el sistema del mismo Sarmiento, se leían *be pe ne ce que me re se*. Por eso, cuando a un niño le preguntaban en qué parte del silabario estaba, respondía: En la *peneque o penequ*» (p. 202).

No menos elegante es la solución del problema relativo al *pololeo*.

El *pololo* es un aberrojo o moscardón que, zumbando, persigue a las gentes. Por analogía llámase *pololo* el galán que persigue a una niña.

Lo curioso, en este asunto, es ver que ningún vocablo español, de los citados por el señor Román, traduce exactamente la idea de *pololo* y *pololear*.

Para *pololo*, cita el señor Román a *chichisbeo*, cuyo, *peores nada*, *galancete*, *galán abejorro*; pero ninguno de ellos es propiamente un *pololo* a la chilena, así como tampoco equivalen a *pololear* los verbos *requerbrar*, *pelar la pava*, *hacer uno el oso*, *chicolear*, *enamoricarse*, etc.

De todos los verbos citados el que más se asemeja al nuestro, dice con razón el señor Román, es «*mosconear*». Pero, agregaré yo, parece grosero al lado de *pololear* y no conseguirá desterrarlo.

Cuanto a los galicismos, persíguelos el señor Román a sol y sombra, con el mismo tesón y el mismo buen éxito que en los volúmenes anteriores.

Y para que mis lectores se convenzan de la utilidad que puede y debe sacarse de esta *caza*, citaré aquí un ejemplo verdaderamente típico.

Nada, al parecer, es más inocente que el vocablo *partido*.

De un joven que, por su carácter y por su situación de fortuna promete ser un buen marido, suele decirse que es un *buen partido*.

*Un bon parti* está bien en francés, no en castellano. «¡Y son las mujeres las que más usan esta acepción! ¡No saben las pobres que en castellano siempre se ha llamado *mujer del partido* la de la vida airada, de mala vida o de mal vivir y, más claro aún, la ramera! Pues, sépanlo, agrega el señor Román, para que si quiera por pudor dejen de usar este galicismo» (p. 149).

Muchos son los galicismos señalados y corregidos en este volumen. Entre los vocablos que más ocasión dan para «galicizar» sin necesidad ni provecho, señalaré los siguientes: *ocupar*, *pérdida*, *perfectamente*, *permitir*, *perseguir*, *placer*, etc., etc.

Al lado de los galicismos señala el señor Román vocablos y frases que me parecen merecer el calificativo neológico de «tontismos», si no se prefiere llamarlos tonterías, como son, por ejemplo, *obsesionar*, *obstaculizar*, etc., (falta *presionar*) y celebrar el *onomástico* de una persona, etc., etc.

Por regla general, el señor Román es más moderado y, en consecuencia, más certero en sus juicios que el P. Juan Mir y aun que el mismo Baralt.

Pero hay dos o tres casos en que me parece severo o benigno en demasía.

Ahí está, por ejemplo el vocablo *particularismo*, acerca del cual dice: «No nos parece bien este vocablo, ni tampoco se le necesita».

Concedo, por cierto, que no se le necesita si, como dice el señor Román, significa «sistema o doctrina de un particular». Pero es muy otra la definición de aquel vocablo. Traduciendo el Larousse francés, da don Miguel de Toro y Gisbert en el *Pequeño Larousse* las siguientes explicaciones: «**PARTICULARISMO**. *Teología*: Doctrina según la cual murió Jesucristo únicamente para los elegidos y no para todos los hombres. *Política*: Partido que desea que conserven sus leyes particulares los diversos paí-

ses que componen el imperio germánico: *Bismarck fue adversario del particularismo*». Estas explicaciones, aunque incompletas, bastan para demostrar la utilidad, en teología e historia política, del vocablo *particularismo*» (1).

En cambio, opino que el señor Román es demasiado bondadoso para con esa bárbara que se llama *Psiquis*. Acerca de aquel vocablo dice que «los antiguos y buenos españoles dijeron y dicen *Psiquis*» (p. 480).

Buenos serían y son aquellos españoles en cuanto a patriotismo o cristiandad: más no tanto en conocimiento del idioma de donde sacaron su *Psiquis*.

Es aquel vocablo un solemne barbarismo. Si en vez de *Psyche* o *Psiche* (pronúnciese *psique*) como escribían el maestro Mallara y Rodrigo Caro, puede legítimamente escribirse *Psiquis*, no veo porque, en vez de *Sinédoque*, *hipérbole*, etc., no se dice *Sinédoquis* e *hipérbolis*. Si no se admiten estas dos últimas barbaridades, ¿con qué derecho puede *Psiquis* ser admitida, puesto que los tres vocablos son igualmente griegos y pertenecen a la misma declinación?

Cierto es que, en jurisprudencia, *communis error facit jus*. Ello, empero, no quita que deban combatirse todos los errores, aun los más tradicionales, tan pronto como son descubiertos.

El distinguido filólogo Greard cita la opinión de un académico francés del siglo XVII, la cual me parece digna de servir de norma:

«*L'usage fait beaucoup de choses par raison beaucoup sans raison, beaucoup contre raison, et celles-ci on ne les doit pas accepter*».

*Psiquis* (en vez de *Psique*) es, en mi concepto, una sin razón lingüística, un entuerto filológico, que sólo en castellano se encuentra. En consecuencia, muy lejos de aceptarla porque para

---

(1) Particularistas fueron, en teología, los Janseístas. Particularistas son, en España, los que piden la autonomía para Cataluña, etc.

ello nos autoriza el uso tradicional, hemos de combatirla hasta que desaparezca del diccionario y del uso (2).

¿Qué provecho se sacará de los estudios lingüísticos si, al fin y a la postre, no sirven para reformar poco a poco y progresivamente los idiomas vivos, restaurando en su vocabulario el orden, la armonía y la lógica?

A conseguir este triple objeto va, en realidad, dirigida toda la obra del señor Román.

¡Cuántos no somos los que, frecuentando su diccionario, hemos aprendido de él a amar y a respetar cada vez más la hermosa lengua de Castilla!

21 de agosto de 1916.

#### «DICCIONARIO DE CHILENISMOS Y DE OTRAS LOCUCIONES VICIOSAS» (\*)

A los tres meses de nacida (o, más exactamente, de renacida) la *Revista Católica*, «periódico quincenal publicado bajo la dirección del clero de la Arquidiócesis de Santiago», empezó a salir en cada número una serie de artículos sin firma intitulados *Apuntes sobre Chilenismos y otros vocablos* (N.º 6, 15 de octubre de 1901).

Gratísima fue la sorpresa de los aficionados a estudios filológicos, los cuales, no plenamente satisfechos con las obras

---

(2) Igual tratamiento merece el vocablo *ostricultura*, el cual peca contra una regla de formación, según la cual, por el solo hecho de decirse en latín *ostreum*, *ostrei* (no *ostrum*, *ostri*), la única forma aceptable es *ostreicultura*. Este vocablo existe, con *ostrei*, en francés, como puede verse en el diccionario de Hatzfeldt y Darmestetter.

(\*) Por Manuel Antonio Román, tomo V.

hasta entonces publicadas sobre esta misma materia, saludaron en el autor de los Apuntes al maestro que esperaban.

Porque, no tan sólo nos prometía la *Revista Católica* corregir los errores en que todos, con mayor o menor frecuencia y... descaro solemos incurrir, sino que también proponíase acrecentar nuestro caudal de voces, señalando a la Real Academia Española los términos castizos que no figuran en su diccionario.

«Una lengua como la castellana, que es sin disputa, decía el autor, la más rica y hermosa que se ha hablado en el mundo, y que actualmente es usada en toda España, en las islas y archipiélagos que hasta hace poco le han pertenecido y en gran parte de las tres Américas, merece a la verdad ser estudiada y defendida por todos cuantos la hablamos. Y así, si cada país contribuyera con un grano de arena por lo menos al acervo común, ora proscribiendo los barbarismos, solecismos y demás vicios contra ella, ora dando a conocer los términos castizos, y sobre todo ilustrando a la digna corporación española, custodio y guardián del idioma, tiempo ha que la filología castellana estaría ya toda estudiada, y no por estudiarse, como realmente lo está».

El señor don Manuel Antonio Román, autor de los Apuntes, no se contentó con predicar, obró: *oeipit facere et docere*. Juntó la acción con la predicación y, desde la fecha apuntada arriba, no cesó de publicar cada quince días ocho páginas de apuntes filológicos cuyo conjunto tenemos hoy a la vista en forma de cinco tomos en 4.º

Para que mis lectores se den cuenta cabal de la magnitud de aquel esfuerzo, me tomo la licencia de recordarles que, al revés de otros lexicógrafos (de Littré, por ejemplo), el señor Román no ha podido encerrarse en una torre de marfil y consagrarse exclusivamente a la composición de su diccionario.

Desde 1901 hasta hoy ha desempeñado en la arquidiócesis de Santiago el cargo de vicario general (el cual dista mucho de ser una sinecura) y, al mismo tiempo, ha cumplido en la catedral

los deberes de las diversas canonjías que ha venido ocupando en este mismo lapso.

Aquellas obligaciones (y las del sagrado ministerio) bastarían por sí solas para llenar por entero la vida de un hombre laborioso. Pero no lograron absorber toda la actividad del señor Román.

*Carpe diem*: fiel a esta máxima de los antiguos, el autor del Diccionario de Chilenismos supo sacar provecho, no digo de una hora libre, sino del más fugaz momento de ocio.

¿Quién no le ha visto, en el tranvía de Providencia, revisando apuntes, cotejando citas y corrigiendo pruebas? Absorto y feliz, pensaba en la magna obra de su vida. ¡Cual no será, ahora, su dicha al verla terminada! Y, con qué satisfacción no verá sus innumerables granos de arena hechos un monumento digno de la erudición y paciencia benedictinas.

Porque, en verdad, no es un librejo baladí el que ahora contemplamos.

Para juntar los materiales que lo forman, fue menester al señor Román leer con minuciosa atención centenares de libros, sacar apuntes innumerables, cotejar frases, averiguar etimologías, comparar y criticar opiniones contrarias, analizar y sintetizarlo todo y finalmente ejercitar durante casi cuatro lustros las tres virtudes del investigador científico: la fortaleza que no se arredra ante el peligro de leer, inútilmente a veces, muchas páginas de libros a menudo insulsísimos; la prudencia (que no se deja engañar por apariencias de autoridad), y el amor a la ciencia (*major autem horum*) sin el cual no hay quien perservere en los áridos y quebrados caminos de la lexicografía.

Si no fuese el más modesto de los sabios podría, con Horacio, exclamar ahora: *Exegi monumentum ære perennius*. (He puesto remate a un monumento más duradero que el bronce).

2 de diciembre de 1918.

A PROPOSITO DEL DICCIONARIO DEL SEÑOR DON  
MANUEL ANTONIO ROMAN

Mi artículo sobre el Diccionario del señor Román no agradó a todos mis lectores.

Unos de viva voz y *otro* por carta, me dieron quejas que pueden compendiarse en esta frase: «La pólvora que se gasta en cazar galicismos y neologismos, es pólvora perdida en... gallinazos...»

Porque, según estos descontentadizos lectores, tanto los galicismos, como los neologismos son fenómenos lingüísticos naturales e irrepresibles. «Digan lo que quieran académicos y academizantes, el idioma castellano vive y se desarrolla sin ellos, y a pesar de ellos».

*El otro* a quien acabo de aludir, se declara «demócrata total» y cuida de darme a entender que el pueblo es quien manda no sólo en materia política, sino hasta en asuntos de lenguaje. (Es una novísima manera de interpretar la máxima antigua: «Vox populi, voz Dei...»).

Y agrega: «Así como la moral científica no consiste en dictar preceptos, sino en exponer hechos (o, lo que tanto da, en exponer la manera de vivir de los hombres), del mismo modo la lingüística verdadera consiste en averiguar y exponer la manera de hablar y no en dictar leyes al lenguaje».

En esto y en las varias objeciones que suelen hacerse cuando se trata de lenguaje, hay errores y verdades: *sunt bona mixta malis*.

\* \* \*

Una cosa es la lingüística y otra muy diversa es la gramática. La primera pretende ser y, en manos de los verdaderos lingüistas, es «la biología del lenguaje». Lógico es, por consiguiente, que el lingüista prescindiera enteramente de lo que el gramático

llama corrección y propiedad. A él ¿qué le importan esas cosas? Lo que busca es penetrar el secreto de la formación de los vocablos y poco o nada le significa el que éstos, tomados aisladamente u observados en frases, agraden o no agraden a los puristas.

Muy otro es el objeto de la gramática. Para ella el idioma está ya formado y poco importa que su formación obedezca a tal o cual ley. Sólo quiere limpiarlo de los vicios que en él descubre, y en seguida conservarlo en el grado de perfección y pureza en que lo encuentra o a que lo eleva.

Su «criterium» de pureza es esencialmente práctico: hállasele en el uso de la gente educada.

Y como los testigos de este uso son los escritores generalmente reconocidos por maestros, la gramática funda sus preceptos en las obras maestras.

El lexicógrafo, por su parte, se contenta con registrar los vocablos y dar de cada uno de éstos una exacta definición fundada en el uso, y si, por ejemplo, pretende hacer un inventario completo del idioma español considerado en el tiempo y en el espacio, tendrá que registrar y definir todos los vocablos que han estado en uso en España desde los tiempos más remotos hasta hoy, y los que en el Nuevo Mundo vienen empleándose desde la época de Cristóbal Colón.

Semejante lexicógrafo no existe ni ha existido, pero existirá. El que más se acerca a este «ideal» es Alemany y Bolufer, cuyo diccionario es superior en riqueza de vocablos españoles y americanos a todos los publicados hasta el presente, sin exceptuar el de la Real Academia Española.

\* \* \*

El señor Román, en su *Diccionario de Chilenismos y de otras locuciones viciosas*, es a la vez lingüista, gramático y lexicógrafo.

En cuanto lexicógrafo apunta y define numerosísimos vo-

cablos que, por diversos motivos (o sin motivo), no figuran en el Diccionario de la R. A.

En cuanto lingüista busca y descubre la verdadera etimología de los vocablos araucanos, quichuas o aimaráes que abundan en la lengua vulgar de Chile. Y no es ésta, digámoslo de paso, la parte menos valiosa y amena de su obra...

En cuanto gramático y hablista (y doy a este último vocablo la mayor amplitud), el señor Román corrige con grandísimo acierto los innumerables vicios de lenguaje (neologismos innecesarios o mal formados, barbarismos, galicismos, etc.) que son tan comunes, hoy en día, en el idioma vulgar y aun en el de aquellos que creen vivir, hablar y escribir en forma selecta.

¿Hay en esta triple tarea del señor Román algo que pueda merecer reproche?

\* \* \*

Se pretende que todo esfuerzo semejante al del docto académico resulta necesariamente estéril por el solo hecho de ser contrario a la naturaleza...

En esto hay un sofisma fácil de descubrir y de... debelar. (Debelar, aquí, significa *derrotar*, y no *revelar* o *descubrir*, como cree el vulgo).

Concedo a *El otro* que un idioma es un organismo vivo y que, por tanto, obedece en su evolución a ciertas leyes especiales que no son las de la gramática meramente preceptiva.

Aun cuando en eso de «organismo» hay mucha metáfora (¡y las metáforas son las plagas de la ciencia, no lo olvidemos!), admito que, considerado «grosso modo», el idioma castellano se desarrolla como una planta o un animal.

Pero, por muy cierto que sea esto, no se me negará que las plantas pueden ser cultivadas y los animales domesticados.

Domesticación y cultivo, he ahí, si se me permite emplear expresiones un tanto raras, pero muy exactas, he ahí la tarea del gramático y del hablista.

Este y aquél se someten, a sabiendas o sin saberlo, a las leyes «biológicas» del idioma, pero hacen con él lo que los jardineros y criadores con sus plantas y sus animales: provocan la formación de variedades útiles o cultivan las que descubren en la naturaleza, y una vez formadas o descubiertas, procuran y logran conservarlas en la integridad de su perfección.

Cuando, en el criadero gramatical, se presenta un ser nuevo, deforme, dañino o inútil, lo eliminan despiadadamente. . .

Esto, por cierto, jamás agradó a los que se han prendado de abortos o «abortones» lingüísticos, a los rutineros, a los que, en materia de lenguaje, llevan el individualismo hasta la anarquía.

Ya en el siglo de oro (y aún antes) el odio a la gramática (es decir, a la «cultura» del lenguaje) existía en tierra española.

Sobre este punto, doy la palabra a un testigo que merece fe.

Dice el maestro Francisco de Medina:

«Si algunos en los tiempos pasados se precieron de escribir y hablar bien, dieron consigo en no pequeños defectos, como quien en la oscuridad de aquellos siglos andaba a ciegas sin luz de la arte, que es guía más cierta que la naturaleza. Espesáronse tanto las nieblas de esta ignorancia, que aún no les dejaron conocer bien las voces de nuestra pronunciación ni las letras con que se figuran. De donde nacieron tantos vicios, así en lo uno como en lo otro, y hanse endurecido tanto con los años, que apenas se pueden arrancar del uso; y si alguno lo intenta, es aborrecido de todos y vituperado como hombre arrogante, que dejado el camino real que hollaron nuestros pasados, sigue nuevas sendas llenas de aspereza y peligros, como si la conformidad de la muchedumbre guiada por su antojo, sin ley ni razón, debiese ser regla invariable de nuestros consejos».

Lo que en el siglo de oro el maestro Medina dijo de la ortografía y pronunciación, puede y aún debe, con mayor razón, decirse de «las nieblas de ignorancia» lexicográfica y gramatical,

que vienen espesándose en el cerebro de nuestros contemporáneos...

Optima es la democracia, cuando bien dirigida; pero jamás creeré que su voz sea «voz de Dios» en asuntos de cultura literaria.

Santo y bueno que hablemos como el pueblo cuando el pueblo habla bien, esto es, con exactitud y elegancia, como hablaban (o diz que hablaban) los atenienses...

Pero, prescindiendo de éstos y sin averiguar si en su buena fama no hay algún átomo de jactancia griega, creo, con el maestro Medina, que, en asuntos de lenguaje, *«la conformidad con la muchedumbre, guiada por su antojo sin ley ni razón, no debe ser regla invariable de nuestros consejos»*.

\* \* \*

Luego preguntará alguien: Si deseamos la autoridad de la muchedumbre en materia de lenguaje, ¿habremos de someternos a la dictadura de la Real Academia?

Séame lícito contestar con todo respeto: No hay ni puede haber tal dictadura. La Academia no es concilio ecuménico. Su papel es meramente el de un cuerpo a cuyo cargo corre el «Registro Conservador de los Bienes Raíces» del idioma castellano.

Al revés de los concilios ecuménicos, no goza privilegio de infalibilidad. Puede errar o yerra, y aunque suele enmendar sus errores en las sucesivas ediciones de su «registro» (que es el diccionario), sucede, sin embargo, que se empecina a veces en registrar unos títulos (digo vocablos) no legítimos o en rechazar otros de indiscutible legitimidad.

Esto, empero, no obsta para que acudamos a la Real Academia cada vez que deseamos saber si tal o cual vocablo es castellano o, lo que tanto da, si aquel vocablo es «bien raíz» de la lengua castellana, comúnmente hablada o escrita por las gentes cultas en España y en el Nuevo Mundo.

\* \* \*

El señor Román es un activo y eficaz cooperador de la Real Academia tanto en lo de registrar nuevos vocablos y excluir los que no merecen figurar en el diccionario, cuanto en la muy delicada tarea de completar y enmendar las definiciones erróneas o imperfectas.

En algunos casos el señor Román es más liberal que la Real Academia, y en otros es más estricto.

Para ejemplo de estrictez puede, a mi ver, verse su artículo sobre la palabra *sensiblería*.

Este vocablo fue acuñado a fines del siglo XVIII por el literato francés L. S. Mercier, autor del *Tableau de Paris* (1781) y entre otras muchas obras menos famosas que aquélla, de una «*Néologie, ou Vocabulaire de mots nouveaux, a renouveler ou pris dans des acceptions nouvelles*» (1801).

Tocóle vivir y escribir en una época en que, merced a J. J. Rousseau, la «Sensibilidad» era tan contagiosa y mortífera como lo es hoy la «gripe española».

¿Quién, entonces, no era «sensible»? Como los animales atacados de la peste, que La Fontaine pinta en una de sus mejores fábulas, «ils n'en mouraient pas tous, mais tous étaient frappés»

En algunos autores franceses de aquella época, la sensibilidad subió de punto hasta tornarse «lagrimeo» y tan notable se hizo en uno de ellos (el dramaturgo Bouilly, hoy muy olvidado) que Mercier hubo de acuñar un vocablo para designarla.

Un autor citado por Napoleón Landais dice expresamente: «Para aplicarla a Bouilly, Mercier enriqueció el idioma con la palabra «sensiblerie», destinada a expresar la sensibilidad sin medida y sin gusto», o, según la definición corriente en los diccionarios franceses, «la afectación y exageración de la sensibilidad».

Al pobre Bouilly, apodado «poeta lagrimal», por sus contemporáneos, le vino aquel vocablo como pedrada en ojo de

boticario y, desde el primer instante, la «sensiblería» ya común en literatura, tuvo en el idioma común la palabra propia que merecía.

De Francia el vocablo pasó a España donde nos declara el señor Román que «lo han usado muchos modernos, como Pêreda, Revilla, Selgas, Núñez de Arce, etc.»

Después de citar una frase de este último autor, añade el señor Román: «Con la voz castiza *sentimentalismo* se habría evitado este término galicano, porque *sentimentalismo* significa «calidad de sentimental en su 3.<sup>a</sup> acepción», esto es: «que afecta sensibilidad de un modo ridículo o exagerado».

Muy bien, pero conviene observar que el castizo «sentimentalismo» es tan galicano como «sensiblería». Nació en Francia, después del año 1768, fecha en que se publicó el «Viaje sentimental» de Sterne, cuyo notable éxito literario fue causa de que se introdujera en la lengua francesa el adjetivo «sentimental», padre de «sentimentalismo».

Si se ha admitido a «sentimentalismo» en el Diccionario, no veo razón alguna para que «sensiblería» sea desechado.

La 3.<sup>a</sup> acepción, apuntada arriba, no corresponde exactamente a la realidad.

La diferencia de significado entre ambos vocablos es grande, como voy a probarlo traduciendo literalmente del francés algunas frases del crítico R. Doumic, actual director de la *Revue des Deux Mondes* y miembro de la Academia Francesa.

En un artículo intitulado *Los Peligros de la Sensibilidad* dice Doumic lo siguiente:

«Entre las cualidades que puede un escritor poseer, una de las más peligrosas es la sensibilidad. No hablo, por cierto, ni de esa desabrida *sensiblería* que, en ciertas épocas, es la plaga de toda una literatura, ni de ese necio *sentimentalismo* que en todo tiempo ha sido el inspirador de tantas romanzas, ni de esos *accesos de ternura*, intempestivos aunque sinceros, que ha-

cen lloriquear al prestamista en cierto epigrama sobre ese desdichado Holofernes.

*Si méchamment mis à mort par Judith*, ni mucho menos aún de esa «lagrimosidad» que mantiene eternamente húmedos los ojos de ciertas gentes y no menos eternamente temblorosa su voz. Hablo de la sensibilidad verdadera, etc. . . .» (*Revue des Deux Mondes*, 15 de noviembre de 1896).

De estas frases es fácil inferir que, en Francia, país donde nacieron los vocablos de los cuales estamos hablando, *sensiblería* y *sentimentalismo* corresponden a dos modalidades de sensibilidad perfectamente distintas.

Fáltame tiempo y lugar para completar esta demostración: pero creo que un francés, conocedor de su idioma patrio, jamás confundirá el sentimentalismo con la sensiblería. El primero es mucho más tolerable que la segunda. En ciertos poetas (en Lamartine, por ejemplo) y hasta en ciertos libros místicos como la *Vida de Santa María Magdalena* por Lacordaire, el sentimentalismo, aunque excesivo para el gusto de un francés no empapado de romanticismo, jamás es necio. No así la sensiblería lagrimosa de Bouilly y de sus contemporáneos, sensiblería que en la época de la Revolución Francesa se luce a cada paso hasta en los discursos políticos de un Robespierre y en las notas oficiales de desalmados como Fouché. Es la necedad misma, en hombres nulos o menos sinceros; en los demás, es pura comedia. El sentimentalismo nace de un exceso de sensibilidad; la sensiblería es mera afectación.

Pero basta. Lo dicho hasta aquí demostrará que no todos los vocablos galicanos son inútiles y dañinos. Casos hay en que el aplicarles despiadadamente la ley de residencia equivale a empobrecer el idioma.

\* \* \*

Volviendo a la objeción que me provocó a escribir estas páginas, preguntaré: ¿Es ociosidad el definir en lo posible, como

la ha hecho el señor Román, el verdadero alcance de los vocablos?

En asuntos de lenguaje, no hay verdadera «cultura», sin limpieza y sin estética, es decir, sin regla.

Por otra parte, la proclamación o, si se prefiere, la reiterada promulgación de las reglas no es estéril cuando corre a cargo de un hombre verdaderamente autorizado, como es el señor Román.

Para demostrarlo baste recordar a Vaugelas. A este escudriñador de «voquibles» débese en gran parte la maravillosa perfección del lenguaje francés alcanzada a mediados del siglo XVII, perfección cuya muestra insuperable puede verse, por vez primera, en las *Cartas Provinciales* de Pascal (1656).

Por fin, la afición a escudriñar vocablos no es por si sola ningún síntoma de pequeñez mental. Y si no, habría que declarar mentalmente pequeños a hombres del porte de Julio César.

Por casualidad, recorriendo las cartas de Cicerón en busca de un argumento que, con la premura del tiempo no he podido descubrir, acabo de encontrar una frase que me hace falta y me consuela abundantemente.

Al final de la carta a Atico en que Cicerón cuenta una visita solemne que César le hizo en su casa de campo de Pozzuoli, dice el orador romano mezclando el griego con el latín: «*Semel satis est; «spoudaion ouden» in sermone; «philologa» multa*». Lo cual, en romance, significa: «*Con una vez basta* (¡César iba acompañado con dos mil hombres! y Cicerón no era despilfarrador. . .). *No se habló de cosas serias* (es decir, de política); *pero bastante se habló de. . . filología*», es decir, de. . . vocablos.

Es sabido (y esta frase de Cicerón contribuye a probarlo) que César era muy aficionado a cuestiones de filología y gramática. No se nos reproche, pues, el parecernos, en esto siquiera, al «divino Julio» . . .

Pero, al final de este largo artículo, conviene repetir con Cicerón: *Semel satis est*, con una vez basta. . . Otra vez seremos más breve.

## LA OBRA DEL SEÑOR MANUEL ANTONIO ROMAN

Señor director de la «Revista Católica».—Santiago.—Respetado señor: Se ha servido Ud. pedirme algunas líneas en que exprese el sentimiento que la muerte del señor don Manuel Antonio Román me ha causado.

Lo expresaré en dos palabras. Al verle desaparecer, he deplorado la doble pérdida que para nosotros significa su muerte: pérdida para el clero y pérdida para las letras.

Sobre la primera, hombres más autorizados que yo han dicho una buena parte de lo que podía y debía decirse. Al encomiar la bondad, la prudencia y la perseverante labor del sacerdote y del prelado, han rendido al señor Román el homenaje que merecía.

Lo que a mí me impresionaba en él, fuera de las virtudes que acabo de señalar, era su regularidad asombrosa que día tras día, con una exactitud de cronómetro, lo guiaba y acompañaba en todas sus acciones.

Con él, no podía pensarse en nada que significase fantasía, antojo o capricho. Cada acción tenía su hora y en ella se cumplía.

Los más de los hombres parecen creer que las cosas se hacen solas con un minimum de intervención humana y que basta dar tiempo al tiempo.

El señor Román había desterrado de su mente estos sofismas generadores de pereza e inconstancia.

En vez de dar tiempo al tiempo, él tenía a éste repartido y medido en tal modo que toda pérdida quedaba de antemano eliminada. Así fue como, a pesar de la variedad de sus ocupaciones, logró siempre estar al día con todos sus quehaceres y pudo realizar la paradoja de trabajar más que diez y conservar, en medio del tráfago, la más completa calma.

Esta era, para mí, un objeto de asombro y de envidia. Casi todos los días, al salir yo de mi oficina, veíale acercarse a

la suya con ese paso lento, medurado, religioso, que parecía obedecer a un ritmo interior marcado por un cronómetro. Era la regla viva, la encarnación de la solidez y del orden.

Más de una vez pensé para mí: «Este hombre parece edificio de cal y canto. Con esa regularidad de vida manifiesta en su andar, vivirá cien años...»

Hoy pienso que, tal vez, el señor Román llevaría las cosas más allá de lo razonable. No tomaría en cuenta (como ella lo merece) la regla de los antiguos *Ne quid nimis*. No se agitó, sin duda, lo bastante y de ahí, de esa labor demasiadamente prolongada y del exceso de quietud en la misma, de ahí, digo, su temprana muerte.

Sea de ello lo que fuere, la pérdida que hemos experimentado, debe movernos a meditar sobre ella y a sacar de esa muerte alguna lección provechosa para la vida.

Primero, organicemos nuestra vida de labor, modelándola sobre la del ilustre prelado. *Nulla dies sine linea*, pero debe esa línea trazarse en su hora, con orden y regularidad. No nos espante demasiado la posibilidad de morir por exceso de trabajo. El malgastar las horas en una ociosidad disfrazada de descanso, nos pondría en el caso deplorable a que aludía Lucrecio en su famoso verso *Propter vitam vivendi perdere causas*.

Luego no permitamos que la obra del señor Román permanezca estéril.

Porque estériles serían esos cinco volúmenes del *Diccionario de Chilenismos* si alguno de los discípulos del insigne difunto no los pusiese al alcance de todos.

¿Queremos minorar, en parte siquiera, la pérdida que las letras chilenas acaban de experimentar?

Existe para ello un medio tan eficaz como sencillo.

Deberían esos cinco tomos preñados de doctrina compendiarse en un pequeño volumen de cuatrocientas o quinientas páginas, de tamaño manual, en donde las decisiones, mejor diré, los fallos del señor Román serían expuestos en su más compen-

diosa desnudez, con algunos ejemplos y sin los considerandos en que vienen fundados.

Así en horas de apuro (y todas son de apuro para el escritor) las infinitas dudas en punto de galicismo y barbarismo se resolverían en un abrir y cerrar de ojos.

Semejante librito, quinta esencia de la magna obra, se hallaría «de punto fijo», cual un guardián del orden, sobre la mesa de todos los hombres deseosos de escribir correctamente.

*Exoriatur aliquis!* ¿No habrá quien levante este monumento, humilde pero valioso, a la memoria del maestro?

Soy de usted, señor director, A. S. S. y capellán.—*Emilio Vaïsse* (Omer Emeth).

25 de octubre de 1920.

## JUAN R. SALAS ERRAZURIZ

### EL PBRO. SR. JUAN R. SALAS ERRAZURIZ.—SU PERSONALIDAD LITERARIA

#### I. EL HUMANISTA

Ya este diario ha tributado al Pbro. Sr. J. R. Salas Errázuriz, el homenaje de admiración y pesar de que es digno. De él díjose ayer, «que reproducía en nuestro siglo uno de esos tipos de clérigos letrados, humanistas insignes, intérpretes pacientes y apasionados de las letras latinas y helénicas, en quienes el sentimiento y la fe de cristianos se armonizaba con el concepto pagano de la belleza y que fueron los constructores de los maravillosos monumentos literarios del Renacimiento y los precursores del arte moderno».

Quiero yo, hoy, aducir algunas de las muchas pruebas en

que, si fuese ménester, podría fundarse este juicio tan justo en su fondo como hermoso en su forma.

Pero antes de entrar en materia, conviene que analicemos brevemente el concepto de «humanista».

\* \* \*

En la época del Renacimiento, el humanista era, ante todo, un profundo conocedor de la literatura latina y griega, y se distinguía por la facilidad y elegancia con que manejaba la lengua de Cicerón. Así, por ejemplo, fue humanista Juan Calvino, sin que su larga e íntima frecuentación de los autores griegos y latinos ablandase en lo más mínimo su alma de hierro, e hiciese de ella un santuario para las Musas.

El «verdadero» humanista era algo y mucho más: era un artista, que no sólo interpretaba fielmente, sino que imitaba a los antiguos. Ejemplo: los grandes poetas franceses de «La Pleiade», los cuales, a excepción de Ronsard, versificaban tanto en latín y hasta en griego, como en francés.

Pensar, hablar y escribir en latín y en griego; empaparse hasta el alma en las literaturas antiguas, resucitar la poesía, la historia, la filosofía, la jurisprudencia y la oratoria de los griegos y los romanos, he ahí el ideal del humanista en los siglos XV, XVI y XVII.

De entonces a hoy, la extensión y comprensión de esta palabra ha variado. Conozco a humanistas muy dignos de ese hermoso nombre, los cuales, empero, no poseen ni los primeros elementos del griego y del latín. Nacidos después de la invasión de los bárbaros, que mutilaron las Humanidades (y hasta la Humanidad), suprimiendo el estudio de las lenguas antiguas, han cultivado, a pesar de todo, la tradición heleno-latina. A través del velo más o menos denso de las traducciones en que viene envuelta, ha logrado seducirlos la antigua Belleza. Leen y

aman a Homero, a Platón, a los poetas de la Antología griega: Virgilio, Horacio, Cicerón, son sus amigos. Nada digo de los viejos historiadores: Heródoto, Tucídides, Salustio, Tácito, no tienen secretos para ellos. Estos contemporáneos nuestros son hombres en quienes hállase realizada la fórmula del humanista moderno: saben, como decía un rector del colegio de Eton, «something of everything and everyting of something», es decir, algo de todo y todo de algo. Los hay en efecto, que, sin haber estudiado el griego ni el latín, conocen a fondo a Platón o a Horacio, y poseen valiosas nociones acerca de los demás clásicos. Lo que saben les abre, por decirlo así, una ventana sobre el pasado de nuestra civilización. Cónstales que si algo valemos intelectualmente y si, en el edificio social en que vivimos, hay luz, orden y justicia, todo ello es herencia de Atenas y Roma.

Con todo, mi inolvidable amigo y colega, don Juan R. Salas no puede compararse con aquellos humanistas. Como ellos amaba a la Antigüedad, pero, a diferencia de ellos, mirándola cara a cara, sin el velo de la traducción, penetró en su intimidad y quedó enamorado de ella para siempre.

Y para prueba ahí están sus traducciones de Virgilio y Horacio, pero, sobre todas las demás, su *Esquilo*, traducido directamente del griego en verso castellano y acompañado con notas filológicas y crítica (1).

---

(1) *Virgilio*: Véase la traducción de la Egloga I («Revista de Arte y Letras», 1858, año V, p. 359-367) y la Egloga IV («Revista Católica», 1913, septiembre, p. 381-384).

*Horacio*: Dos odas: a Neira, a los Romanos («Estrella de Chile», 1875, diciembre, p. 540); Una sátira: Sunt quibus in satira... («Estrella de Chile», 1876, enero, p. 532); Poema secular, ibíd., p. 583.

*Esquilo*: Parte de esta traducción se publicó en la *Rev. de Artes y Letras* en 1889. La edición completa y definitiva en un vol. de 639 es de 1904. Fue costeadada por la Universidad de Chile.

\* \* \*

En el artículo que cité al principio de esta crónica, dice el señor Carlos Silva Vildósola:

«Apenas si el público escogido y escaso que sigue la gran literatura ha podido darse cuenta de que don Juan Salas es el autor de una traducción de Esquilo, hecha directamente del griego en verso castellano, trabajo monumental, esfuerzo gigante de interpretación de una de las más grandes creaciones del ingenio humano. Su traducción del *Prometeo Encadenado* fue celebrada por Menéndez y Pelayo como una obra maestra y de diversos humanistas europeos recibió el señor Salas felitaciones y juicios muy honrosos. La versión del célebre canto de las Océánidas consolando a Prometeo, quedará como uno de los trozos más notables de nuestra literatura».

«Esfuerzo gigante»: estas palabras encierran una verdad que me propongo poner en plena luz. Pero, ¿de qué medios me valdré para que mis lectores puedan juzgar por sí mismos?

Supongamos, por ejemplo, que, en vez del texto griego de Esquilo, les ofrezca una traducción literal (esto es, palabra por palabra o poco menos) de un trozo a la vez difícil y famoso y que, al lado de esa traducción, ponga la del señor Juan R. Salas: ¿no se verá el esfuerzo del traductor? ¿No se calcularán las dificultades con que hubo de luchar a brazo partido? Obsérvese, en efecto, que, por una parte, Esquilo escribe en versos griegos, y que, por otra parte, el señor Salas traduce a Esquilo en versos castellanos, lo cual constituye una doble y gravísima dificultad proveniente de la índole muy diversa de los dos idiomas y de las dos métricas.

Pues bien, vamos a intentar esta demostración, escogiendo una de las escenas más hermosas de Esquilo, una página inmortal conocida bajo el nombre de *El grito de Antígona* y sa-

cada de la tragedia *Los Siete Jefes*. Pero, antes, sépase el origen y motivo de ese grito sublime.

Etéoclo y Polínicos, hermanos ambos de Antígona, han muerto en la batalla, peleando en lucha fratricida. Etéoclo defendiendo y Polínicos atacando a la ciudad de Cadmo, su patria.

En presencia de ambos cadáveres, un heraldo proclama la sentencia de los magistrados en cuya virtud el cadáver de Polínicos, enemigo de su patria, quedará insepulto en castigo de su traición. Antígona escucha al heraldo y, al oír la fatal sentencia, lanza el siguiente reto a los magistrados:

*ANTIGONA: Y yo a los magistrados cadmeos digo: si nadie más a éste quieren sepultar, yo, yo misma, aunque exponiéndome a cualquier peligro para sepultarlo, sepultaré al hermano mío. No me avergüenzo de esa anarquía que no cree en el Estado. Poderoso es ese seno común del cual hemos nacido de una madre desgraciada y de un padre infortunado. Tú también, voluntariamente, con ese criminal involuntario, asocíate, alma (mía), hazte en vida cómplice de un muerto, por tu amor de hermana. De éste, tampoco las carnes serán por los hambrientos lobos devoradas: ¡nadie se lo figure! Tumba y sepultura, yo misma, aunque mujer, yo la procuraré llevando tierra en el pliegue de mi peplo de lino, y lo cubriré yo misma. Y nadie diga lo contrario. ¡Descuida! tengo la inventiva que sabe obrar... (2)*

*EL PREGONERO: Te aconsejo altamente obedecer al Estado en esto...*

*ANTIGONA: Yo te aconsejo a ti no anunciarme cosas inútiles.*

---

(2) En el texto griego hay la palabra *anarquía* que ahí propiamente significa *desobediencia*. Esquilo la califica «*apiston polei*», es decir, literalmente, *incrédula al Estado*, que no cree en el Estado. He preferido conservar en la traducción castellana la palabra griega, hoy tan conocida en sociología y política.

*EL PREGONERO: Irritable, sin embargo, es el pueblo cuando (recién) sale del peligro (de la batalla).*

*ANTIGONA: Enójate (cuanto quieras): pero, insepulto, éste no quedará.*

He ahí la escena famosa en que la voz de la sangre, de la humanidad y del amor formuló la eterna protesta individual contra todas las tiranías políticas. La he traducido lo más literalmente posible, apegándome a las palabras unas en pos de otras, y no modificando el orden de éstas sino cuando ello era inevitable, dada la índole del castellano.

Ahora bien, escuchemos al señor J. R. Salas, y veremos resuelto con suprema elegancia el más difícil de los problemas.

### ANTIGONA

Y yo al cadmeo tribunal declaro  
que si a dar a mi hermano sepultura  
nadie conmigo viene, yo, yo sola  
se la daré. Todo peligro arrostro;  
ni en esto quebrantar las leyes patrias  
me causará rubor ni pondrá miedo.

Son lazo poderoso las entrañas  
do del más desdichado de los padres  
y de una madre mísera la vida  
recibimos a dos. A su infortunio  
asóciate, alma mía, de buen grado;  
en vida, sé del muerto fiel hermana.  
—¡No será por los lobos de hondo vientre  
su cuerpo miserable devorado!

¡Jamás! Yo misma, yo, mujer, la fosa  
le abriré y alzaré sobre sus restos  
el funerario túmulo; yo misma

en este líneo<sup>17</sup> velo de anchos pliegues  
 le envolveré y le llevaré en mis brazos.  
 ¡Que nadie en vano lo contrario diga!  
 —¡Ea valor! para ponerlo en obra  
 no faltarán a la piedad los medios.

*PREGONERO.*—*Te aconsejo que al pueblo no provoques.*

*ANTIGONA.*—*Y yo a ti que no en vano me lo digas.*

*PREGONERO.*—*Un pueblo vencedor no sufre ofensas.*

*ANTIGONA.*—*Las sufra o no, sepultaré a mi hermano (3).*

Compárese esta versión con la anterior y se verá la maestría no sólo del helenista sino también del poeta. Las dificultades por vencer eran muchas: en cada uno de esos maravillosos versos, los tropezaderos abundaban y todos fueron evitados con admirable destreza. A nadie, pues, extrañarán las alabanzas que Menéndez y Pelayo prodigó a esta traducción. Al homenaje de tan insigne maestro, es justo añadir el del profesor Unamuno, quien, en su clase de lengua griega, en la Universidad de Salamanca, solía leer a sus alumnos la traducción del señor Salas, calificándola de insuperable.

---

(3) Para comprender la indignación de Antígona, conviene no olvidar que, en opinión de los antiguos griegos, la privación de sepultura era la más cruel desgracia, tanto para el difunto como para la familia de éste. Constituía, además, una imborrable deshonra para los dolientes que habían tolerado tamaño desacato. De ahí que a Antígona le pareciera «révoltant» lo que el heraldoregonaba. Digo révoltant, en francés, porque este es, aquí el único vocablo propio y porque «révoltant» no tiene, a mi juicio, traducción castellana verdaderamente adecuada. ¿De qué serviría decir que la sentencia del «cadmeo tribunal» era «irritante, escandalosa, etc», cuando, en realidad, era mucho peor pues obligaba a Antígona, es decir, a la Humanidad, a «rebelarse»? *Révoltant* es aquello que produce *rebelión* en el alma.

## II. SUS IDEALES EN CRÍTICA LITERARIA

En algunos hombres, el humanismo es un amor único, intransigente y celoso, de la antigüedad latina y griega. Para ellos, toda verdad y belleza está en el pasado: Atenas y Roma, y más la primera que la segunda, son el jardín de las Hespérides literarias. Y a la verdad, podría, hasta cierto punto, sostenerse esta tesis sin violentar gravemente la verosimilitud histórica. No puede, en efecto, negarse que, en la literatura romana y más aún en la griega, encuéntranse todos y cada uno de los tipos de belleza hoy reinantes en las literaturas modernas. Hasta la belleza romántica que, a primera vista, parece irradiación nueva, tiene allí sus antecedentes y podríamos, imitando a Deschanel en lo que escribió sobre los clásicos franceses, hablar del «romanticismo de los clásicos» griegos y latinos. Más aún, leyendo de cerca los autores de la decadencia descubriríamos en ellos más de un predecesor de los parnasianos, de los simbolistas y hasta (¿quién sabe?) de las más extravagantes escuelas contemporáneas nuestras. Llegaríamos a sostener que el mismísimo «dadaísmo» apareció, en el siglo IV antes de Cristo, en alguna comedia de Aristófanes. Con todo lo cual se comprobaría una vez más que nada hay nuevo debajo del sol.

Pero, preciso es confesarlo, la defensa de esta tesis extremada y un si es no es paradójica, exigiría tiempo, lugar y dotes tinterillescas de que carezco. Prefiero, pues, declarar que su amor por la antigüedad clásica no cegaba al señor Salas ni le impedía estimar lo moderno. En su mente amplia como un templo, erigíanse altares distintos para las distintas bellezas: un altar a la antigua belleza griega, otro u otros a la belleza medieval y moderna creada por Dante, Ossian, Goethe, Víctor Hugo, Lamartine Musset. Tomás Moore y Heine.

Manifestábase ese culto, no solamente en asiduas lecturas,

sino en cuidadísimas traducciones de los poetas que acabo de mencionar (1).

Fue el señor Salas un traductor incansable, pero, a diferencia de los traductores mecánicos que tanto abundan aquí y en Europa, no virtió al castellano sino obras dignas de su esfuerzo, obras maestras.

¡Dignas de su esfuerzo! Con esto quiero significar que traducir semejábase, para él, a la lucha de Jacob con el Angel. Vencido salía de ella ciertamente, pero con nuevas fuerzas intelectuales, con creciente deseo de luchar y con una mayor destreza en el manejo de sus armas que eran las ideas y los idiomas.

Traducir es una gimnástica mental eficacísima y una deliciosa experiencia cuando el traductor obra no con la modorra del peón, sino con el celo del artista que pretende no simplemente dar una idea más o menos exacta del texto original, sino trasladar intactas e íntegras, con los colores propios de la vida, las ideas y las palabras, la materia y la forma de aquel texto. Tarea larga, difícil, pero grata y provechosa tanto para el poeta como para el prosista; tarea en sumo grado educativa pero descuidadísima en estos tiempos en que todo el aprendizaje de los idiomas se reduce a obedecer ciegamente a la ley del menor esfuerzo y a contentarse con escasas y rapidísimas lecturas que no dejan en la mente sino muy fugaces impresiones y recuerdos.

Mediante sus traducciones consiguió el señor Salas poseer a fondo no sólo los idiomas antiguos y los modernos, sino también y muy principalmente el castellano al que llegó a dominar

---

(1) De *Dante*, tradujo el señor Salas el primer canto de la *Divina Comedia*, en «Rev. Católica», septiembre 18 y octubre 4, 1902. En la *Bibliografía del señor Pbro. don Juan Salas Errázuriz*, que publiqué en 1916 en la *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera* (y en tirada aparte) hállanse indicadas las traducciones de los demás poetas. Se publicaron éstas en diversas revistas desde 1874 hasta 1902.

por dentro y fuera, por el revés y el derecho, cual debe dominarlo, el que, como él, pretende ser a la vez filólogo y escritor.

\* \* \*

¿Cuáles eran sus ideales? En cuanto filólogo, ambicionaba descubrir y comprobar científicamente la etimología de las palabras castellanas y, en particular, el aporte helénico en la formación de la lengua española. A esta investigación dedicó el señor Salas los últimos años de su vida estudiosa, pero preciso es decirlo: mucho se teme que la ardua labor de tantos años no salga a luz y así resulte estéril. *Pendent opera interrupta!*... ¿Habrá quién ponga fin y remate a obra tan grandiosa como necesaria? No me atrevo a creerlo...

Sus ideales de escritor, el señor Salas los condensó en una página publicada en 1913, época en que repetidas veces se dedicó a la crítica literaria.

«El Diario Ilustrado» había emprendido una encuesta acerca de cuáles eran o debían ser los ideales de la literatura chilena.

Si mi memoria no me hace traición, creo haber contestado al «inquisidor» (quiero decir, al encargado de aquella encuesta) que en mi opinión, la «chilenidad» (es decir, la sinceridad) es la ley suprema y única de la literatura chilena. El señor Salas, más autorizado que nadie (más que yo, en todo caso), sintetizó sus ideas en la siguiente «declaración de principios»:

«...O yo estoy completamente trastornado, o cuanto pueda decirse y discurrirse en orden al tema propuesto se reduce a estas opiniones de puro sentido común:

1.º El escritor puede elegir el tema que más le cuadre o acomode, sin otra limitación que la que las leyes divinas o humanas le impusieron. Aplicación del gran principio de la libertad del ser racional.

2.º Conviene que el escritor, siempre que a ello no se oponga su vocación o profesión, elija con preferencia temas relativos a la

historia, costumbres, naturaleza, etc., de su país. Consejo dirigido especialmente a los autores que por su prestigio y valía pueden dar mayor lustre a la patria.

3.º El que escriba sobre asuntos nacionales debe ser fidelísimo, hasta la escrupulosidad, en las pinturas de costumbres, en las narraciones históricas, en las descripciones de la naturaleza, etc.

4.º Todo escritor está obligado a manejar con la mayor corrección posible la lengua patria. Para el que la desdeñe, ahí está el esperanto, lengua que el Dr. Zamenhof inventó especialmente para los tocados.

Estos cuatro axiomas aplicables tanto al literato chileno como al francés o al ruso, y susceptibles, si se quiere, de modificaciones accidentales, encierran sustancialmente cuanto hay que decir acerca de la tal chilenidad. Nadie se atreverá a ponerlo en tela de juicio, salvo que haya perdido el suyo.

No valga la pena emplear tantas columnas de un diario en buscar tres pies al gato» (2).

En suma, «la tal chilenidad» obligatoria se desprende, lógicamente, del axioma número 2, mas no con la decisiva claridad que sería menester. Creo, pues, que a estos cuatro axiomas de alcance universal podríamos, sin apartarnos del señor Salas ni ponernos en contradicción con su doctrina, añadir éste: Sólo merece el calificativo de chilena la literatura que lleva el sello de Chile, esto es, cuya materia (paisajes, personajes, ideas, sentimientos, etc.) es chilena. Cuanto a la forma, es de desear que conservada en lo posible la pureza del castellano, el estilo se amolde a la materia y se armonice con ella. En esto los autores belgas contemporáneos, y en especial Verhaeren y Eeckoud, pueden servirnos de modelos, puesto que escribiendo en francés han logrado, sin embargo, dar el sello belga a la literatura de su país.

---

(2) Alúdese aquí a la obra literaria en 1913 y años inmediatamente anteriores.

\* \* \*

Pero volvamos a nuestro tema. De los axiomas arriba citados podemos inferir cuál sería el criterio del señor Salas en materia de literatura chilena. Hablando de poesía, decía en un artículo de crítica: «Sin temor de exageración calculo el número de poetas (chilenos) en un término medio de tres por cuadra. Son enamorados, y hacen versos de 37 sílabas. Yo preferiría menos poetas y versos más cortos; pero no hago cuestión de poetas y sílabas más o menos».

Explícate esta ironía, si tomamos en cuenta su ideal. Decía, en efecto: «La poesía, no menos que la ciencia, tiene una altísima misión: ilustrar al pueblo, inspirar a la juventud el amor a los grandes ideales, dar lustre a la patria, llevar a los corazones, en alas del canto, el mensaje amable de lo bello y de lo bueno. El que hace de ella un mero pasatiempo, o en ella busca una satisfacción de la vanidad o un desahogo de la sensualidad la desvía de su objeto, le quita su razón de ser, la destruye. El que emplea su inteligencia, don del cielo, en pervertir el criterio literario y moral de la juventud, peca contra las letras, contra la sociedad, contra la patria y contra Dios».

Pero, aunque muy severo, sabía apreciar con recto criterio la producción literaria de su país. Según él, «la obra literaria de los últimos tiempos va en variada gama, del aborto ridículo a lo excelente. En su conjunto, distribuidas en serie las cualidades extremas, cabe dentro de esta fórmula: mucha frivolidad, mucha sensualidad, poca gramática. Algunos han suprimido a la vez la gramática y las ideas, dejando solamente lo otro: hazaña que no carece de mérito. La sensualidad de nuestra actual literatura adolece en general de monotonía. Para subsanar este defecto, sueltan de cuando en cuando una indecencia de a folio. En la variedad está el gusto.

Ocupan los peldaños superiores de la escala varios escritores de talento, y aun de gran talento.

De éstos mencionaré únicamente a dos, dos figuras que me interesan en especial y a las cuales quiero dedicar algunos párrafos: un prosista, don Rafael Maluenda, y un poeta, don Víctor Domingo Silva».

Lástima fue que, preocupado de su trabajo etimológico ya mencionado, el señor Salas no se entregara de lleno a los estudios de crítica literaria. Con su inmenso caudal de lecturas escogidas, con su refinado gusto y con la facultad de comparar unas literaturas con otras merced a su conocimiento de los principales idiomas antiguos y modernos, con su independencia y amplitud de juicio, por el prestigio que debía a sus publicaciones y hasta su alcurnia, pudo el señor Salas desempeñar con singular autoridad y brillo el magisterio de la crítica.

Prefirió vivir tranquilo, en conformidad al ideal de la Edad Media, *in angello cum libello*, con sus libros en un rincón.

Tal vez, con los años que se acumulaban sobre sus hombros y los doblegaban, llegó, como el sabio bíblico, a profesar que todo es vanidad. Pero, ¿quién no deplorará su retraimiento? ¿Por qué no se le obligó a dar todo lo que en sí tenía? ¿Quién no sabe que, para prolongar la vida más allá de los términos ordinarios, el mejor tónico, el que usaron esos grandes ancianos que se llamaron Víctor Hugo y Chateaubriand (sobre los cuales el señor Salas escribió páginas admirables), el mejor tónico es el trabajo obligatorio, la vida activa, la ambición?

Más de una vez meditando sobre su retraimiento ocurrióseme atribuirlo a cierta inexplicable hostilidad con que se le trató en una ocasión cuyo recuerdo conservo en mi memoria.

Hace cosa de veinte años o poco menos asistí a una de esas Conferencias Morales en que el clero de la capital suele discutir cuestiones de teología. Esa noche tratábase de la Mentira. El señor Salas leyó una admirable disertación de la cual, si mal no

recuerdo, la mentira resultaba lícita y hasta obligatoria en ciertos casos.

En realidad el asunto en discusión era exactamente el que, un siglo antes o poco más, había dado lugar a una famosa controversia entre Kant y Benjamín Constant. El escritor francés sostenía que la veracidad no es obligatoria en todos los casos ni para con todos los hombres. El filósofo alemán, insistiendo, con razón, en la obligación que tenemos de ser veraces, llegaba a sostener que «si un amigo, perseguido por asesinos, se refugia en mi casa, estaré obligado a decir verdad cuando, llegando éstos, me pregunten si el perseguido está allí». En ocasión como esta, la regla, según el señor Salas, es no contestar, si puede uno sin peligro para el huésped abstenerse de dar contestación; pero, cuando el silencio es imposible, hay que negar, es decir, hay que mentir. En tal caso la mentira es no sólo disculpable, sino meritoria; más aún, es obligatoria. Agregaba el señor Salas, según mis recuerdos que sostener lo contrario equivaldría a poner en ridículo a la moral en vez de ensalzarla sobre todas las contingencias y de ahí deducía que, en ciertos casos, es lícito y hasta obligatorio mentir (3).

Pues bien, en la conferencia siguiente alguien refutó (o creyó refutar) la tesis del señor Salas, calificándola inmoral y descubriendo en ella toda suerte de herejías.

Mientras escuchaba yo esta refutación, saboreábame esperando la inevitable respuesta del señor Salas. ¡Qué hermoso «match» iba a presenciar! Pero no bien puso fin a su lectura el

---

(3) Para quitarle a esta proposición lo que tiene de chocante, algunos teólogos dicen que el *no* rotundo del amigo no ofende ninguna verdad, porque, en ese *no* categórico, se subentiende muy legítimamente la cláusula: *para ustedes*. Ese *no* significa: «no está para ustedes...» ¡Parece increíble que un filósofo de la talla de Kant haya puesto (y sin titubear) la sinceridad sobre el amor al prójimo, sobre la humanidad!... Encontrándose en el caso aludido, el mismo Kant, a pesar de su intransigencia, habría mentido; era hombre antes que filósofo...

refutador, cuando el presidente de la Conferencia declaró que, por orden del Prelado, no debía seguirse en esta discusión.

Semejante golpe de Estado y en asunto tan discutible, parecióme de una inaudita dureza. El señor Salas, con resignación de sabio y de santo, calló. Pero, pregunto yo, ¿no se quebró, esa noche, el resorte? ¿Qué vida intelectual, qué actividad externa puede esperarse de un hombre, a quien, en público, se le hace víctima de tan injusta humillación?

1.º y 8 de agosto de 1921.

## FERNANDO SANTIVAN

### «ANSIA» (\*)

Entre los muchos métodos que se ofrecen al crítico cuando le toca escribir acerca de una novela, hay dos, cada cual más tentador, que solicitan su preferencia.

¿Analizar detalladamente la novela y, por decirlo así, contarla de nuevo abreviándola?... Pero esto se asemeja mucho a una profanación. Es tratar la novela como el estudiante de cirugía trata al cadáver en la sala de disección, o como el médico legista a los restos humanos depositados en la Morgue. Cuchillo en manó y con el microscopio listo, el crítico anatomista describe el cadáver (es decir, la novela) miembro por miembro y página por página. Del conjunto de sus apuntes nace un artículo en el cual aparece tan desfigurada la infeliz novela que, como diría Cervantes, no la conociera ni la misma madre que la parió. Sistema muy cómodo para el crítico legista, pero muy desfavorable para la novela y el novelista.

---

(\*) Por Fernando Santiván.

Dos casos pueden, en efecto, presentarse: o el crítico acierta en su análisis de tal manera que, leído su compendio, puede darse por leída la obra analizada, o no acierta y da de ella la más pobre idea. En ambos casos el sistema es fatal y equivale a un «novelicidio...»

No: este es un crimen que no cometeré con el libro de F. Santiván y por tanto acudiré a otro método que consiste en compendiar, no los hechos de la novela, sino las enseñanzas o más exactamente las ideas incorporadas en los hechos.

En *Ansia* preséntasenos un joven cuya psicología complicada es digna de estudio.

De él dice el novelista: «La muerte de su madre, el abandono en que lo dejaba su padre y sobre todo esa vida de vagancia y de libertad en que su espíritu tenía tiempo de sobra para meditar y soñar contribuyeron a la formación de su cerebro más que muchas enseñanzas de escuela. Si fue en sentido favorable, es imposible decirlo (1)... De espalda sobre la arena de la playa, con la vista puesta en el azul de cielo arrullado por el ruido de las olas ¡cuántas veces no tendió los brazos hacia el infinito en busca de una caricia y cuántas veces no los volvió a cerrar sobre su pecho con la sensación aguda de una soledad irreparable, angustiado por un ansia de protección y de amor que tal vez no alcanzaría a saciar en la vida!... ¡Era un paria, un desterrado de la vida íntima!... En donde esperaba hallar el gesto cariñoso, la palabra protectora y familiar, la suave caricia del padre o del hermano encontraba la indiferencia dura el encastillamiento del egoísmo» (p. 66-67).

Podría esperarse que la educación de la escuela supliera las deficiencias del hogar, anulara los peligros de la orfandad. Pero el remedio, como vamos a verlo, fue peor que el mal.

---

(1) La lectura de la novela no permite dudas. Como lo veremos antes de terminar, en aquella educación está la clave de toda la tragedia de «Ansia».

En el colegio hallóse el joven tan paria como en la playa desierta. «En la soledad de los recreos, sin amigos, en quienes no encontraba el calor íntimo que anhelaba su alma, fue aficionándose por las narraciones novelescas que caían en sus manos. Lo leía todo, indiferentemente, novelas sentimentales, vidas de santos, narraciones de viajes, libros históricos... De ese modo conoció las obras de Dumas, Pérez Escrich, Zola, Daudet, Pereda, Julio Verne, Zorrilla, Espronceda, Schiller, Santa Teresa, Lope de Vega, Shakespeare... Se aguzó aún más su sensibilidad y su amor por la meditación y el ensueño, y como esta cualidad contribuía a alejarlo del común de las gentes, se hizo duro, altivo, desconfiado... Por otra parte, las lecturas de intriga criminal exaltaban sus instintos aventureros, el amor al peligro, a la caballería de capa y espada, a la violencia altisonante. Admiraba a Porthos y al vizconde de Bragelonne, a Rocambole y a Joaquín Murieta. Si en aquella época le hubiesen preguntado cuáles eran sus más secretas aspiraciones, hubiera respondido que desearía ser un bandido, al estilo de los de Schiller...» (p. 74).

Ahí tenemos al protagonista de esta novela: ahí están, por decirlo así, las premisas de este libro, o siquiera una de ellas. ¿Cuál será la conclusión?

Podría el problema de *Ansia* formularse del modo siguiente: Supongamos un joven cuya niñez y adolescencia haya carecido casi por entero del cariño de una madre, de la dirección de un padre y de la atención inteligente y afectuosa de un maestro. Lanzado a la vida real sin más arma que la voluntad de vivir y gozar, supongámosle colocado entre dos mujeres de las cuales una es el tipo de la «Donna Mobile» y la otra el del amor único y fiel hasta la muerte. ¿Qué sucederá? ¿Cuál de las dos atraerá las miradas del joven y le robará el corazón? ¿La que le ama o la que le desprecia? ¿La que es hermosa y buena, aunque sencilla, o la que no es ni buena ni hermosa, pero que se yergue como una esfinge a su lado?

Dado el temperamento y la formación del joven, es fuerza que la vencedora sea la «Donna Mobile».

El *Ansia* del joven es la aspiración que le impulsa imperativamente hacia la Esfinge.

En vano, «Ansioso» se desprende de ésta y, en una hora de cordura, se casa con la otra. Queda impresa en su alma la marca de fuego, el «Ansia» y casi diríamos el estigma de la primera. Pasa el tiempo sin borrarla y el cariño de una esposa admirable no logra curar la quemadura del deseo no saciado.

Pueden suponerse las tempestades porque atraviesa un matrimonio en tales circunstancias.

Por dicha para el joven protagonista y para la moral, casi iba a decir para la Justicia Inmanente, desaparece la tentadora después de pagar con una cruel enfermedad y con la muerte los vicios heredados y los pecados propios. Todo termina con el perdón otorgado a Ella y a El por la esposa ofendida, y empieza de nuevo la tarea diaria. Conviértese el «Ansia» en recuerdo y tal vez en fuente de experiencia y felicidad.

Todo el que lea el libro de F. Santiván con el objeto, no de deleitarse tan sólo con frases hermosas, sino también de sacar algún provecho intelectual de los hechos allí descriptos, llegará a las siguientes conclusiones:

1.º La juventud de hoy día, personificada en Roberto y Elsa, careciendo de los viejos ideales morales y de la educación, que hicieron la fuerza de las pasadas generaciones, puede tener «ansias», mas no voluntad. Esta última palabra debiera borrarse del diccionario y ceder el lugar ya inútilmente ocupado por ella a esa «Noluntad» de que habla el filósofo francés Renouvier, la cual es el *sinónimo* filosófico y moral del «ansia» pintada por F. Santiván.

«Noluntad», he ahí el estado psicológico de Ricardo, el protagonista de «Ansia»; de Boris, el músico padre de Elsa; he ahí el estado de Elsa misma, es decir, de la Esfinge. Sólo

Magdalena queda indemne de aquel mal moral, porque sólo ella ama y, por consiguiente, *quiere*.

Los otros tres son simples juguetes de sus pasiones y flotan sobre la corriente de los acontecimientos como insectos náufragos o ramillas llevadas por el viento al arroyo. Estamos aquí en pleno determinismo; pero en un determinismo creado por sus propias víctimas.

Estas (aludo a Ricardo y a Elsa), podrían disculparse con su herencia y educación que son poderosos factores de su desdicha; mas, de allí deduzco la enorme responsabilidad de los educadores contemporáneos tanto en el hogar como en la escuela, los cuales suelen cultivar la inteligencia más que la voluntad de los educandos y, cuidando exclusivamente de la primera, dejan atrofiarse y morir la segunda.

2.º La otra conclusión es más obvia, trivial, sin dejar por esto de ser una de las verdades más comúnmente ignoradas u olvidadas, y es que no hay dicha, sino «ansias», fuera del deber. Si la innumerable legión de los Robertos y las Elsas supieran interpretar la propia «ansia» y calificarla como merece, sería inútil recordar aquí que la verdad enunciada más arriba es, no sólo axioma de la moral y de la dicha, sino conclusión que se deduce lógica y prácticamente de toda vida semejante a la que llevan los Robertos y las Elsas.

Desde el punto de vista literario, «Ansia» es interesantísima novela, ya que demuestra la creciente maestría de F. Santiván.

Hace dos años tocóme apreciar su colección de cuentos, intitulada *Palpitaciones de Vida* y dije cuán prometedora era aquella obra.

Hoy «Ansia» confirma mis pronósticos en tal forma que no trepido en considerar a su autor como a uno de los mejores novelistas de la joven generación.

Al revés de otros para quienes el estilo es tanto más perfecto cuanto más complicado, Santiván alcanzó en el suyo una ele-

gante y vigorosa sencillez más elocuente mil veces que el neogongorismo y el efectismo de tantos ilusos.

Sus descripciones en particular son verdaderamente pintorescas y dejan rastro luminoso en la imaginación del lector.

Lástima es que la mejor de todas (el episodio del Salto) no pueda leerse en alta voz e íntegro ante el «gran Juez» de las novelas que, según Brunetiére, es la mujer. . .

Leyendo a Santiván oírresemepreguntar lo que muchas veces he preguntado leyendo a novelistas franceses: ¿qué objeto tiene el realismo de algunos cuadros y, en suma, cuál es su realidad?

En tierras civilizadas ciertos actos que Zola tenía especial deleite en pintar, no son *reales* si se los sitúa en lugares abiertos al público, alumbrados por el sol y protegidos por el Código Penal. Pintarlos así, no es realismo. . .

Y ¿qué utilidad tendrán aquellas pinturas, cuando sin ellas los grandes maestros (Dickens, por ejemplo, y todos los ingleses) han podido escribir obras inmortales? . . .

Entre los muchos pecados de la novela realista o naturalista, no es el menor el que resulta de la absoluta inutilidad de su naturalismo o realismo.

Y si esto digo, no se crea que sólo obedezco, al decirlo, a ideas preconcebidas o a dictámenes de índole no literaria.

Tengo la más profunda convicción de la inutilidad de aquellos pormenores que, según es fama, sólo encantan hoy en día a algunos jóvenes seniles y a unos cuantos ancianos anormales.

Para ser justo diré al terminar que el nombre de Zola, recordado a propósito de «Ansia», es mera asociación de ideas, lo cual no significa en mi intención que el libro de Santiván sea zolesco. No. Significa sólo que en dos o tres páginas de «Ansia» he hallado algunas líneas innecesariamente libres y cuya presencia es no sólo inútil sino positivamente nociva para la evidente belleza artística de este libro.

19 de octubre de 1919.

## «EL CRISOL» (\*)

Digna de celebrarse es la publicación de esta novela: no sólo por el progreso artístico que significa por parte del autor, sino también (y muy principalmente) porque interrumpe lo que, en el estilo jurídico, se llama una prescripción.

Desde *Cuesta Arriba*, hermoso himno a la Energía Chilena cantado por don Emilio Rodríguez Mendoza y a pesar de las novelas de análoga índole de los señores S. Palacios, Tancredo Pinochet y Rodríguez Gamboa, parecía haberse tornado en ley, para nuestros jóvenes escritores, la costumbre de dedicar sólo al amor sus novelas y cuentos.

Así como el suelo se cansa cuando el agricultor abusa de él, obligándolo en largos años sucesivos a dar una sola y misma cosecha, del mismo modo ha venido aquel tema agotándose poco a poco por uso inmoderado y exclusivo hasta quedar prácticamente estéril.

Por dicha, el señor Fernando Santiván ha advertido el peligro y, mudando de rumbo ha buscado y hallado campos nuevos.

Saliendo del ciclo de los «boudoirs», si así puede decirse, entra con esta novela en él de «La Casa de Hierro» o, hablando con mayor claridad, en el ciclo de la Energía, casi abandonado por nuestros novelistas.

El nombre del protagonista de «El Crisol» lo indica de tal suerte que no resisto a la tentación de ver en él a un hombre digno de que se le aplique el verso de Horacio: *Illi robur et aes triplex*.

Llámase Robles (en latín *Robur*) y como el primer marino cuyas hazañas celebra el poeta romano, lleva éste en torno del corazón un triple blindaje.

Bernabé Robles es un hijo de la Frontera: en sus venas corre

---

(\*) Novela por Fernando Santiván.

sangre araucana. Nació de un valiente gañán, convertido, a fuerza de inteligencia y labor, en hacendado, y de una mujer cuya juventud piadosa, pura y tranquila, transcurrió en las más humildes tareas del servicio doméstico.

Los progenitores de nuestro héroe pertenecieron en calidad de sirvientes a la «familia» del doctor Blume, médico alemán y dueño de terrenos en el sur de Chile.

Pero tal fue la laboriosidad del gañán, que pronto ascendió a mayordomo, llegando por fin, con sus ahorros, a comprarle a su patrón la propiedad que éste abandonara para ejercer su profesión en Santiago.

Sucesor del doctor Blume en la hacienda, supo, al mismo tiempo, conservar su amistad: éxito doble, pocas veces alcanzado.

Cumplióse en Bernabé la ley de la herencia: de un padre agudo, enérgico y constante, y de una madre amantísima, no podía nacer sino un hijo digno de ambos, tanto en agudez y energía como en nobleza y ternura.

«A los diez años comenzó a deletrear en la vecina escuela rural. Sus estudios avanzaron con lentitud, porque eran alternados con largas temporadas de holganza; sólo cuando cumplió los dieciocho pensaron los padres seriamente en su porvenir. La madre deseaba que el hijo fuese un caballero, que estudiase leyes; el padre, en cambio, pretendía que continuara el surco que él tan honrosamente había trazado, en ese mismo campo que los vio nacer y que tan bien sabía retribuir al que lo cultivaba con amor y perseverancia. Pero Bernabé deseaba otra cosa. Se había detenido muchas veces en el pueblo, delante de la fragua del colono Muller, bajo los emparrados; había soñado con seguir esa profesión de energía y de fuerza; quería manejar esos martillos grandes que caían sobre el hierro calentado al rojo, haciendo saltar en todas direcciones miles de estrellitas. Su padre no se opuso a la vocación del muchacho. Como había terminado sus estudios en la escuela del pueblo, lo llevó a Santiago

para internarlo en la Escuela de Artes. No le desagradaba que su hijo fuese obrero. Que se hiciera hombre, que aprendiese a ganarse la vida con su trabajo, y más tarde, si sabía portarse, no le faltaría como ayudarlo para que se estableciese con un buen taller» (p. 21).

Así empezó su vida de energía Bernabé Robles.

Cabría preguntar, desde luego, si el temprano odio a la ley del menor esfuerzo que se manifiesta en Bernabé es natural en un individuo de su raza y en un hijo de hacendado.

Porque, según lo advierte el autor, aquel joven aspirante a obrero es de sangre araucana casi pura, lo cual, si hemos de creer a los etnólogos, no significa vocación para el manejo habitual de «martillos grandes».

A esta objeción agregarán otros la que, dado el poco respeto con que suele mirarse al trabajo manual, nace de la frase citada más arriba: «No le desagradaba (al padre de Bernabé) que su hijo fuese obrero».

Por mi parte, veo el alcance de ambas objeciones en punto a verosimilitud, pero observaré que si, en esta novela aceptamos como natural el ascenso de un gañán a mayordomo y a hacendado, más aún a sucesor y a amigo de su mismo patrón (lo cual, preciso es confesarlo, no deja de ser raro en ésta y en todas las tierras), es lógico que de un hombre extraordinario nazca un hijo de temple peculiar y vocación excepcional.

Pero acompañemos a Bernabé en Santiago.

Alumno de la Escuela de Artes, vémosle expuesto a muchas tentaciones entre las cuales las más peligrosas son las que brotan en la Escuela misma.

No sé hasta qué punto sea copiado del natural el cuadro de aquella escuela, tan rico de vida y colorido.

Pero si tanto el director como los inspectores y alumnos que en él figuran son trasuntos de la realidad, sostengo que Bernabé, saliendo de aquel foco de anarquía con el cerebro en buen estado y el corazón puro, es un ser casi milagroso.

En medio del desorden creado por la falta de disciplina, crece en Bernabé el amor al orden y al trabajo; en contacto diario con soñadores para quienes «Kropotkin, Tolstoi, Gorki y la pléyade de escritores socialistas modernos» son los verdaderos, y, al parecer, los únicos maestros, no pierde la noción de las realidades sociales ni el sentido común.

¿Cómo explicaremos, pues, que, en ese mar deshecho, no pierda nuestro héroe el primer blindaje de su alma, es decir, la energía?

El apoderado de Bernabé en Santiago es el doctor Blume, quien le admite en su casa y le trata como amigo, de igual a igual.

Allí descubre el joven obrero a la hija del médico alemán la cual, recordando las horas felices que en su niñez pasara en la hacienda con Bernabé, acoge con afecto al compañero de sus juegos infantiles.

Este, aunque deslumbrado al principio por el lujo de la casa y humillado por el patente menosprecio con que le trata la aristocrática doña Juana María de Blume, vuelve domingo tras domingo a visitar a su apoderado.

Como la mariposa nocturna que revolotea en torno de la luz hasta quemarse las alas y caer rendida al pie del candelabro, así gira Bernabé alrededor de la casa porque allí, en Adriana, hija del doctor, tiene su luz.

El aspirante a mecánico se ha enamorado de la elegante joven cuya educación artística forma el más vivo contraste con el aparente prosaísmo del obrero.

Trátale Adriana con una noble familiaridad que pone a su madre, doña Juana María, fuera de sí.

Así como Bernabé es un ser excepcional, lo es también la hija del doctor Blume.

«Si fuese una señorita, dice ella a su padre, ¿cómo podría darme gusto en todas las cosas que me agradan? No podría considerarme amiga de Bernabé... No podría decirle a Paulina

Ventura que es una gallina clueca, ni pensar de Atilano Becerra (1) que su cabeza parece un cascabel muy grande. . . No podría leer a Pierre Loti y a Flaubert. . . No podría enbadurnar esas telas con todos los colores que se me ocurren, como tampoco me sería posible largarme por esas calles y esos campos en compañía de la miss y de mi perro Nick Carter. . . » (p. 36).

Como se ve, si no fuese por la miss, la señorita Adriana sería emancipadísima. Poca o ninguna tiranía ejercen en ella las costumbres tradicionales santiaguinas.

A pesar de ser su madre, en punto a ideas, una señora de corte antiguo, Adriana, con la complicidad de su padre, disfruta de libertad amplísima.

Aun en asuntos de religión, es toda una *dilettante*. «Había leído mucho en esta materia y había pensado más, concluyendo por formarse una religión especial, que tenía las exterioridades de la de Cristo, mucho del paganismo helénico y del deísmo complicado, misterioso y profundo de la religión de Buda. Su madre quedaba satisfecha con que asistiese a misa» (p. 688).

Con estos antecedentes a la vista comprendemos que tarde o temprano una joven tan libertada de todo prejuicio de raza, de ambiente y de época, se enamore de un obrero.

Así sucedió con Adriana. No contaré los pormenores de la crisis al fin de la cual aparece la hija del doctor Blume y de la aristocrática señora Juana María ligada con Bernabé por romántico y secreto noviazgo.

El hijo del ex mayordomo supera en éxito social a su mismo padre: éste adquiere la hacienda, aquél conquista a la hija de su patrón.

Tres fuentes de energía brotan en esta novela: la raza, el amor y la ambición, y a las tres debe Bernabé Robles sus dos primeros éxitos: un título profesional y el amor de Adriana.

Muchas son las peripecias de la novela y muchos también

---

(1) Ex Ministro de la Guerra, aspirante a novio de Adriana.

los personajes que figuran en ella, algunos de los cuales, en verdad, salen retratados con tal maestría que parecen de carne y hueso, vivos y reales.

Entre ellos el director y subdirector de la Escuela de Artes, el doctor Eggers (¡«Calomelanos y Purgante» siempre!), el discípulo Aninat, simpático Quijote, alma llena de nobles aspiraciones, ideas vagas y fórmulas huecas, el ex Ministro Becerra, «Homais» a la chilena, digno en todo de su predecesor normando, la familia de cigarreras de «las Tres Estrellas» y tantos otros tipos con quienes el lector tropezará a lo largo de este libro.

Aunque forme un todo completo, «El Crisol» se asemeja a esas casas en cuyas paredes externas el arquitecto ha hecho sobresalir de trecho en trecho algunas piedras que servirán para trabar con ellas las futuras casas vecinas que anuncian y piden.

Al final tenemos de novios a Bernabé y a Adriana, y, sin duda, en el próximo volumen, intervendrán, sin tardanza, el cura y el oficial civil.

Pero cavilando acerca de lo que nos reserva el porvenir de nuestros héroes, no sé a punto fijo qué acontecimientos pronosticar.

¿Se casarán? ¿Vencerá Bernabé los prejuicios todos que, infaliblemente, han de oponerse a tan desigual matrimonio?

¿Qué dirá el doctor cuando se le entere del noviazgo?

¿Qué rugidos no saldrán de las tremendas fauces de aquella leona que se llama la futura suegra doña Juana María?

Ignoro los proyectos del novelista, pero una cosa sé a ciencia cierta (y puedo anunciarla con la infalibilidad propia de un cálculo astronómico) y es que, si Bernabé ha de casarse con Adriana, ya en la mente del autor de «El Crisol» la aristocrática doña Juana María está condenada a muerte... Oportuna pulmonía o un ataque de apoplejía pondrá fin a sus aristocráticas ilusiones y a su inevitable oposición.

Lo cual, después de todo, será para ella, su yerno y su hija (sin contarnos a nosotros, los lectores) una celestial bendición.

De todos modos, sea cual fuere la suerte de los protagonistas de la novela, ésta, si no me engaño, será inspiradora de ambición y energía.

Como cierto personaje de Tirso de Molina, podrá, sin vanagloria, decirnos Bernabé Robles:

*que si tan pobre nació  
como el hado me crió,  
cuanto más me hiciere yo,  
más vendré a deberme a mí.*

¡Excelente lección para muchos que prefieren deberlo todo a sus padres o al Fisco!

Este ciclo, como todos los ciclos novelescos en que figuran ingenieros de humilde origen social tiene, para el novelista, ciertos escollos (ahí están, por ejemplo, Jorge Ohnet para demostrarlo, y con él los muchos autores que describen el ascenso del «joven pobre»). Pero F. Santiván sabrá evitarlos o vencerlos.

14 de julio de 1913.

#### «LA HECHIZADA» (\*)

¿Por qué no confesarlo? Cuando a mediados de este año se notificó al «mundo» literario chileno la fundación del cenáculo de «Los Diez», la X, que simbolizó a esta sociedad desde el principio, hizo brotar en mi mente muchas dudas y preguntas.

¿Qué podía yo esperar de una escuela cuyos «maitres a penser», cuyos profesores de estética habían de ser el señor Ernesto A. Guzmán, autor del *Arbol Ilusionado*; el señor Alberto Ried, autor del *Hombre que anda*, y el señor Pedro Prado, autor de *Los Diez*?

Se me objetaba que, al lado de aquellos poetas decadentes, figuraban en las listas de ediciones de «Los Diez», los señores

(\*) Novela por Fernando Santiván.

Magallanes Moure y Víctor Domingo Silva, en cuyos versos luminosos no hay tinieblas, logorrea ni delicuescencia decadentista.

A este argumento agregábase otro sacado de la presencia de R. Maluenda, en aquellas listas, y se me decía que R. Maluenda, V. D. Silva y Magallanes Moure bastan y sobran para neutralizar todos los ácidos decadentistas en el cenáculo de «Los Diez».

Con todo, no se disipaban mis dudas: ¿Quién sabe, preguntaba yo, si, al fin y a la postre, estos tres escritores no han profesado de voto solemne en la orden decadentista?

Cuando leí *Venidos a menos*, empecé a criar confianza. Viendo que no hay influjo alguno de la estética de «Los Diez» en la última obra del señor Maluenda, pensé que quizás se podía profesar en la nueva orden sin hacer votos de obediencia...

Hoy, después de leer el libro del señor Santiván sé a qué atenerme. «Los Diez» son, en verdad, una copia chilenezada de la abadía de Telema, soñada y descrita por Rabelais, cuyo lema, grabado en la puerta conventual, decía *Fais ce que voudras*.

«Los Diez» hacen lo que quieren y por los dos libros ya publicados se echa de ver que lo hacen bien.

Tarde llego yo para hablar de la obra de Santiván. Por los varios artículos encomiásticos que sobre ella se han publicado, es fácil ver que *La Hechizada* es una *hechicera*...

¿Cuál no será la «virtud» que emana de ella cuando yo, con todo mi escepticismo profesional a cuestas, me confieso pura y simplemente hechizado?

Hechizado llamo al que, leyendo las primeras páginas de una novela, es de tal manera domeñado y aprisionado por ella que no puede dejarla hasta no leer su última línea.

Hechizado llamo al que, después de leer una novela, queda, por decirlo así, con la imaginación saturada de ella y, a pesar de los quehaceres que podrían y aun deberían interrumpir su contemplación, sigue por horas y días viendo los paisajes, las escenas y los tipos descritos en ella.

Baltasar y Humilde, la tía de aquél y los padres de ésta, Saúl el bandido que hechiza a Humilde, son personajes inolvidables. No sólo sé que existen en la novela, sino que los veo y oigo, como si hubiese vivido al lado de ellos en «Las Pataguas» y «Los Quillayes». ¿De cuántos personajes de novela chilena podría yo decir otro tanto?

A esto agréguese que el corazón se hace cómplice de la imaginación y de la memoria. ¿Quién no sufre al ver a la pobre Humilde caer hechizada en brazos del bandido?

¿Quién no quisiera con todo el alma verla dar su corazón al hermoso y valiente joven que ambiciona hacer de esa campesina mal barnizada una señora? Una lágrima (seamos francos) cae al fin sobre tanta ceguera. . .

Entonces, preguntará alguien, ¿es *La Hechizada* una obra maestra, como vienen pregonándolo sus admiradores?

Contesto: ¿Por qué no? Todo es relativo en este mundo. El idilio de *La Hechizada* no sería obra maestra (o sería muy pequeña su maestría), si lo comparásemos con *Hermann y Dorotea*, de Goethe, o con *Pablo y Virginia*, de B. de Saint-Pierre.

En semejante caso, «comparación no es razón», como dice el proverbio.

Con quien sería justo y provechoso compararla, sería con las novelas chilenas de este año y de los años inmediatamente anteriores. Entre éstas, ¿cuántas habrá que, puestas al lado de *La Hechizada*, tengan aspecto de obras maestras?

Pero dejémonos de tropicalismos. La expresión «obra maestra» (con o sin salvedad, con o sin adjetivo) no debe prodigarse.

Seremos justos y razonables si por ahora nos contentamos con decir que *La Hechizada* (cuya «chilenidad» consiste no sólo en haber sido escrita en Chile por un chileno, sino también (y sobre todo) en reflejar fielmente vidas, sentimientos y paisajes chilenos) es una obra hermosísima. Cuanto al título de «obra maestra», dejemos que el Tiempo, constructor, consagrador y

destructor de tantas famas, se lo confiera. En diez años más si aún estamos vivos, volveremos a hablar de ello...

Por ahora, después de felicitar al señor Santiván, a la vez por su novela enteramente libre de decadentismo y por el unánime aprecio con que ésta ha sido recibida en Santiago, desempeñaré el papel del esclavo que en Roma tenía por encargo recordarle al triunfador su humilde condición humana.

Le diré que en su novela hay un personaje cuya verosimilitud es discutible. Hablo de Tía Lola. No me conformo con el estilo de aquella bondadosa señora. Tía Lola se nos presenta con todo el aspecto de una de esas aristocráticas solteronas que viven leyendo la «Imitación de Cristo», rezando el rosario, colmando de golosinas y consejos a toda su parentela y en especial a sus sobrinos, derramando limosnas en torno suyo y, por lo demás, «pensando» lo menos posible y viviendo fuera de la corriente intelectual de este siglo. Pues bien, Tía Lola no habla en conformidad con su tipo. Prueba: el razonamiento con que procura desengañar al enamorado Baltasar. Entre otras cosas, poco verosímiles puestas en su boca, hay esta frase: «Mira, hijo... Las leyes del destino, las leyes dictadas por los hábitos a través de muchas generaciones, no se pueden quebrantar impunemente» (pág. 106). Hay mucha ciencia, mejor diré, mucho «cientismo», y hasta un si es no es de pedantería, en esa frase... Las tías Lola no hablan así, o si tal hablan es sólo en virtud de una evolución que las convierte en *Bas-bleus* (¡pobrecitas!), lo cual, en Chile, es demasiado moderno para la tía Lola de Baltasar (1).

(1) Para regocijo de los franceses (y de muchos chilenos) que me leen, copio aquí una estrofa de H. Hertz (1912) que trata del atavismo, aunque no como tía Lola:

—*Mais écoute la voix héréditaire  
Qui t'attache à cette terre,  
    Tes aieux  
Dont tu as les yeux,  
    Tes aieules  
Dont tu as...*  
—*La gueule! la gueule!*

Desde el punto de vista del estilo, *La Hechizada*, aunque rica en páginas dignas de figurar en una antología (ejemplo: el retrato de don Pancho, p. 34; el almuerzo, p. 62-63; el potrillo, p. 86-87, y, sobre todo, la «topeadura», p. 98 y sig.), abunda en imperfecciones que revelan falta de cuidado, improvisación y hasta desconocimiento del idioma.

Ejemplos: *voz estropajosa* en vez de *lengua estropajosa* (pág. 16); *forma elíptica* en vez de *interrogativa* o *evasiva* (p. 22); *esquivez* significa *despego*, *aspereza*, *desdén* y, en consecuencia, no conviene al caso contemplado en la pág. 23; un *páramo desierto* (p. 46) ¿qué otra cosa puede ser, cuando ser desierto es propiedad de los páramos?; *endija* en vez de *rendija* (p. 60); *máxime más* (p. 105), etc., etc.

Neologismos inútiles: *pesage* (p. 47); *seno* (por pechos, p. 68), *ancestral* (p. 89).

Finalmente, ¿a qué fenómeno observable y observado corresponde el vocablo *crepitación* en la siguiente frase?: «Una embriaguez de salud le hace concebir la vida en ese momento como una enorme *crepitación* en que se confunden los sonidos con los perfumes, y éstos con la visión deslumbrante del cielo cruzado de pedrerías y saetas de oro!» (p. 42).

¿Qué *crepitación* es ésa? *Crepitación* es el ruido de una cosa que chisporrotea como la sal arrojada en el fuego o la leña que arde. ¿Quién, lejos del fuego, oyó ese ruido en la naturaleza? Y ¿quién es capaz de analizar fenómeno tan complicado en que sonidos, perfumes y rayos de sol se confunden en chisporroteo?

Esto, para mí, se resuelve en palabras sonoras, no más. La asociación de perfumes y sonidos evoca en mi mente el recuerdo del Dios *Crepitus* mencionado por no sé qué poeta latino y por Anatole France, *Intelligenti pauca*...

De todo lo dicho hasta aquí se infiere que el autor de *La Hechizada* no ha cumplido con el precepto de Boileau:

*Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage;  
Polissez le sans cesse et le repolissez.*

Es lástima, sobre todo, si se toma en cuenta que una sola revisión de *La Hechizada* habría bastado para dejarla pulida y repulida, al gusto de Boileau, y para ponerla fuera del alcance de los reparones y demás «reprochadores de voquibles».

11 de diciembre de 1916.

### «EN LA MONTAÑA» (\*)

En crítica literaria, así como en historia, la cronología desempeña el papel de la espina dorsal o, mejor aún, del esqueleto en el cuerpo de los vertebrados.

Sin ella, no cabe dar solidez a un estudio de crítica. ¿Puede, por ventura, estudiarse el desarrollo intelectual y artístico de un autor, si, ante todo, no se procura fechar con exactitud las diversas partes de que consta su obra total o su última publicación?

Aplicando estos principios al novísimo libro de Santiván, descubrimos desde luego que allí vienen representados nueve años de actividad literaria.

La disposición tipográfica del libro es curiosa. Parece que el autor, al asignar colocación a cada uno de los diversos elementos de su obra ha seguido la regla evangélica «Los primeros serán postreros, y los postreros, primeros...»

Así «Convalecencia» (que es de 1908) ocupa el último sitio del libro, mientras «El Mirar de las Estrellas» (1917) ocupa el primero (1).

(\*) Por Fernando Santiván.

(1) Para los bibliógrafos conviene copiar aquí (añadiendo fechas), el índice de *En la Montaña*. Consta de nueve cuentos: 1. El Mirar de las Estrellas, 1917; 2. Aves viajeras, 1911; 3. En la Montaña (sin fecha). ¿Por qué?; 4. Los que triunfan (sin fecha); 5. Mi perro negro, 1908; 6. La eterna sed, 1909; 7. El cojo, 1909; 8. Rayo de sol, 1912, y 9. Convalecencia, 1908.

Hecha esta distribución de lugares y asignadas las respectivas fechas, podría un crítico emprender un estudio comparativo de las diversas obras y averiguar con precisión si, por ejemplo, *El Mirar de las Estrellas* constituye un progreso con relación a las obras que lo precedieron.

Desgraciadamente un estudio de este género es imposible en el presente caso.

El señor Santiván ha dejado sin fecha dos de sus cuentos: *En la Montaña* y *Los que triunfan*, y acontece, precisamente, que la primera de aquellas composiciones no fechadas da al libro su título y es, al menos en mi opinión, la más digna de Santiván la mejor expresión de su talento.

No creo que Santiván haya nacido para cantor de Idilios. Todo lo que he leído de él hasta la fecha revela en su autor una decidida vocación para pintar escenas en que la naturaleza y el hombre ostentan todo su vigor.

Prueba de ello: los tres personajes femeninos de este libro: la señora Ana de Krause, Paulina y la señorita Hortensia.

¿Qué son ellas, comparadas con el tío Sebastián?

De las tres la que se nos presenta más vigorosamente dibujada, y más lógica, es Paulina, la rubia hija del molinero alemán Kurt. En ella abunda la vida, porque, desde el principio hasta el fin, habla, trabaja, ama, sufre y se casa humildemente, combinando en lo posible el ideal con lo real, como suelen hacerle las mujeres de su condición y de su raza. En cambio, parece difícilmente creíble que un dechado de virtudes y aristocrática belleza como es la señora Ana, se familiarice tan luego y tan a fondo con un empleadito desconocido.

«Todo puede ser», decía Sancho, pero no creo que una niña como la señorita Hortensia (una niña honrada y resuelta a no flaquear) acepte emplearse en la hacienda de un viejo aunque verde sátiro como es el tío Sebastián y viva, sin protección alguna, en la misma casa que ese señor feudal para quien nada hay sagrado en este mundo...

Este, sí, vive plenamente, brutalmente, épicamente.

La escena final de «En la Montaña» es una hermosa muestra del talento vigoroso de Santiván.

Hortensia recién sale de la hacienda huyendo del sátiro.

El viejo, con un látigo en la mano y jinete en brioso caballo, sale a todo escape a detenerla.

«La voz robusta de un mocetón grita como un adulto o como una mofa para el perseguidor:

«—¡Allá va, allá vaaa!... ¡allá va ese peuco!...

«Pocos momentos después aparece don Sebastián en el fondo del barranco y penetra resuelto en el puente. Pero el caballo se niega a dar paso sobre los sueltos tablones. El caballero levanta el látigo y castiga al animal con un fuerte golpe en la cabeza. El potro se encabrita, soberbio, hermoso en su cólera.

«—¡Está perdido!... dice alguien a mi lado. ¡Lo va a botar al agua!...

«Un grito de horror que se levanta de abajo y gentes que corren en dirección al puente confirman este fatal pronóstico.

«Y luego aparece, a lo lejos, en medio de la corriente, un bulto que sale a la superficie y se vuelve a sumergir, chapoteando en el agua con brazadas de desesperación. Una mano crispada se yergue un momento sobre la superficie y brilla un látigo al sol.

«Es el patrón que amenaza...

«Pero luego se hunde el brazo en el agua, y se me figura ver una enorme mueca de rabia, de maldición, que amenaza desde el fondo del río.

«Luego nada... Un silencio trágico...» (p. 130-131).

Interrumpamos ese silencio para decir que el tío Sebastián está muy bien en el fondo del río con su látigo, su lujuria y su brutalidad.

Cuanto a Hortensia, la miro, con Santiván, desde los corredores de la casa. Desciende la pendiente del barranco. Se pierde luego detrás de un macizo de robles corpulentos. Aparece des-

pués en el camino que serpentea en la quebrada hasta llegar al río y luego comienza a cruzar el puente. «¡Cuidado, señorita Hortensia; cuidado con las tablas sueltas! ¡Porque abajo rugen las aguas y el que caiga no volverá a salir!...»

Confieso que a pesar de no creer mucho en esa Hortensia inverosímil pasé un mal rato mientras la pobrecita cruzaba el puente de tablas movedizas...

Se libró por fin... Y con esto arraigóse un poco más en mi corazón la creencia en la Eterna Justicia...

### «ROBLES, BLUME Y CÍA» (\*)

Para el lector de novelas nada es más grato que tropezar, en una nueva obra, con personajes con quienes intimó en otra. Esto, bien lo saben los lectores de Balzac y también los de Conan Doyle. Renuévanse entonces las amistades, un mundo de dudas y curiosidades que surgieron de la primera novela se resuelven y satisfacen en la segunda.

Así les sucederá a aquellos que, como yo, leyeron en 1913 «El Crisol» y celebraron la inteligencia la energía y el empuje de Bernabé Robles.

Bernabé terminaba sus estudios en la Escuela de Artes y Oficios. Bastaba mirarlo para saber que, a pesar de la humildad de su origen, llegaría a ser «alguien» y subiría hasta la cumbre. En ese semiaraucano juntábanse con la inteligencia y la testarudez, las fuerzas que vencen todos los obstáculos: un grande amor y un buen capital.

La presencia de este último nos permitía augurarle a Bernabé el doble triunfo que ambicionaba: el de ser un Stinnes a la chilena y el de casarse con la hija de su «Patrón», el Doctor Blume.

---

(\*) Novela por Fernando Santiván.

El padre de Bernabé, ex peón y ex mayordomo del doctor, había prosperado en tal grado que la propiedad de su patrón había pasado a ser suya. Lo que faltaba era que la hija del doctor siguiera el mismo camino que su hacienda, es decir, que así como ésta, Adriana también llegara a ser «de Robles».

Pero había un... pero, el cual estaba encarnado en doña Juana María, madre de Adriana y señora que, en materia de abolengos, era la intransigencia misma. Para ella nada más absurdo y escandaloso que la sencilla amistad con que Adriana acogía a Bernabé. Nunca permitiría que su sangre azul se mezclase con la de un Robles, de un ex peón, del hijo de su lavandera, de un araucano. ¡Eso. no!

De ahí auguré complicaciones para todos los interesados, principalmente para la futura suegra. Si mal no recuerdo profeticé que F. Santiván, resuelto a casar a Bernabé con Adriana, se vería obligado a administrarle a doña Juana María uno de esos remedios eficaces que los novelistas suelen emplear en casos como éste: un mal café o una pulmonía doble. Doña Juana María no podía vivir largo tiempo. Ninguna compañía de seguros le habría extendido póliza. Tenía que morir en el tomo II.

F. Santiván —por espíritu de contradicción, sin duda— ha dejado en mal predicamento al profeta. Han pasado diez años: todo lo que yo divisara en lontananza se ha cumplido: Bernabé Robles ayudado por su padre y por el doctor Blume ha fundado la ingente fábrica de *Robles Blume y Compañía*; es un magnate industrial; Adriana le ama, pero doña Juana María... vive. Esos diez años, que habrían hecho de un buen vino un néctar, han acidificado aún más el vinagre de la anciana señora. Vive ésta y su intransigencia es más tiesa que las barras de fierro que Robles Blume y Cía. elaboran. De ella como de una nube negra saldrá el rayo que fulminará al joven triunfador y, de rebote, al profeta.

Pero de nada serviría el rayo si Adriana no fuese una de esas

niñas que, para valerme de un eufemismo francés, «tienen un pasado»...

Bernabé Robles es un superhombre, sin duda alguna, pero a su superhombría fáltale la malicia.

Ama a Adriana; Adriana le ama. La conjugación del verbo «amar» no tiene para él sino un modo: el indicativo, y dos tiempos: el presente y el futuro.

Para Adriana, tiene un pasado. De cuando en cuando la enamorada niña lo recuerda vagamente, en frases enigmáticas que no logran penetrar en el cerebro ni en el corazón de Robles. Este superhombre lleva en los ojos la clásica venda... Fáltale esa curiosidad celosa que hace de todo enamorado un historiador insaciable.

En vano Adriana repite sus humildes profesiones de indignidad. Bernabé, hijo de un ex peón, sabe en «el fondo del fondo de su alma» que el indigno es él. No se le ocurre clavar de una vez su mirada en los ojos de Adriana y preguntarle: ¿Qué hubo?

Corren los años. Al fin es menester tomar una decisión: casarse o liquidar.

Bernabé pide oficialmente a Adriana en matrimonio: estalla la crisis. El doctor Blume está entre la espada y la pared y opta por la espada, es decir, está listo para complacer a su hija. Pero la pared no cede: doña Juana María permanece en la postura del peñasco, «immobile saxum assidet»...

Interviene aquí (a solicitud, sin duda, de doña Juana María) cierto padre Alamiro quien, recordando a Adriana su desliz con un famoso pintor, la amenaza con revelárselo a Robles.

Dicho y hecho. El padre Alamiro visita al superhombre en su fábrica y poco a poco le quita la venda.

¡Pobre Robles! Pero ¡cuán antipática es, a juicio mío, esa niña que ha tardado diez años en aclarar este asunto y que, en el último trance, se deja ganar el quien vive por el intrigante sacerdote! ¡Pobre Robles!

Hay que leer en la novela el desenlace de la tragedia. Un

momento temí que Robles confirmara su derrota pasando la esponja sobre la negra pizarra. Pero no. Después de una breve lucha sobrepónese a sí mismo y se desprende, no sólo de Adriana sino también de su fábrica. Aunque vencido por el pasado, resulta Robles vencedor; el porvenir le pertenece; es un hombre libre.

En esta novela desarróllase paralelamente a la tragedia un experimento sociológico en que abundan las inverosimilitudes.

Robles, en cuanto patrón, procura ser justo y aun bondadoso con sus obreros, pero no se hace la menor ilusión acerca de las almas que se esfuerza en transformar. Sabe que, a pesar de todo, los obreros se creerán siempre explotados. Conoce a fondo todos sus defectos. Esto no impide que una vez desengañado de Adriana, les entregue todos sus bienes y de proletario los convierta en capitalistas.

Pero el buen sentido no le abandona del todo. A esos flamantes capitalistas da Robles un tutor: serán menores de edad.

Yo admiro que los operarios de Robles, Blume y Cía. acepten con entusiasmo una solución como esta, una verdadera «*de-minutio capitis*», muy poco en armonía con las teorías y aspiraciones socialistas.

Aparecen de un modo episódico algunos tipos curiosos copiados del natural como, por ejemplo, Contreras, renovador de la pintura, un «raté» de tomo y lomo, y Aninat, fundador de un círculo tolstoyano que sin duda ha existido. Algún día —esperémoslo— F. Santiván completará ese cuadro. Aninat resulta tan digno como Robles de que se le consagre un volumen y éste, nadie mejor que F. Santiván puede escribirlo. Ahí figurarán los jóvenes que, ahora quince años, se hartaban de novelas rusas, del ibsenismo y tolstoísmo, y de todos los sofismas que han bolcheviquizado a Rusia. En Chile, felizmente, todo aquello paró en literatura: no permitían otro éxito la tierra ni la raza.

Esta nueva novela si llega a escribirse, abundará como «Robles, Blume y Cía» en observaciones agudas y minuciosas, a

menudo irónicas y de cuando en cuando amargas. En ella no volveremos a ver a doña Juana María ni al padre Alamiro: ¡qué alivio! Locos habrá, sin duda, mas no malvados.

8 de octubre de 1928.

## VICTOR DOMINGO SILVA

### «GOLONDRINA DE INVIERNO» (\*)

El crítico y novelista inglés Crawford, en su libro intitulado *The Novel.—What it is?* examina el siguiente problema: «¿En qué consiste el ideal de la novela? ¿Será conforme al Ideal la novela realizada, es decir, la que reproduce fiel y «realísticamente» la verdad de la vida o bastará que sea realizable, esto es, que los personajes y escenas imaginados por el novelista puedan traducirse en seres y hechos reales?»

«Hame parecido siempre —contesta Crawford— que la Novela Perfecta ha de existir por allí en estado de Idea Platónica, esperando que el primer hombre de genio que pase cerca de ella la vierta en el papel en un raptó de inspiración».

Y añade: «Para ser ideal será ella pura y suave; poseerá una magia que fascine y un interés que mantenga despierta desde el principio hasta el fin la curiosidad del lector; será el amor su tema principal; su realismo será real; el elemento novelesco — «its romance», dice Crawford— que hay en ella habrá de ser verdaderamente humano y su religión será de tal amplitud que contenga en sí todas las religiones dignas de respeto».

Al citar estas líneas con ocasión de la obra de Víctor D. Silva no me propongo humillar a ésta aplicándole el metro de Crawford.

(\*) Novela por Víctor Domingo Silva.

¿Qué novela, en efecto, por célebre que sea y por muy maestro que llamemos a su autor, realiza plenamente este ideal?

Por mi parte en todas las que he leído (y por desdicha, no son pocas) siempre he descubierto ora la ausencia de alguno de los elementos constitutivos exigidos por Crawford, ora cierta imperfección en ellos.

Pero sin aquellos elementos, sin su combinación más o menos perfecta, nunca hubo novela digna de este nombre.

*Golondrina de Invierno* posee, desde luego, el primero, o sea, la pureza y suavidad exigida por el crítico.

Víctor D. Silva ha sabido independizarse, no sólo del pornografismo en que caen tantos «trigófilos» de menor cuantía, sino también de la tendencia sensual a que sucumben, casi sin sentirlo, los más de los novelistas contemporáneos.

En esto el autor de *Golondrina de Invierno* ha dado prueba de libertad de espíritu y de clarividencia.

El éxito de su novela («pura y suave» a la inglesa) ha demostrado una vez más que «la honradez es la mejor de las políticas», aun en asuntos literarios (1).

El segundo elemento (o sea, la magia e interés) se une hermosamente con el primero. José Antonio y su hermana Anita se ganan el corazón del lector, y éste, desde el primer capítulo se vuelve cómplice de ellos, dudando con el uno, esperando con la otra, sufriendo con ambos, celebrando al fin la vuelta de la Golondrina y pidiendo que la dicha de Ana, aunque postergada, se convierta algún día en realidad.

El tranquilo paisaje de verano que sirve de escenario a aquellos puros amores es digno de ellos. El primer encuentro de José Antonio con su «Golondrina», y de Anita con Félix, el almuerzo campesino, la trilla, la vuelta de aquellas parejas al atardecer, son de una suavidad encantadora.

V. D. Silva sabe describir sin cansarnos con inútiles menu-

---

(1) La honestidad es, en literatura, sinónimo de honradez.

dencias. Nada de «inventarios» inacabables; un par de pinceladas le bastan para despertar la imaginación del lector y ponerla en acción. Véase, si no, la sugestiva sobriedad del siguiente cuadro: «Caía la tarde mansamente. Alargábase el crepúsculo en una cantinela de follajes y de aguas que parecía acordada al lento descender, al lánguido desvanecerse de la luz. Hacia el oriente diluía en tonos rosas y violetas una vasta pincelada de acuarela, que copiaba en su espejo inalterable el remanso de la aguada, haciendo vivir en su fondo cristalino todo el paisaje, más bello aún en aquella reproducción prodigiosa. La primera estrella despertó en el celeste vacío, pura como una promesa o como una esperanza» (p. 30).

Y no se crea que todo sea dulzura en este libro ni que el novelista se haya especializado en cuadros de suavidad idílica.

Hay por allí una espléndida escena de caza (p. 72) que podría intitularse «La Muerte de la Leona» y cuya pintoresca energía nada deja que desear. Pero el cuadro más impresionante del libro es, sin duda alguna, el de la tempestad y del estero desbordado que «echa sobre el valle su carga de millones de metros cúbicos de agua con una violencia de veinte cataratas» (p. 85-86).

Siento no poder reproducirlo aquí. Bastaría por sí solo para demostrar que la suavidad y la fuerza saben hermanarse en esta obra.

Del tercer elemento (o sea, del amor) nada diré, pues en *Golondrina de Invierno* el amor es, no sólo el tema principal, como pide Crawford, sino el único. Esta novela es la historia de dos amores, de los cuales uno (el de José Antonio y Graciela) llega, después de dolorosas peripecias, a feliz término, y el otro (el de Ana con Félix) queda en supuesto, envuelto en dudas y sufrimientos.

«Su realismo ha de ser real, dice el crítico inglés; es menester que su elemento novelesco sea verdaderamente humano». Esta es la cuarta condición de la novela ideal.

En este punto debo confesar algunas dudas.

Graciela se enamora de José Antonio. «Amores de verano», dice el padre de aquella encantadora joven. ¡Y a fe que tiene razón el solemne senador!... ¿Es «humano» que una niña dedique los meses del verano a volver loco a un joven y que, una vez en Santiago, doble la página para dedicar toda su atención a un vizconde de Arno?

Se me dirá que si esto no es humano, es siquiera muy «femenino», pero lo que no comprendo es la perseverancia de José Antonio después de las crueles escenas de las páginas 51 y siguientes.

Menospreciado en Santiago (y en forma tanto más hiriente cuanto más tranquila), regresa a su hacienda y allí, en vez de extirpar de su memoria y corazón el más mínimo recuerdo de la coqueta «diplomatófila», sigue adorándola en secreto y rindiéndole un culto vergonzante.

Pero, aceptemos esto: puede que sea «humano» en el sentido amplio que el autor inglés da a aquel vocablo. Lo que no lo es (al menos en mi concepto) es el «replatrage», el remiendo que, al año y después de deshechos en humo los diplomáticos amores de Graciela, une en legítimo matrimonio a esta «golondrina» con el menospreciado José Antonio.

No soy profeta; pero no puedo resistir a la tentación de anunciar tempestades.

Por culpa de Graciela, carece de base firme esta unión.

Nuestra *Golondrina*, ¿no será ave... de paso?...

Pero, si por ahora el amor de José Antonio es «fuerte como la muerte», conviene recordar que, según lo demuestra la historia de muchas uniones, «duro es, en cambio, como el sepulcro el celo: sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama». He ahí el porvenir de semejantes matrimonios; llamas y... cenizas.

Pero demos que ando erracio.

Al fin y a la postre no hay regla sin excepción.

Lo que debo confesar es que, a pesar de mis dudas, he compartido las penas de aquel joven. Este el triunfo de los novelis-

tas: nos obligan a veces a aceptar no sólo con simple condescendencia, sino con entusiasmo, combinaciones de hechos y sentimientos contra los cuales protesta nuestra razón. Esa es la magia de que habla Crawford y, a la verdad, existe y obra en *Golondrina de Invierno*.

En esta novela el elemento «religioso» (2) se reduce, en las conversaciones de Félix, y sólo en ellas, a lo que los novelistas rusos llaman «la religión del sufrimiento humano».

Hay, por cierto, algo que huele a declamación y casi a «pose» en el socialismo de aquel estudiante de medicina.

Veranea en una hacienda cuyos dueños tienen cara de gente humanísima. Se enamora de una «hacendada» que es la bondad misma. Los inquilinos, en aquellos contornos, parecen felices y, con todo esto, Félix, empapado en teorías socialistas y anarquistas, se vuelve melancólico. La pobreza, más aún, la miseria de los campesinos (miseria y pobreza que no se ven en esas haciendas) es, para nuestro joven reformador, tema de incesantes comentarios...

Bien sé que el amor al prójimo y particularmente al pobre, es la religión misma realizada. Así lo enseña el Evangelio.

Pero Félix no imita al Maestro, el cual, según lo refiere la Biblia y lo exige la razón, «comenzó a hacer y en seguida enseñó».

Félix, como es natural en un estudiante, invierte el orden de los factores, sin por esto dejar de decir, entre muchas exageraciones, alguna verdad.

En conclusión, esta novela, cumpliendo en grado no pequeño con lo exigido por Crawford, honra a su autor y a la literatura de este país.

Y ya que abundan en Chile los novelistas incipientes (algunos de los cuales son, por desgracia, un tanto insipientes), me

---

(2) Adviértase que, en la frase de Crawford, la palabra «religión» tiene un significado extremadamente vago y amplio.

permiso darles *Golondrina de Invierno* por modelo, no sólo para elección de temas e ideales, sino también para el manejo del idioma.

En ella no hay tropicalismo, todo es puro, sencillo, correcto y elegante. Será acogida con honra en los hogares más delicados. Es, en una palabra, eminentemente legible. ¿De cuántas novelas chilenas puede decirse otro tanto?

30 de diciembre de 1912.

## LAS MEJORES POESIAS DE VICTOR DOMINGO SILVA

El crítico que no es mero diletante, el crítico serio es un naturalista de las letras que, a imitación de los naturalistas propiamente dichos, estudia el conjunto y la importancia relativa de los caracteres de un autor para descubrir el sitio exacto que debe asignársele en la clasificación literaria. Criticar es, pues, clasificar o, según enseñan los maestros de lógica, es distribuir los individuos en un orden jerárquico por especies, géneros, órdenes, clases, etc., etc.

Aplicando estas definiciones a Víctor Domingo Silva, ¿qué lugar le asignaremos en el orden jerárquico de los poetas chilenos? ¿En qué especie, en qué género le colocaremos?

Desde luego conviene apuntar uno de sus caracteres más visibles y, por decirlo así, más palpables: Víctor Domingo Silva, poeta lírico, es inteligible.

¿Inteligible? ¿No lo son todos nuestros poetas? ¿No escriben, por ventura, en castellano?

Estas preguntas, sólo puede hacerlas quien no lee literatura poética chilena. Hoy por hoy la «inteligibilidad» (si se me permite emplear este largo vocablo) es privilegio de unos pocos. Los más escriben sus versos en jerga esotérica. Como esos sacerdotes egipcios que, para conservar para sí y para sus cofrades la

propiedad exclusiva de sus secretos, inventaron una escritura especial, la «hierática», nuestros poetas han creado un idioma que nadie, fuera de los afiliados a las capillas o logias ultramodernistas, saben interpretar. Es idioma peculiar, exclusivo, personal, comunicable. No hay Champollion que lo entienda...

No así el de V. D. Silva. Su escritura no es jeroglífica ni hierática. Es demótica. Todo hombre inteligente, hasta el mismo Demos, es decir, hasta el pueblo, puede leerla. En su libro no hay enigmas y así su obra no disuena, si la comparamos con la de los antiguos y de los más insignes entre los modernos. Homero fue el poeta de *todos* los griegos, y no simplemente de un puñado de intelectuales encerrados en una torre de marfil.

Pero, además de la claridad que ilumina las obras de V. D. Silva, brota de éstas un inagotable manantial de humana simpatía.

El «yo», el aborrecible yo, no es allí omnipotente ni avasallador como en tantas obras poéticas, verdaderos templos «egolátricos» en que el poeta, sacerdote y dios al mismo tiempo, se adora a sí propio, eternamente postrado ante el altar de su «yo», e incansablemente empeñado en cantar su propio trisagio.

V. D. Silva ama a la humanidad más que a sí mismo y canta sus dolores y sus esperanzas en versos inspiradores de bondad.

En esto realiza nuestro poeta el ideal que Goethe formuló en los últimos años de su vida.

En carta de 1827, decía a Carlyle: «Desde mucho tiempo es evidente que los más grandes poetas y escritores de todas las naciones eligen con preferencia asuntos que interesan a la humanidad en general. En toda obra, sea cual fuere su carácter, es este interés humano el que se verá dominar más y más y brillar con vivo resplandor a través del elemento nacional y del carácter personal del autor».

El *interés humano*, he ahí la nota dominante de V. D. Silva.

Es el poeta de la Raza, de la Bandera, del Pueblo, de la Juventud y del Niño.

¡Con qué lirismo canta a su raza!

¡Oh, mi raza inmortal! ¿No ha de ser fuerte  
si se nutrió de sangre y si en su cuna  
se detuvo, arrullándola, la muerte?

¡Manes dé mis abuelos primitivos,  
bárbaros sin dominio y sin fortuna,  
hordas de hombres cobrizos y desnudos,  
toquis gallardos, úlmenes altivos  
de rudas testas y de miembros rudos...

Y ¡cómo ama a su bandera ¡Cuántas veces en mi alma sur-  
gieron, si no los vocablos, al menos los sentimientos que V. D.  
Silva expresa cuando dice a su bandera!:

Yo sé bien que a más de un pobre desterrado  
toda el alma en un sollozo has arrancado  
cual se arranca el rudo hierro de una herida  
cuando errante por naciones extranjeras  
con su fardo de dolor,  
ha observado que entre un bosque de banderas,  
sólo falta la que amó toda su vida,  
¡la bandera tricolor!

Yo sé bien lo que se siente cuando a solas  
desde un barco, mar afuera, entre las olas  
se percibe la silueta de un peñón  
y sobre él, a todo viento, la bandera,  
la bandera que saluda cariñosa,  
la bandera que es la madre, que es la esposa,  
el hogar, la patria entera,  
que va oculta en nuestro propio corazón.

Podríamos copiar aquí los versos en que V. D. Silva canta

al Pueblo, al Minero, al Agricultor. Pero los ya citados bastan para hacernos ver qué lugar ocupan en el corazón del poeta los intereses humanos.

Agregaré, sin embargo, una estrofa que dará el último toque a mi prueba.

En una admirable parábola intitulada *Cristo en el Cementerio de los Niños*, El Salvador (dice el poeta),

«pensó que el niño es la simiente  
que hay que cuidar, que el porvenir  
brilla en el fondo de su mente  
como la estrella en el zafir:  
por él existe cuanto existe  
y nunca el mundo está más triste  
que cuando un niño va a morir.

Un alma que simpatiza con todo lo humano, no podía, en el actual conflicto de pueblos, permanecer neutral. En el corazón de fuego de V. D. Silva no cabe indiferencia ni tibieza. Mientras muchos contemplan con serenidad los crueles espectáculos de la guerra, nuestro poeta estalla en indignación a la vista de los atentados germánicos contra la independencia, la libertad y el derecho de los pueblos.

Quien lea sus «Odas y Arengas» verá que no podemos clasificarle entre los «tibios», entre esos «laodiceenses» a cuyo director espiritual dice «el testigo fiel y verdadero» en el Apocalipsis: «Yo conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Mas porque eres tibio y no frío ni caliente yo te vomitaré de mi boca».

V. D. Silva optó desde el principio. Cuando la suerte parecía favorecer a la violencia y a la fuerza nuestro poeta se puso del lado de los débiles y de los humillados. Sus odas y arengas se inspiraron todas en el noble sentimiento que Lucano atribuye a Catón: *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni*. «Los dioses estuvieron por el vencedor, pero Catón está por el vencido».

Bélgica, martirizada por el «Napoleón de pega», le inspiró versos dignos de Verhaeren:

¡Bélgica, Bélgica mártir!  
¡Melancólica Bélgica!  
¡Que se inspiren en ti los nacidos  
en la gran democracia de América!  
¡Que aprendan de ti con qué gesto se rinde  
homenaje de amor a una idea,  
a una idea, a un principio, a un derecho  
que es color en la patria bandera,  
voluntad colectiva en las leyes  
y heroísmo y honor en la propia conciencia.

No citaré aquí los poemas que V. D. Silva dedica a Francia, a los Estados Unidos y a Inglaterra. Baste decir que, en cada uno de ellos, el poeta da rienda suelta al entusiasmo que en su alma generosa despiertan los Cruzados de la Libertad.

Pero daríamos una idea incompleta y falsa de este libro si, después de insistir en la tercera parte del mismo intitulada *Odas y Arengas* (de donde hemos sacado los versos copiados arriba), nada dijésemos de las dos primeras cuyo título (*Canciones de Amor y de Dolor. Voces de la Tierra*) indica exactamente su contenido.

Allí el poeta nos abre el santuario de su alma. Allí descubrimos los verdaderos manantiales de su inspiración que son el dolor y el amor.

En las estrofas intituladas *La Cuna Vacía*, el poeta nos entrega el secreto de su poesía.

¡Lleno está siempre el nido de su presencia! El pomo conserva siempre el alma de su perfume... Como si siempre nos citáramos para hablar de lo mismo, recordamos sus gestos, su gracia, su egoísmo,

su infantil inconsciencia. Y ahondando nuestra herida,  
nos parece que en torno se ensanchara la vida.

Nos sentimos más buenos.

*Nos hiere en lo profundo  
como tristeza propia la tristeza del mundo.*

En los dos últimos versos está, a mi ver, la clave de la obra de V. D. Silva.

Todo en ella (versos líricos, novelas, comedias, hasta la política y el periodismo) se explica por el dolor que se vuelve amor: amor al pobre, porque el poeta sufrió con él y por él; amor al minero porque vivió a su lado en las asperezas de las sierras y en la desolación de las pampas, amor a la libertad porque tuvo hambre y sed de ella y jamás fue hartó; amor a la patria porque, en el destierro, supo lo que es nostalgia.

De sus mejores versos, de los que más conmueven al lector, podría V. D. Silva decir con Ovidio: Esto, me lo dictó todo el dolor. «Hoc ego: quaeque dolor linguae dictavit...»

No se crea, empero, que su poesía, aun en los ratos de pesimismo, sea consejera de desesperación. Muy al contrario, es inspiradora de fe y de acción. V. D. Silva merece verdaderamente la definición que de él dio E. Montenegro en un magnífico artículo, digno de figurar, a modo de prefacio, a la cabeza de este libro: «es el poeta de la actividad». Es un poeta que

crea en la Humanidad y en su destino  
superior, como cree en lo divino  
que late en la inquietud y en el deseo  
y en los sueños de amor y en la esperanza  
de todo humano corazón

No comparto todas sus esperanzas e indignaciones. Pero unas y otras merecen mi respeto, puesto que no cabe dudar de sinceridad.

Si Chile, como Inglaterra, tuviese su «poeta laureado», creo que hoy por hoy, nadie podría disputarle a V. D. Silva esta dignidad.

Podríamos, con E. Montenegro, decirle:

Poeta, llama a los nuestros y emboca  
de nuevo tu áureo clarín;  
que la Patria y la Raza oigan de tu boca,  
del uno hasta el otro confín,  
el mensaje con la verdad nueva...

Pero él, señalándonos su obra, podría, con el verso de Ovidio, ya citado, contestarnos: *Hoc ego...* Esta ha sido mi tarea de poeta en estos últimos quince años.

2 de septiembre de 1918.

#### «LA PAMPA TRAGICA» (\*)

La pampa salitrera es, probablemente, la única región de este país que, hasta ahora, no ha atraído la atención de nuestros cuentistas y novelistas. Semejante descuido parecerá tanto más deplorable cuanto más original y vigorosa es la vida que ahí se desarrolla. Sin duda, el prescindir de esa región chilena no puede atribuirse más que a un motivo: al temor, bastante natural y merecido, que la pampa infunde a los literatos. Si, en efecto, el ganarse la vida llenando carillas en Santiago, es rara vez tarea remuneradora, menos aún lo será en la Pampa, donde la barreta vale mucho más que la pluma, y donde las letras más buscadas y mejor pagadas son las de cambio. De ahí que, rarísima vez, un autor capaz de observar y describir la vida pampina, como es el señor Víctor Domingo Silva, se atreva a sentar sus reales en

(\*) Cuentos por Víctor Domingo Silva.

aquella interesantísima región. De ahí que, en nuestra literatura sea éste, si no me engaño, el primer libro en que la Pampa aparece pintada a lo vivo en toda su grandiosa y triste realidad.

Con los innumerables hechos, grandes algunos y pequeñísimos los más, que Víctor Domingo Silva ha observado con paciente minuciosidad, fácil sería esbozar un fiel cuadro, no sólo de la región física, sino también de la humanidad que en ella vive trágicamente empeñada en enriquecerse a toda costa.

Pero semejante cuadro exigiría más tiempo y espacio del que tengo hoy a mi alcance. Habré, pues, de contentarme con algunos apuntes brevísimos de los cuales, empero, podrán deducirse provechosas lecciones.

\* \* \*

Suelen mis amigos reprocharme el haber dicho yo que la línea tropical pasa por la Estación del Norte en Santiago. Algo de eso dije, en efecto, hace tiempo, pero sin dar a mi opinión la forma paradójica que tiene ahora en boca de mis amigos...

Lo que quise decir es, sencillamente, que en Chile, país de gentes sesudas, pocas en manifestaciones verbales, frías y dueñas de sí, se advierte, a medida que uno camina hacia el norte, un «deshielo» creciente.

Las palabras que, como el cuento de Rabelais, se han congelado en el sur, van sonando más y más claramente en el norte. Esto se nota ya en los poetas serenenses, pero más en los de Copiapó. En Antofagasta, la sonoridad es netamente tropical y en Iquique, mucho más...

Pues bien, esa abundancia de manifestaciones especialmente verbales que va creciendo de sur a norte. Víctor Domingo Silva la apunta en sus cuentos:

Paulino Cáceres, dueño del despacho «El Descanso del Roto», es el tipo del chileno del sur, desarraigado, que, a poco de

vivir en el norte, se ha adaptado al medio. Tiene ahí «la palabra fácil, el gesto franco y las maneras algo rudas de todas esas gentes del norte». Es tropical a su modo, no sólo en esa exuberancia de gestos y palabras, tan desconocida en el sur, sino en la violencia de sus opiniones políticas y, especialmente, de su anticlericalismo.

Allí el clima violento y mudable, con sus extremos de calor en el día y de frío en la noche, la vida de lucha en que so pena de muerte es preciso hacer derroche de energía, el abuso de los excitantes, la abundancia de dinero y de diversiones, todo contribuye a que se suelten las riendas y que el roto se embriague no sólo de actividad, sino también de palabras.

Por otra parte, tiende el roto a diferenciarse y aun a agravar instintivamente las características naturales o adquiridas que lo distinguen de sus compañeros de tarea. «En aquella abierta cancha de pelea que se llama la Pampa Salitrera, se reconoce fácilmente, dice Víctor Domingo Silva, el carácter de las diversas razas que allí acuden a competir cara a cara con el peligro y la fatalidad. Entre el chino tímido y astuto, el peruano meloso y tacaño, el indio boliviano pasivo y estúpido, el japonés discreto y ágil, destácase el roto chileno con todo su carácter, orgulloso, despilfarrador y fatalista. Es un fenómeno sencillo que puede constatar diariamente el patrón o empleado superior, al reconocer la Pampa: el boliviano apenas siente el ruido del caballo que monta su jefe, interrumpe el trabajo, abandona las herramientas para descubrirse y pronunciar, con profunda sumisión, un «Buenos días le dé Dios, señor»; el peruano, sin descubrirse, saluda también con cortesía humilde y se prepara a ser interrogado; el chileno vuelve la cabeza para observar al que llega y continúa golpeando como si nada hubiese visto. Si lo saludan, responde, con voz entera y reposada, sin dejar por nada del mundo el combo ni el barreno...» (p. 154-155).

\* \* \*

No caeré en el error de creer que Víctor Domingo Silva haya pintado en este libro todos los tipos de caballeros y rotos de la Pampa salitrera. No es esta su pretensión, mas no por eso dejo de creer que ahí aparecen los tipos más visibles, es decir, los más enérgicos, los más violentos y los más habladores.

Víctor Domingo Silva cita un patrón que dice: «Hemos venido a la Pampa a sacar salitre, esto es, a hacer dinero y no obras de beneficencia».

Si semejante estado de alma es común entre las gentes de arriba, no extrañemos que, a la explotación practicada por los poderosos, corresponda otra practicada por los débiles convertidos en poderosos agitadores profesionales. El roto cuya lengua se ha soltado y cuya aptitudes oratorias refrenadas en el sur, se han desarrollado al calor del norte, cambia de profesión: el barrero o el mecánico de ayer, se vuelve agitador o caudillo.

Ahí está, por ejemplo, el de «La Compañerita». Es «egoísta como todos los de su especie», ávido de popularidad, déspota y cruel. Hase juntado con una pobre muchacha de mala vida que, a su contacto, padece una curiosa metamorfosis: ella también es «oradora»; también ella sabe electrizar a los obreros, haciendo brillar ante ellos la «ira roja». Tanto es su éxito que luego el caudillo, en quien ella ama al redentor del pueblo, empieza a sentir celos de su creciente popularidad. Y cuando, en una huelga, muere Raquel ametrallada, el caudillo, más feliz porque es menos valiente, escapa a la muerte y a la prisión, y emigra.

«Huye disfrazado por los solitarios caminos de la Pampa que llevan a la frontera boliviana y piensa con filosofía, y no sin razón, que aquella mujer extraordinaria, que aquella Compañerita sacrificada en aras de la idea, era una mártir sublime, pero que le empezaba a hacer sombra» (p. 37).

Este es un tipo de caudillo socialista; pero otros hay que

explotan al pobre tanto como aquél y con un descaro igual a la impunidad de que gozan. Ejemplo: «el Ogro de la Pampa», alcalde, ladrón en el sur, y comisario de policía en el norte, merced al partido político que impera en la provincia. «Ráfagas electorales siguieron encumbrándolo y, al cabo de unos cuantos años, tenemos a nuestro perillán convertido en inspector, y luego en comisario con diez pueblos y cincuenta mil habitantes bajo su jurisdicción. Era su sueño dorado. Empezaba para él la época de las vacas gordas. . . » (p. 202). «El orden social lo entendía él a su manera, es decir, exigiendo subvenciones a las oficinas; despojando a los trabajadores, imponiendo tributo a los comerciantes; sacando dinero de todas partes y por cualquier modo; violando domicilios; armando paseos y remoliendas en que se las daba de generoso a costa de sus eternas víctimas; obligando a los hombres, por temor, a consentir en el deshonor de sus mujeres y de sus hijas. . . y raptando, usurpando, ejerciendo, en suma, todas las formas del robo, desde la rapiña y el hurto, hasta el saqueo» (p. 205-206).

Al lado del agitador y del comisario, es decir, bajo la doble amenaza de explotación que se cierne sobre su cabeza, ¿qué hará el patrón, qué hará el trabajador?

Por lo que se vislumbra en estos cuentos el patrono parece, en tiempo normal, seguir tranquilamente su rumbo. Por un lado compra al comisario y, por el otro, dispone del carabinero para neutralizar, en lo posible, al agitador. Ha invertido sus caudales en la Pampa, no para hacer obra de beneficencia, sino para sacar de ellos el mayor provecho posible. Poco le importa que los rotos se embrutezcan y mueran, con tal que, mientras poseen brazos vigorosos, pueda él convertir su fuerza en dinero. Muertos unos, vienen otros. Para ello están los enganchadores, como ese zunco Retamales de «La Trampa», que practican en el sur, por cuenta de los patronos, la trata de blancos.

¡Qué desengaño para éstos! Acontece a veces que ni vivienda consiguen, como le sucedió a las víctimas de Retamales en el ci-

tado cuento. Para el pobre Ño García, recién llegado de un plácido valle serenense donde vivía con su familia en una casa de madera rodeada de flores, no hubo en el campamento ni un mísero cuarto de calamina. Tocóle vivir en una cueva, como un troglodita. «Hay gente que vive —no por necesidad, como los mineros, sino por inhumanidad de su patrono— en la cavidad subterránea de antiguas labores abandonadas».

¡Qué crueldad! Pero no todos los patronos han de ser como el que tolera el «trogloditismo» en sus dominios. Precisamente, en «La Trampa» figura uno cuyo corazón no es blindado. Véase ahí lo que podría obtenerse en cuanto a moralización y a redención de los obreros con un poco de piedad humana por parte del patronato.

\* \* \*

Por lo demás, si en el cuadro que Víctor Domingo Silva ha pintado, está retratada la vida real de la Pampa, es difícil concebir que aquel círculo digno del infierno dantesco haya podido durar hasta hoy... Puesto que para explicar su duración no cabe invocar el apaciguador influjo de la religión, tan olvidada allí de patronos como de obreros, habrá que apelar a una especial capacidad de sufrir, la cual nos dará, como la estupidez humana, una idea de lo infinito...

Pero no conviene creer demasiado en la irónica frase de Renan. No es cierto que la humana estupidez sea infinita y eterna. Una chispa eléctrica basta a veces para ponerle fin y resolverla de repente en castigo y venganza.

En todo caso, muy lejos de constituir una garantía, es una amenaza. Al cerrar el libro de Víctor Domingo Silva, exclamé: ¿Hasta cuándo? y creo que la misma pregunta brotará espontáneamente del alma de quien lo lea con la atención que merece.

Pero, objetará alguien: el tropicalismo nortino, ¿qué se

hizo? ¿No convendría tomarlo en cuenta a la hora de las conclusiones prácticas?

En verdad, es preciso «castigar» todos los datos de este libro y de todo libro análogo, pero creo que, aún rebajada la mitad de las iniquidades apuntadas por Víctor Domingo Silva, queda aún bastante para infundir horror y miedo a todo hombre capaz de reflexión.

23 de mayo de 1921.

### «PALOMILLA BRAVA (PAPELUCHO)» (\*)

No anunciaré ninguna cosa nueva a mis lectores si les digo que *Palomilla Brava* ha sido un éxito periodístico, puesto que ellos mismos lo saben por propia experiencia. Ningún folletín (o folletón, como dicen en España) ha despertado, en los lectores de este diario, mayor entusiasmo y doy por averiguado que quien haya seguido paso a paso y día tras día la odisea de Papelucho en «El Mercurio», querrá tener a mano esta novela en forma de libro. Así el éxito periodístico se convertirá (mejor digamos, se está convirtiendo) en éxito de librería.

Quisiera yo, en esta crónica, examinar brevemente las causas de este acontecimiento. Tarea tan fácil como grata, puesto que los lectores de estas líneas han leído ya a *Palomilla Brava* y conocen íntimamente a su protagonista *Papelucho*.

Primero advertiré que el feliz éxito de esta novela no se debe a ninguna de las causas ordinarias, o sea, a las pasiones a que suelen apelar muchos novelistas. . .

«Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y vanagloria de la vida», dice San Juan señalando, en una frase famosa, las tres pasiones fundamentales del hombre: lujuria, codicia y soberbia. Fácil sería

---

(\*) Novela por V. D. Silva.

demostrar que ciertas novelas han debido su inmensa circulación al predominio que alguna de esas tres pasiones, y sobre la primera, obtiene en ellas.

No así *Palomilla Brava* y, sin embargo, ningún tema ofrecía mayores oportunidades para un pornógrafo, puesto que, durante las tres cuartas partes de la novela, todo acontece en circunstancias y entre gentes que, por abreviar, llamaré «zolescas».

Un novelista empapado en la literatura de Zola se habría revolcado en inmundicias. Papelucho habría sido un don Juan precoz. Su padre es un bellaco, pero seguramente su madre, en vez de perecer lentamente a fuerza de trabajo y sufrimientos, habría preferido la vida fácil de las rameras. En vez de presenciar el lento ascenso de Papelucho hacia la vida civilizada, lo veríamos embrutecerse poco a poco hasta sentar plaza de monstruo. ¿Podía esperarse otra cosa de un niño porteño que nace y se cría en el conventillo del Calzón Roto y en el Cerro de la Cordillera, de un «palomilla» que vive doce años entre ladronzuelos, presencia a diario, tanto en la calle como en su propio hogar, las más repugnantes escenas? Pero a Papelucho hale tocado la doble suerte de tener una buena madre y un amigo. Ha nacido con alma buena: su madre, con sólo amarle y sufrir por él, pero sin sermonearlo, y su viejo amigo con sus oportunos consejos, impiden que esa alma se corrompa. Y aceptamos como verosímil toda la novela. Con un niño de esta índole cúmplese estrictamente la palabra de San Pablo:

«Sabemos que todas las cosas cooperan juntas para el bien de los que aman a Dios».

¿Dios? ¿Sabía algo de El nuestro Papelucho? ¿Cómo podía amarlo?

Al lector que objete la despreocupación de Papelucho en asuntos religiosos, convendrá recordarle la lamparita que en el cuartucho del conventillo ardía siempre ante la imagen de la Virgen del Carmen. Esa lamparita encendida por la madre mártir, siguió ardiendo en el corazón del niño. Era la lámpara de la

fe inconsciente pero fecunda, de la fe que se traduce en rectitud de la conciencia y en bondad y arde en las almas buenas hasta el fin. Cuando veamos a Papelucho, ya hombre, caminar limpio y bueno por regiones en que no reina la bondad ni la limpieza, nos acordaremos de esa lamparilla. Será ella el faro.

¿Amar a Dios? He ahí, dirá alguien, una frase que para Papelucho carece de sentido. No tanto, contestaré. ¿No es amor a Dios el amar a su madre como la amaba Papelucho? ¿No es amar a Dios, el aborrecer a los vicios que Papelucho odiaba en la vida malvada de su propio padre?

Pero, dirá alguien, ¿cómo se concilia esto con la huida de Papelucho al norte, con su abandono de la casa paterna, de su madre y hermanitos en el propio momento en que podía, trabajando, aliviar la suerte de los suyos?

El que haya leído con atención esta novela encontrará no sólo cómodas excusas sino buenas razones para esa huida. Papelucho trabaja, pero el fruto de su trabajo, el bellaco de su padre se lo roba villanamente y lo gasta en embriagarse. Y luego estalla la guerra Perú-boliviana. El espíritu guerrero y aventurero de la raza se adueña del pequeñuelo. Irá al norte para pelear, si puede, y en todo caso hacerse hombre. Día vendrá en que, con el dinero que allá habrá de ganar, pueda salvar de la pobreza y de la vergüenza a su madre y a los pequeñuelos que deja en el conventillo del Calzón Roto.

Es cosa común en la gente del pueblo el huir del hogar antes de los quince años. Casos como el de Papelucho he conocido centenares. ¡Cuántos «Papeluchos» no habrán desfilado a mi vista en el Hospita! de San Vicente! Muchos me contaban sus aventuras y casi siempre, después de «repensarlas» críticamente, llegaba ya a absorverlos si no *a toto*, como dicen los teólogos, al menos a tanto (1). Porque, en verdad, la culpa de la huida

---

(1) Esto es: si no de todo el pecado, al menos de tanto pecado. El tamaño, la gravedad disminuía.

teníanla los padres, y en especial, el padre, brutal tirano doméstico explotador de sus hijos.

Yo absuelvo con ambas manos, con alma y corazón, a Papelucho. En su lugar habría hecho otro tanto...

Víctor Domingo Silva conoce a fondo a la gente del pueblo. Sabe que el ascenso, aunque rápido, no modifica radicalmente su psicología.

De ahí los defectos de Papelucho: las fáciles y múltiples «avatares»: hoy suplementero, mañana huinchero, después tambor de un regimiento, más tarde «herramientero» en una salitrera, mulero, herrero y qué sé yo cuántos oficios más, hasta que viene la Revolución de 1891 y le hace subir un nuevo peldaño: es periodista, «empleado» en una oficina y, por fin, caballero.

Pero siempre es Papelucho, vale decir, «palomilla brava». Por lo visto se cumple en él la «ley de la etapa» de que habla Bourget. Sus hijos, pero sobre todo sus nietos, serán caballeros. El parecerá serlo y hará cuanto pueda (esto es, cuanto le permita la innata palomilla) para serlo. ¿Qué más podemos pedirle? (2).

Esto lo veremos, sin duda, en «El cachorro» que Víctor Domingo Silva anuncia al final de su novela.

Mientras tanto doy al autor de *Palomilla brava* los más sinceros parabienes por esa obra a la vez literaria y popular en que libremente, limpiamente, sin imitar a nadie, sin (perdóneseme el vocablo) «latear», ha sabido crear un tipo, *Papelucho*, que vivirá en la literatura chilena.

---

(2) Y ya que hablamos de palomilla innata (y persistente) reconozcamos un rastro de ésta en el noviazgo de Papelucho y Cuculí. Dejemos que pasen dos generaciones: los nietos de Cuculí y Papelucho se portarán con sus novias como caballeros y cuando un novelista de aquellos futuros tiempos cuente sus amores no se verá obligado, como Víctor Domingo Silva, en la página 200, a tapanlo todo con un velo de puntos suspensivos... ¡Ah, la palomilla brava!

Más de una vez en estas crónicas he hablado de la necesaria «chilenidad» sin la cual es difícil escribir obras originales, sinceras y... chilenas. Víctor D. Silva la ha alcanzado en esta obra.

12 de marzo de 1923.

## CARLOS SILVA COTAPOS

### «DON RODRIGO GONZALEZ MARMOLEJO» (\*)

(PRIMER OBISPO DE SANTIAGO DE CHILE Y APÓSTOL DE CHILE)

Debo al señor don Crescente Errázuriz y a su libro sobre los orígenes de la Iglesia de Chile uno de los más vivos placeres intelectuales de que disfruté, hace ya muchos años, al estudiar por vez primera la historia antigua de este país.

Merced a él conocí al primer obispo de Santiago y le cobré una admiración que su biografía, recién escrita y publicada por el señor Silva Cotapos, ha venido a acrecentar, haciéndola al mismo tiempo definitiva.

No fue don Rodrigo González Marmolejo un San Ambrosio ni un San Juan Crisóstomo; pero, aunque situado en un plan inferior al que aquellos grandes obispos ocupan en la historia, no por eso dejó de lucir dotes personales y pastorales que le distinguen con ventaja de la mayor parte de los hombres y aun de no pocos obispos: fue «un hombre».

Fue todo un hombre y de esto se convencerá quien lea el libro del señor Silva Cotapos y repare en el siguiente *curriculum vitae*:

---

(\*) Por Carlos Silva Cotapos.

- 1536.—Se halla don Rodrigo en el sitio de Lima por Manco inca. Adviértase que su edad es, por entonces, de 46 años.
- 1538.—Toma parte, a título de capellán de Pedro Candia, en la conquista de los Mojos (región de los ríos Madre de Dios, Mamoré y Madera).
- 1540.—Explora el Gran Chaco en compañía de Diego de Rojas y, cuando este capitán se convence de la inutilidad de su expedición, sale de Tarija don Rodrigo y viene a ponerse al servicio de la hueste de Pedro de Valdivia, acampada entonces en Tarapacá. Su edad: 50 años.

Y desde abril o mayo de aquel año comparte virilmente los trabajos todos y no pocos de los peligros a que se exponen los conquistadores de Chile.

Es un hombre, y no me lo negarán los que sepan tomar el peso, no sólo a los años (cuando se acercan éstos a la cincuentena), sino también a los viajes que emprendiera don Rodrigo: en los pantanos del Mamoré con sus fiebres y hambrunas, en la altiplanicie boliviana, en los desiertos del norte de Chile, etc., etc.

Al calificativo de «hombre» tomado en toda la amplitud de su comprensión, hay que añadir el de «bueno».

Léase en este libro la historia del tremendo fracaso de la expedición en el país de los Mojos y téngase presente que, en tales casos, no suele la humanidad lucirse en toda su flor. El «sálvese quien pueda» es entonces ley suprema de la cual se autorizan todos los egoísmos y todas las cobardías para campar sin remordimiento ni vergüenza.

«Explorada esa región —dice el señor Silva—, se halló tan pobre de comidas como áspera y cenagosa.

«En busca de mejores tierras, remontaron (los conquistadores) por las márgenes del río que habían pasado hacia sus nacientes, luchando con los indios y soportando los rigores del hambre. Tales fueron las penurias sufridas que perdieron la vida más de la mitad de los españoles y más de dos mil indios auxi-

liares. La extenuación de los expedicionarios era tanta que, no pudiendo cargar los ornamentos para la misa ni el cáliz y vinajeras, los dejaron enterrados dice el cronista Herrera, cerca de un oratorio de indios. Don Rodrigo dio muestras durante esta expedición, que duró unos seis meses, de gran caridad con los enfermos, a los cuales consolaba y a veces llevaba en su propia cabalgadura» (p. 8).

Sábase, por otra parte, que los conquistadores por regla general, y muy especialmente los compañeros de Valdivia, no solían distinguirse por su desinterés en asuntos de dinero.

No así don Rodrigo, quien, en horas de pública necesidad, entregó generosamente a Pedro de Valdivia toda su fortuna: treinta mil pesos de oro, suma ingente para aquella época (y aún para la nuestra), y cuya «cara» no volvió su dueño a verla en los días de su vida. Muchos años después de aquel préstamo escribía el buen obispo al rey: «S. R. M. Por cumplir con lo que debo a mi conciencia e servicio de V. M. estando en lo último de mi vida de grandes e graves enfermedades, acordé de escribir ésta, e será después de besar a V. M. las manos, hacer saber por verdad, pues la dignidad e muerte que espero no sufre otra cosa. Y es que con haber entrado en estas provincias de Chile, donde por mandato de vuestra Majestad soy obispo, veinte cuatro años ha, con el gobernador don Pedro de Valdivia, con hacienda de yeguas y otras cosas que metí en servicio de V. M., que dellas e de sus multiplicos, después de haber hecho mucho fruto en esta tierra, hice más de treinta mil pesos de oro...»

Se escandalizará tal vez el lector al leer esta carta y preguntará: ¿Era, pues, comerciante don Rodrigo? Mal noviciado para un obispo.

Pero es menester no perder de vista que estamos con don Rodrigo en un país y en una época en que tiránicamente regía la ley de «Primo vivere».

Y en seguida conviene observar lo que, de aquel negocio, dijo Pedro de Valdivia en carta a Carlos V: «Ciertas cabezas de

yeguas que metió (don Rodrigo) en la tierra con grandes trabajos, multiplicándose las Dios en cantidad por sus buenas obras, que es la hacienda que más ha aprovechado y aprovecha para el descubrimiento, conquista, población e perpetuación de estas partes, las ha dado e vendido a los conquistadores para este efecto, y el oro que ha habido de ellas, siempre que lo he habido menester para el servicio de S. M. me lo ha dado y prestado con tan buena voluntad como si no me diera nada» (p. 17-18).

En suma, tanto cooperó don Rodrigo en lo esencial de la conquista como el que más y, al fin y a la postre, gratis pro Deo.

Hermoso paréceme este desprendimiento y digno de señalarse aún hoy, tal vez hoy más que nunca.

Otra prueba de humanidad descubro en el «tacto» con que trató a doña Inés Suárez.

No faltó, por cierto, quien murmurase, pero el futuro obispo, conociendo la nobleza de alma de aquella heroica mujer, supo estimarla en lo mucho que valía y esperó que el tiempo, gran médico de almas y cuerpos, remediase el mal.

Mientras tanto, honróse don Rodrigo enseñando a leer a doña Inés.

¡Ah! la chismografía de aquellos tiempos!... ¡Qué no se diría de aquel bondadoso maestro de primeras letras! Por fin, a pesar de algunos calumniadores, don Rodrigo llegó a ser primer obispo de esta tierra.

De él puede decirse que era «the right man in the right place». ¿Quién mejor que un conquistador podía ser obispo de conquistadores, cuando el capitán de éstos, hablando en nombre de todos, decía de él a Carlos V: «Su fin ha siempre sido y es en lo espiritual, como buen sacerdote, ganar ánimas para el cielo, de los naturales, e animar a los cristianos a que no pierdan las suyas por sus codicias, sembrando siempre entre ellos paz y amor...»

Mucho más podría decirse en alabanza de aquel pastor caritativo, bondadoso y patriota.

Pero no quiero copiar aquí lo que, en mejor estilo y con mayor provecho, se leerá en el libro del señor Silva Cotapos.

15 de diciembre de 1913.

«DON JOSE SANTIAGO RODRIGUEZ ZORRILLA» (\*)

OBISPO DE SANTIAGO DE CHILE (1752-1832)

Entre las doctrinas fundamentales del positivismo cuéntase aquella conocidísima (y tan cierta como famosa), según la cual *los vivos son gobernados por los muertos*.

Confirmada por la actual guerra europea, cuyas raíces ahondan en el pasado más remoto, verificase claramente cada vez que estudiamos un problema histórico.

Supongamos, por ejemplo, que se trate de explicar la inexistencia en el actual clero chileno de todo espíritu regalista.

¿Buscaremos acaso la solución de aquel interesante problema en la enseñanza teológica que se da en los seminarios, en el flujo de ciertas órdenes religiosas, o en la difusión de tal o cual revista o diario?

Buscando por ese lado, nada hallaríamos, ya que admitiendo la eficacia de aquella enseñanza, tratamos precisamente de explicar por qué fue eficaz.

Hay países en Europa y América donde el clero, aún hoy en día, gasta para con el poder civil una obsequiosidad casi lacayuna. No se contenta con «dar lealmente al César lo que es del César», cumpliendo en esto con sus obligaciones religiosas y civiles, sino que llega más de una vez hasta adularlo y arrastrarse a sus pies.

---

(\*) Por Carlos Silva Cotapos.

Esto, particularmente en países monárquicos, es herencia del pasado. Los vivos de hoy son gobernados por los muertos de antaño: por los regalistas, galicanos, josefistas y cortesanos del siglo XVIII y de la primera mitad del siglo XIX.

¿Cómo llegó a interrumpirse en Chile la prescripción del regalismo y de la obsequiosidad desmedida?

La respuesta es sencillísima. Buscándola en el libro del señor Silva, hallaremos que la culpa de ello (feliz culpa) la tuvieron los gobiernos pipiolo.

Mientras, en Europa, el Gobierno recién restaurado de los Borbones y la vieja monarquía de los Habsburgos, haciendo a tiempo y destiempo profesión de catolicismo procuraban resucitar o mantener en el clero francés y austríaco los viejos hábitos obsequiosos, ¿qué hacían en Chile los pipiolo?

En los días anteriores a la revolución de septiembre de 1810 desparramaban por todas las iglesias y conventos de la capital amenazas de expulsiones y saqueos.

Entre los partidarios de la independencia política lucíanse con una falta de tacto verdaderamente extraña, las ideas de Voltaire, Rousseau y Raynal.

Y, cosa que horripilaba con justa razón a los católicos, llegaban los predicadores patriotas a convertir la cátedra sagrada en una especie de tribuna política semejante a la del Club de los Jacobinos.

Con sermones políticos como los del presbítero don Joaquín Larraín (p. 72), del padre Silva (p. 80), y de otros religiosos en cuya cabeza hervían a modo de fermentos las mal digeridas doctrinas de Raynal, ¿podía esperarse que el clero y los fieles diesen su adhesión a una política peligrosa para sus creencias?

Susurrábase (no sin visos de verdad) que aquellos sermones no eran siquiera obra de quien los predicaba: «El Gobierno, dice fray Melchor Martínez, escogía para estas farsas a los sujetos más a propósito y les mandaba que trajesen, anticipadamente, las arengas que habían de publicar en el púlpito, y lo regular era

darles los papeles compuestos por los más libertinos y facciosos, que se deleitaban en hacer servir a nuestra sagrada religión de lazo y piedra de escándalo para los sencillos» (p. 80-81).

Tipo de tales loros me parece ser fray José María Torres, prior del convento dominicano de Concepción.

«El 18 de septiembre de 1811, esto es, en el primer aniversario del establecimiento del Gobierno nacional, hubo misa de gracias y *Te Deum* en la catedral y correspondió hacer el sermón al ya mencionado fray José María Torres. Tomó por tema el cántico de María, hermana de Moisés. La esclavitud de Egipto y el Faraón fueron el Rey de España y la dominación española, dominación tiránica e injusta; pues *los españoles habían conquistado la América sin derecho* (1), y ejercido su imperio con refinada crueldad. Después de este exordio tan subido de color, dijo que demostraría que la revolución de Chile era útil para la religión, para la patria y para el Rey (?), pero en la demostración omitió el tercer punto» (p. 82).

En suma, por lo que toca a la religión, no hubo error o falta de tacto político en que no cayesen los pipiolos.

Leyes absurdas jamás cumplidas porque la situación de Chile no permitía cumplirlas; pésima elección de colaboradores religiosos más o menos desacreditados; nombramiento de vicario capitular otorgado por un cabildo eclesiástico falto de libertad a un aventurero eclesiástico; medidas ridículamente despóticas contra lo más distinguido del clero; doblez e ingratitud para con el vicario apostólico (en realidad, nuncio), monseñor Muzzi y, finalmente, el repetido destierro de ese modelo de prelados que se llamó don José Santiago Rodríguez Zorrilla, obispo de Santiago: he ahí un corto balance de los errores cometidos por los políticos que dominaron en Chile hasta que, cansado de la anarquía creada y fomentada por aquéllos, el partido pelucón asumió el poder después de la batalla de Lircay.

(1) Con esta tesis empieza Raynal su disertación sobre Chile, en su famosa «Historia de los Establecimientos de los Europeos en las Indias».

El largo predominio pipiolo hizo el milagro de introducir en el Estado el dualismo, es decir, el reconocimiento práctico y efectivo de la independencia del poder espiritual en presencia del poder político.

Hasta entonces las dos potestades parecían fundidas en una, predominando claramente la civil con pleno y gustoso consentimiento de la eclesiástica. El Rey era no sólo el patrono, sino también el... patrón, el amo

Para dicha de los chilenos, los errores de los pipiolos pusieron fin a lo que más arriba he llamado la obsequiosidad eclesiástica. Ya no volverá a verse concentrada en una sola mano la totalidad del poder público: el despotismo verdadero, el único realmente temible (esto es, el que domina a la vez las almas y los cuerpos), será imposible.

Y ahí se ve a los muertos gobernando a los vivos...

¿Era posible que no perdiera todo apego al servilismo político un clero maltratado por el poder civil como lo fue el de Santiago en los años del episcopado del Ilmo. Rodríguez Zorrilla?

Hasta donde llegaba la tiranía de aquellos mandones, puede verse en un episodio cuya ridiculez será siempre difícil de igualar.

Lo llamaré, si me lo permite el lector, la «Cuestión del escote», o destierro del prebistero don José Alejo Eyzaguirre.

Dice el señor Silva Cotapos: Hallábase Eyzaguirre, el 10 de diciembre en el coro de la catedral, asistiendo a la ceremonia del octavario de Purísima: y vio desde su asiento a una señora con traje bastante indecente, pues llevaba la espalda poco cubierta. Creyendo que debía poner remedio al escándalo, se acercó al provisor, don José Antonio Briseño, para hacérselo notar. Briseño le encargó que dijese a la señora que no se presentase al templo así vestida. Eyzaguirre, entendiendo que aquello significaba que la señora debía salir del templo, le dio la orden del provisor en esos términos. La señora, que era la dama argentina doña Manuela Warnes, esposa del general don Joaquín Prieto, grande amigo del director supremo, contestó que saldría después

de la función para dar parte a O'Higgins de la afrenta que recibía. Eyzaguirre repuso que mirase lo que hacía; pues se exponía a que la hicieran salir los sacristanes, como lo había ordenado el gobernador Cienfuegos.

Terminada la función, se dirigió la señora al palacio directorial para interponer su queja. O'Higgins, por error, hizo llamar a Briseño, el cual refirió lo que queda dicho, y aun se asegura que prestó su consentimiento, para que el Supremo Director procediese contra Eyzaguirre.

«Este fue, pues, llamado a palacio y, en presencia de su acusadora, O'Higgins le increpó que se hubiese atrevido a fingir un recado de su superior que no se lo había dado; pues Briseño había mandado decir a la señora Warnes que no se presentase así al templo, y él habría supuesto que se le ordenaba salir. Eyzaguirre contestó que, a su entender, ese era el sentido verdadero del recado del provisor. Siguióse un altercado de acusaciones de la señora y explicaciones de Eyzaguirre, que no satisficieron al Supremo Director, el cual terminó por decir: «Vaya usted preso, que es un entrometido, y se toma más mano que la que le dan». Eyzaguirre contestó que todo eso lo sufría por la honra de la casa del Señor, pero que, sin licencia de prelado, no obedecería la orden de arresto. O'Higgins llamó a la guardia, y ésta lo sacó de la sala por la fuerza, pues Eyzaguirre hizo ademán de resistencia y, al bajar las escaleras, volvió a resistirse, haciendo saber a los dos oficiales y soldados que lo conducían, que procedía así para que cayese la excomuniación fulminada contra los violadores de la inmunidad de los clérigos como lo eran ellos.

«En virtud de esta orden verbal de O'Higgins, quedó Eyzaguirre arrestado; y por otra orden también verbal, fue desterrado a Mendoza. Inútiles fueron sus solicitudes y los ruegos de sus hermanas para que se revocara el decreto de destierro, pues O'Higgins se mantuvo inflexible» (p. 183-184).

Larga es la cita, en verdad, pero me será perdonada, primero porque el episodio es curiosísimo; y después, porque es, a todas

luces, uno de esos «petits faits» de que hablaba H. Taine, de esos hechos, al parecer baladíes, pero que, por lo característicos, por lo sugestivos, superan en alcance histórico a enormes volúmenes de insulsa crónica.

El Director Supremo, olvidando, sin duda, que según la máxima de los estadistas romanos «de minimis non curat praetor», volvió por los fueros de Juno airada. Y quiso vengar su injuria. ¿No era esto, por parte de un Director Supremo, supremamente ridículo?

Con todo, el clérigo Eyzaguirre hubo de ir al destierro. Semejante lección bastaba para «derregalizar», si así puede decirse, al más regalista de los clérigos.

En este libro todos los asuntos político-religiosos de la época en que se preparó la nuestra vienen tratados con una amplitud no igualada hasta ahora.

Puede decirse, sin exageración, que la presente biografía del obispo Rodríguez Zorrilla es la historia de la Iglesia de Chile desde la expulsión de los jesuitas hasta el triunfo de los pelucos, después de Lircay.

Los capítulos más interesantes han sido para mí aquellos que el señor Silva Cotapos dedica a historiar las hazañas del obispo Andreu. El episcopado de aquel Gil-Blas eclesiástico habla muy poco en favor de los que en España distribuían las mitras (2).

Del mismo modo son valiosísimos los capítulos que versan

(2) El señor Andreu y Guerrero, de comerciante fracasado, subió a clérigo y a obispo. «Empalicado» por él, el Gobierno español le consiguió de Roma el nombramiento de «coadjutor cuádruple», esto es, de auxiliar de las diócesis de Arequipa, Charcas (Sucre), Córdoba y Santiago, con residencia en... *el Paposo*. ¡Excusado es decir que jamás estuvo en *El Paposo*! Los habitantes actuales de aquella caleta, no tienen por qué levantar una estatua al que fue su obispo... Andreu y Guerrero estuvo en todas partes, menos en su cuasi sede. ¡Y se llamaba obispo de *Epifanía*!... ¡Qué «revelación»!

sobre la Embajada del señor Cienfuegos, enviado a Roma por el gobierno chileno y la misión diplomática y religiosa de monseñor Muzzi en Chile.

Un mérito y un defecto señalaré al terminar. Nace el primero de la moderación, poco acostumbrada en Chile, con que el señor Silva Cotapos cita documentos históricos. «He evitado, en lo posible, dice con verdad nuestro autor, el vicio tan censurado de insertar íntegros los documentos en el cuerpo de la narración... No pasarán de tres los documentos que he copiado íntegros, por ser breves y porque juzgué que se leerían con agrado. Los documentos de más importancia o inéditos se han impreso en el Apéndice».

Consiste el defecto en que el índice analítico de los 46 capítulos que se halla al fin de la obra no sufre, aunque hecho como Dios manda, la falta de un índice alfabético de nombres de personas y lugares.

En esta historia, que consta de 431 páginas, de gran tamaño, impresas con tipo relativamente muy pequeño, figuran muchos personajes y se nombran lugares que sin un índice alfabético son muy difíciles de hallar.

¿Cuándo se resolverán todos nuestros historiadores a hacernos limosna perfecta, dándonos, como dice el Evangelio, «medida buena, apretada, remecida, y rebosando» con los índices necesarios?

6 de diciembre de 1915.

## ESTUDIO CRÍTICO DE LA OBRA DEL SEÑOR PREBENDADO DON CARLOS SILVA COTAPOS

TITULADA: «DON JOSÉ SANTIAGO RODRÍGUEZ ZORRILLA», POR EL PBRO. DON MIGUEL RAFAEL URZÚA

Parodiando la máxima fundamental de la filosofía de Descartes cierto escritor francés muy discutido, solía decir: «Me discuten, luego existo».

Igual podría decir el obispo Rodríguez Zorrilla, aventajando en esto a casi todos sus predecesores.

Pero, preguntará alguien: ¿Por qué «existe» aún hoy el señor Rodríguez Zorrilla? ¿A qué debe el finado obispo las discusiones que se han promovido en torno de su nombre y hacen revivir su persona?

Debe tan insigne favor, no a los pleitos que tuvo con su venerable cabildo, ni a reformas eclesiásticas trascendentales emprendidas por él, ya que, en verdad, no llevó a cabo ninguna digna de particular mención.

Pero persiguiéronle los Poderes Públicos y así le confirieron una «personalidad» que dura hasta hoy.

En la página 302 de su biografía del obispo Rodríguez, dice el señor Silva Cotapos, en forma de conclusión general:

«Grande fue por su infatigable amor al trabajo y al estudio, mediante el cual se hizo sin disputa el más docto sacerdote de Chile durante el primer tercio del siglo XIX. Grande también por sus talentos y sus virtudes y, más que todo por su carácter entero, enérgico y pundonoroso, que le mereció el respeto y el aprecio hasta de sus mismos enemigos cuando fueron, como O'Higgins y San Martín, hombres superiores. Fue amado y respetado de su clero y de su pueblo, aunque no compartía las ideas políticas de la mayor parte de éste. Algunos de sus actos y varias de sus opiniones no nos parecen ahora tan correctos o virtuosos como sería de desear; pero ellos tienen por excusas las ideas dominantes en su tiempo, muy diferentes de las actuales, y en ningún caso nacieron de pasiones desordenadas ni de fines torcidos; porque Rodríguez Zorrilla fue hombre de rectísima conciencia y de muy vigorosa voluntad para seguir los dictados de aquélla. Véase, pues, en él un raro conjunto de sobresalientes cualidades, que rara vez se encuentran reunidas y son las propias de los verdaderamente grandes. Con razón la Iglesia de Santiago repatrió sus restos y les concedió honrosa sepultura».

¿Aceptaremos este juicio? ¿Lo daremos por definitivo?

Sobre él dice el señor Urzúa:

«Este resumen a pesar de sus vagas y numerosas reticencias, no es comportado por la relación histórica y nos muestra las vacilaciones del señor Silva Cotapos, cuyo criterio, evidentemente, le hace comprender que sus juicios sobre el señor Rodríguez Zorrilla no son conformes con el veredicto de la opinión pública» (p. 42).

Sobre lo cual me permitiré, a mi vez, declarar aquí que, después de leer con cuidado el expediente de este juicio, encuentro muy severa la crítica de mi amigo el señor Urzúa.

Es claro, por una parte, que el señor Rodríguez no fue, en la época de la Independencia, *the right man in the right place*, y que, siendo de carácter intratable, el obispo de Santiago había de caer en graves errores de táctica.

Pero es igualmente claro, por otra parte, que el señor Silva Cotapos reconoce y confiesa aquellas imperfecciones cuando dice: «Algunos de sus actos y varias de sus opiniones no nos parecen ahora tan correctos o virtuosos como sería de desear».

¿Qué más se quiere? Haciendo aquella confesión, asístele al señor Silva el derecho de agregar en forma de circunstancia atenuante:

«Aquellos actos tienen por excusas las ideas dominantes en su tiempo, muy diferentes de las actuales, y en ningún caso nacieron de pasiones desordenadas ni de fines torcidos».

Verdad es, según lo asegura el señor Urzúa que aquellos juicios del señor Silva Cotapos «no son conformes con el veredicto de la opinión pública»; pero pregunto: ¿Qué tiene que ver la opinión pública actual en este asunto?

Los hechos históricos son lo que son, a pesar de todas las opiniones públicas y privadas; y en tratándose de inferir de ellos las conclusiones que en ellos parecen contenidas, el historiador digno de ese nombre no cuida de la «opinión pública»: cuida únicamente de lógica y de sinceridad.

Los actos del señor Rodríguez deben juzgarse no con crite-

rio chileno de 1916, sino con criterio hispano-chileno de la época en que se produjeron.

Fallando a su vez este pleito, el señor Urzúa dice: «El señor Rodríguez Zorrilla poseía toda la ciencia necesaria para gobernar en épocas normales; pero carecía del don de sabiduría o juicio práctico para amoldarse a las circunstancias y *su criterio no alcanzaba a darle a conocer lo que era la libertad de los pueblos: estaba empapado en la idea del derecho divino de los reyes* que los hace superior a las naciones, y a los pueblos esclavos de sus gobernantes (1); no había sonado en sus oídos la máxima cristiana, que ordena al mandatario posponer sus intereses personales al interés de todos: *era, en fin, un gran servidor del rey por ambición o por simple vanidad*, distintivos del cortesano; no soñaba en el hombre que sirve al rey por engrandecer a su patria, lo que constituye al ciudadano digno de la gratitud y respeto de las naciones» (p. 16).

En este muy severo juicio, hay lo necesario para justificar al obispo, si se lo juzga con criterio verdaderamente histórico, es decir, tomando en cuenta el ambiente en que actuó.

No conocía «lo que era la libertad de los pueblos», dice el señor Urzúa. Pero cabe preguntar: ¿Quién, entonces, conocía con exactitud el alcance de aquella expresión? ¿Quién aún hoy lo conoce? La palabra «libertad» es una de las más vagas y elásticas del vocabulario político, y en los tiempos del señor Zorrilla venía mal acompañada... con los recuerdos de la Revolución Francesa... A lo cual hay que agregar que después de padecer el despotismo de los libertadores, el obispo había de encontrarle sabor a ironía a la palabra «libertad». Para él, prácticamente, la libertad consistió en verse obligado a abandonar su grey y en ir a Madrid en busca de una pobre sepultura.

(1) Para los partidarios de la teoría del derecho divino, los pueblos no eran, ni tenían por qué ser, esclavos de los reyes.

Sobre lo cual puede verse en las obras de Bossuet, la *Politique tirée de l'Écriture Sainte*.

«Estaba empapado en la idea del derecho divino de los reyes». Es cierto, pero en esto compartía el señor Rodríguez la creencia de todos los católicos ortodoxos de su época. Si culpa hay en ello (y en mi opinión no hay ni sombra), el obispo no responde por ella.

Cuanto a que «era un gran servidor del rey por ambición o por simple vanidad, distintivo del cortesano», no veo de ello rastro alguno en la vida del pobre obispo. En mi opinión, servía al rey por convicción de leal español y de sacerdote católico, enseñado a ver en la persona del rey (como nosotros, si somos creyentes, hemos de verlo en la persona de todos nuestros jefes políticos) un representante de la autoridad divina en la tierra (2).

Y si, en los últimos tiempos, cuando ya rayaba en los 80 años, pronunció o escribió el obispo palabras que huelen a cortesano, téngase en cuenta que su educación había sido monárquica, y que el hambre no sólo en los jóvenes, sino también los ancianos, es mala consejera.

Sea de esto lo que fuere y cuadren o no con los hechos las reflexiones que preceden, me es grato apuntar aquí las siguientes líneas del señor Urzúa:

«La prueba más elocuente del sincero culto que el señor Silva Cotapos rinde a la verdad, es la recopilación de los documentos que coloca al final de su obra y que ocupan tanta extensión como la obra misma. Son valiosísimos por su valor histórico, y tan luminosos que bastan por sí solos para darnos una idea exacta de la personalidad del señor Rodríguez Zorrilla, sus ideas, su carácter, los móviles que impulsaron sus aficiones, su literatura y erudición teológica y canónica, sus sentimientos y valer moral: todo esto se refleja en ellos. Si el señor Silva Cotapos no hubiera tenido la hidalguía de publicarlos, habría sido difícil refutar sus apreciaciones sobre el señor Rodríguez Zorrilla;

---

(2) Según la enseñanza cristiana, toda autoridad civil legítima es de origen divino. *Omnis potestas a Deo.*

pero con esos documentos a la vista quedan de hecho desvanecidas del modo más convincente y sin trabajo alguno. Ni por un instante ha dejado de comprender que iba a ser juzgado con acritud por la generalidad de los lectores; pero la sinceridad de su alma le ha infundido la confianza de que las personas reflexivas tomarán en cuenta su actitud prudente y contemporizadora, y le ha comunicado aliento para hacer el sacrificio de su propia persona antes que arrojar la más leve sombra que pueda empañar el resplandor de la verdad. Este es un nuevo título adquirido por el señor Silva Cotapos para merecer el respeto y la estimación de los hombres honrados, que realza sus virtudes sacerdotales y revela su grande amor al estudio, traducido ya en no pocas obras de verdadera utilidad y reconocido mérito» (p. 46).

De las líneas que acabo de citar dedúcese que entre el señor Urzúa y el biógrafo del señor Rodríguez Zorrilla hay sólo una diferencia de interpretación.

Pero en página anterior el señor Urzúa nos indica el origen de la opinión favorable al prelado.

Después de exponer y censurar en orden cronológico los hechos acerca de los cuales no comparte las opiniones del señor Silva Cotapos, su ilustrado crítico dice que la «rehabilitación» del obispo fue obra política del Illmo. señor Valdivieso.

Pero, demos la palabra al señor Urzúa, quien escribe lo siguiente:

«Desde muchos años atrás se había formado, aunque vaga e informe, la conciencia de que este prelado había sido el campeón de los derechos de la Iglesia ante los gobiernos liberales. No se había escrito ningún estudio serio y concienzudo, como el del señor Silva Cotapos que volviera por los fueros de la verdad, y un arraigado sentimiento de simpatía en favor del señor Rodríguez Zorrilla flotaba en el ambiente que respiraban el clero y los católicos de Chile. Este sentimiento lo había formado un hombre cuyo prestigio era tal, que hubiera parecido locura pensar de manera distinta de la suya: era el Illmo. señor Valdivieso, el más

venerado de los prelados chilenos y uno de los más ilustres ornamentos del episcopado católico de su época.

«El señor Valdivieso y don Manuel Montt, el más grande de los Presidentes de Chile, dos poderosas palancas que lanzaron a la nación a los procelosos mares de la vida moderna, tuvieron sus dificultades en orden a las mutuas relaciones de la Iglesia y del Estado. La lucha se hizo interesante, y el señor Valdivieso echó mano de todos los resortes de su talento, de su prestigio y de su celo pastoral.

«Por aquella época se tomó resolución de repatriar los restos del señor Rodríguez Zorrilla: la Iglesia de Santiago cumplía el piadoso deber de guardar honrosamente los restos de unos de sus pastores. El señor Valdivieso se empeñó en revestir aquel acto de todo el esplendor posible, rodeando la memoria del señor Rodríguez Zorrilla con la aureola de defensor de los derechos de la Iglesia y de víctima de los avances de los gobiernos liberales. Esta apreciación, en la que no se tomaba en cuenta para nada ni los tiempos ni las circunstancias ni los móviles, enalteció la memoria del señor Rodríguez Zorrilla en forma tal que pareció excusado indagar los fundamentos en que se apoyaba aquel concepto. Por otra parte, una montaña de desprestigio cayó sobre los sacerdotes que fueron sus adversarios, no siendo mirados sino como adulones del poder civil, por el hecho de haber sido patriotas, desconociendo la autoridad de aquel prelado» (p. 45-46).

¿Será esto el origen del «Zorrillismo», actualmente vigente en ciertos círculos?

Puede ser: pero ¿y qué? ¿No adquiere aureola de confesor de la fe un obispo que, por defender la jurisdicción eclesiástica, se encamina al destierro y en él muere? Cuanto a esos sacerdotes, sobre cuyas memorias cayó una montaña de desprestigio, pregunto yo: ¿Qué juicio puede merecer un clérigo que públicamente desconoce la autoridad de su legítimo prelado o la usurpa?

Convengo en que aquellos sacerdotes podían, sin ofensa, no compartir las ideas políticas de su prelado, pero, ¿de dónde sa-

caban el derecho de desobedecerle en negocios netamente religiosos?

Y sobre todo, ¿con qué alma podía un sacerdote, no digo místico sino simplemente lógico consigo mismo, ponerse ostensiblemente del lado de una autoridad suprema que en nota, escribía a su prelado lo siguiente:

«Al Illmo. obispo. La salud pública es superior a todas las consideraciones. Ella clama por la separación absoluta de U. S. I. Se resiente el gobierno de pronunciar el confinio de una persona tan caracterizada; pero sea éste uno de los sacrificios a la existencia de la nación. U. S. I. sale inmediatamente a seguir el destino que se ha acordado; pero en el momento nombra de gobernador del obispado en todas las atribuciones y lleno de facultades al canónigo de esta santa iglesia don Pedro Vivar. No se admite sobre esto contestación, réplica, duda, ni reclamo alguno» (p. 143). ¿Quién firmaba esta comunicación? ¿El zar de Rusia?...

Sea de esto lo que fuere, todo el que lea el folleto del señor Urzúa verá revivir la figura del pobre obispo que pagó su testarudez y su falta de diplomacia muriendo desamparado lejos de Chile.

13 de marzo de 1916.

### «HISTORIA ECLESIASTICA DE CHILE» (\*)

En el Congreso Panamericano de Río de Janeiro acordóse que cada República de la América Latina redactase y publicase su propia historia. Para dar cumplimiento a este acuerdo, la Universidad de Chile eligió a varios especialistas y encomendó a cada uno de ellos una sección de la historia nacional. Era lógico que el encargo de escribir la historia religiosa de este país re-

(\*) Por Carlos Silva Cotapos.

cayese sobre el Ilustrísimo Obispo de La Serena. La bibliografía del dignísimo prelado da los fundamentos de aquella elección. Y, en efecto, desde 1909 hasta 1919, vémosle empeñado en estudios y publicaciones de historia eclesiástica chilena. En 1909, trábese en singular combate con el R. P. Maturana sobre «La Reforma de los Agustinos». En 1913 publica la historia de «Don Rodrigo González, primer obispo de Santiago de Chile»; en 1914, la de «Don fray Antonio de San Miguel, primer obispo de La Imperial». En seguida vienen la biografía de los obispos Rodríguez Zorrilla (1915) y Alday (1917), la de Monseñor Eyzaguirre (1919) y, en 1916, una «Lista de los canónigos de la Iglesia Catedral de Santiago desde 1563».

Si, pues, alguien merece el dictado de especialista en historia eclesiástica, ese alguien es el obispo de La Serena. Nadie mejor que él podía encargarse de presentar al público el cuadro de la vida eclesiástica chilena desde la Conquista hasta nuestros días.

¿A qué motivos obedeció el Illmo. señor Silva Cotapos al aceptar aquel encargo?

Es fácil adivinarlos leyendo la introducción de este libro. Quiso, desde luego, continuar la tarea que emprendiera antes de su elección para el obispado de La Serena. Ya sus estudios anteriores le habían demostrado que la historia eclesiástica de Chile no ha sido aún tan bien estudiada como su historia civil. A cada paso encuéntranse puntos oscuros o problemas no resueltos o resueltos malamente.

Estas consideraciones le movieron a aceptar el encargo que le hizo la Universidad de Chile. Pero no fueron las únicas: «también nos inclinó —declara el Illmo. obispo— el deseo de dotar a nuestros seminarios de un manual de historia eclesiástica patria, pues por no haberse escrito aún ese manual, dicha historia es completamente desconocida entre nosotros».

Aquí pido licencia para agregar algo: no sólo la historia

eclesiástica, sino también la historia religiosa es generalmente ignorada.

Por historia eclesiástica entiendo la historia de la Iglesia considerada como gobierno: historia de los obispos, es decir, del gobierno episcopal; fundación de las diócesis, parroquias, seminarios; establecimiento de las órdenes religiosas; relación del gobierno eclesiástico con el gobierno civil y con las órdenes autónomas, etc.

Al lado (o dentro) de esta historia concíbese otra que resultaría ser la historia de la vida religiosa en el clero secular y regular, en los monasterios de monjas en el «mundo»; vida mística, sacramento, caridad, devociones, procesiones, peregrinaciones, santuarios, fiestas, etc.

Semejante historia haría desfilas a nuestra vista como en una cinta de cinematógrafo, la vida religiosa de Chile desde la época de Pedro de Valdivia hasta nuestros días. Constituiría una enseñanza de primer orden. En ella verían los católicos de 1925 los muchos puntos en que se asemejan a sus antepasados o se diferencian de ellos. Adquiriríamos así una idea exacta acerca de la continuidad y variedad de la vida católica a través de los siglos.

Menciono estos estudios con el objeto de señalar a la juventud el mucho campo de investigación que la historia de la Iglesia Católica en Chile les ofrece. A primera vista puede creerse que con esta obra del Illmo. obispo de La Serena, todo queda terminado. Sucede precisamente lo contrario: con ella todo empieza. Así los estudios tienen al alcance de la mano el hilo de Ariadna, el mapa de una región en gran parte nunca explorada ni estudiada. Todo cuanto se escriba sobre historia de la Iglesia chilena deberá en adelante fundarse en esta obra.

Para convencerse de la verdad de lo que acabo de aseverar, el lector puede hacer el siguiente experimento: proponer un problema histórico y resolverlo merced al libro del Illmo. señor Silva Cotapos. Este, por ejemplo: es un hecho que, en Francia,

en Alemania y en diversos otros países, la Iglesia Católica ha desempeñado durante la época medieval el papel de protectora y maestra del «pueblo», defendiéndolo contra la inicua explotación de los conquistadores y de los herederos de éstos, los señores feudales. ¿Acaso la Iglesia desempeñó en el primer siglo de la vida de Chile el mismo papel?

Ese es el problema. *A priori*, puede el investigador estar seguro de que se cumplirá en Chile la ley del viejo axioma según el cual «una misma causa en unas mismas condiciones producirá los mismos efectos».

Veamos las condiciones de Chile: aquí, como por ejemplo, en la Francia del siglo VII, el araucano recién conquistado se halla en una condición bastante parecida a la del «paisano» o campesino galo al frente de los conquistadores francos. Así como éstos, los conquistadores hispanos quieren explotar al conquistado. Existiendo en ambos países la Iglesia Católica y gozando ésta de grande influjo político y religioso, es lógico que defienda en Chile como los defendió en Francia, «los derechos del hombre», quiero decir, que impida en cuanto pueda la explotación del conquistado. En lo cual la Iglesia no hará sino obedecer al mismo amor que hizo pronunciar a Cristo el «*Misereor super turbam*».

Pues bien, lo esencial de este problema y de su solución se halla en el libro del Illmo. señor Silva Cotapos:

1. El rey de España escribe al provincial de los franciscanos del Perú: «Como sabéis el capitán Valdivia está en las provincias de Chile. . . Somos informados que no tienen (los conquistadores) ningunos religiosos para que entiendan en la defensión y protección de los indios naturales de ella, a cuya causa podría ser que recibiesen algunos daños. . . » En esa virtud ruega y encarga el rey que se envíen a Chile religiosos. Es claro que el rey reconoce en la Iglesia Católica la vocación de defensora de los pobres y débiles (p. 8).

2. Fray Gil González de San Nicolás, dominicano, se opone a la guerra de conquista. Sostiene que los soldados que matan

a los indios cometen pecado mortal y se van al infierno, y «están obligados a pagar todo el daño que hagan y todo lo que coman; porque *los indios defienden causa justa*, como son su libertad, casas y haciendas, pues Valdivia no ha entrado a la conquista como lo manda la Iglesia, amonestando y requiriendo con palabras y obras a los naturales» (p. 10).

El señor Silva Cotapos reconoce que esta doctrina es teóricamente verdadera. Convendría compararla con la que el abate Raynal (o, más exactamente, Diderot por intermedio de éste) expone en las primeras páginas del capítulo relativo a Chile en su obra intitulada *Histoire philosophique... des établissements européens dans les deux Indes* (1).

3. Intervención del obispo San Miguel (p. 14); supresión del servicio personal de los indios (p. 21); el obispo Medellín denuncia al rey el maltrato de los indios (p. 24); el jesuita Padre Valdivia sale en defensa de éstos (p. 31 y siguientes).

No insisto: fáltame el tiempo y el espacio. Pero lo esbozado hasta aquí basta para fundar la opinión que emití hace poco: en el libro del Illmo. señor Silva Cotapos hay todo lo que es menester para resolver el problema histórico arriba formulado. Los investigadores ampliarán en los detalles; todo lo esencial y sustancial está dicho y en aquellas páginas queda comprobado que en el siglo XVI la Iglesia, en Chile, cumplió con la ley de su vocación: defendió a los pobres y débiles contra los ricos y los poderosos.

Los herederos de éstos no deben, pues, mirar con recelo lo que hoy haga la Iglesia por los «herederos» de aquéllos. Ni debe ello ser mirado con suspicacia por los beneficiarios de aquella defensa. Siempre surgirán defensores de los pobres como fueron fray Gil, el obispo don fray Diego y el padre Valdivia. Y siempre les irá mal con los poderosos... Pero, no hay remedio: es algo

(1) Digo *Diderot*, porque aquellas páginas tienen el vigor propio de lo que Diderot escribió. No son «flojas» como las del abate con quien colaboraba y a quien «aleonaba».

«fisiológico», quiero decir, es algo que depende de la «naturaleza» de la Iglesia: misereor super turbam: se compadece de la muchedumbre, es decir —según la etimología—, sufre con ella.

La historia eclesiástica de Chile se prestaría para muchos comentarios. Más de uno de los acontecimientos que presenciarnos tiene en ella sus raíces. Los hombres de 1925 no sospechan hasta qué punto es cierta la frase de Augusto Comte: «Los vivos son cada día más y más gobernados por los muertos».

5 de octubre de 1925.

## CARLOS SILVA VILDOSOLA

### «EN LA NIEVE» (\*)

Si hay en Chile quien ame las montañas, este libro será para él una delicia. Pero ¿quién las ama?

Fuera del autor de la Canción Nacional que sólo vio en los Andes «el baluarte que nos dio el Señor», fuera tal vez, de uno que otro poeta que las contempla de lejos y les pide una metáfora o una rima, ¿quién las ama?

Los suizos, según decía Tartarín, han «machiné» los Alpes: aquí dejamos los Andes muy tranquilos. Basta que, con su nieve nos den agua y frescor en los días de verano.

Amarlos, hacer su «toilette» como los suizos adoran y atildan sus montañas (porque de ellas viven como Chile de sus Andes), ¿quién jamás pensó en ello?

Empero, justo es confesar que los habitantes de este país no son tan culpables como parecen.

---

(\*) Por C. Silva Vildósola.

Suficiente excusa es para ellos la diferencia que a primera vista se descubre entre las montañas de Chile y las de Suiza.

Los Alpes, a fuerza de maquinarias, se asemejan a un teatro: no hay allí, como en los Andes, sorpresa alguna que temer. Nadie, salvo los imprudentes o los tontos, muere helado; nadie padece hambres ni vive con el credo en la boca. En todo valle, en toda cumbre digna de una mirada hay un hotel cuyo «comfort» iguala, cuando no sobrepuja, el de los «Terminus» y «Majestics» que esperan al viajero en los llanos.

En cambio si estamos cansados de la existencia (sin por eso querer positivamente suicidarnos), ahí están los Andes que, en invierno, nos convidan.

En verdad, los únicos chilenos que hoy por hoy pueden ir a la montaña en busca de «sport» son tal vez los... cóndores.

Confieso, sin embargo, que para más de un joven la lectura de este libro será una revelación.

Viendo que, aun en el rigor del invierno, puede la más ceñuda montaña brindar intensísimos placeres a los que no hacen del regalo y la pereza muscular el ideal de su vida, muchos dirán: ¿por qué no son los Andes para nosotros lo que los Alpes para los ingleses y alemanes, un admirable campo de «sport»? ¿Acaso nos faltan el valor y la energía?

Es, precisamente, esta la pregunta que el señor Carlos Silva Vildósola ha querido provocar.

Dice, en efecto: «Si alguien tiene la paciencia de leer este volumen y al doblar la última página sale a buscar un amigo y con éste a otros a fin de concertarse para iniciar en los valles de nuestra cordillera, a que ya alcanza el ferrocarril, los juegos de invierno y las excursiones de montaña, el autor quedará más satisfecho que si hubiera obtenido un gran triunfo literario».

No sé si el ejemplo que en este libro nos dan los patinadores ingleses, «tobogganistas», «gimkanistas», «lugeurs», etc., suscitará pronto imitadores; pero el triunfo literario del autor es seguro.

Su libro «es un simple diario» de la vida en una aldea suiza durante la estación de los juegos que se conocen con el nombre genérico de sports de invierno.

¡Muy bien! Pero, aunque «simple diario», es hermosa obra de arte.

«Carecen seguramente estas páginas de cualidades literarias y no habrán de satisfacer a los que busquen la nobleza del estilo...»

Esto dice el autor: pero ¿quién no sabe que nobleza y sencillez pueden hermanarse así en el estilo como en la vida?

Véase, por ejemplo, si faltan «cualidades literarias» en este cuadro:

«Poco a poco la majestad de la montaña bravía, inhabitada, adusta, con la frente perdida en las nubes y la granítica mole envuelta en el manto desgarrado de las nieves, nos invade el ánimo y nos empequeñece y amedrenta. Los viajeros piensan en las avalanchas... Y el silencio domina de nuevo, porque la voz humana parece pobre e insuficiente, allí donde se oyen los furores del trueno y de las avalanchas; la voz del hombre suena como sonaría la flauta de juguete de un niño en una vasta saia hecha para orquestas wagnerianas. Sólo las campanillas de los trineos cantan su canción que parece implorar, pedir permiso, mendigar una tregua de la naturaleza implacable» (p. 13-14).

¡Cuántos, en Chile, al atravesar la cordillera, no habrán sentido ese temor sagrado que sobrecoge el alma del viajero ante la amenazadora mole colosal de la montaña! ¡Sí! Pero, ¿serán muchos los que pueden exteriorizarlo en forma tan noble y sencilla, tan artísticamente perfecta? Léase además esta descripción del anochecer en los Alpes: «El panorama es grandioso y nos deja largo rato sobrecogidos. El sol poniente da a las nieves un tinte de rosa, que luego se va transformando en una coloración azulada, y que parece llenar el aire de un hálito de misterio. La aldea está allá abajo en el seno de las sombras que comienzan a trepar la montaña; las vemos subir, invadirnos amenazantes;

pero a nuestra espalda una gran claridad se anuncia triunfadora: es la luna llena que sube a vencer la noche, que resbala los rayos sobre las faldas argentadas, y aparece como un gran rostro pálido y fosforescente tras de los picos que nos abrigan. Comprendo los árabes —dice uno— y me prosternaría para hacer la plegaria de la tarde.

«Las campanas de la iglesia de Andermath tocan el Angelus y los sones suben hasta nosotros en ecos largos, plañideros, de una nitidez y dulzura extrahumanas. Y los labios murmuran, sin quererlo, el Avemaría» (p. 27-28).

Si con esto no se dan por contentos «los que buscan la nobleza del estilo», habrá que desahuciarlos. . .

Por lo demás, poco importa (o poco importan. . .).

Junto con ese don de interpretar la naturaleza y de simpatizar con ella posee el señor Silva Vildósola un ojo irónico digno del autor de Tartarín.

Parecen los ingleses, o más exactamente las inglesas, «de medio pelo» exasperarle de veras. No dice que, sin ellos, Andermath sería un Edén «en la nieve» pero lo insinúa.

«Hay —dice— estupendas tentativas de modas parisienses en que las reminiscencias griegas y persas que ahora se estilan caen sobre cuerpos ingleses como ropajes colgados de una percha. No nos ha tocado un lote de damas muy favorecidas por la naturaleza. Abundan las mandíbulas fuertes, los dientes amenazadores, los talles rectos. . .» (p. 40).

¡Horror! Y ¡cómo se ve que comulga el autor con ese pobre violinista que toca en medio del barullo de los comerciantes anglosajones un concierto de Mendelsohn!

El músico no logrando interesar a los tenderos de Birmingham, pone fin al concierto: «En un intervalo nos acercamos al artista desconsolado y le decimos cuánto hemos sentido lo ocurrido y cómo gozábamos con su música.

«Cuando se da cuenta que no somos ingleses, abarca en una

gran mirada de conmiseración a los circunstantes y dice: «Tienen orejas, pero no oídos» (p. 56).

¡Ah! ¡Qué agradable ha de ser una tarde en Andermath con semejantes compañeros! . . .

Por suerte, Chile está muy lejos de Sheffield y Birmingham. Si, cual varilla mágica, el libro del señor Silva Vildósola hace brotar un Andermath chileno, esperemos que no se verán allí ni perchas, ni mandíbulas fuertes, ni dientes amenazadores y tampoco orejas como . . . ésas.

Linda es la nieve, y muy tónicos han de ser esos «sports del invierno» tan alegremente descritos por nuestro autor; pero antes que vivir y actuar en semejante circo de fieras, ¿quién no preferiría el sport que consiste en contemplar la nevada montaña desde el llano?

15 de septiembre de 1913.

#### «DEL DOLOR Y DE LA MUERTE: LA GUERRA VISTA POR UN CHILENO» (\*)

Ruego a mis benévolos lectores se sirvan disculpar la licencia que me tomo de copiar aquí el prólogo con que he encabezado la presente publicación.

En aquellas páginas pude, pero no quise engolfarme en consideraciones de índole estética y demostrar que, a pesar de haberse escrito periodísticamente, esto es, con forzosa precipitación y sin tomar en cuenta el precepto de Boileau, este libro es, sin embargo, por su elegancia y su vigor, digno del egregio humanista que lo firma (1).

(\*) Por C. Silva Vildósola.

(1) Alúdese al conocidísimo precepto:

*Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage,  
Polissez-le sans cesse et le repolissez.*

Pero si hemos de juzgar y hablar seriamente, ¿qué importa, hoy por hoy, la mera literatura?...

Sólo en almas «neutralizadas» a fondo, caben a estas horas las artificialidades del estilismo. Nerón cantando versos mientras contempla el incendio de Roma, he ahí el prototipo de esos «artífices» que enhebran vocablos, peinan frases y miden versos, *tranquilamente*, mientras millones de hombres sacrifican su vida por ellos en una guerra sin fin.

Quédense en mala hora con su logorrea y volvamos nosotros al asunto que nos tiene embargada el alma.

En el prólogo que copio en seguida hallará el lector explicada y fundada la peculiar importancia de este libro.

\* \* \*

«*Prólogo*: Cómo y por qué he tomado a mi cargo la gratísima tarea de publicar en forma de libro las admirables cartas de mi ex director y siempre querido amigo señor don Carlos Silva Vildósola, he ahí lo que creo necesario explicar en este breve prólogo.

Invitado por el señor Silva Vildósola, he emprendido este trabajo: primero, porque era menester impedir que las colecciones de «El Mercurio» fuesen la tumba de tan hermosas páginas; segundo, porque aquellas cartas constituyen un tesoro de enseñanzas políticas, imprescindiblemente necesarias algunas y provechosísimas todas; y tercero, porque, en ellas, sale demostrada con vigor dialéctico irresistible la justicia de la causa por la cual, si no me lo impidiese el peso de los años habría tenido a honra derramar toda la sangre de mis venas.

No pudiendo como mis jóvenes compatriotas manejar el rifle ni lanzar la granada, cuido de las armas y municiones que otros han puesto al servicio de la verdad y de la justicia, encarnadas en mi patria y en las aliadas de Francia.

Pocas armas habrá que iguallen en eficacia a las que el lector hallará en este arsenal, quiero decir, en este libro.

Son armas de precisión: son argumentos sacados, por decirlo así, de las entrañas mismas de la realidad.

El señor don Carlos Silva Vildósola escribe con una serenidad verdaderamente judicial, *sine ira et studio*.

Para él la palabra «neutralidad» no es esa transparente excusa con que los indiferentes y los hipócritas intentan cubrir su egoísmo y cobardía.

No admite el señor Silva Vildósola que un hombre digno de ese nombre pueda ser «neutral», es decir, indiferente, en presencia de la maldad.

Dice

*«Los neutrales constituimos en estos momentos el gran tribunal de la humanidad que debe juzgar a los beligerantes y preparar el fallo futuro de la historia. No debemos dejarnos arrastrar por simpatías o antipatías.»*

*«Necesitamos investigar y juzgar con ánimo de dar a cada uno lo suyo» (p. 60-61).*

Fiel a la regla que él mismo ha promulgado, investiga y juzga con evidente ánimo de dar a cada uno de los beligerantes lo suyo.

Y la mejor prueba de que ha conseguido su objeto es que los exaltados de ambos lados de la barricada le reprochan, unos, su germanofilia, otros, su «aliadofilia»...

¿No es germanófilo —dicen los primeros— el que, hablando de los crímenes y crueldades alemanes, procura siempre reducirlos a un minimum que las circunstancias explican y, en cierto modo, excusan?

¿No es germanófilo el que ensalza el patriotismo alemán diciendo?:

«No se oye en Alemania ni una queja, ni se ve un asomo de desaliento. Las industrias, con excepción de las que se relacionan con el Ejército o la Escuadra, están casi totalmente paralizadas

por falta de operarios, y en algunos casos por la imposibilidad de procurarse las materias primas que antes se importaban. Todo el comercio exterior de importación y exportación ha cesado a causa del bloqueo riguroso que hace la escuadra inglesa. La flor de la juventud perece en los campos de Flandes y de la Polonia, en un derroche espantoso de vidas humanas. Había a mediados del presente mes (noviembre de 1914) más de medio millón de hombres fuera de combate con una aterradora proporción de muertos.

«Pero nadie puede decir que el coloso germánico haya hecho un gesto de dolor o desaliento. Un viajero describe las iglesias de Alemania llenas de una muchedumbre de madres y esposas desoladas, que claman al Altísimo y le piden el triunfo de las armas del Imperio» (p. 114).

Esto, según muchos aliados, es germanofilia. En cambio si hemos de creer lo que se ha publicado en cierta prensa, pocos son los germanófilos que creen en la imparcialidad del señor Silva Vildósola.

¿Puede ser imparcial, preguntan éstos, el que no cree en la degeneración francesa, en la corrupción de París, en el ateísmo de Francia?

¿Será imparcial el escritor que, a principios de 1915, hizo la siguiente confesión:

«Todos nos engañamos. Deslumbrados por el espectáculo maravilloso de la colmena alemana, donde todo era método, disciplina, organización de los detalles, en la cual cada abeja tenía su celdilla para depositar la miel y su lanceta bien aguzada para defenderse, creíamos que estas libres nacionalidades latinas representaban el desorden, la degeneración y la ruina.

«Todos dudamos un punto de la civilización engendrada por Roma que nos dio el ser espiritual y que se ha hecho y sigue haciéndose en el esplendor de las individualidades libres de trabas y entregadas al vuelo espontáneo de su genio.

«Y la Francia se levantó un día amenazada en su indepen-

dencia para probar que no estaba en ruinas, que no era degeneración la suya, que el desorden de su vida cívica era más aparente que real y que había en el fondo de su alma inmortal energías morales que sus enemigos no sospechaban, sanas, fuertes, prontas para la acción» (p. 311-312).

Bien dijo La Fontaine:

*On ne peut contenter tout le monde et son père...*

El solo hecho de descontentar por igual a los exaltados de ambos bandos demuestra que la neutralidad del señor Silva Vildósola es pura y simple justicia.

En esto consiste la eficacia de su obra.

De ahí el odio que le profesan aquellos para quienes la máxima *Deutschland über alles* es una moderna traducción alemana de otra muy vieja: *El fin justifica los medios*.

De ahí también la gratitud que, después de leer su libro, le profesarán aquellos para quienes el ideal humano y cristiano está en el triunfo de la verdad, de la justicia y de la bondad».

\* \* \*

Como lo verá el lector en el índice que se transcribe en seguida, el plano a que obedece el agrupamiento de los cuarenta y tres capítulos de la obra es, a la vez, lógico y práctico.

La actual guerra sería poco inteligible si se presentase, por decirlo así, en un escenario sin decoración de fondo. Para esto servirán los cinco primeros capítulos que he intitulado *Visperas de guerra*, y que sirven de introducción.

#### INTRODUCCIÓN

*Visperas de guerra*.—I. El drama del Fígaro; II. La crisis francesa (Caillaux-Calmette); III. La lección de la Francia; IV. La revuelta leal (El Ulster); V. Problemas alemanes (El libro de Von Bülow).

## PRIMERA PARTE

1914

*El primer acto del drama (41-90).*—VI. A través de la Europa en guerra; VII. El grande horror de la guerra; VIII. Acusaciones contra el ejército alemán; IX. Un testigo neutral de la guerra; X. La tragedia del pueblo belga; XI. El martirio de Bélgica.

*En Rusia y en el Océano Pacífico (91-104).*—XII. La incógnita rusa; XIII. El combate del Pacífico.

*Filosofía de la guerra (105-159)* XIV.—El esfuerzo alemán; XV. El pueblo alemán y la guerra; XVI. El pueblo británico y la guerra; XVII. Hablando de paz; XVIII. El pueblo francés y la guerra; XIX. Las revelaciones del gobierno francés.

*La economía política y la guerra (161-181).* XX.—Finanzas alemanas; XXI. Alimentos y materias primas en Alemania; XXII. Nuevos cálculos sobre el costo de la guerra.

*Cuestiones de derecho internacional (183-222).*—XXIII. La neutralidad de Chile; XXIV. Los neutrales de Europa; XXV. Neutralidad de España; XXVI. Cómo aprovecha España la guerra; XXVII. Contrabando de guerra (La discusión Anglo-Americana).

*Al cabo de cinco meses de guerra (223-240).*—XXVIII. Balance de cinco meses de guerra; XXIX. La nueva Europa.

## SEGUNDA PARTE

1915 (enero-junio)

*Guerra crónica (242-275).*—XXX. El bloqueo submarino; XXXI. El ejército francés (Organización bajo el fuego); XXXII. Zepelines y submarinos; XXXIII. La guerra sin fin.

*Cosecha de sufrimientos (277-308).*—XXXIV. Prisión del

cardenal Mercier; XXXV. Prisioneros de guerra (Internados civiles); XXXVI. Martirio y resurrección de la Polonia.

*Lecciones de la guerra (309-328)*.—XXXVII. El alma nueva de París; XXXVIII. Algunas ideas removidas por la guerra; XXXIX. La nueva situación política europea.

*Entre neutrales (329-344)*.—XL. Colonias beligerantes en países neutrales; XLI. La opinión chilena ante la Europa.

*Criticando y viajando (345-385)*.—XLII. Crítica de las noticias de la guerra; XLIII. Viajes en tiempo de guerra.

\* \* \*

¡Qué programa! ¡Qué espectáculo! Cada uno de los capítulos enumerados arriba evoca en mi mente un cuadro parecido a aquellos que Tácito contemplaba en la suya cuando encabezaba sus *Historias* con la frase famosa: «*¡Doy principio a la historia de una época llena de varios casos, de guerras atroces, de sediciones y alborotos, cruel hasta en la misma paz!...*»

Con todo, hay que agregar con el mismo historiador:

«No fue aquella época tan estéril de virtud, que no faltasen muchos buenos ejemplos de que tomar enseñanza; pues se ven madres acompañar a sus hijos en la huida, mujeres a sus maridos en el destierro, parientes animosos, yernos constantes, y, finalmente, siervos no sólo fieles, pero contumaces contra el rigor de los tormentos. Véanse muertes de hombres ilustres sufridas con tal fortaleza de corazón, que en los generosos fines imitaron la constancia y celebrado valor de los antiguos».

¿No es este cuadro una prefiguración de lo que venimos presenciando desde 1914?

Y puesto que el epígrafe es de Tácito, sean también del mismo historiador la conclusión y el «acto de fe» con que he de poner fin a este artículo.

«... Los dioses, después de dejar al pueblo romano gemir bajo la más cruel opresión, lo vengaron en forma por demás

manifiesta; nunca salió mejor comprobado que, si no previenen el crimen, al menos lo castigan. *Approbatum est non esse curae deis securitatem nostram. esse ultionem*».

4 de diciembre de 1916.

## EDUARDO SOLAR CORREA

### «SEMBLANZAS LITERARIAS DE LA COLONIA» (\*)

Contáronme, a mi llegada a Chile que este libro fue acogido con lo que, por eufemismo, el «Diario Oficial» francés en las sesiones de la Cámara llama «*Mouvements divers*», es decir, en romance, manifestaciones de agrado y desagrado.

Y como preguntara yo por el motivo de aquella acogida, contestóseme que el señor Solar Correa favorecía demasiadamente a los jesuitas de la Colonia, ¡cosa que la «intelectualidad» moderna no podía tolerar!...

Quise saber los nombres de los escritores estudiados por el señor Solar, y fácilmente vi que, en efecto, todos menos Ercilla, eran jesuitas o amigos íntimos de la Compañía de Jesús. Pero ¡qué jesuitas! La flor y nata de la Compañía en un tiempo en que, fuera de ella, poco se conocía de nata ni de flor. ¿Y esta era la causa de la oposición con que algunos habían acogido a «Semblanzas»? ¡Qué pequeñez, qué estrechez de criterio!

Resolví leer aquel libro, y esto tanto más cuanto que en él figuran dos hombres que yo admiro desde ya casi medio siglo. ¿Serán Ercilla y Oña? No. Confieso humildemente que ni éste

---

(\*) Por E. Solar Correa.

ni siquiera aquél ha logrado conquistarme. Su «Araucana» y su «Arauco Domado» son, al fin y a la postre, crónica o historia como la «Farsalia» de Lucano, crónica que la versificación forzosa apesanta, en vez de aligerarla. No he podido leer la *Henriade* de Voltaire ni *La Araucana* de Ercilla ni las latas de Pedro de Oña. Mi última lectura épica fue la *Jerusalén Libertada*. Esto pasó hace muy cerca de setenta años. Desde entonces quedé harto de seudopopeyas para el resto de mi vida...

No significa ello que me parezca mal el que otros lean a Ercilla y a Oña. Al contrario, admiro esos héroes (hablo de los lectores) y casi los envidio. Comprendo, en todo caso, que de semejante lectura un hombre como el señor Solar Correa, dotado de espíritu crítico y filosófico, saque materia para dos «semblanzas» admirables. Pero los que me interesan a mí son hombres muy distintos: son el Padre Ovalle y el Padre Rosales, porque ambos (pero especialmente el primero) fueron insignes bienhechores míos.

Allá por el año de 1887 tocóme ir a convalecer en el hospital de Talcahuano, que ya estaba al cuidado de las buenas Hermanas de la Caridad. Hombre más aburrido que yo no lo había, seguramente, en aquel puerto. Pero Dios, clemente y misericordioso, quiso que encontrara allí un párroco en cuya biblioteca figuraban el Padre Ovalle y el Padre Rosales. Llevé prestada al hospital la *Histórica Relación* del primero, y mi suerte cambió como por encanto. Es de advertir que en aquella época yo era simple novicio en español. No había aún enterado mi primer año de residencia en Chile. Con todo, la lectura de aquel libro fue para mí un doble beneficio. Primero, porque me convencí, leyendo con encanto al P. Ovalle, que pronto el español carecería de misterios para mí. Error grave, hijo de la ignorancia y la petulancia juvenil, pero error tónico, puesto que me animó a leer cuanto clásico encontraba a mi alcance. Los que no son franceses o que nunca han comparado minuciosamente el español con el francés, podrán apenas calcular la buena suerte que me

cupo en Talcahuano. A ella debo, sin duda alguna, la dicha de poder ahora expresar en un español inteligible todas mis ideas...

Mi segunda alegría resultó de conocer mejor a Chile en el cuadro pintado por el P. Ovalle. En realidad, no conocía entonces más que lo que la vista alcanza a lo largo de la vía férrea de Valparaíso a Concepción. Nada sospechaba de las selvas vírgenes, de los inmensos trigales del sur ni de la Araucanía. De Chile, en suma no conocía más que las tapas. El P. Ovalle me lo reveló y por esto profésole desde entonces admiración y gratitud. Debo agregar, para ser justo, que merced al mismo venerable párroco, leí también durante esas largas vacaciones, el libro del P. Rosales, el cual completó o ahondó las impresiones dejadas en mi mente por la *Histórica Relación*.

He ahí en resumen y en globo, lo que he conseguido saber en cuarenta años acerca de la literatura colonial chilena. Aunque valiosas las noticias que encontré en la muy docta obra de don José Toribio Medina no me bastaban porque, en aquel libro, el señor Medina hace obra de historiador a la chilena, no de verdadero crítico. El primer libro de crítica literaria filosófica digno de tal nombre que yo haya leído sobre literatura colonial de Chile, es el del señor Solar Correa, libro que va a fondo porque busca las causas conforme a la máxima de Bacon *Vere scire est per causas scire*.

No todas las tesis del señor Solar Correa me dejan igualmente satisfecho, pero debo reconocer que, aun en los puntos en que me aparto de su parecer, éste merece atención y respeto.

Así, por ejemplo, en distintas partes de su obra insiste sobre el influjo social y literario que la *Araucana* ha tenido en Chile. Dice: «En el campo de las letras sirve de noble pórtico a nuestra literatura e inspira todos o casi todos los libros escritos durante los tres siglos coloniales. En la República, aquí o allá, asoma su recuerdo. Este verso de la Canción Nacional tan horro de sentido, que dice «de tres siglos lavamos la afrenta», no es sino torcida

influencia suya y en el espíritu de algunos de nuestros modernos historiadores vibran todavía las marciales estrofas del apuesto juglar del silgo XVI»

Hasta aquí estoy de acuerdo con el señor Solar Correa, pero sus afirmaciones dejan de cuadrar con mi experiencia, cuando habla de la influencia social ercillesca. Que circulen por nuestras calles Caupolicanes, Fresias y Tegualdas, hijas de la imaginación de Ercilla, bien puede ser, pero, en casi medio siglo, no he tropezado más que con una «araucana» de afición. Recuerdo muy bien el caso: era una «bas-bleu» influida por el Dr. Palacios y sus teorías sobre los araucanos de raza indogermánica. Hablaba hasta por los codos sobre la «araucanidad»... Tanto me cargó que, al fin, le dije: «No insista Ud., señorita: ahora me doy cuenta de que, en efecto, las facciones de Ud. son araucanas». Desde ese día tuve una enemiga más. Yo creo que todo aquello es literatura y que, sea cual fuese su valor en cuanto guerrero, el araucano no puede todavía compararse en posibilidades intelectuales, morales y sociales con el más humilde hombre de raza blanca. Excepciones hay, pero contadas. En todo caso, salvo un cataclismo, Chile está protegido contra una «restauración araucana».

Según el famoso H. Stewart Chamberlain, que es hoy uno de los clásicos del Hitlerismo, *«en Chile, donde una modesta pretensión a la cultura no parece demasiadamente fuera de lugar, y donde suele reinar (esto se publicó en 1913) un orden político relativo que lo distingue de los demás Estados Americanos, el 30 por 100 de los habitantes es aún de pura extracción española y esa tercera parte basta para detener la descomposición moral»* (H. S. CHAMBERLAIN: *La Genése du XIXe siècle*, p. 387). Pero y si ese 30% merced a la creciente «mestización» se vuelve un 10 por 100 o menos, ¿cómo seguirá la sangre española desempeñando eficazmente en Chile el papel de la sal? ¿Llegará el mito ercillesco a derribar el edificio social de los españoles en este país? Si así fuere, ¡qué ironía! ¡Desdichado Ercilla!

En todo caso no será fácil probar que el *mito del araucano* ha evolucionado hasta transformarse en el *mito del buen salvaje* (u hombre primitivo naturalmente bueno), cuyo éxito en el siglo XVIII lo hizo ascender al grado de dogma fundamental en la ideología de *Rousseau* y *Diderot*. ¡Ahí tenemos, por ejemplo, a Montaigne, en cuyos «Ensayos» (libro III, cap. VI) aparecen unos indios a cuyo lado los propios héroes romanos de más fama parecen chicos! Pero ninguno de ellos es araucano; todos son o del cuzco o de México. Y es de advertir que el libro III de los «Ensayos» se publicó por primera vez en la edición de París de 1588. En aquella fecha la tercera parte de la *Araucana* no había aún salido a luz.

En otro orden de ideas señalaré una curiosa teoría de nuestro autor sobre el misticismo. Según el señor Solar Correa, «nacido en Castilla el P. Alonso habría sido un alma gemela de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. . . Pero hijo de Chile, la contemplación adquirió en él una tonalidad poética y humana ajena a todo misticismo. . . » En una palabra, sin la yerma planicie castellana, la exaltación mística (es decir, la santidad) es inconcebible. Por esto nunca se dio en los vergeles de Andalucía, ni en las verdes y pintorescas laderas cantábricas ni. . . en Chile. A lo cual objetaré que ningún cristiano creyó jamás que la santidad sea cuestión de latitud. . . Si así fuere, la palabra *Catolicismo* carecería de significado.

Pero tal vez el señor Solar Correa haya querido únicamente subrayar las dificultades, es decir, las tentaciones que los vergeles andaluces o chilenos puedan brindar. . . En tal caso ello equivaldría a decir que la santidad es tanto más difícil en un lugar cuanto más se parece éste al huerto de Edén. ¡Verdad indiscutible! Ahí están Adán y Eva para atestiguarla. . .

31 de mayo de 1934.

## «LA MUERTE DEL HUMANISMO EN CHILE» (\*)

¿Será cierto lo que, en una amable dedicatoria, me dice el autor de este libro? ¿Habré verdaderamente «hecho tanto por resucitar al muerto», es decir, al latín?

Examinando mi conciencia descubro únicamente que, durante una porción de años, hice clases de latín en el Instituto Nacional y que, en los intervalos de esas clases, solía escribir de cuando en cuando algún artículo relacionado con el latín. Debo, además, confesar que nunca creí en la resurrección *hic et nunc* de aquel idioma y que, si algo hice por ella (como parece creerlo el señor Solar Correa), fue todo sin esa fe que resucita a los muertos. Ni mis artículos de «El Mercurio», ni mis clases del Instituto eran capaces de resucitar al latín. Estas, porque el número de horas dedicadas a ellas era ridículamente corto, sin contar que la clase se hacía entre las 5 y 6 de la tarde, es decir, con perjuicio para la salud de los alumnos, al final de un largo día de trabajo escolar. Para resucitar al latín en tales condiciones, hubiera sido menester un taumaturgo de más agallas. Lo único que yo buscaba en esa clase, era que algún alumno se prendara del latín e hiciera de aquel idioma y de la literatura correspondiente el «hobby» del resto de su vida. Pensaba también, que en un país como Chile, no es decente que el conocimiento del latín sea privilegio clerical. Cuanto a mis artículos, escribíalos yo sencillamente para interrumpir la prescripción. Nadie conoce el porvenir. ¿Quién sabe si un Mussolini no resucitará algún día, por decreto, a nuestro muerto?

Pero lo interesante en este momento, no es la resurrección del latín, es su muerte y la primera duda que brota en mi mente es sí, de veras, estaba vivo cuando don José Miguel Infante le

---

(\*) Por E. Solar Correa.

asestó la primera puñalada. «*Hay muertos que es preciso matar*», decía Víctor Hugo. Yo ceo que, en 1834, el latín era uno de esos muertos. Conviene, en efecto, recordar que desde 1773, fecha de la supresión de la Compañía de Jesús, careció Chile de profesores de latín dignos de ese nombre. En el intervalo entre la fecha en que empezó el destierro de los jesuitas y el ataque al latín en 1834, había crecido una generación de chilenos para los cuales humanismo y latín eran meras palabras: *flatus vocis*...

Puñaladas a un muerto fueron, pues, a mi modo de ver, las otras cuatro agresiones que, con tanta amenidad, el señor Solar Correa relata en su libro. Recuerdo haberle oído decir a mi finado amigo el doctor Orrego, que, cuando él intervino en ese malhadado degüello, había en Santiago, a lo sumo, una docena de latinistas más o menos auténticos, entre los cuales figuraban cuatro o cinco laicos. Los más eran clérigos o frailes... Así las cosas, podía el doctor firmar sin escrúpulo el certificado de defunción. *Bon pour enterrer!*..

Pero si el latín no hubiera fallecido por falta de maestros, la política democrática, el anticlericalismo su cómplice natural, la ignorancia que se ignora a sí propia lo habrían muerto.

En un país republicano a la moderna, el latín es naturalmente odiado como lo son los títulos de nobleza, las charreteras militares, etc., y a medida que los principios democráticos van cundiendo en el pueblo, es lógico que odio al latín crezca.

El señor Solar Correa cita al final de su libro una página de H. Boegner, discípulo de Augusto Comte, que, en pocas líneas, aclara este punto. «Los estudios clásicos crean, por una parte, un privilegio intelectual que acomoda mal a cierta demagogia y siendo la democracia el reino del número odia de instinto un sistema que tiende a formar una *élite* de la inteligencia. Hay, por otra parte, una oposición esencial entre cierto mesianismo revolucionario o evolucionista y la actitud del humanismo. Para el humanista, para el clásico, existe una preciosa tradición intelectual que se esmera en conservar y modelos en el

pasado que se empeña en imitar y comprender. Pero el político demócrata no habla del pasado sino para denigrarlo, para invitar a los que le siguen a desprenderse de él y para prometer maravillas, el oro y el moro, en el porvenir. ¿Cómo no habría de ver un peligro para la profesión que ejerce en estas letras antiguas que precaven contra semejante mesianismo pueril?» (p. 93).

Cuanto al anticlericalismo, es innegable que, él también, lleva vela en este entierro. Ya, en 1823, una circular de la principal logia masónica francesa, insistía en el carácter clerical del latín y en las ventajas que su enseñanza obligatoria significaba para el fanatismo, es decir (en lengua vulgar), para la Iglesia Católica. ¿No llegaría hasta Chile aquel monumento de insensatez? ¿No lo habría leído el señor Infante? En todo caso el «clericalismo del latín» no impedía que, en todas las universidades alemanas de entonces, los luteranos lo enseñaran y estudiaran con perfección y que los protestantes de Inglaterra en sus universidades y colegios imitaran a sus correligionarios de Alemania. Cosa aún más significativa: los propios rabinos judíos no se consideraban hombres cultos si no sabían latín...

En la muerte del latín en Chile la participación de la ignorancia se ve claramente y allí donde no la vemos, cierto tufillo nos revela su presencia o su paso. Desde luego ninguno de los degolladores sabía latín. Este es un hecho comprobado. Ninguno de ellos en su ramo o profesión carecía de ciencia o cuando menos, de alguna preparación. Hubo entre ellos uno que otro sabio, por ejemplo, el doctor Orrego, pero no hubo ningún filólogo, ningún latinista. Por consiguiente no tenían derecho para opinar sobre un asunto que ignoraban. ¡Cosas de la política!... Pero la manifestación a la vez más concisa y más demostrativa de ignorancia encuéntrase en la frase de don José Miguel Infante. ¡Podemos celebrar en 1934 su digno centenario! ¡Es todo un monumento! Abogaba aquel prohombre por la eliminación del latín en los colegios. «Se trata nada menos —decía— que de dirigir la juventud por el sendero de las luces o por el de la ignorancia, por el

de la libertad o el de la servidumbre» (p. 12). Y el señor Solar Co-  
rrea agrega: «Naturalmente el segundo de estos senderos era el  
que conducía al conocimiento de la lengua del Lacio». A mi vez  
agregaré yo que aquélla es una de las más solemnes necesidades  
que yo haya leído en mi vida. El señor Infante ignoraba que,  
durante los tres últimos siglos, el latín ha sido el idioma de los  
sabios, de éstos, especialmente, que han revolucionado el mundo  
moderno. Baste, para prueba, nombrar a Copérnico, Galileo,  
Descartes, Spinoza, Newton. Y podrían nombrarse cien más  
cuyas obras científicas fueron escritas en latín o traducidas a  
aquel idioma.

Pero es menester que yo conteste, antes de terminar, a  
aquellos que calladamente me están reprochando el calor y el  
enojo de estas críticas.

Yo me enojo, queridos amigos, por que sé, experimental-  
mente, que sin conocimiento del latín no hay verdadero cono-  
cimiento del español, del francés, del italiano, del portugués,  
del provenzal, del catalán, ni del inglés. Las razones que voy a  
dar se aplicarán igualmente a cada uno de los idiomas que acabo  
de enumerar, con excepción del inglés,

*El español, en su fondo y substancia, es puro y simple latín.*  
No es ciertamente el latín de Virgilio y Cicerón, pero es el latín  
de los soldados romanos que conquistaron a España, de los mer-  
caderees que se establecieron en sus puertos y los inmigrantes que  
mezclándose con los autóctonos, desempeñaron para la penínsu-  
la el papel de la levadura en la masa. Con ellos vino la lengua  
latina, y ésta, en seguida, se arraigó para vivir allí transformán-  
dose de siglo en siglo, pero sin perder su identidad primitiva.  
Los españoles y sus continuadores en América los chilenos en  
1934 hablan latín como *Monsieur Jourdain*, en cierta comedia  
de Molière, hacía prosa, sin sospecharlo, y porque no podía ha-  
cer otra cosa. El español es el latín popular de ahora 2.000 años  
modificado, eso sí, por el influjo del latín literario que, merced al  
clero medieval, no dejó nunca de enriquecerlo con nuevos voca-

blos. No en vano las preces del culto católico se expresan en latín. De la misa, de las vísperas, de los maitines con sus lecciones, etc., han volado vocablos que han ido a enriquecer el idioma español. Los teólogos y filósofos medievales crearon el lenguaje filosófico de que se valen hoy en día todos los cultivadores de las ciencias. Hasta para atacar al latín, hay que valerse del latín. . .

Agradezco al señor Solar Correa el haberme proporcionado con su libro la ocasión de resucitar mis antiguas indignaciones. Es un alivio a veces enojarse. . . Es higiénico. . . *Irascimini et nolite peccare*, dice el Salmo: ¡enojaos, mas no pequéis!

Todo está en saber limitarse. El señor Solar Correa es un maestro en lo de asignarse límites y respetarlos. Su tema era, de por sí, más extensible que un acordeón: la dificultad estaba en moderarse, primero, cuanto a las citas, y luego en los juicios. ¡Cuántas barbaridades no han escrito sobre esto los bárbaros! El señor Solar Correa, si hubiese seguido el sistema chileno que yo llamo *sistema de la pirca*, nos habría dado un volumen de 500 ó 1,000 páginas. Bastábale para ello extractar de libros, revistas y diarios las atrocidades que se han escrito en Chile sobre humanismo, humanidades y latín desde 1834 hasta 1934. En vez de esto (que era lo más fácil) el señor Solar Correa ha seleccionado las atrocidades más solemnes y más características y, como lo pedían la lógica y la justicia, las ha engastado en oro como diamantes. Así brillarán y alumbrarán. . . para siempre.

Cuanto a la ira que tanta insensatez no puede menos de provocarle, uno no la ve, sino que la adivina entre líneas. Es ésta una perfección, un dominio fuera de mi alcance. Por más que yo me sermonee, llega siempre un momento en que la conclusión tiene que escapárseme, suceda lo que suceda. . . ¡Dios me perdone!

20 de diciembre de 1934.

## TOMAS THAYER OJEDA

## «LOS CONQUISTADORES DE CHILE» (\*)

En mi ya larga vida he tropezado con muchos bibliotecarios y con algunos archiveros.

Analizando mis recuerdos creo que a aquellos respetables custodios de libros y documentos podría dividirlos en tres especies perfectamente distintas:

Una que cuida, pero ni lee ni deja leer;

Otra que cuida y lee, pero ahuyenta al lector, y

Por fin, una tercera que cuida, lee y no sólo convida, sino que obliga a leer guiando al investigador y compartiendo con él los tesoros que posee en sus anaqueles y en el archivo de su memoria.

(No he de callar que, para ser idealmente perfecta, esta división exigiría un «miembro» más. Salta, en efecto, a la vista que sobre los tres tipos ya nombrados, ha de existir el del bibliotecario que ni cuida, ni lee, ni deja leer. Y para ser franco, agregaré que ese tipo, por muy inverosímil que sea, existe en el mundo).

Bautizarlos a los cuatro, imitando a Linneo, sería cosa facilísima.

Así, por ejemplo, el que cuida, pero no lee ni deja leer, podría cómodamente llamarse *Canis hortulani*, en recuerdo del famoso can del hortelano, que ni come ni deja comer.

El tipo número dos (sumamente común en ambos mundos) merecería el nombre de Otelo, por razón de semejanza entre sus celos y los del célebre negro de Shakespeare.

Pero si hubiese de buscar, encarnado y viviendo entre nosotros al tercero, hallaríalo sin dificultad en el autor de *Los Conquistadores de Chile*.

(\*) Por T. Thayer Ojeda.

Quienquiera que haya visitado la Biblioteca Nacional en busca de un documento o de un dato histórico, sabe que el señor Thayer Ojeda es la encarnación viva y activa del archivero que no sólo cuida con amor y lee sin descanso los valiosísimos documentos manuscritos confiados a su guarda, sino que también comparte con todos los investigadores los frutos de sus inmensas lecturas.

No ignoro que, en esto, ofendo su modestia; pero la verdad ha de decirse alguna vez, y nada pierde porque la diga un colega y amigo cuando la saben y confiesan tantos que, como yo, asedian al señor Thayer con sus preguntas y nunca acuden en vano a su ciencia.

Cumplido este deber de justicia, anunciaré a mis lectores el tercero y último tomo de la obra cuyo título se lee en el encabezamiento de esta crónica.

*Los Conquistadores de Chile*, merced al índice que se halla al fin de la obra, serán, para todos los que quieran estudiar a fondo la historia del siglo XVI, una «herramienta» indispensable.

Pretensiones literarias aquel libro no tiene ninguna y, por esto, tal vez el mero literato no lo abrirá y, si lo abre, se asustará al ver desfilar en sus páginas innumerables nombres y fechas, al parecer, sin importancia. Pero, al juzgarle inútil para la literatura, caerá en gravísimo error.

Más de una vez he oído a jóvenes escritores celebrando las «Tradiciones» de Ricardo Palma y deplorando que, en Chile, poco o nada se escriba a imitación del insigne escritor peruano.

Hablan otros de escribir novelas históricas y, de vez en cuando en certámenes literarios, se les invita con substanciales premios a buscar temas en la historia antigua de Chile.

¿Por qué resultan estériles estas invitaciones y aquellos proyectos?

Primero, sin duda, porque la novela histórica exige conocimientos minuciosísimos de la sociedad antigua que no se adquieren leyendo los libros de Barros Arana ni de otros historiadores.

Fuera, en efecto, de infinitos pormenores relativos a trajes, muebles, armas y, en general, a «exterioridades» chilenas que no pueden conocerse sino leyendo crónicas, testamentos, inventarios o, en una palabra, mamotretos, es menester penetrar el alma antigua, la cual, dada la falta de cartas y memorias, permanece silenciosa para el que no sabe o no quiere interrogarla en los archivos.

Los chilenos de ahora tres siglos poca o ninguna afición manifestaban por el arte de una Sevigné o de un Saint-Simon, o, si alguna carta o memoria escribían, el temor de las consecuencias los obligaba a ser tan discretos que los pocos documentos de esta índole conservados hasta hoy, aunque valiosísimos, no bastan para interpretar el alma de aquellos tiempos.

Sin embargo, lo que callaron en cartas los conquistadores, dicenlo en los archivos notariales, administrativos y judiciales claramente, a veces, y siempre en tal estilo que un investigador dotado de ojo e imaginación histórica lo adivina.

Pero un archivo es un «mare magnum» cuya navegación no puede emprenderse con sólo un catálogo en vez de mapa.

Para no naufragar en tanta agua se necesitan libros como el del señor Thayer Ojeda.

Aunque sobrio en extremo, dice éste todo lo preciso para que, en la sociedad de los conquistadores, descubra el novelista los tipos dignos de estudio.

Por mi parte, con sólo los datos que he hallado en estos tres volúmenes, creo poder representarme con alguna verdad la sociedad chilena del siglo XVI.

Al lado de Almagro, de Pedro de Valdivia y de sus inmediatos sucesores, diviso, prescindiendo de los prohombres, una curiosísima variedad de tipos capaces de entusiasmar a un novelista.

¿Queréis héroes? Pues, en aquellos tiempos los «superhombres» andaban sueltos por las calles y campos de Chile. Ahí están entre otros muchos, Juan Andrea y Francisco de Niebla,

eslavo el primero, español el segundo, valientes ambos como héroes de Homero.

A Juan Andrea retrátale Ercilla citado por el señor Thayer (II, p. 186):

*Llamábase este Andrea, que en grandeza  
y proporción de cuerpo, era gigante,  
de estirpe humilde, y su naturaleza  
de arriba de Génova, al levante:  
pues con aquella fuerza y ligereza  
a los robustos miembros semejante,  
el gran cuchillo esgrime de tal suerte  
que a todos los que alcanza da la muerte.*

La hazaña de Juan de Niebla en Arauco, sitiado por los indios, es digna de un romano.

«Pedro de Villagra le confió la guarda de uno de los cubos guarnecido con veinte soldados; trabada la lucha, los indios cargaron con furia contra ese punto y, protegidos contra la arcabucería con gruesos trozos de madera a modo de blindaje, llegaron hasta los muros, los derribaron en parte y pusieron fuego al torreón; los soldados, creyéndose perdidos, huyeron ante una muerte segura, pero Niebla, Simón Alvarez y otros cuatro perseveraron en su denodada resistencia y mientras sus compañeros repelían a esa masa que pugnaba por abalanzarse adentro, él agotaba los proyectiles de la única pieza de artillería disponible; por fin, heridos, acosados por el fuego cuyas llamas les lamían las manos y el rostro... se precipitaron por una ventana uno tras otro en medio del enemigo y, espada en mano, se abrieron paso entre la multitud hasta llegar todos a la fortaleza... (III, p. 136).

He ahí auténticos héroes, pero si queréis un cobarde, hallaréis a un fulano Alarcón de Cabrera cuya corta biografía es todo un poema. «¡Según sus contemporáneos, no era sino un infeliz, que tenía el habla de mujer, llorón, incapaz de montar a caballo

por producirle vértigos!» (III, p. 88), lo cual empero, no le impedía llamarse el *capitán* Alarcón de Cabrera. Misterio inexplicable si por documentos de esa época no supiésemos el origen de tan inverosímil título. Debiólo Alarcón, no a hazaña militar alguna, sino al hecho de haber venido «a cargo de un buque que condujo una docena de botijas de pólvora desde Coquimbo a Concepción». En su opinión, sólo un *capitán* podía viajar con aquellas terribles botijas.

Pocos eran los infelices de ese jaez. En cambio abundaban los violentos. Por un quítame allá esas pajas, salían a relucir espadas y dagas. Ejemplo: Bernabé Mejía (I, p. 161) que, en vísperas del día de Difuntos, 1.º de noviembre, hizo siete muertes en un instante en la misma casa y pereció «lynchado» por el pueblo que arrastró su cadáver por las calles de la ciudad y luego descuartizándolo, colgó los pedazos en la puerta de la casa, teatro de la horrorosa tragedia.

Y no sólo eran violentos los seglares sino que hasta algunos clérigos sabían manejar la espada a tiempo en defensa de su grey, y a destiempo, como Martín del Caz (II, p. 255), Nuño de Abrego (II, p. 212) y ese Jerónimo Bello «que se unió a los indios en la insurrección general de fines del siglo XVI» (III, p. 210) y los capitaneó.

Revoltosos como Juan de Berzocano (III, p. 87) y difamadores como Ibarra (II, p. 121) perecían en la horca, pero antes de pagar muy caro lo que hoy, por regla general, les sale a sus congéneres gratuito cuando no premiado, animaban esa vida colonial que parece, desde lejos, apacible tan pronto como se alejan o se aquietan los temibles araucanos.

A falta de Berzocanos o Ibarras, tenían las tijeras de entonces harto paño que cortar en un «Don Juan» como ese infame Rodrigo de Vega Sarmiento, en cuya biografía se ha esmerado más que en ninguna otra el señor Thayer Ojeda.

¡A la verdad, después de leerla, admiro que se pregunte por temas de novelas históricas!...

Pero si la aporreadísima vida de aquel hombre excepcional no tentare a los novelistas, podríamos señalarles la de Antonio de las Peñas, primer leguleyo auténtico que llegara a Chile (II, p. 167-169).

Aquel hombre era de «caro» parecer. Por dar fallo en la cuestión suscitada entre Aguirre y Villagra sobre derecho a la Gobernación de Chile recibió cuatro mil quinientos pesos. Habiéndose ido incontinentemente al Perú, quitóselos la Audiencia de Lima; lo cual lo obligó a volverse pobre a Chile pero «en el camino le hubo a las manos el general Aguirre, por cuyo mandato le cortaron las narices y le dieron muchos palos y cuchilladas que fue la última paga que sacó del parecer que había dado». Esto, sin embargo, no lo indujo a enmendar sus rumbos ni a abaratar sus pareceres...

Contemporáneos de ese licenciado en leyes, figuran médicos no menos originales, aunque tal vez no tan caros.

Así, por ejemplo, vemos al seudolicenciado Hernando de Castro (II, p. 220), del cual se cuenta que poco le faltó para ser «médico a palos», pues, aunque nunca hubiese estudiado el arte de Hipócrates, fue ascendido de soldado a médico, por elección de sus jefes y compañeros.

Señalaré también al primer protomédico de Santiago, licenciado Villadiego (II, p. 206) y a Diego Hernández Pacheco a quien Francisco de Villagra (que, sin duda, cultivaba a veces la ironía) nombró *juez de bienes de difuntos*...

De él dicen sus contemporáneos que sobre ser «alcahuete» de Villagra (lo cual explica el curioso nombramiento) «era el hombre de más revueltas, trampas, marañas y de menos cristiandad que ha habido en las Indias, juglar y jugador de mil géneros de invenciones y malas costumbres...»

Omito historias de cirujanos y boticarios, por ejemplo, el pleito del boticario Pérez del Castillo (III, p. 144) y pregunto a los novelistas si, verdaderamente, hablan en serio cuando se quejan de falta de temas.

En verdad, con sólo el siglo XVI (cuya clave nos es dada en este libro), basta y sobra para que, estudiándolo como merece, los escritores chilenos iguallen o sobrepujen a los «tradicionalistas» peruanos y argentinos.

Hasta ahora he hablado únicamente del alcance literario del libro. Para hacer de él un elogio cumplido, sería menester agregar que, merced a *Los Conquistadores de Chile*, el estudio científico del siglo XVI se vuelve fácil y seguro.

Cuan cierto sea esto, veránlo aquellos que tomándole por guía se entreguen de lleno a la investigación histórica.

Nada les faltará para conocer uno por uno los fundadores de esta nación y para analizar las diversas capas sociales que, desde los tiempos de Pedro de Valdivia hasta hoy, han venido formando el pueblo chileno.

De los conquistadores, muy pocos descendientes hay entre los aristócratas de hoy día. En cambio, la herencia de sus gloriosos apellidos, si no siempre de su sangre, pertenece hoy a la clase media y al proletariado chileno.

Sobre lo cual conviene leer, en el tomo 1.º, las páginas 1-29 y en el 3.º las páginas 71 y siguientes.

En la advertencia del tomo III, anuncia el señor Thayer la próxima publicación de una obra, en cierto modo complementaria de ésta, que se intitulará *Estudio demográfico de la población europea en Chile. 1540-1565*.

### «RESEÑA HISTORICO-BIOGRAFICA DE LOS ECLESIÁSTICOS EN EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE CHILE» (\*)

«Descubrimiento» y «Conquista» son vocablos que, aplicados a Chile, no ofrecen para todos los que los leen u oyen una significación igualmente clara. De mí sé decir que, mientras el primero trae a mi memoria una fecha exacta e indiscutible, el

(\*) Por T. Thayer Ojeda.

segundo me deja sumido en dudas. «Descubrimiento» significa, para mí, la entrada de Almagro en esta tierra en 1535. Pero «Conquista» carece de precisión. Sé la fecha inicial: 1540, año en que Pedro de Valdivia empezó a conquistar a Chile. Pero fáltame saber a punto fijo la fecha en que Chile pudo darse por verdaderamente conquistado o, en otras palabras, deseo que se me indique el año en que terminó su conquista.

La historia contemporánea nos brinda dos casos muy conocidos que nos ayudarán tal vez a aclarar este asunto. Ahí tenemos a Argelia y a Marruecos. ¿Puede decirse que estos países están conquistados? Del primero no cabe dudar, puesto que, en toda la extensión de Argelia imperan pacíficamente hace ya años las leyes francesas. No así del segundo: lo más que de Marruecos puede decirse, es que franceses y españoles, unos más, otros menos, lo están conquistando. Por consiguiente, al tratarse de su conquista, hálbase de una operación que está en vías de desarrollo, mas no de una operación terminada.

Volvamos ahora a Chile. La conquista de este país fue una operación muy complicada y larga, tan larga que, para ver su término, debemos recorrer cuatro siglos y llegar a la época contemporánea nuestra, puesto que aún viven algunos hombres que, en su niñez, presenciaron el feliz desenlace de aquella empresa, trágica a veces y épica siempre.

Es claro, según esto, que, al hablar de conquista en este libro, el señor Thayer Ojeda da a este vocablo el único alcance que merece. Ahí «Conquista» significa algo como «primer acto» del drama o primer canto de la epopeya que, en la historia, lleva el nombre de «Conquista de Chile».

Pero, preguntará alguien, ¿en qué año terminó ese primer acto?

Tratando de los eclesiásticos que tomaron parte en el descubrimiento y conquista de Chile el señor Thayer ha fijado única fecha posible, que es la del año en que la Iglesia chilena quedó definitivamente constituida en todo el país.

Pudo dudarse si esa fecha sería la de 1561 o la de 1564, puesto que, en la primera, el territorio de Chile fue sometido a la jurisdicción del Obispado de Santiago, creado a mediados de ese año. Pero, es claro que la erección del Obispado de La Imperial, efectuada en 1564, es la que pone fin y remate a la constitución de la Iglesia en Chile. Es, pues, lógicamente esa la fecha que debió elegirse y que el señor Thayer eligió.

\* \* \*

Hay en el libro del señor Thayer (pág. 33) un cuadro estadístico que, en mi concepto, desempeña ahí un papel parecido al de la armazón de fierro en las modernas construcciones de cemento armado. Merced a él, toda la obra permanece en pie.

¿Queremos, por ejemplo, formarnos una idea exacta de la importancia numérica del clero en los primeros tiempos de la conquista? El cuadro nos ayudará para ello. Ahí nuestro autor apunta el movimiento anual de la población española en Chile y compara con ese movimiento el de la «población» eclesiástica. El lapso abarcado en ese cuadro va de 1540 a 1567, fecha en que el primer obispo de La Imperial tomó posesión de su Obispado. Son 27 años, durante los cuales vemos crecer la población española de 148 personas en 1540 a 1.583 en el año de 1567.

Compendiemos ese cuadro y veremos cómo creció la población eclesiástica:

<u>Año</u>	<u>Españoles</u>	<u>Clero</u>
1540 .....	148 pers.	3 ecles.
1543 .....	196 »	4 »
1547 .....	209 »	3 »
1551 .....	835 »	17 »
1555 .....	884 »	17 »
1559 .....	1.340 »	23 »
1563 .....	1.340 »	44 »
1567 .....	1.700 »	80 »

Resulta de ese cuadro que, en ese lapso de 27 años, el clero que, en 1540, constituía el 2% de la población total, llegó en 1567 a constituir el 4,70% de la misma.

¡Qué horror! —exclamará un contemporáneo nuestro atacado de clerofobia—. Imaginaos que, hoy, en 1921, el 4,70% de la población chilena sea de eclesiásticos... ¡Casi 5 clérigos o religiosos para cada cien chilenos!... ¡Qué barbaridad!

No nos acaloremos. Para un hombre que sabe la geografía y la historia de Chile, esos números no son espantajos. Muy al revés, son de una moderación, de una modestia y de una pobreza sumas. Porque, primero, es menester recordar que los tres eclesiásticos, compañeros de Pedro de Valdivia, compartían con los soldados todos los riesgos de la conquista y estos eran grandes, sobre todo el riesgo de morir. El soldado quería tener a su alcance un clérigo que le absolviera, al menos, en la hora de la muerte. Esta le acechaba en todos los rincones de un país desconocido y hostil. Pocos eran, pues, para tantas emergencias esos tres valientes eclesiásticos que acompañaron a los primeros conquistadores.

Pocos aún eran los 80 que, en 1567, desempeñaban su ministerio en las dos diócesis chilenas. Pocos, para los 1.700 españoles de entonces y más pocos aún para los cuatrocientos o quinientos mil mestizos o indígenas ya bautizados. Perogrullo diría que la superficie de Chile no ha variado mucho desde entonces hasta hoy y que ochenta clérigos podían difícilmente (o, para decir verdad, no podían) atender las necesidades espirituales de una población esparcida sobre tan enorme superficie.

\* \* \*

En 1567, ese clero (*rari nantes in gurgite vasto*) dividíase, como hoy, en secular y regular. Predominaban, empero, los regulares, como puede verse en el siguiente cuadro (p. 32):

Clero secular.....	24
Clero regular.....	56
	<hr/>
Total .....	80

Distribuíanse los 56 regulares en:

Mercedarios .....	21
Franciscanos .....	20
Dominicanos .....	15

En este libro el señor Thayer aduce argumentos que, en mi opinión, ponen fin a la antiquísima controversia acerca de cuál es la orden religiosa que primero se estableció en Chile. Cada una de las tres órdenes arriba nombradas ha procurado, naturalmente, atribuirse ese «record». Pero la verdad es que, vistos y considerados los hechos, los RR. PP. de la Merced son los «recordmen».

Dice sobre esto el señor Thayer: «Si se elige para fijar (la época del establecimiento de las órdenes religiosas en Chile) la fecha de la venida a Chile de los primeros miembros de la orden, ocupan el primer lugar los Mercedarios, no sólo por ser los únicos regulares que acompañaron a Diego de Almagro al descubrimiento de este país, sino también porque es indudable que llegaron algunos de esos religiosos en los años de 1548 y 1549. Cambia de aspecto el problema si, en vez de la venida aislada de los religiosos como capellanes, se exige la prueba de que pretendían fundar conventos en Chile. Surge en este caso una doble dificultad: ¿debe incluirse entre los frailes venidos a Chile a los dominicos fray Gaspar Carvajal y fray Alonso Truena que, en compañía de Juan Núñez de Prado, entraron a la conquista de Tucumán en 1550? Y, en caso afirmativo, ¿serían los Dominicanos o los Mercedarios los primeros establecidos en el país?» (p. 58).

El señor Thayer demuestra que el convento de Dominica-

nos fundado en aquella ciudad, o sea, en Tucumán en 1550, no debe considerarse el más antiguo de Chile, no obstante haber sido edificado dentro del territorio asignado a su Gobernación: «1.º porque la intención de su fundador fue levantarlo en la Gobernación de Tucumán, de donde era Vicario Provincial; 2.º por que sólo dos años después se nombró el Vicario de Naciones que debía entender en las fundaciones que se hiciesen en Chile; 3.º porque el Vicario de Tucumán no habría podido quedar sometido a la jurisdicción del Vicario de otra provincia, y 4.º porque sólo en el cuarto capítulo provincial celebrado en Lima en 1557 se le concedió jurisdicción sobre el Tucumán al Vicario de Nación en Chile, o sea, en la época en que el Virrey del Perú dio también el gobierno político de esa provincia al gobernador de Chile don García de Mendoza.

«Eliminado el convento dominicano del Tucumán, es indiscutible hoy que el orden en que se establecieron en Chile las comunidades religiosas es el siguiente:

- 1.º Los Mercedarios por los años de 1549 a 1551;
- 2.º Los Franciscanos, en 1553, y
- 3.º Los Dominicanos, en 1557.

\* \* \*

De entre esos eclesiásticos destácanse algunos que, por la originalidad de su carácter, por su heroísmo o por su bondad, atraen la mirada del lector.

Ahí están, por ejemplo, esos cuatro valientes que se llamaron Juan Lobo, Nuño de Abrego, Mancio González, clérigos, y fray Antonio Sarmiento Rendon, mercedario cuyas hazañas militares merecen perpetua recordación. Practicaban entonces lo que los ingleses llaman hoy «muscular christianity» y el rosario no les impedía manejar la espada cuando, con ésta, habían de salvar la vida ajena y la propia.

Ahí están, para no dejarme mentir, el padre Correa y fray

Gil González de San Nicolás. El primero ponía la música al servicio del apcstolado; el segundo, pacifista cuasi «wilsoniano» (permítaseme este anacronismo), sostenía en el siglo XVI lo que hoy, después de los 14 puntos de Wilson se llama «la autodeterminación» de los pueblos.

De los demás o del conjunto nada digo, porque, en el primer capítulo de esta obra, el señor Thayer Ojeda ha pronunciado sobre ellos un juicio que los honra y que le honra.

Fueron lo que podían ser: el producto de *su* época, de *su* medio y de *su* raza. Y lo admirable es que, dadas las circunstancias de la conquista, tan favorables a toda suerte de desórdenes, los buenos hayan superado en tan crecido número a los malos. El clero chileno de hoy no tiene por qué avergonzarse de sus predecesores del siglo XVI. No en todas las naciones de Europa puede decirse otro tanto. . . ., por ejemplo, en Alemania, Suecia, Noruega, Inglaterra y hasta en Francia.

5 de diciembre de 1921.

«APUNTES PARA LA HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL DURANTE EL PERIODO DE LA CONQUISTA DE CHILE. 1540-1565» (\*)

Con vivísima curiosidad y no escaso provecho, según creo y espero, he leído esta última publicación del señor Tomás Thayer Ojeda.

En ella he encontrado datos tan concisos y exactos como minuciosos acerca del costo de la vida y de los precios de todas las cosas en los primeros años de la Conquista.

Nos quejamos hoy en día de la caréstía cada vez mayor no

---

(\*) Por T. Thayer Ojeda.

sólo de lo meramente útil, sino también de lo estrictamente necesario y nuestras quejas no carecen de fundamento. Pero, después de leer el folleto del señor Thayer, inclínome a pensar que los fundadores de la nacionalidad chilena no fueron menos desgraciados que nosotros.

Causas análogas producen en el siglo XX efectos análogos a los que se palparon en Chile, durante los veinte o treinta años posteriores a la fundación de Santiago. Esas causas podrían expresarse en dos palabras: guerra y acaparamiento (1). Más claro y breve aún: todo ello se refunde en un solo hecho: falta de verdadera libertad comercial.

En el siglo XVI, sólo España podía comerciar con la América y así las mercaderías, acaparadas por intermediarios peninsulares, eran vendidas a precios colosales en América, precios cuyo recargo crecía por intervención de revendedores americanos y por los fletes. ¿Qué no costaría, en Santiago, un paño fabricado en Flandes, Inglaterra o Francia, introducido en España y de allí traído a Chile después de pasar por Panamá y el Callao? Cada nuevo intermediario y cada nueva legua transcurrida acrecentaba su precio.

Hoy, nominalmente, reina la libertad comercial; pero, en realidad, los intermediarios entre el fabricante y el consumidor se confabulan para fijar precios artificiales.

En suma, como vamos a verlo, estamos, en 1920, en un predicamento muy parecido al de nuestros predecesores en el siglo XVI.

\* \* \*

Las señoras que me honran leyendo estas crónicas no verán sin asombro que sus lejanas abuelas tenían tantos motivos co-

---

(1) En el Diccionario de la R. A. encuéntrase *acaparar* (del francés *accaparer*) y *acaparador*, pero falta *acaparamiento*. Admitido el verbo, no se ve razón alguna para no admitir el vocablo que expresa la acción de acaparar: *Acaparamiento*, de «*accaparament*».

mo ellas para quejarse del encarecimiento de «lo más necesario que, según cierta definición famosa, es precisamente lo superfluo», es decir, el lujo.

¿Cuánto costaban entonces los sombreros? Según datos del señor Thayer, sacados de documentos auténticos, un sombrero de fieltro (¿horma dirían hoy?) costaba \$ 4 en 1563 y \$ 7 en 1565.

—¡Siete pesos, pero esto era de balde!... dirán mis lectoras.

—Error, señoras; antes de celebrar tan extraña baratura es menester tomar en cuenta que la moneda de 1563 *valía nueve veces más* que la de hoy. En consecuencia, esos sombreritos de 4 y 7 pesos costarían hoy \$ 36 y \$ 63, respectivamente.

Pero no demos un paso más sin leer la siguiente explicación técnica acerca del valor comparativo de las monedas.

En nota especialmente escrita para ser incluida en esta crónica, dícame el señor Thayer.

«Tres eran los tipos de «moneda usual» en el siglo XVI: el peso de buen oro, el peso de plata ensayada y el peso de plata corriente, que, en realidad, constituían sólo las unidades adoptadas para estimar el valor de los tejos de oro fundido y barras de plata que servían para las operaciones comerciales.

«El peso «de buen oro», en Chile, pesaba 1/100 de libra, se denominaba *peso castellano* o simplemente *castellano*, con ley de  $18\frac{1}{6}$  quilates y equivalía a 13 reales y 8 maravedíes. Valdría hoy 2,22 dólares americanos y alrededor de \$ 9 de nuestra moneda estimada a doce peniques.

«El peso de «plata ensayada» era sólo de 12 reales y además sufría un descuento de  $1\frac{1}{2}\%$  al convertirse en peso de buen oro.

«El peso de «plata corriente» se estimaba asimismo en 12 reales, pero el descuento con relación al oro subía a  $5\%$ ».

Ya sabemos a que atenernos: multiplicaremos por 9 y... ¡santas pascuas!

\* \* \*

Volviendo a asuntos indumentarios femeninos vemos que se usaban sayas de paño negro, de raso y de terciopelo.

Una de terciopelo negro fue legada por doña María de Vergara, en 1565, para frontal del altar de San Francisco. ¡Valiosa sería!

Otra, en el mismo año, es descrita como sigue: «Saya de terciopelo morado, guarnecida de oro y dos ribetes de felpa blanca con sus mangas y cuera» (2).

¿Cuánto valdría esta saya casi episcopal por lo morada? El documento consultado por el señor Thayer no lo dice, sin duda; pero podemos calcular el precio de esa saya por el de otra que, en 1565, fue tasada en \$120 «más o menos», es decir, en \$ 1.080 de nuestra moneda.

Con esto vemos claramente que, en 1920, la elegancia es poco más o menos tan costosa como a mediados del siglo XVI.

Invirtiendo la antigua máxima *Cedant arma... togae*, examinemos ahora lo que costaba el equipo de un soldado en el más belicoso siglo de la historia de Chile.

Consistía aquel equipo en: «Armas, caballo, silla estradiota, cota de machuelo, cuatro camisas, un capotillo de camino, seis pares de alpargatas, aderezo para un escaupil y un par de zapatos» (1565).

El precio de las armas no se apunta en este folleto, pero el resto del equipo viene tasado como sigue:

1. *Caballo*: en 1556 \$ 350 (hoy \$ 3.150).

1557, \$ 200 (hoy \$ 1.800).

---

(2) ¿Qué era «cuera»? Según el Diccionario de la Real Academia, era una especie de jaquetilla que se usaba en lo antiguo sobre el jubón. El jubón es «vestidura que cubre desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo».

Un caballo «para la guerra» cuesta, en 1564, \$ 200 (hoy \$ 1.800).

2. *Cota*: una con sus mangas \$ 65 (hoy \$ 585).

3. *Silla estradiota*: No se da el precio, pero vemos que, en 1565, dos sillas jinetas cuestan \$ 36 cada una, o sea. \$ 324 de nuestra moneda.

4. *Camisas*: los precios varían de \$ 4 c/u., a \$ 2,7 tomines que son las de «ruán de cofre» (3). Sean el término medio \$ 3; tenemos que una camisa costaría \$ 9 chilenos de hoy día y \$ 46 las cuatro.

5. *Capotillo de camino*: no se apunta precio.

6. *Alpargatas*: id.

7. *Escaupil* (sayo de armas acolchado con algodón, que usaban los antiguos mexicanos —dice la R. A.— para defenderse de las flechas): uno en \$ 10 (hoy \$ 90).

8. *Zapatos* (hechos en Lima, \$ 9,2 tomines el par; de una suela \$ 1 el par). Suponiéndolos sólidos, como para la guerra, podemos creer que costarían \$ 9 (hoy \$ 81).

Total, más o menos (o, exactamente, menos que más): \$ 366 o, en moneda de hoy, \$ 3.294, sin contar las armas.

\* \* \*

Hablando de fletes he creído descubrir en ellos una de las causas del encarecimiento.

Ignoro totalmente lo que podía costar desde España hasta Panamá y desde Panamá hasta el Callao el flete de una arroba, pero sabemos lo que costaba desde el Perú hasta Chile. Tal vez

(3) Distingúase el «ruán de cofre» del «ruán de fardo», probablemente porque el primero venía en cofres o cajones, y el segundo en fardos. Es natural que éste, más expuesto a averías, fuese más barato que aquél. Sin embargo, en 1565, las camisas de ruán de cofre valen sólo un tomín más que las de fardo: \$ 2,7 y 2,6, respectivamente.

los entendidos en asuntos comerciales puedan medir el alcance de los datos que voy a transcribir.

En 1552, 110 arrobas de ropa, desde Lima hasta Santiago, pagan \$ 236 (\$ 2.124 de hoy) o, sea, \$ 2,1 tomín 2 granos y en moneda actual, un poco más de \$ 18 por arroba. ¿Caro?

En 1565 encuéntrase la cuenta siguiente:

11 arrobas, de Lima al Callao, \$ 2 (hoy \$ 18).

11 arrobas, del Callao a Valparaíso, \$ 15 (hoy \$ 135).

Agreguemos al flete de las cosas el de las personas:

Flete de la hija de Hernando de Poblete, de Lima a Valparaíso, \$ 30 (hoy \$ 270);

Flete de una negra, del Callao a Valparaíso, más un quintal de bizcochos para su alimentación, \$ 15 (hoy \$ 135).

\* \* \*

Hasta aquí, hemos tratado de mercaderías que se traían de Europa. Para que la comparación entre los precios de hoy y los del siglo XVI fuese perfecta, sería menester que poseyésemos una lista de precios de la carne, trigo, vino y demás productos del país.

No encontrando datos suficientes para formarla, podemos, sin embargo, calcular su bajo precio tomando en cuenta el de la propiedad agrícola.

En 1548 Hernán Vallejo vendió su chacra en \$ 50 (\$ 450 de nuestra moneda). Constaba de más de 92 cuadras y media. ¡Tomen nota de este precio los vecinos de Quilicura, dueños hoy de las tierras que pertenecieron a Hernán Vallejo!

En 1552, Alonso Moreno vendió la suya en \$ 20 (180 de nuestra moneda) ¡y constaba de 25 cuadras!...

Donde hoy se levanta el pueblo de Renca, Juan Galaz, en 1564, vendió una chacra de 92½ cuadras en \$ 250.

Las casas en Santiago eran tan baratas como las chacras de sus contornos.

Alonso de Córdoba edificó en 1552 en la actual calle de Monjitas, esquina S. O. con la de San Antonio, una casa de dos pisos cuya construcción le costó \$ 600 y se avaluaba en \$ 1.000 en 1555. En 1566 el solar y casa de la calle de Monjitas, esquina N. O. con Claras, se vendió en \$ 850.

Era pues, tan barato lo de Chile como caro lo que venía de fuera. Hoy, en cambio, tanto lo de dentro como lo de fuera alcanza precios increíblemente altos. ¿No deberá buscarse la causa de tan doloroso fenómeno en la falta de libertad «real y efectiva» del comercio? En el siglo XVI el Estado lo maniataba: hoy el mismo Estado le suelta la rienda. La licencia de hoy, negación de la verdadera libertad, engendra una tiranía comercial, una explotación tan despiadada como la del siglo XVI.

Opinen sobre esta difícil materia los que poseen mejores datos que yo; pero no me quiten el derecho de sospechar que la carestía en 1920 puede nacer, como la de 1565, de injusticias económicas, hijas éstas de errores en materia de libertad comercial.

Lo que bien sé (y al decirlo no salgo de mi jurisdicción) es que una publicación como la del señor Thayer, por muy árida que parezca a primera vista, es más fértil en enseñanzas, más jugosa y amena que muchas disertaciones pretendidamente históricas en las cuales tanto más abundan las palabras cuanto más escasean los hechos.

Mucho más se aprende acerca de la vida antigua leyendo listas de precios que sorbiendo declamaciones retóricas.

Fundándome en esta consideración, me tomo la licencia de felicitar a mi doctísimo colega y de rogarle que, a medida de los descubrimientos efectuados por él en el archivo de Chile, se sirva completar estos apuntes hasta dejarlos dignos de los que el vizconde de Avenel ha publicado sobre el costo de la vida francesa en la Edad Media y en los tiempos modernos.

Nadie mejor que el señor Thayer puede revelarnos los se-

cretos de la vida chilena en ese siglo XVI, fuente y raíz de lo mejor que hay en esta tierra.

\* \* \*

No sólo para los historiadores y economistas, sino hasta para los lingüistas son útiles estudios como el que dio materia para esta crónica.

He encontrado en él varios vocablos antiguos que no figuran en el Diccionario de la R. A.

Algunos (como *sinafafa* por *sinabafa*) son tal vez errores tipográficos de ogaño u ortográficos de antaño.

*Veintecuatrén* y *veintedoceno* son nombres de paños o lienzos. Però mientras éste se encuentra en el Diccionario, falta aquél (p. 49).

La palabra *maestres* en esta frase: «Un arado y maestres que son cuatro» (p. 30) resulta misteriosa. El diccionario no dice nada que pueda explicarla en relación con un arado.

Però el gran problema para mí es este: ¿qué significan las palabras *áqueda*, *láqueda*, *líquida*, *aquejo*, *aejo*, *ajo*, al parecer sinónimas?

¿Trátase de una prenda de vestir? ¿Es prenda española o india?

Tal vez los lingüistas hallen un principio de solución en la siguiente frase: «Domingo y su mujer Ana, indios, se concertaron por dos años, a razón de dos vestidos de algodón cada año «que se entienden *aquejo* y *biquer* para la dicha india y su marido un manto y camisería» (pág. 8, sub voce *Asiento*).

20 de septiembre de 1920.

«ENSAYO CRITICO SOBRE ALGUNAS OBRAS HISTORICAS UTILIZABLES PARA EL ESTUDIO DE LA CONQUISTA DE CHILE» (\*)

Chile es un país afortunado en punto de historia y esto por tres motivos: primero, porque, desde la entrada de los españoles a esta tierra, la materia histórica más variada empezó a acumularse tanto en lo político y social, como en lo económico; segundo, porque en los mismos albores de la conquista brotó esa larga serie de cronistas que, desde entonces hasta hoy, han venido apuntando los hechos históricos chilenos, y tercero, porque, en el siglo XIX, y sobre todo en el siglo XX, Chile ha tenido los historiadores que merecía y, entre ellos, cuatro cuya eminencia me complazco en reconocer: Don Diego Barros Arana, don José T. Medina, el Illmo. y Rvdmo. Señor Crescente Errázuriz y mi amigo y colega don Tomás Thayer Ojeda.

Seguro estoy de lastimar con este homenaje la modestia del señor Thayer y, a la vez, de sorprender a más de un lector de estas crónicas. Pero creo con esto cumplir un deber de estricta justicia.

Víctor Hugo decía: «Son siempre unos mismos los que se hacen matar». Yo diré, por analogía, que, en materia de homenajes, son siempre unos mismos los favorecidos. «Il n'y en a que pour eux».

Sébase, pues, que, entre los hombres autorizados para opinar sobre estos asuntos, don Tomás Thayer es considerado como primera autoridad en materia de historia antigua de Chile. El mismo señor Errázuriz, en el prefacio de uno de sus libros, rinde el más explícito homenaje a su erudición y a la generosidad con que ayuda eficazmente a todos los investigadores.

Por otra parte, aunque callasen los hombres, hablarían las

---

(\*) Por T. Thayer Ojeda.

pedras con que el señor Thayer ha edificado su monumento histórico.

Los que estudian a Chile antiguo saben que ya es imposible investigar con seguridad y provecho si uno no se vale, como de «hilo de Ariadna», de los cuatro volúmenes intitulados: *Santiago durante el siglo XVI*, *Los Conquistadores de Chile*, a los cuales, de hoy en adelante, será menester agregar el volumen que da ocasión para este artículo (1).

En la introducción a su nueva obra, don Tomás Thayer, analizando la actividad del historiador en general, pinta, sin quererlo, su propio retrato, y explica las razones en que, a mi entender, se funda su autoridad.

«El estudio constante le hace, puede decirse, vivir en el pasado: conoce las costumbres, se familiariza con sus personajes y no ignora sus virtudes y defectos; su cerebro, en fin, se satura con el ambiente social de esa época. Puede así dar colorido, movimiento y amenidad a la narración, porque los sucesos se desarrollan para él cual si se hubiera hallado presente cuando acontecieron, ayudado de cierta clarividencia, fruto de su larga práctica en la consulta de viejos documentos que le permite discernir sobre el valor de cada uno y escoger entre muchos y a veces contradictorios, los mejores testimonios. Necesariamente habrá de valorar cuanta noticia consigne en su obra, pero innumerables son los casos en que existen sólo datos aislados, citas incidentales o simples afirmaciones de algún cronista, no siempre testigo ocular, ni todos ellos igualmente discretos para estamparlos por deficiencia de criterio o por subordinar la parte histórica a un fin determinado, sea éste el de alabar o lisonjear a algún personaje, sea como es más frecuente, de mera índole religiosa».

---

(1) Este volumen es el primero de una serie. Agréguese también la *Reseña* (actualmente en prensa) de los eclesiásticos que tomaron parte en el descubrimiento y conquista de Chile. El señor Thayer ha publicado otras obras cuya lista puede verse al respaldo de ésta.

Para esbozar este retrato del historiador crítico (es decir, del investigador que, aunque viviendo en el siglo XVI, sabe abrir los ojos cual hombre del siglo XX y no dejarse engañar), hale bastado al señor Thayer contemplar la actividad del señor Errázuriz, quien, en verdad, ha vivido y nos hace vivir el siglo XVI (2).

Pero los rasgos fundamentales de aquella imagen cuadran con igual verdad al señor Thayer, cuyo cerebro también está saturado, como el del señor Errázuriz, con el ambiente social del Descubrimiento y de la Conquista.

\* \* \*

En el presente libro el señor Thayer Ojeda ha sometido a estricta crítica *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, y *Arauco Domado*, de Pedro de Oña; consideradas ambas obras como «utilizables» para el estudio de la Conquista de Chile.

En otro volumen, cuya publicación se nos deja entrever como próxima, serán examinados críticamente la *Historia de Chile*, del capitán Alonso de Góngora Marmolejo, y la *Crónica del Reino de Chile*, del capitán Pedro Mariño de Lobera.

Dice el señor Thayer: «Hay otras obras, como las de Suárez de Figueroa, Córdoba y Figueroa y Pérez García, que, en menor grado, pueden servir para el estudio del período de la Conquista. La *Historia General del Reino de Chile*, del jesuita Diego de Rosales, merecería sobre todo un detenido examen. Sentimos no poder incluirlas en este ensayo crítico; pero, consecuente con nuestro intento de no pretender hacer obras acabadas, sino acopiar materiales para ponerlos en mejores manos,

---

(2) Inmediatamente antes de este retrato, el señor Thayer escribe lo siguiente: «aunque la historia de la conquista de Chile haya sido escrita magistralmente en estos últimos años por el eminente historiador señor don Crescente Errázuriz...» De ahí deduzco que el «retrato del historiador» es el del señor Errázuriz.

lo damos incompleto a la publicidad, abrigando, empero, el propósito de continuarlo cuando nos sea dable hacerlo».

Puede objetarse que, después de publicadas historias definitivas, como la del señor Errázuriz, en que se ha sacado todo el provecho posible de las obras criticadas por el señor Thayer, el trabajo de este autor resulta superfluo.

A esto contestaré que, en historia, rara vez puede considerarse agotado un documento de la índole de *La Araucana*, cuya exacta interpretación depende, por un lado, de la filología y la lingüística, ciencias éstas en plena evolución, y, por otro lado, de documentos que, cuando menos se piensa, salen de los archivos o, siendo ya conocidos, pueden recibir una nueva interpretación que obligue a los historiadores a modificar su juicio.

Sobre *La Araucana*, dice el señor Thayer: «Admirable obra poética, parece increíble, no obstante, ser tan valiosa y tan fidedigna como documento histórico. Sorprende la abundancia, precisión y minuciosidad de los detalles, sus poquísimos e insignificantes yerros, y sobre todo en una obra de su género, la absoluta fidelidad de su narración. Si *La Araucana* no reuniera tantos y tan merecidos títulos de preeminencia, el haber sido conocida y aprovechada por todos los autores posteriores, justificaría un estudio más extenso de ella. Pero hay todavía otra razón que nos ha estimulado particularmente. Sabido es que el señor don José Toribio Medina, cuyo renombre hace innecesario todo elogio, ha comenzado la impresión de un monumental estudio sobre esa hermosísima joya de la literatura castellana, y no creemos engañarnos al creer que es hoy y lo será siempre su obra predilecta. Grato sería para nosotros si hallara en el que ahora publicamos algo utilizable para el suyo; pero aun cuando nada nuevo encontrara, nos halaga siempre la esperanza de que su lectura pueda economizar al señor Medina algunas horas de tiempo y con esto sólo ya habríamos conseguido hacer un servicio positivo a la historia nacional».

\* \* \*

Son muchos aquellos «servicios», y entre los más dignos de señalarse cuéntase el que consiste en dar al esfuerzo de los conquistadores la plenitud de su significado.

A primera vista parece exageración poética todo cuanto Ercilla dice de las aptitudes militares del araucano. Pero el señor Thayer, valiéndose de documentos insospechables, demuestra que esas aptitudes innatas se desarrollaron con tal perfección y rapidez, que, cuando Ercilla vino a Chile, los araucanos, dueños ya de lo más esencial de la ciencia militar española, habían logrado contrarrestar la superioridad del enemigo.

Para medir la hazaña de los españoles, es esencial conocer aproximadamente siquiera el número de los araucanos que les hicieron frente en los primeros tiempos de la Conquista.

Es este un asunto complicadísimo que el señor Thayer parece haber resuelto con toda la claridad y exactitud posibles en semejante materia.

Al cabo de una larga y minuciosa disertación, llega el señor Thayer a esta conclusión: «Como dijimos al comenzar, faltan datos para llegar a un mayor grado de aproximación, pero nos parecen suficientes (los ya examinados), para estimar en más de un millón la población indígena de Chile, a mediados del siglo XVI» (p. 252).

Así se explican, por una parte, la abundancia de recursos alimenticios hallados por los españoles en Chile y, por otra parte, los ejércitos relativamente enormes que les estorbaron el paso desde el principio y que, mermando poco a poco, lograron sin embargo resistir al invasor durante más de tres siglos.

A principios del siglo XVII ese millón de pobladores ya no existía. No tanto la guerra continua, como la hambruna hija de la guerra, el alcoholismo y las pestes (viruela, tifus, etc.), traídas del Perú por españoles y yanaconas, habían puesto a

la vigorosa raza araucana en el camino de su progresiva destrucción (3).

El libro del señor Thayer abunda en datos y disertaciones curiosísimas. Una de las que mayor interés despertarán, versa sobre el problema filológico: *Mapocho* o *Mapochó*.

1) Ercilla, Oña, Alvarez de Toledo y Ovalle escribían *Mapochó* (con acento en la ó) y para designar a los habitantes del valle santiaguino usábanse en conformidad con esta acentuación los plurales *mapochoes* y *mapochotes*.

*Mapochó* (¿del quichua?) significaría «valle de gentes» (?).

2) Proponen otros la etimología *mapochong* o «río que se pierde en la tierra», lo que, como es sabido, le cuadra al río Mapocho.

3) La tercera es *mapuche*, o «gente de la tierra».

4) La cuarta etimología debida a la ingeniosidad del señor José Toribio Medina es *maipoche* o «gente de Maipo».

Por falta de tiempo y de espacio, no puedo entrar en pormenores sobre este curiosísimo problema; pero diré que las dos primeras etimologías carecen de base y que de las dos últimas, la del señor Medina es probablemente la mejor.

5) El señor Thayer propone una quinta etimología: *mapoche* o «gente de Mapo. Mapo era un lugar del valle del Mapocho, y a orillas del río». «Allí vivían los mapochoes».

El señor Thayer cree probable que la palabra *Mapocho* pertenezca no a la lengua araucana sino a otra lengua americana, como sucede con *Ilabe*, *Ñuñoa*, *Lampa*, y otros nombres indígenas de la comarca.

4 de julio de 1921.

---

(3) Conviene apuntar aquí que los indígenas eran ya alcohólicos antes de la Conquista. Es probable que el «presente griego» de la chicha de maíz les vino del Perú. En todo caso, España no tiene culpa en ello.

## «FRANCISCO DE AGUIRRE» (\*)

Entre los conquistadores de Chile, Francisco de Aguirre es, sin duda alguna, el que llevó la vida más original, la que mejor se prestaría para escribir una de esas «*Vidas Noveladas*», hoy tan de boga en Francia.

Ocurrióseme esta idea cuando leí años ha, la hermosa obra del hoy Illmo. Obispo de Antofagasta, doctor don Luis Silva Lezaeta, intitulada *El Conquistador Francisco de Aguirre*. No se escribían entonces «vidas noveladas». Las que se publicaban eran más novelas que vidas. Fuera del personaje principal y de tres o cuatro secundarios, todo ahí era inventado por el novelista. Ejemplos: la «*Fabiola*» del Cardenal Wiseman, muchos libros de Alejandro Dumas, padre, y la incontable caterva de las novelas históricas.

No quiero murmurar de ellas porque sería portarme con ingratitud imperdonable. No puedo, en efecto, negar que les debí ratos agradabilísimos y sé que muchos contemporáneos míos han contraído para con ellas una deuda mayor que la mía: les deben lo que ellos llaman sus conocimientos históricos, es decir, las pocas verdades y un sinnúmero de mentiras. Esto, los lectores de Alejandro Dumas por no citar sino al autor de los «*Tres Mosqueteros*», podrían atestiguarlo... Pero cabe idear otro sistema, por ejemplo, el de una vida en que todo, absolutamente todo, tenga basé estrictamente histórica. Al decir «todo», aludo no solamente a los personajes, a los hechos y a los lugares sino hasta a las conversaciones mismas, las cuales, según mi idea, serían una reproducción lo más perfecta posible de lo que se lee en los documentos. Sólo intervendría el escritor para dar a todo aquello vida y movimiento.

Estas reflexiones hacía yo mientras leía la biografía, cuyo

---

(\*) Por T. Thayer Ojeda.

título viene en el encabezamiento de la presente crónica. Su autor, el señor don Tomás Thayer Ojeda, es el chileno que mejor conoce la historia antigua de Chile y, en especial, la del siglo XVI. El señor Thayer la conoce «dans las coins», hasta en los más oscuros rincones, como dicen los franceses. En sus libros y en su maravillosa memoria, todos los personajes que contribuyeron a la fundación de Chile tienen cada cual su casilla muy bien provista de datos auténticos. Ahí están los elementos todos de su vida, a veces de su «vida y milagros...» Cuando don Tomás recorre a Santiago, las fachadas de las casas se vuelven de vidrio: tras de ellas el ojo del historiador ve al conquistador que fue el primer ocupante de aquel sitio y evoca instantáneamente los hechos que ahí se produjeron. Y si insistimos, vemos luego, como en un film, desfilan, no sólo ese hombre, sino los que, en aquel siglo y aun a veces más adelante ocuparon aquella posesión. Don Tomás vive literalmente en el siglo XVI, en la época de la Conquista y fundación de este país.

Si alguno de nuestros jóvenes escritores, contagiado por la moda francesa, se atreviera a escribir «Vidas Noveladas», su guía, su proveedor de datos, su crítico no podría ser otro que el autor de *Santiago en el siglo XVI* y de tantos otros libros en que viene expuesta, criticada y, por decirlo así, «contrastada» o marcada toda la «vajilla histórica» de oro y plata de toda la documentación de aquella época.

\* \* \*

Supongamos, por ejemplo, que aquel joven escritor pretende tomar por tema a Francisco de Aguirre. ¿Que hará? Por primera providencia habrá de leer la biografía recién publicada por don Tomás Thayer. Ahí, en 43 páginas apretadísimas, encontrará los hechos y los personajes que ha menester. Encontrará, además, las indicaciones bibliográficas que le permitirán profundizar las principales materias leyendo los documentos del

Archivo o los libros indispensables, por ejemplo, el ya citado del señor Obispo de Antofagasta, los del [Ilustrísimo y Reverendísimo señor Errázuriz, los de don J. T. Medina y las publicaciones del distinguido historiador y diplomático argentino, señor Levillier. Con estos elementos y un poco o un mucho de imaginación evocadora y creadora «verá» a Francisco de Aguirre y nos lo hará ver

Y ¡qué curioso cuadro el de la vida chilena de aquel asombroso personaje!

Aguirre era todo un «feudal». En Alemania, en la misma época exactamente, vivía un hombre, en quien, a mi modo de ver, descúbranse los rasgos especiales de Aguirre: aludo a Goetz (o Godofredo) de Berlichingen, sobre cuyas hazañas Goethe ha escrito un drama lleno de vida ardiente. En ambos manifiéstase el mismo orgullo, la misma dureza llevada hasta la brutalidad, el mismo desbocamiento, el mismo «yo», un yo absorbente, intransigente, dominador, despótico, despiadado.

Cuando digo «feudal», el señor Thayer me proporciona la clara prueba de mi aserto.

¿Qué hicieron en Francia y Alemania los feudales desde el principio, allá, en los siglos de fierro, a raíz de la caída del Imperio Romano y cuando ellos se repartieron los territorios abandonados?

Lo primero fue buscar un sitio, generalmente un cerrillo que dominara la llanura, y edificar allí una casa fuerte, un «Castillo» donde, como aves de rapiña, establecieron su aguilera. De ahí, al avisarles el atalaya la aproximación de un convoy de mercaderes, el paso de algún enemigo o de un correo, caían como rayo y, si no mataban, cuando menos robaban cartas, alhajas o mercaderías. En el mejor de los casos, pedían y, por la fuerza, alcanzaban el pago de un peaje. De aquello vivían ellos y los inquilinos y soldados que, con o sin ganas, les servían.

¿Qué hacía Aguirre? Exactamente lo mismo. Tenía en Copiapó, es decir, en el camino de Lima a Santiago, una casa fuerte,

llamada el «Castillo de Montalván» y allí interceptaba las cartas y aun las comunicaciones oficiales que iban de los Reyes a Santiago y viceversa. Y no solamente las cartas, sino también las gentes. Hacía allí lo que más le agradaba. Los santiaguinos protestaban, pero aquello le tenía sin cuidado. Le amenazaban, pero Aguirre, rodeado de soldados españoles y de flecheros indios, se sonreía en sus barbas cuando no soltaba una de esas andanadas de palabrotas que hacían temblar la tierra.

Un verdadero Goetz de Berlichingen... Así como al alemán, bien pudieron llamarle *Mano de hierro*.

Desterraba clérigos y aun a pesar de la excomunión *ipso facto*, los abofeteaba sin dificultad y decía que «si fuera menester desterrar a un clérigo o a un herrero, él desterraría al clérigo sin vacilar». Cuanto a las excomuniones, no las temía: «eran terribles —decía— para los hombrecillos, pero no para él».

La vida humana era, para Aguirre, cosa baladí, baratísima.

Habiendo mandado a Santiago a su hijo con algunos soldados armados que entraron a la ciudad «con mechas encendidas», los santiaguinos desarmaron aquella tropa insolente. Pensó entonces Aguirre marchar sobre Santiago. «Al recibir la orden de alistarse, un soldado genovés, Juan Bautista Garibaldo, respondió que él no tenía cómo aderezarse y, por lo tanto, daba al diablo el arcabuz. Súpolo Aguirre y en el acto exclamó: «¡Ahórquenme a ese bellaco traidor!» Esa orden provocó la indignación del vecindario y unos por súplicas y otros violentamente procuraron evitar su cumplimiento, hasta que, al fin, se amotinaron y derribando de un puntapié al verdugo, bajaron de la horca al infeliz Garibaldo».

Aguirre era un feudal hecho y derecho, pero carecía, más que Goetz, de tino y prudencia. No advertía que, aunque distante, la autoridad soberana y los representantes de ésta tenían el ojo puesto sobre él y, algún día, castigarían la insolente «Mano de hierro».

Lo peor era que, por sobre todo aquello que ya bastaba y sobraba, Aguirre era «boca de yerro».

\* \* \*

Y, por ahí, como el pez, fue pescado. Lo que la autoridad civil no se atrevió a intentar, emprendiólo la Inquisición y lo logró.

Lo emprendió, según parece, a ruego (ruego solapado) de los magistrados. Dos veces tuvo Aguirre que comparecer ante el Santo Oficio y la segunda vez hizo cinco años de cárcel preventiva, antes de oír sentencia.

¡Cinco años, los más de los cuales pasó incomunicado! Duro era aquello y la Santa Inquisición —según por esto se ve y según lo vio un visitador que oficialmente se lo reprochó— no rendía a veces un culto muy estricto a la santidad de la justicia. ¡Cinco años de prisión innecesaria y tratándose de un anciano como era entonces Aguirre! ¡Cinco años para llegar a aplicarle penas insignificantes! ¡Peor es meneallo! Al fin y a la postre, tratabase únicamente de quitarle a Aguirre su gobernación y pudiendo quitársele administrativamente, prefirieron las autoridades echar toda la odiosidad de aquella «affaire» a la Inquisición... Esta, domesticadísima, aceptó.

Pero no hay en Aguirre nada que pueda y deba enternecernos. El, por la soltura de su férrea lengua, por su insolencia, por su necedad se lo acarreó todo.

Aguirre pudo ser un grande hombre, pues tenía toda la prima materia que es menester para ello. Pudo igualar y aun superar a Valdivia mismo. Pudo conquistar todo el territorio entre los Andes y el Atlántico. Pudo fundar a Buenos Aires y ser para la República Argentina lo que Pedro de Valdivia para Chile y no lo fue...

No lo fue porque su orgullo vanidoso su ciego «yo», su insolencia y su boca de hierro (no su mano) se lo impidieron.

Y, penitenciado por la Inquisición, humillado, empobrecido, políticamente anonadado vino a morir —como simple particular— en Copiapó, en esa casa de Montalván, antes castillo feudal y entonces mera vivienda de un encomendero cualquiera, arruinada por sus pecados.

9 de mayo de 1929.

### JULIO VICUÑA CIFUENTES

«MITOS Y SUPERSTICIONES, RECOGIDOS DE LA TRADICION ORAL» Y «COA, JERGA DE LOS DELINCUENTES CHILENOS; ESTUDIO Y VOCABULARIO» (\*)

Bien decía un poeta francés que «chez les ames bien nées la valeur n'attend pas le nombre des années».

«Bien nacida» y muy joven aún, ya que nació el 18 de julio de 1909 y cumple, por consiguiente, un año de existencia en el preciso momento en que escribo estas líneas, la *Sociedad de Folklore Chileno*, ha manifestado su existencia y actividad con varias publicaciones, entre las cuales cúpome, no ha mucho, estudiar las del señor Ramón Laval sobre *El Latín en el Folklore Chileno* y *Cuentos chilenos de nunca acabar*.

Hoy estudiaremos dos obras que otro distinguido miembro de la misma Sociedad acaba de publicar: *Mitos y supersticiones recogidas de la tradición oral* y *Coa, jerga de los delincuentes chilenos; estudio y vocabulario*, por el señor Julio Vicuña Cifuentes.

En la primera desfilan, si no todos, al menos los más populares de los «mitos» que todo chileno conoce desde la más

---

(\*) Por J. Vicuña Cifuentes.

tierna niñez: el *Colocolo*, la *Calcheta*, el *Chonchón*, el *Cuero*, el *Basilisco*, etc.

Al lado de éstos hallamos otros cuya «popularidad» no es tanta y cuyo origen netamente araucano los confina al sur del Maule: el *Guirivilú*, el *Huallepén*, el *Imbunche*, el *Piguchén*, etc.

En todos ellos descuella el elemento «terrorífico» y sólo uno, en mi concepto, combina la poesía con el miedo: el *Caleuche*.

Nacido en Chiloé, tierra que, en vista del presente libro, podríamos muy bien llamar «mitopoética» (pues allí parecen tener su cuna los mitos araucanos), el «Caleuche» encarna, por decirlo así, los terrores que del mar brotan para los isleños.

Buque-fantasma tripulado por brujos, el *Caleuche* navega a través del Archipiélago durante las noches oscuras atemorizando a todos con sus iluminaciones *a giorno*.

«Tiene la propiedad, cuando las circunstancias lo exigen, de convertirse en un tronco, en una roca o en otro objeto cualquiera y sus tripulantes en lobos marinos o en aves acuáticas. Es un pirata infernal que lleva el terror a la morada de los isleños, los cuales saben que el que tiene la desgracia de ser presa suya, aunque sólo sea por un instante, queda en completo estado de demencia y con la cara vuelta hacia la espalda por el resto de sus días» (p. 10).

«Esa noche estaba oscura  
y caía el aguacero...

.....  
Mas de repente una luz  
más a oscuras nos dejó:  
¡Dios me valga y buen Jesús,  
que no sé lo que pasó,  
bendita sea su cruz!

Sobre la mar alumbrada  
como cosa de otra vida,  
nos apareció en seguida  
una fragata incendiada  
que todo en ella era luz.

Un zafarrancho al momento  
hicieron los tripulantes,  
tocando un fuerte instrumento  
que nos dejó agonizantes... »

El compañero del poeta cayó en manos de los tripulantes del buque-fantasma:

«Uno agarró a mi aparcerero  
que no se pudo callar;  
le retorció el guargüero  
hasta que lo hizo gritar,  
y con él se fue ligero  
a su barco todas luces,  
mientras yo, muerto y no vivo,  
allí quedé haciendo cruces  
solitario, pensativo,  
sin tener ya mi aparcerero... » (p. 13-14).

No se crea que sólo el pueblo o el poeta popular crea en el «Caleuche»; no faltan hombres serios e instruidos en quienes, a fuerza de afirmaciones, la creencia vulgar encuentra adeptos más o menos decididos, como parece demostrarlo un artículo de la «Revista Católica» (número 179), citado por el señor Vi-cuña Cifuentes. Diferénciase, sin embargo, la fe de éstos en que busca, en medio de sus temores, una explicación científica del fenómeno.

Como quiera que sea, es el «Caleuche» un mito vulgar en

todos los archipiélagos del mundo y en las costas de todos los países bañados por mares en que, durante los pasados siglos, navegaron piratas y contrabandistas. El «Caleuche» navega aún en el «Sund», en los mares de Irlanda y Escocia, y más de un marinero «bretón», cual si fuera chilote, lo ha contemplado con terror en las costas de la Bretaña.

Más que mito, es símbolo y tan anclado está en los cerebros que ni la luz eléctrica de los faros modernos ha podido hasta hoy apagar.

«la fragata incendiada  
que todo en ella era luz. . . »

Universales como el «Caleuche», pero más humanos son los mitos que en Chile llevan el nombre de «duendes», «brujos», «familiares» y «encantos».

Si los primeros, como claramente lo indican sus nombres, son «restos» (es decir, supersticiones) de origen indio, éstos son simples supervivencias del paganismo antiguo contra las cuales en vano lucha el cristianismo desde veinte siglos y que la ciencia actual, aunque difundida (o, si se prefiere, difusa) no logra desterrar.

Como lo hace notar en su último libro el célebre doctor Gustave Lebon, hoy en día, en hombres que se pretenden libres de toda fe, cunde y reina la más crasa superstición. No creerán éstos en el «Caleuche», pero temblarán al oír las amenazas de una «adivina», al hallarse en una mesa con trece convidados o al cruzarse, de mañana, con un carro fúnebre o con. . . un clérigo. ¡Bien inventado fue el vocablo «Superstición» y su etimología es harto elocuente! . . .

La segunda obra del señor Vicuña Cifuentes versa sobre la *Coa*, esto es, sobre la jerga de los delincuentes chilenos y nos da acerca de ese idioma pormenores dignos de atención.

Como todos los criminales del mundo, los de esta tierra for-

man una sociedad peculiar y parásita que se distingue de aquella en que viven por sus usos y costumbres y hasta por su idioma.

A la verdad, si no conocieran más vocablos que los del vocabulario formado por el señor Vicuña, podríamos mirarlos como a salvajes, o si cabe, como a salvajes degenerados, ¡tan groseros e infames son los pensamientos encarnados en los vocablos de aquella jerga!

Pero tienen a su alcance el idioma vulgar del cual su «Coa» es, en mi opinión, una simple variedad.

Compendiando sus ideas acerca de la formación de esa «Coa», dice el señor Vicuña:

«Las lenguas primitivas, pobres y rudimentarias como eran, constituían la única y total manera de expresión de aquellos hombres y bastaban a satisfacer las necesidades de su vida infantil; al paso que la jerga no es sino un *conjunto auxiliar de palabras* de que se valen algunos hombres pícaros para significar ciertas cosas; pero esos mismos hombres disponen de un léxico mucho más rico para nombrar todo aquello que no tienen interés en ocultar. Que el proceso de formación sea semejante en ambas, nada especial arguye, ni para suponerlas informadas de un mismo espíritu, ni para establecer paridad material desde que hay otros aspectos que lo diferencian entre el embrión inconsciente y el aborto criminoso» (p. 15).

Y, en otra parte, agrega:

«Como dice muy bien Lombroso, en la jerga aparecen respetadas las asonancias generales de la lengua y mudado el léxico. No obstante, esta mudanza se refiere sólo a los substantivos, adjetivos y verbos; en cuanto a las otras partes del discurso, ni crean nuevas formas ni se altera el significado de las existentes» (p. 19).

Creo que aquella distinción real entre la jerga popular (o «argot») y la jerga de los criminales no es tan efectiva ni, sobre todo, tan radical como aparece en las explicaciones anteriores.

Desde luego, muchos vocablos de la «Coa» chilena son pro-

riedad universal en Chile, así como muchos términos del «argot» de los «apaches» parisienses son conocidos y empleados por la gente vulgar (y no vulgar) de París y de las grandes ciudades francesas.

Más aún, creo que el «argot» (aquí, en Francia y en todas partes) es la *vanguardia del idioma*.

Por lo que al francés se refiere es cosa averiguada que muchos vocablos hoy clásicos fueron «argot» o jerga en siglos pasados y que no pocos giros y expresiones que sólo ayer eran jerga van día a día invadiendo el vocabulario de la gente culta. Esto se advierte a cada paso leyendo dramas, comedias y novelas contemporáneas. Lo que acontece en Francia, véolo sucediendo en Inglaterra, y de esto hay amplia prueba en los libros de Rudyard Kipling, por no citar a otros.

Podrían darse pruebas innumerables de aquella «ascensión» (o más exactamente del «ascenso») del argot y no tan sólo de los vocablos, sino que también de la gramática «coa»... francesa o castellana.

Hoy, por ejemplo, se habla en estilo noble, de las «*testas coronadas*». «Testa» es pura jerga ascendida... Se sabe, en efecto, que el vulgo romano, criminal o no, llamaba en son de burla «testa» a lo que la gente culta de Roma llamaba «caput», cabeza (1). A imitación de la jerga chilena que llama «*cachimba*» al revólver o «*cántaras*» a las botas de montar, la «coa» romana llamaba a la cabeza «testa» por su semejanza con una «testa», casco, fondo de botella o «tiesto».

Cuanto a sintaxis, el «ascenso» es tan evidente que un lingüista francés, M. Dauzat, llega a decir que «*notre syntaxe, dont nous sommes sifiers, repose presque toute sur d'anciens solécismes*».

Ejemplo y prueba de ello es nuestra manera de expresar la posesión cuando decimos «el libro de Pedro». Los romanos edu-

---

(1) De ahí viene el vocablo francés «*tête*», cabeza.

cados decían: *liber Petri*; el vulgo decía *liber de Petro* y como el castellano es hijo del latín vulgar, decimos hoy, imitando al vulgo y violando la regla clásica que nuestros antepasados cultos observaban: «el libro de Pedro».

Del mismo modo, podemos hoy en día presenciar el «ascenso» de muchos solecismos que al parecer (y por más que aquello sea altamente deplorable) llegarán algún día a ser aceptados como lo fue la expresión: *libro de Pedro*.

Entre ellos, señalaré dos que son muy comunes: el decir «en aquella reunión *habíamos* veinte personas» y «aquí se *compone* relojes», en lugar de decir, como lo prescriben las reglas actualmente vigentes, «hubo, había o se componen» (2).

\* No pretendo, con estas razones, refutar la tesis del señor Vicuña, quiero únicamente indicar las razones por las cuales me es imposible creer en lenguas artificiales ni en jergas separadas por *cloisons étanches* en el seno de una sola y misma sociedad.

Sea de ello lo que fuere, me complazco en rendir homenaje a la amplitud de los estudios exigidos para la formación de este hermoso e interesante libro.

Pertenece el señor Vicuña Cifuentes al escaso número de sabios e investigadores que, contrariando las tendencias de esta época de mercantilismo universal, sólo buscan en sus trabajos, de pura erudición, la verdad y el placer de descubrirla.

Es de desear que su ejemplo encuentre numerosos imitadores y que la obra de la «Sociedad de Folklore Chileno», tan felizmente iniciada por los señores Laval y Vicuña, adquiera un desarrollo cada vez más creciente y una fecundidad digna del fin que se propone.

29 de julio de 1910.

---

(2) En la conjugación de los verbos y, en particular, de los auxiliares, este mismo fenómeno es visible.

## «ESTUDIOS DE FOLKLORE CHILENO» (\*)

MITOS Y SUPERSTICIONES RECOGIDOS DE LA TRADICIÓN ORAL  
CHILENA

En este curiosísimo libro trátase de diablos y duendes, de brujos y machis y, por fin, de un «menagerie» o, si se prefiere, de un jardín zoológico poblado de animales suntuosamente fantásticos.

Trátase, además, de los ensalmos, hechicerías y otros medios de que se vale el hombre para ponerse a salvo de tantos enemigos o, en ciertos casos, para obligarlos a servirle por la maña o la fuerza.

¿Qué dirá de semejante libro el práctico y sesudo Monsieur Homais?

¿Qué dirá el cura Bournisien, enemigo de aquel inmortal boticario?

Ambos, sin duda, declararán con franqueza que es tiempo perdido el dedicado a describir tan viles y dañosas supersticiones.

¿No era más digna de un hombre serio, dirá el primero, la tarea que yo emprendí y llevé a cabo cuando escribí mi inmortal volumen sobre la *Chicha de Manzanas*? ¿Qué nos importan hoy las supersticiones de nuestros ignorantes y miedosos antepasados? «La Ciencia ahuyentó al misterio»...

Desde el polo opuesto el abate Bournisien opinará tal vez como el boticario de su pueblo, y dirá: ¿Qué provecho puede sacarse de un libro en que se ponen al alcance de los supersticiosos las más terribles recetas de la magia negra?... Porque no hay que creer en brujos, pero hay que cuidarse de ellos...

---

(\*) Por J. Vicuña Cifuentes.

No creo necesario entrar en polémica con aquellos dos tipos de la moderna estulticia: son convencibles...

Pero conviene, para uso de las gentes capaces de reflexión, advertir que no hay conocimiento perfecto del alma de un pueblo, si no se toman en cuenta sus mitos y supersticiones.

Y erraríamos gravemente creyendo que éstas y aquéllos, muy lejos de ser principios y causas de acción, son meras telarañas colgadas de las paredes del alma y llenas del polvo de ignorancia que cae sobre ellas de generación en generación.

Esos mitos, esas supersticiones obran ogaño como antaño y continuarán, en esa u otra forma, obrando hasta el fin del mundo.

La razón de ello es que ninguna respuesta, ora sea dada por la religión, ora sea dictada por la ciencia, satisface «todas» las curiosidades del hombre o llena «todos» los deseos del corazón humano.

Hay un más allá cuyos velos ni el sacerdote, ni el sabio recorren y ahí está la fuente de los mitos y el criadero de las supersticiones.

Y para que ni éstas ni aquéllas cesen de alegrar o entretener la ignorancia humana, vemos la herencia de antiguas fábulas acrecentarse día a día con supersticiones y mitos científicos, brotes ambos de una misma raíz que es la insaciable curiosidad humana y, mucho más, el odio que le tenemos al sufrimiento y a la muerte.

Somos todos «supersticiosos», si supersticioso se llama aquel que cree, espera, ama por herencia atávica, sin saber siempre ni plenamente las razones de su amor, de su esperanza y de su fe.

Mitos (y no por eso faltos de eficacia) abundan hasta en cerebros moldeados por la ciencia. ¿Nombraré algunos? ¿No son nombres de mitos, en el sentido propio de aquella palabra, muchos que se escriben con mayúscula, por ejemplo, el Progreso Moral del hombre, tan visible hoy en día en mar y tierra, mer-

ced al bombardeo aéreo de ciudades indefensas, y al «torpedeo» de buques, que nada tienen de militar?

Pero hablemos de mitos menos deplorables, como son, por ejemplo, los de este libro.

Para dar una idea clara de los curiosísimos datos recogidos por el señor Vicuña sistematizaré de una manera que creo lógica, la primera parte de su libro.

Todos los mitos recogidos de la tradición oral chilena pueden juntarse en tres grupos, : seres espirituales, hombres y animales.

Jefe del primer grupo, en que figuran los duendes, los «familiares», la Pincoya y las «Serenas», es, naturalmente, el Diablo.

Pero conviene advertir que, en Chile, el diablo ha perdido gran parte de su carácter terrorífico, es un pobre diablo.

Poco le teme el hombre del pueblo. «¿Y cómo le ha de temer, si un compadre suyo le vio bailar cuecas en el Parque Cousiño? ¿Si sabe que unos muchachos le ganaron hasta los cuernos en el juego de las chapitas?» (p. 48).

Perder hasta los cuernos, es mucho perder. Sin embargo, conserva el Malo su poderío en todo lo relativo a los «pactos» que con él celebran los malvados, los avarientos, los enamorados. «La gente campesina propende a atribuir a pactos con el Diablo, la realización de toda obra individual de cierta magnitud, como la apertura de un gran canal de regadío, la construcción de un puente más o menos difícil de ejecutar, la desecación de antiguos pantanos...»

Algo de diabólico tienen en sí los *duendes* que, a modo de gatos, más se encariñan, de ordinario, con la casa donde viven que con los dueños de ésta. Cuando esto sucede, los inquilinos pasan malos ratos y a fuerza de molestias «duendescas», concluyen acudiendo al remedio de una mudanza. Pero, ¡ay de ellos si el duende se ha enamorado de alguna de las niñas de la familia! Se muda con ellos y sigue la persecución...

Los *familiares* (p. 63) son «pequeños diablillos que hacen

prosperar a quien los tiene. Su posesión parece estar subordinada a un pacto que el interesado celebra previamente con el Demonio. Se cuenta que le fueron encontrados tres de estos Familiares a un cabllero muy rico, el cual los guardaba cuidadosamente en una caja. Los diablillos huyeron asustados, y no pararon hasta dar con su dueño, a quien refirieron lo que había sucedido» (p. 63).

Córrese que los gatos negros pueden ser «familiares». ¿No se deberá a esto la afición que les tienen muchas personas? A los duendes y familiares, que son de sexo masculino, hácenles «pendant» la bondadosa *Pincoya* (p. 83), nereida o hada del mar, cuya presencia en un punto es causa de abundancia de peces, y las «Serenas» (nombre chileno de las Sirenas), que en Coquimbo y Chiloé desempeñan un papel engañoso, análogo de las Sirenas de la mitología griega.

A medio camino entre el mundo de los espíritus y el de los hombres, hállase el *Trauco* (p. 87). Según unos, es «un viejo con apariencia de niño»; si tuviese alas podría ser el sucedáneo chileno del Eros griego. Según otros, es «un ser deforme, especie de sátiro, al cual se parece, si no en la figura en la lubricidad. «Cuidado con el Trauco», dicen las madres a sus hijas cuando las envían a la compra, lejos de casa» (p. 88). Buenas espaldas tiene el Trauco, y así cárgansele en cuenta muchos desaguisados de que es inocente...

El segundo grupo mítico es el de los hombres.

Allí figuran los *brujos* y en frente de éstos sus enemigos los *machis*.

«Los brujos son individuos maléficos, incapaces de hacer deliberadamente el bien. Nadie nace brujo: el serlo es acto voluntario que presupone cierto refinamiento de maldad, pues el individuo sabe que le aguarda una vida de miseria y de odiosidades, sin más compensaciones que la satisfacción de los males que causa, y el vano orgullo de verse temido por los que lo rodean» (p. 5).

En suma, si el brujo es un tipo de crueldad implacable y

vanidosa, conviene declarar que son muchos los brujos en el mundo!..

Hay brujos científicos y brujos empíricos que se miran mutuamente, con los mismos ojos con que los médicos recibidos miran a los curanderos o a las «meicas».

Los brujos tienen sus escuelas especiales como lo prueba el siguiente romance:

*Se fue Valentín  
para Vichuquén  
a aprender a brujo;  
no pudo aprender.*

Los «científicos» viven en las grandes ciudades, los empíricos se hallan esparcidos en todo el país, «pero en algunas regiones han constituido núcleos de mayor importancia que en otras. Tales son el del Molle, en el departamento de Elqui; el de Talagante, en el departamento de la Victoria; el de Vichuquén, en el departamento del mismo nombre; el de Quicaví, en Ancud etc.» (p 6-7).

El lugar donde los brujos celebran sus juntas o «aquelarres» se llama «Cueva de Salamanca» o simplemente «Salamanca».

Pero, como suele decir Rudyard Kipling, cuando se le acaba el espacio, «this is another tale».

En el próximo artículo hablaremos del buque de los brujos, o *Caleuche*, de su espejo, o *Challanco*, de la *Viuda*, de la *Voladora*, de la *Fantasma*, de los *Machis* y de los *perspicaces*, y, finalmente, de toda la zoología mítica que forma el tercer grupo.

\* \* \*

En artículo anterior hemos visto que los mitos chilenos pueden clasificarse cómodamente en espirituales, humanos y animales.

Para que esta clasificación no deje punto alguno de la mitología chilena sin abarcarlo, conviene agregarle una cuarta división (difícil de designar con un nombre apropiado), en la cual figurarán *La Ciudad de los Césares*, *el Pirimán* y *la Quepuca*.

Los dos últimos son mitos minerales tan emparentados entre sí que es difícil distinguirlos.

Constan ambos de dos piedras vivas, macho y hembra, de origen diabólico y destinadas a acrecentar por su influjo la riqueza agrícola de sus poseedores.

En mi opinión, *Quepuca* y *Pirimán* son un solo y mismo mito o, más exactamente, la *Quepuca* es la *Piedra Imán* española naturalizada en Chile.

Cuanto a la *Ciudad de los Césares*, acerca de la cual tanto se ha hablado y escrito, conviene advertir que, así como la *Quepuca* es el «*Pirimán*» araucanizado, del mismo modo la «ciudad encantada» llamada «de los Césares» es una de tantas ciudades míticas europeas que, como la de If en Bretaña, son temas de encantadoras leyendas.

Pero la ciudad chilena supera a las europeas, no sólo en extraordinaria riqueza y magnificencia (pues «todo en ella es oro, plata y piedras preciosas»), sino también en la felicidad de que gozan sus habitantes. Estos «no tienen que trabajar para subvenir a las necesidades de la vida, ni están sujetos a las miserias y dolores que afligen al común de los mortales. Los que ahí llegan pierden la memoria de lo que fueron, mientras permanecen en ella, y si un día la dejan, se olvidan de que la han visto» (p. 58).

¿Dónde está aquella ciudad maravillosa? La respuesta es algo vaga, pero las imaginaciones populares todas la ven allá, en la Cordillera de los Andes, a orilla de un gran lago.

Natural era que crédulos y codiciosos aventureros la buscasen en el extremo sur de Chile y, especialmente, en la región de los lagos,

«Muchas fueron, dice el señor Vicuña, las expediciones que, en los siglos XVI, XVII y XVIII, se organizaron para descubrir

la ciudad de los Césares o «los Césares» como más comúnmente se decía, y aun «hace pocos años salió una nueva expedición, capitaneada por respetables vecinos del Archipiélago», escribe don F. J. Cavada en su interesante libro *Chiloé y los Chilotes*, p. 87-88. Huelga decir que todas fracasaron; pero es curioso leer las relaciones de los expedicionarios, ninguno de los cuales insinúa siquiera la sospecha de que pueda tratarse de una fábula: tanta era la fe de aquellos maravillosos aventureros en la absurda tradición. Alguno hubo —el Padre Mienéndez, franciscano— que en las postrimerías del siglo XVIII realizó nada menos que cuatro viajes en busca de los famosos Césares» (p. 62-63).

Cómo pudo brotar y arraigarse tan hondamente aquel mito en la imaginación de los chilenos y, muy particularmente, en la de los chilotes: he ahí un problema tan interesante como fácil de resolver.

Ya se ha dicho arriba que en Europa abundaban las ciudades encantadas. En consecuencia, es lógico creer que, con los conquistadores y pobladores de Chile, vino a este país el mito de una ciudad de plata, oro y diamantes.

Semejante mito no podía eternamente permanecer «irrealizado» en la imaginación de los españoles. A éstos, todo en un país nuevo los convidaba de tal suerte a realizarlo que ofreciéndoseles ocasión oportuna, lo realizaron espléndidamente.

Intervinieron «Césares» en aquella creación, no, por cierto, un Carlos V, sino un individuo cuyo imperial apellido proporcionó la necesaria ocasión.

«Sebastián Caboto, marino veneciano al servicio de España, antes de partir al descubrimiento de las «minas comarcanas al río Paraguay» dio licencia al capitán Francisco César para que, en unión de catorce individuos que le seguían, fuese a descubrir las minas de oro y plata que existían «en la tierra adentro». César partió del fuerte Sancti Spiritus (edificado por Caboto a orilla del río Carcarañá), en noviembre de 1528, y dividió su

gente en tres grupos, que tomaron otros tantos caminos distintos. Dos meses y medio después, en febrero de 1529, regresó César, acompañado de siete de sus compañeros, y de lo que él y los suyos contaron de la expedición, sólo se sabe que «dijeron que habían visto grandes riquezas de oro e plata e piedras preciosas» (p. 60-61).

He ahí explicado el origen del mito por un lado, cierto capitán César y sus compañeros vuelven «bredouilles» de una expedición, pero cuentan maravillas acerca del «oro e plata e diamantes» con que tropezaron; y por otro lado ese grupo de aventureros, con sólo llamarse «los Césares» (o los compañeros de César); adquiere en la imaginación de sus contemporáneos un influjo irresistible.

«El oro e la plata e los diamantes» se vuelven ciudad y ésta se rodea de todo el prestigio que emana del nombre de César: «¡la Ciudad de los Césares!»

Con lo cual, una vez más se comprueba la inmensa eficacia de nombres y títulos, por extravagantes que sean, y hasta de los meros vocablos... Si el capitán a quien Caboto dio licencia para ir en busca de minas no se hubiese llamado César, sus compañeros no habrían sido «los Césares», y de los cuentos de riqueza con que éstos volvieron de su expedición, no habría nacido ciudad alguna encantada en la cordillera de los Andes, a orilla de un gran lago. Nadie podría esperar verla desde lejos el día Vienes Santo, reflejando sus techos de plata y las cúpulas de oro de sus torres en el espejo de las aguas...

Entre los mitos «humanos» que corren en Chile, el *Brujo* y el *Machi* son particularmente dignos de atención.

El primero es de origen europeo, como la Piedra Imán y la Ciudad de los Césares; pero al encontrarse en Chile con el machi, dio origen a una seria cuestión de límites

En Europa el brujo no es simplemente «un individuo maléfico, incapaz de hacer deliberadamente el bien», como lo es en

Chile. Puede, en ciertos casos, desempeñar el oficio útil de médico que aquí corresponde al Machi

De donde se infiere que cuando llegaron a Chile los brujos y brujas de España, con sus conjuros, sus ungüentos, sus métodos de equitación en palos de escoba, sus aquelarres, sus polvos venenosos y sus remedios, hallaron el terreno sólidamente ocupado y cultivado por machis de auténtico origen indígena, los cuales reservándose para sí el lado (¿diremos: decente y benéfico?) de la brujería, obligaron a los invasores a contentarse con ser meros instrumentos de la diabólica maldad.

La cuestión de fronteras no es, sin embargo, tan fácil de resolver como parecen darlo a entender las explicaciones que preceden.

Los «machis», es cierto, son médicos, pero son también adivinos, y con este título profesional no está reñida la brujería. «Curan, dice el señor Vicuña, todas las enfermedades por arte de hechicería; pero no son Brujos, según parece, o lo son de una especie particular, pues ni causan los *daños* que éstos, ni custodian entierros, ni se transforman en animales, ni el pueblo les teme como a los brujos».

El pueblo tiene fe en ellos y, cosa bastante curiosa son muy temidos de los brujos.

Cuenta el señor Vicuña una sabrosísima historia en que se manifiesta la fe popular en los machis.

«Hace tres o cuatro años, en una aldehuela del departamento de Illapel, enfermó de gravedad uno de los individuos de una numerosa familia. Pronto surgió la sospecha de que se trataba de un maleficio causado por una bruja del mismo lugar y por cerciorarse de ello, fueron a consultar a un Machi que vivía diez o doce leguas distante de ahí. El adivino corroboró las sospechas de los parientes, asegurándoles que no sólo el enfermo, sino toda la familia estaba dañada por la diabólica bruja. Mediante el pago de veinticinco pesos por cada persona, el Machi se comprometió a quitarles el daño con los remedios que prescribiría.

y a hacerlos invulnerables a los que de ahí en adelante intentaran causarles los Brujos. Para llegar a este último resultado, debía ir él a *velarlos*, como si estuviesen difuntos, la noche que se designase de común acuerdo, y a la velación sería invitada, disimulando intenciones, la Bruja causante del *daño*, a la que, al fin de la ceremonia, propinarían sus presuntas víctimas una razonable azotaina. Así quedó convenido y así se hizo. Pero la aporreada Bruja no se resignó a quedarse con los azotes, y se fue a Illapel a querellarse contra sus verdugos los que, mejor aconsejados esta vez, compraron con dinero su silencio» (p. 77).

Basta este ejemplo para demostrar el grado de autoridad de que disfrutaban los machis en el pueblo, y el fundado temor que inspiran a sus competidores en brujería.

En tiempos prehistóricos los que hoy son simplemente médicos y adivinos desempeñaban en esta tierra la función sacerdotal: de ahí viene el prestigio de que aún hoy están rodeados.

Reservamos para otra vez la leyenda del *Caleuche*, o buque de los Brujos. Tan hermosa es esa nave en el libro del señor Vicuña, que me propongo dedicarle un paréntesis especial, del cual resultará comprobada la peculiar aptitud poética de los chilotes.

Conste mientras tanto, que la nueva obra del señor don Julio Vicuña Cifuentes nos permite penetrar en el alma popular y presenciar en ella o explicar el nacimiento de la mitología chilena.

10 de enero y 21 de febrero de 1916.

### «LA COSECHA DE OTOÑO» (\*)

Para los chilenos y en especial para aquellos que viven en el centro y norte de este país, suele la palabra «otoño» carecer de significado muy preciso. Es, si no me engaño, un mero vocablo

---

(\*) Poesías por J. Vicuña Cifuentes.

literario. ¿Qué saben ellos del verdadero otoño, cuando pasan casi repentinamente del verano al invierno? Apenas alcanzan a ver dorarse las hojas de los árboles, cuando éstos, a los golpes de la primera tormenta se desnudan repentinamente y alzan hacia el cielo esos brazos «entecos, febriles» de que habla Marcela Anclair en un hermoso poema francés traducido por el señor Julio Vicuña en este libro.

No conocen verdaderamente el otoño con sus magnificencias iniciales y su final miseria sino aquellos que han pasado en Europa y, particularmente en Francia, los tres meses que con tanta propiedad, se llamaban en el calendario de la Revolución *Vendimiario*, *Brumario* y *Frimario*.

En este conjunto de vocablos enciérrase una perfecta definición del otoño: vendimias, brumas y... escarcha. (1)

Cuando, pues, un poeta que es, al mismo tiempo, uno de los más exactos y profundos conocedores de la lengua castellana, intitula su libro *Cosecha de Otoño*, es forzoso que, para él, este último vocablo incluya en su comprensión los tres elementos que acabo de señalar. Su «cosecha» será una alegre *vendimia*; pero en la atmósfera del libro flotarán de trecho en trecho, las brumas del otoño y gotas de rocío congeladas por la noche cada vez más fría, nos recordarán de cuando en cuando que el invierno se acerca.

Los que ya están en el otoño de la vida, sea que vendimien todavía como nuestro poeta, sea que, terminada la recolección, contemplen con pausada y suave tristeza el marchitarse de las hojas de la vid y esperen resignados la venida de las brumas y los fríos de la cercana vejez, saborearan cumplidamente, cual expertos catadores, la tristeza y la alegría que manan de este libro.

---

(1) *Frimaire* viene de *frimas* (escarcha, rocío congelado por las noches) y «*frimas*» es vocablo de origen germánico (*hrim*, en inglés *rime*). *Vendimiario* empezaba el 22 de septiembre; *Brumario*, el 22 de octubre y *Frimario* el 21 de noviembre. En seguida venia *Nivoso*, el mes de la nieve.

\* \* \*

Divídese éste en siete secciones intituladas *Intimas*, *Recuerdos*, *Motivos*, *Exemplos*, *Humoradas* y *Epigramas*, de *Album* y *Traducciones*.

No puedo, en el corto espacio de esta crónica, estudiar menudamente cada una de estas secciones y aunque pudiese, confesaría desde luego que, en todas ellas, tropiezo con una misma dificultad: la del problema de Buridan.

Todo allí ha sido elegido con tanto acierto que no sé yo cuál de las composiciones he de preferir.

A diferencia de tantos autores que, al llegar al otoño de su vida, hacen un lío de todos sus versos, sin reparar en la calidad y lo lanzan a la cabeza del público, el señor Vicuña ha elegido de lo bueno lo mejor.

*El viento que las eras con blando soplo rasa,  
llevó la paja inútil, en la estación estiva,  
y henchí el pequeño troje con la simiente escasa  
que por su malla tosca dejó pasar la criba.*

Esto dice de su «cosecha» nuestro autor y, en ello, da a los jóvenes poetas un ejemplo que es un precepto. Donde yo me aparto de su parecer es cuando agrega:

*Tal vez no todo es trigo; tal vez del troj rebasa  
los bordes la cizaña que se escurrió furtiva...*

No, no hay cizaña: todos los versos de este libro son trigo puro que luego se vuelve pan.

\* \* \*

Ya lo he dicho o siquiera insinuado arriba: sopla en «La Cosecha de Otoño» un aura melancólica, una tristeza suave y resignada que muy hermosamente se combina con una alegría irónica.

En algunos poemas, y sobre todo en *Vita Vana*, la melancolía del otoño ensombrece al poeta. Así, después de pintar en versos magníficos, sus hermosos, pero vanos ensueños de juventud y los desengaños que siguieron a medida que recorría la senda de la vida, llega... al otoño o, para hablar claro, a los dos lustros de la cincuentena.

*Los diez años que pasaron según el coro de la farsa  
de Arlequín.*

*Y vistiendo los disfraces de la anónima comparsa  
llegué un día con los otros al tinglado de la farsa,  
de la farsa de Arlequín.*

*Vi dorando sus grilletes a los viejos galeotes,  
y en las aras profanadas, oficiando sacerdotes  
de otro culto y otra ley.*

*Tuve miedo. Sentí frío. La bandera que enarbolo  
nadie sigue... Del bullicio me retiro... ¡Ya esto solo  
rezagado de la grey!...*

Paréceme oír, en estos versos, un eco del «solus eris», de Ovidio. Pero no me haría mucho de rogar para recordarle al poeta al dicho común según el cual «más vale andar solo que mal acompañado...»

¿Solo? —replicaría el poeta—; pero ¿quién lo está a los cincuenta años?

*Solo, no, que oigo los pasos de un jinete que galopa  
tras de mí.*

*Aún mis ojos no han logrado descubrirle entre la tropa,  
pero siento las pisadas del jinete que galopa,  
que galopa tras de mí...*

Este jinete ¿quién no lo adivina? es aquel de que habla San Juan en el capítulo VI del Apocalipsis: «y cuando (el Cordero) abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto animal que decía: Ven y ve. Y miré y he aquí un caballo amarillo y el que estaba sentado sobre él tenía por nombre *Muerte*... y el infierno le seguía...»

¿El infierno?... No me detendré a interrogar a los comentaristas acerca de tan tétrico vocablo, pero diré, de mi cosecha, que es «infierno» la sensación experimentada por aquel que, oyendo «las pisadas del jinete que galopa, que galopa», no se conforta pensando en la inmortalidad.

Los versos que acabo de transcribir me traen a la memoria una frase famosa de Bergson y la copio aquí para consuelo de los que con demasiada frecuencia oyen las pisadas del jinete caballero en el caballo amarillo:

«Todos los seres vivos están como asidos unos de otros, y todos reciben idéntico y formidable impulso. El animal toma su punto de apoyo en la planta; el hombre cabalga sobre la animalidad y la humanidad entera, en el tiempo y en el espacio; es a manera de inmenso ejército que galopa al lado de cada uno de nosotros, delante y detrás nuestro, en una carga arrebatadora, capaz de derribar todas las resistencias y de salvar muchos obstáculos, quizá el de la muerte misma» (2).

---

(2) Sacada de *La Evolución Creadora*. T. II, pág. 120 de la trad. de Malagarriga.

Y si el «quizá» del filósofo francés contemporáneo nuestro no satisface a todos, no será de más apelar a los antiguos. En boca de Marco Catón el Viejo pone Cicerón las siguientes palabras: «No me pesa de haber vivido, porque he vivido de modo que no me parece haber nacido en balde, y salgo de esta vida como de una posada, porque no nos ha dado la naturaleza casa donde habitemos, sino posada donde paremos poco. ¡Oh, dichoso y feliz día aquel en que me encamine a aquella divina junta de los ánimos y deje esta baraúnda del mundo! Porque no solamente iré a ver a todos estos grandes hombres (Paulo y Escipión Africano y otros) de quienes arriba he hecho mención, sino también a mi amado hijo Catón, el mejor y más piadoso que ha nacido hasta ahora, cuyo cuerpo quemé yo, debiendo ser al contrario que él quemase el mío. Pero no dejándome su ánimo, sino volviéndose a mirarme, partió a aquel paraje donde conocía que yo había de ir también otro día. Esa desgracia, ha parecido que la llevaba yo con grandeza y valentía de ánimo, no porque así fuese, sino porque me consolaba al pensar que no podía ya ser muy larga nuestra separación. Por estas cosas, Escipión y Lelio —que de esto me dijisteis que os admirabais—, me parece tolerable la vejez, no sólo no molesta, sino aun gustosa...»

Y agregaba Catón, no sin ironía: «Y si yerro en pensar que las almas de los hombres son inmortales, yerro con toda mi voluntad y no quiero que me saquen de este error mientras vivo, porque en él me gozo, y si, después de muerto —como han creído algunos filósofos de poco nombre— no he de tener sentido, no temo que los filósofos muertos se rían de este error mío» (3).

\* \* \*

Quizá juzgue algún lector que no es oportuno este mi empeño en insistir sobre la inmortalidad. Pues le contestaré que si

---

(3) Cicerón: *Diálogo sobre la vejez*, pág. 212 y 213 de la trad. de M. de Valbuena (París, Michaud).

hubiese leído (como yo) con toda el alma el «Vita Vana» de nuestro poeta y sobre todo si sintiese (como yo),

*las pisadas de jinete que galopa,  
que galopa tras de mí,*

buscaría un consuelo, un tónico, no en «un nirvana venturoso» (ya que en la nada, nada hay, ni desgracia ni ventura) sino en «la carga arrebatadora» de que habla Bergson, o en «la divina junta de los ánimos» que consolaba a Marco Catón el Viejo y le hacía no sólo tolerable, sino gustosa la vejez.

Por lo demás, no se crea que «las pisadas del jinete» absorben del todo la atención de nuestro poeta y le impiden cosechar las alegrías que la vida le brinda en otoño. Al que esto creyese, podría el poeta decirle

*que las vides  
sólo rinden sus frutos en otoño... (p. 32).*

*Si ya en mi jardinillo  
no florece el almendro,  
ni desbordan las rosas  
por las tapias del huerto,  
otoñales racimos  
que dan al vino nuevo  
de sabor agridulce  
como el néctar del beso  
en labios juveniles,  
rojos, húmedos, frescos.  
Y en mis venas se encienden  
primaverales fuegos... (p. 42).*

No os quejéis, pues, del otoño. Cierto es que

*En los rosales secos,  
se deshoja la rosa y perdura la espina;*

pero no dice el poeta:

*Corto la rama inútil  
y la tierra renuevo,  
por mejorar el fruto  
que aún rinde el árbol viejo.  
Con antiguos cantares  
en las noches me aduermo  
y con versos de ahora  
mi espíritu desvelo.  
Intensamente vivo  
la vida, en lo que puedo,  
sin que rebose el vaso  
en fútiles excesos...*

Nada, pues, os falta; el otoño es suave y generoso. Sólo, en previsión de las futuras brumas y de la escarcha que viene de cicle al corazón:

*—No tan aprisa. Modera el paso,  
corazón.  
que del camino ya trecho escaso  
resta a mi vida. Modera el paso,  
corazón.*

\* \* \*

En suma, de esas «Intimas» despréndese una melancolía benéfica, sin nada de esas violentas maldiciones que el romanticismo inspiraba a los poetas del siglo pasado. Hay en las quejas del señor Vicuña Cifuentes una sencillez, una sinceridad, una

moderación y una elegancia verdaderamente griegas. Más de una vez, leyendo este libro, he recordado versos de la «Antología». No parecen sacadas de aquel maravilloso emporio de la antigua poesía estas estrofas:

*¿Que aguarde? . . . ¿Acaso deliras?  
La juventud no es eterna;  
el lazo, amarilloso otoño  
ya verás cuán pronto llega.*

*Fruto del árbol que madura,  
el árbol mismo desecha:  
¡Oh niña, ya es el tiempo  
de la alegre primavera! (p. 15-16).*

y esta otra:

*Ojos de gacela de la Mimosita,  
rizos de azabache de la Mimosita,  
manos nacaradas de la Mimosita . . .  
¿En dónde ahora están?  
Sus alegres cantos, voces de la Aurora,  
los blandos arrullos con que a veces llora  
¿qué oídos, ahora,  
los escucharán?*

Esto es pura belleza, belleza griega. Pero engañados andarían quienes creyesen que en la lira de nuestro poeta falta la «cuerda de bronce».

No todo en este libro es canto a «mimositas» ni recuerdos alegremente irónicos de los años juveniles. El señor Vicuña sabe, como el cóndor, cernerse en el azul y con el vigor de Juvenal manejar la sátira. Pruebas de ellos sus dos sonetos *A un tonto grave* y *A un mal hombre*. «Facit indignatio versum . . .»

Pero es preciso terminar, aunque mi tarea esté apenas empezada. Abundan en este libro bellezas de primer orden, que per-

durarán en la literatura chilena. ¿Cuáles? A mi ver, todas las de *Intimas*, *Recuerdos* y *Motivos*.

Y si se quiere saber a todo trance cuáles me parecen *primas inter pares*, señalaré *Vita Vana* y *La Noche Verde*.

En estas dos pareceme encerrada como en frascos de oro la doble esencia del libro: su melancolía y su ironía.

Y si se me pidiese traducir aquí en pocas palabras las varias y hondas impresiones que deja en mi ánimo este hermoso libro, pediría prestada a una poetisa francesa, a Renée Vivien, una estrofa que bien serviría de epígrafe y hasta de definición para «La Cosecha de Otoño»:

*Je reviens chercher l'illusion des choses  
d'autrefois, afin de gémir en secret  
et d'ensevelir notre amour sous les roses  
blanches du regret (4).*

14 de junio de 1920.

#### «ESTUDIOS DE METRICA ESPAÑOLA» (\*)

Publicar estudios de métrica en una época en que la poesía (o lo que lleva el nombre de tal) prescinde de ella, sería acto heroico si todavía no quedasen algunos tradicionalistas de edad madura y *laudatores temporis acti*. Pero hay que apresurarse, dentro de pocos años esos conservadores de la vieja métrica

---

(4 Debo y agradezco al joven poeta señor Benjamín Oviedo Martínez la siguiente traducción de la estrofa de R. Vivien:

*Vuelvo para buscar la ilusión de las cosas  
de otros tiempos, y envuelto por la ilusión, llorar  
sepultando nuestra ansia de amor bajo las rosas  
pálidas del pesar.*

(\*) Por J. Vicuña Cifuentes.

española habrán ido, uno en pos de otro, a descansar al pie del Cerro Blanco y ¿quién, entonces, leerá libros como aquél cuyo título viene en el encabezamiento de estas columnas? Todo el pasado (es decir, los clásicos, la métrica y hasta la gramática, quedará liquidado). Los nuevos bárbaros imitarán a sus predecesores de ahora quince siglos: de las cenizas de los viejos idiomas harán nacer idiomas nuevos y mientras las muchedumbres balbucearán los vocablos recién formados, podrá ser que algún hombre original y curioso intente descifrar versos antiguos. Porque es de suponer que algo quedará de las antiguas bibliotecas y que, ayudándose con tratados de versificación, aquel hombre llegue a leer a Darío, Zorrilla, Campoamor y aun a los grandes poetas del siglo de oro. Aquel hombre hará a fines del siglo XX lo que hicieron en el siglo XV los «renacentistas» con las gramáticas latinas y griegas conservadas por los monjes medievales: como de llaves valdráse de libros cual el presente y la poesía volverá a florecer en el mundo.

Por ahora la juventud prescinde de toda métrica: he ahí un hecho que merece ser estudiado

A veces semejante «desmesura» causa indignación en los hombres de mi edad, pero conviene reconocer que no toda la culpa es de esa juventud. . . . Sí, en lo que a poesía se refiere, no admite ella «métrica» alguna, la culpa es de la métrica misma o, si se prefiere, de los «metricistas» o tratadistas.

Y a este propósito referiré lo que experimenté personalmente cuando, recién llegado a Chile y poseyendo ya los elementos del castellano, quise leer poesía. Lo primero procuré formarme alguna idea clara y concisa acerca de la métrica castellana. Conocía ya tres métricas: la francesa, la latina y la griega. Estaba —según creía yo— bien preparado para aprender con facilidad la española. ¡Qué error! En vez de favorecerme, las tres métricas que acabo de mencionar no sirvieron más que para enredo y confusión y descubrí experimentalmente la verdad que mi docto amigo expone en el umbral mismo de su libro.

Dice don Julio Vicuña Cifuentes: «Los idiomas neolatinos, al construir su Gramática, su Retórica y su Poética, antes que darse a inventar voces técnicas, prefirieron adoptar las de la lengua madre, aunque las cosas y los fenómenos a que hubieran de aplicarlas fuesen algo distintos de los que en ella llevaban estos nombres. Así fue como, por ejemplo, la palabra *dáctilo*, que en latín designa el pie compuesto de una sílaba larga y dos breves, fue traída a nuestra métrica para indicar la cláusula formada por una tónica y dos átonas, que no es exactamente lo mismo. Y con este vocablo se introdujeron otros muchos; desde luego, sus congéneres *troqueo*, *yambo*, *anfibraco* y *anapesto*, que, como *dáctilo*, distinguían pies cuantitativos en la métrica latina, y en la nuestra, la italiana y la portuguesa, se aplicaron a nombrar las diversas cláusulas acentuales. No había correspondencia perfecta entre lo que esas voces distinguían en la métrica latina, y lo que entraron a designar en las de algunos idiomas románicos, pero existía semejanza notoria y esto bastaba para justificar su empleo».

Podría discutirse esta conclusión. A fenómenos nuevos cabe darles nombres nuevos. Un *dáctilo* que no es *dáctilo* no sirve, aunque a *dáctilo* se parezca, sino para engendrar confusión. ¿Por qué no harían los metricistas lo que hizo don Andrés Bello cuando, en su gramática, abandonó de una vez los nombres tradicionales de los tiempos (pretéritos imperfecto de indicativo, de subjuntivo etc.) y los reemplazó con nombres de nuevo cuño (co-pretérito y pos-pretérito etc.) que tienen sobre los antiguos la ventaja de ser perfectamente exactos?

Pero el señor Vicuña señala otro inconveniente más grave aún. «No ha tenido igual dicha (que *dáctilo*, *troqueo* etc.) el vocablo *cesura*, acaso porque en la misma métrica latina significó cosas distintas. Bello le aplicó a diferenciar la pausa de hemistiquio de la pausa de verso propiamente dicha, y es preciso convenir en que si no se la adopta en esta acepción es una palabra inútil que nada significa en la métrica española».

Igual ha sido, en español, la desgracia de la palabra *hemistiquio* que, según su etimología griega, significa *mitad de verso* y en poesía española significa parte de verso, de tal suerte que en un verso español puede haber *tres hemistiquios*, lo cual es sabrosamente absurdo, puesto que nos da un entero compuesto de tres «mitades»...

Si es cierto, como lo enseñaba Condillac, que «una ciencia es una lengua bien hecha», no podemos concederle a la métrica española el título de ciencia y comprendemos que la juventud la mire en menos.

Al final de este libro, el señor Vicuña dedica 97 páginas a exponer, en epítome, las reglas de la versificación castellana. Allí todo resulta coherente y claro. ¡Qué no hubiera dado yo para encontrar este libro cuando inicié mi primera jornada a través de la poesía española!

Es de esperar que este epítome se publique en tirada aparte y sirva de texto en las clases de literatura castellana. Así tal vez la barbarie de que se habló al principio de este artículo, triunfará con una lentitud que permitirá crear refugios para las letras, refugios parecidos a esos conventos-fortalezas, en cuyas bibliotecas se salvó lo esencial de las literaturas antiguas, madres de las modernas.

8 de agosto de 1929.

# INDICE

	Págs.
Recuerdos de Omer Emeth, por Alone . . . . .	V
Don Emilio Vaïsse en la evolución de las letras chilenas, por Eduardo Moore Montero . . . . .	XX
<b>MANUEL MAGALLANES MOURE</b> . . . . .	1
La jornada . . . . .	1
¿Qué es amor? . . . . .	8
La casa junto al mar . . . . .	9
Florilegio . . . . .	12
<b>RAFAEL MALUENDA</b> . . . . .	16
Los ciegos . . . . .	16
La señorita Ana . . . . .	21
<b>FRAY MELCHOR MARTINEZ</b> . . . . .	26
Leyendo a Fray Melchor Martínez . . . . .	26
<b>JOSE TORIBIO MEDINA</b> . . . . .	33
El descubrimiento del océano Pacífico . . . . .	33
Noticias biobibliográficas de los jesuitas expulsos de América en 1767 . . . . .	40
Arauco domado, de Pedro de Oña . . . . .	48

	Págs.
El disfrazado autor del Quijote impreso en Tarragona fue Alonso Fernández . . . . .	56
La literatura femenina en Chile . . . . .	64
Cuadro sintético de medio siglo de labor intelectual . . . . .	71
Los holandeses en Chile . . . . .	95
Escritores hispanoamericanos celebrados por Lope de Vega en el Laurel de Apolo . . . . .	100
Medallas europeas relativas a América . . . . .	105
Viaje del Parnasso . . . . .	112
Cervantes en Portugal . . . . .	117
Chilenismos . . . . .	119
Historia de la Universidad de San Felipe de Santiago de Chile . . . . .	124
Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y con- quista de Chile . . . . .	128
 GABRIELA MISTRAL . . . . .	 132
Desolación . . . . .	132
 CARLOS R. MONDACA . . . . .	 140
Por los caminos . . . . .	140
Recogimiento . . . . .	144
 R. P. RAIMUNDO MORALES . . . . .	 149
Críticas y discursos . . . . .	149
Manojo de flores . . . . .	155
Discurso pronunciado por el P. Raimundo Morales . . . . .	159
El buen decir . . . . .	169
El barrido literario . . . . .	177
 AUGUSTO ORREGO LUCO . . . . .	 181
Retratos . . . . .	181
Por los campos de batalla . . . . .	187
Recuerdos de la escuela . . . . .	191
Notas de viaje . . . . .	197
El doctor Orrego Luco . . . . .	202

	Págs.
<b>LUIS ORREGO LUCO</b>	207
En familia	207
Un idilio nuevo	221
Al través de la tempestad	226
La vida que pasa	231
El tronco herido	236
<b>PEDRO PRADO</b>	240
La casa abandonada	240
La reina de Rapa Nui	245
Los pájaros errantes	247
Los diez (el claustro, la barca)	251
Alsino	256
Un juez rural	260
Androvar	265
Camino de las horas	271
<b>JENARO PRIETO</b>	276
Pluma en ristre	276
Un muerto de mal criterio	280
El poder de la mentira en El Socio	285
<b>EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA</b>	290
Cuesta arriba	210
Días romanos	298
Rumbos y orientaciones	301
Santa Colonia	305
Como si fuera ayer	312
Remansos del tiempo	316
<b>MANUEL ANTONIO ROMAN</b>	321
Diccionario de chilenismos y de otras voces y locuciones viciosas	321
Diccionario de chilenismos y de otras voces y locuciones viciosas	328
Diccionario de chilenismos	334
Diccionario de chilenismos y de otras locuciones viciosas	338
A propósito del diccionario del señor don Manuel Antonio Román	341
La obra del señor Manuel Antonio Román	350

	Págs.
JUAN R. SALAS ERRAZURIZ	352
El Pbro. Sr. Juan R. Salas Errázuriz.—Su personalidad literaria	352
FERNANDO SANTIVAN	366
Ansia	366
El crisol	372
La hechizada	378
En la montaña	383
"Robles, Blume y Cía."	386
VICTOR DOMINGO SILVA	390
Golondrina de Invierno	390
Las mejores poesías de Víctor Domingo Silva	395
La pampa trágica	401
Palomilla brava (Papelucho)	407
CARLOS SILVA COTAPOS	411
Don Rodrigo González Marmolejo	411
Don José Santos Rodríguez Zorrilla	415
Estudio crítico de la obra del señor Prebendado don Carlos Silva	
Cotapos	421
Historia eclesiástica de Chile	428
CARLOS SILVA VILDOSOLA	433
En la nieve	433
Del dolor y de la muerte: la guerra vista por un chileno	437
EDUARDO SOLAR CORREA	444
Semblanzas literarias de la colonia	444
La muerte del humanismo en Chile	449
TOMAS THAYER OJEDA	454
Los conquistadores de Chile	454
Reseña histórico-biográfica de los eclesiásticos en el descubrimiento y conquista de Chile	460
Apuntes para la historia económica y social durante el período de la conquista de Chile	466

---

	Págs.
Ensayo crítico sobre algunas obras históricas utilizables para el estudio de la conquista de Chile . . . . .	474
Francisco de Aguirre . . . . .	480
<b>JULIO VICUÑA CIFUENTES . . . . .</b>	<b>485</b>
Mitos y supersticiones, recogidos de la tradición oral y Coa, jerga de los delincuentes chilenos, estudio y vocabulario . . . . .	485
Estudios de folklore chileno . . . . .	492
La cosecha de otoño . . . . .	501
Estudios de métrica española . . . . .	510

---

